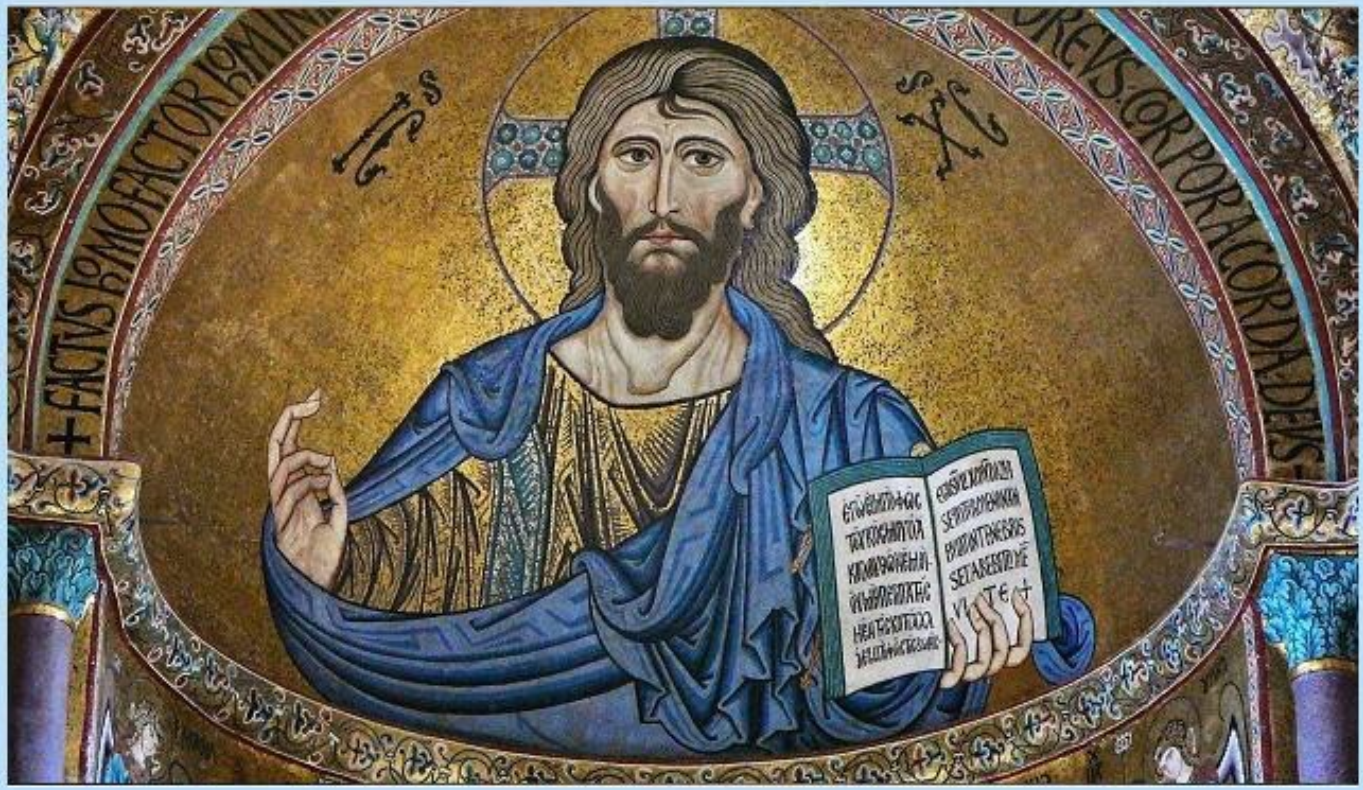
P. LUIS DE LA PUENTE

MEDITACIONES

Dios y sus atributos



MEDITACIONES
DE LOS
MISTERIOS DE NUESTRA SANTA FE

CON LA PRÁCTICA DE LA ORACIÓN MENTAL SOBRE ELLOS

TOMO II

Parte VI **Dios y sus atributos**

Compuestos por el

V. P. LUIS DE LA PUENTE

Religioso de la Compañía de Jesús, natural de Valladolid

1935

NIHIL OBSTAT:
P. Antonio Valle
Censor

IMPRIMASE:
J. Francisco Moran
Vic. Gen.

Madrid, 6 *de junio 1935*

I N D I C E

Introducción.....7

MEDITACIÓN 1.....14
El ser de Dios.....14

MEDITACIÓN 2.....19
La eternidad del ser de Dios, y cómo Él sólo es el que es.....19

MEDITACIÓN 3.....23
La infinidad e incomprensibilidad del ser de Dios.....23

MEDITACIÓN 4.....28
La unidad de Dios en esencia y de la Trinidad en Personas.....28

MEDITACIÓN 5.....39
La infinita perfección de Dios.....39

MEDITACIÓN 6.....45
La suma bondad y santidad de Dios.....45

MEDITACIÓN 7.....51
La suma inclinación que tiene la bondad de Dios a comunicarse a todos, especialmente a los hombres, y los modos cómo se comunica, haciéndonos innumerables beneficios.....51

MEDITACIÓN 8.....55
Cuán amable sea la bondad de Dios y cuán digna de ser amada con sumo amor por sí misma y por los innumerables bienes que nos comunica, y por los infinitos deleites que encierra en sí y proceden de ella.....55

MEDITACIÓN 9.....61
La infinita caridad y amor de Dios.....61

MEDITACIÓN 10.....69
De cuatro excelencias singularísimas que tiene la infinita caridad y amistad de Dios con los hombres, y del modo con que las podemos imitar.....69

MEDITACIÓN 11.....77
El deseo que Dios nuestro Señor tiene de ser amado de los hombres; del precepto que de esto pone, y de las ayudas y premios que ofrece.....77

MEDITACIÓN 12.....83
De la infinita misericordia de Dios.....83

MEDITACIÓN 13.....93
De la infinita liberalidad de Dios con los hombres.....93

MEDITACIÓN 14.....97
De la inmensidad de Dios y de su presencia en todo lugar y en todas las cosas.....97

MEDITACIÓN 15.....104
De la infinita sabiduría y ciencia de Dios.....104
MEDITACIÓN 16.....113
De la omnipotencia de Dios.....113
MEDITACIÓN 17.....117
De la omnipotencia de Dios en la creación del mundo, y de la grandeza de este beneficio.....117
MEDITACIÓN 18.....121
De las cosas que Dios creó en el primer instante o principio del tiempo.....121
MEDITACIÓN 19.....128
De las cosas que hizo Dios el primer día.....128
MEDITACIÓN.....132
Las cosas que hizo Dios en el segundo día.....132
MEDITACIÓN 21.....137
Las cosas que hizo Dios en el tercer día.....137
MEDITACIÓN 22.....147
Las cosas que hizo Dios en el cuarto día.....147
MEDITACIÓN 23.....153
Las cosas que hizo Dios el día quinto.....153
MEDITACIÓN 24.....158
Las cosas que hizo Dios en el sexto día.....158
MEDITACIÓN 25.....162
La creación del hombre en el sexto día.....162
MEDITACIÓN 26.....171
Del modo como Dios formó el cuerpo del hombre y le infundió el alma, y formó a Eva.....171
MEDITACIÓN 27.....179
De la reflexión que hizo Dios nuestro Señor sobre las obras de estos seis días, declarando que eran muy buenas, y de la santificación del día séptimo.....179
MEDITACIÓN 28.....184
Del beneficio de la conservación del mundo, y de la dependencia que todas las cosas tienen de Dios en el ser y en el obrar.....184
MEDITACIONES.....189
DE LA PROVIDENCIA DE DIOS.....189
MEDITACIÓN 29.....190
De la providencia de Dios con sus criaturas, en qué consiste y los innumerables bienes que de ella proceden.....190
MEDITACIÓN 30.....195
De la providencia de Dios en el gobierno del mundo y de los hombres.....195

MEDITACIÓN 31.....201
De la providencia de Dios en el sustento de las creaturas, especialmente de los hombres cuanto a su comida, vestido, honra y bienes temporales.....201

MEDITACIÓN 32.....215
De la providencia de Dios acerca de las cosas adversas de esta vida, y de todos los males, así de pena como de culpa.....215

MEDITACIÓN 33.....223
De la providencia de Dios en oír nuestras oraciones y despacharlas a su tiempo, y cuán soberano sea este beneficio.....223

MEDITACIÓN 34.....229
De la providencia de Dios en darnos ángeles que nos guarden, y cuán grandes bienes encierra este beneficio.....229

MEDITACIÓN 35.....238
De la providencia de Dios en la reparación del mundo, por la encarnación de Cristo nuestro Señor, y de su maravilloso gobierno.....238

MEDITACIÓN 36.....243
De la providencia de Dios en la fundación de la Iglesia con todos los medios necesarios para nuestra salvación; y cuán soberanos sean estos beneficios.....243

MEDITACIÓN 37.....247
De la vocación de Dios para entrar en la Iglesia y recibir la gracia de la justificación. 247

MEDITACIÓN 38.....252
De la providencia de Dios en la institución de los siete sacramentos, para la justificación y salvación de todos los hombres.....252

MEDITACIONES.....256
DEL SOBERADO BENEFICIO DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DEL ALTAR 256

MEDITACIÓN 39.....256
De la singular providencia de Dios nuestro Señor en la institución del Santísimo Sacramento, para sustento de nuestras almas.....256

MEDITACIÓN 40.....260
Del Santísimo Sacramento en cuanto es suma y memorial de las grandezas y obras maravillosas de Dios en beneficio de los hombres.....260

MEDITACIÓN 41.....267
Del Santísimo Sacramento en cuanto es memoria de la pasión de Cristo nuestro Señor.....267

MEDITACIÓN 42.....272
Del Santísimo Sacramento en cuanto es causa de la gracia y santificación que se da de presente, y de la maravillosa unión con Cristo nuestro Señor.....272

MEDITACIÓN 43.....280

Del Santísimo Sacramento en cuanto es señal y prendas de la gloria que esperamos 280
MEDITACIÓN 44.....285
Por aplicación de los sentidos del alma al Santísimo Sacramento.....285
MEDITACIÓN 45.....290
Para la fiesta del Santísimo Sacramento y para andar con espíritu las procesiones de este día y sus octavas.....290
MEDITACIÓN 46.....295
De la providencia paternal de Dios en repartir los estados v oficios, dando a cada uno el que más le conviene para su salvación.....295
MEDITACIÓN 47.....300
De la providencia de Dios en la institución del estado religioso, con variedad de religiones, y en llamar a algunos para ellas.....300
MEDITACIÓN 48.....305
De los bienes que encierra el estado religioso y cuán soberano sea este beneficio...305
MEDITACION 19.....311
De la providencia especialísima que tiene dios con los predestinados cerca de su buena muerte y perseverancia en la gracia, y cuán soberano sea el beneficio de la predestinación.....311
MEDITACIÓN 50.....314
De la humildad y resignación que disponen para coger copiosos frutos de la divina providencia.....314
MEDIITACIONES.....320
DEL ÚLTIMO Y SOBERANO BENEFICIO DE LA GLORIA.....320
MEDITACIÓN 51.....321
De la gloria cuanto al estado, lugar y compañía de los bienaventurados.....321
MEDITACIÓN 52.....326
De la gloria esencial del alma y del cuerpo con sus sentidos.....326
MEDITACIÓN 53.....332
De la gloria en cuanto abraza los premios de las ocho bienaventuranzas.....332
MEDITACIÓN 54.....339
De la gloria en cuanto abraza los siete premios que Cristo nuestro Señor promete en el apocalipsis a los que vencen.....339
CONCLUSIÓN DE TODO LO DICHO.....348

INTRODUCCIÓN

§ I

Los fervorosos afectos de amor y agradecimiento.

I. *Las meditaciones que hasta aquí se han puesto* han sido principalmente de los misterios que pertenecen a la humanidad de Jesucristo nuestro Señor, y a las obras que obró en ella y por ella, antes y después de su resurrección, aunque con ellas han ido mezcladas otras muchas de algunos misterios propios de la. divinidad por la trabazón que tienen entre sí, en cuanto proceden de una misma Persona que juntamente es hombre y Dios. *Las meditaciones que pondremos de aquí adelante* serán principalmente *de los misterios que pertenecen a. la divinidad,* y *trinidad de Dios*, *y a las obras que de Él proceden* en beneficio de los hombres, *con las cuales*, por razón de la misma trabazón, también *irán mezcladas otras de* algunos misterios *que tocan a la humanidad.* Y aunque éstos, como dice Santo Tomás, son *más proporcionados a nuestra flaca naturaleza*, pero los de la. divinidad *son de suyo más excelentes,* en los cuales principalmente se apacientan los ángeles y espíritus bienaventurados, los varones perfectos que, viviendo con el cuerpo en la tierra, tienen su conversación con el espíritu en el cielo, y por la continua meditación y contemplación de las cosas celestiales *aumentan* y *perfeccionan el encendido amor de Dios* y *la perfecta unión, que es fin de la vía unitiva,* al modo que se dijo en la *Introducción* de la QUINTA PARTE.

Esto declaró maravillosamente San Basilio, respondiendo a una pregunta que le hicieron sus monjes para saber con qué afición se había de servir a Dios, y esta afición en qué consistía, a los cuales respondió estas palabras: «La buena afición del alma es un deseo de agradar a Dios, vehemente, insaciable, estable y constante, el cual se va ganando con la contemplación vigilante y continua de la grandeza de la gloria de Dios, y con la memoria agradable y frecuente de los beneficios que de Él hemos recibido; de las cuales cosas se engendra en el alma el cumplimiento de aquello que está escrito: «Amarás a Dios con todo tu corazón, con toda tu fortaleza y con todo tu espíritu«, como hacía aquel profeta que dijo:

«Como desea el siervo las fuentes de las aguas, así desea mi alma a Ti, mi Dios». Y el Apóstol, que decía: «¿Quién nos apartará de la caridad de Cristo? ¿La tribulación, o la angustia, o la persecución, o la desnudez, o el peligro, o el cuchillo?».

Lo dicho es de San Basilio, en las cuales palabras brevemente nos enseña este santo Doctor el fin principal de la vida contemplativa en su grado supremo, y los principales medios que hay para alcanzarle, y el fruto que de ellos se saca; y de camino declaró también la perfección con que se han de ejercitar todas las obras de la vida activa, juntando con ellas la devoción interior y el *fervor* del espíritu, el cual consiste en tener grande afición a las cosas del divino servicio, con deseo de agradar en ellas, no al mundo, ni a la carne, ni a nosotros mismos, sino a sólo Dios, por ser quien es, acompañando nuestro deseo con estas *cuatro condiciones*: *La primera,* que *no sea tibio ni flojo,* cual es el de los perezosos, que para en sólo deseo, y se les convierte, como dice el Espíritu Santo, en tormento y muerte, sino que sea vehemente, fuerte y eficaz, cual es el de los fervorosos, que para en obras, haciéndolas con entereza y exacción. *La segunda es que sea insaciable,* esto es, que no se contente con lo poco que hace o padece, aunque sea todo lo que puede, sino que se extienda el deseo a mucho más, y que no solamente no tenga tedio ni fastidio de las buenas obras, sino que tenga tal hambre que nunca se vea harto de ellas, de modo que su deseo sea como el fuego, que nunca dice basta. *La tercera es que sea estable,* esto es, *que no sea mudable,* salpicando de una cosa en otra, como el perezoso que todo se le va en decir quiero y no quiero, y con liviandad prueba varios ejercicios de virtud, dejando unos por enfado y tomando luego otros diversos, sin tener firmeza ni estabilidad en lo bueno que comienza, la cual estabilidad es muy necesaria para llegar a la cumbre de la perfección que se pretende. *La cuarta es que sea constante* y *perseverante hasta la muerte,* sin que se pierda ni afloje o entibie por tentaciones ni persecuciones, haciendo rostro a todas con grande valor y pecho, de la manera que el ciervo muy sediento con grande vehemencia corre buscando alguna fuente de agua en que hartar su sed, y no descansa, rompiendo por breñas y riscos hasta topar con ella. Todas estas propiedades tuvo el deseo con que Cristo nuestro Señor cumplió la voluntad de su Padre para nuestro remedio, como consta por lo que se ha dicho en la TERCERA y CUARTA PARTES; y esta sola consideración bastará para despertar en nosotros semejante afecto, pues es razón que el discípulo imite a su Maestro, y es muy justo que yo me ocupe en su servicio con el afecto que Él se ocupó en mi provecho.

2. Pero dejando esta consideración, de que se ha dicho mucho, el glorioso San Basilio pone aquí *otras dos* que hacen a nuestro propósito, por las cuales se va ganando este afecto con las propiedades referidas, *a) La primera es la contemplación de las grandezas de Dios,* de sus excelencias y perfecciones, por las cuales es digno de ser amado, alabado, servido, obedecido con infinito afecto si fuera posible; pero ya que no lo es, todas y cada una de ellas nos mueven y obligan a procurar un afecto, el más vehemente, insaciable, constante y perseverante que pudiéremos, pues como dice el Eclesiástico, por mucho que hagamos, quedaremos cortos en darle lo que merece.

1. *La segunda es la contemplación de los innumerables beneficios que recibimos de su mano,* los cuales nos da con un amor tan vehemente, insaciable y perseverante, que no se cansa de hacernos bien, ni se harta de darnos sus dones, ni cesará, cuanto es de su parte, de darlos por toda su eternidad, con lo cual nos obliga a que, a ley de agradecidos, deseemos pagar sus infinitos beneficios con infinitos servicios, si nos fueran posibles, pues todo es poco para pagarle lo mucho que le debemos.

3. *De aquí infiere* este Santo Doctor, que con estas consideraciones se va engendrando en el alma *la perfección del amor con que Dios quiere ser amado,* cuando nos dice que le amemos con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, espíritu y fortaleza y con todas nuestras fuerzas, de suerte que todas nuestras potencias interiores y exteriores, y todos los sentidos y miembros de nuestro cuerpo, del modo que puedan, se ocupen en amar a Dios, ayudando a la obra de amor con insaciable vehemencia y perseverancia. Porque la memoria y el entendimiento aman cuando solamente se acuerdan y piensan y ponderan las cosas que. provocan al amor. La imaginativa y los apetitos del alma también aman cuando brotan imaginaciones y afectos que despiertan y avivan el amor. Los sentidos aman cuando los ojos, oídos, lengua, y gusto solamente gustan de ver oír y hablar de cosas que van ordenadas al amor. Y todos los miembros corporales aman cuando todos sirven a las obras de amor de Dios. Y finalmente todas nuestras fuerzas aman cuando todas se emplean en amar a Dios con la intención que pueden, y en atropellar las dificultades que se lo estorban, y en resistir a las tentaciones que las divierten, para que la caridad esté tan arraigada en el alma que ninguna cosa creada pueda apartarla de ella, ni los ríos ni las muchas aguas de las tribulaciones sean poderosas para amortiguar sus llamas, antes crezcan y suban tan alto, que nos muevan a imitar las heroicas y ejemplares virtudes de la Divinidad, de las cuales haremos mención en la *Meditación VI,* al modo que Cristo

nuestro Señor, en cuanto hombre, las imitó, pues con mucha razón puede decir: Imitadme a Mí, como Yo imito a mi Padre.

Todo esto abraza la vía unitiva y *el fin de estas meditaciones.* Porque aunque es verdad que un amor y afecto tan perfecto como se ha dicho, es dádiva graciosa del Espíritu Santo, el cual, sin muchedumbre de discursos, suele entrar a algunos de sus escogidos en la bodega de sus vinos, y embriagarlos con el vino fervorosísimo de su amor, y regalarlos con el conocimiento experimental de su inmensa caridad, pero de nuestra parte, con su ayuda, nos acercamos a esta bodega, volando con las dos alas de estas dos suertes de meditaciones cerca de las perfecciones de Dios y sus beneficios, las cuales van entretejidas unas con otras por la trabazón que tienen entre sí, a causa de que en esta vida no podemos conocer bien las grandezas de Dios si no es por sus obras y por los beneficios y dones que de El proceden y como en estos dones resplandecen juntamente muchos atributos; así también en la meditación de lo uno se habrán de mezclar algunas cosas que pertenecen a lo otro.

§ II

Modo de meditar los beneficios divinos con afectos de agradecimiento.

Resta que declaremos *el modo de meditar los beneficios divinos,* en los cuales principalmente *se han de considerar cinco cosas* para conocer su infinidad y agradecerlos como conviene.

1. *La primera es la infinita grandeza del bienhechor,* que es Dios, discurriendo por sus excelencias y perfecciones, al modo que se irán meditando. De donde se sigue que cualquier don, por pequeño que parezca, es de grande estima, por ser infinitamente grande el que le da. Y así, decía David: «Te ensalzaré, Dios mío y Rey mío, y bendeciré tu nombre por todos los siglos, y cada día te alabaré, porque es grande el Señor, y su grandeza no tiene fin».

2. *La segunda es la infinita grandeza del amor con que hace el beneficio,* el cual por esta causa es de grande estima, porque, dando con amor, con el don se da a Sí mismo y se entra en la cosa amada, y de tal manera da cualquier cosa, aunque sea pequeña, que está deseoso de dar otras muy grandes, como dijo a David por boca de Natán profeta: «Si te parecen pequeñas las mercedes que te he hecho, Yo añadiré otras mayores»; porque ni le falta poder ni voluntad, como veremos.

3. *La tercera es la grandeza del mismo beneficio,* la cual, en cierto modo, es infinita en el número o en la excelencia, porque unos beneficios hay que abrazan innumerables bienes, como es el de la creación y conservación del mundo, y de la Providencia. Otros hay que tienen infinita excelencia, como el de la Encarnación. Redención, Eucaristía y glorificación, y por todos hemos de dar gracias a Dios, como decía Isaías: «Alabaré al Señor por todas las cosas que nos dio, y por la muchedumbre de bienes que repartió a la casa de Israel»; y como dice San Bernardo, ninguno de los dones de Dios se han de quedar sin agradecimiento y alabanza, ni los grandes, ni los medianos, ni los pequeños, porque los pequeños son infinitos en número, y aunque, respecto de otros, sean pequeños, por otros títulos son muy grandes.

4. *La cuarta es la infinita bajeza de la persona a quien se hace el beneficio,* que es el hombre miserable, desconocido e ingrato y verdaderamente indigno de que Dios se acordase de él y le hiciese beneficio alguno. Y así, dice David: «¿Quién es el hombre para que te acuerdes de él? Y ¿quién es el hijo del hombre para que le estimes en algo? Todo es vanidad, y sus días pasan como sombra». De donde también sacaré que, comparando mi bajeza con la grandeza de Dios, soy indigno de tomar en mi vil boca sus alabanzas, diciendo con San Agustín: «¿Quién soy yo, Dios mío, para alabarte? Soy polvo y ceniza, perro muerto y hediondo, gusano y podredumbre; pues, ¿cómo alabarán las tinieblas a la luz, la muerte a la vida y el gusano a su infinito Creador?».

5. *La quinta es la infinita liberalidad de Dios en dar el beneficio,* dándole de gracia y de balde, sin esperar provecho del hombre a quien le da y sin merecérselo, antes desmereciéndoselo infinitamente por sus innumerables pecados y desagradecimientos. De modo que, con ser tan enemigo suyo, no se cansa de hacerle cada día nuevos beneficios. Estas cinco cosas nos enseñó a ponderar Cristo nuestro Señor, trayéndonos a la memoria el beneficio de la Encarnación, diciendo: «Así amó al mundo, que le dio a su Hijo unigénito». La cual sentencia, como se dijo en la Meditación II de la Segunda aparte, tiene cinco palabras, y cada una pondera una de las cosas dichas. El que dio el beneficio es Dios infinito, el modo fue amando, el que le recibió fue el mundo lleno de abominaciones, el beneficio fue su Hijo unigénito, tan infinito como Él, y le dio de balde y sin merecimientos nuestros, y por esto dice que dio a su Hijo unigénito.

6. Ponderando *estos cinco puntos, en cada beneficio divino hemos de corresponder con el debido agradecimiento,* al cual, como dice Santo Tomás, inclina en primer lugar la virtud de la gratitud, por ser Dios el

primero y supremo bienhechor, con quien principalmente hemos de ejercitar los tres actos propios del agradecimiento, que son: *reconocer* y estimar grandemente su beneficio por las razones dichas, *alabarle* por él, publicando su largueza para que todos le alaben y glorifiquen, y *hacerle algunos servicios*, no por interés, sino de gracia y de balde, aunque no esperáramos de Dios otros nuevos beneficios, pues bastan los recibidos. Y para que nuestro agradecimiento sea cumplido, ha de ser, como dice San Pablo, universal por todos los beneficios, sin dejar ninguno, y no sólo por los que yo recibo, sino por los que reciben todas las demás creaturas.

7. Advirtiendo que *en el mando hay tres suertes de creaturas. Unas que pueden* y *quieren dar gracias a Dios* por los beneficios que les hace, pagándole esta deuda conforme a su posibilidad, como son los ángeles, los santos del cielo, las ánimas del purgatorio y los justos de la tierra. *Otros hay que pueden, pero no quieren* darle gracias, y por ignorancia o por malicia, como son los idólatras, que no conocen a Dios, los demás infieles y los muy malos cristianos. Y aquí también pueden entrar los demonios y los condenados, a los cuales hizo Dios en algún tiempo grandes beneficios. *Otras creaturas hay que ni quieren ni pueden* agradecerlos por no tener entendimiento para ello, como son los cielos, elementos, mixtos, plantas y animales brutos. Por todos los beneficios que se hacen a estas creaturas hemos de dar gracias a Dios, acompañando a las primeras en su obra, supliendo la ignorancia y malicia de las segundas, y la imposibilidad de las terceras, convidándolas a alabar a Dios, porque de este modo me animo yo a bendecirle y glorificarle, y atizo el deseo de que alaben a Dios todos los que pueden y deben alabarle. Y así, en todo lugar y tiempo, como dice el Apóstol, alabaré a Dios con la palabra de que usa él muchas veces, especialmente a los Corintios: Gracias a Dios por su don que no se puede contar. De esta palabra usa a menudo la Iglesia al fin de la misa y de las horas canónicas, para aficionarnos al uso de ella, porque, como dice San Agustín: «¿Qué cosa mejor podemos traer en el corazón, y echar por la boca, y escribir con la pluma, que esta palabra: «gracias a Dios»? No hay cosa que se pueda decir con más brevedad, ni oírse con más alegría, ni sentirse con mayor alteza, ni hacerse con más utilidad».

8. Con esto queda declarada *la diligencia que de nuestra parte podemos hacer* en estas meditaciones para alcanzar su fin, cooperando con la divina gracia, en la cual, principalmente, hemos de poner toda nuestra confianza, desconfiando de nuestras diligencias, diciendo después de haberlas hecho: «Siervos somos sin provecho: lo que debíamos hacer, hicimos»; no somos dignos de tan dulce y soberano premio como es el don de

la contemplación; harto es haberle pretendido para gloria del Señor, que desea darle y nos le dará, o en esta vida si nos conviene, o si no, en la otra, adonde contemplaremos a Dios con claridad y le amaremos con todas las fuerzas de la caridad por todos los siglos. Amén.

MEDITACIÓN 1

EL SER DE DIOS

El fundamento de todas las verdades de nuestra fe católica, como dice el Apóstol, *es creer que hay Dios*; esto es, creer y entender con gran firmeza que dentro de este mundo visible hay *un espíritu soberano, supremo e invisible, principio* y *fin de todas las cosas,* el cual con su omnipotencia las creó y con su sabiduría las gobierna y endereza a Sí mismo como a último fin; y a Éste llamamos Dios. Para entender bien esta verdad, además de la luz de la fe, nos ha dado el mismo Dios *varios maestros* y *predicadores que nos la enseñen* y *acuerden* para nuestro provecho, como se verá en los puntos siguientes.

PUNTO PRIMERO

Todas las creaturas nos predican la existencia de Dios

1. Lo primero, consideraré cómo *todas las creaturas del mundo son predicadores de esta verdad*; los cielos con sus planetas y estrellas, el aire con sus aves, el agua con sus peces, la tierra con sus animales, plantas y mixtos, todas están diciendo que no se hicieron a sí mismas, ni el orden que tienen fue acaso ni por traza suya, sino que Dios las hizo y concertó como ahora están, y si tuvieran lenguas, dijeran a voces aquello del salmo: «Dios nos hizo, y no nos hicimos nosotros». Y así como viendo una imagen muy hermosa o un palacio muy bien trazado, luego entendemos que hubo algún gran pintor y arquitecto que hizo y trazó estas obras para algún fin, y nos viene gana de saber quién es, y lo preguntamos, así en viendo la hermosura de las creaturas y el concierto de ellas, podemos entender, como dice la divina Escritura que hay Dios que las hizo y las gobierna con tanto orden y concierto para algún fin muy glorioso, y nos ha de venir gana y deseo de conocerle y saber quien es para le amar y servir como merece, y con este espíritu tengo de mirar a todas las creaturas y oír las voces que me dan. *Unas veces levantaré los ojos del alma a las creaturas celestiales* y al orden que tienen en sus movimientos el sol y la luna y los demás planetas y estrellas, y, como dice David, entenderé que

los cielos pregonan la gloria de Dios; y que la sucesión de días y noches, con la variedad de tiempos, declaran su infinita sabiduría, alegrándome de que haya un Dios que conserva y gobierna todo esto. *Otras veces haré lo que dice Job, que es preguntar* a las bestias de la tierra, a las aves del aire y a los peces del mar, quién los hizo, quién les dio su hermosura, su fecundidad, el conocimiento que tienen de los tiempos y de lo que les hace provecho y daño. Y luego imaginaré *que me responden*-. Esto que tenemos no es nuestro; un Dios hay que nos lo dio. ¿Quién hay tan idiota que no sepa que la mano de Dios hizo todas estas cosas? Y con esta respuesta me regocijaré interiormente, suplicando al mismo Dios abra mis oídos para que oiga las voces de estas creaturas y por ellas me mueva a conocerle y amarle de todo mi corazón, y a las mismas creaturas provocaré que alaben a este gran Dios que está en medio de ellas, con aquel cántico que comienza: «Bendecid al Señor todas sus obras, alabadle y ensalzadle sobre todo por todos los siglos. Amén.»

2. *¡Oh ciudad de Sión, alégrate* y *canta cantares de alabanzas, porque en medio de ti está el grande y poderoso, el Santo de Israel!* ¡Oh alma mía, sube con la contemplación sobre esta Sión y atalaya del mundo, y mirando todas las creaturas, alaba, bendice y glorifica con grande gozo y jubilo de alegría al inmenso Dios que está en medio de ellas!

¡Oh Dios inmenso, gracias te doy, cuantas puedo, por el testimonio que das de Ti en todas las cosas que creaste, haciéndonos bien desde el cielo, dándonos lluvias y tiempos fértiles, proveyendo manjar para nuestros cuerpos y llenando de alegría nuestros corazones! Abre, Señor, los ojos de mi alma para que no se contenten con ver las cosas temporales que perciben los sentidos, sino que suban a contemplar las eternas que no se ven, y a Ti, Dios invisible, que eres sobre todas, a quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amén.

En este afecto de agradecimiento he de hacer pausa, dando gracias a nuestro Señor por la noticia que nos dio de esta verdad y por los muchos testigos que puso para que diesen testimonio de ella.

PUNTO SEGUNDO

Dentro de nosotros mismos tenemos testimonio de la existencia de Dios

Lo segundo, se ha de considerar cómo *dentro de nosotros mismos hay muchas cosas que nos predican y dan testimonio que hay Dios,* de

modo que si con la consideración entro dentro del mundo abreviado que es el hombre, y en particular entro dentro de mí mismo, por el conocimiento de los que hay en mí puedo subir a conocer que hay Dios; *y quizá,* por esto dijo David: «Maravillosa es Dios mío, la ciencia y conocimiento que puede tener de Ti por lo que pasa en mí» (Sal 138, 6).

1. Lo primero, dentro de mí mismo *tengo estampada la luz natural,* que, como dijo David, es luz y resplandor que sale del rostro de Dios, y nos descubre lo que es bueno y al que es sumo Bien, de quien todo lo bueno procede, y con esta luz anda una inclinación natural que nos solicita a lo que es conforme a razón y a la regla de toda bondad, que es Dios, inclinándonos a amarle, venerarle y obedecerle; y cuando nuestros pecados no ahogan esta centella, o apagan los resplandores de esta lumbre, a menudo sentimos relámpagos que nos descubren esta verdad e hinchan nuestros corazones de alegría.

1. Lo segundo, en mí mismo echo de ver *tanta hermosura* y *variedad de potencias* y *sentidos* exteriores e interiores, con tanta muchedumbre de huesos, venas, arterias y otras innumerables partes y todas con tan admirable orden, *que ellas mismas claman* y dicen que ni son hechas acaso, ni se hicieron a sí mismas, sino *que hay Dios, artífice soberano* de quien todas procedieron, y, como dijo David: «Mis huesos están diciendo: Señor, ¿quién hay semejante a Ti?».

¡Oh Dios infinito! mis huesos y mis arterias y venas, mis ojos y oídos y todas las telas y partecicas de todos mis miembros y sentidos están diciendo que Tú eres Dios, y que no hay otro semejante a Ti que pudiera darles el ser que tienen si Tú no se le dieras. ¡Oh, si todas ellas se convirtieran en lenguas para testificar a todo el mundo esta verdad, y alabarte y glorificarte y bendecirte por ella!

2. Pero, sobre todo, *el espíritu nobilísimo* que está dentro de nuestro cuerpo *da voces que hay otro espíritu soberano que está dentro de este mundo,* aunque no estrechado a él; porque si entro con la consideración dentro de mí mismo, veré la nobleza de mi alma *por las obras admirables que salen de sus tres potencias*: *memoria, entendimiento, voluntad* y *libre albedrío,* las cuales no están atadas a su cuerpo, sino salen fuera de él, paseando por toda la redondez de la tierra, mar y aire, y penetran los cielos, descubriendo los secretos de la Naturaleza que no perciben los sentidos. *De donde proceden las innumerables artes* y *ciencias,* y los modos admirables de artificios y trazas de prudencia en el gobierno, por las cuales conocemos que *nuestra alma es espíritu invisible e inmortal,* sin dependencia, en su ser, del cuerpo donde está encerrada, de modo que,

aunque el cuerpo se acabe, ella permanece, cumpliéndosele la natural inclinación y deseo que tiene de la inmortalidad y de vivir para siempre. *Todo esto pregona claramente que hay Dios,* espíritu invisible e inmortal de quien proceden todos los demás espíritus, el cual está en medio de este mundo dando ser y vida a todas las cosas, no como ánima que informa al cuerpo, sino con otro modo más levantado, gobernando las creaturas y comunicándolas todas las artes y ciencias, industrias e inclinaciones que tienen, pero sin dependencia de ellas, porque aunque el mundo se acabase, Dios siempre permanecería.

¡Oh Dios de inmensa majestad!, ahora digo que es admirable el conocimiento que alcanzo de Ti por lo que conozco en mí; porque si en cosa tan grosera como mi cuerpo está un espíritu tan noble como mi alma, que le da ser y vida, y le gobierna, y en él y por él hace cosas de tanta admiración, ¿cuánto más necesario es que en medio de este mundo tan extendido estés Tú, espíritu soberano, por quien todos somos, vivimos y nos movemos? Y pues Tú eres mi ser y mi vida, quiero también llamarte mi alma, y gozarme de tenerte a Ti por Dios, amándote sumamente más que a mí. ¡Oh, si todos te conociesen y amasen más que a su vida y a su alma, pues Tú eres como vida y alma de todos, a quien sea gloria y alabanza por todos los siglos! Amén.

PUNTO TERCERO

Otros testimonios de la existencia de Dios.

Lo tercero, tengo de considerar cómo, no solamente la hermosura y concierto de este gran mundo y del mundo abreviado del hombre, sino también *todos sus alborotos, desconciertos* y *desórdenes particulares,* con todas las miserias y trabajos de que los hombres no podemos librarnos por nuestras fuerzas, *son despertadores que nos recuerdan que hay Dios.*

1. *Los truenos,* relámpagos y rayos del cielo, las nieves, granizos, heladas, vientos y tempestades del aire, las olas del mar, las avenidas de los ríos, los temblores de la tierra, las enfermedades, las guerras y *todas las cosas que nos afligen,* están dando voces que *hay Dios que puede remediar estos males*; y así, naturalmente, cuando nos vemos apretados de ellos, luego nos acordamos de Dios y levantamos los ojos al cielo a pedir remedio al que puede dárnoslo, pues la misma razón nos dicta haber alguno que pueda esto. *Y hasta los mismos pecados* y las injusticias y agravios que padecen los buenos, *dan voces que hay Dios, a quien*

pertenece castigar estas maldades y *premiar las virtudes,* pues en la tierra no hay quien haga esto cumplidamente.

2. Además de esto, *la guerra* y *contradicción que siento dentro de mí mismo,* rebelándose mi carne contra el espíritu y las pasiones contra la razón, *está diciendo que hay Dios, por cuya virtud podré rendir a los que no puedo con la mía.* Con esta consideración tengo de consolarme *y* alentarme así en mis trabajos como en los ajenos, y así en los propios como en los comunes, y de los males del mundo sacar el sumo bien que está dentro de él, a quien pertenece remediarlos.

¡Oh alma mía! abre tus ojos y tiéndelos por ese mundo y por lo que hay dentro de ti, mirando todas las cosas prósperas y adversas; y luego abre tus oídos para oír lo que te dicen, y oirás que están clamando cómo en medio de todas hay un Dios que puede dar las prosperidades y librar de las adversidades a los que no pueden librarse de ellas. Alégrate con esta buena nueva, y procura, como el Apóstol, mostrar tu fidelidad, peleando a diestro y a siniestro en lo próspero y en lo adverso, sirviendo en todo al que se muestra ser Dios en todo, y por ello merece ser alabado de todos. Amén.

3. De estas consideraciones que se han puesto sacaré *cuánto importa tener viva fe,* y *luz cierta de esta verdad,* y memoria continua de ella, porque es freno de todos los vicios y espuela de todas las virtudes; *y al contrario, la falta de esta fe,* o la mortandad en ella, o el olvido de esta verdad *es causa de todos los pecados del mundo* y de todas las tibiezas e imperfecciones que hay en el divino servicio. Y por esto dijo David que en diciendo los necios dentro de su corazón, *no hay Dios,* luego estragan sus costumbres y *se hacen abominables,* y no hay entre ellos ni uno solo que obre bien, como si en una república entendiesen los hombres que no hay rey, ni juez, ni justicia, luego se desenfrenarían en millones de maldades unos contra otros.

4. *Y el mismo daño hace olvidarse de que hay Dios*, como se dice en Job, y por esto con grande exageración nos pide la divina Escritura en la ley, salmos y profetas, que no nos olvidemos de Dios y que nos acordemos siempre de Él, porque acordándonos que hay Dios, no pecaremos, viviremos contentos, alegres, confiados y con ánimo para ejercitar todas las virtudes, como decía David: «Me acordé de Dios, me alegré y ejercité hasta que desfalleció mi espíritu».

5. De aquí también sacaré grande compasión de los pecadores que *confiesan con la boca que hay Dios,* y, como dice San Pablo, *lo niegan con las obras*, ponderando cuán grave mal es un pecado mortal, pues

cuanto es de su parte, *es negación de Dios* y una declaración práctica de que no hay Dios a quien se haya de obedecer, ni que pueda castigar; pero yo, al contrario, tengo que declarar esta verdad con el corazón, y con la lengua, y con las obras, y gozarme de que haya Dios, y darle gracias por la fe que me ha dado de esta verdad, y procurar traerle siempre en mi memoria, tomando a las creaturas por despertadores de mi olvido, para que, en viéndolas luego me acuerde que hay Dios, por quien ellas y yo tenemos ser, a quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amén.

MEDITACIÓN 2

LA ETERNIDAD DEL SER DE DIOS, Y CÓMO ÉL SÓLO ES EL QUE ES

PUNTO PRIMERO

La esencia de Dios es ser.

1. Lo primero, se ha de considerar cómo, no solamente es verdad ciertísima que hay Dios, sino que *este Dios necesariamente es, fue* y *será siempre,* porque su esencia es *ser*. Y así, preguntando Moisés a Dios por su nombre, le respondió: *Yo soy el que soy. Y a los hijos de Israel dirás: Él que es* me envió a vosotros.» Como quien dice: Mi nombre propio es ser *el que es,* y mi esencia es *ser siempre,* sin que sea posible dejar de ser, como no es posible que el hombre no sea racional, y que la piedra no sea cuerpo.

2. De suerte que Dios *fue antes que fuese el mundo,* y si con la imaginación fingiese millones de millones de años que precedieron al ser del mundo, antes de todos ya era Dios y siempre fue. Y por esto en la Escritura se llama *el Antiguo de días,* porque todo lo creado es nuevo y reciente, y Él sólo es tan antiguo, que no se puede hallar principio de su ser. Además de esto, en este ser ha permanecido siempre *sin mudanza alguna,* como Él lo dijo por Malaquías: «Yo soy Dios que no me mudo, ni me envejezco, ni me marchito, sino siempre permanezco en un mismo ser, tan libre de mudanza, que ni la sombra de ella me toca». Y en este mismo ser *permanecerá para siempre* durando millones de millones de años, sin que se pueda imaginar fin de ellos. Por lo cual dijo David: «Tú, Señor, siempre eres el mismo, y tus años no desfallecerán»; y por esta causa Dios es y se llama eterno, cuya eternidad consiste en que su ser, ni tuvo principio, ni puede tener fin, ni sucesión o mudanza alguna, sino todo Él

siempre fue, es y será, como fue. De donde sacaré grandes afectos de gozo y alabanza, por este ser eterno de Dios, cantándole aquel cántico de los santos cuatro animales, que decían: «Santo, Santo, Santo, el Señor Dios todopoderoso, el que era, y es, y será, y ha de venir».

¡Oh Santo de los Santos, firme, estable, inmutable en tu ser, que todo es santo! Ven a darme noticia de quién eres, y de tu eterno ser, para que mi alma, ilustrada con tu luz, te alabe, y glorifique, y bendiga por toda tu eternidad. Amén.

3. De aquí también sacaré *cuán abominable cosa es la propia voluntad,* de la cual dice San Bernardo: que, cuanto es de su parte, *querría matar* y *destruir a Dios*, y que Dios dejase de ser, y que no fuese tal cual es, para que ni supiese sus males, ni pudiese castigarlos; y este disparate protestan con las obras todos los pecadores que se rinden a su voluntad propia, que es contraria a la de Dios, de los cuales me debo compadecer, llorando las veces que yo he intentado tal locura, y al contrario, gozándome de que Dios tenga tal ser, que ninguno pueda destruirle, ni menoscabarle, ni quitar nada de lo que su sabiduría y omnipotencia tiene, porque todo es eterno e inmutable, como su mismo ser.

PUNTO SEGUNDO

Sólo Dios es por esencia el que es.

1. Lo segundo, se ha de considerar cómo de tal manera es esencia de Dios ser *el que es,* que a ningún otro que a Dios puede convenir, porque sólo Dios tiene el ser de Sí mismo, y todo lo demás recibe el ser de Dios; y así, es principio sin principio, de quien todas las cosas dependen en su ser, y Él de ninguna. Y por esto dijo el Apóstol que sólo Dios tiene inmortalidad, porque sólo Él de su naturaleza tiene el no poder morir, ni dejar de ser; pero las demás cosas, aunque sean el cielo, sol, luna y estrellas, y los mismos ángeles, de su cosecha no tienen ser, antes están sujetos al no ser, y son de suyo cosa vana y vacía de ser, y, como la vestidura, se envejecerían y vendrían a perecer si Dios no las da siempre su ser, y se le conserva.

2. De esta verdad bien ponderada sacaré *el principal fundamento de la vida espiritual,* porque en ella se funda *la profunda humildad* que debemos tener delante de Dios, la cual tienen los ángeles y los espíritus bienaventurados, y la Virgen nuestra Señora, y la misma alma de Cristo

nuestro Señor, y es razón que yo la procure, considerando que, como sólo Dios es *el que es,* así yo soy *el que no soy,* porque de mi cosecha no tengo ser, ni le puedo tener, si no es de Dios, y en dejando Él de dármele, me volveré en nada; y como dijo Dios a Adán: «Polvo eres, y en polvo te volverás», porque fue hecho de tierra y se convertiría en ella, así debo entender, proporcionalmente, que me dice Dios: nada eres, y en nada te volverás, porque fui hecho de nada, y de mi cosecha soy nada, y luego me volvería en nada si Dios no me conservase, aunque por su voluntad, el ser de mi alma nunca se volverá en nada. Y si soy nada cuanto al ser, que es fundamento de las demás perfecciones, lo mismo será en todas ellas; y así, de mi naturaleza y cosecha ni tengo ser, ni poder, ni obrar, ni movimiento alguno; ni tengo estabilidad, ni firmeza en cosa mía: todo está sujeto a vanidad y mutabilidad, y parará en muerte y en no ser, si Dios no lo conserva; y por esto dijo David: «Pusiste medida y tasa a mis días, y mi substancia es como nada delante de Ti». Substancia llama todo su ser, y sus potencias y virtudes y la firmeza y fortaleza que resplandecen en todas las cosas que posee dentro y fuera de sí, lo cual todo de su cosecha es nada en la presencia de Dios, sin el cual no tiene ser.

3. Sobre esta *nada* que tengo de mío, y sobre el *ser esencial* que tiene Dios de suyo, *fundaré todos los afectos de la vida espiritual. Unos para con Dios,* amándole como a principio de mi ser, reverenciándole por la singular excelencia que tiene en el suyo, confiando en Él como en autor de toda virtud y de la firmeza en ella, alabándole y agradeciéndole el ser que me da, con los demás afectos de resignación y obediencia que se deben a tan gran Dios. *Otros* afectos serán *para conmigo mismo,* despreciándome por la nada que soy, desconfiando de mis fuerzas, no presumiendo de ellas ni atribuyéndome cosa buena que tuviere o hiciere, dando de todo la gloria a Dios y ahogando todos los movimientos de soberbia, presunción y vanagloria en el abismo de esta nada.

¡Oh Dios Eterno, cuya esencia es ser con modo tan singular! me gozo de que Tú sólo seas el que eres, y que nada tenga ser sino es de Ti. Esclarece los ojos de mi alma para que conozcan el ser que tienes por tu esencia, y el no ser que yo tengo de mi cosecha, para que sobre estos dos conocimientos, como sobre dos polos firmes e inmutables, se mueva la rueda de mi vida, hasta llegar al descanso de la eterna donde te vea y goce, participando de tu eternidad. Amén.

PUNTO TERCERO

Cómo en Dios están en un modo eminentísimo las perfecciones de todas las cosas creadas y posibles.

1. Lo tercero, se ha de considerar cómo la esencia de Dios es ser *el que es,* porque *su ser* simplicísimo, sin añadidura ni composición, *encierra* con suma identidad y unión, y sin limitación alguna, *todas las perfecciones* de todas las cosas que tienen ser, con un modo eminentísimo, y otras infinitamente mayores y más excelentes de lo que podemos entender, de tal manera, que, en su comparación, todas las cosas creadas y las que pueden crearse son como nada, y como si no fuesen ni tuviesen ser. Por lo cual dice Isaías que todas las gentes delante de Dios son como una gótica de agua que gotea del caldero, o como la mínima inclinación que hace el fiel de la balanza, y, finalmente, son en su presencia como si no fuesen, y como nada y cosa vacía de ser. De donde sacaré una grande estima de la soberanía y majestad del ser de Dios, ante cuya presencia cosas de tan noble ser quedan obscurecidas y son como si no fuesen; lo cual se ponderará más en la *Meditación* 4 y en las siguientes.

2. Y también sacaré *la poca estima que* por esta parte *debo tener de todas las cosas creadas,* especialmente de estas visibles que me arrebatan el corazón, pues en presencia del divino Ser, son como una gota de agua que no puede hartar mi sed ni la mínima parte de mi deseo, y son también mudables como el fiel del peso, que fácilmente se inclina, ya a una parte, ya a la contraria, con cualquier peso que se ponga en la balanza.

¡Oh Dios eterno, cuyo nombre propio es ser *el que es! me gozo* de la soberanía de este nombre, tan propio tuyo, que no es posible convenir a otro que a Ti. ¡Oh nombre venerable, nombre inefable, escondido a Abraham, Isaac y Jacob, y manifestado a Moisés en señal de amor!, descúbreme, Dios mío, las riquezas inestimables de este nombre para que te reverencie, adore, ame y sirva como Señor de tan soberano ser merece. ¡Oh alma mía, Dios es sólo *el que es,* abarcando toda la perfección del ser!; ¿por qué no te juntas con Él para que tu ser tenga nobleza y firmeza con el suyo? ¿Por qué no te derramas por las creaturas vacías de ser, pues no te pueden dar lo que deseas, no teniéndolo ellas? Desde hoy más, Dios eterno, tendré todo lo creado por estiércol y basura, por pérdida y detrimento, por vanidad y nada, en razón de juntarme contigo para amarte y servirte por toda la eternidad. Amén.

MEDITACIÓN 3

LA INFINIDAD E INCOMPRENSIBILIDAD DEL SER DE DIOS

Para entrar con seguridad en el conocimiento de las grandezas del ser del Dios sin anegarnos en ellas, es necesario conocer que *es infinito e incomprensible,* y que a su grandeza pertenece que ningún otro que sea menos que Él, pueda comprender todo lo que tiene, para cuyo entendimiento advierto que, como hay *dos modos de hacer una imagen, uno por pintura* y *otro por escultura;* el primero se hace *añadiendo* varios colores y rayas sobre la tabla; el segundo, *quitando* con el cincel muchas partecicas de ella hasta dejar entallada la figura; así, dice San Dionisio, hay *dos modos de conocer a Dios* y de formar dentro de nuestra alma un concepto verdadero y propio que sea imagen de su divinidad. *Uno, por afirmaciones,* poniendo en Dios las excelencias y perfecciones que hay en las creaturas, con modo muy más perfecto, diciendo que es bueno, sabio, poderoso y fuerte. *Y otro, por negaciones,* quitando de Dios lo limitado que vemos en las creaturas, por ser cosas indignas de su grandeza, y por esto decimos que es infinito, inmenso, incomprensible, inefable, etc. Y *de este* modo de conocer a Dios será esta meditación, el cual dice más con su infinita grandeza, y nos abre la puerta para *el otro primero,* del cual serán las meditaciones siguientes.

PUNTO PRIMERO

Dios no es cosa alguna de cuantas se pueden percibir con los sentidos corporales.

Lo primero, se ha de considerar cómo Dios nuestro Señor *no es cosa alguna de cuantas se pueden percibir con los cinco sentidos corporales*, y por consiguiente, no es blanco, ni colorado, ni resplandeciente, ni hermoso, como las cosas que acá se ven; no es como cielo, sol o estrellas, ni es como fuego, aire o agua, ni es como león, águila o cuerpo alguno; porque todo esto que se percibe con los sentidos es cosa indigna de la grandeza de Dios, el cual infinitamente excede a todo esto, y *es grandísimo agravio compararle a esto con igualdad,* conforme a lo que dice Isaías: «¿A quién hiciste semejante a Dios? ¿A quién me comparaste e igualaste? dice el Santo». ¡Oh, Santo de los santos!, todos mis huesos se

conviertan en lengua y digan a voces: «Señor, ¿quién hay semejante a Ti?». No hay alguno semejante a Ti entre los que se llaman dioses, ni sus obras pueden igualarse con las tuyas. No eres hermoso como las cosas de la tierra, sino con otra hermosura que no pueden comprender los ángeles del cielo; no eres resplandeciente como la luz de este sol visible, sino con otro resplandor y luz inaccesible; no eres grande con la grandeza de cantidad que conviene a los cuerpos, sino con grandeza de virtud que excede a todos los espíritus; no eres dulce ni sabroso como las músicas o manjares corporales, sino con otra dulzura y sabor que sobrepuja la capacidad de todas las cosas espirituales.

¡Oh Dios infinito!, ¿quién puede ser semejante a Ti? De esto me gozo y me regocijo, que tu ser sea tan infinito que no tenga comparación con todo lo visible que criaste. ¡Oh, quién te amase con un amor tan crecido que no fuese semejante a ningún amor terreno!

PUNTO SEGUNDO

Dios no es cosa alguna de cuantas se pueden comprender con imaginación o entendimiento creado.

1. Lo segundo se ha de considerar cómo Dios nuestro Señor no es cosa alguna de cuantas se pueden abarcar y comprender con la imaginación o entendimiento de los hombres, ni aun de los ángeles, porque todo esto es finito y limitado, y, por consiguiente, desdice mucho de la soberanía y majestad del ser de Dios, el cual es infinito e ilimitado; de suerte, que Dios no es bueno ni sabio con la bondad y sabiduría que los hombres y ángeles pueden comprender, porque ésta es muy corta y pequeña y dista infinitamente de la que tiene Dios; el cual tiene tal modo de bondad y sabiduría, que no la podemos abarcar ni ponerla nombre propio que del todo le cuadre, y por esto es incomprensible e inefable; y lo mismo digo de las otras divinas perfecciones. Por lo cual también sería gran desvarío comparar sus grandezas con las de algún hombre o ángel, con igualdad y perfecta semejanza; antes, con David tengo de decir: «¿Quién en las nubes se igualará al Señor? O ¿quién entre sus hijos será semejante a Dios?». Que es decir: Ninguno de los que moran sobre las nubes ni de los que son hijos de Dios por gracia, pueden igualarse ni compararse con Dios, porque todos infinitamente distan de Él, y Él es sobre todos.

2. De aquí subiré a considerar cómo para conocer la grandeza del ser de Dios con este modo de conocimiento, tengo de dejar, como dijo San Dionisio a Timoteo, las cosas que se perciben con los sentidos y con nuestros cortos entendimientos, y dar de mano a imaginaciones y discursos e inteligencias limitadas del entendimiento, entendiendo que Dios no es substancia, ni espíritu o ser como lo que yo alcanzo, sino una cosa excelentísima, grandísima, soberanísima y levantadísima sobre toda substancia, y sobre todo espíritu, y sobre todo ser, el cual yo ignoro y todos ignoramos, y para mí y para todas las creaturas es como niebla, oscuridad y tinieblas. Y así, dice la Escritura que Moisés entró en la oscuridad donde Dios estaba. Y David dice que nube y oscuridad están alrededor de su silla; y Salomón, que Dios mora en la niebla. Pero más claro San Pablo, dice que mora en una luz inaccesible, a quien ninguno de los mortales vio ni puede ver, abarcando lo que en Sí tiene. En esta ignorancia tan sabia y en esta oscuridad tan clara, aunque inaccesible, tengo de procurar hallar descanso y quietud, sintiendo altísimamente de Dios, gozándome de que sea infinitamente mayor de lo que yo puedo imaginar ni pensar, admirándome de esta grandeza incomparable, y supliendo la falta del conocimiento con el exceso del amor, deseando con todo mi corazón amarle y servirle, y suspirando por verle.

PUNTO TERCERO

Dios infinito en cada una de sus perfecciones.

1. Lo tercero, consideraré cómo el ser de Dios, de tal manera es infinito, que *todas las perfecciones que la divina Escritura dice de Él son infinitas,* sin que el entendimiento halle donde hacer pie ni pueda imaginar fin y cabo de ellas; porque, como dicen los profetas: «Grande es el Señor, y su grandeza no tiene fin». Y así también no tiene fin su duración, ni su lugar, ni su bondad, ni su sabiduría. ni su potencia, porque en todo es infinito. Y después de haber imaginado cuanto puedo imaginar, es infinitamente más de lo que hubiere imaginado. De suerte que, después que imaginare que Dios durará millones de años, he de añadir otros tantos, y luego otros tantos, y después de añadidos cuantos imaginare, son infinitos los que restan. Por lo cual exclamó un amigo de Job: «Grande es Dios, y vence a nuestra ciencia; el número de sus años es inestimable» y no se puede contar. Del mismo modo Dios llena todo este mundo y puede llenar otros millones de mundos mayores que éste, y después de haber

imaginado cuantos mundos pudiere, son infinitos más los que Dios puede llenar con su inmensidad. Y lo mismo es en la sabiduría y omnipotencia, sintiendo tan altamente de cada una de sus perfecciones, que crea ser mucho más de lo que no entiendo que lo que entiendo, y en esta ignorancia descansaré, gozándome de lo mucho que hay en el ser y perfecciones de Dios que yo no alcanzo.

2. De donde se sigue que el ser de Dios, a boca llena es *incomprensible e inefable,* si no es del mismo Dios; de modo que ninguna creatura puede abarcar lo que hay en Él, ni lo que hay en su bondad o sabiduría, o en cualquiera de sus atributos y perfecciones, ni puede ponerlas nombre propio que le cuadre del todo. Y por esto dijo Jeremías: «Grande es Dios en el consejo, e incomprensible a todo entendimiento». Y la razón es evidente, porque cualquier creatura es finita y limitada, y lo finito no puede comprender a lo que es infinito, así como no es posible que yo con mi puño abarque todo el mundo, ni un vaso pequeño pueda recibir dentro de sí toda el agua del mar Océano. Y, como dice el Sabio: «Si con dificultad conocemos las cosas que pasan en la tierra, y con trabajo entendemos las que pasan delante de los ojos, las que están en los cielos ¿quién las podrá buscar? Así lo tengo de confesar y gozarme de ello, preciándome de tener un Dios tan grande que ninguno le comprenda, porque si yo le pudiera comprender, fuera Dios muy corto y apocado, o, por mejor decir, no fuera Dios.

3. Y para esto tomaré ejemplo de los supremos ángeles, que son los serafines, los cuales tienen *seis alas,* para significar que vuelan en el conocimiento de Dios, y de las cosas que creó en los seis primeros días del mundo, y suben más alto que todos los demás ángeles; y con todo eso, cuando están en la presencia de Dios, de las seis alas encogen las cuatro, y con las dos cubren la cabeza de Dios, significando que no pueden comprender las altezas de su divinidad; y con otras dos cubren los pies de Dios, significando que no pueden comprender todas las obras que proceden de ella, y con solas dos vuelan, confesando de Dios algunas grandezas que saben; pero mucho más engrandecen a Dios con el encogimiento de las cuatro alas que con el vuelo de las dos y con las palabras que dicen, porque confiesan ser infinitamente más lo que no saben de Dios, que lo que saben.

¡Oh Dios incomprensible e inefable, me gozo de que los serafines se hallen ciegos y deslumbrados en tu presencia, confesando que vences toda su ciencia y que no te pueden abarcar! ¡Oh, quién tuviera las seis alas de

estos encendidos serafines, y las convirtiera todas en alas de amor, para emplear todas mis fuerzas en amarte, ya que no puedo comprenderte!

PUNTO CUARTO

El haber Dios revelado sus misterios es un gran beneficio y fundamento dé nuestra fe.

Lo cuarto, se ha de considerar, como fundamento de nuestra fe, *el sumo beneficio que Dios nos hizo en revelarnos los misterios secretísimos de su infinito ser* y *perfecciones*, porque viendo su Majestad que no era posible a los hombres ni a los ángeles alcanzarlos todos ni rastrear mucho de ellos por lo que miraban en las creaturas, quiso por su infinita bondad y misericordia revelarnos algunos para gloria suya y bien nuestro; entre los cuales, hay muchos tan levantados, que no podemos alcanzar a entender cómo son, porque sobrepujan a nuestra capacidad y a toda la razón y luz natural, lo cual me ha de mover a sumo gozo por ver que tengo un Dios tan excelente e infinito, que su ser y sus obras trascienden a todo cuanto los hombres y ángeles podemos alcanzar o rastrear. Y además de esto, *tengo de sacar otros tres excelentes afectos* y *propósitos:*

1. *El primero, de agradecimiento a nuestro Señor* por habernos revelado en sus Escrituras, por medio de sus profetas, las cosas secretas de su divinidad, y, como dijo David, las escondidas y ocultas de su sabiduría; pero, en especial los que vivimos en la ley de gracia, hemos de darle mayores gracias por habernos dado su Hijo unigénito, el cual, como dijo el glorioso San Juan, nos las reveló con más distinción, como quien las había visto, Y así, tengo de darle gracias porque nos reveló el misterio de la Santísima Trinidad, de la Encarnación, de la Eucaristía, del perdón de los pecados, de la resurrección de la carne, de la vida eterna, contando estos y otros misterios semejantes, los cuales no se pudieran saber sino por su revelación.

2. *El segundo* afecto ha de ser *de fe muy cierta* y *muy rendida,* cautivando mi entendimiento a creer lo que yo no alcanzo porque Dios lo ha revelado, pues de otra manera fuera imposible saberlo. Y así, en particular ejercitaré la fe acerca de los misterios que son más levantados y secretos, gustando de creerlos y de vivir con esta fe y guiarme por ella. Y a imitación de los serafines, confesando mi cortedad, juntamente a voces y con grande gusto alabaré a Dios trino y uno con los nombres que Él me ha revelado, diciendo: Santo, Santo, Santo; Sabio, Sabio, Sabio; Poderoso,

Poderoso, Poderoso es el Señor Dios de los ejércitos, sin querer escudriñar más de lo que Él me tiene revelado; porque el escudriñador curioso de la divina Majestad, como dice el Sabio, será oprimido de su gloria.

3. *El tercer* afecto ha de ser *una grande confianza* con grande alegría de corazón, esperando firmemente que tengo de llegar a ver estos misterios que ahora creo, cumpliéndose en mí lo que dice San Pablo: «Ahora vemos a Dios por espejo y por enigma; después le veremos cara a cara»; pues por esto me los reveló con oscuridad, para que, creyéndolos con viva fe y obediencia a sus mandamientos, llegase a verlos con claridad. Y aun he de tener gran confianza que también en esta vida esclarecerá mi fe y me dará grande inteligencia de sus misterios si yo me dispongo con limpieza de corazón para verlos, pues Él dijo que eran bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verían a Dios.

¡Oh Dios de la esperanza, lléname de todo gozo y paz en el creer, para que abunde en mí la confianza, y la virtud del Espíritu Santo por todos los siglos! Amén.

MEDITACIÓN 4

LA UNIDAD DE DIOS EN ESENCIA Y DE LA TRINIDAD EN PERSONAS

PUNTO PRIMERO

Se muestra la unidad de Dios por ser el sumo e infinito bien.

Lo primero, se ha de considerar *el primer artículo de nuestra santa fe,* por el cual confesamos que no *hay más que un solo Dios* con una sola esencia y divinidad, *sin que sea posible haber muchos dioses*. De suerte que no hay más que un Creador, un Gobernador, un Señor, un primer principio y un último fin de todas las cosas. *Y en esta verdad se fundan los más principales mandamientos de nuestra ley.*

1. Porque primeramente, como Dios es *un bien sumo e infinito* en quien están encerrados todos los bienes y perfecciones posibles, sin que le pueda faltar una, porque si una le faltase sería imperfecto y andaría mendigándola de otros, *se sigue* claramente *que no es más que uno,* porque si hubiera otros dioses *le faltara la bondad* y *perfección que tienen éstos,*

por *la cual se diferenciara de ellos.* Y en esto se funda mandarnos Dios que le amemos sobre todas las cosas con todo nuestro corazón, porque es *sumo bien, todo bien* y *único bien* digno de ser amado con sumo amor y con único amor, sin dividirle ni partir el corazón en otros amores que no sean en orden a su amor.

¡Oh Bien infinito!, ¿qué mucho te ame yo sobre todas las cosas, pues Tú. eres un Dios superior a todas? Y ¿qué mucho te dé yo mi amor todo, sumo y único, pues todo es poco en comparación del amor que merece tu bondad toda, suma y única? Razón es que no ame cosa contra Ti o que no sea ordenada para Ti, pues no hay cosa que sea buena ni amable si no es por la bondad que recibe de Ti.

2. Lo segundo, como Dios es *soberano* y *supremo Señor* y *gobernador de sus creaturas,* a quien todas están sujetas, y a cuya voluntad eficaz ninguno puede resistir, porque si alguno pudiese resistirle sería Dios miserable y no tendría contento ni paz en su gobierno, ni su reino podría ser de dura, *se sigue que no es más que uno solo,* porque sí fueran muchos dioses, *tuvieran diferentes juicios, voluntades* y *poderes,* y pudiera alguno querer algo contra el otro, y hacerle guerra y contradicción. No fuera posible durar el mundo con la paz y concierto que tienen las creaturas, porque todo reino dividido será asolado. Y así, el concierto de los cielos, elementos y animales pregonan que hay *un solo Dios* y *gobernador de todo.* Y en esto se funda mandarnos Dios que *a Él sólo adoremos, temamos* y *sirvamos* con todo nuestro corazón y con toda nuestra alma; porque, como dijo el Salvador, no es posible servir bien a dos señores diversos, pues de fuerza mandarán cosas diferentes, y queriendo obedecer al uno, daremos enojo al otro, y así no fuera posible servir a dos dioses. Por lo cual todo mi cuidado tengo de poner en servir a este único y supremo Señor mío, y dar a Él sólo la obediencia, y a ningún otro, si no es por Él y por estar en su lugar y quererlo Él así.

3. Lo tercero, como Dios es *nuestro supremo legislador,* a quien pertenece darnos leyes, porque su dictamen y voluntad es regla de lo que hemos de hacer, y a Él también pertenece ser *juez* de todos para dar premio a los obedientes y castigo a los rebeldes, y Él mismo es nuestro *último fin* y bienaventuranza, en cuya vista y posesión hallaremos hartura y satisfacción de todos nuestros deseos, *se sigue* de todo esto evidentemente *que no puede ser más que un Dios, un legislador* y *supremo juez* y *un último fin*; porque si fueran muchos, *pudieran encontrarse en las leyes* y *en los premios* y *castigos,* y *ninguno por si solo hartara nuestros deseos,* porque quisiéramos ver al otro. Y en esto se funda la obligación que

tenemos a que *nuestra intención sea una, pura* y *sencilla*, enderezando todas nuestras obras a sólo Dios como a nuestro último fin, buscando una sola honra *y* gloria en todas las cosas.

4. De todo esto tengo de sacar: *a) Lo primero, grande compasión de los infieles e idólatras,* que multiplican dioses falsos, con injuria del verdadero Dios, suplicándole que destruya tal vicio del mundo, y diciéndole:

¡Oh Dios único y verdadero, que sobre la nube ligera de tu santísima humanidad entraste en el Egipto de este miserable mundo! derriba con tu presencia todos los ídolos que adoran los mundanos y derrite su corazón en medio de ellos, espantándolos con tu santo temor y aficionándolos con tu dulce amor.

b) Lo segundo, sacaré *cuán grave mal sea el pecado que pretende destruir la unidad de Dios,* admitiendo falsos dioses, pues como dice San Pablo, los carnales tienen por dios a su vientre; los avarientos, al dinero; los soberbios, a la honra vana, y cada uno toma por su dios y último fin la cosa por la cual deja al verdadero Dios; de donde procede que cada día, como dice la Escritura, inventan dioses nuevos y recientes que nunca fueron conocidos ni adorados de sus padres.

¡Oh Dios eterno, antiguo de días y juez de los mortales! vuelve por tu causa, destruyendo la multitud de falsos dioses, para que todos, no sólo con la boca, sino con la obra, confiesen y protesten que hay un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos y está en todas las cosas, á quien todos alaben y glorifiquen por todos los siglos. Amén.

c) Lo tercero, sacaré *un entrañable deseo de reducir todas mis pretensiones, aficiones* y *deseos a este uno* y *supremo Dios,* sin derramarme a otras cosas, contentándome con esta una, en quien están todas, diciendo a mi alma lo que Cristo nuestro Señor dijo a Marta: «Alma mía, muy solícita andas y muy turbada con muchas cosas; una sola te es necesaria, que es amar, reverenciar y servir a un solo Dios, creador de todas las cosas, y a un solo Padre, de quien todas proceden, y a un solo fin, a quien todas se ordenan, en quien hallarás descanso y hartura sempiterna.» Finalmente, sacaré otro *gran deseo de amar* y *hacer bien a todos los hombres, pues todos tenemos un Dios, un principio* y *fin último,* acordándome de lo que dice el profeta Malaquías: «¿Por ventura no es uno el Padre de todos? ¿Por ventura no es uno el Dios que nos creó? Pues ¿por qué desprecia cada uno a su hermano, quebrantando la ley que se dio a nuestros, padres?».

¡Oh Dios infinito, uno en esencia, de quien todos procedemos!, concédenos que seamos unos en Ti, amándonos unos a otros como a hechura de un mismo Dios, como creados de un mismo Señor y como hijos de un mismo Padre, ordenados a gozar de un mismo fin, que eres Tú, único y sumo bien de todos, a quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amén.

PUNTO SEGUNDO

Dios es trino en personas

1. Lo segundo, se ha de considerar *el otro artículo principalísimo de nuestra fe,* que Dios nuestro Señor de tal manera es uno en esencia, que juntamente *es trino en personas: Padre, Hijo* y *Espíritu Santo*, cautivando mi entendimiento a creer esta verdad, aunque no alcance el modo como es; pero puedo discurrir que Dios nuestro Señor junta en Sí mismo todo lo bueno y perfecto que vemos en las creaturas, sin lo malo e imperfecto que hay en ellas. Y así, tiene *lo bueno* de ser *uno, sin lo malo* que tiene ser *solo*; y tiene *lo perfecto* de ser en alguna manera *muchos, sin lo imperfecto* que tiene ser *diverso,* es uno en la esencia y en la divinidad, uno en la bondad, sabiduría, omnipotencia y en todos los demás atributos; y a esta causa las tres divinas Personas, como son un Dios, tienen un mismo sentir y querer, y un mismo poder y obrar, sin que haya entre ellas diferencia de pareceres, ni contrariedad de voluntades, ni encuentro en las obras, porque todas sienten lo mismo, quieren lo mismo y obran lo mismo fuera de Sí con suma paz y concordia. Pero juntamente son tres personas distintas, y no una sola, porque no careciese Dios de la perfección y gozo que trae consigo la comunicación y amistad perfecta entre iguales, y para que la bondad, sabiduría y potencia de Dios cumpliesen su deseo de comunicarse infinitamente con modo infinito. Y así el Padre llena estos deseos, comunicando su divina esencia y toda su sabiduría y omnipotencia al Hijo, y el Padre y el Hijo comunican lo mismo al Espíritu Santo, y entre los tres hay infinito amor y amistad perfectísima, como entre personas iguales y semejantes que llegan a ser una misma cosa real y verdaderamente en la substancia de su divino ser, y en esta comunicación y amistad hay infinito gozo y alegría, gozándose infinitamente cada Persona del propio ser personal que tiene la otra.

2. De esta consideración tengo de sacar: *a)* Lo primero, *una grande admiración* y *profunda reverencia a la majestad de Dios uno* y *trino,*

venerando sumamente lo que no alcanzo, y animándome, como dice Isaías, a creerlo para entenderlo, y exclamando como San Pablo: ¡Oh, alteza de las riquezas del ser y sabiduría de Dios!, si tus juicios son incomprensibles y tus caminos no investigables, ¿cuánto más incomprensible será tu ser, cuánto más no investigable tu deidad?

Aumenta, Señor, mi fe, para que crea tu soberana Trinidad de modo que la entienda, y para que la entienda de modo que la ame y llegue a gozar de ella para siempre jamás. Amén.

b) Lo segundo, sacaré de aquí *un grande gozo de la perfectísima unidad que tienen entre Si las tres divinas Personas,* con un entrañable deseo de tener parte en ella e imitarla del modo que me es posible.

¡Oh Padre Eterno, me gozo de la unión que tenéis con vuestro Hijo! ¡Oh Hijo unigénito de Dios, me gozo del amor que tenéis a vuestro Padre! ¡Oh Espíritu santísimo, me gozo de la unión y amor que tenéis al Padre y al Hijo! ¡Oh Trinidad beatísima, me gozo de la infinita amistad que resplandece dentro de Vos misma! ¡Oh Dios infinito, pues me disteis fe de esta soberana unión, dadme gracia para imitarla del modo que Vos queréis!

c) Luego tengo de aplicarme a *considerar el modo como puedo imitarla,* acordándome de que Cristo nuestro Señor, la noche de la cena, pidió a su Padre para nosotros que fuésemos *una cosa como los dos lo eran*; de modo que como las tres divinas Personas tienen un mismo sentir y un mismo querer y obrar en todas las cosas, con suma concordia, sin diversidad alguna, por lo cual dijo Cristo nuestro Señor de Sí: «El Hijo no puede hacer por Sí mismo cosa, si no es que la viere hacer a su Padre, y todas las cosas que hace el Padre, las hace también el Hijo», así yo procure unirme y hacerme *una cosa con Dios por amor*, teniendo un mismo sentir con el suyo en todas las cosas que me ha revelado, y un mismo querer en todas las cosas que me ordena, haciendo todas mis obras del modo que me las manda, sin apartarme de su voluntad en cosa alguna, conformándome con ella con suma concordia y alegría.

d) *Esta misma unión, en su tanto, tengo de procurar con mis superiores* y *con los que gobiernan mi alma,* especialmente si soy religioso, conformando mi *juicio* y mi *voluntad* a la *ejecución* de mis obras con el juicio y voluntad de los prelados que me gobiernan en nombre de Dios; y la misma unión tengo de procurar con todos los prójimos en todas las cosas que lícitamente puedo, conformándome con ellos, como dice San Pablo, en el sentir y hablar y en le demás que la caridad ordena. Y porque

no es posible por mis fuerzas llegar a tal unión con Dios y con los prójimos, tengo de pedírsela a la Santísima Trinidad, diciendo:

¡Oh Dios infinito, que siendo trino en personas, eres uno en esencia, y comunicas tu divinidad sin perjuicio de la unidad! comunícame tu copiosa gracia, por la cual llegue a ser uno contigo con unión de perfecta caridad. ¡Oh Salvador del mundo! representa a tu Eterno Padre la oración que por mí hiciste la noche de tu Pasión, para que en virtud de ella sea yo uno contigo y con todos mis hermanos, como Tú lo eres con tu Padre celestial por todos los siglos. Amén.

PUNTO TERCERO

Cómo el Padre engendra al Hijo, y cómo el Padre y el Hijo producen el Espíritu Santo.

1. Lo tercero, se ha de considerar *el modo como pasa en Dios este misterio.* Porque la primera Persona, que es el Padre, conociendo y comprendiéndose a Sí mismo y a su divina esencia con infinita y mayor claridad que yo me veo a mí mismo en un espejo, por este conocimiento forma dentro de Sí un concepto e imagen viva de Sí mismo. Y este concepto es el Hijo, el cual, como dice San Pablo, es resplandor de la gloria de su Padre, figura de su substancia, e imagen invisible suya. Este es el que llama San Juan Verbo y Palabra de Dios; la cual habla dentro de Sí, exprimiendo en ella todo cuanto Dios sabe, y por esto se llama su sabiduría. En produciendo el Padre al Hijo, necesariamente le ama y se agrada en Él con infinito amor y gozo, porque ve en Él su misma bondad infinita, y el Hijo, de la misma manera, ama al Padre con infinito amor y gozo por la infinita bondad que ve en Él y recibe de Él; y los dos juntos por este amor producen un ímpetu o impulso de su divina voluntad, que llamamos Espíritu Santo, comunicándole su misma divinidad, y así, es un Dios con ellos. Y todo esto está en Dios desde su eternidad, porque *todas estas tres Personas son eternas,* sin que una sea primero que la otra, ni el Padre es más antiguo que el Hijo, ni el Hijo que el Espíritu Santo, porque no son padre e hijo como los de la tierra. *Item, todas las tres son inmensas,* sin que puedan apartarse una de la otra, y dondequiera que está el Padre, está el Hijo y el Espíritu Santo, y *todas las tres son iguales,* sin que una sea mayor que la otra, porque tanta dignidad es ser Hijo como ser Padre, y ser Espíritu Santo como ser Hijo. Y así, *todos tres tienen entera* y *cumplida bienaventuranza* con el conocimiento y amor de Sí mismos y de

su divinidad, de donde procede estar infinitamente gozosos y hartos sin fastidio, y sin tener necesidad de cosa alguna fuera de Sí mismos. Y así, aunque Dios, en su eternidad, antes de crear al mundo, estaba solo sin creaturas, no estaba ocioso ni sin gozo, porque su principal obra es la interior de conocimiento y amor, en la cual está su inefable gozo, y de ella proceden las obras exteriores que son comunes a todas estas tres Personas, porque todas son un Creador, Santificador y Glorificador, y un Bienhechor, de quien proceden las obras de naturaleza, gracia y gloria. Y así todas tres oyen nuestras oraciones, cumplen nuestros deseos y nos llenan de sus misericordias.

2. De todas estas consideraciones hemos de sacar *grandes afectos de admiración, amor, gozo* y *alabanza* por las grandezas de cada Persona divina, discurriendo por las que hay en cada una, *por modo de coloquio,* hablando con ella en la forma siguiente o en otra semejante:

Del Padre Eterno.—Primeramente, hablaré con la primera Persona, diciéndole:

¡Oh Padre de inmensa majestad, principio sin principio, que de nadie procedes y de Ti proceden las demás Personas!, con mucha razón dijiste: ¿Por ventura yo, que doy a otros virtud de concebir y parir, estaré privado de ella? Y pues hago que otros engendren, ¿me faltará poder para engendrar?». Me gozo, Señor, de que concibas dentro de Ti esta Palabra y Verbo eterno, y engendres este Hijo tan semejante a Ti que sea una misma cosa contigo; ninguna falta te hace la muchedumbre de hijos, pues en éste sólo echas el resto de tu infinita virtud, engendrando de una vez lo sumo que podías engendrar. ¡Oh Padre gloriosísimo, me alegro de que sea perpetuo el gozo que tienes en engendrar tal Hijo, pues perpetuamente le estás engendrando y diciendo: «Tú eres mi Hijo, hoy te engendré». ¡Oh eterno *hoy* que siempre fuiste, eres y serás sin jamás dejar de ser! ¡Oh divina generación, por la cual Tú, Padre soberano, engendraste, engendras y engendrarás al Hijo que tanto amas! ¡Oh, con cuánta alegría dirías en tu eternidad lo que después dijiste en el río Jordán y en el monte Tabor: «Éste es mi Hijo muy amado, en quien bien me agradé»!

¿Quién otro que Tú y el que es uno contigo podrá entender el amor con que le comunicas tu misma divinidad? Si el padre se alegra con su hijo sabio, ¿qué alegría recibirás con tal Hijo, que es la misma sabiduría, igual con la de su Padre? ¡Oh Padre celestial, de quien procede toda la paternidad que hay en el cielo y en la tierra! pues tanto gusto tienes en ser

Padre de tal Hijo, por Él te suplico engendres otros muchos de quien seas Padre por gracia de adopción como lo eres de éste por naturaleza. ¡Oh, si tierra y cielo se llenase de tales hijos para que tu divina paternidad se dilatase y resplandeciese en los cielos y en la tierra! ¡Oh Padre de las luces, de quien procede la luz verdadera, que es tu Hijo, resplandor de tu infinita gloria! dame luz de viva fe para que conozca a Ti sólo, Dios verdadero, y al unigénito que engendraste, Jesucristo, por cuyo medio te conozca y ame, y sea hijo de la luz en esta vida, y después alcance la luz de la gloria, con que te vea claramente en la vida eterna. Amén.

Del Hijo Unigénito de Dios.—Luego hablaré con la segunda Persona, discurriendo por sus propiedades:

¡Oh Hijo de Dios vivo, que procedes del Padre por la eterna generación! me gozo de que por excelencia seas unigénito, sin que jamás haya habido ni pueda haber unigénito como Tu. Muchos hay que son hijos únicos de sus padres; pero Tú sólo eres único y unigénito, engendrado con un modo tan singular, que no es posible hallarse otro que sea semejante a éste. Tú eres unigénito porque, en cuanto Dios, procedes de Padre, sin madre; y eres tan único de tu Padre, que no puede engendrar otro, y de Él sólo recibes el bien infinito de que gozas, sin que sea posible que el Padre cese de dártele ni Tú de recibirle, gustando infinitamente Él de engendrarte y Tú de ser engendrado de Él. Tú eres unigénito porque Tú sólo entre los lujos eres imagen y figura de tu Padre tan perfecta, que llegas a ser una cosa con Él; de modo que cual es el Padre, tal es en todo y por todo el Hijo, y tanta dignidad es ser Hijo cuanta lo es ser Padre. ¡Oh igualdad infinita, oh semejanza singular, más admirable que imitable, a la cual ninguno puede llegar con igualdad, aunque puede suspirar por tener alguna parte de ella!

Tú también eres por excelencia unigénito, porque Tú sólo recibes toda la herencia de tu Padre, qué es las inestimables riquezas de su divinidad, sin que reserve nada para Sí, de modo que seas tan poderoso como Él, con igual potestad de engendrar otros hijos adoptivos que sean herederos de tu gloria en la parte que les quisieres dar. ¡Oh, si me hicieses semejante a Ti en el ser de hijo, pues en siendo hijo seré también contigo heredero de tu cielo!

Tú, finalmente, eres por excelencia unigénito, que estás en el seno de tu Padre, sin jamás apartarte de Él. Me gozo, Bien mío, del gozo y descanso eterno que tienes en ese seno, penetrando todos los secretos de la

infinita sabiduría de tu Padre, y amando con infinito amor la bondad del que dentro de Sí te tiene, y bebiendo todo el río de los deleites que baña su divino pecho. ¡Oh, si entrase yo dentro de ese divino seno! ¡Oh, si me reclinase en ese santo pecho, para que participase algo de la luz, amor y gozo que allí tienes! No me contento, Señor, con el seno de Abraham, padre de los creyentes, sino con el seno de tu Padre, que es Padre de los vivientes; y donde Tú estás, quiero yo estar, pues Tú dijiste: Dónele estoy Yo, estará mi siervo.

¡Oh alma mía, mira el gozo que tiene el Padre de tener en su seno a tal Hijo, y él gozo que tiene el Hijo por estar en el seno de tal Padre, y entra con la fe y contemplación dentro de este seno a gozar del gozo de los dos, que es un mismo gozo, y gózate con ellos, juntando tu gozo con el suyo, para que te hagan una misma cosa consigo! Pero ¿qué hacéis, ¡oh Verbo divino! desde vuestra eternidad, puesto en medio de ese seno? ¿Por ventura, le queréis para Vos sólo, sin que haya otro que esté allí con Vos?

¡Oh virtud inefable del Hijo, el cual, procediendo de su Padre, junto con Él mismo produce el Espíritu Santo, tan bueno y poderoso como los dos! Me gozo, Dios mío, del gozo que tenéis en producirle, comunicándole la misma divinidad que recibís de vuestro Padre con el mismo gozo que el Padre os la comunica a Vos. ¡Oh, quién me diese que sin envidia comunicase los bienes que de vuestra mano recibo, para que muchos os amasen como yo deseo amaros por todos los siglos! Amén.

Del Espíritu Santo.—De la misma forma hablaré con la tercera Persona, discurriendo por sus propiedades:

¡Oh Espíritu soberano, que procedes del Padre y del Hijo, como de un principio, con eterna procesión de amor!, me gozo de que por excelencia seas Espíritu, recibiendo con sumo *gozo* todo el espíritu y vida de los dos de quien procedes. Tú eres Espíritu del Padre, de quien recibes su divinidad y omnipotencia; y eres espíritu del Hijo, de quien recibes también su misma sabiduría; y eres Espíritu de los dos, de quien recibes el infinito amor con que se aman, amándolos Tú, con el mismo amor con que eres amado de Ellos, gozándote tanto de ser amado cuanto Ellos se gozan de amarte, porque todos los tres sois un Dios, una bondad y un amor. ¡Oh, quien me juntase contigo en un espíritu para que todo yo me convirtiese en espíritu de amor!

Tú eres propiamente *Espíritu,* porque procedes como ímpetu o impulso de la voluntad amorosa del Padre y del Hijo, quedándote dentro

de Ellos en unidad de esencia y caridad, uniendo con vínculo de infinita amistad las Personas de quien procedes. ¡Oh, si de Ti saliese un ímpetu de amor que llenase toda mi voluntad, y penetrando mi corazón le arrebatase y juntase con el tuyo, haciéndolos uno con el amor!

¡Oh Espíritu divino, que por excelencia eres *santo,* porque procedes como amor, que es la fuente de la santidad, la cual no está tanto en conocer con mucha sabiduría, cuanto en amar con mucha caridad! Me gozo de la santidad que tienes y del gozo con que la recibes del Padre y del Hijo, de quien procedes. Y pues juntamente procedes de los dos como *don,* para ser dado liberalmente a los que fueren capaces de Ti, dáteme a Ti mismo, don infinito, para que con tal don sea espíritu como Tú en la pureza, y santo como Tú en la caridad, y por ella me dé todo a Ti, como Tú te das a mí, para que goce de tu soberana deidad por todos los siglos. Amén.

PUNTO CUARTO

La comunicación que tienen las divinas Personas es imagen del trato del alma con Dios en la oración.

1. Por lo que se ha dicho en el punto precedente, consideraré la forma y modo de la oración mental y del trato interior con Dios, a semejanza de la comunicación eterna que tienen las tres divinas Personas. Porque como el Padre Eterno, conociendo su divina esencia, forma un concepto y semejanza viva de Sí mismo, que es el Verbo, el cual siempre permanece dentro del Padre, así yo, en la oración, tengo de procurar conocer a Dios perfectamente, de modo que forme dentro de mí un concepto de Dios verdadero, propio y perfecto, que sea imagen y representación de lo que hay en Él, cumpliendo lo que dice San Pablo, que contemplando la gloria de Dios nos transformamos en su imagen. Y este conocimiento ha de perseverar dentro de mí con la mayor continuación y frecuencia que me fuere posible.

2. Además de esto, *como el Padre* y *el Hijo amándose a Sí mismos producen el amor que es el Espíritu Santo,* el cual también permanece dentro de Dios, *así yo,* en habiendo conocido a Dios y formado este concepto de su bondad, *tengo de amarle* y *producir dentro de mí el afecto de amor* con los demás que le acompañan, procurando que permanezcan en mi corazón lo más que pudiere, porque entonces se cumple lo que dice la Esposa: «He hallado al que ama mi alma; yo le tendré y no le dejaré». El hallarle es propio del conocimiento y deseo que busca a Dios nuestro

Señor; el tenerle y asirle es propio del conocimiento y amor que le posee y le goza.

3. De estos actos se sigue *el sumo gozo* y *deleite* de que es capaz mi alma porque en ellos consiste la bienaventuranza que puedo tener en esta vida, así como también por ellos se posee la bienaventuranza eterna, que es ver a Dios claramente, amarle y gozarle sin fin, adonde la comunicación con nuestro Señor será perfecta y muy semejante a la que tienen las tres divinas Personas entre Sí, porque, como dice el glorioso San Juan: «Cuando Dios se nos descubriere, seremos semejantes a Él, porque le veremos como Él es»,

4. Finalmente, de estos actos se seguirá que, *como las tres divinas Personas tienen un sentir y querer* en todo lo que obran, y juntamente lo obran para bien de las creaturas, *así yo,* en virtud de esta comunicación interior con Dios, unido con Él, *gustaré de cumplir siempre su voluntad* y *hacer bien a otros,* que es fruto de la oración. Y de aquí entenderé que ejercitarse en esta oración no es estar ocioso, sino tener la más noble ocupación que es posible, a semejanza de la que tiene Dios dentro de Sí; aunque suele llamarse ocio, por la quietud que tiene la contemplación de María, a diferencia del bullicio y solicitud que tiene la ocupación y vida de Marta. Por lo cual dijo el mismo Señor por David: «Vacad y ved que Yo soy Dios»; que es decir: Desocupaos de otras cosas por atender a la contemplación, y veréis cómo Yo sólo soy Dios por las cosas gloriosas de mi divinidad, de las cuales doy testimonio interior a quien vaca por contemplarlas.

5. De aquí subiré a contemplar aquellas misteriosas palabras con que San Juan declaró este misterio diciendo: *«Tres son los que dan testimonio en el cielo;* Padre, Verbo y Espíritu Santo, y estos tres son una misma cosa; y tres son los que dan testimonio en la tierra: espíritu, agua y sangre, y estos tres son una misma cosa en dar testimonio». Ponderando cómo *las tres divinas Personas,* como testigos abonados que llegan a número de tres, *dan testimonio* cumplidísimo *de todas las cosas que les pertenecen,* con grande conformidad, por ser un mismo Dios; y así le dieron *en la creación* del mundo, especialmente del hombre, a quien hicieron a su imagen y semejanza. Y *en el bautismo* y *transfiguración* de Cristo nuestro Señor le dieron de su divinidad, y después, de la verdad de su doctrina, de la santidad de su ley y de la eficacia de su gracia, viniendo para esto el Espíritu Santo, como arriba queda dicho. Pero en particular dan testimonio de sus grandezas y perfecciones, *dentro del corazón de los justos,* con admirables señales de su divinidad. Por lo cual dijo el mismo San Juan,

que quien cree en el Hijo de Dios, tiene dentro de sí el testimonio de Dios, que, como dijo San Pablo, es propio del divino Espíritu. Pero el último testimonio claro y evidente darán a los bienaventurados *en la gloria*, adonde todos verán las tres divinas Personas; porque no es posible ver la una sin la otra, y con la vista de todas tres quedarán hartos para toda la eternidad.

¡Oh Trinidad beatísima y unidad gloriosísima!, ¿qué te daré por los testimonios tan esclarecidos como de Ti nos has dado, das y darás sin cesar? Lo que deseo es abrazarme con los tres que dan testimonio en la tierra: espíritu, agua y sangre, adorando, abrazando e imitando el espíritu de Cristo mi Señor, lavándome con el agua que salió de su precioso costado y enriqueciéndome con la sangre que vertió por sus divinas venas. ¡Oh, quién me diese espíritu de amor, agua de lágrimas y sangre de penitencia con que diese testimonio de lo mucho que te debo, y me hiciese uno contigo con unión de caridad para glorificarte y alabarte por todos los siglos de tu eterna gloria! Amén.

MEDITACIÓN 5

LA INFINITA PERFECCIÓN DE DIOS

Perfecto llamamos *lo que tiene todas las cosas que puede* y *debe tener según su naturaleza, sin que le falte cosa alguna,* por mínima que sea; porque cualquier cosa que le falte de éstas, pone alguna imperfección. Y esto mismo se llama *hermoso* en cuanto *deleita* y *recrea la vista* de cuerpo y alma; y llámase *bueno* en cuanto mueve, *aficiona* y *lleva tras sí la voluntad* del que lo mira. Y así estos *tres* nombres en la divina Escritura se atribuyen a Dios y a sus obras por razón de la entereza que tienen en todo lo que su ser pide y debe tener. Presupuesta esta declaración de los nombres, declaremos la misma cosa que significan.

PUNTO PRIMERO

Dios encierra en su ser todas las perfecciones posibles, sin mezcla de imperfección.

Lo primero, se ha de considerar cómo la primera y suprema perfección de nuestro gran Dios trino y uno, es ser tan perfecto, que *en su propio ser encierra todas las perfecciones* y *excelencias posibles, sin mezcla de imperfección alguna,* de modo que no le falte nada de lo que puede caber en Dios; ni es posible imaginar verdadera perfección de que Dios sea capaz, que no esté en Él con todos los grados y quilates que puede tener, sin tasa ni limitación alguna; por lo cual dice la Escritura que la grandeza de Dios no tiene fin, y que el espíritu del Señor encierra en sí todas las cosas, y que todas proceden de Él, y en Él están todas, con infinitas ventajas y sin la mezcla de las imperfecciones que tienen las creaturas. Y así, con grande afecto de admiración y gozo diré a nuestro Señor: *Dios mío* y *todas las cosas*.

¡Oh Dios mío, Dios de infinita majestad! con gran firmeza creo que eres todas las cosas, en cuanto tienes con infinita eminencia la perfección de todas, porque todas reciben de Ti la perfección que tienen en sí. Tú eres todas las cosas, porque eres principio y fin, idea y ejemplar de la perfección que de Ti reciben, y tanto son más perfectas cuanto su perfección se llega más a la tuya; Tú eres para mí todas las cosas que puedo desear: Tú eres mis riquezas, mis deleites, mis honras y dignidades, mis mayorazgos y tesoros infinitos; en Ti sólo, sin otras cosas, las tengo todas, y sin Ti todas serán como nada para mí. ¡Oh alma mía!, si pretendes perfección, abrázate con Dios y en Él la hallarás sin mezcla de imperfección. Si deseas hermosura, mira y contempla a Dios, porque en Él está toda, sin mezcla de fealdad. Si amas la bondad, ama a Dios, en quien resplandece sumamente, sin mezcla de malicia. ¡Oh mi Dios y todas mis cosas, cuándo tengo de ir a verte claramente "en tu gloria, adonde eres todas las cosas a todos por todos los siglos! Amén.

Esta palabra encierra copiosísima materia de meditación, juntando con ella la que dijo el padre del hijo pródigo a su hijo mayor: *Todas mis cosas son tuyas*. Y así, para penetrar lo que hay en ella, se ha discurrir por los *grados de perfección* en el ser que hay en las cosas creadas, reduciéndolos a cuatro o cinco, como se verá por los puntos siguientes.

PUNTO SEGUNDO

En Dios están con eminencia todas las perfecciones de las creaturas que carecen de vida.

1. Lo segundo, se ha de considerar cómo *en Dios* nuestro Señor están *con eminencia las perfecciones del primer grado de creaturas, que son las corporales que carecen de vida,* conviene a saber: los cielos con sus estrellas y planetas. Item, los cuatro elementos, con todos los mixtos que de ellos se engendran, y con todos los metales de oro, plata y piedras, preciosas. Porque todas estas cosas creó Dios, y El les dio la hermosura y resplandor que tienen, y las propiedades y virtudes con que obran cosas maravillosas, y así están en Él con otro modo infinitamente más perfecto; de suerte que en lo que las creaturas, por su imperfección, carece de vida, en Dios está con vida, según aquello de San Juan: «Lo que fue hecho, antes de hacerse, en Dios era vida», porque Dios tenía dentro de Sí vivamente con gran eminencia la perfección que había de dar a lo que creó, y la viva idea de ello, como el artífice la tiene de la casa que ha de hacer.

2. De aquí es que Dios nuestro Señor, *sin estas creaturas, puede hacer lo que hacen ellas;* puede alumbrar sin el sol, calentar sin el fuego, refrescar sin el viento, humedecer sin el agua y producir sin la tierra lo que produce con ella, porque tiene en Sí la virtud y perfección de todo esto; y si se sirve de estas creaturas no es por necesidad, sino por muestra de su infinita bondad, como después veremos.

3. De aquí también es que *la Escritura, para declarar las perfecciones de Dios, usa de estas creaturas;* y así le llama Sol de Justicia, Estrella de la mañana, Fuego consumidor, Fuente de agua viva, Espíritu que sopla donde quiere. *Y las riquezas de su gracia* y *gloria las declara* por oro, plata, perlas y piedras preciosas; y de la hermosura, belleza y propiedades maravillosas de estas cosas, sube a contemplar la hermosura *y* belleza de Dios y sus excelentes propiedades.

4. Pero de tal manera, que juntamente entiende y confiesa que *todo cuanto hay en estas cosas creadas es* como *sombra o figura,* y *casi nada, en respecto de lo que hay en Dios* nuestro Señor, en cuya comparación los cielos no están limpios, el sol no resplandece, la luna no es hermosa, y toda hermosura es como fealdad. Con cada una de estas consideraciones he de mover mi corazón a los afectos de admiración, amor, alabanza y gozo de tener un Dios tan hermoso, y en todo tan perfecto.

¡Oh Dios infinito, me gozo de que el sol y la luna se maravillen de tu hermosura, reconociendo que es nada la que tienen en respecto de la mucha que Tú tienes! ¡Oh Amado de mi corazón!, si tanto me alegro en ver la hermosura y perfección de estas creaturas, ¿cómo no me alegraré en ver la hermosura y perfección tuya, de quien procedieron ellas? Te ame yo más que todas, pues eres hermoso y perfecto infinitamente más que todas, y no ame a ellas sino es por Ti, de quien reciben la perfección que tienen en sí.

De aquí también sacaré *cuán grande locura es dejar a Dios,* infinitamente perfecto, *por gozar de la* perfección y *hermosura de estas creaturas* por el gusto o interés que puedo tener en poseerlas, pues todo el oro, en su comparación, como dice la Sagrada Escritura, es como arena menuda, y la plata es como lodo, y todas las riquezas son como nada, y el gusto que de ellas procede es agua echada en aljibe roto, por cuya causa no es justo dejar la fuente del agua viva y el tesoro infinito de toda perfección.

Finalmente, me aplicaré algunas veces a *discurrir por las propiedades de algunas de estas creaturas para conocer las perfecciones que hay en Dios,* que se compara a ellas, como lo hizo San Dionisio, contando casi treinta y cuatro propiedades del fuego, por las cuales rastreaba las que hay en Dios, que se llama fuego consumidor. Lo cual haré alegrándome de que Dios tenga todo aquello, y mucho más, y de que pueda por Sí solo lo que hace por sus creaturas.

PUNTO TERCERO

En Dios están con eminencia todas las perfecciones de las creaturas que tienen vida vegetativa y sensitiva,

1. A este modo se ha de considerar cómo en Dios nuestro Señor están también con eminencia las perfecciones del segundo grado de las creaturas corporales que tienen vida vegetativa, y se aumentan, crecen y engendran otras semejantes, como son los árboles, plantas, yerbas y flores olorosas, cuyas propiedades se descubren por los frutos, hojas y semillas que producen por la virtud que les dio su Creador, en quien están con infinita excelencia, y de ella se precia diciendo: Conmigo está la hermosura del campo, esto es, la hermosura de todos los árboles, plantas, yerbas y flores que hay en los huertos y campos del mundo. Y a esta causa, unas veces se llama lirio, otras cepa, otras árbol de vida. De todo lo cual se sacarán afectos como en el punto pasado.

2. De la misma manera *están en Dios las perfecciones de los vivientes que sienten,* como son los animales de la tierra, las aves del aire y los peces del mar; los cuales son innumerables y admirables; porque en unos resplandecen la grandeza, en otros la fortaleza, en otros la ligereza, en otros la hermosura, en otros la astucia y sagacidad; y *todo esto se halla en Dios con infinitas ventajas;* y así, en la divina Escritura se compara a estos animales, para que por las perfecciones que tienen subamos a conocer las que Él tiene. Se llama león, por la fortaleza; cordero, por la mansedumbre; ciervo, por la ligereza, y águila, por la piedad. Pero de tal manera, que *no hay en Dios las imperfecciones con que están mezcladas estas cosas,* porque está en Dios la fortaleza del león, sin su crueldad, y la mansedumbre del cordero, sin su simplicidad, *y* así en lo demás. Por donde consta que de todo lo que hubiere perfecto e imperfecto, bueno y malo, hermoso y feo, puedo sacar la infinita perfección de Dios, quitando de Él todo lo malo, imperfecto y feo, y poniendo en Él todo lo bueno, perfecto y hermoso, con otro modo más excelente de perfección.

¡Oh Amado mío, como aparto de Ti lo precioso de lo vil para, conocerte, así deseo apartar en mí lo precioso de lo vil para agradarte! Concédeme, Señor, que participe por tu gracia esta soberana división que Tú tienes por naturaleza, para que, libre de imperfecciones, sea puro y perfecto en las virtudes.

PUNTO CUARTO

En Dios están todas las perfecciones de las creaturas intelectuales.

1. Lo cuarto, se ha de considerar cómo *están en Dios todas las perfecciones de las creaturas intelectuales, así hombres como ángeles,* a los cuales creó a su imagen y semejanza y les dio el ser espiritual que tienen, la memoria, entendimiento, voluntad y libre albedrío; las artes y ciencias, las virtudes y gracias, la potestad y excelencia que en todos y en cada uno resplandece; y por consiguiente, todas están en Dios con infinita mayor excelencia; por la cual dijo en un salmo: Quien hizo la oreja, ¿no oirá?; y quien formó el ojo, ¿no verá?; quien enseña a los hombres la ciencia, ¿carecerá de ella?, y quien les da la virtud y santidad, ¿estará sin ella?; o quien les comunica el poder que tienen, ¿quedarse ha sin potestad? Y así, *cuando viere las habilidades de los hombres* en las artes y artificio, en la invención de la casa, del vidrio, del papel, del lienzo, de la pintura, música y otras cosas semejantes, luego *subiré a considerar la infinita*

sabiduría de Dios, de quien originalmente procedieron estas invenciones. Y cuando viere la prudencia y providencia de los reyes y gobernadores en su gobierno, y las soberanas virtudes que resplandecen en los santos y varones perfectos, levantaré los ojos a considerar la infinita excelencia que tiene Dios en todas estas cosas, alabándole, glorificándole y amándole por ellas.

2. De donde sacaré: *a)* Lo primero, que *Dios* nuestro Señor *es un dechado infinito de toda perfección,* al cual tengo de mirar siempre para admirarme de las infinitas perfecciones en que no puede ser imitado, y para imitar las que pueden ser imitadas, conforme a lo que nuestro Redentor dijo a sus discípulos: «Sed perfectos, como vuestro Padre celestial lo es»; como quien dice: procurad que no os falte ninguna perfección de virtud, de cuantas podéis tener, así como vuestro Padre es perfecto en todas, sin que le falte ninguna.

¡Oh Padre perfectísimo, de quien toda perfección procede, dame la que me mandas para que tenga la que Tú quieres!

b) Lo segundo, sacaré que, como el árbol se conoce por los frutos, y el árbol bueno los produce buenos, así *la perfección de Dios se conoce por sus obras;* porque, como dice la Escritura: Todas son muy buenas y perfectas, no solamente las grandes, como son los cielos y elementos, sino las muy pequeñas, como son las hormigas y gusanos. Y, a su imitación, procuraré yo también ser perfecto, mostrando mi perfección en todas las obras grandes y pequeñas, procurando, como dice el Eclesiástico, ser en todas muy excelente.

c) Finalmente, como las cosas imperfectas acuden por la perfección que les falta a la perfecta en aquel género, como quien está falto de calor acude al fuego, *así yo, mirándome imperfecto, tengo de acudir al que es infinitamente perfecto* para que me perfeccione, dándome lo que me falta.

¡Oh Dios infinito, tus ojos han visto mi grande imperfección; de Ti he recibido lo que tengo, y Tú me has de dar lo que me falta!, perfecciona la obra que comenzaste, haciéndome perfecto sin que me falte nada. Amén.

PUNTO QUINTO

Todas las perfecciones repartidas entre las creaturas son en Dios una perfección simplicísima.

1. Lo quinto, se ha de considerar cómo todas estas perfecciones que ponemos en Dios, aunque son *innumerables, según que están repartidas por las creaturas,* pero *en el mismo Dios no son más que una simplicísima,* en la cual se encierran todas, como el valor de muchos reales y cuartos se encierra en un solo doblón de a ciento; y así en Dios una misma cosa es su sabiduría, su bondad, su caridad, su misericordia y su omnipotencia, su fortaleza y todo lo demás, sin género de composición ni división; y en cada perfección están embebidas todas, y todas en cada una; de suerte que su bondad es su misma sabiduría y omnipotencia, y su omnipotencia es su misma sabiduría, y así en lo demás. Y quizá por esto dice el Sabio que *el espíritu de Dios es único* y *muchos,* y abraza todos los espíritus. De aquí es que, no solamente en la máquina de este mundo, sino en cada obra de Dios por sí sola, resplandece la junta y unión de sus admirables perfecciones, y por ella podemos conocer que su Creador es poderoso, sabio, bueno, infinito, amable; etc.

2. De aquí he de sacar *dos afectos* y *propósitos* muy excelentes:

a) El primero es un *entrañable deseo de imitar esta infinita simplicidad* del divino Ser en la simplicidad y sencillez purísima de mi intención, procurando que en todas mis obras, aunque sean muchas, resplandezca una perfectísima intención de agradar a sólo Dios, por quien Él es, en la cual están virtualmente incluidas grandes perfecciones; por lo cual dijo Cristo nuestro Señor y Salvador: «Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo será resplandeciente».

¡Oh Dios perfectísimo, alumbra el ojo de mi conocimiento para que en todas las creaturas mire a Ti, su criador, de quien reciben su perfección! Purifica el ojo de mi afecto para que en todas ellas ame a Ti, su bienhechor, de quien reciben su bondad; y esclarece el ojo de mi intención para que en todas mis obras pura y sencillamente busque a Ti, su último fin, de quien han de recibir su resplandor, para que Tú seas glorificado en ellas por todos los siglos. Amén.

b) El segundo propósito ha de ser de *juntar en cada una de mis obras la variedad de las virtudes principales* que pueden resplandecer en ellas, de modo que cada obra sea también, a su modo, una y muchas, y abrace muchos espíritus y afectos de Dios; porque si rezo, o ayuno, o doy limos-

nas, esta obra puede ir acompañada con afecto de amor a Dios, de confianza, de obediencia, de humildad, de temor filial y otros tales. Y quizá por esta causa Cristo nuestro Señor llamó *ojo* a la intención, y a la obra *cuerpo,* dando a entender que, como el cuerpo tiene muchos miembros y partes, así cada obra ha de tener varios ejercicios de virtudes, enderezados todos por el ojo simplicísimo de la pura intención a gloria de sólo Dios.

MEDITACIÓN 6

LA SUMA BONDAD Y SANTIDAD DE DIOS

Dos modos hay de bondad en las creaturas: *una natural,* que consiste en tener todas las partes que le conviene según su naturaleza; por la cual dice de ellas la Escritura, que vio Dios todas las cosas que había hecho, y todas eran muy buenas; *otra bondad hay moral,* propia de las creaturas intelectuales, la cual consiste en tener todas las virtudes y ejercicios de ellas que les convienen según su estado, y ésta se llama, por otro nombre, *santidad.* Y aunque en las creaturas pueden andar apartadas, porque bien se compadece la primera sin la segunda, que pende del libre albedrío, pero *en Dios andan juntas,* porque tan natural le es la segunda como la primera, aunque con libertad ejercita los actos de ella en orden a las creaturas, y así *de ambas* juntamente será esta Meditación, presupuesto lo que se ha dicho en la pasada.

PUNTO PRIMERO

En qué consiste la infinita bondad de Dios.

1. Lo primero, se ha de considerar cómo Dios nuestro Señor, es infinitamente bueno, cuya suma bondad consiste en tres cosas: a) La primera, en que encierra en Si todos los grados y modos de bondad que se hallan en las creaturas, de suerte que no se puede imaginar bondad que no se halle en Dios con infinita excelencia; por lo cual, pidiendo Moisés a nuestro Señor que le mostrase su rostro y su gloria, le respondió: «Yo te mostraré todo el bien y todo lo bueno»; dándole a entender que Dios era todo el bien, y que encerraba en Sí todo lo bueno. *b)* La segunda

excelencia es que toda esta bondad la tiene por su misma esencia, de modo que ni es participada de otro, ni añadida a su divina naturaleza, ni postiza, de manera que se pueda poner y quitar como en nosotros, sino tan natural cosa le es ser bueno y santo, como ser Dios; y por esta causa, Cristo Señor nuestro, a una persona principal que le llamó bueno, creyendo que era hombre puro, le respondió: «¿Para qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino sólo Dios», porque sólo Dios es la misma bondad por su misma esencia, *c)* La tercera excelencia es que la bondad y santidad de Dios excede tanto a la bondad de todas las cosas creadas y posibles de crear, que, en su comparación, no merecen el nombre de buenas, y su bondad es como si no fuese. Y por esta causa también dijo Cristo nuestro Señor que ninguno había sido bueno sino Dios, y que uno es el bueno y éste es Dios; y por esta razón dijo la madre de Samuel: No hay santo como el Señor, ni hay otro fuera de Él»; que es decir: No hay otro que pueda llamarse santo como Dios, porque sólo Él llena el nombre de santidad.

2. De donde se saca *el fundamento de la verdadera* y *profunda humildad que tienen los santos* en la presencia de Dios; la cual estriba en estas dos cosas postreras, porque toda la santidad de los hombres es *añadida* a su naturaleza y *mudable* de su cosecha, y en comparación de la de Dios, es como nada. Y así, dijo un amigo de Job, comparando los ángeles con Dios: «Mirad que entre sus santos ninguno hay inmutable, *y* los cielos no están limpios en su presencia».

¡Oh Dios santísimo, que por excelencia te llamas *Santo de los Santos*, porque eres principio, dechado y fin de toda santidad! Me gozo de la suma bondad y santidad que tienes, con infinita firmeza y estabilidad en ella. Confieso, Señor, que no puedo tener santidad si Tú no me la das, ni puedo durar en ella, si Tú no la conservas; y por mucha que me des, será tan pequeña respecto de la tuya, que cubriendo mi rostro con vergüenza diré a voces con los serafines: «Santo, Santo, Santo el Señor Dios de los ejércitos»; tres veces eres santo por las tres excelencias de santidad que tienes, por la cual te suplico me fundes en esta humildad muy profunda, para que sea digno de subir a una santidad muy levantada.

PUNTO SEGUNDO

En Dios están con eminencia todas las virtudes que están repartidas entre los santos.

Particularizando más lo que se ha dicho, se han de considerar, *lo segundo, las infinitas virtudes de Dios* nuestro Señor, por las cuales es infinitamente bueno y santo, ponderando algunas excelencias de ellas.

1. La primera es que Dios nuestro Señor, con infinita eminencia, *tiene todas las virtudes que están repartidas en los santos,* así hombres como ángeles, *sin las imperfecciones* y *limitaciones* que tienen en ellos. De modo que tiene infinita prudencia, justicia, fortaleza y templanza; infinita caridad, liberalidad y misericordia; infinita mansedumbre, clemencia y paciencia, con todas las demás, sin faltarle ninguna de las que no presuponen imperfección en el sujeto que las tiene. Y por esta razón se llama a boca llena *todo bien* y *Dios de las virtudes*, en quien está no una u otra virtud, sino todas juntas, porque todas pertenecen a la infinita bondad y santidad de Dios, y cada una trae consigo encadenadas a las demás. De donde procede que estas virtudes, cuando llegan a tener su perfecto estado, están trabadas y eslabonadas entre sí, como lo están en Dios, a quien tengo de imitar en esto, procurando señalarme, no solamente en una virtud, sino en todas, diciéndole; Dios de las virtudes, hazme semejante a Ti en todas ellas.

2. La segunda excelencia es que las virtudes de Dios nuestro Señor son *ejemplar* y *dechado infinito de todas las que hay* y *puede haber en los santos,* cuyas virtudes tanto son más o menos perfectas cuanto más o menos se parecen y son semejantes a las de Dios; las cuales son tan infinitas, que otro que el mismo Dios no puede comprenderlas; pero iremos rastreando su grandeza inmensa por las de los santos. Para lo cual ayudará considerar *cuatro suertes de virtudes* que refiere Santo Tomás con palabras muy graves y muy espirituales.

a) Y comenzando por las menores, las primeras son *las políticas* y *morales,* propias de los hombres que gobiernan su vida según el dictado y regla de la razón, moderando la furia de sus pasiones para que no desdigan de ella.

b) Otras virtudes hay de los que *aspiran a la divina semejanza* y andan en pretensión de ella, deseando cumplir lo que Cristo nuestro Señor dijo: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial lo es»; los cuales, por la virtud de la prudencia llegan a despreciar todas las cosas mundanas con la

contemplación de las divinas, y a ellas enderezan los pensamientos de su alma. Con la templanza dejan lo que pide el cuerpo, en cuanto lo sufre la vida y lo permite la naturaleza; con la fortaleza no se atemorizan, ni por apartarse del cuerpo, ni por acercarse a lo eterno. Y con la justicia hacen que toda el alma, con sus potencias y sentidos, consientan en este modo de vida.

c) Otras terceras virtudes hay de los que *han alcanzado la divina semejanza,* cuya prudencia solamente mira las cosas divinas; su templanza no siente codicias terrenas; su fortaleza no experimenta ya pasiones, y su justicia está confederada en amistad perpetua con Dios, imitándole cuanto puede. Y estas virtudes son propias de los bienaventurados o de algunos muy perfectos de esta vida. Casi todas estas palabras son de Santo Tomás.

d) De aquí subiré a contemplar *las supremas virtudes* que llaman *ejemplares, propias de sólo Dios,* y son regla y dechado de todas las que hemos referido, pero con tan infinitas ventajas, que, en su comparación, todas las demás quedan oscurecidas y son como si no fueran, y a boca llena podemos decir a Dios: Tú sólo eres santo, y no hay otro fuera de Ti; Tú sólo prudente, Tú sólo modesto, Tú sólo fuerte, Tú sólo justo, y no hay entre los dioses ni entre los hijos de Dios quien se pueda igualar contigo ni presumir de sí».

¡Oh Dios de las virtudes, me gozo con sumo gozo de la infinita excelencia que tienes en ellas! Tú eres la misma prudencia, conociendo lo que en Ti tienes; Tú la misma templanza, conformándote contigo; Tú la misma fortaleza, asiéndote de tu inmutabilidad; Tú la misma justicia, guardando tu ley eterna, y Tú la misma caridad, amando tu bondad, y por ella a los que la participan. ¡Oh, quien me diese que participase algo de tus virtudes para glorificarte con ellas! ¡Oh dulcísimo Jesús, que dijiste: «Sed perfectos como vuestro Padre lo es», y Tú, en cuanto hombre, alcanzaste la suprema perfección de las virtudes y la suma semejanza que puede haber con Dios en ellas!, concédeme que imite las que ejercitaste en tu sagrada humanidad, para que juntamente imite las que resplandecen en tu soberana divinidad. Amén.

De aquí he de sacar unos *generosos propósitos* y *deseos* de no contentarme con las virtudes políticas, sino buscar aquellas en que está la mayor semejanza con Dios, procurando con todas mis fuerzas alcanzarlas.

3. De aquí se sigue *otra excelencia de Dios en estas virtudes,* que es *ser principio* y *causa de las demás,* a quien se han de pedir como a su propio dueño y Señor, porque a Él toca darlas, conservarlas, aumentarlas y

perfeccionarlas en sus grados, y por esto se llama *Señor de las virtudes.* Dios es Señor de la fe. del temor y de la esperanza; Señor dé la castidad, humildad, obediencia y caridad, con las demás gracias y dones que la siguen. Y de este señorío se precia, y de él he yo de hacer título para pedirle me dé estas virtudes y los demás dones de su gracia, diciendo como David: «Señor Dios de las virtudes, conviértenos, muéstranos tu rostro y seremos salvos».

¡Oh Rey de las virtudes, dame aquellas en que tu reino consiste, para que reines en mí por ellas!

4. También *haré un cántico de alabanza a Dios nuestro Señor por sus virtudes,* provocando a todos que le alaben por ellas, y a ellas mismas que alaben al Señor, diciendo con David: Alabad al Señor en sus santos, alabadle en la firmeza de su virtud, alabadle por sus virtudes, alabadle según la muchedumbre de sus grandezas. Alabadle todos sus ángeles, alabadle todas sus virtudes», alábele su misericordia, alábele y glorifíquele su misma santidad. Amén.

PUNTO TERCERO

Infinita pureza y santidad de Dios.

1. Lo tercero, se ha de considerar *la infinita pureza* y *santidad de Dios* en todas sus obras, en las cuales descubre aquellas dos partes de la santidad y justicia que llama David apartarse del mal y hacer bien, carecer de todo lo malo y tener todo lo bueno. Porque, primeramente, las virtudes de Dios nuestro Señor son tan puras, que *no es posible admitir cosa contraria o defectuosa,* o que desdiga un punto de su infinita perfección. Y así, en Dios no puede haber vicio, ni pecado, ni defecto o imperfección alguna, y tan propio es de su bondad ser impecable como ser Dios. *No* es posible que peque *por ignorancia* de lo bueno, porque todo lo sabe; *no por olvido* o inadvertencia, porque de todo se acuerda; *no por flaqueza,* porque todo lo puede; *no por pasión* que le arrebate, porque todo lo previene; *no por temor,* porque a nadie teme; *no por malicia,* porque es la suma bondad y la primera regla, de la cual no puede desviarse. Y así, no es posible que en Dios haya mentira, infidelidad, engaño, doblez, impaciencia, tiranía ni otro pecado ni sombra de él, porque sus divinos ojos son tan limpios, que no pueden mirar a la maldad agradándose de ella.

2. De aquí es que, no solamente Dios no puede pecar por Sí mismo, pero *ni ser causa propia de que otros pequen* inclinándoles y moviéndoles a ello; porque esto desdice de su infinita pureza y sería contrario a Sí mismo y al orden de su infinita sabiduría y bondad. De aquí también es que, aunque Dios puede tomar naturaleza humana, sujeta a todas las penalidades de esta vida, pero no es posible tomarla con sujeción a pecado.

3. De todo lo cual *concluyo* que la infinita bondad y santidad de Dios resplandece en la pureza y santidad de sus obras, y que sus virtudes no están en Él ociosas, sino que siempre que Dios obra, se descubren en sus obras. Por lo cual dijo David que Dios es fiel en todas sus palabras, justo en todos sus caminos y santo en todas sus obras. Y esto postrero repite dos veces, y en ello quiere Dios ser imitado de los hombres con gran cuidado; y así, dijo a su pueblo: «No queráis manchar vuestras almas ni tocar cosa que os haga inmundos; sed santos, porque Yo soy santo». Y con las mismas palabras exhorta San Pedro, a los fieles, que en su vida y conversación sean santos.

¡Oh Dios santísimo, que por tu sola bondad nos escogiste para que seamos santos y sin mancha en tu presencia!, concédeme que yo lo sea, apartando de mí toda culpa y adornándome con toda virtud y santidad. ¡Oh serafines celestiales, que alabasteis a vuestro Dios con el nombre de Santo, de que tanto gusta!, venid de ese cielo con alguna brasa de amor, y purificad mis labios como los de Isaías, y juntamente mi corazón, para que todo yo sea puro y santo en la presencia de mi Señor.

4. De esta consideración he de sacar principalmente *un gran propósito de apartarme de iodo género de culpa* grave y pequeña y de cualquier defecto, imperfección o resabio de ella en cuanto me fuere posible, acordándome de lo que nuestro Señor dijo a su pueblo: «Serás perfecto sin mancha delante de tu Señor Dios». Procurando también imitar en la tierra la pureza que hay en el cielo, adonde la Iglesia, como dice San Pablo, será gloriosa sin mácula ni ruga ni otro algún defecto; lo cual, en su tanto, puedo cumplir acá, si vivo con cuidado de no caer en cosas pequeñas, y en cayendo como flaco, luego limpiarme de ellas, para que siquiera en alguna hora y parte del día pueda decir Dios a mi alma: «Toda eres hermosa, amiga mía, y no hay en ti mancha alguna». Y, finalmente, sacaré de aquí *una resolución grande de no preciarme en esta vida* de honras, ni linajes, ni dignidades, ni de ingenio, letras ni otros talentos, *sino* principalmente *de la virtud* y *santidad,* acordándome que Dios nuestro Señor se preció de éstas más que de todos sus atributos, en orden a nosotros, porque no habiendo nombre propio con que llamar a la tercera

Persona de la Santísima Trinidad, la apropió el nombre de bondad y santidad, y no le llamó Espíritu eterno o inmenso, sino Espíritu Santo y Espíritu bueno. Y. con este nombre quiere Dios ser llamado de los hombres, como lo fue de los serafines.

¡Oh Espíritu divino, que te apropiaste el nombre de Santo por lo mucho que te precias de santidad!, concédeme que yo me precie de ella más que todo lo creado, procurando apropiármela con gran cuidado, para ser santo con firmeza en tu presencia por todos los siglos.

MEDITACIÓN 7

LA SUMA INCLINACIÓN QUE TIENE LA BONDAD DE DIOS A COMUNICARSE A TODOS, ESPECIALMENTE A LOS HOMBRES, Y LOS MODOS CÓMO SE COMUNICA, HACIÉNDONOS INNUMERABLES BENEFICIOS.

Esta meditación será *fundamento de todos los beneficios divinos,* los cuales nacen, como de fuente, de la infinita bondad de Dios, el cual en su eternidad *comunicó necesariamente toda su divinidad,* por conocimiento al Hijo, y por amor al Espíritu Santo, y después *libremente se comunica fuera de Si* con todos los modos posibles, como se verá pollos puntos siguientes:

PUNTO PRIMERO

Dios se comunica fuera de Sí, y de qué manera.

Lo primero, se ha de considerar *la suma inclinación que tiene la bondad de Dios a comunicarse* y *hacer bien a otros,* porque, como dice San Dionisio: «El bien es derramador y comunicador de sí mismo», y tanto es mayor su inclinación a esto, cuanto es mayor bien, y cuanto puede más comunicarse, y como Dios es sumo bien, así tiene suma inclinación a comunicarse con todos los modos que puede. Y en esta comunicación muestra grandes excelencias.

1. La primera, que *no se comunica por necesidad,* fuerza o violencia, *sino por su sola bondad* y de su libre voluntad, porque es bueno y quiere

seguir la inclinación de su bondad en hacer bien. Con lo cual me obliga a que yo le ame y sirva de la misma manera, diciendo con David: «Voluntariamente te sacrificaré y alabaré tu nombre, porque es bueno».

2. La segunda, que *no se comunica por su propio provecho, sino por el nuestro,* porque de comunicarse a otros ningún bien se le acrece, pues tan bienaventurado era antes de crear el mundo, como ahora. Y así, dijo David: «Tú eres mi Dios, porque no tienes necesidad de mis bienes»; y luego añade el fruto que de esta consideración saca, diciendo: «El Señor ha engrandecido maravillosamente mis quereres con los santos que viven en su tierra»; que es decir: Ya que no puedo serte de provecho con mis obras, me has hecho esta merced, que mis quereres y deseos se enderecen a hacer bien a tus siervos, pagándote el bien que me haces con hacer bien a otros.

3. La tercera excelencia es que *no deja estar ociosa su inclinación,* antes la cumple comunicándose *con todos los modos que era posible comunicarse, hasta el sumo.* De suerte que, si el bien es derramador de sí mismo. Dios se derramó todo cuanto podía, según el orden de su infinita sabiduría; con lo cual me obliga a que yo también me derrame todo en su servicio y bien de mis prójimos, haciendo todo el bien que pudiere, y con la mayor perfección que me fuere posible, Y así, cuando oro, derramaré, como Ana, mi alma en la presencia de Dios, o, como David, derramaré mi oración, echando el resto de mis fuerzas en ella. Y cuando amo, derramaré mi corazón y mis afectos delante del Señor, ocupándolos todos en amarle.

¡Oh sumo Bien, que sumamente deseas comunicarte, porque si Tú no te comunicas, no es posible que haya otro bien fuera de Ti! Comunícame estas excelencias con que te comunicaste, para que te ame, sirva y obedezca, no por fuerza ni temor, sino de grado y por amor; no por mi propio interés, sino por tu solo servicio; no con ánimo escaso y corto, sino largo y generoso, haciendo lo sumo que pudiere hacer por mis prójimos y por Ti, como Tú lo has hecho por mí.

Punto segundo

De cuatro comunicaciones de Dios en el orden natural.

Descendiendo a particularizar esta comunicación de la divina bondad, se ha de considerar, lo segundo, cómo *comunicó el ser* y *bondad natural a las creaturas, repartiendo por ellas cuatro grados de hermosura* y *perfección,* que apuntamos en la *Meditación* 5. A unas dio *el ser corporal*

solo, aunque con grande variedad de perfecciones, como son los cielos, elementos y mixtos. A otras dio *la vida vegetativa,* como son los árboles, flores y plantas; a otras, *la vida sensitiva,* como son los animales, aves y peces; a otros, *el ser espiritual* y *vida intelectiva,* como son los ángeles de las tres jerarquías. Y, últimamente, *todos estos cuatro grados los recogió en el hombre,* compuesto de cuerpo y de espíritu, dándole ser como a los cielos y elementos, vida como a las plantas, sentido como a los animales, y entendimiento como a los ángeles, por lo cual el hombre se llama *toda creatura*, y *mundo abreviado.* De modo que estos cuatro grados de ser y perfección son como cuatro ríos que nacen de la fuente del paraíso, que es la infinita bondad de Dios, los cuales riegan por diversas partes la tierra y cielo, y después todos estos cuatro se recogen en el hombre, haciéndole en esto muy semejante al paraíso de donde salieron. De donde sacaré *grandes afectos de admiración* y *gozo, de agradecimiento* y *amor* por este maravilloso modo como Dios nuestro Señor se comunicó a los hombres admirándome de la sabiduría infinita que mostró en esto, gozándome de su omnipotencia, agradeciendo su liberalidad y amando su infinita bondad.

¡Oh Bondad soberana!, ¿qué gracias te daré por esta variedad de perfecciones con que adornaste mi naturaleza? Por aquí veo con cuanta razón me mandas que te ame con estas cuatro cosas; con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas y con toda mi mente, pues es razón que todo cuanto recibí de tu bondad se ocupe en amarla sin fin; te amaré con todo mi corazón, por el ser corporal que me diste; te amaré con toda mi alma, por la vida que con ella vivo; te amaré con todas mis fuerzas, por los sentidos y potencias de que uso; te amaré con toda mi mente, por el espíritu y entendimiento que me has dado. ¡Oh, si saliesen de mis entrañas cuatro ríos de agua viva, llenos de fervientes afectos de amor y gozo, de agradecimiento y alabanza, por los cuatro ríos de beneficios con que me has bañado todo!

PUNTO TERCERO

De cuatro comunicaciones de Dios en el orden sobrenatural

Lo tercero, se ha de considerar cómo la divina bondad, no contentándose con este modo de comunicación, escogió otro excelentísimo, con *otros cuatro grados o modos que exceden a todo el ser natural sobredicho*: *a)* El primero es *el ser sobrenatural de la gracia,* por el cual los hombres y ángeles llegan a ser participantes de la divina

naturaleza, hijos y amigos del mismo Dios, y con este ser anda la caridad con las virtudes sobrenaturales y dones del Espíritu Santo, *b*) El segundo es *el ser de la gloria,* por el cual los justos se hacen perpetuamente semejantes a Dios en las propiedades gloriosas que tiene, reinando con Él en su mismo reino, c) El tercero y supremo es *el ser personal del mismo Dios,* el cual comunicó *la segunda Persona* de la Santísima Trinidad *a la naturaleza humana.* Y si fuera conveniente que el Padre Eterno o el Espíritu Santo comunicaran su propio ser personal a otra naturaleza, o el Hijo comunicara el suyo a otras muchas naturalezas, no quedara por falta de bondad ni de la infinita inclinación que tiene a comunicarse a sus creaturas. De esta comunicación se dijo largamente en la Segunda parte de estas Meditaciones, *d)* El cuarto modo es admirable; porque, como no fuese conveniente que el Hijo de Dios comunicase su ser personal a muchas naturalezas, su bondad infinita le inclinó a comunicar *aquel divino ser con sus dos naturalezas, divina* y *humana, a todos los hombres en el Santísimo Sacramento del altar,* juntándolas con un modo inefable con las especies de pan y vino, y con ellas se nos comunica todo Cristo, Dios y hombre verdadero

2. En estos cuatro grados de beneficios hay *dos cosas señaladísimas* que ponderar: *a) La primera*, que la infinita bondad de Dios quiso cumplir su infinita inclinación de comunicarse de estos cuatro modos *al hombre,* y en los dos postreros *a sólo el hombre,* y no al ángel; con lo cual descubrió bien cómo sus deleites eran estar *con los hijos de los hombres*, y que no solamente los crió a su imagen y semejanza, sino que uno de ellos fuese el mismo Verbo, que es la misma imagen y semejanza infinita del Padre, y un Dios con Él.

¡Oh bondad infinita de nuestro soberano Dios y Señor!, si tanto te debemos los hombres por haber juntado en nosotros los cuatro ríos de beneficios en el ser natural, ¿cuántos más te deberemos por haber juntado en nuestra naturaleza estos cuatro ríos de incomparables beneficios en el ser sobrenatural? Y si te estamos tan obligados por habernos comunicado el ser criado, ¿cuánto más lo estaremos por habernos comunicado el mismo ser increado? Poco te pareció, Dios mío, comunicar los bienes que están fuera de Ti, y así quisiste comunicarnos también a Ti. ¡Oh quién me diese tal modo de bondad que tuviese vehemente inclinación a comunicarte cuanto tengo, empleándolo todo en amar y servir a quien tanto bien me ha hecho! Y pues los ríos, que salen del mar, vuelven al mar, de donde salieron, justo es que todos estos ríos que salieron del mar

inmenso de tu bondad vuelvan a él por el agradecimiento, atribuyendo a tu sola bondad infinita el bien todo que se halla en nuestra naturaleza.

b) La segunda cosa que se ha de ponderar es que, viendo la infinita bondad de Dios cómo no convenía comunicar *su divino ser* a todas las naturalezas criadas, para hartar su infinita inclinación escogió comunicarle *a una,* en quien estaban todas y todos los cuatro grados de ser que estaban repartidos por las creaturas del mundo; y así, del modo que convenía *se comunicó* y *honró a todos:* honró todas las naturalezas *corporales* en comunicar su divino ser a nuestro cuerpo, y honró todas las naturalezas *espirituales* en comunicarse a nuestro espíritu; y por esto le debo gracias, convidando a todas las creaturas alaben al Señor por la parte que tienen en este soberano beneficio, y animarme yo a ser santo en el cuerpo y en el espíritu, pues la infinita bondad de Dios tanto quiso honrar y engrandecer al uno y al otro.

Otros modos cómo la bondad de Dios se comunica particularmente a los escogidos, se irán poniendo en las Meditaciones siguientes.

MEDITACIÓN 8

CUÁN AMABLE SEA LA BONDAD DE DIOS Y CUÁN DIGNA DE SER AMADA CON SUMO AMOR POR SÍ MISMA Y POR LOS INNUMERABLES BIENES QUE NOS COMUNICA, Y POR LOS INFINITOS DELEITES QUE ENCIERRA EN SÍ Y PROCEDEN DE ELLA.

La principal propiedad de la *bondad es* ser *amable,* y por ella definieron los filósofos el bien, diciendo: El bien es lo que todas las cosas aman y apetecen, porque él mueve la voluntad y apetitos para que le amen y codicien. Los títulos y motivos para amar la bondad se reducen *a tres cabezas;* porque la bondad es amable *por sí misma* y flor la perfección que en sí tiene. Item, es amable *por sernos provechosa* y por el bien que nos hace. Y lo tercero, *por ser deleitable* y causar gran deleite en quien la posee, y ésta es una de las causas por que comúnmente se divide el bien *en honesto, útil* y *deleitable*, llamando útil, no solamente a lo que es medio para conseguir el fin, sino también a lo que es causa de cualquier bien y provecho nuestro. *Estos tres títulos resplandecen infinitamente en la*

bondad de Dios para ser infinitamente amable, como se verá en los puntos siguientes.

PUNTO PRIMERO

La bondad de Dios es sumamente amable por sí misma.

Lo primero, se ha de considerar cómo la bondad de Dios es sumamente amable *por sí misma y por la infinita hermosura y perfección que tiene,* porque cuanto es mayor la bondad y hermosura, tanto es más amable, y así la bondad y hermosura infinita será amable infinitamente por sí misma, porque ella es el último fin a quien se ordena todo lo bueno, y ella no se ordena a otro fin que a sí misma.

1. De aquí se sigue, lo primero, que *sólo Dios puede amar a su bondad cuanto puede y merece ser amada,* amándola con amor infinito, complaciéndose en ella y gozándose de ella con infinito gozo. Y *de esto me tengo yo de gozar,* alegrándome mucho de que el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo llenen todo el amor que su infinita bondad pide, y que ella sea tan infinita, que ningún hombre ni ángel pueda amarla con tanto amor como ella merece, admirándome y pasmándome de esta inmensidad, porque también es modo de amor darme por vencido de que no puedo amar tanto a Dios cuanto merece ser amado.

¡Oh Dios amabilísimo, quién, pudiera amarte cuanto eres amable y mereces ser amado! ¡Oh, si mi alma fuera capaz de amor infinito para darle todo a tu bondad infinita! ¡Oh, quién estuviese como la Esposa, enferma de amor, desfalleciendo con el deseo de amar y enfermando por no poder amarte cuanto es mi deseo!

2. De aquí es, lo segundo, que debo amar a esta infinita bondad de Dios *más que a mí mismo* y *más que a todas las cosas amables de esta vida,* y *con el mayor amor que me fuere posible,* porque ya que no puedo amarla con todo el amor que merece, justo es amarla con todo el amor que puedo, sin quitar una brizna de él; y esto pretende nuestro Señor cuando, con repetición de tantas palabras, dice que le amemos con todo nuestro corazón, alma, espíritu, virtud y fuerzas; esto es, con el sumo amor y conato que nos fuere posible, estimándole en más que a todo lo creado y que se puede crear.

¡Oh Bondad suma, dame el sumo amor que me es posible, para que con todo él te ame! ¡Oh, si el amor de todos los ángeles y serafines y todos

los Santos que hay en el cielo y en la tierra se depositara en mi corazón para amarte tanto como todos juntos! Y aun con esto no quedaré harto, porque mirando a tu infinita bondad, no puede tener tasa la caridad, ni el fuego del amor puede decir basta, porque tu bondad siempre le atiza.

3. Lo tercero, sacaré de aquí que *el principal motivo de mi amor ha de ser la bondad de Dios por sí misma,* porque ella es el último fin y motivo del amor, y es desorden grande amarla *principalmente* por otra cosa fuera de ella, que desdiga de su pureza. Pero en esta bondad puedo discurrir e imaginar *infinitos títulos* por los cuales Dios es amable y yo puedo y debo amarle. *Estos son tantos, cuantas son las perfecciones de Dios,* en las cuales está embebida su bondad. Y así, es infinitamente amable su sabiduría y omnipotencia, su inmensidad, liberalidad y misericordia, por la bondad y perfección que en todo esto resplandece. Y por esto dice la Esposa, de su Amado, que *todo es deseable* y *amable*. No hay cosa en Dios que sea aborrecible: todas son amabilísimas; hasta la misma justicia vindicativa con que castiga a los pecadores por sus pecados, es deseable y amable y digna de ser amada, porque en ella también resplandece la bondad de Dios, pues sin ella no fuera enteramente bueno; y así *me tengo de gozar* también de esto, y gozarme *de que Dios vengue sus injurias* y las castigue en esta vida y en la otra, y de que haya hecho infierno y purgatorio como hizo cielo y paraíso, pues todo pertenece a su entera perfección.

¡Oh amado de mi alma, todo eres amable para mí, porque todo es bueno cuanto hay en Ti! ¡Oh, si también fuese amable para Ti todo cuanto hay en mí! Quita, Señor, de mi alma todo género de culpa y mancha, para que sea toda hermosa en tus ojos y amable a tu corazón.

4. Ultimamente, sacaré de aquí *cuán abominable cosa sea aborrecer a un Dios tan bueno* y *a una bondad tan amable,* compadeciéndome de la ceguedad y maldad de los pecadores que aborrecen a Dios, o porque prohíbe los deleites malos, o porque los castiga con justicia, pues por esto mismo merecía ser amado, y así con mucha razón dijo Cristo nuestro Señor que los malos aborrecían a Él y a su Padre de balde y sin causa ni razón.

¡Oh suma Bondad, que mereces ser amada con infinito amor de infinitos amadores, si los hubiese! no permitas que ha ya hombre que no te ame; abre los ojos a los que te aborrecen, porque si con viva fe te conociesen, nunca te aborrecerían. ¡Oh, si llegase el día en que te vea claramente para amarte sumamente, porque no es posible verte y no amarte!

PUNTO SEGUNDO

La divina bondad es infinitamente amable por los beneficios que nos hace.

Lo segundo se ha de considerar cómo la divina bondad es infinitamente amable, no solamente por sí misma, sino también por la suma inclinación que tiene a hacernos bien, y por los innumerables e infinitos bienes que nos ha comunicado.

1. Lo primero, es amable *por los cuatro grados de ser natural que,* como ya se ha dicho, *comunicó a las creaturas* y *los cifró en el hombre* como en un mundo abreviado; y como estas perfecciones son innumerables, así son innumerables los títulos y motivos que puedo sacar de ellas para amar la amabilísima bondad de donde procedieron para bien y provecho mío. Y así, en viendo cualquier creatura, he de imaginar, como dice Hugo de San Víctor, que Dios nuestro Señor me está diciendo por ella estas dos palabras: *Recibe* y *paga*; o las que dice el Sabio: *Da,* y *recibe,* y *justifica tu alma*. Lo que significan es: Recibe de Dios el bien que te da, y dale por él tu amor; recibe su don, y dale tu agradecimiento; recibe su beneficio, y dale tu servicio. Recibes de Dios benignidad, vuélvele caridad. Y si esto hago dignamente, justificaré mi alma, haciendo lo que debo; porque como Dios quiere recibir agradecimiento por el bien que me da, así yo tengo de darle agradecimiento por el bien que recibo.

¡Oh alma mía, oye las voces de estas creaturas y el consejo del Sabio, que dice: «No tengas la mano abierta para recibir y apretada para dar»; y pues Dios abre su mano para llenar a ti y a todo el mundo de bondad y bendición, abre tu corazón para henchirle de amor, y tu boca para llenarla de alabanzas, y tus manos para henchirlas de servicios, en agradecimiento de tan innumerables beneficios! Mira no seas ingrata, porque si aprietas tu mano en dar a Dios lo que te pide, apretará Él la suya para no darte el bien que tú le pides.

2. De aquí consideraré cuán amable es la bondad de Dios *por los innumerables bienes de gracia* y *gloria que de ella proceden,* y cuánto más amable *por el sumo beneficio de la encarnación del Verbo divino,* en la cual echó el resto para declararnos por las obras cuánto merece ser amado.

¡Oh Dios amabilísimo!, si tan digno eres de ser amado por habernos dado tantos bienes naturales, ¿cuánto más lo serás por habernos añadido tantos bienes sobrenaturales? Y si tanto debo amarte por los bienes perecederos, ¿cuánto más lo serás por dártenos a Ti? ¡Oh, quién me diese

nuevo corazón, nueva alma, nuevo espíritu, nueva virtud y fuerzas para que con nuevo fervor cumpliese perfectísimamente el precepto del amor, amándote como quieres ser amado! ¡Oh alma mía, tiende los ojos de la te por los bienes de gracia que has recibido y cada día recibes, y abre los oídos para oír la voz de tu Amado, que te dice: Recibe y paga, da y recibe! Recibe de mí la gracia. y págamela con algún servicio. ¡Oh Amado mío, pues así lo mandáis, hágase así; pero ayudadme para qué no quede por mi flojedad lo que tan liberalmente me ofrece vuestra, bondad!

Esto modo de afecto tengo de ejercitar cuando recibiere el sacramento de la Confesión y Comunión: cuando oyere misa o sermón; cuando fuere participante do cualquier bien sobrenatural, imaginando que me dice Dios: Recibe y paga, da y recibe, para que justifiques tu alma y la santifiques con nuevos aumentos de santidad.

3. Lo tercero, ponderaré cómo la bondad le Dios es tara bien amable *por encerrar en sí toda la razón del bien útil que se puede imaginar,* sin mezcla de imperfección: porque en Dios nuestro Señor están con eminencia todas las cosas que son medios para alcanzar nuestro último fin. Y Él mismo es *el camino, la verdad y la vida,* en cuanto él da los medios para caminar, y llegar a ver la suma verdead, y alcanzar la vida eterna que es Él mismo. Y por esto dijo David: «El Señor dará la gracia y la gloria.» Y además de esto, todos los bienes que en esta vida son medios para alcanzar algún buen fin, está con eminencia en Dios, y de su bondad proceden, y por ellos es digno de ser amado; y si amo el manjar porque me conserva la vida, y la medicina porque me cura la enfermedad, y el dinero porque con él compro lo que he menester, mucho más tengo de amar a Dios, de quien todo esto procede, no porque mi principal motivo sea que me dé tales bienes, sino por la bondad que resplandece en dármelos con tanta liberalidad. Y así, de todas estas cosas de que uso he de sacar motivos para conocer cuán amable es Dios, procurando amarle por ellos al modo dicho, imaginando que también me dice las palabras dichas: Recibe y paga, da y recibe.

PUNTO TERCERO

La bondad de Dios es infinitamente amable por el bien deleitable que en sí encierra.

1. Lo tercero, se ha de considerar cuán amable sea la bondad de Dios *por el tercer título del bien que llamamos deleitable*, el cual es una quietud

y descanso del corazón en la posesión de la cosa que ama y en el cumplimiento de lo que desea, y por otro nombre se llama gozo y alegría, *á)* Lo primero, Dios nuestro Señor es amable *por el infinito gozo* y *deleite que tiene dentro de Sí mismo,* porque como es la misma bondad, así es el mismo deleite, *y* todas las perfecciones que tiene le son motivo de infinito gozo, deleitándose en verlas y amarlas. *b)* Lo segundo, es amarle *por el infinito gozo con que hace todas sus obras,* deleitándose en la creación de los cielos y de las demás cosas, conforme a lo que dice David: «Alegrarse ha el Señor en sus obras». *c)* Lo tercero, es amable *por ser causa de todos los bienes deleitables de esta vida,* de Suerte que ninguna cosa puede deleitar nuestros sentidos o potencias interiores, si no es por el ser que recibe de Dios, ni nuestra alma puede tener algún deleite si Dios no se le da. Y así, en Dios están con eminencia todas las cosas deleitables y todos los deleites que podemos desear; y aunque nos deleita con sus creaturas, puede Él solo sin ellas darnos el deleite que nos habían de dar y otro incomparablemente mayor, en lo cual se funda la promesa de dar, al que dejare por su amor alguna cosa, ciento tanto más de lo que dejó, dándole incomparablemente mayor alegría espiritual por haberlo dejado, que la que tuviere poseyéndolo. *d*) Lo cuarto, finalmente, es amable *por el gusto especial que tiene en tratar* y *conversar con nosotros.* Por lo cual dice la Sabiduría increada que se alegraba todos los días jugando, esto es, gozándose y entreteniéndose en las obras que hacía en la redondez de la tierra; pero sus delicias y deleites especiales eran los hijos de los hombres, estar con ellos y conversar con ellos.

2. *De todo esto se sigue* que Dios nuestro Señor *quiere ser servido con alegría* y que conversemos y tratemos con Él con grande gusto, porque cada uno ama a su semejante, y como Él es tan alegre, y todo lo que hace es con alegría, así quiere que sus escogidos vivan alegres en su servicio y con alegría le sirvan, como dice David; «Alegraos con Dios todos los moradores de la tierra, servid al Señor con alegría y entrad en su presencia con regocijo»; y para más animarnos a esto, nos promete por premio su mismo gozo, diciendo al que fuere fiel en su servicio; «Entra en el gozo de tu Señor». Con cada una de estas *cinco consideraciones* me moveré a grandes *afectos de amor* y *gozo* en la bondad de Dios, procurando gozarme en sólo Dios, pues en Él sólo hallaré todas las razones de gozo y deleite que puedo desear.

¡Oh alma mía!, ¿para qué andas mendigando deleites de las creaturas, pues en sólo Dios hallarás infinito mayor deleite que en todas ellas? Haz con alegría las obras de su servicio, pues Él hace con sumo gozo las de tu

provecho. Dale cuanto tienes, no por necesidad, ni con tristeza, porque ama al dadivoso alegre, y le vuelve ciento tanto de contado en alegría. Alégrate de conversar con Él, pues Él se deleita en conversar contigo, llenándote con esto de su gozo; porque no hay amargura en su conversación, ni tedio alguno en su trato, sino alegría y gozo, el cual comienza en esta vida y se cumplirá en la otra, pasando del gozo temporal al sempiterno.

Ultimamente, sacaré de aquí *cuán abominable cosa es amar algún deleite prohibido* por nuestra Señor, atropellando los deleites celestiales por gozar de los terrenos, y dejando el gozo infinito y eterno por el gozo limitado y temporal, doliéndome de los que dan en tal desorden y de las veces que yo he caído en él, con propósito de enmendarme, porque, como dice Job, no podré deleitarme en el Todopoderoso si me aparto de su servicio.

MEDITACIÓN 9

LA INFINITA CARIDAD Y AMOR DE DIOS

El amor es una complacencia en el bien, por la conveniencia que tiene con nuestra naturaleza. Sus principales actos son *tres* El primero es general y se llama de *benevolencia,* que es *querer bien a otro,* complaciéndome en el bien que tiene o queriendo que le tenga. El segundo es *amor* que llamamos *de concupiscencia, amando alguna cosa por mi provecho,* o por el provecho de otro, como amo el dinero, el manjar y el esclavo. El tercer acto es *amor de amistad entre dos personas,* amando la una a la otra por el bien que hay en ella, conociendo que se aman; y cuando este *bien* es *sobrenatural,* la tal amistad se llama *caridad.* De estos tres actos de amor nace otro *exterior,* que se llama *beneficencia,* que es hacer bien al que amo. Con este presupuesto, entraremos a meditar todo lo que pertenece a la *infinita caridad* y *amor de Dios en orden a Sí mismo* y *a todas las creaturas,* especialmente *a los hombres,* y más especialmente *a los justos,* presupuestas muchas cosas que se han dicho en las meditaciones precedentes, que pertenecen a la caridad de Dios, por la trabazón que tiene con su bondad.

PUNTO PRIMERO

Dios se ama infinitamente a Sí mismo.

1. Lo primero, se ha de considerar cómo Dios nuestro Señor *se ama infinitamente a Sí mismo por la infinita bondad que en Sí tiene,* y como esencialmente es su misma bondad, así es su mismo amor y caridad, complaciéndose y agradándose de su mismo bien, y de todas las perfecciones que tiene: de su sabiduría, omnipotencia, etc. Y este amor es *ordenadísimo* y *santísimo* y muy conforme y debido a la infinita bondad, santidad y hermosura de Dios; y así es *muy diferente* del que acá llamamos *amor propio,* con que uno se ama a sí mismo con tan desordenada propiedad, que excluye el amor debido a otras cosas.

2. Pero más adelante consideraré cómo en Dios nuestro Señor *hay infinito amor de amistad* y *caridad,* porque *entre las tres divinas Personas se hallan* con infinita excelencia *todas las perfecciones de la perfecta amistad,* que son igualdad de personas, unión de voluntades, comunicación de todas las cosas, queriendo un amigo para el otro el ser y la vida y todos los bienes, comunicándole los que él tiene, conversando con él íntimamente con grande alegría y dándole parte de todos sus secretos, y que sobre todo esto, haya antigüedad y permanencia en el amor, y que sea entre pocos. Todo esto, como se dijo en la *Meditación 4,* se halla entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, porque los tres son iguales con infinita igualdad de perfección; son sumamente una cosa en la esencia, con unidad de voluntad en todas las cosas; tienen infinita comunicación, y todas las cosas les son comunes, ni hay secreto partido entre ellos, y su amor es eterno, siempre fue, es y será para siempre; y es entre pocos, porque no son más que tres, ni era posible que tan infinita amistad se extendiese a más personas.

3. De esta consideración sacaré *grandes afectos de gozo* y *confianza,* por muchos títulos: *a*) Lo primero, *me gozaré de que Dios se ame cuanto puede* y *merece ser amado,* de modo que su bondad y amor corren a las parejas, sin que el amor desee mayor bondad en que se cebe, ni la bondad desee amor que más la ame; y pues yo amo a Dios, es razón que me goce de ver lleno el deseo que su caridad tiene de amar, y su bondad de ser amada.

b) Lo segundo, *me gozaré porque el infinito amor que Dios tiene a Sí mismo* y *a su bondad es causa* y *origen del amor que tiene a las creaturas*; y la amistad que tienen las tres divinas Personas es causa y

dechado de la amistad que tiene con ángeles y hombres. Y este divino amor es *el solicitador* y *despertador* perpetuo que hay en Dios para que nos ame; por lo cual puedo tener gran confianza que siempre me amará, porque se ama a Sí, y por esto quiere amarme a mí y a todo lo que ama. Y si San Pablo dice de sí: «La caridad y amor que tenemos a Cristo nos espolea y atiza para que amemos a nuestros prójimos», cuánto más la caridad y amor que Dios tiene a su bondad le atizará para que ame a sus creaturas, como se verá en los puntos siguientes.

PUNTO SEGUNDO

Del amor que Dios tiene a sus creaturas.

Lo segundo, se ha de considerar *el grande amor que Dios nuestro Señor tiene a todas sus creaturas,* ponderando algunas cosas muy señaladas.

1. La primera es *la diferencia que hay entre nuestro amor* y *el de Dios,* como la pone Santo Tomás, diciendo que nuestro amor *presupone ser ya el bien que ama,* o a lo menos imagina que tiene ser y bondad, y en esa se agrada; mas el amor de Dios *es causa del bien que ama,* y así andan juntos en Dios los dos actos de amor que se llaman *benevolencia* y *beneficencia, querer bien* y *hacer bien*; porque viendo Dios en su eternidad, con su infinita sabiduría, la bondad de las creaturas que podía crear, pareciéndole todas bien, *amó* y *quiso con eficacia* el bien de algunas de ellas, determinándose a darles el ser y perfección que podían tener; y así, queriendo Dios bien a los cielos, estrellas y planetas, les dio todo el ser y bien que tienen; queriendo bien a las creaturas de la tierra y al hombre, las hizo con la hermosura y belleza que hay en cada una; y el amarlas Dios es querer y hacer todo lo bueno y perfecto que hay en ellas. Y como dijo David: «Me salvó porque me quiso bien», así puedo decir: Dios me dio este cuerpo y esta alma, y me creó a su imagen y semejanza, porque me quiso bien. Dios me conserva, gobierna y me da todos los bienes de que gozo, porque me quiere bien; y quererme bien es darme estos bienes que me da; y esto, de gracia y de balde, no más de porque quiere amarme, como dice Oseas: «Los amaré de mi voluntad y bella gracia».

¡Oh Amado de mi alma, gracias te doy por tal modo de amor con que amas a tus creaturas y a mí con ellas! Reconozco que no es posible amarte yo del modo que me amas Tú, porque yo puedo quererte bien, pero no puedo hacerte bien, ni darte algo que no tengas; pero del modo que

pudiere, te daré lo que me das, sirviéndote y dándote las gracias por todo; y lo que no puedo dar a Ti, daré a mis prójimos por tu amor.

2. Lo segundo, ponderaré que Dios nuestro Señor, *incomparablemente ama más al hombre que a todas las creaturas de este mundo visible*; porque *la semejanza* en el bien *es causa del amor,* y cuanto es mayor la semejanza, tanto es más vehemente la inclinación del amor; porque los semejantes se miran como una misma cosa, y este modo de unidad les inclina a que se quieran bien; y como las demás creaturas solamente son *una huella* y rasguño del ser de Dios, pero el hombre es *a imagen* y *semejanza suya,* con capacidad de tener amistad y trato con Él, de aquí es que Dios nuestro Señor ama mucho más al hombre que a todo el resto de las creaturas visibles, por esta semejanza que con Él tiene; y así, las creó para el hombre, ordenándolas todas a Sí mismo como a último fin. De aquí sacaré *la grande obligación que tengo a amar a Dios*; porque si la semejanza es causa de amor, *¿cuánto debo amar al que me creó a su misma imagen* y *semejanza*? Si un animal ama a otro semejante, y cada cosa gusta de juntarse con lo que tiene semejanza con ella, ¿cómo no amaré yo a Dios y gustaré de juntarme con Él, pues con tanto amor me hizo semejante a Sí?

¡Oh Dios trino y uno, que en la creación del hombre diste muestra de la infinita amistad y unidad que tienes dentro de Ti mismo, diciendo las tres divinas Personas: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza», concédeme que te ame con tal amor, que todas mis potencias concuerden y se aúnen para amarte y glorificarte por la semejanza que me diste, y por el amor que en dármela me mostraste!

3. De aquí se sigue la tercera cosa señalada que resplandece en este amor, conviene a saber: que Dios nuestro Señor ama a todas las creaturas de este mundo visible, fuera del hombre, *no con amor de amistad,* porque no son capaces de ella, *sino con amor de concupiscencia,* queriendo el bien que tienen, *no por provecho del mismo Dios*, porque Él, como dice David, de nada tiene necesidad, *sino por provecho de los hombres,* para la conservación de su vida, para su regalo y entretenimiento, y para las demás comodidades que de ellas recibimos; porque como ellas no podían amar a Dios ni alabarle por los bienes que les daba, quiso ordenarlas para el bien y provecho de otra creatura, la cual supliese este defecto amándole y glorificándole por el ser que da a todas. De donde sacaré un grande afecto de admiración, diciendo con David: «¿Quién es el hombre, para que te acuerdes de él, o el hijo del hombre, para que le visites? Le has coronado de honra y de gloria, y hecho superior a las obras de tus manos; debajo de

sus pies pusiste todas las cosas: las ovejas, las vacas y las bestias del campo, las aves del cielo y los peces del mar. ¡Oh, Señor, Señor nuestro, cuán admirable es tu nombre en toda la tierra!».

¡Oh Dios de mi alma, no es tu nombre menos amable que admirable, pues todo lo admirable que has hecho con el hombre, es porque le amaste y para que te amase, descubriéndole que es sumamente amable!

4. De aquí iré luego discurriendo y sacando *infinitos títulos para amar a Dios por infinitas obras de amor* que acumula en mí mismo; porque amando Dios estas innumerables creaturas, *me ama a mí en ellas,* y de ellas pasa el amor a mí. Como el padre que ama el vestido y el manjar y el esclavo para el hijo, en todo esto ama a su hijo, porque el motivo principal para amarlo es su hijo; así este Dios y Padre amorosísimo, amando los cielos, estrellas y planetas, me ama también a mí, porque los ama y quiere el bien que les da para mi provecho; y de la misma manera, amando los elementos, los mixtos, las plantas y todos los animales, juntamente me ama a mí, porque los ama para mí, y les hace bien por hacerme a mí bien; y pues Dios me ama en todas las creaturas al modo dicho, *razón es que yo le ame en todas ellas,* amando a las creaturas por el bien que Él las dio, y para gloria del que se le dio y no usando de ellas sino para su amor y servicio.

¡Oh Dios eterno, amador y bienhechor de todas las creaturas! confieso que, por mil títulos, estoy obligado a amarte de todo mi corazón, y pues amas innumerables creaturas que no pueden volverte retorno de amor por el que Tú las tienes, obligado quedo yo a amarte por todas ellas. ¡Oh, quién tuviera tantos corazones como me has dado creaturas, para que con todos ellos te amara y glorificara, cumpliendo la deuda que ellas no pueden pagar, y de que yo estoy cargado por su causa!

PUNTO TERCERO

Dios ama a todas las creaturas por el ser que tienen.

Lo tercero, se ha de considerar *la universalidad de este generoso amor de Dios, del cual ninguna creatura está excluida* por el ser que tiene, según aquello del Sabio, que dice: «Amas todas las cosas que son, y ninguna cosa aborreces de cuantas hiciste, porque ninguna ordenaste ni hiciste con aborrecimiento, ni puede perseverar, si no es que Tú lo quieras». De suerte que, aunque Dios aborrece el pecado, y al pecador en

cuanto malo, pero no aborrece su naturaleza, ni el bien que Él mismo puso en él; y aunque sea ingrato y desconocido, no cesa de amarle con este amor como a creatura suya, comunicándole los bienes naturales que da a los agradecidos. De donde sacaré *tres avisos*: a) El primero es, de *este amor que Dios me tiene* por el bien natural que me dio, *hacer título* para pedirle *me quite el mal que yo añado,* diciéndole aquello de Job: «Tus manos me hicieron, y formaron todo cuanto hay en mí, ¿y así de repente me despeñas?».

¡Oh Formador y Hacedor mío, no permitas que me despeñe en tales pecados que te provoquen a despeñarme en los infiernos; destruye lo que yo hice por mi culpa, por el amor que tienes a lo que Tú hiciste por tu bondad!

2. Lo segundo, sacaré *una grande determinación de no aborrecer cosa alguna de cuantas Dios ama,* conformando en todo mi amor con el suyo; y aunque aborrezca *la maldad,* de mi enemigo, no aborreceré *su persona,* antes le amaré como Dios le ama, queriendo para él los bienes que Dios le da y desea darle, acordándome de lo que dijo Cristo nuestro Señor: «Amad a vuestros enemigos y haced bien a los que os aborrecen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, el cual hace salir su sol para buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores», en lo cual muestra que los ama.

c) Finalmente, *como este amor* generalmente *acompaña a Dios en todas sus obras,* por lo cual dijo el Sabio que ninguna cosa hizo ni ordenó con aborrecimiento, porque, como dice San Dionisio, el amor es causa de todas las cosas que hace el que ama, así, si yo amo a Dios con fervoroso amor, *he de imitarle en que este amor sea principio, medio* y *fin de mis obras,* de modo que todas comiencen con amor, y vayan acompañadas con amor, y las haga por amor de este gran Dios que tanto me ama; y de este modo le amaré con todo mi corazón, alma, espíritu y fuerzas, como dice el precepto del amor.

¡Oh Amado mío!, pues siempre amas y siempre obras coa amor, y no cesas ni de amar ni de obrar, porque si Tú cesases, todo dejaría de ser, concédeme que nunca yo cese de amarte ni de obrar por tu amor, haciendo todas mis obras en caridad, porque si ésta cesa, también yo dejaré de ser en tu presencia, pues sin ella nada soy, nada valgo y nada merezco, y si algo tengo es por tu amor.

PUNTO CUARTO

Dios honra al hombre con su amistad.

Lo cuarto, se ha de considerar *la grandeza de la caridad* y *amor que Dios* nuestro Señor *tiene a los hombres,* queriendo trabar con ellos *verdadera amistad,* con todas las perfecciones que puede tener la amistad entre el Creador y la creatura, discurriendo por las más principales propiedades de ella que arriba se apuntaron.

1. La primera propiedad de la amistad es *que sea entre personas de alguna manera iguales:* o con *entera* igualdad, como entre dos ciudadanos muy íntimos, o con *proporción,* conservando la excelencia del estado del uno, como entre el rey y su privado, entre el padre y el hijo. De donde procede que cuando un amigo es muy excelente, levanta al otro a la mayor excelencia que puede; por lo cual dijo San Jerónimo: «La amistad presupone que los amigos son iguales», o ella los hace iguales: y *de este jaez es la amistad que Dios tiene con nosotros,* el cual, viendo la grande desigualdad que había entre nuestro ser natural y el suyo, quiso por su infinita bondad levantarnos a otro ser excelentísimo sobre toda nuestra naturaleza, en el cual se pudiese fundar verdadera amistad, dándonos, como dice San Pedro, dones preciosísimos de gracia, por los cuales seamos consortes y conformes con su divina naturaleza, con la mayor conformidad que es posible a puras creaturas; no solamente tomándonos por amigos, sino haciéndonos hijos suyos, herederos de su reino y bienaventurados como Él lo es, hasta llamarnos reyes y dioses, y tomar nuestras almas por esposas suyas; y todo esto de pura gracia y por ser Él bueno y mostrar su infinita bondad en admitir a sus creaturas y a sus esclavos a la participación de la infinita amistad que tienen las tres divinas Personas. Y aunque *no es posible tener igualdad con su infinita excelencia,* pero su infinita afabilidad suple esto, y así, *nos llama con nombres de igualdad,* como se ve en el libro de los Cantares, donde llama al alma su hermana y esposa, y la atribuye los mismos nombres de alabanza con que ella le alaba.

¡Oh Dios amorosísimo, amable sobre todo lo que se puede pensar! harta merced me habías hecho en haberme creado a tu imagen y semejanza, mas tu infinita caridad quiso levantarme a otra semejanza muy mayor, para darme mayores muestras de amor. Ya no me admiraré, como David, porque me diste un ser natural superior a todas las cosas de la tierra, pues te has dignado levantarme a un ser sobrenatural que corre a las

parejas con lo que hay sobre el cielo. En el primero, me hiciste poco menor que los ángeles. En este segundo me has hecho igual con ellos y semejante a Ti, Creador y santificador de todos los santos, para que te ame y santifique tu nombre en la tierra como ellos le santifican en el cielo.

2. De esta primera propiedad de la perfecta amistad nace *la segunda,* que es *querer para su amigo el ser* y *la vida* y *todos los bienes que puede darle,* comunicándoselos liberalmente por el amor que le tiene; en lo cual es excelentísimo nuestro gran amigo Dios; porque además de querernos bien y hacernos bien dándonos el ser y vida natural, quiere para nosotros el ser sobrenatural, la vida de la gracia y la vida eterna de la gloria, con los innumerables bienes que la acompañan, hasta decirnos: Todas mis cosas son tuyas; porque a los amigos todos los bienes son comunes y lo que Dios tiene, para sus amigos lo quiere.

¡Oh Amado y amigo nuestro, cuán bien cumples esta ley de perfecta amistad, haciendo que tus propios bienes sean comunes a tus amigos! ¿Cómo podré yo cumplirla, pues no tengo bienes propios para hacerlos contigo comunes Todas las cosas son tuyas, y lo que de tu mano he recibido, eso te volveré; mi propia voluntad y propio amor convertiré en común, haciendo todo lo que Tú quisieres y amando lo que Tú amares, no queriendo cosa propia para mí, sino que todo sea para Ti.

3. De aquí procede *la tercera* propiedad de la perfecta amistad, que es *la unión,* por razón de la cual se dice que el amigo es *otro yo,* y que los amigos son *una alma en dos cuerpos,* y que el alma *más está donde ama, que donde anima,* y por esto desean grandemente estar juntos y conversar uno con otro. Esto *resplandece mucho más en la amistad, de nuestro Dios,* el cual nos hace por el amor un mismo espíritu consigo, y nos tiene dentro de Sí, como la niñeta está dentro del ojo, y tiene por regalo estar con los hijos de los hombres, y conversar familiarmente con ellos, y les da parte de sus secretos, según aquello que dijo a sus Apóstoles: «Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Yo os he llamado y tenido por amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre os las he manifestado»; y finalmente, los llevará al cielo, adonde será la comunicación más estrecha; porque continuamente estarán en su presencia, metidos dentro de su divinidad, viéndole cara a cara, conversando con Él en íntima familiaridad.

¡Oh Dios amantísimo, ahora veo con cuánta razón te llamas esposo de nuestras almas, y a ellas las llamas esposas tuyas, pues eres un espíritu y un corazón con ellas, tratándolas con tan tierno amor, cual nunca tuvo esposo a su querida esposa! ¿Quién creyera tal modo de amor, si Tú no le

revelaras? ¿Y quién podrá entender tal modo de conversación, si Tú no le das parte en ella? ¡Oh Amado mío!, ¿quién es el hombre, porque así le engrandeces, o por qué pones en él tu corazón? Pon, Señor, mi corazón en el tuyo, y muéstrame la grandeza de este. amor haciéndome una cosa contigo para que te ame como me amas, y sea también la amistad perfecta de mi parte, como es perfectísima de la tuya. De estas tres propiedades he de sacar un deseo grande de mostrar la amistad y caridad que tengo a Dios nuestro Señor, en tener otra tal, por su amor, a mis prójimos, igualándome y humanándome con ellos y levantándolos del modo que yo pudiere, comunicando con ellos de mis bienes corporales y espirituales, haciéndome uno en todos y conversando con ellos amorosamente, a fin de que amen a Dios, para que tenga muchos amigos en quien sea glorificado por todos los siglos. Amén.

MEDITACIÓN 10

DE CUATRO EXCELENCIAS SINGULARÍSIMAS QUE TIENE LA INFINITA CARIDAD Y AMISTAD DE DIOS CON LOS HOMBRES, Y DEL MODO CON QUE LAS PODEMOS IMITAR.

Las excelencias de la caridad de Dios para con los hombres, que hasta aquí hemos puesto, tienen fundamento en las propiedades de la perfecta amistad que suele haber entre los hombres. *Ahora pondremos otras singularísimas* que no se pueden hallar sino es en la de Dios, la cual, como es infinita de su parte, así es singular, sin que haya otra que la llegue; las cuales se reducen a las cuatro que el apóstol San Pablo llama *longitud-, latitud, alteza* y *profundidad*. La *longitud, es su duración eterna,* sin principio ni fin. *La latitud o anchura, es su dilatación* a todos los hombres que quieren tener amistad con Él. *La alteza es la soberanía de los bienes celestiales* a que les levanta. *La profundidad es los secretos* que hay en esta amistad, tales que ninguno puede ahondarlos. Y aunque algo de esto queda dicho en las Meditaciones precedentes, en ésta se irá ponderando más por los puntos siguientes.

PUNTO PRIMERO

Longitud o duración del amor de Dios.

1. La primera excelencia *singular* de la caridad de Dios para con los hombres es *ser eterna.* Esta eternidad consiste en ser tan antigua como el mismo Dios, el cual desde su eternidad se resolvió en amar a los hombres y trabar amistad con ellos; y no solamente a bulto y en común, sino en particular, conociendo a cada uno, y queriendo, cuanto es de su parte, darle todos los bienes de gracia y gloria en que se funda esta amistad, aunque más particularmente amó a los que llamamos predestinados. De suerte que yo puedo aplicar a mí mismo aquello que dijo Dios por Jeremías: «Con caridad perpetua te amé»; como si dijera: *Desde que soy Dios te amo; desde que me amo a Mi, te amo a ti.* Tan eterno es el amor que te tengo, cuan eterno soy Yo y el amor con que me amo.

¡Oh Amado eterno!, ¿quién no te amará sin cesar? ¡Oh quién te hubiera amado siempre desde que soy hombre, pues Tú me amaste desde que eres Dios! ¡Oh alma mía, no dilates el amar a Dios, porque para luego es tarde; comienza luego, y ama a quien siempre te amó! Ama al infinito amor, que desde la eternidad se emplea en amarte. Si el amigo, para ser bueno y seguro, ha de ser antiguo, ¿qué amigo puede haber más antiguo que el eterno? Toma el consejo del Sabio, que dice: «No dejes al amigo antiguo, porque el nuevo no será semejante a él». No dejes la amistad de Dios por la de los hombres, porque ésta no será semejante a aquélla, y cuanto excede lo eterno a lo temporal, tanto excede aquélla a ésta.

Estos y otros propósitos y afectos semejantes he de sacar de esta consideración, dando gracias a nuestro Señor por que me amó *ab aeterno,* deseando haberle siempre amado desde que tuve uso de razón, fiándome de un amigo tan antiguo, doliéndome de haberle dejado por trabar nuevas amistades con las creaturas, y proponiendo de nunca dejarle.

2. De esta consideración he de subir a ponderar cómo la caridad y amor de Dios siempre es primero que el nuestro, y *nos gana por la mano, previniéndonos en el amor,* conforme a lo que dice San Juan: «En esto se descubrió la caridad, porque no amamos nosotros primero a Dios, sino Él primero nos amó»; que es decir: la fineza de la caridad de Dios se descubre mucho en que nos ama *primero que le amemos,* porque esto es señal que nos ama, no por su interés ni por nuestros merecimientos, sino de gracia, y solamente por ser bueno y para solicitar nuestro amor con el suyo y

provocarnos al retorno de amor. Y así concluye San Juan: «Luego justo es que nosotros amemos a Dios, porque Él primero nos amó».

¡Oh alma mía, si el amar mueve a ser amado, te mueva tal amor y de tal Dios, para amar a quien así te ama y se anticipa en el amor! ¡Oh Amador eterno, si fuera posible que yo te amara primero que Tú me amaras, fuera muy justo que mi amor solicitara el tuyo, suplicándote que te dignaras de amarme; mas pues que tu amor solicita el mío, desde luego te lo ofrezco con entrañable deseo de amarte, porque me amas, y de amarte cada día más, para que también me ames más, aumentando en mí los dones del amor!

2. Luego ponderaré, lo tercero, cómo la caridad de Dios es eterna *cuanto a la duración que está por venir,* con grande estabilidad y firmeza por toda la eternidad. De suerte que como su caridad no tuvo principio, así, cuanto es de su parte, nunca tendrá fin para con los hombres; y por consiguiente, puedo considerar cómo este gran Dios y eterno Amador siempre me amó y me ama, y me amará mientras fuere Dios, si por mí no queda; y su amor, como la misericordia que de Él procede, es *ab aeterno, in aeternum*, sin que haya cosa creada que pueda quitar de Dios este amor; y de este modo se puede entender lo que dice el Apóstol: «¿Quién nos apartará de la caridad de Cristo?»; esto es, ¿quién podrá hacer que nos deje Dios de amar por Cristo? Porque en todos los trabajos y tribulaciones vencemos por el que nos ama y por la virtud que en nosotros pone el amor que nos tiene. Y pasa tan adelante la estabilidad de este amor, que cuando nosotros por nuestra culpa rompemos esta amistad y nos hacemos enemigos suyos, Él con su infinita caridad siempre está firme en desear que volvamos a su amistad, y está aparejado para admitirnos de nuevo en su gracia, olvidándose de la injuria si le pedimos perdón de ella, diciendo aquello de Jeremías: «Tú has fornicado con muchos amadores, pero vuélvete a Mí, que Yo te recibiré».

¡Oh Amador eterno e inmutable, dame un amor semejante al tuyo, del cual ninguna cosa me pueda apartar! Si Tú no apartas de mí tu amor, ¿quién podrá apartar de Ti el mío? ¿Por ventura la tribulación, o la angustia, o la hambre, o el cuchillo? Nada de esto será poderoso para ello, porque el amor que Tú me dieres, fácilmente lo vencerá todo, en virtud del que Tú me tienes. Ni las muchas aguas, ni los copiosos ríos, podrán apagar mi caridad si anda junta con la tuya, porque la tuya es fuego infinito que en un punto las consumirá. No permitas, Amador eterno, que yo corte el hilo de tu amistad por mi culpa; y si yo, como flaco, le cortare, tu amor me despierte y me prevenga para que me vuelva a Ti; cumple en mí la

inclinación de la caridad, que es nunca desfallecer, para que conservándola en esta vida temporal, dure para siempre en la vida eterna. Amén.

PUNTO SEGUNDO

Anchura del divino amor.

1. La segunda excelencia de la caridad de Dios, es *ser anchísima con infinita anchura, abrazando* cuanto es de su parte, *todos los hombres*, de cualquier estado y condición que sean, deseando admitir a todos a su gracia y amistad, sin excluir a ninguno que quiera ser admitido, cumpliéndose también en esto lo que dijo el Sabio hablando con Dios: «Disimulas los pecados de los hombres por la penitencia, porque amas todas las cosas que son, y ninguna cosa aborreciste de las que hiciste», y por consiguiente, a ningún hombre aborreciste como a enemigo, si no es por la culpa que no ha borrado por la penitencia. Y aunque es verdad que *con más especial amor ama. a los predestinados*, y en este sentido se dice aborrecer a los réprobos, porque no los amó tanto como a ellos; pero absolutamente, a todos, cuanto es de su parte, ama con infinita caridad, *deseando que todos se salven* y que sean amigos suyos, y no cesa de hacerles grandes caricias de amor, como las hizo con Judas, a fin de reducirlos a su amistad, echando brasas de beneficios sobre la cabeza de su enemigo para convertirle en amigo. Y así, con amor de Padre hizo que su Hijo, el sol de justicia, naciese para buenos y malos, y que la lluvia de su doctrina se ofreciese a justos y pecadores, y el rocío de los dones celestiales descendiese para todos cuantos quisieren recibirlos.

¡Oh inmensidad de la caridad de Dios, que a todos abrazas y nunca te llenas, porque siempre tienes anchura para recibir muchos más! ¡Oh alma mía, alégrate de tan inmensa caridad, confiando que tendrás parte en ella! ¡Oh Amador inmenso, pues tan anchos senos tiene tu infinita caridad, admite dentro de ellos a todos los mortales! Cierra, si es posible, los senos del infierno, donde eres aborrecido, para que ninguno baje a ellos, y abre los senos del cielo, donde eres amado, para que todos suban a ocuparse para siempre en tu amor. Amén.

2. Lo segundo, ponderaré otra cosa singularísima en esta caridad y amistad de Dios: que aunque se extiende a muy muchos, es *como si fuese con muy pocos,* y así, no deja de ser *perfectísima.* Acá entre los hombres, la estrecha amistad, como dijo Aristóteles, ha de ser entre pocos, porque es cosa rara hallar muchos amigos fieles de quien poderse fiar; pero Dios

nuestro Señor, con su infinita caridad, traba amistad con muchos, porque Él los hace amigos fieles y les da la verdadera caridad; y aunque los muy queridos sean muchos, trata con tanta familiaridad con cada uno, como si fuera solo; de modo que la muchedumbre de amigos no quita la familiar comunicación con ellos, como se ve en el cielo, donde está muy perfecta esta amistad. Y a esta causa, en el libro de los Cantares, habiendo contado nuestro Señor tres suertes de almas que viven en su compañía, concluye: una es mi paloma y mi perfecta; que es decir: a todas juntas, que hacen una Iglesia, las amo como si fueran una, y para un fin de su eterna bienaventuranza y de mi gloria.

¡Oh Amado mío, gracias te doy por esta voluntad que tienes de tener amistad con todos y con cada uno tan estrecha como si fuera solo! ¡Oh, si mi alma fuese tan dichosa que pudiese ser una de estas esposas tuyas, a quien dijiste: «Una es mi paloma y mi perfecta, una para su madre»! Hazme paloma tuya por la inocencia, y perfecta tuya por la caridad, que es el vínculo de la perfección, y concédeme que te ame en esta Iglesia de la tierra, como te ama nuestra madre la Iglesia del cielo.

3. De estas dos ponderaciones he de sacar *dos propósitos* en que mi caridad ha de imitar la caridad de Dios: *a)* El primero ha de ser *de no aborrecer a ninguno* ni tenerle por enemigo, *sino amar d todos,* ensanchando los senos de la caridad para que quepan en ellos todos los hombres, buenos y malos, perfectos e imperfectos, haciendo a todos obras de amigo en lo que yo pudiere, *b)* El segundo propósito es *reducir el amor de todos a uno solo, que es Dios;* de modo que, aunque ame a muchos, no los ame como muchos, por respetos particulares de cada uno, sino principalmente por un solo motivo y por un solo, amigo, que es Dios, cuyos son todos.

PUNTO TERCERO

Alteza de la caridad de Dios.

La tercera excelencia es *la alteza de la divina caridad,* la cual se descubre en *la alteza de los beneficios* y *dones* que de ella proceden, los cuales son tan altos, que no pueden ser mayores, y descubren que su alteza y sublimidad es infinita.

1. Lo primero, porque *nos levanta a la alteza de la soberana dignidad de hijos de Dios* y *herederos de su reino,* por lo cual dijo San

Juan: «Mirad qué caridad nos dio el Padre, que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos». Como si dijera: Contemplad y ponderad la alteza adonde llegó la caridad de Dios, los admirables afectos y efectos que brotó, pues nos levantó a ser hijos de Dios, con todas las excelencias que han de tener hijos de tal Padre. Y cuáles sean éstas no es posible conocerlo en esta vida. Y así, añade: Ahora somos hijos de Dios, pero no se descubre lo que seremos; cuando se descubriere, seremos *semejantes a Él,* porque le veremos como es». Y así, en el cielo se descubre la soberana alteza de esta dignidad de hijos, y de la claridad de Dios, que nos levantó a ella.

Gracias te doy, Padre amantísimo, por esta caridad que me has mostrado en tomarme por tu hijo; esclarece los ojos de mi alma para que conozca cuál sea esta caridad y, vestido de ella, te ame como a Padre procurando serte semejante en el amor, para serlo después en la gloria. Amén.

2. Lo segundo, se descubre más la alteza de la divina caridad en habernos amado tanto, que para nuestro remedio *levantó un hombre de nuestra naturaleza a ser Hijo de Dios,* no adoptivo, sino *el misino Hijo de Dios natural, por la unión de la Encarnación;* de modo que un hombre sea real y verdadero Hijo de Dios, igual con el Eterno Padre y un Dios con Él; y aquí subió tan alto la caridad de Dios que no pudo subir más, por lo cual dijo el mismo Cristo nuestro Señor: «Así amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo unigénito». Y San Juan Evangelista dijo: «En esto se descubrió la caridad de Dios para con nosotros, en que envió su Hijo unigénito al mundo para que vivamos por Él». Y *con este Hombre celestial trabó Dios la más excelente amistad* que puede haber después de la amistad infinita que hay entre las tres divinas Personas; porque como ésta se funda en unidad de esencia, así esa otra se funda en unidad de una misma persona igual al mismo Dios, y en ella estriba la firmeza y seguridad de la que Dios tiene con nosotros, el cual nos ama por Cristo su Hijo, y dándonos a su Hijo, nos dio con Él todas las cosas.

¡Oh alteza de la bondad y caridad de Dios, cuán incomprensibles son sus obras y cuán investigables sus caminos! ¡Oh amor inefable, que para trabar amistad perfecta con el hombre le subes a la igualdad de Dios! ¡Oh Amador altísimo!, ¿qué gracias te daré por tan altas y soberanas obras de amor, y cómo te podré alabar dignamente por ellas? Te alabe, Señor, tu misma caridad, y te bendigan las obras que de ella proceden, y sobre todo, te glorifique tu mismo Hijo, Dios y hombre verdadero, en quien todos somos amados con tan alta y soberana caridad. Mira el rostro de tu querido amigo, antiguo y nuevo: antiguo en cuanto Dios, nuevo en cuanto hombre,

y por Él te suplico me hagas amigo tuyo, renovándome conforme a la imagen de este nuevo Hombre, para que viva por Él, y por su medio alcance la vida eterna. Amén.

De esta consideración se dijo en la Meditación 2 de la Segunda parte.

3. También se puede ponderar la alteza de la divina caridad *en el misterio de la Eucaristía,* en que el mismo Cristo, Dios y hombre verdadero, cubierto con especies de pan y vino, entra dentro de nosotros para conservar esta caridad y aumentarla en nosotros, y unirnos más cordialmente consigo mismo, como se ha ponderado en la Cuarta parte, y adelante se dirá más.

4. Últimamente, ponderaré la alteza de la divina caridad por la alteza del infinito don que nos da *dándonos al Espíritu Santo,* que es fuente del amor, como se verá en la Meditación siguiente.

De todo esto he de sacar un *deseo generoso de imitar la alteza de la divina caridad* en amarle de tal manera, que siempre en su servicio pretenda cosas altas y grandiosas: *alta intención* de su mayor gloria, *alta oración* y contemplación de sus misterios, y *alta imitación* de las virtudes, cumpliendo aquello que dice San Pablo: «Por esto hago oración a Dios, pidiéndole que vuestra caridad crezca más y más, con toda ciencia y conocimiento espiritual, para que aprobéis las cosas mejores y seáis sinceros y sin ofensa, llenos del fruto de la justicia, por Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios». Amén.

PUNTO CUARTO

Profundidad del amor divino.

1. La cuarta excelencia de la caridad de Dios es su profundidad, la cual se descubre, lo primero, en *las humillaciones profundas de Dios por amor de los hombres;* porque siendo el Verbo divino igual a su Eterno Padre, se apocó y menoscabó a Sí mismo. tomando forma de siervo, y se humilló, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; porque como la perfecta amistad desea igualdad con sus amigos, como Dios se vio tan alto, quiso abajarse y vestirse de la misma naturaleza que ellos, haciéndose a semejanza de los hombres y viviendo con ellos, hermanablemente como hombre, asemejándose en todas las cosas a sus

hermanos. Y además de esto, como la perfecta caridad, no solamente se muestra en hacer bien a su amigo, sino también *en padecer* por él *trabajos,* porque no hay mayor caridad que dar la vida por sus amigos, quiso la infinita caridad de Dios dar también estas muestras de amor, y como no podía padecer ni morir en su propia naturaleza divina, tomó la naturaleza humana, y en ella padeció gravísimos trabajos y desprecios y muerte cruel por sus amigos; y ¿qué digo por sus amigos?, la padeció por sus enemigos, para convertirlos en amigos, y por los que le aborrecían, para hacer que le amasen.

¡Oh abismo inmenso de la caridad de Dios! ¡Oh caridad alta y profunda, que levantaste al hombre a lo más alto de Dios y humillaste a Dios a lo más profundo del hombre! ¡Oh caridad paciente y benigna, que, no contenta con hacernos bien con grande benignidad, quisiste padecer mucho por nosotros con grande paciencia! ¡Oh Amado de mi alma, muestra conmigo esta caridad, dándome otra tal que me incline a humillarme hasta el profundo de mi nada, y me aliente a padecer hasta morir por tu gloria!

Esta misma ponderación puedo también hacer en el misterio de la Eucaristía, donde se descubre la profundidad de la caridad de Dios inventando medios de tan profunda humildad para honrar y regalar a los amigos que le aman con verdadera caridad.

2. También se descubre la profundidad de esta caridad de Dios *en el abismo de los secretos juicios* de su divina sabiduría, en razón de *hacer bien a sus amigos,* a los cuales *todas las cosas convierte en bien*; las tribulaciones, aflicciones, tentaciones y miserias, así propias como ajenas, y hasta los mismos defectos y faltas en que caen por flaqueza, se los convierte en bien, tomando de ellos ocasión para más arraigarlos y perfeccionarlos en el amor. De suerte que con profundidad incomprensible resplandece la caridad de Dios en todas las obras de justicia y venganza que hace en los malos para provecho de los buenos, y en los buenos para hacerlos mejores, inventando mii medios y caminos muy ocultos, nacidos del abismo de la eterna predestinación, para salvación de los predestinados.

3. *Estas son las cuatro excelencias de la infinita caridad de Dios,* las cuales podré conocer y sentir, no tanto con largas meditaciones, cuanto con intensos actos de caridad, echando hondas raíces en ella, siguiendo el aviso que nos da el Apóstol aquí, cuando dice: Fundaos y arraigaos en la caridad para que podáis conocer por experiencia las propiedades y excelencias de la infinita caridad de Dios, y por ella vengáis a comprender y abarcar una

caridad *larga en la duración,* que dure hasta la vida eterna; *ancha en la extensión,* que abrace todas las obras de amor y todas las personas que pueden ser amadas; *alta en la intención y* pretensión, que no se abaje a cosas terrenas, sino que suba con el deseo a las celestiales; y *profunda en la humillación,* sufriendo todos los trabajos y desprecios que os vinieren por ser fieles a vuestro Amado.

¡Oh Amado de mi corazón, dame una caridad semejante en estas cuatro cosas a la tuya, para que amándote con tal espíritu en esta vida, llegue a gozarte y amarte sin fin en la otra! Anión.

MEDITACIÓN 11

EL DESEO QUE DIOS NUESTRO SEÑOR TIENE DE SER AMADO DE LOS HOMBRES; DEL PRECEPTO QUE DE ESTO PONE, Y DE LAS AYUDAS Y PREMIOS QUE OFRECE

Aunque, según la sentencia de Santo Tomás, es más propio de la caridad amar que ser amada, con todo eso, la infinita caridad de Dios no se contenta con amarnos, sino *desea sumamente ser amada de nosotros,* no por su interés, sino por el nuestro; y por esta causa, como se ha dicho, nos gana por la mano en el amor para provocarnos a que le amemos, porque el amar es gran motivo para ser amado. Este deseo y la eficacia y grandeza de él se descubre en algunas cosas que pondremos en los puntos siguientes:

PUNTO PRIMERO

Dios nos manda que le amemos cuanto nos sea posible.

1. Lo primero, se ha de considerar cómo Dios nuestro Señor, deseando ser amado de los hombres, *les puso precepto de ello,* mandándoles que le amasen con todo su corazón, con toda su alma, mente, virtud y fuerzas; esto es, con toda la perfección que les fuese posible, no poniendo tasa en el amar, porque *el modo de amar a Dios es amarle sin modo ni tasa* alguna, y *tanto el amor es mejor cuanto es mayor.* De donde se sigue cuán infinito sea el amor de Dios para con nosotros, porque quien desea ser amado sin tasa y nos manda que no tengamos tasa en el amor, es

señal que no quiere tener tasa en amarnos y hacernos bien; porque Dios ama a los que le aman, y cuanto más le aman y los ama, tantos mayores bienes les da, porque todas las dádivas y dones celestiales proceden del amor que Dios nos tiene, y nos disponemos para recibirlas con el amor que le tenemos.

¡Oh Amador amabilísimo, pues tanto deseas que te ame sin tasa, dame lo que me mandas para que pueda cumplir lo que deseas! *Amete yo como me amas Tú, ámete como quieres ser amado,* y ámete como me mandas que te ame.,

De aquí he de sacar una *gran estima de este precepto del amor,* como la tuvo Cristo nuestro Señor llamándole el *primero* y *mayor* mandamiento, por muchas causas. *Es el primero en orden,* porque se pone por fundamento de todos, y es fundamento de la vida espiritual y raíz de toda la perfección, y por eso nos dijo el Apóstol que nos fundemos y arraiguemos en la caridad. Item, *es el primero de la dignidad,* porque manda el supremo acto de la virtud que hay en la vida cristiana, que es la caridad, la cual es mayor que la fe y que la esperanza y que todas las demás virtudes, las cuales sin ella están como muertas; y así, dice el Apóstol que si me falta la caridad, aunque tenga todas las virtudes y ciencias, soy nada. Item, *es el primero en el merecimiento*, porque la caridad es la primera causa de todos nuestros merecimientos delante de Dios, y sin ella ninguna obra merece algo, pues como dice San Pablo, aunque dé toda mi hacienda a los pobres y entregue mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, nada me aprovecha para merecer la vida eterna. *Es* también *el primero en la suavidad* y *dulzura,* porque de la caridad nace toda la suavidad del yugo de Dios y la ligereza de la carga de su ley, y por ella sus mandamientos no son pesados, y propio efecto suyo es el gozo en el Espíritu Santo. También *es el primero en la eficacia,* porque es causa de la observancia en los demás mandamientos, y por esta razón dijo Cristo nuestro Señor que de él dependía la ley y los profetas. Y el Apóstol dice que el cumplimiento de la ley es el amor. Finalmente, *es el primero en la intención,* porque, como dice San Pablo, es fin de los preceptos, y todos se ordenan a la caridad, y a ella ha de ir enderezada nuestra intención, y así, ha de acompañar todas nuestras buenas obras, haciéndolas en caridad para que su bondad sea perfecta.

2. Por estas y otras causas, he de cobrar una grande estima de este precepto tan encomendado de Cristo nuestro Señor, y alentarme al perfecto cumplimiento de él, lo cual consiste en dos cosas, conviene a saber: en

quitar de mí cualquier amor y cosa que contradiga o entibie la caridad. y en aplicarme a procurar el ejercicio de todas las cosas que la aumentan.

¡Oh Amador eterno!, ámete yo *con todo mi corazón,* mortificando en él todo mi amor propio para que quede sólo el amor tuyo; ámete *de toda mi voluntad,* negando todos sus quereres por cumplir lo que Tú quieres; ámete *con toda mi alma,* enfrenando las pasiones de mis apetitos para que se vayan tras Ti todos sus afectos; ámete *con toda mi mente,* negando mi juicio propio y cautivando mi entendimiento en servicio de tu fe y en cumplimiento de tu voluntad; ámete *con todas mis fuerzas,* mortificando mis sentidos y aplicando mis potencias a la guarda de tu ley; y pues tus mandamientos no son imposibles, dame fuerzas para amarte del modo que quieres ser amado, haciéndome fácil y suave con tu gracia lo que es imposible a mi flaca naturaleza.

Todo lo que se ha puesto en este coloquio es necesario para cumplir perfectamente este precepto; y a lo mismo ayuda lo que se dijo en la Introducción de estas Meditaciones y en la *Meditación 18.*

PUNTO SEGUNDO

Dios nos infunde la caridad con que le hemos de amar.

Lo segundo, se ha de considerar cómo Dios nuestro Señor, deseando ser amado de nosotros y habiéndonos puesto precepto de ello, *nos da fuerza* y *eficacia* para cumplirle *con un modo excelente* y *admirable.*

1. Porque, *lo primero,* este infinito Amador nuestro, con el deseo que tiene de trabar amistad con nosotros, y de que la amistad sea entera de ambas partes *nos infunde* y da liberalmente *la caridad con que le hemos de amar* y el mismo amor con que le amamos y nos ayuda para que le amemos con inspiraciones interiores, y con esto nos obliga a usar de esta caridad que derrama en nuestros corazones, obrando con ella y ejercitando varios actos de amor para aumentarla y cobrar siempre nuevas fuerzas para amar. Por esta causa dijo San Juan: «Amémonos unos a otros, porque la caridad con que nos amamos procede de Dios», y es razón usar de ella para amarle como quiere ser amado.

2. Pero más adelante pasa la infinita caridad de Dios, el cual, no contento con esto, *nos da la misma fuente de la caridad creada,* que es el *Espíritu Santo,* y es la caridad increada, y caridad viva, y amor vivo, para que asista dentro de nosotros, conservando nuestra caridad, avivándola,

enderezándola y solicitándola a que brote actos de amor; por lo cual dijo San Juan: «Conocemos y creemos la caridad que tiene Dios con nosotros; porque Dios es caridad, y quien está en caridad está en Dios, y Dios en él; y en esto conocemos que está en nosotros, y nosotros en Él, porque nos dio de su Espíritu Santo». De suerte que quien tiene la virtud de la caridad infusa en su alma, tiene la misma caridad viva e infinita, que es Dios, y está dentro de Dios, y Dios dentro de él, unidos los dos con amor; y no solamente *tiene al Espíritu Santo,* sino *al Padre* y *al Hijo,* según aquello que dijo Cristo nuestro Señor: «Si alguno me ama, será amado de mi Padre, y vendremos a él y en él moraremos», y por consiguiente, dentro del justo están las tres divinas Personas, que son la viva caridad, fuente y dechado de la que él debe tener, ayudándole para que guarde todas las leyes de la verdadera amistad, a semejanza del modo que Dios nuestro Señor las guarda.

¡Oh alteza inefable de la caridad de Dios! ¡Oh fuente de agua viva, que, estando en el corazón de tierra, le levantas hasta el tercer cielo y le juntas con la beatísima Trinidad! ¡Oh Trinidad beatísima, que no solamente amas a tus escogidos, sino quieres tomar para Ti el nombre de amor y llamarte caridad para que todos nos preciemos de ella! ¡Oh alma mía, alégrate y da saltos de placer porque tu Dios es caridad! Si Dios es caridad, ¿qué cosa hay mejor? Si quien está en caridad está en Dios, ¿qué cosa hay más segura? Y si Dios está en él, ¿qué cosa hay más alegre? Pues ¿qué amas si a tal caridad no amas? Y pues este Dios de amor quiere entrar dentro de ti y que tú entres dentro de Él para llenarte toda de caridad, entra tú también dentro de ti misma, y mira el dechado infinito de esta caridad que tienes dentro de ti, y ama a tu Dios trino y uno del modo que Él se ama, uniéndote con Él por caridad como sus divinas Personas están unidas por esencia, siendo todas tres una misma caridad. ¡Oh Dios mío, muestra conmigo tu caridad y dame tu santo amor! Ámete, Señor, fortaleza mía, refugio mío, consuelo mío, ámete como me amas y como quieres que te ame por todos los siglos. Amén.

Estas jaculatorias y otras tales se han de repetir a menudo para alcanzar en breve la caridad, unas veces pidiéndola y otras veces ejercitándola, porque no hay medios más eficaces para alcanzar el amor, que amar y orar al modo dicho.

PUNTO TERCERO

Dios premia al que le ama.

Lo tercero, se ha de considerar cómo la infinita caridad de Dios, con el deseo que tiene de ser amado de nosotros, aunque bastara mandarlo, y aun sin precepto, era muy debido el hacerlo, con todo esto *juntó con este precepto grandes premios corporales* y *espirituales, temporales* y *eternos,* para obligarnos más a que le amemos. Por lo cual, en el Deuteronomio, mandando a su pueblo que le amase, añade: «Para que todo te suceda bien». Como quien dice; No te pido que me ames por el bien que Yo espero, sino por el bien que tú recibirás en amarme. Y cuán gran bien sea éste, se puede ponderar en tres o cuatro cosas.

1. Porque, *lo primero, el premio de la vida eterna se da por el amor;* de modo que *a la medida de la caridad se nos dará la gloria.* Y aunque uno haya hecho obras de suyo muy gloriosas, y convertido muchas almas, y padecido grandes trabajos, *si no llega a tener tanta caridad como otro* que no ha hecho tales cosas por no poder hacerlas, *no tendrá tanta gloria como él.* Y así, dice Cristo nuestro Señor: «Si alguno me ama Yo le amaré y manifestaré a Mí mismo». Como quien dice: «Por el amor le daré la bienaventuranza, que es la clara vista de mi divinidad, y cuanto más me amare, tanto mas me vera y se gozará de Mí, y tendrá más alto trono en el reino de mi Padre.

2. *Lo segundo,* los dones y favores celestiales que son premio *de esta vida,* también se da *a la medida del amor que dispone para recibirlos;* y así, dice la divina Sabiduría: «Yo ando en medio de los caminos de la justicia y de las sendas del juicio, para enriquecer a los que me aman y llenar cumplidamente sus tesoros».

¡Oh sabiduría eterna, que muestras tu justicia y rectitud en premiar y favorecer a los que te aman!, ayúdame a caminar por los caminos de la justicia y por las sendas de la perfección, amándote con todas mis fuerzas para que sea digno de que me enriquezcas con tus riquezas celestiales y llenes mis deseos con los tesoros de tus bienes sempiternos.

Además de esto, continuamente este amantísimo *Dios, en lugar de hechizos, nos previene con* innumerables *beneficios, para que le amemos,* trayéndonos a su amor y servicio con cuerdas de Adán y con cadenas de caridad, cebando el fuego del amor con leña de dádivas/y soplando con el soplo de sus inspiraciones; porque su venida al mundo fue a traer este

fuego, y su deseo es que siempre arda para tener también serafines en la tierra, como los tiene en el cielo.

¡Oh serafines celestiales, que estáis ardiendo en fuego de amor, suplicad a vuestro Dios que me abrase con este fuego, atizándole de manera que siempre arda en esta vida, hasta que me junte con vosotros en la eterna! Amén.

3. *Finalmente,* para que por todos caminos quedemos presos y atados a su amor, *nos amenaza con terribles castigos si quebrantamos el precepto de amarle;* porque faltando el amor, falta la vida de la gracia y faltará la eterna de la gloria, y en su lugar entra la muerte y el infierno. Y por esto dijo San Juan: «El que no ama, permanece en la muerte» del alma: y permanecerá para siempre en la muerte eterna. Y San Pablo dice: «Si alguno no ama a nuestro Señor Jesucristo, sea maldito y descomulgado», y en el día del Juicio sea apartado de los buenos que le aman y echado en los fuegos eternos, que han de abrasar a los que le aborrecen. *De todo esto* he de sacar *la obligación que tengo de amar a Dios* nuestro Señor, principalmente *por Sí mismo,* por su bondad infinita y por el amor que me tiene, tomando esto, como dice Santo Tomás, por motivo propio de mi amor; el cual, como dice San Bernardo, cuando es puro, aunque no es jornalero, no carece de jornal, antes tanto mayor precio alcanza, cuanto memos le pretende; pero, sin embargo de esto, para conservarle *y* aumentarle, puedo aprovecharme de las tres cosas que hemos aquí puesto, conviene a saber: de los premios que espero, de los bienes que recibo y de los castigos que temo, haciendo de estas tres cosas una cuerda de tres dobleces con que atarme más fuertemente con el amor, para que mis tres enemigos, mundo, carne y demonio, no prevalezcan contra mí, ni me puedan apartar de la caridad de Cristo.

¡Oh Cristo amantísimo y amabilísimo, bendito sea y será cualquiera que te ama, y maldito es y será cualquiera que te aborrece! ¿Quién no te amará, Dios mío, pues tantas bendiciones derramas sobre quien te ama?, y ¿quién te aborrecerá, pues tantas maldiciones llueven sobre quien te aborrece? ¡Oh alma mía, levanta las alas de tu corazón sobre todo lo creado y sobre ti misma, traspasa todo lo que es premio y pena o interés tuyo, y vuela con ligereza a lo íntimo y supremo de tu soberano Creador; ámale por ser quien es y por su infinita bondad y caridad; ámale porque te ama y porque desea ser amado de ti; dale gusto en lo que te pide, pues lo pide para tu bien; alábale y glorifícale, porque te manda que le ames y te da fuerzas para cumplir lo que se dignó mandar! ¡Oh Amado mío!, ¿qué te va en que yo te ame?, ¿o qué te importa tener amistad conmigo? A mí me

importa, Señor, y no a Ti; mas tu infinita caridad lo solicita, como si te importara a Ti tanto como a mí. ¡Oh, quién pudiese imitar en esto tu amor, olvidándose totalmente de sí por amarte a Ti sólo, único y sumo bien mío, a quien sea honra y gloria y continua alabanza por todos los siglos! Amén.

MEDITACIÓN 12

DE LA INFINITA MISERICORDIA DE DIOS

PUNTO PRIMERO

La divina misericordia comparada con la justicia.

Lo primero, se ha de considerar *la excelencia de la divina misericordia comparada con su justicia,* presuponiendo que estos dos atributos resplandecen en todos los dones que recibimos de Dios; *la justicia,* en que los distribuye y reparte conforme al orden de su infinita sabiduría y a lo que pide la naturaleza de cada cosa o los méritos de cada persona. *La misericordia,* en que con ellos nos libra de los defectos y miserias que padecemos, o por la imperfección de nuestra naturaleza, o por la culpa de nuestra libre voluntad; lo cual hace en dos maneras: o atajando la miseria antes que venga, o librándonos de ella después de haber venido; pero la justicia de Dios tiene su propia obra, que es castigar a los que no se aprovechan de su misericordia.

Presupuesto esto, tengo de considerar que aunque *las divinas perfecciones, según que están en Dios, todas son iguales,* pero *en orden a los efectos* en que resplandecen, *una se muestra mayor que otra,* Y en esto se señala grandemente *la misericordia,* y de sus obras se precia Dios más que de las obras de justicia, y así, dijo el apóstol Santiago: «La misericordia ensalza el juicio y sube sobre la justicia». Lo cual se puede considerar ponderando cómo *la misericordia precede, acompaña* y *sigue a la justicia* en todas sus obras.

1. *Lo primero, precede* siempre *la misericordia,* porque *todas las obras de justicia presuponen alguna obra de misericordia* en que se fundan, y antes de castigar Dios con justicia a los pecadores, les ha hecho infinitas misericordias y les ha perdonado muchas veces y les ha avisado que se enmienden y que huyan de su justicia. De aquí es que la

misericordia y el perdón nacen *de sólo Dios*, el cual, por sola su infinita bondad quiere librarnos de nuestras miserias; mas la justicia, en el castigo, no procede de sólo Dios, sino también *de nuestros pecados,* que le provocan a ello, porque de su inclinación, antes quisiera que no hubiera ocasión de ejercitar su justicia punitiva. Y por esto dijo su profeta Ezequiel, que no era de su voluntad la muerte del malo, sino que se convierta *y* viva. Y también el Sabio dice que Dios no hizo la muerte, sino los malos con sus manos la trajeron al mundo.

¡Oh Dios misericordiosísimo, pues no es tu gusto castigar, antes gimes cuando castigas y te alegras cuando premias, anticipa con tu misericordia el remedio de nuestras culpas, porque no fuercen tu justicia a castigarlas!

2. *Lo segundo,* también *lo. misericordia acompaña las obras de justicia,* las cuales nunca andan a solas, porque en medio de ellas usa Dios con los castigados, de muchas misericordias, según aquello de David: «¿Por ventura se olvidará Dios de tener misericordia, o detendrá sus misericordias con su ira?» Como quien dice: Por muy airado que esté no se olvidará de su misericordia, sino mezclará su ira con ella. Y por lo mismo dijo Hababuc, profeta: «Cuando estuvieres enojado, en medio de tu ira te acordarás de tu misericordia»; lo cual hace *dando avisos* a sus enemigos para que huyan de su castigo, y *convidándolos con el perdón* y *moderando* mucho *la pena* que merecían por su culpa. Y hasta en el mismo infierno resplandece la misericordia divina, porque, como dice Santo Tomás, castiga a los condenados *menos* de lo que pudiera castigarlos conforme al mucho castigo que merecía la gravedad de sus pecados.

3. *De aquí es que la misericordia es como fin de la justicia,* cuyos castigos se ordenan para que el castigado se enmiende y se haga capaz de la misericordia de Dios; y si él no quiere, a lo menos otros, por ocasión de su castigo, acudan a la divina misericordia, y ésta campee y resplandezca más en los buenos, puesta cabe la justicia que se ejecuta en los malos. Y por esta causa dice San Pablo que Dios con mucha paciencia sufrió los vasos de ira, que son los reprobados, para descubrir las riquezas de su gloria en los vasos de misericordia, que son los escogidos, en los cuales se manifiesta la grandeza de la misericordia de Dios, que les libró de la miseria en que están los reprobados.

4. *Finalmente,* muy más excelentes obras ha hecho Dios para *perdonar con misericordia* que para *castigar con justicia,* como luego veremos. Y por esto dice David: «Las misericordias de Dios son sobre todas sus obras».

5. De todas estas consideraciones sacaré grandes afectos de gozo, de confianza y amor; pues por lo dicho consta que, aunque *tenemos muy grandes motivos para temer la justicia de Dios,* pero *mayores los tenemos para esperar en su misericordia;* y aunque tengo de abrazarlas ambas, porque ni la justicia sola me ponga tanto miedo que desmaye, ni la misericordia sola tanta confianza que presuma, pero más me arrimaré a la misericordia; y en todas mis miserias y caídas *puedo apelar,* como dice Santo Tomás. *del tribunal de la justicia al de la misericordia*, como de tribunal menor a otro que en alguna manera es mayor, al modo dicho, y acudir, como dice San Pablo, con grande confianza al trono de su gracia, para que alcancemos misericordia y hallemos gracia, con ayuda para obrar en el tiempo diputado para ello.

¡Oh Dios eterno, me gozo de que juntamente seas justo y misericordioso: justo, porque amas la justicia, y tu rostro siempre mira la equidad; misericordioso, porque te compadeces de los injustos, perdonándoles sus injusticias para que abracen la bondad! Pero más largo eres en la misericordia que en la justicia, porque visitas los pecados de los padres en los hijos que les imitan, hasta la cuarta generación, pero tienes misericordia de los que te aman, no por cuatro, sino por mil generaciones. Yo, Señor, venero tu justicia y me sujeto a tu justa corrección, pero deseo que prevalezca en mí tu misericordia haciéndome vaso e instrumento de ella para que seas en mí glorificado y yo cante tus misericordias en compañía de tus escogidos por todos los siglos. Amén,

PUNTO SEGUNDO

Grandeza y extensión de la misericordia de Dios.

1. Lo segundo, se ha de considerar *la grandeza* y *extensión de la misericordia de Dios para con todas las creaturas* y para todas sus miserias, la cual es infinita porque se funda en su omnipotencia, como dijo el Sabio: «Tienes misericordia de todos, por que todo lo puedes».

¡Oh alma mía, gózate de que tu Dios sea tan poderoso como misericordioso, y que su omnipotencia pueda remediar cualquier miseria de quien se compadeciere su misericordia! ¡Oh misericordia omnipotente y omnipotencia infinitamente misericordiosa, cuán bien hermanadas estáis para nuestro remedio, dando la una el querer y la otra el poder, y ambas nuestra perfección! Si la misericordia estuviera en la omnipotencia, ¿cómo pudiera darme remedio? Y si la omnipotencia estuviera sin la misericordia,

¿cómo tuviera voluntad de dármele? Por tanto, ¡oh alma mía, mira que, como dijo David, una vez habla Dios y dos son las cosas que dice: que es suya la potestad, y a Él conviene la misericordia. ¡Oh Dios de mi alma, háblame dentro de mi corazón con gran firmeza y eficacia estas dos cosas; descúbreme con tu luz soberana la junta de tu misericordia con tu omnipotencia, para que te sirva con alegría, fiado de tu omnipotente misericordia!

2. De aquí puedo discurrir por la grandeza y muchedumbre de la misericordia de Dios, ponderando algunas cosas. *Lo primero, que la tierra está llena,* como dice David, *de la misericordia de Dios*; porque todas las creaturas que viven en ella están sujetas a alguna miseria, por defecto de su naturaleza o por malicia de su voluntad, y Dios sólo es el que puede acudir y acude a su remedio, y así puedo mirar la redondez de la tierra como un Vaso capacísimo lleno todo de las misericordias de Dios. Y todo cuanto en ella viere me puede ser motivo de alabar su misericordia. De aquí es que su misericordia es tanta, que se extiende a las bestias y brutos animales; por lo cual dijo David: «Tú, Señor, salvarás a los hombres y a los jumentos, según que multiplicaste tu misericordia»; como quien dice: ¡Oh -Señor, cuanto has multiplicado tu misericordia; pues no solamente das vida, salud y remedio de sus necesidades a los hombres, sino también a los jumentos!

Gracias te doy por la misericordia que les haces sin ellos conocerla, y pues te compadeces de los hijuelos de los cuervos, dándoles comida cuando su necesidad clama por ella, mucho mejor te compadecerás de los hijos de los hombres, por cuyo bien creaste las bestias.

Donde puedo ponderar *lo que dijo Dios a, Jonás:* «¿Tú te entristeces porque se secó la yedra que no hiciste, y no quieres que perdone Yo a la ciudad de Nínive, en la cual hay más de ciento veinte mil niños que no saben discernir entre la mano derecha y la izquierda, y entre lo bueno y malo, y además de esto, hay muchos jumentos y bestias?». Como quien dice: ¿Te pesa a ti de que se destruya la creatura que no hiciste, y quieres que destruya las creaturas que Yo hice? ¿Tú te dueles por la pérdida de una yedra que dentro de una noche nació y pereció, y no me doleré Yo de que se pierdan tantas vidas que por mi misericordia han durado tantos años?

3. *Te alabe, Dios mío, tu infinita misericordia,* pues incomparablemente es mayor que todas las vidas; ella es la que da vida a todos los que viven, y sin ella no hay vida ni medio para conservarla; vengan. Señor, sobre mí tus misericordias, y viviré, y por ellas glorificaré tu nombre para siempre. Amén.

De aquí he de sacar una *grande confianza en la misericordia de Dios,* que se compadecerá de todas mis miserias, ponderando que no pueden ser tantas en número o en gravedad, sean enfermedades de cuerpo o aflicciones del alma, o cualesquier penalidades y persecuciones, de las cuales la misericordia de Dios no pueda y quiera librarme, cuanto es de su parte, cuando me conviniere; porque como no tienen número las miserias, tampoco le tienen sus misericordias.

PUNTO TERCERO

Misericordia de Dios con los pecadores.

Lo tercero, se ha de considerar en particular la infinita misericordia de Dios *para con los pecadores.* De la cual dijo el Sabio: «Tienes misericordia de todos, porque puedes todas las cosas, disimulas los pecados de los hombres, esperándoles a penitencia, y perdonas a todos porque Tú, Señor, que amas las almas, tienes por tuyas todas las cosas». De donde sacaremos las propiedades de la infinita misericordia de Dios.

1. La primera, que se extiende *a todos los hombres,* de cualquier estado y condición que sean, sin excluir a ninguno. Pues por esto dice: *tienes misericordia de todos,* grandes y pequeños, nobles y pecheros, libres y esclavos, sin que esta regla universal tenga alguna excepción, para lo cual da *dos razones: La primera,* porque todos los pecadores son hechura de Dios y obra de su omnipotencia; con la cual, como está dicho, se acompaña su misericordia. La *segunda,* porque Dios ama las almas y del amor nace la compasión de las miserias que padece la cosa que es amada. De estos dos títulos he de usar a menudo, así *para confiar* en la divina misericordia, como *para pedir* a Dios use de ella conmigo.

¡Oh alma mía, si te amilana la culpa que tú hiciste por tu voluntad, te anime a confianza la obra que Dios hizo por su omnipotencia! Si tú quieres borrar con la penitencia lo malo que tú hiciste, certísimamente reparará Dios con su misericordia lo bueno que Él hizo, porque no faltará la. misericordia a la obra que salió de su omnipotencia. ¡Oh Amador de las almas, pues amas la mía porque la hiciste, porque si la aborrecieras nunca la hicieras, perdona la culpa que yo hice para que no quede en mí cosa que Tú aborrezcas; mira que la que amas está llena de miseria; muestra con ella tu copiosa misericordia!

2. La segunda propiedad de la infinita misericordia de Dios es que se extiende *a todos los pecados,* por muchos y grandes que sean; porque ningún pecado puede ser *tan grande* que no sea *infinitamente mayor* la misericordia de Dios para perdonarle, ni pueden ser tan innumerables que no sean incomparablemente más innumerables sus misericordias. Y así, de estas dos cosas juntas puedo hacer título para pedir perdón de mis pecados, diciendo a Dios con David: «Compadécete, Señor, de mí, según tu grande misericordia, y según la muchedumbre de tus misericordias borra luego mis maldades».

¡Oh Dios misericordiosísimo, anticípense con presteza tus misericordias, porque son muchas y muy grandes nuestras miserias!

3. De aquí procede la tercera propiedad de la misericordia de Dios, que es *esperar a los pecadores para que hagan penitencia* y convidarlos con el perdón, concediéndosele, cuando se le piden, con gran facilidad, y olvidándose de sus pecados como si no los hubieran cometido. Esto es decir el Sabio, que *disimula* Dios los pecados de los hombres por la penitencia, porque se hace del que no lo sabe cuanto al castigo, esperando a que se arrepientan de ellos, y en arrepintiéndose, los disimula como si no supiera que los habían hecho, *echándolos,* como dice un profeta, *en el profundo del mar*, donde nunca más parezcan, y apartándolos de nosotros, como dice David, cuanto dista el Oriente del Occidente; porque como no es posible juntarse estos dos extremos, así la culpa que Dios una vez perdona con su misericordia, no volverá a juntarse con quien recibió perdón de ella. Y lo que echa el sello es que *no ha puesto tasa en las veces que ha de perdonar,* sino que después de haber perdonado una vez muchos y graves pecados, torna segunda vez a perdonar otros tantos y mucho mayores, y lo mismo hace tercera vez. Y no solamente siete veces, sino setenta veces siete, que es decir sin número; y todo esto hace la divina misericordia, no para que tomemos ocasión de ofenderla más, libremente, sino para provocarnos, como dice San Pablo, a penitencia de la culpa si cayéremos en ella, no desesperando de alcanzar perdón todas las veces que le pidiéremos de corazón.

¡Oh Dios misericordiosísimo!, ¿qué gracias y alabanzas te podremos dar por tu infinita misericordia? Menor soy que todas tus misericordias; ¿cómo te podré dar debidas gracias por ellas? Ellas mismas te alaben y bendigan para siempre, y así, con David, repetiré muy a menudo aquel dulce cántico: «Alaben al Señor sus misericordias y las maravillas que hace con los hijos de los hombres».

Para engrandecer este punto de la divina misericordia, *aprovecharán las parábolas del Hijo pródigo* y *otras,* cuyas Meditaciones están en la Tercera parte, sacando de todas estas consideraciones una gran determinación de *imitar la misericordia de Dios,* en ser misericordioso con mis prójimos como Dios lo es conmigo, porque ésta es otra propiedad de la divina misericordia: ser notablemente compasiva de cualquiera que la imita. Y por esto dijo Cristo nuestro Señor que eran bienaventurados los misericordiosos, porque alcanzarán de Dios misericordia.

PUNTO CUARTO

Misericordia de Dios para con los escogidos.

Lo cuarto, se ha de considerar la infinita misericordia de Dios *para con los justos* que le aman y sirven, y con los que tiene *escogidos,* para que sean, como dice San Pablo, *vasos de misericordia*; esto es, instrumentos para descubrir el abismo de sus misericordias y todas las excelencias que tiene esta perfección, de que tanto se precia.

1. Lo primero, la misericordia con estos escogidos *es eterna,* sin principio y sin fin; desde que Dios es Dios tuvo misericordia de ellos, y mientras fuere Dios durará esta misericordia; por lo cual dijo David: «La misericordia del Señor con los que le temen, es desde la eternidad por toda la eternidad»; así como dijimos arriba, que su amor era eterno, porque desde su eternidad los predestinó Dios y se determinó librarles de todas sus miserias, y muy especialmente de la suprema miseria que es la eterna condenación, dándoles la suprema dicha, que es la bienaventuranza eterna; y, cuanto es de su parte, su misericordia tuvo el mismo deseo para todos los hombres. De suerte que antes que yo fuese, tuvo Dios misericordia de mí, y viendo las miserias en que había de caer, se determinó a librarme de ellas, si yo quisiese obedecerle con ánimo de perseverar en esta misericordia para siempre. De donde sacaré un afecto encendidísimo de alabar y glorificar a Dios por esta su eterna misericordia, haciendo un cántico de alabanza, como el de David, en que repite a cada verso esta palabra: *Quoniam in aeternum misericordia eius*. Alabad al Señor, porque es bueno, porque dura para siempre su misericordia. Alabad al Dios de los dioses y al Señor de los señores, porque dura para siempre su misericordia. Alabad al que con su omnipotencia hace cosas maravillosas, porque dura para siempre su misericordia, etc.

¡Oh alma mía, alaba, glorifica y bendice a tu Dios, porque es sumamente bueno y porque no tuvo principio ni tendrá fin su misericordia! Gózate con suma alegría, porque Dios es bueno y porque su misericordia con los que le. sirven será eterna. ¡Oh Dios eterno, por toda la eternidad guardaré tus mandamientos, pues tu misericordia es para mí eterna, por todos los siglos! Amén.

2. Lo segundo, la misericordia de Dios, desde que el escogido comienza a ser, *la va previniendo acompañando* y *siguiendo hasta la muerte;* la misericordia de Dios, que le predestinó en su eternidad, le va después llamando para justificarle, y le justificará para engrandecerle y glorificarle, y así, dijo por Jeremías: «Con caridad perpetua te amé, y por esto te atraje a Mí, teniendo misericordia de ti». Si estoy muerto en la culpa, la misericordia de Dios se anticipa a llamarme para que resucite a nueva vida; si estoy durmiendo en tibieza, la misericordia de Dios viene a despertarme para que salga de ella; si tengo de obrar algo que sea agradable a Dios, su misericordia me previene e inspira a ello, y si tengo de durar en el bien que comienzo, su misericordia me ha de acompañar y seguir todos los días de mi vida; por ella tengo de vencer las tentaciones y alcanzar la victoria postrera y la vida eterna.

Bendice, ¡oh alma mía!, al Señor y todas las cosas que están dentro de mí glorifiquen su santo nombre, porque Él perdona tus pecados y cura tus enfermedades, libra de la perdición tu vida y te corona con misericordia y misericordias; su misericordia es tu corona, porque con ella alcanzas la victoria, y te corona en esta vida con buenas obras, y en la otra con grandes premios.

3. De aquí es, lo tercero, que la misericordia de Dios es altísima con los escogidos, *levantándolos a los más altos bienes que Dios tiene,* que son los de la gloria. Y por esto con mucha razón dice David que la misericordia de Dios es grande en el cielo y sobre los cielos, porque allí se despliega con los escogidos; y aun en esta vida es también altísima, porque acá los engrandece con soberanos bienes de su gracia y protección. Y por esto dice David que, según la alteza del cielo sobre la tierra, así ha fortificado Dios su inmensa misericordia sobre los que le temen; y como el cielo durará para siempre, cubriendo la tierra, así su misericordia durará amparando a los que le aman; y cuanto el cielo es más alto que la tierra, tanto su misericordia es mayor que nuestra miseria; porque como el padre se compadece de sus hijos, así el Señor tiene misericordia de los que le temen, porque conoce la masa de nuestra naturaleza y suple las faltas de nuestra gran flaqueza con la grandeza de su misericordia.

¡Oh Dios mío y gloria mía!, ¿qué diré de tu misericordia? ¿Cómo te alabaré por ella y cómo podré ser vaso e instrumento de ella? Tu misericordia se compadeció de mí antes que fuese; ella me creó para que fuese, ella me previene para que obre, y me acompaña cuando obro, y me va siguiendo hasta que acabe de obrar; ella me cerca de bendiciones, y me corona de grandes victorias, y me da grande confianza de alcanzar las eternas. *¡Oh Dios mío, misericordia mía!* Tú eres la misma misericordia y la misericordia es tuya, porque de tu naturaleza tienes ser misericordioso; pero también es mía, porque la misericordia no es para Ti, que careces de miserias, sino para mí, que estoy lleno de ellas, y Tú sólo puedes remediarlas. ¡Oh misericordia mía, júntame contigo en tu eterna gloria, donde siempre seas mía, gozando de tu bienaventuranza, libre de toda miseria por todos los siglos! Amén.

PUNTO QUINTO

Cómo mostró Dios a los hombres su misericordia.

Lo último, se han de considerar las muestras que hizo Dios de su infinita misericordia con los hombres, descubriéndola con un modo el mayor que era posible, en el cual se encierran infinitos modos de misericordia.

1. Porque, *primeramente,* la misericordia en nosotros tiene *dos actos*; *uno es* entristecerse del mal de su prójimo; *el otro es* librarle de aquel mal; y como Dios, en cuanto Dios, no fuese capaz del primer acto, porque no cabe en Él tristeza, quiso su infinita misericordia que no le faltase este acto del modo que era posible, *haciéndose hombre verdadero,* de tal manera, que pudiese *entristecerse* de nuestras miserias, y tener verdadera compasión y tristeza de ellas como si fueran propias, asemejándose, como dice San Pablo, a sus hermanos en todas las cosas para que *se hiciese misericordioso* con un nuevo modo, tomando *la compasión* y *tristeza que antes no tenía;* de lo cual son testigos las lágrimas que derramaba viendo nuestras miserias, con deseo de librarnos de ellas.

Gracias te doy, ¡oh misericordioso Dios!, por este nuevo modo que has tomado de ser misericordioso con el hombre. ¡Oh alegría infinita!, ¿para qué te quieres hacer capaz de tristeza, pues puedes bastantemente remediar mi miseria sin tener tristeza de ella? Alabada sea tu misericordia por estas invenciones que de ella han procedido, por la cual te suplico me ayudes a imitarla en esta vida, para que sea digno de alcanzarla en la otra.

2. Pero más adelante pasó la misericordia de Dios, pues no contento con haber tomado *esta tristeza* y *compasión* interior, tomó también *todas nuestras miserias* y *penalidades, hasta la misma muerte,* excepto la culpa, para que con esta experiencia aprendiese con nuevo modo a tener misericordia; por lo cual, dijo San Pablo: «No tenemos pontífice que no se pueda compadecer de nuestras enfermedades, porque fue tentado en todas las cosas a semejanza nuestra, sin pecado»; que es decir: el pontífice que tenemos no será riguroso con sola justicia, sino muy compasivo con grande misericordia, porque ha pasado por la experiencia de los trabajos y tentaciones que padecemos los hombres, aunque siempre sin pecado; y en lo que él padeció aprendió a compadecerse y a tener misericordia de lo que padecemos nosotros.

¡Oh Pontífice misericordiosísimo, aunque no tuviste experiencia de las miserias que son culpas, la tuviste de las penas que se merecen por ellas; y pues las padeciste por librarme de unas y otras, líbrame de las culpas para que no caiga en las penas eternas!

3. Mas no paró aquí la infinita misericordia de Dios, porque *inventó otro nuevo modo* de ejercitar *las obras de misericordia* con nosotros *en el Santísimo Sacramento del altar,* haciéndose comida para los hambrientos, bebida para los sedientos, medicina para los enfermos, precio para redimir los cautivos, sacrificio para perdonar los pecados, remediador y remedio de todas nuestras necesidades. Y así, no sin misterio atribuye David esta obra a la misericordia de Dios, diciendo: «Un memorial ha hecho de todas sus maravillas el Señor misericordioso y que hace misericordias, dándose por manjar a los que le temen».

¡Oh Dios misericordiosísimo, ahora puedo con nuevo título llamarte misericordia mía, pues no solamente eres misericordioso remediando mi necesidad, sino eres el mismo remedio de ella y la misma misericordia con que se remedia! Te alaben, Señor, tus misericordias y las maravillas que has hecho con los hijos de los hombres, porque hartaste al alma vacía, y llenaste de bienes a la hambrienta.

3. *De estas consideraciones* sacaré cuán innumerables son las misericordias de Dios y cuán inmensas, pues en cada cosa de éstas hay tantas, que no se pueden comprender; pero de todas he de sacar *grandes deseos de imitarlas* en bien de mis prójimos, pues Cristo nuestro Señor dijo: «Sed misericordiosos como lo es vuestro Padre celestial», el cual es benigno aun con los ingratos y malos; y así, mirando el dechado de la divina misericordia que hemos puesto en estos cinco puntos, iré sacando para mí otra misericordia semejante, deseando topar ocasiones en que

ejercitarla, diciendo lo que a otro propósito dijo David; «¿Hay alguno de la casa de Saúl, para que haga con él misericordia de Dios?» Esto es, una misericordia altísima, semejante a la de Dios, la cual se extiende a amigos y enemigos, y a todos concede altísimos y soberanos bienes para librarnos del abismo de sus males.

¡Oh Dios eterno, cuyo nombre muy propio es *Padre de misericordias*, muestra con nosotros tu misericordia, haciéndonos semejantes a Ti en ella, para que, imitándote como hijos en la tierra, alcancemos tu eterna herencia en el cielo! Amén.

MEDITACIÓN 13

DE LA INFINITA LIBERALIDAD DE DIOS CON LOS HOMBRES

PUNTO PRIMERO

En que se manifiesta la liberalidad de Dios.

1. Lo primero, se ha de considerar cómo la liberalidad infinita de Dios consiste en dar *innumerables* y *excelentísimos dones* a sus creaturas, *sin debérselos, ni esperar de ellas alguna paga o propio interés*. Por lo cual dijo el apóstol Santiago, que Dios da a todos abundantemente, sin zaherir por ello. De suerte que la liberalidad de nuestro Dios resplandece en damos las dádivas que proceden de su bondad y caridad, con las cuales frisa mucho este atributo. Y, por consiguiente, se muestra en cinco cosas: *a) La primera,* en dar *innumerables dones de naturaleza* y *gracia,* conforme a la capacidad de sus creaturas, *b) La segunda,* en dar *dones de infinita excelencia,* pues llega a *darse a Sí mismo,* al modo que se ha dicho, en los misterios de la Encarnación. Pasión y Eucaristía y venida del Espíritu Santo, *c) La tercera.* en que da *a todos, sin excepción de personas,* a buenos y malos, a los ingratos y escasos y a sus mismos enemigos, *d) La cuarta,* en que da *sin deber nada* solo por ser *bueno* y *amigo de dar;* porque si la liberalidad no comenzara por Él, no hubiera otro que pudiera ser liberal. Y por esto dijo a Job: «¿Quién me dio algo para que se lo pague?». Y su Apóstol dice: «¿Quién dio algo primero a Dios con que le obligue a darle paga?». *e) La quinta,* en que da *sin espera ni pretender de las creaturas paga e interés propio* para su provecho, porque no tiene necesidad de ellas ni de sus bienes*, y* si pide agradecimien-

to y obediencia a sus leyes, es porque *la liberalidad no es contraria a la justicia,* y como es legislador supremo y justísimo, pone preceptos de lo que estamos obligados a hacer de nuestra parte. Y en esto mismo muestra su liberalidad, porque todo lo que nos manda y pide, es para tener ocasión de *darnos más,* premiando nuestros servicios con nuevos dones. Por donde a boca llena podemos decir que sólo Dios es liberal, y que no hay otro liberal sino Dios, al modo que decimos que no hay otro bueno sino Él, y nuestra liberalidad, comparada con la suya, no es liberalidad, porque, como dice la Escritura, no le podemos dar sino lo que de Él mismo recibimos, y lo que le damos, por mil títulos se lo debemos.

¡Oh Dios liberalísimo, gracias te doy por todas las obras de tu infinita liberalidad, en la cual descubres tu infinita bienaventuranza! Pues como Tú dijiste: «Mayor bienaventuranza es dar que recibir», concédeme, Señor, que sea liberal en darte lo que de Ti recibo, para que goce de tu bienaventuranza por todos los siglos. Amén.

2. *De aquí he de sacar* un gran deseo de ser liberal del modo que pudiere con Dios nuestro Señor, dándole todas las cosas que desea de mí y las que me pide, o por sus preceptos grandes y pequeños, o por los consejos evangélicos y reglas de mi estado religioso, y por los superiores de la Iglesia y de mi religión, y de cualquier otro que me pueda mandar algo, o por sus secretas inspiraciones, o, finalmente, por boca de los pobres y de mis prójimos, puestos en alguna necesidad corporal o espiritual que yo pueda remediar. Todo lo cual he de dárselo, no con tristeza y por fuerza, *como los villanos* que pagan el tributo y pecho a más no poder, y por miedo de la ejecución y castigo, sino con alegría y muy de grado, *como nobles* que hidalgamente dan lo que deben, y más de lo que deben de justicia, para mostrar su largueza. Porque a los que dan con alegría, ama Dios, y de éstos gusta. Y, finalmente, lo que diere a Dios o a los pobres, *no* ha de ser *principalmente por la paga* o interés que espero, *sino por sólo amor* y por imitar del modo que puedo la infinita bondad y liberalidad de mi Creador, dándole la cosa que Él más desea, que es mi corazón.

¡Oh Padre amantísimo y liberalísimo, tuyo es mi corazón, pues me lo diste: tómale, pues me le pides, y porque yo no le puedo dar con la liberalidad y perfección que deseo, suple Tú mi falta para que te le dé como deseas! *¡Oh Padre mío, toma para Ti mi corazón,* que mejor y más seguro estará en Ti que en mí! Desde hoy más, te ofrezco mis deseos y aficiones, mis obras y todas mis cosas; toda la fruta de este árbol quiero que sea para Ti, Amado mío; liberalmente te la doy para que la comas,

porque mayor merced me haces en quererla recibir, que yo servicio en dártela.

PUNTO SEGUNDO

Liberalidad de Dios con los que son liberales con Él.

Lo segundo, se ha de considerar la infinita liberalidad que muestra Dios nuestro Señor con los que son de esta manera liberales con Él; porque si tan liberal es con los escasos, ¿cuánto más liberal será con los liberales? Pues Él ha dicho: «Con la medida que midiereis, seréis medidos». Y cuanto más liberales fuereis conmigo, tanto más lo seré Yo con vosotros. *Esta, liberalidad resplandece* en las cosas siguientes;

1. Lo primero, *en oír con gran presteza todas sus oraciones* y peticiones, concediéndoselas en la forma y coyuntura que más le conviene; porque cuanto más presto con obediencia damos a Dios lo que nos pide, tanto más presto nos da lo que le pedimos.

2. Item, si nos descuidamos u olvidamos de pedirle lo que nos conviene, *nos inspira* y solicita *a que se lo pidamos,* por el deseo que tiene de dárnoslo. Y así, es oficio del Espíritu Santo inspirar la oración para dar muestras de su largueza.

3. Lo tercero, campea mucho más esta liberalidad en darles las cosas que han menester, *sin que se las pidan,* previniendo su oración y su deseo con el don de lo que hubieran de pedir y desear. Porque la necesidad del que es liberal con Dios, aunque él calle, clama por él y solicita a la divina liberalidad para que la remedie, y por esto dice que antes que le llamen los oirá.

4. Lo cuarto, se muestra liberal en darles *abundancia de consuelos espirituales* tan aventajados, que exceden cien veces a todo lo que ellos le dan. Y esta liberalidad experimentan más los religiosos, los cuales, como son liberales en dejar por Cristo nuestro Señor todas sus cosas y darlas a los pobres, así lo es Cristo con ellos, dándoles el cien doblado de lo que dejan. Y proporcionalmente la experimenta cualquiera que con ánimo generoso ofrece a Dios lo que le da gusto.

5. Finalmente, son *innumerables los dones* y *gracias* que la divina liberalidad les reparte, tomándolos debajo de su protección y providencia, cuyos efectos experimentan, porque los ayuda en sus tentaciones, líbrales de sus peligros, tómalos por instrumentos de grandes obras, aumenta sus

virtudes y merecimientos, y después los premia con muy copiosos galardones, cumpliendo la palabra que dio cuando dijo: «Dad y os darán una medida buena, llena, apretada, colmada, hasta que sobre». Porque las dádivas de la liberalidad divina exceden infinitamente a las dádivas de la nuestra.

¡Oh, alma mía, alégrate de que tienes un Dios no menos liberal que rico! Si fuera rico y no liberal, de poco te sirvieran sus riquezas, y si fuera liberal y no rico, poco te aprovechara su liberalidad; mas en lo uno y en lo otro es infinito y lo emplea en tu provecho. Sé liberal con quien tanto lo es contigo, pues por mucho que le des, es mucho más lo que recibes. No tengas la mano abierta para recibir y apretada para dar, porque si aprietas tu mano en dar a Dios lo que te pide, Él apretará la suya en darte lo que le pides. Abre tu mano para darle cuanto tienes, y Él abrirá la suya para henchirte de bondad 3 bendición.

PUNTO TERCERO

Cuán escasos nos mostramos para con Dios.

De lo dicho he de sacar otra consideración de *mi grande cortedad para con Dios,* habiendo sido Dios tan liberal para conmigo; imaginando que así como *Cristo* nuestro Señor en medio de sus fatigas *tuvo sed dos veces,* y ambas le negaron lo que deseaba: *una fue* cuando pidió de beber a la Samaritana, *y otra* cuando dijo en la cruz: Sed tengo; así yo soy cortísimo con Él, porque, o le niego lo que me pide, como la Samaritana, o le doy a beber vinagre con hisopo desabrido, como los judíos, haciendo las obras con mezcla de tantas faltas, que no las quiere aceptar. Lo cual puedo ponderar discurriendo por *las cinco cosas que me pide Dios,* como se pusieron en el punto primero; porque soy muy corto en guardar sus preceptos, y si guardo los mayores, atropello muchos de los menores y muchos de sus consejos, guardando las reglas de mi estado con muchas quiebras y mezclas de imperfecciones, y repugnando muchas veces a lo que mis superiores me ordenan, ahogando las divinas inspiraciones y negando a Dios lo que por ellas me pide y lo que me piden muchos prójimos necesitados de mi ayuda corporal o espiritual. Y así, *por esta cortedad,* cuanto es de mi parte, *estrecho la divina liberalidad* y merezco que sea Dios corto conmigo en las cinco cosas en que es liberal con los liberales; de modo que si no me oye o no me favorece ni me da sus dones con la largueza que a otros, mía es la culpa, y conmigo habla aquella sentencia que dice por el

profeta: ¿Por ventura mi mano liberal y poderosa se ha abreviado y estrechado, o se ha menoscabado mi liberalidad y omnipotencia para no poderos salvar y haceros el bien que solía? No es así, sino que las culpas y escaseces de vuestras manos han apretado las mías y sido causa de que mi justicia estreche mi liberalidad. Pero en esto mismo muestra Dios ser liberalísimo, pues le pesa de verse estrechado y como forzado de su justicia por nuestros pecados, a no usar de su largueza con nosotros.

¡Oh liberalidad infinita, quita de mí con tu misericordia los estorbos que pongo a tu deseo, perdonando mis pecados para que sea capaz de tus dones! Amén.

MEDITACIÓN 14

DE LA INMENSIDAD DE DIOS Y DE SU PRESENCIA EN TODO LUGAR Y EN TODAS LAS COSAS

Esta Meditación es muy importante, por ser *fundamento* de la *oración* y *contemplación,* y de la *unión* que es el fin de estas meditaciones que tocan a la vía unitiva.

PUNTO PRIMERO

Dios, por su inmensidad, llena cielos y tierra.

1. Lo primero, se ha de considerar cómo Dio nuestro Señor, *trino* y *uno,* es de tal manera inmenso, que *llena,* como Él dijo por Jeremías, el *cielo y la tierra*: y su espíritu, como dice el Sabio, llena la redondez del mundo, sin que haya rincón donde no esté Dios; y como es puro espíritu, penetra también todos los cuerpos y está dentro de ellos; está dentro de los cielos, y del mar, y del corazón de la tierra, ni es posible imaginar lugar ni punto donde no esté Dios. Y así, *dondequiera que fuese he de imaginar que voy dentro de Dios,* como los peces andan dentro del agua y las aves dentro del aire, diciendo con David: «Si subiere al cielo, allí estás Tú, y si bajare al infierno, allí te hallaré; si tomare alas para volar hasta lo extremo del mar, allí me llevará tu mano y me conservará tu misma diestra». De suerte que *no es posible huir de Dios* ni esconderme de Él porque en el

mismo camino por donde huyo, allí está; y en el lugar donde quisiera esconderme, allí le hallaré.

2. Pero mucho más tiene su inmensidad, porque de tal manera llena cielos y tierra y todo este mundo, que *no está atado ni estrechado a este lugar,* sino puede estar *en otros millones de mundos* que puede crear sobre los cielos. Y el lugar que *ahora llena* es como un punto de comparación del inmenso lugar que *puede llenar;* por lo cual dijo Salomón a Dios: «Los cielos de los cielos no te pueden abarcar».

Esta consideración es *semilla de grandes afectos* y *virtudes* si se hace como debe, avivando la fe de la presencia de Dios en todo lugar, a imitación de Moisés, de quien dice San Pablo que esperó y trató con el invisible como si le viera. Así, yo he de mirar a Dios con la fe, hablar con Él en la oración y esperar de El mi socorro, aconsejarme con Él y obrar delante de Él como si le viera con los ojos corporales, pues aunque sea invisible a éstos, real y verdaderamente está donde yo estoy, y los ojos de la luz natural y de la fe han de suplir la falta de los ojos corporales. Y de aquí es que para mí *todo lugar puede ser de oración,* pues en todo lugar está Dios, con quien puedo hablar, cumpliendo lo que dijo San Pablo: «Quiero que los varones oren en todo lugar».

Y especialmente importa esto para el uso de las oraciones jaculatorias.

3. Avivada la fe de esta manera, *prorrumpiré en afectos de admiración* y *gozo,* admirándome de la inmensidad de Dios y gozándome de que sea tan inmenso que no quepa en todo el mundo, diciendo con el Profeta: «¡Oh Israel, cuán grande es la casa de Dios y cuán extendido el lugar de su morada y posesión! Grande es, *y* no tiene fin; levantado es e inmenso».

¡Oh Dios inmenso, cuya silla es el cielo y cuyo estrado es la tierra, y ambos no te pueden abarcar, porque eres más alto que el cielo, más empinado que las estrellas y más profundo que el abismo! Me gozo de tu inmensidad, junta con tanta gloria, que la bajeza del lugar no te envilezca; esclarece, Señor, mis ojos interiores para que te vean con más certeza que si te viera con los ojos exteriores.

PUNTO SEGUNDO

Cómo Dios está en todo lugar.

Lo segundo, se ha de considerar *el modo* como Dios nuestro Señor está en todo lugar y en todas las cosas creadas, conviene a saber: *por esencia, presencia* y *potencia.*

1. *Lo primero,* está en ellas *por esencia* porque real y verdaderamente está allí toda su divinidad con todo cuanto tiene, y obra dentro de Sí, por ser indivisible e inseparable, y así, he de creer que aquí donde estoy yo, está todo Dios, el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo; aquí el Padre está engendrando al Hijo, y el Padre y el Hijo están produciendo al Espíritu Santo. Aquí está su infinita bondad y caridad, su misericordia y justicia, su sabiduría y omnipotencia y todas las grandezas y perfecciones de su divinidad, y Este que está aquí es el mismo que está en el cielo, y el que creó el mundo y le gobierna. Y si aquí tuviese luz para verle, aquí me haría bienaventurado.

¡Oh alma mía, si avivases tu fe cuando estás sola, verías que no estás sola, pues contigo están las tres divinas Personas! Si quieres, estando sola, ocupar todas tus potencias, aquí tienes la suma bondad, a quien puedes amar; la infinita majestad, a quien debes adorar; la soberana sabiduría, con quien puedes conversar; la omnipotencia divina, en quien has de confiar, y la infinita alegría, en quien te puedes regocijar. Gózate con la presencia del Padre, conversa con el Hijo, habla con el Espíritu Santo; entra dentro de esta individua Trinidad e inmensa Divinidad, mirando cómo por todas partes te cerca. Y de esta manera siempre estarás con Dios, y todo lugar será para ti corte del cielo, pues donde esta este divino Rey está su corte. ¡Oh Rey inmenso, que estás en todo tu reino por esencia, asistiendo todo en cada parte, concédeme que yo también asista todo delante de Ti, sirviéndote como tan alto Rey merece ser servido en su presencia!

2. *Lo segundo,* está Dios en todo lugar y en todas las cosas *por presencia,* viendo y conociendo todo lo que hay en cada una. De suerte que no está Dios aquí como está en su lugar el hombre dormido, o embelesado, o divertido, que no advierte donde está; ni está Dios en el mundo como está nuestra alma en nuestro cuerpo, que no ve lo que se hace dentro de él, sino está viendo y conociendo el lugar y la cosa donde está, sin que nada se le esconda. Y aunque el lugar sea muy oscuro, para Dios es claro, porque las tinieblas, como dice David, no le ocultan cosa.

Por tanto, ¡oh alma mía!, mira que está aquí Dios y que te mira. Si quieres orar en lo secreto, allí está Dios, que te ve en lo escondido y atiende a tu oración para despacharla. Si la tentación te molestare, mira que te mira Dios, a cuyos ojos es aborrecible la maldad y el que se rinde a ella, Si te vieres afligida, mira que Dios mira tu aflicción y que sabe el tiempo de remediarla. Si quieres hacer alguna buena obra, no mires a que te miran hombres, sino que te mira Dios, que ye más que todos y muchas cosas que no ven todos, y a Éste sólo desea agradar, pues Él sólo te ha de juzgar por lo que está mirando. ¡Oh Dios inmenso, que estás en todo lugar, lleno de ojos, contemplando lo que hacen buenos y malos, esclarece mi vista con la tuya para que, mirando que me miras, viva como Tú quieres, sin hacer cosa indigna de tu presencia, para que llegue a gozar de tu clara vista! Amén.

3. *Lo tercero,* está Dios en todo lugar y en cada cosa *por potencia,* porque no solamente está mirando lo que allí hay, sino está, con su omnipotencia, dándole el ser que tiene y ayudándole en cuanto hace, conforme a lo que dijo San Pablo: «No está lejos de nosotros, porque en Él vivimos y nos movemos y somos». De suerte, que el lugar no sustenta a Dios, como me sustenta a mí, sino Dios sustenta todo lugar y conserva todas las cosas donde están, y si viven es porque Dios está en ellas dándolas vida; si se mueven, es porque está en ellas dándolas movimiento, y si tienen ser, es porque allí está Dios dándosele y conservándosele siempre, y en ausentándose Dios de algún lugar o alguna cosa, luego dejará de ser.

4. De aquí es que, *mirando todas las cosas del mundo,* en todas he de mirar a Dios, que está *en ellas por esencia, presencia* y *por su omnipotencia,* obrando en ellas y por ellas. Y como mirando al hombre, de lo exterior y visible que veo en el cuerpo, paso a mirar lo interior e invisible que está dentro de él, que es su alma, la cual le comunica el ser, vida y movimiento que tiene, así mirando todas las creaturas he de penetrar con los ojos de la fe lo que está en ellas, que es Dios, no como ánima y forma, sino con otro modo levantadísimo, dándolas ser y todo cuanto tienen y hacen; sacando de aquí afectos de amor y gozo y alabanza, alegrándome de ver la unión que tiene Dios con sus creaturas y el modo como está dentro de ellas; y de esta manera las hermosas no me llevarán tras sí para que las ame con desorden, y las terribles no me atemorizarán tanto que huya con demasía, y cuando me viere junto a las fieras o a mis enemigos, puedo y debo creer que estoy junto a Dios, que está en todas las

cosas, y con esto cobraré grande ánimo, diciendo aquello de Job: «Ponme cabe Ti, y pelee cualquier mano contra mí».

¡Oh Dios omnipotente, aunque me vea cercado de enemigos, no temeré, porque sé cierto que estoy cabe Ti, sin cuya voluntad no pueden mover su mano! Siempre te pondré delante de mis ojos, porque estás a mi mano derecha, para tenerme en pie con la tuya.

PUNTO TERCERO

Se declara cómo Dios está en nosotros, y nosotros en Él.

Lo tercero, se ha de considerar más en particular el modo como Dios está dentro de mí, y yo estoy y vivo y ando dentro de Dios.

1. Lo primero, porque Dios me rodea y cerca por todas partes, *como el agua del mar cerca* y *rodea al pez que está en ella;* y *como la niñeta está dentro del ojo,* así estoy yo dentro de Dios; y, como el mismo Señor dice, Él nos trae dentro de Sí, *como la mujer que ha concebido* trae al niño dentro de sus entrañas, y ella le sirve de casa, de litera, de muro, de sustento y de todas las cosas.

¡Oh alma mía, cómo no te alegras y das saltos de placer, mirándote de esta manera dentro de tu Dios! El es tu casa, de la cual no puedes salir, y dentro de la cual has siempre de vivir y obrar; Él es tu cama donde has de descansar, y fuera de Él no puedes hallar descanso; Él es tu litera, en la cual vas dondequiera que caminas, porque si Él no te lleva, no te podrás menear; es tu muro que te cerca, sin el cual no tendrás seguridad; es tu sustento y vida, porque en Él la tienes y de Él la recibes, mucho más que el niño que está en las entrañas de su madre la reciba de ella. ¡Oh Dios amantísimo y madre amorosísima, que dondequiera que voy me llevas dentro de tus entrañas, concédeme que te "traiga siempre dentro de las mías por conocimiento y amor, conociendo el bien que me haces y amándote por el amor que me tienes! Dentro de tu bondad estoy, transfórmame en ella; dentro de tu caridad vivo, enciéndeme en ella; dentro de tu omnipotencia ando, ayúdame con ella; y pues estoy dentro de Ti, transfórmame todo en Ti para que no viva más en mí, sino todo para Ti, por todos los siglos. Amén.

Esta consideración puedo *particularizar discurriendo por los divinos atributos;* unas veces puedo imaginar que Dios es como *un fuego consumidor* y que todo este mundo está lleno de este fuego, dentro del cual

yo vivo, admirándome cómo no ardo y cómo no consume en mí todo lo malo, atribuyéndolo a la grande frialdad que tengo, por la cual le resisto. Otras veces imaginaré a nuestro Señor como *una. luz infinita,* extendida por todo este mundo, o como sabiduría y hermosura inmensa, de cuya gloria y resplandor está llena toda la tierra, y a mí mismo dentro de esta luz y hermosura, suplicándole me dé parte en ella, y así en los demás atributos.

2. Lo segundo, Dios nuestro Señor está *dentro de mi mismo, junto conmigo, muy más íntimamente que mi alma está dentro de mi cuerpo,* aunque con modo más excelente, por esencia, presencia y potencia, al modo declarado. De suerte que dentro de mí está el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo y toda la divinidad, real y verdaderamente. Y, por consiguiente, conmigo está unida su infinita bondad, comunicándome el ser y vida que vivo; y su sabiduría, dándome la luz y conocimiento que tengo; y su omnipotencia está unida con todas mis potencias, ayudándolas en sus obras: con los ojos, para que vean; con los oídos, para que oigan; con los pies, para que anden; con la memoria y entendimiento, para que se acuerden y entiendan; con la voluntad y apetitos, para que quieran y obren sus actos. Y así, puedo y debo mirar a Dios presentísimo dentro de mí mismo, como si yo fuese *casa* y *morada suya* adonde está y obra todo lo que yo soy, tengo y obro, sin cuya presencia luego yo dejaría de ser; porque este morador conserva su morada, y en ausentándose de ella se volverá en nada. De lo cual sacaré *grandes afectos* de gozo y admiración, de confianza y amor, viéndome tan unido y junto con mi Dios.

3. Pero en especial he de procurar que mi corazón sea retrete y *oratorio donde yo entre a orar* y *conversar con Dios,* pues allí dentro está y allí ve lo que oro y le pido, y allí es poderoso para concedérmelo. Y de esta manera entienden muchos santos lo que dijo Cristo nuestro Señor: «Cuando orares, entra en tu aposento, esto es, en tu corazón, y cierra las puertas de tus sentidos, y allí ora a tu Padre celestial en lo escondido», etc.

4. También he de procurar *acostumbrarme a buscar a Dios dentro de mí mismo,* porque *si está dentro de mi,* ¿para qué me tengo de cansar en buscarle solamente *fuera* de mí? Y para esto limpiaré mi alma de todo lo que pudiera desagradar a Dios, que está presente dentro de ella, procurando que no haya en mí cosa que *le ofenda* ni que *me impida el verle,* conocerle y unirme con Él por amor actual. Y otras veces, como dice Santo Tomás, procuraré *gozar de esta presencia de Dios* y de este tesoro infinito que tengo dentro de mí, como el amigo se goza con la presencia de su amigo, y el flaco con la presencia del fuerte, y el pobre con la presencia del rico misericordioso, y como el artífice se aprovecha del instrumento

que tiene dentro de su casa sin salirle a buscar fuera, y el rico se aprovecha del dinero y tesoro que tiene dentro de sus arcas, y el hambriento de los manjares que tiene en sus despensas.

¡Oh alma mía, dentro de ti tienes todos los bienes!; ¿cómo no gozas de ellos? Dentro de ti está tu soberano Amigo y Padre; gózate de tenerle contigo, júntate íntimamente con Él, y dale todo tu corazón. Si estás pobre, contigo tienes a Dios, rico en misericordias; acude a Él para que te de parte de sus riquezas. Si eres flaca y pusilánime, contigo está Dios, que es la misma fortaleza, y unida con Él podrás todas las cosas con su virtud; ¿para qué buscas fuera de ti con demasía ayudas de creaturas, teniendo dentro de ti la omnipotencia del Creador? ¡Oh Creador mío, Dios mío y todas mis cosas, perfecciona en mí esta unión que conmigo tienes, uniéndote también con perfectísima unión de gracia, para que yo también me una contigo con perfecta unión de caridad! Amén.

PUNTO CUARTO

Dónde y cómo está Dios de un modo especial.

Lo cuarto, se han de considerar otros modos especiales que tiene Dios de estar en algunos lugares y en algunas cosas.

1. Primeramente, está con especialidad *en los cielos;* porque en los demás lugares está encubierto, sin que pueda ser visto si no es por fe; pero en los cielos está *descubierto,* manifestando claramente a los bienaventurados su divina esencia, y obrando allí cosas gloriosísimas en los que le están mirando. Y por esta causa, la celestial Jerusalén se llama «Morada de Dios con los hombres», donde juntamente mora Dios y moran sus escogidos con Él, y Él está con ellos, y ellos son pueblo suyo.

¡Oh Dios altísimo, que habitas en las alturas, llévame a este tabernáculo en que moras con tus escogidos, para que allí vea y goce del infinito bien que aquí tengo y no gozo porque no le veo!

2. Lo segundo, Dios nuestro Señor está con especialidad en aquellos lugares de la tierra donde suelen dar alguna *especial señal de su presencia* obrando algunas cosas maravillosas. Y a esta causa, cuando Jacob, en la soledad, vio en sueños la escala que llegaba de la tierra al cielo, y a Dios encima de ella que le hablaba, cuando despertó dijo: «Verdaderamente Dios está en este lugar, y yo no lo sabía, ¡Oh, cuán terrible lugar es éste; casa es de Dios y puerta del cielo!». De este modo está Dios nuestro Señor

en los templos y *oratorios*, y en los lugares diputados para oración y contemplación y en cualquier soledad donde suele su Majestad hacernos particulares favores, pues por esto dijo: «Yo la llevaré a la soledad, y la hablaré al corazón». Y con este afecto y referencia he de acudir a semejantes lugares, respetando la presencia de Dios, que se manifiesta en ellos.

3. Lo tercero, Dios nuestro Señor está especialmente *en los justos por fe* y *gracia,* obrando en ellos y con ellos obras sobrenaturales, dignas de vida eterna. Por razón de lo cual dijo San Juan: «Quien está en caridad, está en Dios, y Dios está en él»; porque quien ama, está con la cosa amada, y cuando dos se aman, uno está en otro. Y así, quien ama a Dios está en Dios, y porque Dios le ama, Dios está en él. Y además de esto, el justo está en Dios por estar dentro de sus entrañas, rodeado de su protección, y Dios está en él porque asiste dentro de su ánima, causando en ella el ser, vida y obras de la gracia y caridad.

¡Oh Dios inmenso, cuya caridad es tan inmensa que desea mostrar su inmensidad en estar por gracia dentro de todos los que son capaces de ella, quita de mí todos los estorbos que tengo para recibirla, para que permanezcas en mí, y yo en Ti, por todos los siglos! Amén.

4. Pero allende de esto, Dios nuestro Señor, con otro modo *especialísimo,* está dentro de algunos amigos suyos, *en lo más íntimo* y *hondo de su espíritu*, donde *se les descubre* con ilustraciones y hablas interiores, revelándoles misterios de su divinidad con grandes testimonios y señales de su presencia; *de donde les procede* grande magnanimidad y confianza, grande seguridad, paz y gozo interior con grandes prendas de la eterna bienaventuranza, por lo que gustan de ella, viéndose con aquella luz dentro de la inmensidad de su Dios y a su Dios inmenso dentro de sí, unido con ellos con tal modo de presencia y amor. Este cuarto modo *se ha de venerar* con humildad, pero el tercero *se ha de pretender* y perfeccionar con todas nuestras fuerzas, dejando a la divina Providencia lo demás extraordinario que El quisiere obrar en nosotros, contentándonos con la esperanza de ir al lugar donde es visto cara a cara, y está todo dentro de todos, y todos dentro de El, engolfados en el gozo eterno de su Señor.

MEDITACIÓN 15

DE LA INFINITA SABIDURÍA Y CIENCIA DE DIOS

PUNTO PRIMERO

Dios se conoce perfectísimamente a Sí mismo.

Lo primero se ha de considerar cómo Dios nuestro Señor con su infinita sabiduría *se conoce* y *comprende a Sí mismo,* su divina esencia y sus Personas, su bondad y omnipotencia y todas sus infinitas perfecciones. *Item, todos sus actos,* intenciones, decretos y trazas y todas las cosas que puede ordenar y hacer, sin que se le encubra cosa alguna, hartando y llenando la infinita inclinación y capacidad de su divino entendimiento con sumo gusto; de suerte que ninguna cosa desea ni puede saber que no lo sepa. *Y en esto consiste la bienaventuranza de Dios,* aunque no es bienaventurado por conocer las cosas que son fuera de Sí, sino por conocerse a Sí, que es fuente y principio de todas ellas. *De donde sacare un gran gozo* por la sabiduría que tiene Dios y por la bienaventuranza y gozo que de ella recibe, y un deseo grande de alcanzar parte de ella, poniendo mi bienaventuranza, no en conocer a las creaturas, sino en conocerle a Él con esta sabiduría celestial y amorosa, porque con este conocimiento quedaré harto, y los deseos que tengo de saber quedarán cumplidos, pues como dice San Gregorio: «¿Qué no ve el que ve al que ve todas las cosas?»).

¡Oh alma mía, si tienes tanto deseo de saber, emplea tu estudio en saber a Dios, porque habiéndole bien conocido, todos tus deseos quedarán cumplidos! Si deseas ser como Dios, que sabe el bien y el mal, procura conocer y servir a Dios, y de este modo lo sabrás, teniendo parte en el bien, y ninguna en el mal. Aunque sepas todas las cosas, si no sabes a Dios, ¿qué te aprovechará? ¡Oh Dios sapientísimo, fuente de toda la sabiduría, conózcate a Ti y lo que quieres de mí, y básteme este conocimiento, ayudándome con tu gracia para que ame lo que conozco y obre lo que entiendo.

PUNTO SEGUNDO

Dios ve en su esencia todas las cosas.

1. Lo segundo, se ha de considerar cómo Dios nuestro Señor tiene esta sabiduría *por su misma esencia,* y *con ella, como en un clarísimo espejo, ve* y *comprende todas las cosas,* y por Sí mismo las traza y ordena; y así, ni recibió esta sabiduría de otro, ni tuvo ni pudo tener maestro o consejero, ni tuvo fuera de Sí mismo otro libro o dechado en que ver *y* aprender lo que sabe, sino todo esto tiene de Sí mismo y en su esencia; la cual, si así es lícito hablar, es como su maestro y consejero, su espejo, su libro y su dechado e idea para todo cuanto dispone, traza y ejecuta, y para todo cuanto es posible saber. De donde se sigue que sólo Dios es esencialmente sabio e infinitamente sabio, sin tener tasa en su sabiduría.

Y como se dice que ninguno es bueno sino Dios, así podemos decir que ninguno es sabio sino Dios, porque todos los demás, de su naturaleza, son ignorantes y no tienen ciencia si no la reciben de Dios, y la que tienen es con tasa y límite, y tan pequeña, que es como nada en comparación de la infinita sabiduría de Dios.

2. *Y en este principio he de fundar la humildad* y propio conocimiento *en materia de ciencia,* diciendo con Salomón: «El más ignorante soy de todos los hombres; no he aprendido la sabiduría»; porque si miro al tiempo de mi nacimiento, hallaré que ninguna ciencia tenía, y esa que he aprendido es tan poca, como si no fuera, ni hubiera aprendido cosa alguna. Por lo cual, comparándome a Dios, puedo decir lo que decía Sócrates: «Una sola cosa sé, y es que no sé nada»; y todo hombre, como dice Jeremías, es necio comparado con Dios, que es la misma ciencia. Con esta consideración reprimiré los efectos de vana complacencia, de vanagloria y presunción, poniéndome en el último lugar de mi nada y de mi total ignorancia.

3. De aquí también se sigue que *es grandísima presunción* y locura *querer yo* apear y *comprender esta infinita sabiduría de Dios,* porque infinitamente excede a toda capacidad de hombres y ángeles, y como dice San Pablo: «Ningún otro que el espíritu de Dios conoce lo que hay en Dios». Y por esto dijo el Eclesiástico: «La sabiduría de Dios, que puede todas las cosas, ¿quién la pudo investigar? La raíz de la sabiduría, ¿a quién se reveló? Sus trazas, ¿quién las conoció? La muchedumbre de sus caminos, ¿quién los entendió?». Escondida está, dice Job, a los ojos de

todos los vivientes, y encubierta a las aves del cielo, que son los ángeles y espíritus celestiales.

¡Oh Dios sapientísimo, que subes y vuelas sobre los querubines, que son plenitud de ciencia, porque a todos pasas de vuelo y ninguno puede alcanzar a entender todo lo que sabes!, yo venero los secretos de tu infinita sabiduría, y te suplico me descubras la parte de ella que me conviene tener para poderte servir y amar. Amén.

PUNTO TERCERO

De la divina sabiduría proceden todas las ciencias.

1. Lo tercero, se ha de considerar que la divina Sabiduría sola, sin ayuda de otro, es la primera inventora de todas cuantas cosas ha habido en el mundo, y de ella proceden *todas las ciencias* y *artes e invenciones de cielo* y *tierra*. Y así, dice Isaías: «¿Quién ayudó al espíritu del Señor, o quién fue su consejero *y* le descubrió algo de nuevo? ¿Con quién tomó consejo y le instruyó y enseñó el camino de la justicia, de la ciencia o prudencia?». ¡Oh, alteza de la sabiduría y ciencia de Dios!, ¿quién conoció el sentimiento del Señor, o quien fue su consejero?

¡Me gozo, Dios mío, de que Tú seas maestro y consejero de todos, y ninguno lo pueda ser tuyo; sólo siempre mío para que te agrade en todo! Amén.

2. De aquí bajaré a considerar en particular *las invenciones* y *trazas maravillosas que han salido* y *salen de la infinita sabiduría de Dios,* meditando, como dice David, en sus obras, y ejercitándome en sus invenciones con afectos de admiración y gozo, creyendo, como dice San Pablo, con la fe, que el Verbo divino sacó estas cosas visibles de las invisibles que tenía dentro de Sí, trazadas en su eterna sabiduría. Esto puedo hacer, primeramente, discurriendo por los seis días de la creación del mundo, ponderando la invención de la sabiduría divina en cada uno de ellos, como después veremos.

3. Luego miraré *la invención de la divina sabiduría en la creación del hombre,* juntando con cuerpo de tierra un espíritu inmortal, ponderando la variedad de rostros y de inclinaciones y talentos que hay en los hombres, y las invenciones que han salido de ellos, inventando modo de hacer vidrio, paño, lino *y* las demás artes y cosas artificiales, y las otras ciencias que tanto florecen en el mundo. Todas las cuales originalmente han

procedido de la infinita sabiduría de Dios; por lo cual la madre de Samuel llamó a Dios «Señor de las ciencias», porque Él las tiene todas y de Él proceden las que hay en las creaturas.

4. De aquí subiré a considerar *las invenciones de la divina sabiduría en el ser de gracia que ha comunicado a los hombres,* especialmente la suprema invención de juntar la naturaleza humana con la divina en unidad de persona, en Cristo nuestro Señor, y en la invención de ponerse en el Santísimo Sacramento del altar, con otras innumerables trazas y modos que cada día inventa en sus escogidos para librarlos de los peligros y promoverlos en las virtudes y llevarlos a su cielo, adonde son maravillosas las trazas que ha inventado para su perfecta bienaventuranza.

5. *De aquí inferiré* que la sabiduría de Dios es *la que guía* y acompaña *las obras en que resplandecen sus divinos atributos,* conviene a saber: las obras de su bondad y caridad, de su misericordia y justicia; porque con sabiduría se comunica la bondad, ama la caridad, la misericordia se compadece y la justicia premia y castiga. Y así, dice el Eclesiástico que derramó Dios su sabiduría sobre todas sus obras. Y David dice que hizo todas las cosas con sabiduría.

6. Todo esto me ha de mover a *grandes afectos de admiración* y *gozo,* alegrándome particularmente por tener un Dios tan sabio que sabe inventar mil modos y caminos como alcanzar sus intentos para librarme de males y comunicarme los bienes que desea, de naturaleza, gracia y gloria. De donde aprenderé a tener *gran confianza* en Dios en los casos que parecen desesperados, porque donde yo no alcanzo medio ni remedio, la sabiduría de Dios puede inventar medios y remedios innumerables. Y en agradecimiento de todo esto, procuraré yo también, con su gracia y luz, inventar nuevos modos como mortificarme y ejercitarme en toda virtud y agradar a este Dios, pues el justo come y goza el fruto de sus invenciones y cada día le cantaré cantares nuevos por las nuevas trazas que toma de hacerme bienes.

¡Oh Dios y Señor de las ciencias, me gozo del señorío que tienes sobre todas, como principio de donde todas nacen! Dame, Señor, la ciencia de los santos, para que conozca el modo de servirte en justicia y santidad. Amén.

PUNTO CUARTO

La sabiduría de Dios dispuso todas las cosas en número, peso y medida.

Lo cuarto se ha de considerar cómo la infinita sabiduría de Dios dispuso y ordenó todas las cosas del mundo en número, peso y medida, comprendiendo *el número* de todas las cosas que ha habido y habrá, y de todas sus partes, miembros, oficios y obras. Item, *el peso* de sus inclinaciones y aficiones naturales y sobrenaturales. Item, *la medida* de cada uno en lo ancho y largo, alto y profundo que tiene, y *la medida* en la perfección y en los talentos y caudales; admirándome de la proporción y traza maravillosa que en cada una y en todas juntas resplandece, por la infinita sabiduría del que las ordenó con tal modo y orden de bondad y perfección. Esto se puede ponderar *discurriendo por algunas cosas* de éstas, *que la divina Escritura exagera,* atribuyéndoselas a sólo Dios y a su infinita sabiduría.

1. Lo primero, como dice David: Dios tiene contado *el número de las estrellas*, *el peso* de su inclinación a influir en la tierra, y *la medida* de su grandeza y perfección. Y por esto dice que las llama a todas con sus propios nombres, como quien conoce todo lo que hay en cada una. Y de la misma manera sabe Dios *el número de los movimientos* y vueltas que han de dar los cielos hasta la fin del mundo. Y, por consiguiente, los años y días que ha de durar, y el último en que este orden y música del cielo ha de dormir y parar para siempre; lo cual, como dijo Cristo nuestro Señor, es reservado a sola la ciencia de Dios.

2. Bajando más abajo, a lo que pasa en el aire. Dios tiene contado *el número de cometas, rayos* y *truenos, las gotas de la lluvia, los copos de nieve* y *el número de los vientos* y *granizos,* sabe muy bien el peso e inclinación de cada cosa de éstas, porque a los vientos dio su peso propio, y del mismo modo a la nieve, y al granizo, y al rayo; y todos, por traza de la sabiduría de Dios, como Él dijo a Job, salen con este peso a ir donde les envía y para el fin que les envía. Y así he de tener grande confianza en medio de estas tempestades, acordándome que todo va ordenado por la divina sabiduría para grandes fines.

3. Luego ponderaré cómo Dios nuestro Señor, también con su sabiduría, *mide a palmos la mar* y *la tierra,* y sabe lo ancho y lo largo, lo alto y profundo que tienen, y la gravedad y peso de cada cosa. Item, sabe *el número* de todas las cosas que hay dentro de estos elementos, y encima

de la tierra, hasta el número de las arenas del mar y de los pajaritos, pues ninguno cae en tierra sin su providencia.

4. Pero más en particular ponderaré *lo que toca a los hombres,* cuyo *número* tiene Dios contado desde Adán hasta el fin del mundo, y los años, días y horas que cada uno ha de vivir, y la hora en que ha de morir. Item, tiene contados todos los huesos y cabellos; de modo que ni uno perecerá sin su sabiduría y providencia. También tiene contados todos los pasos que ha de dar cada uno, y todas las obras buenas y malas que ha hecho y ha de hacer. Item, conoce *el peso e inclinación* de cada uno, su talento y caudal, y *la medida* de perfección natural y sobrenatural que tiene en su alma y en sus obras, porque su infinita sabiduría distribuye todo esto con peso y medida, pesando los espíritus de todos, y las obras que hacen, sabiendo el peso *y* valor que tienen.

Con esta consideración *me arrojaré en las manos de Dios* y de su infinita sabiduría, la cual es inefable y cierta, procurando no fiarme de mis antojos y aprensiones en el *número* de los años y días de vida, ni en la *calificación* de mis talentos y partes naturales o dones gratuitos, ni en la *medida* de mis merecimientos y virtudes, sino entender que lo que soy en los ojos de Dios, que todo lo ve, eso soy y no más.

5. Ultimamente, subiré a considerar *lo que hay sobre los cielos,* ponderando cómo la divina sabiduría lo trazó también *con orden, peso* y *medida; y* así, sabe el *número* de los ángeles de todos los coros y jerarquías y el de todos los bienaventurados que hay y ha de haber en el cielo, y *el peso* y *medida* de sus perfecciones naturales y sobrenaturales, distribuyéndoles los oficios conforme al orden de su infinita sabiduría, y la medida de gloria, a la medida de sus merecimientos. Ponderando todas estas cosas, *prorrumpiré en afectos de admiración* y *pasmo de la infinita sabiduría de Dios,* mucho más que la reina Sabá cuando vio la sabiduría de Salomón en la distribución y orden de las cosas de su casa; y así, con mucho más encendido afecto diré:

«Verdadero es, Dios mío, todo cuanto he oído de tu infinita sabiduría, y muy mayor es tu ciencia y tus obras que todo cuanto, he oído de ellas. Bienaventurados tus ciudadanos y tus siervos, los que están siempre delante de Ti y oyen tu sabiduría». ¡Oh Sabiduría infinita, que trazas y dispones todas las cosas en número, medida y peso!, traza con este orden las cosas de mi alma, aumentando en ella el número de las buenas obras, el peso de las fervorosas aficiones y la medida de tus gracias, concediéndome la medida llena, apretada y colmada de tu gloria. Amén.

PUNTO QUINTO

Tal infinita sabiduría de Dios, con un acto simplicísimo abarca todas las cosas.

Lo quinto se ha de considerar cómo la infinita sabiduría de Dios es *eterna e inmutable, profundísima* y *evidentísima, y* está toda junta, porque *con una sencilla vista* alcanza de una eternidad a otra, *y ve todo cuanto es posible verse* y *conocerse.* Y así, desde que Dios es Dios sabe cuanto sabe, sin que de nuevo pueda saber cosa alguna, porque para Él ninguna puede ser nueva, y todas las cosas pasadas, presentes y por venir, y las que en alguna manera son posibles, las conoce distintamente y con suma evidencia, sin mezcla de dudas ni opiniones o perplejidades; de modo que en Dios ni puede haber ignorancia, ni error, ni duda, ni engaño, en cosa alguna de cuantas se pueden saber. Y así dice el Eclesiástico: «Los ojos del Señor son más resplandecientes que el sol, ven los caminos de los hombres, el profundo del abismo, los secretos de los corazones y todas las cosas antes «pie tengan ser, y después que han pasado; ninguna cosa le está escondida, y mira todo lo que hay de un siglo a otro y de una eternidad a otra.»

Esta verdad, *para nuestro provecho,* se ha de particularizar, discurriendo por *las cosas pasadas, presentes* y *por venir,* y por *¡as que pueden ser.*

1. *Lo primero,* Dios nuestro Señor, con su infinita sabiduría, reconoce *todas las cosas que han pasado* desde el principio del mundo hasta este instante en que estamos, y las tiene tan presentes como si no hubieran pasado; y así, no es posible que Dios se olvide de lo que una vez sabe, ni de las obras buenas y malas que ha visto, ni de ninguno de los hombres bueno ni malo; aunque diferentemente tiene memoria de unos y de otros, porque de los malos se acuerda para castigarlos por sus malas obras, de las cuales nunca se olvida, y de los buenos, para premiarlos por las buenas, de las cuales siempre tiene memoria; aunque se dice *olvidarse* de los malos porque no hace caso de ellos para hacerles bien, en castigo de sus maldades. *Aplicando* esto a mí mismo, he de creer que *se acuerda Dios de mí* y de mis cosas tan distintamente como si yo sólo estuviera en el mundo, y siempre me tiene presente en su memoria y sabiduría eterna, sin jamás borrarme de ella, imaginando que me dice lo que dijo a la ciudad de Sión: «¿Por ventura se puede olvidar la madre del hijo que salió de sus entrañas, sin tener de él misericordia? Pues, aunque ella se olvide, Yo no me

olvidaré de ti, porque te tengo escrita en mis manos, y tus muros están delante de mis ojos».

¡Oh alma mía, no te olvides de Dios, pues Dios no se olvida de ti; escríbele en tus manos, pues Él te tiene escrito en las suyas; pon delante de tus ojos las cosas de su servicio, pues Él tiene delante de los suyos las cosas de tu provecho!

2. *Lo segundo,* Dios nuestro Señor, con su infinita sabiduría, conoce todo cuanto *en este día* y *en este instante se hace en todo el mundo,* sin que haya cosa que se le encubra, penetrando los secretos del corazón de cada hombre por muy ocultos que sean, sus imaginaciones, pensamientos, deseos y propósitos buenos y malos, y todo aquello que no puede conocer otro hombre ni ángel, sino el mismo espíritu que lo piensa; y aun muchas cosas más que el hombre piensa e imagina y no hace reflexión sobre ellas, las penetra Dios y comprende, y a Él sólo pertenece tal comprensión, como lo dijo por el profeta Jeremías, y el Apóstol lo declaró más diciendo que la palabra de Dios, que es *su Hijo,* es viva y eficaz, y penetra más que cuchillo de dos filos, conoce *los pensamientos e intenciones* del corazón, y ninguna creatura es para

Él invisible, y todas las cosas están descubiertas y patentes a sus ojos.

Por tanto ¡oh alma mía!, pues los ojos de Dios miran siempre lo que haces, los tuyos miren siempre las cosas justas, y tus párpados abiertos vayan siempre delante de tus pasos, mirando primero dónde asientas el pie, porque lo está mirando Dios. Aparta de tu boca las palabras del hombre viejo, porque Dios es Señor de las ciencias y penetra y pesa los pensamientos del corazón.

3. *Lo tercero,* Dios nuestro Señor, con su infinita sabiduría, conoce *todas las cosas que están por venir* y han de suceder por toda la eternidad aunque dependan de nuestro libre albedrío, y las tiene tan presentes como si ya hubieran sucedido o se hicieran ahora y algunas veces las revela a sus amigos; y es imposible que deje suceder lo que Él revela, porque lo está mirando del modo que ha de suceder, como si actualmente entonces sucediera; y esto es tan *propio de la sabiduría de Dios,* que ni hombre ni ángel puede conocerlo. Por lo cual dijo Isaías: «Decidnos las cosas que están por venir, y diremos que sois dioses»; como quien dice: Señal propia es de divinidad conocer las cosas que están por venir y dependen de la libertad del hombre. Pero más adelante pasa, porque no solamente conoce todas las obras que *harán* hombres y ángeles, sino todas las que *pueden hacer* usando de su libertad y de las ayudas que Él les quisiere dar con su

gracia; y con esta infinita sabiduría profundísima, traza y ordena o permite las cosas que suceden, dejando esas otras.

En lo cual, con humildad, tengo de venerar sus secretos juicios, diciendo con el Apóstol: «¡Oh alteza de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios, cuán incomprensibles son sus juicios y cuán investigables sus caminos!». Maravillosa es, Señor, tu ciencia, mucho se ha levantado sobre mí, ni es posible subir a ella; yo la venero con humildad, y te suplico que con ella traces mi vida, de modo que alcance tu eterna gloria. Amén.

PUNTO SEXTO

La divina sabiduría conoce todas las cosas posibles.

1. Ultimamente, se ha de considerar cómo la infinita sabiduría de Dios comprende y abraza todas las cosas que caen debajo de la divina omnipotencia, y que pueden ser *posibles, aunque nunca hayan de ser*, las cuales son tantas en número y perfección, que todas cuantas hemos dicho, en comparación de éstas son como una gota de agua respecto del mar Océano; porque conoce Dios infinitos ángeles, cielos y mundos, con otras infinitas trazas diferentes de ésta, y con otras perfecciones muy mayores; de modo que si durara este mundo un millón de años, conoce la sabiduría de Dios que cada día podía crear otro mundo más perfecto que éste; y después de criados todos, es infinito más lo que conoce que puede crear.

¡Oh abismo incomprensible! ¡Oh piélago inmenso! ¡Oh tesoro infinito de la sabiduría de Dios! Me gozo, Señor, que seas tan sabio que comprendas todo lo que se puede saber, sin que se te encubra nada. Y también me gozo del gozo que tienes en conocerlo por conocerte a Ti, en cuya omnipotencia está todo encerrado. Ahora, Dios mío, confieso que toda nuestra sabiduría es nada en comparación de la tuya, y que, si apenas podemos oír y entender una pequeñuela gota de tu sabiduría, ¿cuánto menos podremos conocer el inmenso trueno de tu grandeza? Y si lo que de tu sabiduría has descubierto es no más que una gota, ¿cuánta será la inmensidad de lo que en ella tienes encerrado? Grande eres en todo, y tu grandeza vence nuestra ciencia; pero gloria nuestra es ser vencidos de Ti, de quien recibimos la ciencia y grandeza que nosotros tenemos.

2. De lo dicho concluiré cómo la infinita sabiduría de Dios nuestro Señor es *infinitamente liberal en comunicarse* sin envidia, antes con mucho gusto se comunica *a les hombres* y *ángeles,* a los querubines y

serafines y a todos los espíritus bienaventurados, *y sobre todo, al alma de Cristo* nuestro Redentor y Señor, en quien depositó *todos los tesoros de su* incomprensible *sabiduría* y *ciencia*; pero aunque le dio conocimiento de todas las cosas pasadas, presentes y por venir, por toda la eternidad, como lo dice Santo Tomás, mucho más es infinitamente lo que le quedó por comunicar, porque no es posible comunicarse todo a pura creatura. Y de esta liberalidad tomaré motivo para suplicarle que me comunique esta sabiduría, enseñándome todas las cosas provechosas para mi salvación.

¡Oh Dios sapientísimo, envía tu sabiduría de tus santos cielos y de la silla de tu grandeza, para que esté conmigo y obre conmigo, y sepa lo que te agrada en todo tiempo! Ella vaya delante de mis obras, como va delante de las tuyas; ella me acompañe en todo lo que hiciere, como te acompañó en todo lo que hiciste, y ella sea el último fin de mis pretensiones y me lleve adonde te vea claramente con la luz que de ella procede, por todos los siglos. Amén.

MEDITACIÓN 16

DE LA OMNIPOTENCIA DE DIOS

PUNTO PRIMERO

La omnipotencia de Dios es infinita.

Lo primero se ha de considerar cómo Dios nuestro Señor, trino y uno, es *infinitamente poderoso para hacer todas las cosas que quisiere,* sin tasa ni limitación alguna en el número, grandeza y perfección; por razón de lo cual se llama omnipotente y todopoderoso, cuya omnipotencia consiste en que puede hacer todas las cosas que su infinita sabiduría ve ser posibles, en las cuales no hay repugnancia ni contradicción alguna para que puedan ser. Y en este sentido dijo el ángel a la Virgen que no es imposible a Dios toda palabra; esto es, toda y cualquier cosa que hombres y ángeles y el mismo Dios pueden concebir con su entendimiento, que no hay contradicción en que sea. Y el mismo Señor dijo por Jeremías: «¿Por ventura será para Mí dificultosa cualquiera cosa?». Que fue decir: Nada me será dificultoso, sino todo me será posible y fácil de hacer.

1. En esto se pueden ponderar *tres excelencias. La primera,* que Dios nuestro Señor puede hacer de nuevo *infinitamente muchas más cosas de las que ha hecho;* porque todo lo que ha hecho es casi nada en comparación de lo que puede hacer, y después de haberlo visto todo, puedo decir con el Eclesiástico: «Muchas cosas nos están escondidas mayores de las que hemos dicho de Dios, porque son muy pocas las que hemos visto».

¡Oh Dios omnipotentísimo, me gozo de tu grandiosa omnipotencia, con la cual puedes hacer infinitamente más de lo que yo puedo alcanzar! ¡Si tan maravilloso eres en las obras que has hecho, cuánto más maravilloso serás en las que puedes hacer! Glorifica, alma mía, a tu Dios cuanto pudieres, pues por su omnipotencia merece mucho más de lo que puedes.

2. *La segunda* excelencia es que puede Dios hacer *cuanto quisiere en las cosas que ha hecho, mudándolas, trastocándolas* y *revolviéndolas a su voluntad,* porque, como dice el mismo Eclesiástico: «Él es todopoderoso sobre todas sus obras», porque puede más de lo que ha hecho, y en lo que ha hecho puede hacer lo que quisiere. Puede hacer que pare el sol como en tiempo de Josué, y que vuelva atrás, como lo hizo en tiempo de Ezequías, y que no dé luz, como en tiempo de la Pasión de Cristo; puede hacer lo que quiere del mar, de los vientos, de la tierra y de todos los vivientes, como lo hizo en la ley vieja por medio de Moisés, y en la ley nueva lo hizo Cristo nuestro Señor cuando vivió en esta vida mortal, y cada día va haciendo nuevos milagros, y los puede hacer mayores que los que ha hecho. Y ponderando esto, puedo añadir lo que añade el Eclesiástico: «Terrible es Dios y grande vehementemente, y maravillosa es su potencia» y, por consiguiente, dignísimo de ser creído y de que todos demos crédito a lo que la fe nos revela de sus maravillosas obras y milagros.

3. *La tercera* excelencia es que puede la omnipotencia de Dios *ejecutar* cuanto la divina voluntad puede *querer;* porque si Dios quisiera con eficacia alguna cosa y no la pudiera hacer, fuera miserable y no fuera Dios. Por lo pasado podemos sacar lo futuro y posible, porque como Dios hizo todas las cosas que quiso, así hará todas las que quisiere, y podrá hacer cuantas pueda querer, como dice el Sabio. «Tienes poder para cuanto quisieres hacer»; y en queriendo algo, no te falta poder para hacerlo. De donde procede que cuando me consta de la voluntad de Dios, no puedo dudar de su omnipotencia, y cuando no me consta de lo que quiere, tengo de decir lo que dijo el otro leproso al Redentor: «Señor, si quieres, puedes».

¡Oh Dios omnipotentísimo, delante de tu omnipotencia derramo mi alma con todas sus necesidades y miserias, y con todos sus deseos y aficiones; tu voluntad es justa, y sabes lo que me conviene; si quieres sanarme de mis enfermedades, puedes fácilmente hacerlo; si quieres darme lo que te pido, luego puedes darlo! Me gozo de que tu omnipotencia esté puesta en manos de tu justa y generosa voluntad, porque cuanto procediere de tal querer y poder, será bueno y provechoso para mí y glorioso para Ti, a quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amén.

PUNTO SEGUNDO

La omnipotencia es propia de sólo Dios.

Lo segundo, se ha de considerar cómo esta omnipotencia es propia de sólo Dios, aunque liberalmente da parte de ella a sus creaturas. En lo cual se han de ponderar otras excelencias.

1. *La primera,* que sólo Dios tiene, *por su naturaleza* y *esencia, el poder,* y ninguna creatura le tiene si no es participado de Dios; y por esto le llama San Pablo: «Sólo *el que puede*»; y los demás, de nuestra cosecha, somos *los que no podemos,* porque no tenemos ser ni poder, si no lo recibimos dé Dios.

2. *La segunda* excelencia es que *sólo Dios,* por su omnipotencia, puede hacer sus obras *sin ayuda de otro*; todas las demás creaturas no pueden hacer nada, si no es que la omnipotencia de Dios obre con ellas. Ni el sol alumbrará, ni el fuego quemará, ni el hombre andará, ni hará cosa alguna, si la omnipotencia de Dios no les ayuda y obra con ellos. Y por esto dijo Isaías, que Dios obra en nosotros todas nuestras obras; y Cristo nuestro Señor dijo que sin Él nada podíamos hacer. *De estas dos consideraciones* he de sacar *la dependencia* que tengo de la omnipotencia de Dios, y fundarme en profunda humildad, viendo que sin ella no puedo ser ni obrar, y darle infinitas gracias por la asistencia que tiene conmigo en todas mis obras, como después ponderaremos más largamente.

3. *La tercera* excelencia es que no se alza Dios del todo con su omnipotencia, sino que *da parte a sus creaturas,* para que cada una de ellas pueda hacer todas las cosas que convienen a su propia naturaleza. *Y además de esto,* añade a los hombres y ángeles otro poder muy más excelente y levantado que el que tienen por su naturaleza, y *los toma por instrumentos* y ayudadores para muchas cosas *propias de su omnipotencia,*

por lo cual vino a decir el apóstol San Pablo: «Todas las cosas puedo en el que me conforta». De suerte que, junto con la omnipotencia de Dios, soy poderoso para todas las cosas que quisiere Dios hacer en mí y por mí, y se honra Dios de que creamos esto y esperemos de Él esto, y esta fe y confianza remite la experiencia de ello. Y por esto dijo Cristo nuestro Señor a cierto hombre: «Si crees, todas las cosas son posibles al que cree». Y como dice San Bernardo: «Ninguna cosa tanto ilustra ni engrandece la omnipotencia de Dios, como hacer omnipotentes al modo dicho a los que confían en Él».

¡Oh Dios omnipotentísimo, gracias te doy cuantas puedo por la parte que das a tus siervos de tu soberana omnipotencia; en ella confío, pues Tú lo quieres, y con ella haré cuanto me mandas! ¡Oh alma mía, escoge por amigo al Todopoderoso, con quien serás todopoderosa, pues conforme a la ley de la amistad, lo que podemos por medio de nuestros amigos, por nosotros lo podemos!

PUNTO TERCERO

La divina omnipotencia, con la sabiduría y bondad, es principio de todo nuestro bien.

1. Lo tercero, se ha de considerar, como conclusión de todo lo que hasta aquí se ha dicho, que la omnipotencia de Dios *siempre se emplea en hacernos bien* y es principio y fuente de donde proceden y manan todos los beneficios divinos de que gozamos, juntamente con la sabiduría y bondad o caridad de Dios; porque *estos tres atributos son los tres dedos* de quien tiene Dios *colgada la tierra*, como dice el santo profeta Isaías, y también tiene colgados de estos tres dedos los cielos, los ángeles y los hombres y todas las creaturas del mundo; porque con ellos los crea, sustenta, gobierna, ayuda y lleva a su último fin. *Con la sabiduría* conoce y traza lo que ha de hacer; *con la bondad* y caridad lo quiere, y *con la omnipotencia* lo ejecuta, y con todas tres se emplea en hacernos grandes bienes; *el Padre, con la omnipotencia* que se le atribuye por apropiación; *el Hijo, con la sabiduría,* y el *Espíritu Santo, con la bondad*; y todas tres Personas, con todas tres perfecciones, porque cada una las tiene tocias con la misma unidad, porque en Dios son una misma cosa.

2. *Con este espíritu he de entrar en las meditaciones* siguientes *de los beneficios divinos,* que comenzaron desde la creación del mundo, procurando que toda la máquina de mi vida y de mis consideraciones

estribe principalmente en estos tres dedos de la sabiduría, omnipotencia y bondad de Dios, correspondiéndole con los actos y afectos de *las tres virtudes teologales,* fe, esperanza y caridad, que responden a estos tres atributos: la fe, a la sabiduría; la esperanza, a la omnipotencia; la caridad, a la bondad de Dios; aunque todas tres virtudes y sus actos miran a todos tres atributos juntos.

¡Oh Dios trino y uno, tan sabio como poderoso, y tan poderoso como bueno, y en todo infinito!; ilustra mi entendimiento con tu divina sabiduría, aficiona mi voluntad con tu soberana bondad, y fortalece mis potencias con tu admirable potencia, para que conozca los innumerables y soberanos beneficios que de Ti han procedido, y por ellos te ame con fervor, y te sirva y obedezca con fortaleza por todos los siglos. Amén,

MEDITACIÓN 17

DE LA OMNIPOTENCIA DE DIOS EN LA CREACIÓN DEL MUNDO, Y DE LA GRANDEZA DE ESTE BENEFICIO

PUNTO PRIMERO

Dios creó todas las cosas.

Lo primero, se ha de considerar *el articulo principal de nuestra fe,* en que confesamos que Dios nuestro Señor, con su poder infinito, al principio *creó ciclos* y *tierra* y *todas las cosas visibles e invisibles* que hay en el mundo, de modo que ninguna hay grande ni pequeña la cual no traiga origen de Dios conforme a lo que dice San Juan del Verbo divino: «Todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él no fue hecha cosa alguna de cuantas han sido hechas». y por consiguiente, yo también soy hechura de Dios, y de Él he recibido el ser que tengo.

1. En este artículo se ha de ponderar, lo primero, cómo todas cuantas cosas hay fuera de Dios tuvieron *principio* y *comenzaron a ser,* como antes no fuesen. De suerte, que antes de la creación del mundo que cuenta la divina Escritura, no había cosa alguna fuera de Dios; todo era nada, y sólo Dios era, de quien todas las cosas recibieron el ser que tienen; y, por consiguiente, si yo me considero en mi origen, soy nada, no sólo cuanto al

alma, sino cuanto al cuerpo, porque aquello de que fui hecho, algún tiempo era nada.

De donde me moveré a dar infinitas gracias a Dios, que con su omnipotencia me sacó del abismo de la nada, y me fundaré en esta profunda humildad, diciendo con el Apóstol: «¡Oh alteza de la sabiduría y omnipotencia de Dios!, ¿quién le dio algo primero para que esté obligado a pagárselo?» Él es el primero que dio a todos todo lo que tienen y a quien todos deben dar gracias por todo lo que poseen; porque de Él, por Él y en Él son todas las cosas, a quien se debe toda la honra y gloria por todos los siglos. Amén.

2. Lo segundo, se ha de ponderar cómo Dios nuestro Señor, *libremente* y *de su voluntad pura* y *graciosa,* creó estas cosas, sin que hubiese quien le forzase; porque ni le forzaron merecimientos, pues no había quien mereciese; ni le forzó su necesidad o interés, porque sin sus creaturas era bienaventurado y ninguna necesidad tenía de ellas; ni le forzó la bondad de las creaturas, porque es muy limitada, y no necesita a ser amada de nadie, cuanto más de Dios; y así, por sola su bondad y misericordia se movió a crearlas para Sí mismo y para gloria suya.

¡Oh alma mía, alaba y glorifica a tu Creador por tan soberano beneficio como te ha hecho, sacando tantas cosas, y a ti con ellas, del abismo de la nada para darte el ser que tienes; y pues quiso crearlas y crearte por sola su libre voluntad/porque era bueno, emplea todo tu ser y cuanto tienes en servirle con tu libre voluntad, solamente porque es bueno, y porque te creó sin merecerlo!

3. Lo tercero, se ha de ponderar cómo Dios nuestro Señor, en esta obra, *no tuvo otro ejemplar ni modelo que a Sí mismo*; de suerte que sólo Él fue la *causa eficiente* que hizo todas las cosas, y *el fin último* a quien las ordenó, *y el ejemplar* de donde las sacó; porque descubriendo con su infinita sabiduría todas las cosas que podía hacer y la traza y orden de ellas, escogió con su libre voluntad este orden de creaturas que hay en el mundo, y con su omnipotencia le ejecutó, y por consiguiente, como entonces dejó infinitas creaturas en el abismo de la nada y escogió crear las que creó, así dejando infinitas almas en el mismo abismo, escogió entre otras la mía, para crearla a su tiempo; por lo cual le debo infinitas gracias, acordándome de lo que le dijo a Job: «Cuando Yo creaba al mundo, ¿sabías tú que habías de nacer y los años que habías de vivir?». Como quien dice: Tú no lo podías saber, pero Yo lo sabía, y por mi bondad estaba determinado a ello.

¡Oh Dios sapientísimo y poderosísimo!, ¿qué viste en mi alma para querer crearla, dejando otras innumerables en el abismo de la nada? ¡Oh *fin último* de todas las creaturas!, ¿por qué creaste más a esta miserable, que a otras muchas que te glorificaran mejor que ella? ¡Oh *ejemplar* de todas las cosas que se pueden crear!, ¿por qué quisiste crearme a mí más que a otros muy mejores, de quien también eras ejemplar? No hay otra causa. Dios mío, sino tu pura y santa voluntad, por la cual me creó tu omnipotencia, dándome el ser que tengo porque quiso; y pues tan liberalmente lo has hecho conmigo, yo te serviré siempre, porque así lo quieres. Tú serás mi último fin en todas mis cosas, porque así lo mandas, y a Ti miraré como a ejemplar y dechado de mi vida, porque así lo ordenas; tu voluntad, Señor mío, será siempre la mía, pues mi ser y cuanto tengo vino de ella.

PUNTO SEGUNDO

En la creación resplandece la divina omnipotencia.

Lo segundo, se han de considerar las cosas en que resplandece la omnipotencia de Dios en esta obra de la creación del mundo, reduciéndolas a tres o cuatro más principales.

1. La primera es que *no tuvo necesidad de* algunos *materiales para fabricar este mundo,* como la tienen los ángeles y hombres para sus fábricas y obras artificiales, sino *de nada* hizo las principales partes del mundo, dándolas su ser *todo* y *entero,* sin que nada de él precediese antes. De este modo creó el cielo y la tierra y las sustancias espirituales, como son los ángeles y nuestras almas, las cuales no pueden ser hechas sino de nada, para que conozcan la total obligación que tienen de servir a Dios nuestro Señor con todo, lo que son, y a darle gracias por todo, sin presumir nada de sí.

¡Oh Creador omnipotente, justo es que toda mi alma te sirva, pues de nada la hiciste! Razón es que te ame con todo mi corazón, con todo mi espíritu y con toda mi virtud, pues todo me lo diste para que con todo te amase. ¡Oh alma mía!, ¿qué tienes que no hayas recibido? Y pues todo lo has recibido de Dios, da de todo la gloria a Dios, y si de ti no tienes nada, no te gloríes si no es de tu nada; pon toda tu confianza, no en ti, que nada puedes, sino en Dios, que lo puede todo y llama las cosas que no son como si fuesen, sacándolas de la nada para que tengan ser y poder para servirle y glorificarle por todos los siglos. Amén.

2. Lo segundo resplandece la divina omnipotencia en haber hecho *unas cosas de otras* del modo que quiso; porque aunque pudiera crear de nada todos los vivientes, quiso mostrar su poder en hacer del agua los peces y aves, y de la tierra las plantas y animales; para que se entienda que tiene pleno señorío y potestad de sus creaturas, mudándolas y convirtiendo unas en otras a su voluntad; y de aquí aprenda yo a sujetarme a su señorío, alegrándome de tener tan poderoso Señor, a cuya voluntad todas las cosas están sujetas.

3. Lo tercero, resplandece en haber hecho esta obra de la creación del mundo *a solas, sin tener quien le ayudase en ella.* Yo, dice, soy el Señor que hice todas las cosas. Yo solo extendí los cielos y establecí la tierra, y ningún otro conmigo. Y aunque pudiera, después de haber creado los ángeles, servirse de ellos para hacer algunas cosas corporales, no quiso sino hacer Él solo toda esta primera obra., para que los hombres, por quien la hacía, reconociésemos vasallaje a Él solo, y a Él solo adorásemos y sirviésemos como a nuestro Creador y Hacedor de todas las cosas, dándole la gloria de ellas, como los ancianos del Apocalipsis, que decían: «Digno eres, Señor Dios nuestro, de recibir la honra y gloria y la potestad, porque Tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad fueron y perseveraron, como por ella fueron creadas».

4. Lo cuarto, resplandece la omnipotencia de Dios *en la facilidad* con que hizo todas estas cosas, *sólo con quererlo,* y *con decirlo o mandarlo,* obedeciéndole todo sin resistencia alguna y sin dilación, porque en el mismo instante que lo decía, quedaba hecho. Dijo Dios: *Fiat lux*: *hágase la luz,* y al punto se hizo. Y como dice David: «Él lo dijo, y todas las cosas quedaron hechas; Él lo mandó y todas las cosas fueron creadas». De donde sacaré, por una parte, una *grande admiración* de la omnipotencia de Dios, a cuya voluntad eficaz ninguno puede resistir; y por otra parte, una grande resolución de obedecer a Dios, sin contradicción ni dilación o tardanza, en todo cuanto me mandare, con una obediencia pronta, puntual, instantánea y muy perfecta.

¡Oh alma mía!, ¿por qué no te sujetas al imperio y mandamiento de tan poderoso Dios? ¿Por qué tú sola resistes a quien todas las cosas obedecen? Él te dio libertad para querer y no querer; renuncia la que tienes para resistirle, usando siempre de ella para obedecerle. ¡Oh Dios omnipotente, mándame con tal eficacia lo que quieres, que nunca contradiga a lo que me mandas!

PUNTO TERCERO

Dios creó el mundo en seis días.

Lo tercero, se ha de considerar *el modo* que tuvo *la omnipotencia de Dios en crear todas las cosas,* adornándolas y perfeccionándolas *poco a poco*; porque, aunque pudiera en un instante crearlas con toda su perfección, quiso hacerlo en espacio de *seis días* por algunos fines y motivos de nuestro provecho.

1. El primero, para que entendiésemos mejor y más distintamente *la traza de la sabiduría divina* en la creación del mundo, y aprendiésemos a meditarla, no a bulto, sino poco a poco y por sus partes, dando gracias a nuestro Bienhechor por los nuevos beneficios que cada día nos iba dando.

2. El segundo, para que entendiésemos mejor *la necesidad que había de las cosas que creó,* mirando en el primer día la falta que hacían las cosas que creó en el segundo, y en éste las que creó en el tercero, y así nos moviésemos a mayor amor y agradecimiento por cada uno de estos beneficios.

3. El tercero, para que entendiésemos en esta primera obra de la creación, cómo Dios nuestro Señor *guarda este mismo estilo en la obra de nuestra santidad* y *perfección,* comunicándola, no toda junta de una vez, sino por sus partes y grados; primero un grado, después otro, por todo el discurso de los seis días que representan el espacio de nuestra vida, hasta que llega el sábado del descanso eterno, en el cual la obra está ya perfecta y se goza el premio del trabajo. Todo lo cual se irá ponderando por menudo en las Meditaciones siguientes.

MEDITACIÓN 18

DE LAS COSAS QUE DIOS CREÓ EN EL PRIMER INSTANTE O PRINCIPIO DEL TIEMPO

El fin de esta Meditación y de las que siguen es considerar las cosas *que hizo Dios en el principio del mundo* y *en los seis días primeros,* para movernos con la consideración de estos soberanos beneficios al amor y servicio del que los hizo, meditando algunas veces en cada día de la semana las obras que hizo aquel día. Pero advierto que iré declarando *la*

obra que suena la corteza del texto sagrado, dejando para las escuelas de los teólogos la disputa del sentido en que se dice haber sido en aquel día hechas aquellas cosas, o del todo o en parte, porque para el intento de estas Meditaciones importa poco saber esto.

El texto sagrado dice: «En el principio creó Dios el cielo y la tierra. La tierra estaba vana y vacía, y las tinieblas la cubrían sobre la haz del abismo, y el espíritu del Señor se movía sobre las aguas.

PUNTO PRIMERO

Dios, en el primer instante, creó el cielo, y en él a innumerables ángeles.

1. Lo primero se ha de considerar cómo *en el principio,* esto es, en el principio *del tiempo,* el Padre Eterno, *por el principio* que es *su Hijo,* juntamente con *su Espíritu,* que es *el Espíritu Santo, dio principio* a todas las cosas, creando de la nada *el cielo* con toda su grandeza y redondez. Y con ser tan grande le tiene medido a palmos, como dice por Isaías; y con ser tan esférico y redondo, no tuvo necesidad de cimbria para hacer y sustentar esta inmensa bóveda que coge en medio toda la tierra, mostrando en esto su omnipotencia. Pero en *particular creó* entonces el supremo cielo que llamamos *empíreo,* que quiere decir *resplandeciente como fuego,* para que comprendiese dentro de sí toda la máquina del mundo visible y para que fuese corte y trono de su reino y perpetua morada de los bienaventurados, así ángeles como hombres; de donde sacaré grandes afectos de admiración alabanza y gozo por la grandeza de esta obra y de este lugar tan maravilloso, suplicando a nuestro Señor que me lleve a él pues le creó para mí.

¡Oh Dios omnipotente, que creaste de nada el supremo de los cielos, y en él asentaste tu especial morada, dando la tierra a los hijos de los hombres para que en ella mereciesen alguna morada de este cielo; concédeme que viva de tal manera en este valle de lágrimas, que llegue a vivir contigo en este paraíso de deleites! ¡Oh cielo gloriosísimo, alaba y bendice a tu Creador, y tus moradores le glorifiquen por la grandeza y hermosura que te dio, pues son bienaventurados los que para siempre moran en Ti, que eres su casa, y por los siglos de los siglos le han de alabar en ella!

2. Lo segundo, se ha de considerar cómo Dios nuestro Señor no creó este cielo *vacío de moradores* como a la tierra, sino *lleno de innumerables ángeles*, repartidos en tres jerarquías y nueve coros, y a todos en aquel mismo instante dio todas las perfecciones de naturaleza y gracia que convenía a cada uno, según la traza de la divina sabiduría. ¡Oh, qué hermoso y admirable quedaría aquel cielo con este ejército de escuadrones celestiales tan bien ordenado y concertado: ¡Oh, qué contenta estaría la Santísima Trinidad viendo aquellas tres jerarquías, cada una con tres coros en que se representaban las excelencias de sus tres divinas Personas! ¡Oh, qué contento y alegría tendrían estos nuevos soldados viéndose unos a otros, y cada uno a sí mismo, adornados con tantas perfecciones! ¡Oh, qué júbilo tendrían en aquel primer instante, conociendo al Creador, de quien tanto bien habían recibido! Con esta consideración provocaré a los ángeles que perseveraron para que glorifiquen a Dios ahora con las alabanzas que le dieron al principio, de las cuales se precia nuestro Señor, diciendo a Job: «¿Adonde estabas tú cuando a una me alababan las estrellas de la mañana y con júbilo me bendecían los hijos de Dios?».

¡Oh ángeles soberanos, que fuisteis las primicias de las obras de Dios, creados en la primera mañana y alborada del mundo: alabadle y bendecidle, porque juntamente fue vuestro Creador y vuestro Padre, dándoos el ser de naturaleza y la adopción de hijos de Dios, por su gracia; y pues poco después también por vuestros merecimientos os dio el ser eterno de su gloria, glorificadle con grandes júbilos de alegría por esta nueva merced que os hizo, suplicándole que en vuestra compañía me haga participante de ella! Amén.

En esta consideración puedo *discurrir por los coros de los ángeles,* arcángeles, principados, potestades, virtudes, dominaciones, tronos, querubines y serafines, *convidando a cada coro que alabe a Dios,* gozándome del bien que recibió en su creación y después en su glorificación, conforme a lo que en otros lugares se ha meditado, y adelante se dirá mucho más.

PUNTO SEGUNDO

Dios creó la tierra.

1. Lo segundo, se ha de considerar cómo Dios nuestro Señor en el mismo instante *creó la tierra,* poniéndola como centro en medio de la concavidad del cielo, pero de tanta grandeza, anchura y longitud, que

ninguno de los mortales la puede conocer y medir con certeza, gloriándose Dios de poder esto, como la Escritura lo testifica muchas veces. Pero en lo que más resplandece su omnipotencia es en tener una cosa de *tan inmenso peso* como *en vacío*, sin arrimo ni sustento alguno corporal y esto con tanta firmeza, que, como dice el real profeta David: No se inclinará ni se meneará a una parte ni a otra para siempre; y con tanta facilidad la sustenta, según dice Isaías, como quien tiene colgada una cosa muy pequeña de tres dedos, porque su sabiduría, bondad y omnipotencia la tienen en este lugar firmemente, y por esto dijo Job que Dios nuestro Señor fundó el peso de la tierra sobre nada. De donde sacaré *cuanto debo fiarme de la omnipotencia de Dios,* pues con sólo su querer me puede confirmar y eternizar en el bien, sin que me mueva a un lado ni a otro, y aunque la carga del cuerpo sea pesada, la virtud de Dios puede sustentarla para que no oprima mi alma, y lo hará si yo me fundo en humildad sobre mi nada, arrojándome totalmente sobre las manos del Señor.

¡Oh Dios todopoderoso, que tienes en peso la tierra, sin estribar en cosa alguna fuera de Ti, concédeme que conozca mi nada para que Tú solo seas mi firmeza y en Ti esté segura mi virtud!

2. Lo segundo, se ha de ponderar *el abismo de agua o niebla con que Dios cubrió la tierra* en el mismo instante que la creó, de modo que no pudiese ser vista atendiendo en esto al orden natural que estos dos elementos piden, y representando por aquí el estado del hombre terreno, el cual está cubierto de miserias y trabajos, figurados por el agua, y tan feo y miserable, que no merece ser visto hasta que Dios le quite esta cubierta por su infinita misericordia, en la cual confiaré que a su tiempo me librará, diciendo con el profeta Jonás: «Me cercaron las aguas hasta penetrar mi alma; el abismo me rodeó por todas partes y el piélago cubrió toda mi cabeza; pero Tú, Señor Dios mío, me sacarás de este peligro, librando mi vida de la muerte y corrupción».

PUNTO TERCERO

Dios creó la tierra vacía y vana.

1. Lo tercero, se ha de considerar cómo la tierra en este instante estaba *vana* y *vacía,* y *las tinieblas estaban sobre la haz del abismo*. De suerte, que todo el espacio que había de la tierra al cielo, ora fuese agua, niebla o aire, todo estaba en tinieblas y sin luz. En lo cual se ha de ponderar, lo primero, *la imperfección que* por entonces *tenía la tierra* y *el*

agua; porque la tierra estaba como *vana,* sin tener el fin propio de su creación, y *vacía* de arboledas y de moradores, y todo estaba *en tinieblas* por falta de luz. De modo que si la tierra y agua tuvieran entendimiento y lengua, clamaran a su Creador para que les diera la perfección que les faltaba. En todo lo cual *me puedo considerar a mí mismo,* hombre terreno y miserable, concebido en pecado por el pecado de Adán, y así en el principio de mi ser estaba vano y vacío, destituido del fin para que fui creado y vacío de la gracia y virtudes, y todo cubierto con horribles tinieblas de ignorancia y de culpa. Y *esta misma miseria tengo cada vez que caigo en culpa mortal*; y pues tengo entendimiento y lengua, he de clamar a mi Creador para que me libre de ella y perfeccione la obra de sus manos. Y además de esto, por muy santo que sea, puedo considerar que *de mi cosecha soy como tierra vana* y *vacía* y *como abismo cubierto de tinieblas,* y acordándome del tiempo que estuve de esta manera, tengo siempre de clamar a Dios, de quien está pendiente mi perfección, para que la conserve y lleve adelante hasta que alcance su fin.

¡Oh Creador mío, tierra soy vacía de todo bien, sin fruto de buenas obras y sin el fin que puedo alcanzar por ellas, y sobre todas mis miserias estoy lleno de tinieblas, sin luz para conocer mis males y el remedio de ellos! Acude, Señor, con tu misericordia para sacarme de esta miseria, y pues me has dado el ser que tengo, dame la perfección que me falta, para que tu obra sea perfecta en todos los siglos. Amén.

2. Lo segundo, se han de ponderar *las causas misteriosas* de esta diferencia de la creación *de la tierra* y *cielo* empíreo, *a) Una es* porque la tierra significa lo que tiene el hombre por su naturaleza miserable, que es ser vanidad y tinieblas y estar vacío de bienes; pero el cielo empíreo significa lo que tiene por la gracia de Dios, que es ser *igneus,* resplandeciente con la luz divina, y ardiente con el fuego de caridad, y lleno de virtudes, *b) Item,* el cielo empíreo fue creado para ser perpetua morada de los perfectos que han alcanzado su último fin, y por esto se creó con toda su perfección y lleno de innumerables moradores; mas la tierra se creó para morada de buenos y malos e imperfectos, y no para ser morada perpetua, sino de paso, y para caminar en ella a la última perfección y premio que se da en el cielo; y para significar esto, en su creación fue imperfecta y vacía de moradores y vana sin su fin. *De donde inferiré* que yo estoy *en medio de tierra* y *cielo,* para que entienda que mi cuidado principal ha de ser mirar siempre lo uno y lo otro, lo que tengo de mi cosecha, y lo que tengo por divina gracia; el estado presente que tengo de caminante y peregrino en la tierra, y el estado eterno que espero en el

cielo, y considerando mi imperfección, procuraré caminar, trazando, como dice David, subidas y crecimientos en este valle de lágrimas en el lugar donde Dios nuestro Señor me puso, hasta subir al soberano alcázar de Sión y al lugar que me tiene aparejado en su cielo empíreo.

¡Oh Dios eterno, pues tus ojos ven todo lo imperfecto que hay en mí, ayúdame para quitarlo mientras vivo en este lugar donde me has puesto, para que llegue a gozar de Ti en el que me tienes aparejado por todos los siglos! Amén.

PUNTO CUARTO

El Espíritu del Señor andaba sobre las aguas.

1. Lo cuarto se ha de considerar cómo el Espíritu del Señor andaba y se movía sobre las aguas, ponderando, *lo primero, la presencia del Espíritu del Señor,* que es el Espíritu Santo, *para perfeccionar esta obra imperfecta,* andando sobre las aguas, aunque llenas de tinieblas, imprimiéndolas virtud y eficacia para las obras y cosas que de ellas se habían de hacer, en razón de adornar y poblar la tierra. En lo cual se representa *cuán propio es del Espíritu Santo socorrer a los necesitados,* aunque estén en tinieblas y sombra de muerte, y llenos de muchas imperfecciones, imprimiéndoles con su inspiración y moción interior, virtud y eficacia para volverse a Dios y hacerse capaces de su luz y de sus dones, y para ser instrumentos de las obras grandiosas que ha de obrar en ellos. También se representa, como dice la Iglesia, *la eficacia* y *virtud de santificación que había de comunicar a las aguas* para limpiar con ellas a los pecadores y comunicarles la gracia y plenitud de las virtudes; y así, con grande afecto invocaré a este soberano Espíritu, diciéndole:

Espíritu divino, que andabas sobre las aguas, aunque tenebrosas: ven a mi alma, llena de tinieblas, imprímela el ímpetu de tu santa inspiración, con la cual se disponga a recibir tu soberana luz y los dones de tu gracia y caridad. Amén.

2. Lo segundo, se ha de ponderar *el misterio que tiene aquella palabra,* «*ferebatur*»: *andaba* y *se movía sobre las aguas,* para denotar que el Espíritu divino, aunque en Sí mismo es inmutable, y en el cielo, que es lugar de triunfo y premio está quieto, dándose a ver y gozar con quietud eterna, pero en esta vida siempre *anda en continuo movimiento* sobre los hombres viandantes inspirándoles y moviéndoles a la virtud y a la

perfección ayudándoles a ella con su calor y protección hasta que lleven el fruto que desean ellos, porque su andar y mover no es ocioso, sino de suyo eficaz; *no porque Él se mueva* sino *porque nos hace mover a nosotros,* sacudiendo nuestra pereza y ociosidad, haciéndonos caminar al cielo y esto hace con sus hijos muy queridos. De los cuales dice San Pablo: «Los que son movidos o impelidos del Espíritu de Dios, éstos son sus hijos».

¡Oh Espíritu soberano, anda siempre sobre mí, alentándome a seguir tu voluntad, para que dondequiera que fuere el ímpetu de tu espíritu, allí camine, sin volver atrás de lo comenzado!

También tengo de ponderar cómo esta palabra *ferebatur* denota *continuación* y *asistencia* sobre las aguas, lo cual se declara por la comparación de que los santos y la Iglesia usan, diciendo que, *como la gallina está sobre los huevos* vivificándolos con su calor para sacar los pollos, así el Espíritu Santo *asistía con su virtud sobre las aguas* para producir de ellas los vivientes, *y asiste* y *preside* con su protección *sobre las almas* para vivificarlas con su gracia y para que lleven frutos de obras vivas, y nunca se aparta de ellas si ellas no le echan de sí, y entonces nos sucede lo que a los huevos que desampara la gallina, que se hacen hueros y no valen para otra cosa que para el muladar. Por tanto, *alma mía, mira lo que haces* y lo que piensas, porque no se aparte de ti el divino Espíritu, en cuya presencia consiste tu vida y por cuya ausencia te vendrá la muerte; asiste con gran continuación y cuidado a su servicio para que Él asista con gran perseverancia a tu remedio.

¡Oh Espíritu divino, de Ti ha de comenzar mi bien, porque Tú presides sobretodo lo que es bueno, no permitas que yo me aparte de Ti, para que nunca-te apartes de mí! Amén.

3. Ultimamente, ponderaré *los nombres* con que la divina Escritura llama aquí al *Creador*; es a saber: *Principio, Dios, Espíritu* y *Señor*; es *Principio,* porque da ser a todas las cosas; es *Dios,* por la autoridad y potestad con que las gobierna; es *Espíritu,* porque las perfecciona y da vida a las que son capaces de ella; y es *Señor,* porque las creó. Además de esto, como toda la Santísima Trinidad hizo esta obra, el *Hijo* se significa por el nombre del *Principio,* porque con su sabiduría dio principio a la traza de todo lo que se creó. El *Padre* se queda con el nombre de *Dios,* por la omnipotencia que tiene de Sí mismo, sin recibirla de otra persona. El *Espíritu Santo* se llama *Espíritu,* por el oficio que hizo de vivificar y perfeccionar las creaturas con su bondad; aunque todos tres lo hicieron todo, y a todos *tres* conviene el nombre de *Señor* por el señorío que tienen sobre las creaturas por título de la creación; y así, entonces, como dice

Santo Tomás, tomó Dios el nombre de *Señor* y la posesión de su señorío, porque entonces comenzó a tener creaturas, esclavos y criados de quien fuese Señor y a quien pudiese mandar. Por lo cual le daré el parabién de este nuevo nombre con un corazón muy agradecido.

¡Oh Dios eterno, cuyo señorío, cuanto a la potestad, es eterno; gracias te doy porque te dignaste de crear tantas creaturas de las cuales fueses legítimo Señor! Me gozo de que seas Señor nuestro, Señor de todos los señores y único Señor de quien todo señorío procede. Y pues eres mi Señor, mira por mí, que soy creatura tuya, toma posesión de mí, de modo que como fiel siervo siempre me ocupe en servirte a Ti por todos los siglos. Amén.

MEDITACIÓN 19

DE LAS COSAS QUE HIZO DIOS EL PRIMER DÍA

«Dijo Dios: Hágase la luz, y fue hecha la luz; y vio Dios a la luz que era buena, y la dividió de las tinieblas, y a la luz llamó día, y a las tinieblas noche».

PUNTO PRIMERO

Creación de la luz.

1. Lo primero se ha de considerar cómo Dios nuestro Señor, viendo las tinieblas en que estaba el mundo, para perfeccionarle *hizo ante todas cosas la luz,* como quien enciende un hacha en una casa muy oscura para que pueda entrar gente dentro de ella; ponderando cuán miserable estuviera el mundo sin esta luz corporal y cuántos bienes trae consigo. Porque ella descubre las obras de Dios y las cosas hermosas y vistosas del mundo. Sin ella no podemos ver ni andar, ni hacer convenientemente las obras corporales. Es causa de grande alegría en todos los vivientes, y con ella se causan grandes influencias y virtudes para su conservación; por todo lo cual, viendo Dios la luz, dijo que era buena y muy conveniente para el fin del universo y muy provechosa para todos los vivientes; de donde tomaré motivos para *dar gracias a Dios por este beneficio de luz,* y cada día que sale el sol y de nuevo causa la luz, alabaré al Creador por ella,

y porque *me dio ojos para verla* y *gozarla,* y por la alegría que con ella recibo, acordándome de lo que dijo el ciego Tobías: «¿Qué gozo puedo tener estando en tinieblas sin ver la luz del cielo?». También sacaré propósitos de aprovecharme de esta luz para el fin que Dios la creó, para ver sus obras y glorificarle por ellas, condoliéndome de los pecadores que aborrecen cosa tan buena para pecar más a sus anchuras, conforme a lo que dijo Cristo nuestro Señor: «El que hace mal, aborrece la luz, porque no se sepan sus obras».

2. De aquí subiré a considerar *la excelencia de la luz espiritual con que Dios perfecciona las almas* que viven en tinieblas y en oscuridad y sombra de muerte, y de sí no tienen otra cosa que tinieblas de ignorancia y culpa; la cual luz comunica Dios con grande gusto, porque gusta de que todos le conozcan y vean sus gloriosas obras, y con ella vean lo que han de hacer y cómo le han de servir y han de caminar a la vida eterna; y por medio de esta luz les comunica influencias celestiales de grandes virtudes, y llena sus corazones de alegría. Por lo cual, viendo Dios esta luz, dice que es buena, y con excelencia buena con todo género de bien honesto, útil y deleitable, porque es muy conveniente para el fin sobrenatural de la gracia es principio de las virtudes, provechosa para todas las buenas obras y deleitable en el ejercicio de ellas; y si tantas gracias debo a Dios por la luz corporal, ¿cuánto mayores he de dar por esta luz espiritual, que es incomparablemente mejor?

¡Oh Padre de las lumbres, de quien todas proceden, gracias te doy por estas dos luces que hiciste para alumbrar mi cuerpo y alma! Alabado seas mil veces por la luz corporal con que veo todas las cosas visibles, y millones de veces seas glorificado por la luz espiritual con que veo las invisibles. Mira, Dios mío, la oscuridad de mi alma, compadécete de ella, y pues Tú eres la fuente de la luz, alumbra con ella mis tinieblas. ¡Oh resplandor de la gloria del Padre, Luz de quien procede la luz, Luz de Luz, Fuente de la luz y Día que alumbras el día, sácame de las tinieblas en que estoy y hazme hijo perfecto de la luz! Convierte mi noche en día para que camine creciendo como luz de la mañana hasta el día perfecto de tu eternidad. Amén.

Al modo de este coloquio, sacado en parte de un himno de la Iglesia, se pueden hacer otros, tomados de los mismos himnos que se cantan en los maitines, laudes y vísperas de las ferias, los cuales están llenos de afectos y alabanzas de esta luz.

PUNTO SEGUNDO

Por qué Dios hizo la luz el primer día.

1. Lo segundo, se ha de considerar *el modo* que tuvo Dios en hacer la luz, ponderando *tres cesas*: *la primera,* que hizo la luz *el primer día,* porque la luz corporal con su presencia es causa del día, y sin ella no hay día; y la luz espiritual es la primera perfección y como primicias de la perfección cristiana sin la cual no hay dar paso en ella, porque, como dice David: «Vana cosa es levantarse antes de la luz». Y así, tiene cuidado nuestro Señor de prevenirnos al principio de la vida, y cuando estamos en tinieblas, con alguna ilustración y *rayo* de su clarísima luz, para que podamos caminar y trabajar en su servicio.

¡Oh Luz verdadera que alumbras a todo hombre que por el uso de la razón entra en este mundo, me previene con tu luz para que te conozca y ame, ayudándome a prevenir la luz del sol para que ocupe la primera parte del día en adorarte y bendecirte por la grandeza de las misericordias con que me previenes para remediar mis miserias!

2. *Lo segundo,* se ha de ponderar que Dios nuestro Señor en este primer día *solamente hizo la luz,* aunque pudiera hacer otras muchas cosas, pareciéndole bastante empleo de aquel día sola esta obra, y que la luz hiciese su curso por el hemisferio del mundo, desterrando las tinieblas y haciendo entero el día. Con lo cual significaba *la estima que tenía de la luz,* y la que nosotros debemos tener *de la luz espiritual,* ocupándonos totalmente en procurarla, y gastando a veces algún día entero o alguna hora del día en atender a sólo esto, dando de mano a otras ocupaciones hasta cumplir nuestra tarea enteramente, y perseverando en esto hasta el fin, como persevera este curso de la luz todos los días.

¡Oh sabiduría divina, que saliste de la boca del Altísimo, primogénita antes de todas las creaturas, y después hiciste que naciese en el cielo una luz perpetua que nunca faltase, comunícame parte de tu soberana luz, con tanta firmeza que nunca desfallezca, hasta que la reciba cumplida en tu eterna gloria! Amén.

3. *Lo tercero,* se ha de ponderar cómo *toda la Santísima Trinidad,* con su imperio amoroso y con grande gusto, *hizo esta luz* y *se agradó de ella.* Lo cual denotan aquellas palabras de la Escritura: «Dijo *Dios:* Hágase la luz.» Esto es, *dijo el Padre* por su Hijo, que es *su Palabra* eterna: hágase la luz, y al punto quedó hecha. Y viendo con su sabiduría que era buena con su *Espíritu de amor* la aprobó y *se agradó* de ella; y como es

propio de la bondad comunicarse, quiso que la luz se fuese comunicando por el hemisferio del mundo como está dicho.

¡Oh Trinidad Beatísima, me gozo del buen agradamiento que tienes en la luz creada, por el gusto que te da la Luz increada! ¡Oh Padre soberano por el amor que tienes a tu Hijo, te suplico digas dentro de mi alma: *Fiat lux: hágase aquí la luz,* porque luego se hará! Y hazla, Señor, de manera que me santifiques, para que tu santo Espíritu venga con ella y more en esta casa de su luz por todos los siglos. Amén.

PUNTO TERCERO

Divide Dios la luz de las tinieblas.

1. Lo tercero, se ha de considerar cómo Dios *dividió la luz de las tinieblas,* y a la luz llamó *día* y a las tinieblas *noche,* queriendo que en la tierra hubiese sucesión de luz y tinieblas, de días y de noches, para que los hombres trabajasen de día con la luz, y descansasen de noche con las tinieblas, cesando del trabajo para dar alivio al fatigado cuerpo. En lo cual se descubre la suave providencia de este Señor, que así proveyó lo conveniente para nuestros cuerpos.

Por lo cual le debo dar gracias, así por la luz como por las tinieblas, convidándolas a que alaben a Dios con aquellas palabras del cántico: «Bendecid al Señor la luz y las tinieblas, los días y las noches: alabadle y glorificadle por todos los siglos». Amén.

2. Pero subiendo de aquí a contemplar lo *espiritual,* ponderaré la diferencia que hay entre *Dios* y *los hombres* y *entre el cielo* y *la tierra*; porque Dios nuestro Señor, como dice San Juan, *es la misma luz,* sin que haya en Él tinieblas; y los bienaventurados en el cielo, por la participación de su gracia, siempre *son luz* sin mezcla de tinieblas. Y en el cielo, como se dice en el Apocalipsis, no hay sucesión de noches y días, porque allí no hay noches; pero en la tierra hay de todo, con mucha sucesión y división, *a)* Porque, *lo primero,* unos hay *buenos,* que viven como hijos de la luz y como quien anda de día; otros son *malos,* que viven como hijos de tinieblas *y* como quien anda de noche; y *uno mismo,* en un tiempo es hijo de luz, y en otro de tinieblas. Y Dios divide a éstos, aprobando los unos y reprobando los otros. Porque, como dice San Pablo, no conciertan bien ni puede tener compañía luz con tinieblas.

Por tanto, alma mía, mira cómo vives, y llégate al bando de los hijos de la luz, para que cuando venga el supremo Juez a dividirlos de los lujos de las tinieblas, te quepa su dichosa suerte, gozándote con ellos en 1a. eterna gloria. Amén.

b) Además de esto, en la tierra hay gran *división, de luz* y *tinieblas,* de días y noches, en varios hombres, aunque sean justos, y en uno mismo en diversos tiempos, porque *ya está en prosperidad, ya en adversidad,* ya en honra, ya en deshonra, ya en devoción de espíritu, ya en sequedad de corazón, ya con grandes ilustraciones interiores, ya con grandes nieblas y falta de ellas.

Y esta división hace Dios *para ejercicio de sus escogidos,* y la aprueba, y se agrada de ella; porque conviene esta sucesión de la luz y tinieblas para el bien de su alma, y así, me tengo de alegrar de ella, y darle gracias por lo uno y por lo otro, pues su providencia lo trazó para darme por este camino la eterna luz de su bienaventuranza.

¡Oh Padre soberano, que con tus palabras apartaste la luz de las tinieblas: alumbra nuestros corazones de modo que alcancemos la luz de la ciencia y claridad divina que resplandece en el rostro de tu Hijo, imitando aquella claridad de su vida, para que después gocemos de su gloria! Amén.

3. *Finalmente, ponderaré* que, *pues Dios puso nombre a la luz* y *a las tinieblas,* llamando a la luz *día y* a las tinieblas *noche,* yo estoy obligado a conformarme con los nombres que de tal sabiduría procedieron, *teniendo por luz* y *por día,* por virtud, santidad y prosperidad a lo que Dios tiene por tal y llama por tal nombre; y de la misma manera, *teniendo por tinieblas* y *por noche,* y por vicio y culpa y adversidad a lo que Dios pusiere tal nombre, porque no me comprenda la miserable amenaza del profeta, que dice; «¡Ay de los que llamáis bien al mal, y mal al bien, confundiendo las tinieblas con la luz, y la luz con las tinieblas!».

¡Oh Luz inmensa, alumbra nuestros corazones con la luz de la ciencia y claridad que resplandece en el rostro de Jesucristo, para que nuestro sentir, hablar y obrar sea en todo conforme al suyo, pues quien le sigue no anda en tinieblas, sino siempre tendrá la luz de vida, gozando con Él de su eterna gloria! Amén.

MEDITACIÓN

LAS COSAS QUE HIZO DIOS EN EL SEGUNDO DÍA

Dijo Dios: «Hágase el firmamento en medio de las aguas, y divida unas aguas de otras», e se hizo así. Y llamó Dios al firmamento, cielo.

PUNTO PRIMERO

Crea Dios la región del aire.

Lo primero, se ha de considerar cómo el segundo día Dios nuestro Señor hizo o perfeccionó *el firmamento*, que es todo lo que ahora hay desde la tierra y agua hasta el cielo, que se creó al principio, que por lo menos es *la región del aire.*

1. En lo cual he de ponderar *la grandeza de este beneficio por los grandes bienes que nos vienen con el elemento del aire*; porque con él respiramos y vivimos, dentro de él andamos siempre, por el aire vienen las especies de las cosas que ven los ojos, los sonidos y músicas que oyen los oídos, y los olores suaves que percibe el olfato; por el aire bajan del cielo la luz y las influencias de los planetas, las lluvias, nieves y rocíos; por el aire andan los vientos y las nubes, y de él se hacen muchas cosas necesarias para nuestra vida.

Por todo lo cual tengo de dar gracias a nuestro Señor, con grande afecto, y a cada respiración que hago, atrayendo el aire fresco, había de respirar otro afecto de alabanza y amor. Unas veces provocaré a mis ojos, oídos y olfato, y a mi corazón y entrañas, que alaben a Dios por este beneficio del aire de que gozan, y por medio del cual viven y hacen sus obras. Otras veces provocaré al mismo aire y a todas las cosas que vienen y andan por él para que glorifiquen a su Creador.

2. También puedo ponderar *el secreto* de este nombre, *firmamento*; porque no era mucho llamar firmamento a los cielos, que, como se dice en el libro de Job, son macizos y fundidos como el bronce; pero, siendo el aire la cosa más fácil de moverse y alterarse que hay en la tierra, para muestra de la divina omnipotencia, se llama firmamento *por la firmeza* y *estabilidad* que tiene en permanecer y hacer los oficios para que Dios los

creó, de dividir las aguas y de henchir todos los vacíos y darnos a todos vida con permanencia, sin que jamás falte aire para respirar.

¡Oh Dios omnipotentísimo, me gozo de esta muestra que das de tu admirable omnipotencia, juntando tanta mutabilidad con tanta firmeza! Junta, Dios mío, con mi mudable naturaleza, la firmeza que procede de tu soberana gracia, para que perseverando en hacer lo que me mandas, llegue a gozar del premio que me prometes por todos los siglos. Amén.

PUNTO SEGUNDO

Providencia de Dios en la creación de las nubes.

Lo segundo, se ha de considerar cómo Dios nuestro Señor *dividió las aguas que estaban debajo del firmamento de las que estaban encima de él*, ora sean algunas aguas que tenga Dios sobre los cielos para los fines que su eterna sabiduría sabe, ora sean *los vapores* o aguas *de las nubes* que andan en este firmamento y región del aire y se convierten en lluvias. Y *hablando de éstas* que percibimos con el sentido, para considerar el grande beneficio que nos hace nuestro Señor con ellas, *ponderaré la providencia* de este Señor, la cual resplandece aquí en muchas cosas.

1. *Lo primero,* en que, viendo ser necesario dividir las aguas que cubrían la tierra para que parte de ella quedase seca y habitable de animales y hombres, quiso en este segundo día hacer primero *otra división de las aguas,* dejando las más gruesas y terrestres sobre la tierra, y levantando de ellas otras más sutiles y delicadas en la región del aire, que son las nubes, para humedecer a sus tiempos la tierra seca y fertilizarla, de modo que lleve sus frutos.

2. *Y de aquí es* que *con su providencia las gobierna* y *reparte,* llevándolas por el aire a donde quiere, para bien de los hombres, usando de esta misericordia en tiempo que clama su necesidad por ella. Y por esto se dice en Job que el trigo desea las nubes, las cuales van rodeando el mundo adondequiera que las lleva la voluntad de Dios, que las gobierna, haciendo todo lo que les manda en la redondez de la tierra, o en una región especial, o en la tierra propia donde se levantaron, o en otra muy distante, y en cualquier lugar donde su misericordia quisiere que se hallen. Y es tan grande la misericordia y amor que en esto muestra, que Él mismo se quiso llamar Padre de la lluvia y del rocío, porque con amor de padre la envía sobre la tierra para beneficio de los que moran en ella.

¡Oh Padre de misericordias, gracias inmensas te doy porque te llamas también Padre de las lluvias, repartiéndolas con amor de padre, no solamente sobre la tierra de los justos, sino también sobre las que poseen los pecadores! Derrama sobre mi alma la lluvia de tu gracia para que no sea ingrato a tan soberana misericordia, sino siempre te alabe, ame y sirva por ella. Amén.

3. *Lo tercero,* resplandece la omnipotencia y providencia de Dios, en que por una parte sustenta en el aire *tanta inmensidad de nubes cargadas de agua,* y por otra parte, cuando caen no bajan de un golpe, sino *poco a poco,* para que rieguen y se empapen en la tierra. Y como dice Job: «Dios es el que ata las aguas en sus nubes para que no bajen abajo todas juntas», y cuando bajan con ímpetu, Dios es el que se le da, y cuando van goteando, Dios es el que cuenta todas sus gotas, señalando el lugar donde han de caer.

¡Oh omnipotencia sapientísima! ¡Oh sabiduría omnipotentísima, te alaben las nubes y las lluvias, y las gotas del rocío te glorifiquen para siempre por el ser que les das y por el modo con que las distribuyes sobre la tierra! Y pues todo es para bien de los hombres, todos te glorifiquen y sirvan por este beneficio que de Ti reciben. Amén.

4. *Lo cuarto,* ponderaré cómo también las nubes, por la providencia de Dios *nos sirven de toldo para templar los ardores* y resplandores *del sol* recibiendo de él la luz y dándonosla más templada y moderada. Por lo cual también se dice en Job que el trigo desea a las nubes, y ellas esparcen su luz y su lluvia, con la cual templan los ardores y calores de la tierra.

Todos estos beneficios tuvieron principio en lo que hizo Dios este segundo día; y pues cada día los recibimos y gozamos de nuevo, cada día hemos de alabar y servir a Dios por ellos.

PUNTO TERCERO

Por qué llamó Dios cielo a todo el firmamento.

1. Do tercero, se ha de considerar cómo Dios nuestro Señor llamó *cielo* a todo el firmamento, aun ¡por la parte que abraza el aire, por la semejanza que tiene el aire con los cielos en estar levantado sobre nosotros y ser transparente, y sujeto en que se recibe la luz, y otras calidades que causan los. cielos.

2. *Pero, levantando el espíritu* a contemplar el misterio de las obras de este segundo día, consideraré en ellas *las propiedades del alma,* a quien Dios nuestro Señor hace *su cielo* por la santidad; la cual, después que ha recibido de su omnipotencia *la luz* con que se perfecciona el entendimiento, recibe *la firmeza* y estabilidad de la gracia y virtudes celestiales con que se perfecciona la voluntad y corazón, de modo que quien era mudable por su condición, sea firme y estable por la protección de Dios.

3. De aquí procede la división de las aguas, que son *las aficiones e inclinaciones,* las cuales solían estar mezcladas y confundidas; pero *con la divina gracia se apartan* y *dividen,* y las aficiones de las cosas de la tierra quedan en su lugar inferior, sujetas al espíritu, y las aficiones de las cosas del cielo suben al lugar superior, presidiendo sobre la carne; y aunque hay guerra entre carne y espíritu, como dice San Pablo, pero vence el espíritu y queda en superior lugar, porque la gracia de Dios es su firmamento y fortaleza, que divide con firmeza las aficiones del uno y del otro; pero de las aguas superiores del espíritu bajan de cuando en cuando lluvias de consuelos que riegan la tierra seca y estéril de la carne para que lleve frutos de buenas obras y para que corazón y carne se alegren en Dios vivo, de quien el bien de ambos procede.

¡Oh Dios eterno!, ¿cómo no te amaré por tantos bienes como de Ti recibo? Te ame yo, Fortaleza mía, Refugio mío y Firmamento mío; séame tu gracia firmamento, con la cual firmemente aparte lo precioso de lo vil, para ser amigó muy privado tuyo. Envía del cielo la lluvia de tu celestial doctrina y el rocío de tu dulce sabiduría, para que, empapado con este riego soberano, lleve frutos de santas obras que permanezcan hasta la vida eterna. Amén.

4. Últimamente, ponderaré *la causa* por que nuestro Señor *no alabó* la obra de este día diciendo que era buena, como lo dijo de la obra del día pasado y de los días siguientes.

a) La principal fue porque Dios no alaba ni se agrada del todo en las obras *hasta que están perfectas* y acabadas. Y como la división de las aguas se comenzó en este día y no se acabó hasta el día siguiente, por esto no dijo que era buena hasta el tercero día, cuando estaba acabada. Con lo cual me avisa que procure *la entereza* y *perfección de mi vida* y *de mis obras,* pues en sus ojos no es tenida por buena y perfecta la obra que tiene buen principio si tiene mal fin, ni se salvará quien bien comienza, sino quien bien acaba, y el que perseverare hasta el fin, será salvo.

B) Esto puedo ponderar más si se admite lo que dicen algunos doctores, que en este día segundo, que es el lunes, *pecaron los malos ángeles,* y *los apartó Dios de los buenos,* dejando a los buenos sobre el firmamento y a los malos debajo en el abismo, gimiendo como los gigantes debajo de las aguas. Y por esta causa dicen que Dios nuestro Señor no llamó *bueno* lo que se había hecho este día, atendiendo a la maldad y pecado que tuvo principio en él por los demonios, que comenzaron bien y acabaron mal, porque no perseveraron en la verdad y luz que habían recibido. De este ejemplo tomaré aviso para temer de mi flaqueza, mirando a los ángeles malos, y para confiar en la virtud de Dios, mirando a los buenos.

Y en este día alabaré a Dios por la merced que les hizo en darles perseverancia, y me gozaré con ellos de la gloria que alcanzaron, suplicándoles sean mis defensores contra los demonios y mis abogados con Dios, para que Él sea mi fortaleza, mi perseverancia y corona por todos los siglos. Amén.

c) También puedo ponderar *otra causa mística* de no haber dado Dios su bendición al segundo día, porque era principio de la división en los días y *señal de la desunión,* que es contraria a la unidad o unión, que es propia de la caridad; la cual le agrada mucho, y derrama su bendición sobre los que la abrazan, y niégala a los que la aborrecen y se apartan de ella. Y así, dijo David: «¡Oh, cuán bueno es y cuán alegre vivir los hermanos en unión, porque en ella puso Dios su bendición y la vida sempiterna!». Y siendo esto así, razón es que yo escoja este *uno necesario* para que llegue a gozar de aquel único día que, como dice el mismo David, se goza en la casa de Dios, y vale más que millares fuera de ella, huyendo de la división fraterna, que priva de la bendición divina.

MEDITACIÓN 21

LAS COSAS QUE HIZO DIOS EN EL TERCER DÍA

Dijo Dios: «Júntense las aguas que están debajo del cielo en un lugar, y descúbrase la tierra», y así se hizo. A lo seco llamó tierra, y a la congregación de las aguas llamó mar; y viendo que era bueno, dijo: «Brote la tierra yerba verde que lleve semilla, y árboles fructuosos que lleven

fruto según su especie, cuya semilla en ellos mismos permanezca sobre la tierra», e hízose así.

PUNTO PRIMERO

En la formación de los mares resplandece la divina omnipotencia de varios modos.

Lo primero, se ha de considerar cómo Dios nuestro Señor, el tercer día, viendo que la tierra estaba cubierta de agua, *juntó las aguas que estaban debajo del cielo en un lugar,* descubriendo su omnipotencia en muchas cosas maravillosas.

1. *Lo primero,* en que, con ser estas aguas inmensas, con sólo su imperio, en un momento o tiempo brevísimo *las recogió todas en un lugar* anchísimo y extendidísimo, que se divide en otros muchos, que llamó mares, y todas ellas, llevadas por su omnipotencia, se juntaron cada una en su lugar brevísimamente, sin resistencia, obedeciendo al divino imperio. Y así, dice David: «El abismo de las aguas cubría la tierra como vestidura; pero con tu imperio huyeron, y con tu voz como de trueno se espantaron». ¿Qué fuera ver en este día huir con increíble presteza la inmensidad de las aguas al lugar que Dios las tenía señalado? Unas fueron al Océano, otras al Sur, otras al Mediterráneo, y otras a otros mares.

¡Oh Dios omnipotentísimo, pues tan poderoso es tu imperio, recoge las aguas de mis aflicciones y pensamientos, que andan derramados por toda la tierra, y ponlos en un lugar señalado por tu voluntad, de modo que nunca se aparten de ella!

2. Pero en esto mismo resplandece también la omnipotencia de Dios nuestro Señor, porque teniendo las aguas natural inclinación a estar encima de la tierra como en su lugar natural, cercándola por todas partes como el aire cerca la tierra y agua, sin embargo de esto, en oyendo el divino imperio, dejan este lugar y *se van a las concavidades* y *honduras* que Dios les señaló, y allí están sin repugnancia alguna por el bien común universal de las demás creaturas, teniendo por propio el bien común y quietándose en el lugar que les dio el Creador.

¡Oh alma mía, aprende a obedecer a tu Creador por este nobilísimo ejemplo que te da su creatura; niega tu inclinación propia por nacer la voluntad divina, y deja tu provecho temporal por acomodarte al bien de tus hermanos! ¡Oh Dios de mi alma, ponme en cualquier lugar que quisieres,

que en éste descansará mi corazón! Si me quitares el lugar anchuroso y alto en que me habías puesto, y me mandares recoger a otro estrecho y bajo, eso quiero yo, porque gusto dejar mi inclinación por seguir la tuya, y la tuya será la mía. No quiero mi provecho sólo, sino el común de mis hermanos, y de muy buena gana cederé mi derecho por bien de ellos, pues el bien de todos será mío obedeciéndote a Ti, cuya hechura somos todos.

3. Lo tercero, resplandece la omnipotencia de Dios altísimamente en *tener a raya estas aguas del mar en el lugar donde las puso,* sin que jamás puedan salir de él ni traspasar los límites y términos que les tiene señalados; y con tener grandes menguantes y crecientes, maravillosos flujos y reflujos, horribles olas y tempestades, todo para dentro del término de la arena que Dios les señaló. Y de esto se precia el mismo Dios, diciendo a Job: «¿Quién otro que Yo puso al mar entrepuertas cuando salió con gran ímpetu del abismo de mi omnipotencia? Yo le cerqué con mis límites y le puse puertas con cerrojos, diciendo: Hasta aquí llegarás, sin pasar más adelante, y aquí quebrantarás tus hinchadas olas».

4. De esta consideración, no solamente sacaré *admiración* de la omnipotencia de Dios, sino *temor grande de ofenderle,* acordándome de lo que dice por Jeremías: «¿A Mí no temeréis, dice el Señor, y en mi presencia no os doleréis de vuestra mala vida? Yo soy el que puse a la arena por término del mar con un precepto sempiterno que siempre guardará; se alterarán las aguas, y no podrán ir contra él; se levantarán las olas, y no le traspasarán».

Oh Dios omnipotente, ¿quién no temerá ofenderte y quién no se dolerá de haberte tantas veces ofendido? Cerca, Señor, este mar de mi corazón con la cerca de tu protección, y ciérrale con las puertas y candados de tu santo temor para que nunca traspase los preceptos que me has puesto, ni las olas de mis pasiones le saquen del lugar que me tienes señalado.

5. También sacaré de aquí afectos de *confianza* en la omnipotencia de Dios, el cual, como dice Isaías, tiene las aguas en un puño y las aprieta, y hace estar a raya, aunque sean deleznables; y aunque fuese así, como dicen muchos santos, que el mar en algunas partes está más alto que la tierra, para que yo confíe que, aunque me deslice como agua y la inclinación de mi carpe me lleve a salir del lugar donde Dios me ha puesto. El me conservará y tendrá a raya para que cumpla siempre su santa voluntad.

PUNTO SEGUNDO

Maravillas de la omnipotencia divina en la tierra.

Lo segundo, se han de considerar las maravillas que hizo Dios este día en la tierra para recoger las aguas y acomodarlas a los vivientes.

1. Porque, *primeramente,* con su imperio, en un momento revolvió y *conmovió gran parte de la tierra,* que era esférica y redonda, *haciendo hondísimas concavidades* donde recoger las aguas, y *levantando altísimos montes* que fuesen como muros, con la notable variedad de llanuras, collados, valles y puertos que ahora tiene, obedeciendo la tierra en todo al divino imperio; por lo cual dice David: «Suben los montes y se bajan los campos al lugar que Tú les señalaste». De donde sacaré los mismos afectos de admiración, obediencia, temor y confianza, temblando de este Señor tan poderoso que, como dice Job, trastorna los montes de repente, primero que lo sepan los que quiere hundir con su furor; mueve la tierra de su lugar y hace temblar sus columnas y cimientos. Pero no menos confiaré en la palabra de este poderoso Dios, que dijo: «Si tuviereis fe como un grano de mostaza, y dijereis a un monte: pásate de aquí allí, luego se hará, y ninguna cosa os será imposible, porque la omnipotencia de Dios, que puso los montes en el lugar que tienen, puede facilísimamente mudarlos de éste a otro.

2. *Lo segundo,* ponderaré la omnipotencia de Dios en dejar *la tierra* tan *seca* y *enjuta* que la llamase *árida,* sin detenerse muchos días en esto, como en tiempo del diluvio, y sin menester vientos que la secasen, como secaron en una noche el suelo que dejó descubierto el mar Bermejo, porque la virtud de Dios por sí sola la secó en un abrir y cerrar de ojos.

¡Oh Espíritu divino, que eres fuego que consume y viento que abrasa!, consume en mi carne las humedades de mis aficiones terrenas, abrasa mi corazón con el amor de tus virtudes celestiales, para que el demonio, amigo de lugares húmedos y enemigo de los secos, no halle posada en mi alma, tomando Tú posesión de ella.

3. *Lo tercero,* ponderaré cómo Dios nuestro Señor, con admirable providencia, de tal manera recogió las aguas al mar, dejando la tierra seca, que juntamente *dejó en ella muchas aguas dulces de ríos* y *fuentes* repartidas por varios lugares, haciendo para esto sus concavidades y canales en ella, y unas como venas dentro de sus entrañas, por las cuales pasase el agua que salía del mar, en el cual, como dice el Eclesiastés, entran los ríos para salir otra vez de él; en lo cual se han de ponderar

algunas cosas maravillosas: *a)* La primera es *la muchedumbre de estos ríos,* fuentes y pozos tan acomodados en cada lugar de la tierra y en los más altos montes y peñas, de donde van destilando y cayendo a los valles. *b)* La segunda es *la perpetuidad* y *continuación;* porque, corriendo siempre *y* por tantos años, no ha faltado ni faltará nueva agua que siempre corra y nunca pare, *c)* La tercera es *la dulzura de estas aguas,* siendo las del mar, de donde muchas de ellas salen, muy amargas; porque la omnipotencia del Creador, colándolas por los poros de la tierra, convierte su amargura en dulzura, para que se vea cuán fácil es a Dios mudar un contrario en otro y convertir lo amargo en dulce al que le sirve de veras, *d)* La cuarta es *la utilidad grande que tienen estas aguas* para regar y fertilizar la tierra, de modo que tenga agua del cielo y agua de las fuentes y pozos que están en ella. Item, a los hombres y a los vivientes son muy necesarias para su bebida y conservación de su vida, para lavarse, bañarse y resistir el calor del fuego, sin otras admirables propiedades que tienen las aguas de las fuentes para sanar los cuerpos de muchas enfermedades. Todo esto hizo nuestro gran Dios este día con providencia de Padre, por la cual le debemos dar continuas gracias cada vez que usamos de este beneficio, y convidar al mar y tierra, a los montes y collados, a los ríos y fuentes, que alaben y glorifiquen a su Hacedor.

4. *Lo cuarto,* ponderaré cómo nuestro Señor en este mismo día dispuso la tierra de tal manera, que *cierta parte fuese gruesa* y muy a propósito para las plantas y arboledas que pensaba hacer, y *otra parte fuese como mina,* en la cual se engendrasen el oro y plata, hierro, azogue y otros metales y mixtos, necesarios para el uso y servicio de los hombres, repartiendo estas minas por diversos lugares de la tierra dispuestos para esto, como dijo Job; y es creíble que los hizo Dios luego; por lo cual también debo dar muchas gracias al Creador, que tan cuidadoso fue en proveernos de estas cosas, sin las cuales no pudiéramos pasar sin mucho trabajo. Y así, cada vez que uso de ellas he de glorificar al que me las dio. Pero he de ponderar que la divina Escritura *no hace aquí mención de la creación de estos metales,* como ni de otras cosas ocultas. Y quizá *la causa mística es,* para enseñar a los hombres *el poco caso que han de hacer de estas riquezas temporales,* en comparación con las celestiales, contemplando cómo son parte de la misma tierra, y de tan poca estima, que su Hacedor, contando las cosas que había creado, no quiso ponerlas en esta cuenta; y los que con demasía las estiman, caerán en la maldición que profetiza David contra los malos, diciendo: «Apártalos, Señor, en su vida, de los pocos, porque llenaron su vientre de tus cosas escondidas»; esto es:

apártalos del número de tus escogidos, porque hartaron su codicia con los tesoros que creaste en lo escondido de la tierra.

¡Oh Dios eterno, que creaste el oro y la plata y los demás metales para mi provecho: no permitas que con mi mal uso los convierta en mi daño; no sea instrumento para ofenderte lo que debe serlo para servirte y alabar te! Amén.

PUNTO TERCERO

Dios hermosea la tierra con yerbas y plantas.

Lo tercero, se ha de considerar cómo Dios nuestro Señor, en apartando las aguas de la tierra, dando por buena esta división, porque estaba ya perfecta y acabada, dijo luego: *Brote la tierra yerba verde,* etc. En lo cual resplandecen *dos cosas* señaladas:

1. *La primera,* que, aunque parecía bastante obra para este tercer día haber apartado las aguas de la tierra, como nuestro Señor vio que la tierra descubierta quedaba fea y muy imperfecta, no quiso que durase todo aquel día en esta imperfección *y* fealdad, dilatando para el siguiente el perfeccionarla y hermosearla, sino *luego comenzó a vestirla* y *cubrirla,* con el adorno que había de tener; en lo cual se nos representa la providencia de Dios con sus creaturas, y *la gana que tiene de perfeccionarlas;* porque como quitó a la tierra una vestidura o cubierta que la afeaba y hacía invisible, y la dio luego otra que la hermoseó e hizo muy vistosa, sin querer que ni por un breve tiempo estuviese desnuda, así también su deseo es desnudarnos la vestidura del hombre viejo, que nos hace feos, aborrecibles e indignos de que nos mire y nos miren sus ángeles, y luego quiere vestirnos la vestidura nueva de su gracia y virtudes, para que seamos hermosos y agradables a sus ojos. Y en esto desea que no haya dilación de nuestra parte, procurando no dejar para el día de mañana lo que podemos hacer en el presente.

2. *La segunda* cosa es que no quiso crear de nada las plantas y árboles que habían de adornar la tierra, aunque le fuera fácil el hacerlo, sino quiso que *la misma tierra le ayudase a ello*, y por esto dijo: «La tierra brote y produzca yerba», etc. Y así fue, porque siendo Dios el principal hacedor, la tierra le dio lo que tenía, que era a sí misma, para que de ella, como de materia, se hiciesen las plantas, aunque fuese con alguna corrupción suya. En lo cual altísimamente se nos representa que Dios

nuestro Señor, aunque desea sumamente nuestra perfección, *no quiere hacerla a solas, sino que le ayudemos nosotros,* cooperando con su divina gracia, ofreciéndole lo que tenemos, que es a nosotros mismos, nuestro corazón y libertad, para que su divina Majestad haga en nosotros y de nosotros lo que quisiere, aunque sea con alguna corrupción y destrucción de lo que tenemos, esto es, de nuestra propia voluntad y deseos terrenos, mortificando y deshaciendo el mal que hicimos: y así, con su ayuda, nosotros mismos, como dice el apóstol San Pablo, hemos de desnudarnos del hombre viejo y de sus obras, y vestirnos del nuevo y de las suyas.

¡Oh, Dios perfectísimo, fuente y origen de toda perfección, que por honrar más al hombre y conservar más entera su libertad no quieres santificarle ni perfeccionarle sin que él tenga parte en su santidad y perfección! Ve, aquí, misericordioso Señor, me presento como la tierra aparejado para recibir las plantas de las virtudes celestiales, a Ti, Señor, pertenece hacerlas con tu omnipotencia. y yo, prevenido con tu gracia, doy mi consentimiento para recibirlas, cuésteme lo que me costare, y dame lo que te pido para que te sirva como debo.

3. *Luego consideraré por menudo las cosas que hizo Dios de la tierra* con este imperio, ponderando *cinco excelencias* que manifiestan la omnipotencia y providencia con los vivientes, especialmente con los hombres, para cuyo provecho se hizo todo esto.

a) La primeva es la muchedumbre innumerable de yerbas, plantas, flores y *árboles que Dios hizo en este día,* repartiéndolas por diversas partes de la tierra, conforme a la calidad y clima de cada una porque unas plantas piden tierras frías, otras, tierras calientes, y otras, templadas, *y* en todas puso las que se podían conservar según su naturaleza; porque la divina Providencia muestra suavidad en todas sus obras, y así también suele acomodar los dones de su gracia con lo bueno de nuestra naturaleza, para que, yendo a una, obren con más suavidad y duración.

b) La segunda es la facilidad y *presteza con que hizo todas estas plantas en toda la tierra,* que tan extendida está por tantos millares de leguas y tan poblada de diversas plantas; pues en diciendo hágase, al punto se hizo, y quedó la tierra vestida de tanta variedad y hermosura, que de ella se precia el mismo Dios que la creó, diciendo: «La hermosura del campo está conmigo».

c) A esto se añade la tercera excelencia, que hizo Dios nuestro Señor todas estas plantas y árboles en la grandeza y perfección que pueden tener, y el árbol, que a su paso natural tarda muchos años en echar raíces y crecer

y llevar hojas y frutos, en un momento salió perfecto con todo esto; porque las obras de Dios nuestro Señor son perfectas; y lo que los hombres hacemos poco a poco y con mucho trabajo, puede Dios hacerlo de presto y con grande perfección y alivio.

¡Oh Creador omnipotentísimo y perfectísimo, gracias te doy por la presteza y perfección con que hiciste tantas y tan grandes cosas en este día, sobrándote mucho tiempo para hacer otras muchas si quisieras! Muestra conmigo esta omnipotencia, abreviando con tu divina gracia lo que dilata mi flaqueza, pues es cosa muy fácil a tus ojos, de repente enriquecer al pobre.

d) La cuarta excelencia abraza los grandes e innumerables provechos que de esta obra resultan a los hombres para conservación de su vida y regalo de sus sentidos. Los ojos se recrean con la hermosura de las flores *y* florestas que Dios nuestro Señor hizo; el olfato, con el olor suavísimo que de ellas procede; el gusto, con el sabor de tantas frutas y hortalizas, unas más sabrosas que otras, y el cuerpo crece, engorda y se sustenta y cobra fuerzas con ellas. Y aunque para la conservación de la vida bastara que Dios creara el trigo, de que se hace el pan, y las vides, de que se hace el vino, quiso su providencia ser liberalísima en crear grande variedad de plantas para sustento y regalo nuestro, para quitar el fastidio con la variedad, y también para que diversos gustos hallasen proporcionados manjares con que se recreasen. Y además de esto, a muchas de ellas dio virtudes medicinales maravillosas para las enfermedades de nuestros cuerpos, de que se hacen las medicinas con que nos curamos; y para que nada nos faltase, los árboles que no dan fruta, dan siquiera madera de que hacer casas y otras cosas artificiales que usamos, y leña que cebe el fuego con que nos calentamos, sin otros muchos provechos que sería largo de contar.

e) Y, finalmente, *para que estas cosas durasen* perpetuamente, dio virtud a las plantas y árboles que hizo en este día para que *produjesen semillas* de que naciesen otras semejantes, como al ojo lo vemos cada día.

4. *Con estas cinco consideraciones,* y *con cada una de ellas,* levantaré mi corazón a glorificar a Dios por estas cosas que creó para conservación y regalo de mi vida y de los animales que gozan de ellas y me sirven a mí, pues aunque yo no como la hierba, pácela el carnero y oveja que yo como, y aunque no sea mi sustento la cebada, lo es de la cabalgadura en que ando. Y así, con mucha razón, dijo David que produce Dios heno para las bestias y hierba para servicio de los hombres.

¡Oh vida de los vivientes, a quien todos miran, esperando que les des manjar para sustentar su vida, y abriendo Tú la mano se llenan todos de tu largueza!, gracias te doy cuantas puedo por la liberalidad con que tu mano se abrió en este día para dar adorno a la tierra, pasto a los animales, sustento y regalo a los hombres; y pues cada día prosigue tu largueza continuando este beneficio, cada día proseguirá mi agradecimiento, continuando el servicio que por él te debo.

PUNTO CUARTO

Excelencias del paraíso terrenal.

Lo cuarto, se ha de considerar cómo Dios nuestro Señor, en este mismo día, con particularísima providencia, plantó en la mejor parte de la tierra un huerto excelentísimo y apacibilísimo, tal, que por excelencia se llamó paraíso y huerto de deleites, para que fuese morada del hombre, edificándole la casa antes de crearle.

1. Las excelencias de este paraíso, principalmente fueron cinco: *la primera,* que tenía *el mejor temple del mundo* de parte del cielo, del suelo y del aire, sin demasía de frío ni de calor, y sin los nublados, tempestades y penalidades que experimentamos ahora.

2. *La segunda,* que estaba proveído de *toda suerte de árboles,* hermosos a la vista y deleitables al gusto, plantados con admirable orden y concierto, cuyo sabor y gusto era tan grande, que no echara menos el hombre el uso de las carnes y pescados que después se le concedió.

3. *La tercera,* que en medio de él estaba el *árbol de la vida,* hermosísimo y suavísimo, cuya fruta preservaba de enfermedad y vejez y de corrupción, y prolongaba la vida temporal todo el tiempo que Dios quería, hasta traspasar al hombre a la vida eterna.

4. *La cuarta,* que tenía *un río de aguas dulces* y *saludables,* copiosísimo, para regar el paraíso y dar al hombre bebida muy saludable y cordial, el cual se dividía en cuatro ríos que regaban lo restante de la tierra comarcana.

5. *La quinta,* que era *espacioso* y capaz para muchos hombres; de suerte que aunque era huerto, era tan extendido como una provincia de España o Francia. Y, en conclusión, todos los huertos y jardines que han plantado los monarcas del mundo no tienen que ver con este huerto que

plantó Dios con su providencia amorosa para que fuese habitación, no de malos y buenos, como esos otros huertos, sino de solos los buenos.

6. Pero sobre todo he de ponderar *la grandeza del beneficio que yo recibí de Dios* en este paraíso; porque su voluntad fue crearle, no sólo para Adán, sino para sus descendientes y *para mí mismo,* si Adán no pecara; y así, cuanto es de su parte, ya me le dio.

Gracias te doy, ¡oh Padre soberano!, por la voluntad que tuviste de dar al hombre dos paraísos en que morase, uno terreno y otro celestial, trasladándole del uno al otro si perseveraba en tu servicio. Te suplico, Señor, que pues ya perdí por el pecado de Adán el primero, no pierda por mis culpas el segundo. Y pues me perdonaste ya la culpa original por el bautismo, perdóname las actuales por la penitencia; consérvame siempre en el paraíso terreno de tu Iglesia con la comida del árbol de la viña que tienes en ella, para que, en viniendo la muerte, me traslades al paraíso celestial de tu gloria. Amén.

PUNTO QUINTO

Dios vio que la obra de este tercer día era buena.

Lo quinto, se ha de considerar cómo Dios nuestro Señor, acabada la obra de este día tercero, vio que era buena, porque nada le faltaba de todo lo conveniente para el fin de su creación.

1. En lo cual se ha de ponderar. *Lo primevo,* que *todas las cosas que Dios creó* para nuestro sustento *son buenas* y ninguna es mala de su naturaleza, aunque puede ser malo el uso por haberle su Majestad prohibido, como vedó a nuestros primeros padres comer la fruta del árbol de la ciencia, aunque era hermosa y deleitable; lo cual hizo para probar su obediencia. Y ahora el mismo Dios, por medio de su Iglesia, prohíbe el uso de algunos manjares; y los perfectos, o por voto o por devoción, se prohíben a sí mismos el uso de algunas cosas regaladas, para mortificar su carne. De donde sacaré gran determinación de usar de estas cosas con agradecimiento y templanza, porque si la cosa que Dios creó es buena, no es razón que el uso, por mi glotonería, se haga malo, en lo cual guardaré el consejo de San Pablo, que dice: «Toda creatura de Dios es buena, y ninguna se ha de desechar por título de ser mala, si se recibe y come con acción de gracias, porque está santificada por la palabra de Dios y por la oración»,

porque el Verbo divino la aprueba por buena, *y* la oración que acompaña la comida la hace santa.

2. *Lo segundo,* se ha de ponderar que todo lo que Dios creó en este día bueno fue, sin embargo, de que *también hizo los espinos* y algunas plantas y hierbas venenosas, porque aunque éstas sean dañosas para los hombres, son provechosas para otros animales, o *para otros fines* del universo, y aun al mismo hombre sirven de medicina mezcladas con otras, y si Adán no pecara, nunca le pudieran dañar. Y, finalmente, son instrumentos de la divina justicia, para castigar a los que usan mal de las otras cosas, y esto basta para ser buenas; pues aun de las que son muy provechosas usa Dios para castigar a los malos y desagradecidos; porque el agua a unos refresca y a otros ahoga; el fuego a unos calienta y a otros abrasa. De donde he de concluir *con cuánto cuidado debo usar de estas creaturas* en servicio de mi Creador, imaginando, que todas me dicen aquellas tres palabras que pone Hugo de San Víctor: *Recibe, paga* y *huye; recibe el beneficio, paga la deuda* y *huye del castigo*; como quien dice: Si no quieres servir a Dios por el beneficio que de Él recibes, sírvele siquiera por el castigo que te puede dar; porque la creatura que creó para tu provecho, se convertirá en tu verdugo y tormento, Este lenguaje tengo de oír y entender, en viendo las creaturas y en queriendo usar de ellas, mirando a Dios, de quien todas proceden, y por quien dice estas palabras.

¡Oh sumo Bien, de quien todo lo que procede es bueno, concédeme que use de ello con tal bondad y agradecimiento, que huya el castigo y alcance el premio, gozando de tu suma bondad por todos los siglos! Amén.

MEDITACIÓN 22

LAS COSAS QUE HIZO DIOS EN EL CUARTO DÍA

Dijo Dios: «Háganse lumbreras en el cielo que dividan el día y la noche, y sirvan de señales, y de dividir los tiempos, los días y los años, para que resplandezcan en el firmamento del cielo y alumbren la tierra»; e hízose así, porque hizo Dios dos lumbreras grandes: la mayor, para que presidiese al día, y la menor, para que presidiese a la noche y las estrellas, etc.

PUNTO PRIMERO

Excelencias del sol.

Lo primero, se ha de considerar *la grandeza del beneficio* que nos hizo Dios *en crear* la lumbrera mayor de las dos, que es *el sol,* ponderando juntamente *sus excelencias* y el fruto que de ellas se puede sacar.

1. La primera es *la grandeza de luz* que tiene, como fuente de la luz, cuyo resplandor es tan grande, que en saliendo al mundo oscurece las estrellas, y en su presencia son como si no fuesen.

2. La segunda es *la perpetuidad* y permanencia de esta luz, sin menguarse un punto ni enturbiarse en sí misma.

3. La tercera es *grandeza de cuerpo*, por razón de la cual la llama la Escritura *luminare maius,* porque es más de seis mil veces mayor que la luna y más de cien veces mayor que la tierra.

4. La cuarta es *eficacia grande en alumbrar* a todo el mundo y repartir con gran liberalidad su luz, en un momento y sin resistencia alguna, en los cuerpos capaces de ella, presidiendo como rey al día y haciéndole con su movimiento ligerísimo desde Oriente a Poniente, como dice el Salmista.

5. Además de esto, tiene *maravillosa eficacia en calentar* echando de sí rayos como de fuego, y juntamente tiene virtud en causar tales influencias, que vivifican y hacen crecer las plantas y los vivientes, ayudando a todos para su vida y conservación.

6. La sexta es que con el movimiento propio que comenzó este cuarto día, *hace la diversidad de tiempos,* que son: verano, invierno, estío y otoño. Item, *la diversidad de los días,* unos mayores que otros en diversos tiempos y lugares. Item, él hace los años, porque su entero movimiento es el tiempo que llamamos año. Para estos fines le creó Dios, mostrando su omnipotencia en hacer tan bella y tan grande creatura en un instante con sólo su querer, y por esto le llama el Sabio vaso y cosa admirable, obra por excelencia del muy Alto; por la cual he de darle gracias cada vez que sale, admirándome de la belleza y constancia que muestra en su nacimiento y carrera, conforme a lo que dice David: «Sale como desposado de su tálamo, y se alegra como gigante para correr su carrera, saliendo de un extremo del cielo, sin parar hasta llegar al otro».

¡Oh Dios omnipotentísimo, me gozo de la gloria que te da esta bella creatura, y te alabo mil veces por el bien que cada día nos haces por medio de ella! Justo es, Señor, que cuando sale el sol, yo me alegre como gigante

para correr en tu servicio la carrera de aquel día, comenzando desde la mañana, con perseverancia en el fervor, hasta la tarde.

7. De aquí subiré a contemplar cómo *el sol es símbolo* y *señal de la divinidad de Dios,* por la cual es conocida de los hombres más claramente que por otras creaturas. Y por esto dijo el Salmista que Dios había puesto su tabernáculo y morada en el sol, en quien obra cosas maravillosas, y allí le hallará quien le buscare, meditando las seis propiedades que contamos las cuales con más excelencia están en la Divinidad, de quien ellas procedieron.

¡Oh Dios eterno, Sol de justicia, Luz inaccesible, en cuya presencia, no sólo se oscurecen las estrellas, sino el mismo sol; Tú eres fuente de la luz y fuente perpetua que no se puede agotar; Tú alumbras los hombres, especialmente tus escogidos, y con tu luz les das calor vital e influencias celestiales! Tú eres el que presides sobre el sol y el día, sobre los tiempos y años, y por tu voluntad están repartidos con el orden y concierto que ahora tienen. Te alabe, Señor, el sol y el día, el invierno y el verano, el estío y el otoño, y todas las cosas te glorifiquen por la gloria que descubres en esta creatura. Amén.

8. De aquí también *aprenderé a imitar* a mi modo *las propiedades del sol,* pues del alma perfecta se dice que es escogida como el sol por la singular santidad que tiene, en la cual persevera sin mudanza, resplandeciendo con buenas obras para gloria de Dios y para dar luz y calor de espíritu a los prójimos.

PUNTO SEGUNDO

Excelencia de la luna.

Lo segundo, se ha de considerar *la grandeza del beneficio* que nos hizo Dios nuestro Señor *en crear* la segunda lumbrera menor, que es *la luna,* ponderando también *sus excelencias* para nuestro provecho.

1. La primera es *la grandeza, belleza* y *hermosura* que tiene cuando recibe del sol la luz; y no la recibe para quedarse con ella, sino para alumbrar la tierra de noche y presidir en ella, desterrando parte de las tinieblas que se hacen con la ausencia del sol.

2. La segunda es *la armonía con que va siguiendo al sol,* de tal manera que siempre tiene luz en la parte que le mira de lleno, y en la otra, como dice el Eclesiástico, va menguando hasta que se acaba, y luego va

creciendo maravillosamente hasta que se llena, llegando en lo uno y en lo otro hasta lo sumo.

3. La tercera es *la virtud grande que tiene de causar influencias* y efectos maravillosos en la mar y en los vivientes, aunque muchos no alcanzamos y otros experimentamos.

4. La cuarta es que *con su movimiento* propio *es* también *señal de los efectos que causa* y *de la variedad de los tiempos del año,* y especialmente, como dice el Eclesiástico, es causa de los meses, porque su propio movimiento tarda un mes, poco más o menos. Con estas consideraciones he de avivar en mí los afectos de alabanza y agradecimiento a Dios nuestro Señor por la creación de tan hermosa creatura y por los bienes que de ella reciben las demás.

5. Pero levantando más el espíritu, contemplaré cómo *la luna es símbolo* y *señal de la hermosura de las almas santas,* a las cuales llama Dios hermosas como la luna, cuya hermosura y resplandor consiste en mirar siempre al Sol infinito de la Divinidad y recibir de Él la luz y resplandor de su divina gracia y de sus dones y virtudes, procurando, por una parte, menguar y descrecer en su estima hasta llegar con su propio conocimiento al profundo de su nada y de la oscuridad que tiene de suyo, y por otra parte, procurando crecer en las virtudes hasta la plenitud de la gracia y hasta la consumación y perfección de ella.

¡Oh Sol de justicia, de quien depende la hermosura de la luna, concédeme que te siga con tal fervor, que siempre reciba aumento de tu gracia con profundo conocimiento de mi miseria! No permitas que imite a la luna, como los necios, en mudarme del resplandor de la virtud a la oscuridad del vicio, sino que; siendo constante en esto como el sol, me mude siempre de bien en mejor, hasta llegar al estado inmutable de tu gloria, donde te vea y goce sin fin. Amén.

PUNTO TERCERO

Excelencia de las estrellas.

Lo tercero, se ha de considerar *el grande beneficio* que nos hizo Dios en la creación *de las estrellas,* ponderando *sus excelencias* y maravillas.

1. La primera *es su muchedumbre,* que es innumerable a los hombres, como lo son las arenas del mar, y así se precia Dios de saber su número y de conocer a cada una por su nombre; y con ser *tantas* y *tan bellas,* y

muchas *de extraordinaria grandeza,* en un momento las creó y puso en el firmamento, donde *están fijas, con admirable orden* y *concierto,* como un ejército de soldados muy concertados; y así, las llama la Escritura escuadrones celestiales, guardando cada una su puesto con gran firmeza, y haciendo maravillosas figuras unas con otras, ordenadas, como dice Job, por el Creador, y se precia de ello por ser tan admirable,

2. La segunda excelencia es que juntamente con la luna *presiden,* como dice David *en la noche*, o *nos alumbran* y sirven de guías para las jornadas y navegaciones, y con su presencia hermosean y adornan grandemente el cielo cuando se descubren en la oscuridad de la noche.

3. La tercera excelencia es que todas y cada una de ellas *causan* maravillosas *influencias* en la tierra, en los vivientes y en los hombres; y aunque son ocultas, no por eso dejan de ser muy provechosas; por las cuales debemos a Dios tantas gracias como por las manifiestas, pues las ordenó para nuestro bien; y así, dice el Eclesiástico que obedecen a las palabras del Santo para ejecutar lo que ordena, y nunca duermen ni desfallecen en sus vigilias; y el profeta Baruch añade; Que en llamándolas Dios, dicen muy alegres: aquí estamos, y alumbran con alegría en servicio del que las crió. Todo esto me ha de ser motivo de alabar a Dios, procurando, en agradecimiento de este beneficio, imitar las propiedades dichas, en que son símbolos de las almas justas, especialmente de las que con ejemplo y palabra enseñan a otros la virtud; por lo cual, como dice Daniel, resplandecerán en el cielo en perpetuas eternidades.

Gracias te doy, amantísimo Creador, por la hermosura que diste a tan innumerables estrellas, distribuyéndolas por el cielo con admirable concierto, dando a cada una su propio lugar, su propio resplandor y propio oficio. ¡Oh, cuán más admirable será el ejército de estrellas que tienes en tu supremo cielo, distribuido con el mismo orden y concierto, conforme a los merecimientos que tuvieron en la tierra! Concédeme. Señor, que sea yo estrella de la Iglesia militante, guardando como fiel soldado mi puesto, haciendo mis vigilias sin cansancio y obedeciendo a tus preceptos con alegría, para que, luciendo aquí para tu gloria, alcance gran lugar en la Iglesia triunfante, reinando contigo por todos los siglos. Amén.

PUNTO CUARTO

Afectos que despierta la hermosura del sol, luna y estrellas

Lo cuarto, se ha de considerar cómo Dios nuestro Señor, hecha esta obra, vio que era buena, y *se agradó mucho* de la perfección que puso *en ella*, ponderando cómo es tanta la belleza y hermosura que dio en *este cuarto* día al sol, Juna y estrellas, que, deslumbrados los *hombres* rudos, vinieron a pensar que eran *dioses* y *rectores o gobernadores de* todo el mundo, *pareciéndoles que tanta* bondad y perfección no *cabía sino en lo que* era Dios; pero esto mismo nos *ha de provocar a dos excelentes afectos:*

1. *El primero es admiración de la omnipotencia* y *soberanía de nuestro* gran *Dios,* porque quien tan *bellas creaturas* pudo hacer, sin duda será incomparablemente más *bello y* admirable que ellas, *y como dice el Sabio: Si* tanto gusto nos da la hermosura *de estas* creaturas, muy mayor nos le debe dar *la hermosura del Creador* si le conociésemos por *ellas.*

¡Oh Dios soberano, engendrador de la hermosura, no permitas que se cieguen los hombres con su resplandor, mirando al sol cuando nace y a la luna cuando resplandece, besando su mano en señal de adoración! Ábreles, Señor, los ojos para que entiendan que son hechura tuya y morada donde te han de hallar, glorificándote como a Dios, de quien todas procedieron.

2. *El segundo afecto es amor grande a quien nos amó tanto, que creó* creaturas tan nobles y hermosas para *servicio nuestro, y* para que fuesen como creadas *y esclavas* nuestras. Por lo cual dijo Moisés a su *pueblo: «Mira que cuando* veas el sol, luna y estrellas, *no las adores como a dioses,* ni honres alas que *creó tu Dios para servir* a *todas las gentes* que hay debajo *del cielo».*

¡Oh Dios omnipotentísimo y amorosísimo!, ¿quién no te amará de todo su corazón por haber criado creaturas tan excelentes para servicio de gentes tan bajas? No solamente las creaste para el servicio de los reyes, sino para servicio de los viles esclavos, y lo que es más, de los vilísimos pecadores. ¡Oh Dios altísimo, que ordenas lo que pusiste en el firmamento del cielo para servir a las gentes que viven debajo de él, concédeme que te ame con tantas veras por este beneficio, que nunca jamás desfallezca en tu servicio por todos los siglos! Amén,

PUNTO QUINTO

Del elemento del fuego.

DO quinto, se ha de considerar *la admirable providencia de Dios nuestro Señor en la creación del elemento del fuego;* y aunque el santo Moisés no hizo de él mención, porque solamente contó las cosas corporales que se ven, y este elemento en su esfera no se ve, pero aquí viene bien ponderar la grandeza y magnificencia del beneficio que recibimos en este fuego visible de que gozamos, que es muy semejante al sol.

1. Porque, lo primero, el *fuego suple la ausencia que hace el sol,* y *la luna* de noche, y dentro de nuestras casas, y en los retretes hace oficio de sol alumbrándonos con su luz, con la cual vemos a hacer de noche las cosas que con la luz del sol hacemos de día.

2. Lo segundo, también *suple la distancia del sol en el invierno,* y con su calor calienta a los que se llegan a él, deshaciendo la frialdad y el hielo y vivificando el cuerpo aterido con el frío.

3. Lo tercero, a *modo del sol, se comunica con liberalidad* y *facilidad* a todos, sin disminuir por esto, como se ve, en la luz de la candela, de la cual se encienden muchas; y a todos los que se le acercan da parte de su calor.

4. Lo cuarto *es instrumento universal* y *eficaz para cocer* y *sazonar los manjares que comemos,* y *para purificar* y *labrar los metales;* él consume las humedades con su sequedad, y ablanda y derrite las cosas duras con su eficacia, y hace otros maravillosos efectos para nuestro provecho; por los cuales hemos de glorificar al Creador, dándole gracias por la providencia con que previno el remedio de todas nuestras necesidades, atribuyendo las obras de este cuarto día a su infinita misericordia, como lo hace David, diciendo; «Alabemos al Señor, porque es bueno, porque su misericordia dura para siempre. Hizo el sol para presidir en el día, porque su misericordia dura para siempre; hizo la luna y las estrellas para presidir en la noche, porque su misericordia dura para siempre»; y también hizo el fuego para suplir la ausencia del sol y de la luna, y lucir por ellos en la noche, porque su misericordia dura para siempre y durará en sus escogidos sin fin. Amén.

5. De aquí se puede subir también a considerar cómo *el fuego,* así como el sol, *es símbolo de la divinidad,* al modo que se ponderó en las meditaciones de la venida del Espíritu Santo, añadiendo cuán propio es de nuestro Creador suplir las faltas y menguas de las creaturas y acudir a

favorecernos con socorro divino cuando se nos aumenta y esconde el humano, y cuán liberalmente se comunica como fuego a todos los que se llegan y acercan a Él; por lo cual dijo David; «Llegaos a Dios y seréis ilustrados, y nuestros rostros no serán confundidos».

Gracias te doy, ¡olí fuego infinito!, por los dos fuegos, uno corporal y otro espiritual, con que recreas nuestros cuerpos y nuestras almas. Enciende, Señor, la mía con el fuego de tu amor, para que como fuego suba a lo alto de tu divinidad, juntándose con ella en unión perfecta por todos los siglos. Amén.

MEDITACIÓN 23

LAS COSAS QUE HIZO DIOS EL DÍA QUINTO

«Produzcan las aguas, vivientes que naden y que vuelen sobre la tierra, debajo del firmamento del cielo», etc.

PUNTO PRIMERO

Creación de los peces.

Lo primero, se ha de considerar cómo Dios nuestro Señor, el quinto día. *quiso adornar el mar* y *los ríos con abundancia de moradores; esto es, de muchos grandes peces,* para muestra de su omnipotencia y providencia en beneficio de los hombres.

1. En lo cual, lo primero, ponderaré cómo quiso nuestro Señor *que las agitas tuviesen parte en la formación de los peces* que habían de vivir en ella, como la tierra en la formación de las plantas, por la razón que arriba se dijo, y así, en virtud de esta palabra: *producant aquae*, las aguas de todos los mares y de los ríos caudalosos administraron materia, de la cual Dios hizo peces que anduviesen por ellas.

2. Lo segundo, *hizo grande abundancia de ellos,* con grande diversidad de especies y varias figuras y propiedades, y entre ellos los que llama *cete grandia,* ballenas y otros de extremada grandeza, sin comparación mayor que la de los animales de la tierra, y a todos dio sus escamas y alitas y miembros proporcionados para nadar *y* moverse con gran facilidad por el espacioso mar y todos sus senos.

3. Lo tercero, los bendijo, diciendo: *«Creced* y *multiplicaos,* y *llenad las aguas del mar»*. Y porque la bendición de Dios es eficaz, bendecirlos fue darles virtud para engendrar otros semejantes con grandísima abundancia, que excede incomparablemente a la de las aves y animales terrestres; por lo cual dijo David que no tenían número; y, con ser tantos, a todos provee con su providencia de mantenimiento conveniente dentro del mismo mar, que, como madre, los cría y sustenta y trae dentro de sus entrañas. Por esta bendición, que es la primera que Dios echó a los peces, y obró tanto en ellos, se ve cuán eficaz y copiosa es la bendición de Dios sobre sus creaturas, y más sobre los hombres.

4. Lo cuarto, toda esta muchedumbre de peces hizo Dios *en beneficio del hombre,* a quien creó para que presidiese a los peces del mar, dándole industria para pescarlos y ponerlos debajo de sus pies, no solamente a los pequeños, sino a los muy grandes.

Y después del Diluvio se los dio en manjar para su sustento y regalo y otros grandes provechos.

5. Con estas consideraciones *tengo de moverme a glorificar al Creador,* admirándome, no sólo de la omnipotencia que mostró en hacer en un momento con sola su palabra tanta muchedumbre y grandeza de creaturas, sino también de la providencia paternal que descubrió para con nosotros, proveyendo los mares y los ríos de pescados tan regalados para nuestro sustento y gusto, y así puedo decir con David. ¡Oh Dios eterno, cuán grandes son las obras que has hecho con tu infinita sabiduría! La tierra está llena de las cosas que criaste, y este mar grande y espacioso con sus senos está lleno de tantos peces, que no tienen número; allí viven los grandes y los pequeños; los dragones y ballenas que hiciste andan por él jugando, cazando otros menores para su entretenimiento y sustento; pero por tu divina providencia los hombres también pasean ese mar en sus naves y juegan y se deleitan, pescando de unos y otros peces para su comida y entretenimiento.

¡Oh Gloria mía, derrama sobre mí tu copiosa bendición para que te alabe y sirva por los innumerables bienes que nos das con ellas! Sean mis juegos amarte, mis deleites servirte y mis entretenimientos pescar en el mar de este mundo muchas almas que se ocupen en tu servicio por todos los siglos. Amén.

PUNTO SEGUNDO

Creación de las aves.

Lo segundo, se ha de considerar cómo Dios nuestro Señor en este mismo día *adornó el aire, produciendo* del agua *grande muchedumbre de aves de diferentes especies*.

1. Sobre lo cual se ha de ponderal, lo primero, cómo la omnipotencia de Dios, para crear las aves, *se sirvió como de materia del agua,* especialmente del agua más sutil que está en los vapores y nubes del aire, para que también el aire ayudase a la formación de lo que había de ser adorno suyo, Y así, en diversas regiones del mundo creó muchedumbre de aves en cada una las que se podían mejor conservar, según sus calidades; y a todas echó su bendición para que se multiplicasen, como a los peces; y con su providencia dio a todas mantenimiento conveniente, a unas en la tierra, a otras volando por el aire, y a otras nadando en el agua. Y para esto les dio alas, picos e instrumentos muy proporcionados.

2. Lo segundo, ponderaré *la grandeza de este beneficio,* discurriendo por los bienes que abraza; porque unas aves *nos sustentan* regaladamente con sus carnes; otras *nos recrean* con sus dulces cantos; otras *nos atavían* con sus plumas; otras *nos enseñan* lo que debemos hacer con las industrias que tienen en hacer sus nidos, en crear sus hijos y en conocer la mudanza de los tiempos. De donde toma el mismo Dios muchas comparaciones que sirven a este intento. Unas veces se compara al águila que vuela sobre sus hijos, y a la gallina que los abriga con sus alas; otras veces reprende nuestra ignorancia con el conocimiento de la cigüeña y el milano.

3. Finalmente, todo el trabajo de las aves, con sus inclinaciones e industrias, para en *nuestra, recreación* y *provecho.* Con unas cazamos otras, y echando por el aire los pájaros de volatería, de allá nos echan la caza, recreándonos en ver la sagacidad que tienen en rendirla. Y hasta la abeja, que, como dice el Sabio, es pequeñita entre las aves, produce la miel, que es lo primero de la dulzura, para regalo de los hombres; y también la cera, de que se hacen velas y otras muchas cosas de gran provecho; por las cuales todos debemos dar grandes gracias a nuestro Creador *y* bienhechor, reconociendo en las aves domésticas y en las bravas, y en los huevos, cañones y plumas, y en todos sus despojos, la providencia paternal de Dios, que tantos regalos y entretenimientos creó para sus hijos.

¡Oh Padre dulcísimo y amorosísimo que retrataste tu caridad y misericordia y tu admirable y gran providencia en las aves que creaste en este día, muéstrala conmigo liberalmente en hacerme cuidadoso de servirte, como Tú lo fuiste de regalarme! Sean las aves mis maestras para aprender de ellas a madrugar y cantar tus alabanzas; me sean motivos de virtud para volar en tu servicio, renunciando el regalo demasiado del cuerpo por el que de esto recibiré dentro de mi espíritu. Amén.

PUNTO TERCERO

Viendo Dios todo lo que había hecho en este día, lo dio por bueno.

Lo tercero, se ha de considerar cómo Dios nuestro Señor, viendo todo lo que había hecho en este día, lo dio por bueno, porque todo era muy perfecto y conveniente para el fin que lo ordenaba.

1. Y en particular se ha de ponderar cómo fue muy *conveniente en un mismo día adornar el agua* y *aire,* que simbolizan mucho entre sí y están muy hermanados, especialmente el agua terrestre y la región cercana, en que andan los vapores y aguas de las nubes, para significar el gusto que recibe nuestro Señor en premiar a los que se hermanan y ayudan unos a otros, pareándolos en los favores, como ellos se parean y aúnan en caridad. Pero levantando más el espíritu, ponderaré lo que dice la Iglesia en el himno de las vísperas de esta feria quinta, que de las cosas que hizo Dios del agua, *una parte hundes en la mar,* y *otra parte levantas en el aire,* significando que los que son engendrados por el agua del Bautismo se parten en dos modos de vida: unos son seglares y otros religiosos; unos siguen la vida activa, figurados por los peces, porque en la mar de este mundo se ocupan en obras de virtud, mezcladas con negocios y cuidados del siglo; otros escogen la vida contemplativa, figurados por las aves, porque con las alas de la contemplación vuelan de lo terreno a lo celestial, y tienen su conversación en los cielos.

2. *Los primeros* tienen *la parte de Marta,* de quien dijo Cristo nuestro Señor que andaba solícita y turbada en muchas cosas, porque viven en el mar tempestuoso y turbado del mundo, donde hay muchas cosas que turban y amargan nuestras almas. *Los segundos* escogen, *como María,* su hermana, la mejor parte, gozando de la quietud que tiene quien se levanta sobre lo terreno y sobre sí mismo a juntarse en unión con Dios, que es *el uno necesario* a quien se ha de ordenar todo lo demás, como en su lugar se dijo. Unos y otros son buenos, porque ambos estados hizo Dios y los

santificó con el agua del Bautismo, y los lava con el agua de penitencia y lágrimas. Y así, de ambos se entiende lo que dice la Escritura: «Vió Dios lo que había hecho, y era bueno»; pero en diferente manera, porque como los peces se hicieron de las aguas terrestres, que en el mar son amargas, así los ejercicios de penitencia y lágrimas de los seglares y de los activos van mezclados con dolor y amargura de corazón por las culpas en que han caído y caen por su flaqueza; pero las lágrimas de los contemplativos son aguas dulces y delicadas, como vapores del cielo, de que fueron hechas las aves, porque son lágrimas de amor y devoción, con deseos y suspiros de unirse con Dios.

3. Además de esto, aunque en un día se hicieron peces y aves, *primero se hace mención de la formación de los peces,* que son más imperfectos, y *después de las aves,* que tienen mayor perfección en su ser natural, porque nuestro Señor, de lo imperfecto va subiendo a lo perfecto, para significar que la vida activa es primero que la contemplativa, y primero nos hemos de ejercitar en llorar con amargura nuestros pecados, que subamos a la dulzura de la contemplación, así como Lía fue primero que Raquel, y Jacob primero se desposó con la primera, y después con la segunda; porque de la vida activa, que es imperfecta, se sube a la contemplativa, que es mejor.

4. Finalmente, *echó Dios su bendición a los peces* y *a las aves,* dándoles virtud de multiplicarse, para significar que echa su copiosa bendición a estos dos géneros de justos para que multipliquen y engendren muchedumbre de buenas obras, que son frutos de su vientre, y también engendren hijos espirituales, ganando almas para Dios. Y como cada uno engendra su semejante, cada uno inclina al otro a sus ejercicios de virtud. Aunque los peces son más fecundos que las aves, para significar que la vida activa es como Lía, más fecunda que Raquel, y engendra más hijos espirituales para Cristo que la contemplativa, lo cual se entiende de la vida activa perfecta, que también da parte a la contemplación, y de ella saca lo que ha de enseñar y predicar a otros; pero también la contemplativa es fecunda como las aves y engendra hijos, aunque pocos, pero perfectos como los de Raquel.

5. Considerando estas cosas, he de *animarme a los ejercicios de estas dos vidas,* hermanándolos y juntándolos en un mismo día, como j untó Dios la creación de estas dos cosas, suplicándole me dé gracia y ayuda para ello.

¡Oh Creador de todas las cosas, que en este día quinto creaste las creaturas que representan estas dos vidas, para dar vida y sustento a los

hombres, te suplico que cada día des a mi alma pasto de acción y de contemplación para conservar y sustentar su vida, hasta que por tu misericordia alcance la eterna, en la cual tu alabe y glorifique por todos los siglos! Amén.

MEDITACIÓN 24

LAS COSAS QUE HIZO DIOS EN EL SEXTO DÍA

«Produzca la tierra vivientes de varias especies, jumentos, serpientes y bestias; e hízose así», etcétera.

PUNTO PRIMERO

Creación de los animales.

1. Lo primero, se ha de considerar cómo Dios nuestro Señor, el sexto día, *quiso adornar la tierra con darla moradores que habitasen en ella*; esto es, *animales* de varias especies, jumentos, serpientes y bestias, en lo cual descubrió su omnipotencia, haciendo en un momento tanta muchedumbre de animales en diversas partes de la tierra, en cada una los que allí se podían conservar, dando la tierra materia de que se hiciesen, y obedeciendo al divino imperio sin resistencia, sacando de esta ponderación los afectos que arriba se han tocado.

1. Luego ponderaré *la muchedumbre* y *variedad de animales que Dios creó,* los cuales reduce aquí la Escritura *a tres géneros*: *unos* que llama jumentos, que son los *animales domésticos,* y se llaman así porque ayudan al hombre. *Otros* que arrastran por la tierra, y con nombre general llamamos *serpientes. Otros* que llaman bestias, que son los *animales del campo* y las fieras. Y en cada género de éstos hizo *varias especies,* con maravillosas figuras, propiedades e inclinaciones, y a todos provee de mantenimiento conveniente, con admirable providencia, dándoles instrumentos para procurarlo. Y juntamente les da armas defensivas y ofensivas, y astucias grandes para defenderse unos de otros y para salir con sus intentos. De todo lo cual se precia Dios hablando con Job, contándole en cuatro capítulos las maravillosas propiedades que dio a estos animales y la providencia que tiene con ellos, y por todas he de darle gracias, con-

fiando que quien tal providencia tiene de los animales, mucho mayor la tendrá de los hombres, como después veremos.

2. Lo tercero, ponderaré *el grande beneficio que nos hizo Dios en la creación de estos animales,* porque unos nos sustentan con sus carnes regaladamente, otros nos visten con sus lanas y nos calzan con sus cueros, y hasta los gusanillos nos hacen la seda con que nos adornamos; otros nos ayudan en los caminos y en llevar las cargas, guardan nuestras casas y defienden nuestras personas; otros nos recrean y honran con su generosidad y nos sirven en la paz y en la guerra; otros nos enseñan con sus astucias y sagacidades, y hasta la hormiga es maestra de los perezosos, y a ella les envía el Espíritu Santo para que aprendan a huir de su pereza. Finalmente, los provechos son tantos, que no se pueden contar; pero cada día los experimentamos, y por cada experiencia habíamos de alabar a Dios y dar innumerables gracias al Creador por dos títulos: el uno, por el bien que hace a estas creaturas, sin conocer ellas de dónde les viene, supliendo yo su ignorancia con mi ciencia, y dándole las gracias que ellas no saben darle; el otro, por el bien que a mí me hace por medio de estos animales, pues todo lo que ellos tienen es para mí, y más me sirve a mí que a ellos.

¡Oh Dios liberalísimo, que nos diste tantas ayudas para pasar esta vida con alivio, ayúdanos con tu gracia para que de tal manera pasemos por estos bienes temporales, que no perdamos los eternos! Amén.

PUNTO SEGUNDO

Viendo Dios esta obra, la dio por buena.

1. Lo segundo se ha de considerar cómo mirando nuestro Señor esta obra vio que era buena, aprobando los tres géneros de animales que había hecho, no solamente los domésticos y mansos sino las serpientes y las fieras, sin embargo, de que las serpientes son ponzoñosas y las fieras hacen grandes daños a los hombres por las razones que arriba se apuntaron. En especial porque la divina Providencia quiso aquí demostrar su misericordia y su justicia. *La misericordia,* en que creó estas fieras y serpientes con tal sujeción al hombre, que si él no pecara no le pudieran dañar. *La justicia* en que las toma por instrumento para corregir al que peca a fin de que se enmiende, y si no quiere enmendarse para castigarle por su pecado y también para que los justos glorifiquen a Dios viendo el cuidado con que les defiende, si no es cuando para su mayor bien permite que sean molestados de ellas. Lo cual ponderó el Sabio, diciendo: «La creatura

sirviendo a Ti. su Hacedor, se embravece para dar tormento a los malos, y se amansa para hacer bien a los que se confían en Ti».

¡Oh Dios eterno, por cuya providencia todas las creaturas sirven a tu gracia, conservadora de todas las cosas, y obedecen a tus preceptos para conservar sin daño a tus escogidos, tómame debajo de tu amparo y protección, ayudándome a que te sirva y obedezca, porque siendo las creaturas tan obedientes a tu voluntad, no me dañarán si yo también me rindo a ella!

2. Lo segundo, se ha de ponderar cómo también *estos animales se llaman buenos porque nos dan ocasión de ejercitar virtudes* y huir de vicios, y despiertan el temor de Dios y la confianza en su misericordia, y con sus inclinaciones nos avisan de lo que debemos hacer. Y así. Cristo nuestro Señor nos dice que seamos prudentes como las serpientes. De donde sacaré un modo de aprovecharme de estas creaturas en la meditación, porque en ellas hay algo bueno y provechoso que imitar por la parte que son perfectas en su género; pero hay algo imperfecto que huir por la parte que son imperfectas, comparadas con el hombre. Del jumento tomaré la sujeción y obediencia a Dios, y a las cargas de su ley, con rendimiento de juicio, diciendo como David: «Me hice como jumento delante de Ti»; pero huiré de la ignorancia y brutalidad que tiene, porque no se diga de mí. que el hombre no entendió el estado de honra en que estaba, fue comparado a los jumentos necios y se hizo semejante a ellos.

¡Oh Dios eterno, no permitas que los hombres capaces de razón se hagan como el caballo y mulo, que no tienen entendimiento; enfrena el furor de sus pasiones con el freno de tu temor, para que, conservando la dignidad de hombres, imiten lo bueno que Tú pusiste en las bestias, dejando tocio lo que es malo! Amén.

PUNTO TERCERO

Por qué Dios no bendijo a los animales.

1. Lo tercero, se ha de considerar *la causa por qué Dios nuestro Señor no bendijo a los animales de la tierra* como bendijo el día quinto a los peces y aves, diciéndoles: creced y multiplicaos, pues sin duda, tuvo misterio. Y aunque la causa fue porque en este mismo día poco después *había de echar esta bendición al hombre,* y *en él la echaba* virtualmente *a los demás animales,* con los cuales convenía en la naturaleza corpórea y

sensitiva y en el lugar de su habitación, pero *subiendo de esta causa literal a la mística,* quiso nuestro Señor que estuviese como suspensa la bendición de estos animales, para que entendiésemos que su bendición o maldición, su multiplicación o disminución dependía *de los méritos de los hombres*, para quien los había criado, porque en premio de los justos que le sirviesen fielmente promete la bendición y multiplicación de los animales provechosos para el hombre. Y así dijo a los israelitas, que si le fuesen obedientes serían benditos los frutos de su vientre, de sus tierras y de sus jumentos y ganados, vacas y ovejas; y al contrario en castigo de sus pecados les amenaza con la maldición de estos animales, diciendo que serían estériles y que se los quitaría y destruiría. Y por la misma causa multiplicaría los animales ponzoñosos y fieros; lo cual no es bendición, sino maldición para los hombres, en castigo de sus maldades, por las cuales se multiplican las serpientes, langostas, leones y otras bestias, como consta por las plagas de Egipto y otros castigos que cuenta la Escritura. De donde sacaré deseos de servir a un Señor de quien proceden tales bendiciones, y temor de ofenderle, pues de su ofensa proceden maldiciones.

¡Oh Padre misericordiosísimo, de quien proceden todas las bendiciones del cielo y de la tierra, concede a los fieles de tu Iglesia que te sirvan con tanta fidelidad que merezcan, como otro Jacob, la bendición conveniente de los bienes temporales, y mucho más copiosa de los eternos!

2. De aquí subiré a ponderar cómo *las pasiones bestiales de nuestra carne se multiplican* y *crecen en castigo de la rebeldía de nuestra voluntad contra Dios,* y al contrario, se disminuyen en premio de la sujeción y conformidad de nuestra voluntad con la divina, por la cual se nos sujetan y hacen pacíficas; pero estas mismas, reducidas a orden, se multiplican y crecen por bendición de Dios, ayudando los afectos de los apetitos sensitivos a la voluntad para que carne, corazón y espíritu se alegren en Dios vivo y vayan viento en popa en su servicio.

¡Oh Amado de mi corazón, deseo que mi alma esté sedienta de Ti, y mi carne, en muchas maneras, tenga sed de tu servicio! Derrama sobre ellas tu bendición, para que mi carne multiplique los afectos que te agradan, y mi alma se ayude de ellos para servirte con más fervor por todos los siglos. Amén.

MEDITACIÓN 25

LA CREACIÓN DEL HOMBRE EN EL SEXTO DÍA

Dijo Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, y presida a los peces del mar, a las aves del cielo, y a las bestias, y a toda la tierra, y a cuanto se mueve en ella».

PUNTO PRIMERO

Cómo el mismo día creó Dios también al hombre.

Lo primero, se ha de ponderar cómo, en habiendo nuestro Señor hecho los animales terrestres, en el mismo sexto día quiso hacer también al hombre, ponderando tres cosas señaladas que hubo en esto:

1. *La primera,* que, con particular misterio, no quiso dedicar un día entero a sola la creación del hombre, como le dedicó a la formación de la luz, sino *le creó en el mismo día sexto en que creó los animales terrestres,* porque *convenía con ellos* en la parte del cuerpo y naturaleza sensitiva, y para que se fundase en humildad, reconociendo la bajeza que por esta parte tiene: porque como le había de levantar a grandes excelencias, era conveniente mezclarlas con algunas bajezas porque no se engriese. Y este estilo guardó siempre nuestro Señor, mezclando algo que humilla con algo que ensalza, para que nos fundemos en humildad, sin la cual ninguna alteza es segura.

2. *La segunda cosa* es que creó Dios al hombre después de los animales, porque, como en la creación de los vivientes, *comenzó por los más imperfectos y* fue subiendo a los perfectos, *primero* hizo las plantas, *después* los peces, *luego* las aves *después* los animales de la tierra y *últimamente* al hombre, que es más perfecto, así *quiere que sus siervos procedan* en sus obras, *siempre subiendo de lo menos a lo más,* y cada día crezcan en la perfección de ellas, haciéndolas al segundo día con más perfección que el primero, subiendo cada día de virtud en virtud, hasta llegar a la cumbre de la perfección. Item, como cada día de estos seis hizo nuestro Señor cosas nuevas, una mejor que otra, y perfeccionaba de nuevo las que había hecho antes, así desea que sus escogidos cada día le canten cantares nuevos de alabanza y agradecimiento y le hagan nuevos servicios

con nuevo fervor, renovando su espíritu con novedad de sentimientos interiores de su grandeza y majestad.

¡Oh alma mía, pues solamente estima Dios lo que es nueva creatura, procura ejercitar cada día nuevas obras atribuyéndolas, no a ti, sino al que la cría en ti, por los merecimientos de Cristo Jesús, a quien debes la gloria de ellas!

3. *La tercera cosa* es que creó Dios al hombre el último de todas las cosas, en quien se remataron las obras de la creación de estos seis días, para que se entendiese que *el hombre era el fin de todas* y *un breve mundo* en quien todas estaban recopiladas, y que todo el edificio y ornato de este mundo visible era *para que fuese su casa* y *su morada*. La cual, con providencia paternal, aparejó y proveyó primero que le criase, para que, en siendo criado, luego pudiesen recrearse sus ojos con la hermosura de las cosas que veían, y los oídos con las músicas y cantos de las aves que oían, y el gusto con el sabor de los manjares que estaban en la mesa que Dios le había puesto, y así en lo demás.

¡Oh Padre amorosísimo! Si antes de crearme aparejaste tantos bienes en este mundo visible, donde mi morada ha de ser tan corta, ¿cuántos mayores bienes me tendrás aparejados en el mundo invisible, donde mi morada ha de ser eterna? Gracias te doy cuantas puedo por los unos y los otros, y-pues me aparejaste los primeros para que me ayudasen a granjear los segundos, concédeme que viva de tal manera en este mundo visible que creaste para mí, que suba después al mundo invisible, donde para siempre goce de Ti. Amén.

PUNTO SEGUNDO

Qué hay que considerar en aquellas palabras: «Hagamos al hombre a nuestra imagen.»

Lo segundo, se ha de considerar el soberano consejo de la Santísima Trinidad en la creación del hombre, el cual se descubre en aquellas primeras palabras *Hagamos al hombre*. En las cuales se han de ponderar los grandes misterios que encierran.

1. Porque, lo primero, no dijo Dios lo que de las otras cosas: «Hágase el hombre, o la tierra produzca al hombre», para significar la excelencia del hombre; el cual, por razón de su parte más noble, que es *el alma,* no podía ser hecho de la tierra ni agua, sino *por sólo Dios,* criador del cielo y

de la tierra, para que entendamos que a Él sólo hemos de amar sobre todo, como a único principio de nuestro ser, de quien todo nuestro bien procede, y a Él sólo hemos de servir y pedirle que nos perfeccione, diciéndole: ¡Oh Dios de las virtudes, mira la viña de mi alma, y perfecciona la que plantaste con tu poderosa diestra:.

2. Lo segundo, dijo *en número plural*: *Hagamos* al hombre *a nuestra* imagen, para dar alguna noticia del misterio de la Santísima Trinidad, y que todas tres Personas divinas concurrían a la creación del hombre con más especialidad que a las otras cosas, por comunicarle su imagen y semejanza. Y también para significar que las tres divinas Personas hacían esta obra *con consejo* y *consulta,* y como exhortándose una a otra a la ejecución de ella, porque tenía presente lo que había de suceder, y echaban de ver cuán ingrato había de ser el hombre a su Creador quebrantando su ley, y cuán caro les había de costar el remediarle por rigor de justicia, y cuán arduo era el santificarle y hacerle conseguir el último fin para que le criaban. Pero, *sin embargo, de estas dificultades,* el Padre dijo a su Hijo, y ambos al Espíritu Santo, y todos tres con grande resolución dicen: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza.

¡Oh amabilísimo y misericordiosísimo Creador!, ¿qué te movió a crear una creatura que tan ingrata había de ser a tu bondad? ¿Por qué diste ser a quien tan mal le había de emplear? ¿Cómo creaste a tu imagen y semejanza al que con sus pecados la había de afear? *Fácil cosa fue crearle, pero muy costoso repararle,* y con todo esto, con grande resolución dices: Hagamos al hombre. ¡Oh Amado de mi ánima!, ¿con qué te pagaré tan amorosa resolución? Deseo yo, con tu ayuda, hacer otra mujer semejante a ésta, determinándome a vencer cualquier dificultad valerosamente por servirte, pues Tú te determinaste amorosamente a crearme.

3. De aquí también he de aprender, a imitación del Creador, *primero que comience cosas arduas* y graves, *consultarlas* y *tomar consejo en ellas,* mirando lo que pretendo hacer, para que no se me haga nuevo lo que sucediere ni me arrepienta de ello, conforme a lo que dice el Sabio: Hijo, ninguna cosa hagas sin consejo, y después de hecha no te arrepentirás. Y el consejero principal ha de ser uno, que es el mismo Dios, trino y uno, siguiendo los consejos que nos ha dado en su ley.

4. Y finalmente, ponderaré cómo dijo nuestro Señor esta palabra *hagamos,* para significar que criaba al hombre, *con quien podía tener comunicación* y trato por ser capaz de razón, y de su amistad, como si

dijera: En todo lo visible que hemos criado no hay con quien podamos conversar. Hagamos al hombre, que es capaz de nuestra comunicación.

¡Oh Sabiduría eterna, cuyos deleites en la creación del mundo fueron crear los hijos de los hombres y estar con ellos! Pues me creaste capaz de conversar contigo, cumple el fin de mi creación, conversando familiarmente conmigo. Amén.

PUNTO TERCERO

Cómo es el alma imagen de Dios.

Lo tercero, se ha de considerar cómo Dios, trino y uno, creó al hombre *a su imagen* y *semejanza, dándole un alma*, *en quien principalmente está esta imagen semejante a Sí mismo*, en el supremo grado de ser intelectual, y en las más excelentes perfecciones de la divinidad que se pueden comunicar a las creaturas. Las cuales *reducimos a seis,* ponderando en cada una la excelencia de este soberano beneficio.

1. La primera excelencia de nuestra alma, por la cual es imagen de Dios *o a imagen suya,* es que, *así como Dios es espíritu puro,* y por consiguiente, invisible a los ojos de carne, e indivisible en el lugar donde está, porque en cualquier parte de él está todo con gran eminencia, conservándole y dando ser, vida y movimiento a la casa donde está, del modo que es capaz de ella, así *nuestra alma es puro espíritu,* y, por consiguiente, es invisible a los ojos corporales, si no es por los efectos que obra en el cuerpo, en el cual está indivisiblemente, porque toda está en los ojos, oídos, manos y en cada parte y miembro, dando a cada uno el ser y modo de vida o movimiento y oficio que tiene. Y así, faltando este espíritu, todo esto falta en el cuerpo, y se convierte en polvo. Por todo lo cual es razón que nuestro espíritu, con todos los miembros donde está, glorifique a Dios, haciendo de ellos lenguas para bendecirle.

¡Oh Espíritu infinito, que creaste varios espíritus en el cielo y en la tierra para ser adorado de ellos en espíritu y en verdad, porque tales adoradores pides Tú, por ser espíritu!; yo te adoro y glorifico por el espíritu que me diste, y con él te deseo servir, y mortificar las obras de la carne, para que solamente viva para Ti mi espíritu, y en él viva para siempre el tuyo. Amén,

2. La segunda excelencia es que, *como Dios es inmortal*, y aunque está en el mundo *no depende de él,* y si el mundo dejase de ser, Dios

permanecería en Sí mismo, *así nuestra alma es inmortal,* y aunque está en este cuerpo mortal, *no depende de él* su *ser*, y cuando el cuerpo muere y se convierte en la tierra de donde fue formado, *no muere el espirita,* sino permanece, y va a Dios, que le creó, para que le señale el lugar donde ha de vivir, conforme a sus merecimientos.

¡Oh Rey de los siglos, inmortal e invisible, que tienes a solas la inmortalidad por esencia, gracias te doy porque diste a mi alma la inmortalidad por participación dependiente de tu voluntad, sin la cual perdería su ser, y por la cual para siempre le tendrá! Te suplico que cuando ella salga de este cuerpo mortal, como le diste la inmortalidad de la naturaleza, le des también la inmortalidad de la gracia, para que, libre de la muerte inmortal del infierno, viva la vida inmortal del cielo por todos los siglos. Amén.

3. La tercera excelencia del alma es que, *con ser una, tiene tres nobles potencias,* con tres suertes de actos nobilísimos: *entendimiento*, con que conoce las cosas, así corporales como espirituales, y discurre por todas las creaturas de tierra y cielo; *memoria,* con que se acuerda de las cosas que ha entendido, y las pasadas tiene como presentes: *voluntad* con que quiere, ama o aborrece lo que ha conocido. De donde procede que, no solamente tiene en sí *la imagen de la Divinidad,* sino también *de la Santísima Trinidad,* porque como el Padre Eterno, conociéndose, produce al Verbo, que es su Hijo, y los dos, amándose, producen el Amor, que es el Espíritu Santo, así nuestra alma con sus potencias puede mirar a Dios y con el entendimiento produce dentro de sí un verbo y concepto semejante a lo que es Dios. Y con la voluntad produce otro amor santo de Dios que la haga santa; y en esto, como dice Santo Tomás está principalmente la excelencia de ser nuestra alma imagen de la Santa Trinidad.

4. La cuarta excelencia, que nace de la pasada, es *tener un libro albedrío a semejanza del divino*, tan generoso para querer o no querer lo que le da gusto, que no es posible forzarla contra su inclinación, ni otro hombre ni ángel puede necesitarla, porque solamente está sujeta a su Creador, el cual dejó al hombre en la mano de su consejo, *y en su voluntad puso la vida* y *la muerte* para que pudiese escoger lo que quisiese.

¡Oh Creador omnipotente, que te precias de tener algunas creaturas libres, con la libertad que Tú les das; yo te vuelvo la que me has dado, deseando usar siempre de ella para sólo querer lo que Tú quisieres, porque tanto más perfecto será mi libre albedrío, cuanto más conforme fuere con el tuyo!

5. La quinta excelencia del alma, que nace de las dos precedentes, es ser *capaz de la sabiduría* y *ciencia, de virtud* y *gracia, de bienaventuranza* y *gloria, y* de todos los dones naturales y sobrenaturales que en razón de esto la puede Dios dar, con una capacidad *tan infinita, que sólo Él puede hartarla,* y mientras no ve y posee a Dios no es posible estar del todo harta; en lo cual resplandece grandemente la imagen de Dios, pues como Dios no se puede llenar si no es consigo mismo, así la capacidad y deseo del alma no se puede llenar si no es con Dios.

¡Oh Dios infinito, pues me diste infinita capacidad, no permitas que siempre esté vacía! Y pues en Ti solo están todos los bienes, lléname de Ti porque Tú solo bastas para mí.

6. La sexta excelencia es que, *como Dios es supremo Señor de todas las cosas* y las encierra en Sí con eminencia, y tiene mando y potestad sobre ellas y es el fin último a que se ordenan, así el hombre, por razón de su alma principalmente, *es superior a todas las cosas visibles* y *corporales,* y hasta los mismos cielos y estrellas, como arriba se dijo, le son inferiores y se ocupan en su servicio. En sí encierra los grados de todas las cosas, de los cuerpos, plantas, animales y ángeles, y, como mundo abreviado, abraza lo que hay en este mundo extendido, y preside con gran potestad a todo lo que hay en la tierra, como se verá en el quinto punto.

7. De estas seis consideraciones se sigue que el ser hecho a imagen de Dios *es excelencia singular* y *propia de sólo el hombre* entre las creaturas corporales, las cuales no son más que un rasguño y pisada o *huella* de la grandeza de Dios y de su Trinidad. Y así, tengo de alentar a mi alma, para que, conociendo su nobleza y generosidad, no desdiga de ella, sino que toda se entregue a Dios, trayendo a la memoria lo que Cristo nuestro Señor dijo a los que le preguntaron si era lícito pagar el tributo a César, y mostrándoles una moneda, les dijo: «¿Cuya es esta imagen? Respondieron ellos: De César. Pues dad, dice, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios». Como quien dice: Pues con la imagen de este dinero de que usáis protestáis que sois vasallos de César, pagadle lo que le debéis por este vasallaje, pues es suyo. Y también pagad a Dios lo que debéis a Dios.

¡Oh alma mía!, entra en cuenta y razón contigo, y pregunta a ti misma.: ¿cuya es esta imagen que está dentro de ti? ¿Por ventura es imagen de Cesar, o de mundo y carne, o de alguna cosa creada, mayor o mejor que tu? Reconoce tu grandeza, porque no es imagen sino del mismo Dios, que por su infinita liberalidad te creó a imagen suya. Da, pues, a Dios lo que es de Dios, reconoce por esta imagen el vasallaje que le debes,

págale el tributo que te ha puesto. Y pues que tú eres la moneda de este tributo en que está la imagen de tu Rey, date toda a su servicio, porque toda te debes a quien te dio lo que eres.

De esta misma forma puedo discurrir por *las seis excelencias dichas* en que está la razón de imagen, preguntándome a mí mismo: Tu espíritu, ¿cuya imagen es? Si es imagen del espíritu de Dios, dale todo a Dios y hazte un espíritu con Él. Tu alma, con sus tres potencias, ¿cuya imagen es? Si es imagen de la Santísima Trinidad, da a la Trinidad lo que es de la Trinidad, sirviendo con ella al que es trino y uno por todos los siglos. Amén.

PUNTO CUARTO

El hombre es criado a semejanza de Dios.

1. Lo cuarto, se ha de considerar cómo Dios nuestro Señor, no solamente creó al hombre *a su imagen,* sino también *a su semejanza,* de modo que la imagen fuese muy *perfecta* y *semejante al ejemplar* de donde se sacó, y así, no contento con haberle criado a su imagen, según la naturaleza, al modo dicho, creó también a Adán *a su semejanza, según el ser de la gracia* y *justicia original*; por lo cual dijo el Sabio, que Dios creó al hombre con rectitud; porque las obras de Dios son perfectas y nunca vanas ni vacías de la perfección que pueden por entonces tener, conforme al fin para que las cría. Y como Adán, por ser hecho a imagen de Dios, era capaz de su gracia y amistad, quiso crearle con esta perfección, comenzando a llenar este vacío y capacidad que tenía para los dones sobrenaturales.

2. De aquí también procedió que *la semejanza en el ser de la gracia* que Dios dio a Adán fue *muy perfecta*; porque, no solamente *santificó al alma* y la rectificó y conformó con Dios, sino que también *la dio pleno dominio* y *señorío sobre sus pasiones*, de modo que con su libre voluntad mandase los apetitos, y ellos hiciesen sus actos con la duración e intención que ella quisiese, sin que jamás se rebelasen contra la razón ni tuviesen guerra con ella, como ahora la hay entre la carne y el espíritu; ya semejanza de Dios, tenía paz en su reino interior, sin que hubiese dentro de él quien resistiese a su libre voluntad. Y de aquí también resultó que la imagen y *semejanza* de Dios, que principalmente está *en el alma,* se derivase *al cuerpo,* no solamente por la rectitud que tiene andando derecho y levantado al cielo, sino por la participación de la inmortalidad que le

comunicaba al alma, en cuya potestad estaba que nunca muriese, como no muriera si no pecara.

3. De este modo creó Dios a Adán y Eva *a su imagen* y *semejanza*; y aunque ellos solos gozaron de este *último* bien sobrenatural, porque le perdieron por su culpa para sí y para sus hijos, pero *la voluntad de Dios fue dársele a él* y *a todos sus descendientes* si fuera obediente a sus mandamientos; y por esta voluntad tengo de darle muchas gracias y tomar a mi cuenta estos tres bienes que Dios hizo a nuestros primeros padres como si me los hubiera hecho a mí, suplicándole que, pues ya perdí esta semejanza, sea servido de repararla con su gracia.

¡Oh Verbo divino, imagen invisible del Eterno Padre, que viniste al mundo para remediar los daños del hombre que creaste a tu imagen, y reparar la semejanza en el ser de gracia, que perdió para todos por su culpa: mira con ojos de misericordia mi pobre alma, reconoce la imagen que hiciste, aunque afeada con lo que yo hice; y pues yo la quité el lustre de la gracia que me diste en el bautismo, restitúyele con la penitencia, borrando el mal que yo hice, para que tenga su resplandor la imagen que Tú hiciste! ¡Oh Padre de las misericordias, que predestinaste a tus escogidos para que fuesen conformes a la imagen de tu Hijo, confórmame con ella en la santidad, para que alcance la perfecta semejanza de su gloria! Amén.

PUNTO QUINTO

Dios creó al hombre superior a todo lo creado.

Lo quinto se ha de considerar cómo Dios nuestro Señor hizo también al hombre *para que presidiese* a los peces del mar y a las aves del cielo a las bestias, y a toda la tierra, y a todo lo que arrastra por ella.

1. En lo cual se ha de ponderar, lo primero, *la excelencia del hombre* por razón de ser hecho *a imagen de Dios*; de donde procede que, como Dios es supremo Señor de todas las creaturas, así el hombre le sea semejante en ser superior a todas las creaturas de la tierra, con entero dominio de ellas, para servirse de todas *y* poderlas sin injuria matar para su recreación o para su sustento. Por lo cual, admirándome de la infinita liberalidad de Dios para con nosotros, diré con David: «¿Quien es el hombre, para que te acuerdes de él? ¿O el hijo del hombre para que le visites? Le hiciste un poco menor que a los ángeles; le coronaste de honra

y gloria, y le constituiste sobre las obras de tus manos; pusiste todas las cosas debajo de sus pies: las ovejas y las vacas y todo el ganado del campo, las aves del cielo y los peces que nadan por el mar. ¡Oh Señor y Señor nuestro, cuán admirable es tu nombre en toda la redondez de la tierra!». Admirable es, porque, siendo quien eres, te acuerdas de una cosa tan baja como es el hombre; y también es admirable porque le has coronado de tanta honra y gloria que le has hecho a tu imagen y semejanza; y no menos admirable, porque le has dado poder y señorío sobre las obras que Tú hiciste por tus manos. Y pues tanto bien me has hecho, justo es que predique tu. admirable nombre por toda la tierra, con deseo de que todos le veneren con suma honra.

2. Lo segundo se ha de ponderar *la providencia de Dios* nuestro Señor así *con los animales* como *con los hombres* en este caso; porque viendo su Majestad que todas las cosas que había criado en la tierra, por carecer de razón, tenían necesidad de quien las gobernase, creó al hombre a su imagen y semejanza para que presidiese sobre ellas, proveyendo también con esto al mismo hombre del alivio y regalo que había menester para pasar su vida; como se ve al ojo, que pastoreando el hombre a sus ovejas, hace bien a. ellas y a sí. Y a esta causa, estando Adán en el paraíso, llevó todas las aves y animales de la tierra a su presencia, para que él los conociese y pusiese nombre y tomase posesión de su dominio, y todos le reconociesen a su modo por señor, sujetándosele serpientes y fieras, como-los mansos corderos. Y este favor no era para él sólo, sino para sus descendientes; y así. después que creó a Adán y Eva les dijo: «Creced y multiplicaos, y llenad la tierra; sujetadla y señorearos de los peces, aves y animales». Y, por consiguiente, a mí también se hizo este favor, y gozara de él si Adán no pecara.

3. Pero *aun después del pecado resplandece esta misericordia* y *providencia de Dios con el hombre*; porque, como consta de lo que dijo a Noé, le dejó el pleno dominio y uso de todos los animales que le podían ser de provecho; y también preside sobre los peces, serpientes y fieras, porque con su industria y maña, pesca y sujeta, no solamente los peces menores, sino las ballenas y caza toda suerte de aves y animales por bravos que sean; doma las serpientes y las fieras como dice el apóstol Santiago. De donde sacaré motivos de *alabanza,* y *agradecimiento* a nuestro Señor por este beneficio mostrando el agradecimiento en presidir y domar los apetitos bestiales de mi carne, que son figurados por estos cuatro géneros de animales que Dios nos sujetó mortificando las pasiones de la sensualidad carnal, figuradas por los peces; las pasiones de soberbia y

ambición, figuradas por las aves; las pasiones de codicia de bienes terrenales, figuradas por las serpientes, y las pasiones de ira y venganza, figuradas por las fieras.

¡Oh Dios omnipotente, que diste al hombre dominio y maña para domar estas cuatro suertes de animales: dame tu copiosa gracia para que dome las pasiones que son figuradas por ellos! Ninguno de los mortales puede por sí mismo domar la lengua, porque todas cuatro pasiones se juntan a embravecerla, pero con tu gracia será fácil lo que a nosotros es difícil; dómala Tú, Señor, con tu omnipotencia, para que de hoy más no se ocupe en otra cosa que en cantar tus alabanzas por tus innumerables beneficios por todos los siglos. Amén.

MEDITACIÓN 26

DEL MODO COMO DIOS FORMÓ EL CUERPO DEL HOMBRE Y LE INFUNDIÓ EL ALMA, Y FORMÓ A EVA

«Hizo Dios al hombre del lodo de la tierra, e inspiró en su rostro un soplo de vida, y quedó el hombre con ánima viviente», etc.

PUNTO PRIMERO

Por qué quiso Dios que se contase distintamente la formación del cuerpo y del alma del hombre.

1. Lo primero se ha de considerar cómo Dios nuestro Señor quiso que se contase distintamente la formación del cuerpo y alma de Adán, y primero la del cuerpo, que es menos noble para que se entendiese que *el cuerpo* y *alma del hombre no eran romo los de los oíros animales,* cuyos cuerpos y almas fueron hechos de la tierra, sino que el cuerpo sólo se hizo de la tierra, y el alma vino de fuera; y *en esta fe fundaremos nuestra vida,* tratando al cuerpo como merece, y dándole su lugar, de modo que no se anteponga ni iguale con el alma. Y aun algunos Santos Padres afirman que hizo Dios el cuerpo de Adán un poco de tiempo *primero* que el alma, para que mejor se conociese lo que tenía el cuerpo de suyo y la necesidad que tenía del alma, y el bien que por ella le venía; pero bástanos para esto imaginarle sin alma como ahora está un cuerpo muerto. Y en este retrato

podemos contemplar lo que debemos a quien nos da el alma con que vivimos.

2. Luego ponderaré cómo Dios nuestro Señor, con altísima sabiduría, *no quiso crear de nada el cuerpo de Adán, sino hacerle de tierra,* y del polvo de la tierra mezclado con agua, como el ollero hace el barro y de él forma los vasos, *para que el hombre se fundase en profunda humildad,* viendo su vil origen de esta parte, y conociendo la fragilidad de su naturaleza, y por consiguiente, la mortalidad que de tal principio le viene.

a) Con esta consideración, *unas veces, para reprimir mi orgullo,* diré aquello del Eclesiástico: «¿De qué se ensoberbece la tierra y ceniza?». ¡Oh soberbio y presuntuoso!, ¿de qué presumes? ¿Por ventura de la tierra y polvo que lleva el viento? Humíllate hasta la tierra, pues eres tierra.

b) *Otras veces, para reprimir las quejas* que se me levanten en el corazón contra los juicios de Dios, porque no me da las cosas que deseo, diré aquello de San Pablo: «¡Oh hombre!, ¿tú quién eres para andar en quejas con Dios? Por ventura puede decir el vaso de barro al ollero ¿por qué me hiciste así? ¿No tiene el ollero potestad de hacer de un mismo barro un vaso de honra y otro de ignominia?». ¡Ay del que contradice a su Hacedor, siendo vaso hecho de tierra!». ¡Oh alma mía, ríndete a tu Hacedor, pues no te hace agravio en hacer de ti lo que quisiere y siendo justo, no hará cosa contra tu provecho si tú no te apartas de su servicio!

c) *Otras veces, para alentarme a confianza en Dios,* que me hizo de barro, diré aquello del profeta Isaías: «Tú eres nuestro Padre, y nosotros barro; Tú nuestro formador, y nosotros obra de tus manos.» No quiebres, Señor, el vaso que hiciste, pues no le hiciste para quebrarle con rigor, sino para servirte de él con entereza.

d) Otras veces, para resignarme con gozo en las manos de Dios y darle la gloria de todo lo bueno que en mí hay, me acordaré de todo lo que dijo Jeremías: «Como el barro está en manos del ollero, así estáis vosotros en las mías».

¡Oh Creador piadosísimo, me gozo de estar en tus benditas manos, porque todo me será dulce cuanto saliere de ellas! Me gozo de que hayas puesto en vasos de barro los tesoros de tu gracia, para que no sea nuestra, sino tuya la gloria de ellos.

e) Finalmente, para huir todos los pecados, me acordaré que ellos deshacen esta obra de barro y la convierten en el polvo de que fue hecha, conforme a la sentencia que dio nuestro Señor contra Adán, diciéndole que se convertiría en tierra, de donde fue formado: «Eres polvo y serás tornado

en polvo»: como quien dice: Por esto te hice de la tierra y del polvo, para que entendieses que si no guardabas mi ley, te convertirías en la tierra y polvo de que te hice, pues quien no estima al que le sacó del lodo, justo es que se vuelva al lodo de donde le sacó.

¡Oh Padre amantísimo, que con tanta providencia formaste mi cuerpo de la tierra, concédeme que tome los avisos que con este hecho me diste, para que cuando mi cuerpo se vuelva en tierra, suba mi alma contigo al cielo! Amén.

PUNTO SEGUNDO

Excelencias del cuerpo del hombre.

Lo segundo se ha de considerar *la omnipotencia de Dios* en haber hecho de materia tan vil y grosera una cosa tan preciosa como el cuerpo del hombre, *discurriendo por las excelencias de esta obra,* reduciéndolas brevemente a cuatro:

1. La primera es *la muchedumbre de panes* y *miembros tan diferentes que tiene,* las cuales se hicieron de un mismo lodo, y ahora se hacen de una misma materia poco menos vil que el lodo, sino que ahora se hacen poco a poco y una después de otra, y entonces las hizo Dios en un momento todas juntas con grande perfección por lo cual le daré gracias admirándome de su omnipotencia con aquellas palabras de David: «Todos mis huesos dirán: Señor, ¿quién hay semejante a Ti?».

¡Oh Dios poderosísimo, mis huesos y mi carne, mis venas y mis arterias y todos los miembros de mi cuerpo, a voces están diciendo: ¿Quién hay semejante a Ti en el poder? ¿Quién sino Tú pudiera hacer en el vientre de una mujer, cuerpo lleno de tantos huesos? ¡Oh alma mía, oye las palabras de aquella excelente matrona que decía a sus hijos los Macabeos: No os di yo el espíritu ni la vida, ni yo sola formé los miembros de vuestro cuerpo con la trabazón que tienen, sino el Creador del mundo, que formó la vida del hombre y dio principio a todas las cosas! ¡Oh, si todos mis huesos fuesen descoyuntados y martirizados como los de estos santos Macabeos en gloria y honra del que me los dio!

2. La segunda excelencia es *la hermosura* y *grandeza* y *delicadeza de este cuerpo,* con ser hecho de una cosa tan fea, grosera y tan pequeña como un poco de lodo. Y lo que admira es que, tardando ahora treinta años en tener su debida grandeza y hermosura, en Adán la tuvo en un momento,

haciéndole Dios en estado de varón perfecto, para que se vea que de cosas bajas puede sacar cosas muy altas y lo que por curso natural pide tiempo de muchos años, lo puede hacer en un instante.

3. La tercera excelencia es *la figura tan noble y derecha que tiene,* andando todos los demás animales los cuerpos inclinados a la tierra, para que entendiésemos que, aunque fuimos hechos de tierra, nuestro fin no es cosa de la tierra, sino del cielo, enderezando allá la vista y el corazón.

¡Oh alma mía, avergüénzate de andar inclinada con tus aficiones a la tierra, estando en cuerpo derecho y levantado al cielo! ¡Oh Salvador mío, que desataste a la hija de Abraham, que anduvo diez y ocho años inclinada a la tierra sin poder mirar al cielo, desata esta alma que tantos años ha traído atada Satanás inclinándola a las cosas terrenas, para que de hoy más, respire y se levante a mirar las celestiales!

4. La cuarta excelencia es *la perfección de todo cuanto ha menester en orden al alma que le informa,* supliendo el alma con la razón las faltas que resultan de su delicada complexión; porque aunque otros animales nos excedan en la viveza de la vista y olfato, en la ligereza del movimiento, en nacer vestidos y calzados y armados con varias armas ofensivas y defensivas, pero todo esto procede de la grosería y terrestridad grande de su complexión y naturaleza, y no se compadecía con la delicadeza de la nuestra; pero el alma, con la luz de la razón y prudencia, aviva sus sentidos y los perfecciona, viste y calza, y arma su cuerpo mejor que los animales, acudiendo la divina Providencia a suplir la falta de todo esto, para que no falte a los hombres lo que no falta alas bestias.

Por todas estas cosas he de dar gracias al Creador, que con tanta suavidad trazó la fábrica de mi cuerpo para ser morada de mi alma, alabándole porque me dio ojos para ver, con párpados que los cubriesen, y cabeza levantada en alto, con cabellos que la adornasen, y así por todos los demás miembros del cuerpo.

PUNTO TERCERO

El alma fue creada por Dios de la nada.

1. Lo tercero, se ha de considerar cómo Dios nuestro Señor *creó de nada el alma del primer hombre*, cuya creación declara diciendo: «inspiró a su rostro un espíritu o soplo de vida», para significar que el alma y vida que le daba no procedía de la tierra, de donde el cuerpo fue formado, sino

que le venía de fuera por la omnipotencia del Creador; porque como el soplo procede del hombre y es un aire que sale de lo interior por la boca, así nuestra alma procede de Dios y sale de Él con grande amor, como quien la saca de sus entrañas y sale por su boca, esto es, por su imperio, *queriendo que sea* sin haber quien le resista; y en esto se descubre su nobleza y la semejanza con la divina Sabiduría, que, como ella dice, procedió «de la boca del Altísimo». ¡Oh alma mía, obra eres de sólo Dios; alaba y glorifica al que te dio el ser que tienes con tanto amor! De Dios saliste, procura volver a Dios y entrar dentro de su pecho, amando al que te amó con todo corazón.

2. Lo segundo se ha de ponderar que llama Dios al alma *soplo, espíritu o respiración que da vida* a la cosa donde entra para significar que la vida del cuerpo consiste en que Dios críe y junte el alma con él y en que siempre respire para conservarse; y por esto dice que el soplo dio *en el rostro* de Adán, porque allí están los principales sentidos de la vida: la vista oído, olfato y gusto, y los sentidos interiores, y algunos instrumentos de la respiración para conservar la vida. Y de aquí sacaré que llamar Dios al alma respiración de vida, es para provocarme a que *cada vez que respiro me acuerde del Creador* que me dio el alma, y del soberano beneficio que me hizo en dármela, creyendo que, como la vida del cuerpo está pendiente de la respiración del alma, así la vida y ser de mi alma está pendiente de la inspiración y virtud de Dios; porque si Él no la conservara se volvería en nada, y así es justo algunas veces con cada respiración hacer algunos actos de amor o de alabanza y agradecimiento por este beneficio, al modo que arriba se declaró.

3. De aquí subiré a ponderar *el misterio* de estas palabras, porque como el cuerpo sin el alma carece de vida natural, así el alma sin la gracia carece de vida espiritual; y como Dios soplando en el cuerpo de Adán le infundió un alma con que le dio vida natural, así también soplando con el soplo de su divina y eficaz inspiración, infunde en el alma un espíritu de gracia y caridad con que le da vida sobrenatural, y ambas vidas infundió nuestro Señor juntamente al primer hombre cuando le crió. Y quizá por esto dice la Escritura, en la lengua original, que inspiró en Adán *spiraculum vitarum,* soplo de vidas, porque, no solamente le dio el alma excelentísima, de quien procede la vida vegetativa, con que crece como las plantas, y sensitiva, con que siente como los animales, e intelectiva, con que entiende como los ángeles, sino también le dio el Espíritu Santo, de quien procede la gracia y caridad, con los varios ejercicios de vida que hay

en ella. Y en conformidad de esto, Cristo nuestro Señor con otro soplo dio a sus Apóstoles el Espíritu Santo, como en su lugar ponderamos.

¡Oh Padre eterno, que por boca de tu Hijo produces el soplo del Espíritu Santo, con cuya presencia se vivifican las almas muertas por la culpa; renueva la mía con este divino soplo, visitándome a menudo con tus divinas inspiraciones para que viva la vida nueva de tu gracia, y en ella permanezca hasta la vida eterna! Amén.

PUNTO CUARTO

Sentimientos de Adán al colocarle Dios en el paraíso

Lo cuarto, se ha de considerar cómo Dios nuestro Señor, *habiendo criado a Adán,* poco después *le llevó al paraíso de deleites* que había plantado el tercer día para su morada, ponderando *los sentimientos tiernos* y *devotos que por él pasaron* cuando conoció con la ciencia que Dios le había dado los beneficios que le había hecho.

1. *Lo primero, cuando* en aquel primer instante *abrió los ojos* y *vio la hermosura de los cielos* con sus estrellas y planetas, y la belleza de la tierra con sus árboles y plantas, y las aves y animales que andaban por ella, *quedaría como suspenso* con la novedad de cosas tan admirables, al modo que un hombre que desde que nació hubiese estado encerrado en un sótano, si al cabo de treinta años saliese de su encerramiento y viese lo que hay en este mundo, quedaría como fuera de sí, admirado de tantas maravillas, alabando y glorificando al Creador de ellas.

2. Pues ¿qué haría cuando poco después vio que el mismo Dios *lo llevó al paraíso y* huerto de deleites, *y se lo dio por habitación* y *morada*, con plena potestad de comer la fruta de los innumerables árboles que tenía, excepto uno? Y como conoció que este era nuevo favor sin sus merecimientos y sin ser debido a su naturaleza, sino por sola gracia del Creador, admirado de su bondad y liberalidad y de la belleza del huerto, prorrumpiría en nuevas alabanzas por tan soberana merced como le habían hecho.

3. Y apenas había acabado estas alabanzas, cuando vio que el mismo Dios, por ministerio de sus ángeles, *le ponía delante toda la muchedumbre* de aves, bestias y serpientes para que se recrease con aquella vista de tanta variedad y hermosura de creaturas: porque si tanta recreación es ver un elefante u otro animal nunca visto, ¿qué sería ver tantos juntos y conocer

lo que había en cada uno? Y cuando vio que *todos le estaban sujetos* y él era superior a todos, todo se convertiría en alabanzas de su Creador, por la inmensa liberalidad que con él había usado.

3. Estas consideraciones he de *aplicar a mi mismo, y* levantando el espíritu de lo terreno a lo celestial glorificaré a Dios por las cosas que creó en este mundo inferior para mi regalo, mirándolas con nueva vista, como si fueran nuevas para mí, cantándole cantares nuevos de alabanza por ellas, y luego contemplaré el amor tan tierno con que Dios nuestro Señor me va llevando y guiando al paraíso celestial, con deseo de dármele para perpetua morada, ponderando la admiración y júbilos que tendré en la primera vista de aquel nuevo mundo superior.

¡Oh Dios de mi alma, ahora entiendo lo que dijiste por tu Profeta: «Traerlos he con cuerdas de Adán y con ataduras de caridad»! Cuerdas de Adán fueron los innumerables beneficios de naturaleza y gracia con los cuales le ataste y obligaste a que te amase y sirviese, y con estas mismas me atas y obligas a que yo también te ame y sirva; cuerdas son de Adán los cielos con sus estrellas, el mar con sus peces, el aire con sus aves, la tierra con sus plantas y animales. Cuerdas son de Adán el cuerpo que me diste, con sus miembros y sentidos, y el alma que creaste a imagen tuya, con todas sus potencias. Ataduras de caridad son las gracias, los sacramentos, las inspiraciones y el paraíso que me prometes. ¡Oh, si me atase con fortísimo amor a quien tales cuerdas y ataduras inventó para que le amase, de modo que nunca las rompiese!

PUNTO QUINTO

No creó Dios juntamente al hombre y a la mujer.

1. Lo quinto se ha de considerar cómo Dios nuestro Señor, aunque hizo juntamente pareados los sexos de las aves y animales de la tierra, no quiso crear juntamente al hombre y a la mujer, sino *primero creó al hombre,* y después, de su costilla hizo la mujer, para que entendiésemos que *el hombre no fue criado principalmente para vacar a la generación,* como los demás animales, porque aunque esta obra en el matrimonio sea buena, y fue necesaria por entonces para la multiplicación del género humano, pero es obra muy baja y común al hombre con las bestias; y así le creó *solo* antes de la mujer, para que entendiese que *su principal fin era vacar a Dios* y contemplarle y amarle y ejercitar con Él a solas las obras que son propias de los ángeles, Y aun cuando formó la mujer de su costilla,

estaba durmiendo, arrebatado en grande éxtasis de contemplación, para que entendiese que *el mismo matrimonio no ha de estorbar el uso de la oración* y contemplación, cumpliendo lo que después dijo el Apóstol: Que quien tiene mujer, viva como si no la tuviese, y no deje de vacar a la oración. Y después que el mundo está multiplicado, mejor es al que tiene vocación de Dios para ello, vivir solo sin mujer, que con tal compañía,

2. Otra causa de esto fue *para movernos a la unión de unos con otros por amor,* viendo que nuestro Creador, como dijo San Pablo, de uno solo hizo a todo el género humano, para que los que tienen no más que un Padre en el cielo y otro en la tierra se amen como hermanos, conforme a lo que dijo el profeta Malaquías: «¿Por ventura no es uno el Padre de todos nosotros, y no es uno el Dios que nos crió? Pues ¿por qué desprecia cada uno a su hermano?».

3. Otra causa mística fue para significar que, así como un solo hombre fue cabeza del género humano en el ser natural, de cuya costilla, estando durmiendo, se hizo Eva, así un solo hombre nuevo, Cristo Jesús, había de ser cabeza, de iodos los hombres en el ser de la gracia; de cuyo lado, estando durmiendo el sueño de la muerte en la cruz, salió agua y sangre, figura de los sacramentos, con que se edifica y conserva su esposa la Iglesia, que es la congregación de todos los fieles. Y esta razón les moviese mucho más a tener unión de caridad, pues tienen un solo Creador y un Padre en la naturaleza, y un solo Padre en el ser de gracia, el cual es su único Redentor y Remediador de todos los males que incurrieron por el pecado del primero.

¡Oh dulcísimo Creador y Redentor nuestro!, que a costa de tu misma sangre edificaste la Iglesia para hacerla gloriosa, sin mancha ni arruga ni otra alguna imperfección; aplica tu redención con tu infinita misericordia a los que creaste con tu soberana omnipotencia, para que todos gocen de ella, y de ellos se haga una Iglesia, y esposa tuya hermosa y sin mancilla, en la cual reines por todos los siglos. Amén.

MEDITACIÓN 27

DE LA REFLEXIÓN QUE HIZO DIOS NUESTRO SEÑOR SOBRE LAS OBRAS DE ESTOS SEIS DÍAS, DECLARANDO QUE ERAN MUY BUENAS, Y DE LA SANTIFICACIÓN DEL DÍA SÉPTIMO

PUNTO PRIMERO

Dios vio todas las cosas creadas, y eran muy buenas.

Lo primero, se ha de considerar cómo Dios nuestro Señor, al fin del sexto día, habiendo criado todas las cosas, las vio, y eran muy buenas.

1. En lo cual ponderaré cómo *en tres tiempos* leemos que Dios nuestro Señor hiciese reflexión sobre sus obras y viese que *eran buenas*; es a saber: *en el mismo día que las hizo* después de haberlas criado; *y si en un día hizo diferentes obras, en cada una* al fin de ella; *y lo tercero, al fin de los seis días* y de todas las obras, haciendo reflexión sobre todas juntas, y entonces, no solamente dijo que eran buenas, sino muy buenas y muy perfectas, porque tenía cada una la bondad que le convenía en orden a sí misma y en orden al bien común del universo, el cual era perfecto en todas sus cosas cuanto al número, duración, hermosura y proporción de todas sus partes, sin que en ellas hubiese cosa mala ni dañosa, al modo que ya se ha ponderado en las Meditaciones pasadas. Pero juntamente ponderaré cómo *a solo Dios,* por razón de su infinita bondad, *pertenece que,* mirando todas sus obras, *pueda decir que son buenas* y *muy perfectas,* sin que en ellas haya cosa mala ni imperfecta; y lo mismo conviene a Cristo nuestro Señor por ser hombre y Dios, de quien se dijo que *hizo todas las cosas bien*. Y esto mismo, por especial privilegio, se halló en la Virgen Santísima; *pero todos los demás hombres*, por muy sensatos que hayan sido, según la ley ordinaria, haciendo reflexión sobre sus obras *hallarán alguna culpa o imperfección* en algunas de ellas, pues como dijo Santiago apóstol: «Todos tropezamos y caemos en muchas cosas», pero nuestro cuidado ha de ser *acercarnos* cuanto pudiéremos *a la perfección de Dios,* procurando, en cuanto nos fuere posible, que nuestras obras sean tales, que, mirándolas Dios, pueda decir en alguna manera que son muy buenas.

2. Para alcanzar esta perfección, nos ayudará hacer *tres exámenes* de nuestras obras, haciendo reflexión sobre ellas, *a)* El primero es *al fin del día,* haciendo reflexión sobre todas las obras que en él hubiere hecho,

mirando si son conformes a la divina voluntad, de modo que Dios las dé por buenas, borrando con la contrición las malas, al modo que se dijo en la Meditación 28 de la Primera parte.

b) El segundo examen, que ayuda más a la perfección, es, *en acabando cualquier obra de importancia,* hacer luego reflexión sobre ella, como la hizo nuestro Señor el tercero y sexto días, y examinarla sin aguardar al fin del día; y si hallare que toda ella es buena sin que le falte circunstancia alguna, daré gracias a Dios por ello, y si hallare que es buena, pero con mezcla de algunas imperfecciones y descuidos, apartaré lo precioso de lo vil, y el oro de la escoria, consumiendo con el fuego del amor y del dolor todo lo malo e imperfecto, con propósito de otra vez hacerla de tal manera, que, viéndola Dios, pueda decir que es buena. Y si hallare que toda fue mala, me confundiré de haber empleado mal el día que Dios me dio para obrar bien. Este examen se ha de hacer al fin de cualquier obra o negocio de importancia, porque, como dice San Doroteo, pecamos mucho y olvidamos presto, y así, es menester muy a menudo y cada hora examinarnos y escudriñarnos diligentísimamente, y si fuere posible, en cada momento de tiempo, mirando cómo lo hemos gastado, pues como dice el Sabio, el justo cae cada día siete veces, esto es, muchas veces, y otras tantas se levanta, sin aguardar a levantarse de todas al fin del día. Y como los hombres muy limpios, si muchas veces se manchan o enlodan, muchas veces se limpian, acudiendo luego a quitar la mancha, así los varones muy amigos de la limpieza de su alma, se limpian y purifican nada más mancharse con alguna culpa o imperfección, de modo que mirando Dios su alma por entonces pueda decir: «Toda eres hermosa, amiga mía, y no hay en ti mancha alguna».

3. El tercer examen es *al final de la semana;* al modo que nuestro Señor hizo reflexión sobre las obras de estos seis días al fin de ellos; haciendo comparación de un día a otro, examinando si cada día procuré adornar mi alma con nuevos resplandores de virtudes; si fui creciendo y aprovechando cada día en la perfección de ellas; si cumplí enteramente las obligaciones propias y las del bien común; y de lo bueno que hallare, haré una pella, ofreciéndolo a Dios y dándole gracias por ello, cumpliendo lo que dice David: «Todos los días te alabaré» por el bien que me has hecho en cada uno. De lo malo que hallare, haré otra pella para confesarlo con dolor de corazón y aparejarme con esta pureza para la fiesta que tengo de celebrar el día séptimo, pues quien desea crecer en la perfección, cada semana debería confesar y comulgar para alcanzarla.

Este mismo examen y reflexión *se deberla hacer al fin de cada año,* haciendo una confesión general de las culpas cometidas en todo él; y haciendo comparación de un año a otro, me confundiere si voy siempre a un paso tibio, y me alentare a ir siempre adelante-

Y, finalmente, *al fin de toda la vida,* figurada por estos seis días, dando lugar la enfermedad y no habiendo algún especial impedimento, es bueno hacer otro examen y confesión para borrar todo lo malo que hubiéremos hecho, de modo que el Príncipe de este mundo no halle por entonces en nosotros cosa suya, y el Príncipe del cielo, mirando todo lo que tenemos, lo apruebe y dé por bueno, y así, nos lleve consigo al descanso eterno, figurado por el día séptimo.

¡Oh Bien sumo y principio de todo bien, cuyas obras siempre fueron buenas, y como tales las aprobaste en estos seis días que las hiciste: concédeme por tu gracia parte de esta bondad que es propia de tu divina naturaleza, para que en el último examen que hicieres de mi vida no halles cosa de lo malo que yo hice, sino solamente lo bueno que tu gracia hizo conmigo, y por ello me admitas en tu santo reino! Amén,

PUNTO SEGUNDO

El séptimo día el Señor descansó y bendijo este día.

Lo segundo, se ha de considerar cómo Dios nuestro Señor el día séptimo acabó la obra que hizo, y *descansó* y *cesó de toda la obra* que había hecho, por lo cual *bendijo al día séptimo*.

1. Aquí se ha de ponderar: Lo primero, cómo Dios nuestro Señor *en el séptimo día, cesó de hacer nuevas cosas,* no porque se le agotase la omnipotencia para hacerlas, si quisiera o conviniera para su intento y nuestro provecho, sino *porque las hechas bastaban* para la perfección del mundo que había trazado; y así, no dice la Escritura que acabó Dios *lo que podía hacer,* sino *lo que hizo,* haciéndolo muy perfecto, y entonces descansó; no en las creaturas, porque no tiene necesidad de ellas para su descanso y bienaventuranza, sino descansó cesando de obrar, al modo dicho, y gozándose en Sí mismo por haber cumplido lo que *ab aeterno* quiso y ordenó y ahora ejecutó con alegría. A cuya imitación procuraré *buscar mi descanso, no en las creaturas, sino en el Creador;* porque como Dios no puede descansar si no es en Sí mismo así yo no puedo hallar descanso si no es en Él. Y aunque tengo de alegrarme de las obras que

hace, como el mismo Dios, según dice David, se deleita en ellas, pero no ha de ser parando en las cosas creadas, sino en el que las creó.

¡Oh gloria y descanso mío, me gozo del descanso eterno que tienes en Ti mismo, porque ni obras con trabajo, ni por obrar pierdes tu descanso! Concédeme, Señor, que ponga mi descanso en trabajar por tu servicio, porque sin Ti todo descanso es vano y perecedero, y en Ti sólo es lleno y sempiterno.

2. Lo segundo, ponderaré cómo Dios nuestro Señor *bendijo al día séptimo* y *le santificó,* y porque la bendición de Dios es eficaz, bendecirle fue dar a entender que aquel día, aunque cesaba de crear nuevas cosas, comenzaba con otro nuevo modo a hacerlas bien con el beneficio de la conservación y gobernación, y las creaturas también comenzaban a poner en obra la bendición recibida, atendiendo a su multiplicación; y así, dice la Escritura, que cesó Dios de todo lo que creó, para que hiciese, esto es, para que obrase y se multiplicase en el mundo; como quien dice: no lo creó para que estuviese ocioso, sino para que cada cosa hiciese lo que le tocaba para alcanzar su fin.

Y al hombre creó también para que obrase y trabajase por alcanzar la santidad, la quietud y descanso que se recibe en sólo Dios: y así, para él principalmente se bendijo y santificó este día séptimo.

¡Oh Dios eterno, que me creaste por Cristo tu Hijo, para que hiciese obras buenas y caminase por ellas a tu eterna bienaventuranza: derrama sobre mí tu copiosa bendición para que desde luego comience a obrar y aprovechar en justicia y santidad, poniendo todo mi descanso en darte contento por todos los siglos! Amén.

PUNTO TERCERO

Santificación del día séptimo.

1. Lo tercero, se ha de considerar *el misterio que está encerrado en cesar Dios de sus obras* y *en bendecir* y *santificar el día séptimo*, ponderando cómo Dios nuestro Señor ordenó con precepto al pueblo de Israel que santificasen el día séptimo, que *para ellos era el sábado*, en memoria y agradecimiento del beneficio de la creación del mundo y de las cosas que hizo en los seis días primeros, y en figura de la quietud y descanso que tienen los justos, así en esta vida por la gracia, como en la otra por la gloria: por razón de lo cual lo llama Isaías: «Sábado del Señor,

delicado y glorioso». *A este sábado sucede ahora el domingo* no solamente en memoria y agradecimiento del beneficio de la creación del mundo, sino mucho más de la redención y renovación que hizo Cristo nuestro Señor en *su resurrección,* y de la quietud que nos dio con su gracia, y de la que nos promete con la glorificación del alma y resurrección del cuerpo. Y, por consiguiente, muchos mayores títulos hay para santificar el domingo, que había para santificar el sábado.

2. *Para cumplir con esta obligación* perfectamente, quitando todo género de desagradecimiento, se han de hacer *cuatro cosas:*

a) La primera es *cesar de las obras serviles*, como Dios cesó de las cosas que hizo, al modo dicho, para que. desocupados de ellas, podamos vacar a Dios con quietud; y, por consiguiente, hemos de *cesar de los pecados,* que son obras más serviles que las exteriores que hacen los siervos; porque quien hace el pecado, siervo es del pecado; el cual impide notablemente el vacar a Dios, y es supremo grado de desagradecimiento ofender al Bienhechor en el tiempo que había Él mismo señalado para que le agradeciesen su beneficio, profanando con la culpa el día que santificó con su magnificencia.

b) La segunda cosa es *vacar a Dios* con ejercicios de oración y contemplación, ponderando la grandeza de los beneficios en cuya memoria se instituyó este día de fiesta, meditándolos por los puntos que arriba se pusieron; con lo cual quitamos el segundo grado de desagradecimiento, que es olvidarse de su Bienhechor y del beneficio recibido.

c) La tercera es *alabar a Dios vocalmente, cantándole himnos* y *salmos* en acción de gracias por los beneficios recibidos, como se usa en la Iglesia, para que allí acudan los fieles, y oyendo el canto se muevan a glorificar a Dios, cantando, como dice San Pablo en sus corazones, dando gracias al Padre de las misericordias, por las que nos ha hecho. Con lo cual se ataja el otro grado de desagradecimiento, que es no agradecer, siquiera de palabra, las mercedes recibidas.

d) La cuarta es *ofrecer a Dios sacrificios* para darle el culto debido, por titulo de ser nuestro creador y santificador, y en acción de gracias por las mercedes que nos ha hecho, y para impetrar de nuevo otras con que más servirle. Para estos tres fines se ofrece el sacrificio de la misa, como en su lugar se dijo, al cual han de asistir los fieles todos los domingos y fiestas, ofreciéndole juntamente con los sacerdotes, y por su mano añadiendo también los sacrificios de corazón contrito y de justicia, ejercitando varias obras de piedad y caridad, pues no cesamos de las obras

serviles para estar ociosos, sino para ejercitar las obras que son por entonces más agradables al Creador, con las cuales se alcanza la quietud y descanso del espíritu.

3. Finalmente, *para animarnos a todo esto*, quiso nuestro Señor *bendecir* y *santificar el día séptimo,* premiando a los que le santifican al modo dicho, con echarles su bendición y llenarlos de santidad, pues por esto se llama el día bendito, porque Dios le señaló para llenarlos en él de bendiciones celestiales, y cuando conviniere, también de las temporales, multiplicando los bienes de los que se ocupan en santificarle.

¡Oh Dios liberalísimo, gracias te doy por haber señalado tiempo en que te alabase por los beneficios recibidos, para que me hiciese digno de recibir otros nuevos! Líbrame, Señor, de la ingratitud, que como viento abrasador consume las virtudes y seca la fuente de tus misericordias. ¡Oh alma mía, conviértete a tu descanso, porque el Señor lo ha hecho bien contigo! Tu descanso sea alabarle todo el tiempo de esta vida, para que llegues al descanso eterno en la otra. Amén.

MEDITACIÓN 28

DEL BENEFICIO DE LA CONSERVACIÓN DEL MUNDO, Y DE LA DEPENDENCIA QUE TODAS LAS COSAS TIENEN DE DIOS EN EL SER Y EN EL OBRAR

PUNTO PRIMERO

Todas las cosas dependen de Dios en la conservación de su ser.

1. Lo primero, se ha de considerar cómo *todas las cosas* que Dios nuestro Señor creó en el principio del mundo y en los seis días primeros, que quedan referidas, y todas las demás que por medio de ellas se han multiplicado, *dependen en la conservación de su ser del mismo Dios;* porque la conservación no es otra cosa que una continuación de la obra con que Dios hace una cosa, y así como hizo todas las cosas con tres dedos de su mano, que son la bondad, sabiduría y omnipotencia, como arriba se dijo, así con estos mismos las sustenta y conserva, como dice Isaías y lo confiesa San Pablo, diciendo que Dios con la palabra de su virtud sustenta todas las cosas. Pues ¿qué cosa puede ser más admirable y gloriosa que ver

la máquina de todo este mundo, colgada actualmente de la voluntad y poder de Dios, mucho más que la luz del aire está pendiente del sol? De tal manera, que como en ausentándose el sol, deja de ser la luz, así en queriendo Dios suspender su concurso, toda esta máquina se volvería en nada; lo cual puede hacer en un momento; de donde sacaré varios afectos para fundamento de mi vida y perfección.

2. Unas veces *afectos de confianza* en un Dios que tanto puede y de quien todo depende, venciendo los temores de las creaturas con esta omnipotencia del Creador, como aquel valeroso Macabeo que dijo: «Nosotros confiamos en el Señor todopoderoso, que con un solo guiñar de ojo puede destruir a cuantos vinieren contra nosotros y a todo el universo mundo». Otras veces sacaré *afectos de temor* grande de su justicia, por estar junta con tal omnipotencia, suplicándole que la modere con su misericordia, diciendo como Jeremías: «Corrígeme, Señor, pero sea con juicio y no con furor, porque no me vuelvas en nada», como mis pecados merecen. Pero mucho *más temeré ofender a un Dios* de quien actualmente está colgado mi ser y cuanto tengo, como temblaría de injuriar a un hombre que me tuviese con sus tres dedos colgado de una torre altísima y en su voluntad estuviese soltarme de la mano para que me despeñase. Otras veces sacaré *afectos de profundísima humildad,* reconociendo esta íntima dependencia que tengo de Dios en mi ser y en todo lo necesario para mi conservación, juntando con la humildad la *caridad,* porque mirando cómo este ser no puede conservarse sin Dios, he de humillarme y tenerme por nada delante de Él, y mirando cómo Dios le conserva, he de amar a quien tanto bien me hace; y por este camino la humildad aviva la caridad, y el conocimiento de mi nada causa grande amor al que me saca de ella y me conserva siempre en el ser que me ha dado.

PUNTO SECUNDO

Cuán grande es el beneficio de la conservación.

Lo segundo, se ha de considerar *la infinidad de este soberano beneficio de la conservación* por los innumerables bienes que abraza, aplicándolos todos a mí, y cada uno a sí mismo.

1. Porque, primeramente, *todas las cosas que Dios creó* en el principio del mundo y en los seis primeros días, y las que en virtud de éstas se han ido multiplicando por tantos millares de años, y las que de presente hay en el mundo, que son como infinitas, todas *pertenecen* en

alguna manera *a este beneficio,* ayudando unas para que yo viniese a ser engendrado, y otras para que me conserve en el ser que tengo, sirviéndose de ellas nuestro Señor para este fin.

Los cielos con todos sus movimientos y los ángeles que los mueven, con las innumerables influencias que reparten por todo el mundo para conservar las cosas inferiores, son beneficio mío, necesario para que yo me conserve. Los elementos con los vivientes que hay en ellos y toda la muchedumbre de aves, ovejas o peces que ha precedido, para que viniese a tener vida el ave o el cordero o pez que yo como, son beneficios míos, pues sin ellos no gozara yo del que ahora gozo. Y lo mismo es de las plantas, de donde procedió la manzana y la uva o el vino que me sustenta. Y si uso de una vasija de oro o plata, allí se encierran innumerables beneficios por las innumerables cosas que Dios ha hecho y conserva hasta el punto que yo gozo de esta vasija; las influencias del cielo que causaron el oro; la tierra que le concibió en sus entrañas; el agua o lluvia o helada que ayudó a ello; los hombres que trabajaron en buscar y hallar las minas y en sacarlo, apurarlo y labrarlo; los instrumentos de hierro y madera de que se sirvieron, y lo que hizo Dios para crear aquel hierro o madera hasta llegar a ser instrumento para esto, y otras cosas innumerables que concurrieron para que de lejanas tierras viniese a mi poder, todas son beneficio de Dios y se encierran en una cosa tan pequeña de que ahora gozo. Y el mismo discurso puedo hacer en el bocado de pan que como, en el vestido de lana que me visto, en la pluma y papel en que escribo, y así en lo demás; porque cada cosa por sí, aunque no es más que una, encierra infinitas al modo dicho, y por consiguiente, por cada una debería dar gracias infinitas a este Bienhechor.

¡Oh Dios infinito, Bienhechor inmenso, Dador y Conservador de todos los bienes!, ¿qué gracias te podré dar por el menor de los bienes que me das, pues en él se encierra muchedumbre tan innumerable de ellos? Si tanta multitud de creaturas se aúnan contigo, su Creador, para conservarme, ¿por qué yo no me aunaré con todas para glorificarte! ¡Oh, si yo y todas ellas nos convirtiésemos en lenguas para alabarte y bendecirte por el bien que con cada una me haces, para pagar en algo lo mucho que te debo por todas!

2. Lo segundo, ponderaré en este mismo beneficio *la infinita caridad de Dios,* que resplandece en que, pudiendo con su omnipotencia aniquilar cualquier cosa de las creadas, *nunca jamás,* como dice Santo Tomás, *aniquiló alguna* ni la destruyó totalmente, sino siempre que destruye una,

es para poner en su lugar otra, y si una se corrompe, otra se engendra. Y aunque en tiempo de Noé llegó a tanto la maldad de los hombres, que dijo Dios: «Pésame de haber hecho al hombre», con todo eso no quiso aniquilarlos, como ni quiso aniquilar a los demonios ni a otros grandes pecadores; antes, como dice el Sabio, a muchos conserva la vida, esperándoles a penitencia sólo porque quiere hacerles este bien, porque, de otra manera, luego perecerían, ¿Cómo podría permanecer alguna cosa si Tú no quisieses? ¿O cómo se conservará lo que no hubieres ordenado?

3. Lo tercero, se han de ponderar *los innumerables beneficios ocultos que se encierran en esta conservación;* porque, sin yo saberlo, ataja Dios innumerables cosas que la impedirían, y me preserva de innumerables peligros de fuego, agua, aires corruptos, fieras, infortunios, ladrones, enfermedades y ocasiones de muerte. Y como ningún mal hay que padezca un hombre que no pueda padecerlo otro, por los muchos males que padecen otros hombres, puedo sacar los muchos de que Dios me libra. Y con ser tantos y tan grandes estos beneficios, quiere que estén *ocultos,* para que en ellos conozcamos que no nos hace bien por jactancia ni por deseo vano de gloria y alabanza humana, sino puramente por su bondad y misericordia, mas no por eso dejaré de cumplir mi obligación, alabándole por ellos, aunque no sepa cuántos son.

¡Oh soberano bienhechor de los hombres!, gracias te doy cuantas puedo porque con espíritu de padre nos haces innumerables beneficios, manifiestos y secretos; los manifiestos, para provocarnos a estima y agradecimiento por el bien que de aquí nos resulta, y los secretos, para provocarnos a encubrir el bien que hiciéremos en tu servicio, sin buscar nuestra alabanza y con los unos y con los otros nos provocas a que te amemos como padre que mira por todas partes el provecho de sus hijos. Concédeme, Señor, que te sirva como hijo, haciendo los servicios con el mismo espíritu que haces tan innumerables beneficios. Amén.

PUNTO TERCERO

Las creaturas dependen de Dios en el obrar

1. Lo tercero, se ha de considerar cómo *todas las cosas creadas están colgadas de Dios* nuestro Señor, no solamente en el ser que tienen, sino *en las obras que hacen;* de modo que el mismo Dios les ayuda a hacer la obra

y la conserva todo el tiempo que dura, y si Dios suspendiese su concurso, no podrían hacer cosa alguna ni usar de sus potencias; y lo que con ayuda de Dios comienzan, con ella lo han de acabar, porque si ella cesa, también cesará la obra. En lo cual se ha de ponderar *la infinita omnipotencia de Dios en acudir al concurso* y *ayuda de tantas obras* como hacen las creaturas del mundo: cielos, elementos, hombres y ángeles, sin faltar a ninguna, y sin cansarse ni enfadarse, ni ocuparse más que si acudiera a sola una, alabando y glorificando a este Dios por tal omnipotencia, gozándome de ella, convidando a todas las creaturas que le alaben por la ayuda que les da para todo lo que hacen.

2. Pero aplicando esto a mí mismo, ponderaré *los beneficios innumerables que en este concurso se encierran,* de los cuales gozo cada día y cada hora y aun cada momento; porque Dios actualmente concurre con mis ojos siempre que ven, y con los colores para que les envíen especies con que vean; concurre con mis oídos para que oigan, y con las cosas de donde procede el sonido o música o palabra que tengo de oír; concurre con mi boca y gusto para comer y gustar, y con los manjares para que me den sabor; y mientras yo duermo, ayuda para que el manjar se cueza y se incorpore, y para que respire; y con mi entendimiento y voluntad concurre a todas las obras que hacen, y generalmente con todos aquellos que en algo me ayudan, porque, como dice Isaías: «Tú, Señor, haces en nosotros todas nuestras obras». Y Cristo nuestro Señor, dijo: «Mi Padre hasta ahora obra y Yo obro».

¡Oh Trinidad beatísima, que estás en todas las cosas obrando con ellas, gracias te doy por los innumerables beneficios que haces a cada una, obrando con ella innumerables obras! Obra, Señor, siempre en mí lo que te agrada, para que tu concurso sea siempre para mi provecho y para tu gloria por todos los siglos. Amén.

3. Lo tercero, se ha de ponderar *la ley infalible e inmutable* que Dios ha hecho *de concurrir con sus creaturas;* porque, con ser libre y concurrir de su voluntad porque quiere, es tan cierto el no faltar como si no pudiera hacer otra cosa, si no es alguna vez que milagrosamente suspende este concurso, para manifestación de su gracia y de su gloria, en bien de sus escogidos, como cuando hizo que el fuego del horno de Babilonia no quemase a los tres mancebos que estaban en él, y en otros milagros semejantes. Y es tanta la bondad de este soberano Creador, que cuando el hombre se resuelve a pecar y hacerle algún agravió, no suspende el

concurso, antes por conservarle la libertad y guardar esta ley que Él se ha puesto, le da su concurso para aquella obra todo el tiempo que dura.

¡Oh bondad inmensa; oh largueza infinita de nuestro soberano Creador!, ¿qué bondad puede ser mayor que hacer actualmente bien al que actualmente está usando de aquel bien para injuriar al que se lo hace? ¡Oh Amado mío, no permitas que yo me aproveche de tu omnipotencia para hacer obras con que te ofenda! No consientas que use mal de las creaturas siendo Tú el que concurres con ellas para que me den gusto, y conmigo para que lo reciba. Y pues en Ti soy, y vivo, y me muevo, todas mis obras sean para Ti, buscando en ellas tu gloria por todos los siglos. Amén.

4. De aquí sacaré, últimamente, los mismos afectos del Primer punto, especialmente el de la *humildad,* ponderando cómo no tengo fuerzas para hacer cosa alguna por mí solo sin el concurso de Dios, y aunque Dios me conservase el ser que tengo, si no concurriese conmigo a obrar, sería como un tronco y cosa desaprovechada, conforme a lo que dijo San Pablo: «No somos suficientes a pensar alguna cosa de nosotros, como si saliese de nosotros, porque toda nuestra suficiencia es de Dios», de cuya voluntad, sin perjuicio de nuestra libertad, estamos colgados para obrar, y sin Él ninguna cosa podemos hacer, y de ninguna podemos gloriarnos como de cosa propia, que no sea recibida de su mano, como no pueda la sierra gloriarse de lo que el artífice hace con ella, atribuyéndoselo a sí sola y no al artífice.

Por tanto, alma mía, humíllate hasta el abismo de esta nada debajo de la poderosa mano de tu Dios, para que te ensalce en el día de la visita general, cuando venga a tomarte cuenta de las obras que has hecho obrando con el concurso que Él te dio. ¡Oh Juez soberano, que tan liberal eres ahora en concurrir con todos los hombres a las obras que con tu libertad quieren hacer, comienza en mí con tu gracia todas las obras que hiciere, y acaba las que comenzare, para que el día de la cuenta parezca sin vergüenza delante de Ti, y sea digno de ser ensalzado contigo en el reino de tu gloria! Amén.

MEDITACIONES

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS

Aunque en las Meditaciones pasadas hemos dicho muchas cosas que tocan a la divina providencia por cuanto resplandece en todas las obras que proceden de la bondad, caridad, misericordia, sabiduría y *omnipotencia de Dios,* y *en la creación del mundo, pero ahora más en particular trataremos lo que es propio de la divina providencia en el gobierno de sus creaturas, especialmente de los hombres, haciendo de esto algunas meditaciones*; en las cuales se deberían ejercitar todos los que pretenden alcanzar la perfección, *y cualesquier otros que desean pasar esta vida con algún modo de aprovechamiento* y *consuelo, así para el alma como para el cuerpo; porque para todo esto aprovechará notablemente, de tal manera, que yo no alcanzo cómo pueda tener en esta vida contento, paz* y *alivio cordial* y *verdadero quien no se funda en esta verdad de la divina providencia, ni sé cómo puede tener pena demasiada ni turbación o desconsuelo que dure por cosa creada, fuera de lo que es culpa, si con viva fe ahonda* y *penetra los secretos de la divina providencia, como se verá por lo que de ella iremos diciendo.*

MEDITACIÓN 29

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS CON SUS CRIATURAS, EN QUÉ CONSISTE Y LOS INNUMERABLES BIENES QUE DE ELLA PROCEDEN.

PUNTO PRIMERO

Qué cosa es providencia de Dios.

Lo primero, se ha de ponderar *qué cosa sea la divina providencia,* porque de aquí ha de nacer la estima de ella y el amor, confianza y veneración y sujeción que debemos tenerla. *La providencia,* como dice Santo Tomás, *es una disposición* y *orden de todos los medios que tiene Dios para salir con sus intentos,* y *de todos los medios que provee a sus*

creaturas para que alcancen los fines para que fueron creadas. En lo cual he de ponderar *tres cosas principales* sacadas de lo que se ha dicho en las Meditaciones pasadas.

1. La primera, que Dios nuestro Señor, con su divino entendimiento, ilustrado con su infinita sabiduría, desde su eternidad conoce y comprende todos los fines que pueden tener y pretender sus creaturas, y todos los medios necesarios y convenientes que hay y puede haber para conseguir estos fines, y todos los estorbos que pueden suceder, y los medios que hay para quitar o atajar estos impedimentos, de modo que con efecto salga el mismo Dios con su intento, y las creaturas alcancen su fin en el modo y forma que quisiere. De donde se sigue, que por ignorancia no puede la providencia de Dios ser falta y defectuosa, como lo es la providencia de los hombres, de quien dice el Sabio: «Los pensamientos de los mortales son dudosos y nuestras providencias son inciertas», porque con nuestra poca ciencia y mucha ignorancia, dudamos si es verdadero o falso lo que pensamos, y si será bueno o malo, seguro o peligroso lo que proveemos.

2. La segunda cosa es que Dios nuestro Señor, *con su divina voluntad,* llena de infinita bondad y caridad, *de todos los fines* y *medios que conoce* con su, divina sabiduría *quiso* y *escogió los más altos* y *soberanos y* los más *proporcionados a sus creaturas,* conforme a la naturaleza y capacidad de cada una; porque, primeramente, quiso *ordenarlas todas a Sí mismo* para su gloria, y para manifestación de su bondad y perfección, que es el supremo fin que puede haber, conforme a lo que dice el Sabio: «Todas las cosas hizo Dios para Sí mismo». Además de esto, a cada especie de creatura quiso dar *su propio fin* y *medios proporcionados* para alcanzarle; pero sobre todas quiso levantar a los ángeles y a los hombres *al más alto* y *soberano fin* que era posible, incomparablemente mayor de lo que su naturaleza pedía, que es para ser bienaventurados como el mismo Dios lo es, viéndole claramente, amándole y gozándose con El en su gloria. Y *para alcanzar este fin,* quiso proveernos *de todos los medios necesarios* y *convenientes* con grande abundancia; porque como su bondad y caridad era infinita, no quiso quedar corta en escoger medios bastantísimos para tan importante fin.

3. La tercera cosa es que Dios nuestro Señor, *con su divina omnipotencia,* desde el principio del mundo comenzó *a poner por obra los medios que había escogido,* y con la misma va prosiguiendo y proseguirá siempre, sin que su providencia pueda ser defectuosa por falta de poder, como lo es la nuestra. De donde consta que *la providencia de Dios principalmente estriba* en estos tres atributos de la *sabiduría, bondad* y

omnipotencia, que son fuente de los divinos beneficios, como se dijo en la Meditación 16.

4. Estas tres consideraciones he de aplicar a *la providencia que Dios tiene conmigo,* ponderando cómo *sabe* todas mis necesidades y miserias, y los bienes que me faltan, así del cuerpo como del alma; y *sabe* todos los medios que hay para librarme de los males y darme los bienes, por ser infinitamente sabio. Item, *puede* ejecutarlos y ponerlos por obra como quisiere, por ser Todopoderoso. Item, por ser sumamente bueno y amoroso Padre, *quiere* y pretende que alcance mi último fin, y *desea* darme los medios convenientes para ello; luego *certísimo puedo estar* que nada me faltará con tal providencia, pues ni por ignorancia, ni por flaqueza, ni por malicia puede haber falta en ella.

¡Oh alma mía, alégrate y regocíjate de vivir debajo de tan soberana y alta providencia! Arroja toda tu solicitud en Dios, porque Él tiene cuidado de ti. Si tu providencia es incierta, la de tu Dios suplirá sus faltas: con su sabiduría suplirá tu ignorancia; con su omnipotencia, tu flaqueza, y con su bondad, tu malicia. *Ten cuidado de Dios, que Dios le tendrá de ti.* ¡Oh Dios de mi alma, hagamos este concierto con gran firmeza: que Tú tengas cuidado de mí, yo lo tenga de Ti! Y sin duda le tendré de Ti, si Tú con especial providencia le tienes de mí. De hoy más, diré con grande gozo: Mi Amado para mí y yo para Él; Él tiene cuidado de mis cosas, yo le tendré de las suyas; Él mirará por mi honra y provecho, yo miraré por su gloria y servicio para siempre jamás. Amén.

PUNTO SEGUNDO

Varios oficios de la divina providencia.

De aquí subiré a considerar *los infinitos e innumerables bienes que están encerrados en la divina providencia,* para aficionarme a ella y fiarme de ella, haciendo una suma de los que después iremos poniendo a la larga.

1. Lo primero, ponderaré cómo la divina providencia es *mi madre,* porque me da el ser que tengo y me trae dentro de sus entrañas. *Es mi ama,* porque me cría y sustenta y me trae en sus brazos como a niño. *Es mi aya,* porque siempre anda a mi lado y me acompaña en todos mis caminos. *Es mi reina* y gobernadora, porque me rige y gobierna en todo el discurso de mi vida. *Es mi maestra* y consejera, porque me enseña lo que no sé, y me aconseja en lo que dudo, y me guía en lo que debo hacer para no errar.

Es mi protectora y defensora en todas mis necesidades y peligros, porque para todas me da ayuda. *Es mi consoladora* en todas mis aflicciones y tristezas, porque para todas me da muchas razones de consuelo. Y, finalmente, *cuantos oficios de caridad* y *misericordia* se pueden imaginar, todos caben en la providencia de Dios con infinita eminencia, haciendo oficio *de padre, de amigo, de médico, de juez* y *de pastor,* y los demás. De donde sacaré que debo tener con la divina providencia todos los afectos de amor, confianza y gozo y alabanza que tales oficios merecen, amándola como hijo y acudiendo a ella en todo como a madre, acompañándome con ella, pidiéndola dirección, consejo, ayuda, remedio y consuelo.

2. Lo segundo, ponderaré cómo la divina providencia es *la primera fuente de todos los bienes de cuerpo* y *alma, temporales* y *eternos,* que yo he recibido y espero recibir, y de todos los que ahora gozan las demás creaturas del cielo y tierra. Por lo cual dijo San Doroteo, que ninguna cosa se hace sin la providencia de Dios: «Donde está la providencia de Dios, allí está el bien y todo género de bien»; *el honesto, el útil* y *el deleitable,* porque la divina providencia es fuente de las virtudes y gracias celestiales que nos hacen justos, y de los bienes temporales que nos aprovechan para pasar la vida, y de todos los deleites que de unos y otros proceden. Y por ella también somos librados de todos los males contrarios, o preservándonos de caer en ellos, o sacándonos de ellos después de haber caído, porque en lo uno y en lo otro quiere Dios mostrar su providencia y los varios modos que tiene de mostrarla. Por lo cual, de la divina Sabiduría se dice que con toda providencia se hace encontradiza con los suyos, teniendo de ellos todo el cuidado posible y con todos los modos de providencia que se puede tener con ellos, para llenarlos de bienes, como luego iremos descubriendo.

¡Oh providencia soberana, que abres la mano de Dios para llenar a todas las creaturas de bendición! Yo te adoro y glorifico como a reina y madre mía, y te suplico hagas conmigo oficio de madre y de maestra, de protectora y consoladora mía, y de ayudadora universal en todas mis cosas, porque teniéndote de mi parte, tendré contigo todo bien, y si Tú me dejas, seré lleno de todo mal.

PUNTO TERCERO

Solicitud de la Providencia por las creaturas.

1. Lo tercero, se ha de considerar cómo la divina providencia totalmente se emplea en mirar por las creaturas, ponderando, lo primero, *la diferencia, que hay entre Dios* y *los hombres*; porque los hombres que gobiernan y tienen a su cargo otros, tienen necesidad de tener providencia de sí mismos y de las cosas propias que les tocan; las cuales suelen ocuparles tanto, que no les dan lugar a mirar todo lo que era menester por las de otros. Pero Dios nuestro Señor, como dice Santo Tomás, no tiene necesidad de tener providencia de Sí mismo, ni de las cosas que a Él pertenecen, porque dentro de Sí tiene todo bien, sin que le pueda faltar nada, ni espere nada de fuera. Y así, *toda su providencia la emplea* en *mirar* por otros, esto es, *por las creaturas* que creó para tener en quien mostrar su providencia, la cual, como es infinitamente perfecta, provee con grande perfección todo lo que está a su cargo, por haberse querido ella encargar de ello.

2. De aquí es que la divina providencia se extiende *a todas las creaturas,* sin excluir ninguna, y a todos los hombres, sin olvidarse de ninguno, por vil y bajo que sea; porque, como dice el Sabio: «Dios hizo al grande y al pequeño, e igualmente tiene cuidado de todos».

Por tanto, ¡oh alma mía!, no desmayes ni desconfíes mirando tu pequeñez, porque tal cual eres, te hizo Dios, y nunca excluye de su providencia al que hizo con su omnipotencia, y quien no se desdeñó de hacerte, no se desdeñará de gobernarte.

3. De aquí también procede que *el mismo Dios por Sí mismo es el ejecutor de su providencia*, porque aunque es verdad que por medio de unas creaturas provee a otras, pero Él por Sí mismo asiste a todas en todo lugar y en todo tiempo, porque, como arriba se dijo, Él está en todo el mundo y en todas las cosas por esencia y potencia, conociendo lo que se hace, y ayudando a ponerlo en obra, y proveyéndolo todo con admirable gobierno. Y aunque deja a los hombres en su libertad, y, como dice el Sabio, en poder de su mismo consejo, para que hagan lo que quisieren, no por esto deja de tener providencia de ellos y de sus obras libres, enderezándolas o permitiéndolas para los fines que tiene ordenados.

4. De aquí, finalmente, procede que *ninguna cosa sucede en este mundo acaso respecto de Dios* nuestro Señor, aunque sea muy acaso respecto de los hombres, porque con su infinita sabiduría conoce todo lo

que sucede aun antes que suceda, y con su providencia lo tiene ordenado o permitido para el fin supremo de su gobierno, que es su gloria y la manifestación de su misericordia y justicia y de las demás divinas perfecciones. Y también para bien *de los justos* y *escogidos, de los cuales tiene providencia con más excelente modo,* convirtiendo, como dice San Pablo, todas las cosas que suceden en provecho de los que le aman. De todo lo cual concluyo que para gozar de la divina providencia y enriquecerme con los tesoros infinitos que en sí encierra, ayudará mucho *sentir altamente de ella,* atribuyéndola todo el bien como a fuente y principio de donde todo procede; creyendo con fe viva y muy cierta lo que de ella se ha dicho y se dirá, del modo que Dios lo ha revelado y manifestado por experiencias; de las cuales sacaré grande confianza en ella con gran resignación, al modo que se dirá en la Meditación 49. Y sobre todo *amaré sumamente al Padre de la providencia,* que con tanto amor provee a sus creaturas, pagándole con amor y servicios el cuidado que tiene de mí y de todas.

¡Oh Padre amorosísimo y providentísimo, que con providencia tan admirable provees a todas las creaturas, y mucho más a los que, con fe encendida en amor, confiadamente se arrojan en tus manos! yo me pongo en ellas, pues en ellas están mis suertes; endereza con tu providencia mis obras, para que sean agradables a tus ojos, de modo que por ellas me caiga la buena suerte de tu eterna bienaventuranza. Amén.

MEDITACIÓN 30

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS EN EL GOBIERNO DEL MUNDO Y DE LOS HOMBRES

PUNTO PRIMERO

Providencia de Dios en la creación.

Lo primero, se ha de considerar, *como fundamento* de esta Meditación, *la excelentísima providencia que Dios* nuestro Señor *mostró en la creación del mundo para los hombres,* resumiendo en breve lo que está dicho en las meditaciones precedentes.

1. Porque, *lo primero,* al principio *fabricó la casa* en que habían de morar los hombres, haciendo sus cimientos, paredes y bóvedas; esto es, cielo y tierra, con los elementos que están entre los dos. *Luego,* en los tres primeros días, hizo divisiones y apartamientos, como quien hace *diferentes salas* y *aposentos* para diversos moradores. *Y juntamente plantó jardines* y huertos de recreación, y frutales para sustento de los vivientes, y en los cofres secretos de la tierra puso tesoros de oro y plata con que se enriqueciesen los hombres. *Y también puso lumbreras* que de día y de noche les diesen luz. *Después* proveyó de *moradores* al mar y al aire y a la tierra, dándoles medios y potencias para multiplicarse y perpetuar su especie todo el tiempo que durase el mundo. Y *últimamente creó al hombre* y *le hizo dueño de toda esta casa* y *hacienda,* con el usufructo de todo, y con el dominio, aunque no absoluto, sino sujeto al divino, con obligación de darle cuenta del modo cómo usaba de las creaturas y de la hacienda que le entregó, como los mayordomos suelen darla a sus señores. Ponderando todo esto al modo que arriba se ha declarado, echaré de ver cuán entera y perfecta fue la providencia de Dios en esta obra de la creación, pues no hay padre de familias ni príncipe que pueda edificar una casa o palacio con tanta provisión de todo lo necesario para sus intentos, como Dios edificó esta casa del mundo para nosotros.

2. *Y aplicando esto a mí mismo,* ponderaré cómo Dios nuestro Señor con su providencia, *antes que yo naciese* me aplicó particular lugar, casa y hacienda con que viviese, y lo que hicieron los antepasados con trabajo, gozo yo ahora con descanso. Por todo lo cual le daré muchas gracias, procurando imitar su providencia en tener yo otra tal de mi alma, de modo que antes que salga de este mundo la tenga con mis obras ganada, y granjeada casa y riqueza en el otro; porque quien me creó de pura gracia, sin merecimientos míos, en este mundo visible, no quiere ponerme en el invisible si no es por su gracia, junta con mis merecimientos, aprovechándome fielmente de los bienes que me ha dado para ganar amigos que me reciban en las eternas moradas.

¡Oh Creador amorosísimo, que con admirable providencia desde el principio del mundo me aparejaste los bienes de que ahora gozo, concédeme que de tal manera use de ellos, que cuando al fin del mundo me pidas cuenta, pueda dártela muy buena! Amén.

PUNTO SEGUNDO

Providencia de Dios en el gobierno del mundo.

Lo segundo, se ha de considerar cómo Dios nuestro Señor, al crear el mundo, *Él mismo,* con su providencia, *tomó el gobierno a su cargo,* conforme a lo que está escrito en Job: «¿A quién otro constituyó sobre la tierra, o a quien puso por gobernador del mundo que fabricó?». Y el Sabio dice: «Tu providencia, ¡oh Padre!, desde el principio gobierna todas las cosas».

1. En lo cual se ha de ponderar, lo primero, cuán bien nos está que *uno mismo sea el Creador* y *Gobernador* del mundo y de todos nosotros, porque nos gobernará *como cosa propia* y mirará por nosotros como por obra de sus manos. Y como sus obras son perfectas y las creó para muestra de su bondad, por la misma las había de gobernar y enderezar a sus fines, por los medios que para ello les había dado.

¡Oh Dios amantísimo, dos títulos tengo para pedirte que me ampares hasta que alcance mi último fin: uno, que eres mi Creador, y otro, que eres mi Gobernador! Y aunque me creaste sin mi consentimiento, pero, quieres gobernarme sin perjuicio de mi libertad. Gobiérname, Señor, de tal manera que no resista a tu gobierno, para que alcance el fin para que me has creado. Amén.

2. Lo segundo, he de ponderar cuán bien nos está que *el supremo Gobernador sea uno,* a quien estén sujetos *todos los demás que* por su autoridad *tienen parte del gobierno,* porque siendo uno, enderezará todas las creaturas a *unidad* y *paz,* componiendo las discordias y disensiones que hay entre ellas, para bien del universo, y todos los hombres podrán unirse y conformarse entre sí conformándose con el gobierno y leyes de este único Gobernador, que es el último fin de todos. Aunque, por conservar su libertad, no quiere forzarlos, sino convidarlos a ello, con aquellas regaladas palabras que dijo por Isaías: «Yo soy tu Señor Dios, que te gobierna en el camino que andas», y en la vida que vives. «Ojalá atendieses a mis mandamientos; tu paz sería como un río, y tu justicia como el agua del mar».

¡Oh Gobernador del mundo, único y supremo, a cuyo gobierno todas las creaturas irracionales obedecen sin resistencia, pues, tanto deseas que los hombres te obedezcamos, danos lo que nos mandas para que cumplamos lo que deseas y alcancemos la justicia y paz que nos prometes! Amén.

3. Lo tercero, se ha de ponderar la infinita bondad y liberalidad de Dios que en esto mismo resplandece, porque de tal manera gobierna por Sí mismo a cada uno, entendiendo a todo lo que ha menester, que no quiere alzarse *con todo el gobierno, sino dar parte de él a sus creaturas,* comunicándolas esta honra y dignidad de gobernar a otras, dándoles suficiencia para ello; y así, quiere que los hombres estén sujetos a los que en su nombre les gobiernan, y quien a éstos resiste, a Él resiste, como dice San Pablo, porque toda su potestad es de Dios, el cual, con su infinita providencia asiste a los que gobiernan en su nombre, y suple las faltas de su gobierno, sacando de sus yerros aciertos, para bien de los escogidos,

Gracias te doy, Gobernador sapientísimo, por este singularísimo modo que tienes de gobierno, tan propio tuyo, que no puede hallarse en otro; gobierna, Señor, a los que nos gobiernan para que acierten a gobernarnos, y gobierna a los que somos gobernados para que nos sujetemos por Ti a su gobierno, fiados de tu providencia, que todo lo convertirá en nuestro mayor provecho.

PUNTO TERCERO

Excelencias del divino gobierno.

Lo tercero, se ha de considerar, *las excelencias de este maravilloso gobierno de Dios* nuestro Señor.

1. La primera es, que es *gobierno paternal,* y por esto el Sabio llama Padre a nuestro Señor, cuando dijo que su providencia gobernaba todas las cosas; y así gobierna con grande suavidad, disponiendo, como dice el mismo Sabio, todas las cosas suavemente, dándolas inclinación grande a su propio fin, al cual va enderezado el gobierno. Y como este amoroso Padre vio que el hombre, por razón de su naturaleza, según el espíritu, tenía inclinación a la virtud, y según la carne, padecía algún modo de contradicción, dispuso al principio que la carne le estuviese sujeta por la justicia original, para que la inclinación del espíritu prevaleciese; y después del pecado original, nos da virtudes sobrenaturales, que son inclinaciones poderosas para hacer el yugo de su ley muy suave.

2. La segunda excelencia es ser *gobierno eficaz,* juntando la fortaleza con la suavidad, conforme a lo que dice el Sabio, que la divina sabiduría llega de un fin a otro fuertemente, y lo dispone todo suavemente, porque todas las cosas están debajo de su mando; y no hay quien pueda resistir a

su voluntad; y es tan poderoso, que nos puede hacer querer lo que Él quiere de modo que hallemos gusto en quererlo; lo cual es propio de su sabiduría y omnipotencia.

3. La tercera excelencia es ser *gobierno justo,* porque con ser Señor absoluto de todos, sin tener quien le pida cuenta de lo que hace, gobierna con toda rectitud y justicia, dando a cada cosa lo que le conviene según su naturaleza, y a los hombres gobierna prometiéndoles premios y amenazándoles con castigos, y en esto guarda justicia con todos, aunque llena de misericordia paternal, porque amenaza como Padre, con deseo de que todos alcancen el fin de su gobierno.

4. La cuarta excelencia es ser *gobierno provechosísimo* para todos los que son gobernados, porque, como dice Santo Tomás, el gobierno de Dios tiene tres efectos en general, en los cuales se encierran otros innumerables. Uno es: Hacer que seamos semejantes al sumo bien, participando de su infinita bondad. El segundo es conservarnos en el bien que hemos recibido, para que no le perdamos ni se menoscabe. El tercero es movernos con suavidad y eficacia al aumento de este bien y a su perfecta posesión.

5. Ponderando estas cuatro excelencias del gobierno divino, en cada una tengo de *alegrarme* y *gozarme* de la infinita bondad, sabiduría, justicia y omnipotencia de este supremo Gobernador, y tenerme por dichoso de estar debajo de su gobierno y darle gracias por el modo que tiene de gobernarme, suplicándole me ayude para que nunca salga de su dirección.

¡Oh alma mía!, supuesto que has de ser gobernada, ¿qué mejor Gobernador ni qué mejor gobierno puedes desear? Teniendo tal Gobernador, ¿qué te faltará si le obedeces? *El Señor me gobierna, nada me faltará*. Ni me faltará vida, ni salud, ni honra, ni contento, ni bien temporal que pueda aprovecharme para el eterno, y mucho menos me faltará la virtud; la gracia, la sabiduría y los dones celestiales que hubiere menester para conseguir los eternos. Sólo me faltará lo que es nada, que es el pecado, si obedezco a su gobierno; porque todo lo que es algo para bien de mi alma, Él me lo dará con abundancia. ¡Oh Amado mío, rígeme Tú, y seré bien regido; gobiérname Tú, y seré bien gobernado; no me gobierne yo a mí mismo, ni me gobierne el mundo, ni la carne, ni otro que salga de tu gobierno, del cual procede todo mi remedio!

6. De estas mismas consideraciones he de sacar *imitación, aprendiendo a gobernar* a los que Dios me encargare, con las cuatro excelencias que resplandecen en el gobierno de Dios; porque tanto será más perfecto el gobierno humano, cuanto fuere más semejante al divino,

procurando, como dice San Pedro, que no sea tiránico ni forzado, sino paternal y suave; no remiso ni pusilánime, sino eficaz y fuerte; no injusto, sino justo; no principalmente para provecho del que gobierna, sino para provecho de los gobernados, y para gloria del supremo Gobernador y Príncipe de los pastores y gobernadores del mundo y de la Iglesia, el cual, cuando venga a juicio, dará corona de gloria eterna a los que de esta manera hubieren gobernado.

PUNTO CUARTO

El gobierno de Dios se extiende a todos.

1. Lo cuarto se ha de considerar otra excelencia soberana del gobierno de Dios, el cual *se extiende de un fin a otro, abrazando todas las creaturas del cielo* y *de la tierra,* desde el supremo de los serafines hasta el último y más despreciado gusanillo, mirando con cuidado por todas las cosas que les pertenecen, como si no tuviera otra cosa que hacer. Y, por consiguiente, gobierna *con más cuidado a todos los hombres* y *a cada uno de ellos,* hasta mirar por cualquiera de los cabellos de su cabeza, y aunque sean muchos, gobierna a todos *como si fuera uno solo,* y no tiene menos cuidado de los innumerables hombres que hay ahora en el mundo, que de solos ocho que estaban en el arca de Noé, y de sólo Adán cuando estaba en el paraíso, porque ni la muchedumbre le ocupa, ni la poquedad le desanima, y su bondad, como es infinita, se extiende a cuidar de todos, grandes y pequeños, muchos y pocos; porque para su grandeza todos son pequeños, y para su caridad todos son grandes, y para su infinita sabiduría los muchos son como uno. Y así, puedo decir con San Agustín: «¡Oh Dios bueno y todopoderoso que así tienes cuidado de cada uno de nosotros, como si le tuvieras de él solo; y así de todos, como de cada uno!».

2. De donde sacaré que el gobierno de Dios para conmigo tiene todas las excelencias arriba dichas; porque para mí es gobierno paternal, suave, fuerte, eficaz, justo y provechoso, sin que me pueda quejar con razón de este gobierno. Y por esto no sin causa se nombra en número singular el que es gobernado, como cuando dijo David: «El Señor me rige». Y por Isaías: «Yo soy el Señor que te gobierno», para que yo entienda que conmigo guarda la perfección de su gobierno; aunque no se puede negar sino que a los más queridos y escogidos gobierna con mayor providencia, para mayor muestra de su infinita caridad. Y para hacerme yo participante de tan especial gobierno, ayudarán los tres medios que se pusieron al fin de la

meditación pasada, creyendo, esperando y amando a este soberano Gobernador.

Gracias te doy, amantísimo Padre, por el cuidado que tienes de mí, como si yo estuviera solo en el mundo, siendo entre todos el más miserable. ¡Oh, si yo te alabase por el bien que haces a todos, y todos te alabasen por el bien que me haces a mí, para que yo y todos gocemos de Ti por todos los siglos! Amén.

MEDITACIÓN 31

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS EN EL SUSTENTO DE LAS CREATURAS, ESPECIALMENTE DE LOS HOMBRES CUANTO A SU COMIDA, VESTIDO, HONRA Y BIENES TEMPORALES.

Esta Meditación irá fundada en la maravillosa doctrina que Cristo nuestro Señor nos dio de la divina providencia, declarando por su orden las palabras del Texto sagrado.

PUNTO PRIMERO

Dijo Jesús a sus discípulos: «No queráis ser solícitos para vuestra alma de lo que habéis de comer, ni para vuestro cuerpo de lo que habéis de vestir».

Lo primero, se ha de considerar *cuál sea la solicitud que Cristo* nuestro Señor *prohíbe* en estas palabras, ponderando cuatro cosas en que consiste *ser viciosa,*

2. La primera, por no ser *de cosas necesarias* para la vida *o convenientes* a su estado, sino superfluas y demasiadas, atesorando codiciosamente bienes de la tierra. *b) La segunda,* por ser *antes de tiempo* y *sazón,* tomando los cuidados que no pertenecen a este tiempo, sino a otro, después de muchos días. c) La tercera, por ser *desordenada en la intención* o graduación de las cosas, buscando los bienes temporales primero que los espirituales, o con daño de ellos, o por malos medios, o con malos fines, o poniendo en ellos todo su fin y descanso. *d*) La cuarta, por ser *demasiadamente congojosa,* aunque sea en cosas necesarias, porque tal congoja procede siempre de afición demasiada a la cosa

temporal, y de poca fe en la divina providencia, como si Dios no tuviera cuidado de mí, y yo solo hubiera de alcanzarla. Y por esta misma causa suele ser viciosa la solicitud congojosa, aunque sea de bienes espirituales, cual fue la de Marta cuando servía a Cristo con turbación, y la de algunos escrupulosos o indiscretos muy tímidos y pusilánimes en el negocio de su salvación. Sobre estos *cuatro desórdenes* haré reflexión, examinando bien si me tocan, para echarlos de mí, siquiera porque no me diga Dios lo que dijo al rico codicioso que tropezó en ellos: «Necio, esta noche te arrancarán el alma; los bienes que has aparejado, ¿de quién serán?». Que es decir: ¿De qué te servirá esa solicitud que tienes y los tesoros que recoges, si te quitan luego el alma y la vida? ¿Para quién los querías? De donde infirió Cristo nuestro Señor la doctrina de su providencia. «Por tanto, os digo que no seáis solícitos de la comida y vestido, ni de cosa de esta vida, pues Dios tiene a su cargo el cuidar de ella.»

¡Oh alma mía, escarmienta en la cabeza de este rico codicioso, aborreciendo su demasiada solicitud, si no quieres pasar por el castigo de su grande necedad! Oye la lección de tu Maestro soberano, arroja en Él toda solicitud y tus cuidados congojosos, pues Él con su providencia se carga de ellos.

2. También ponderaré *la caridad de Cristo* nuestro Señor *en prohibir esta demasía por nuestro interés* y por librarnos del trabajo que anda con ella, y por esto dijo: «No seáis solícitos del día de mañana, porque mañana será solicito para sí mismo, y bástale al día su trabajo». Que es decir: No os carguéis hoy de los trabajos y cuidados que para hoy no son necesarios; tomad hoy los propios de hoy, y mañana tomaréis los de mañana, y pues no sabéis lo que ha de ser mañana, ni si habrá mañana para vosotros, no toméis hoy el cuidado superfluo de lo que está por venir, y quizá no será conveniente; dejad esto a la divina providencia, que abraza todos los tiempos, y en cada tiempo proveerá lo que por entonces conviniere.

3. Por todo esto *no prohíbe Cristo* nuestro Señor *la solicitud virtuosa* que procura las cosas presentes y previene las que están por venir *con moderado cuidado,* y se llama *diligencia,* la cual tiene otras cuatro condiciones contrarias a las sobredichas; es a saber: ser de cosas *necesarias o convenientes* para el cuerpo o alma, *y en su propio tiempo, con orden en la intención* y en el modo de buscarlas, *y con moderada afición* sin turbación o congoja; y esta solicitud *no es contraria* a la providencia de Dios, *sino efecto de ella* y *medio o instrumento* de que ella usa para alcanzar su fin. Y así, nos la encomienda la Sagrada Escritura, diciendo que andemos solícitos con Dios y en procurar la unidad de

espíritu con el vínculo de la paz, y en sacudir la pereza, que destruye las obras buenas.

¡Oh Dios eterno, cuya providencia es solícita sin congoja, y cuidadosa sin turbación; quita de mí la solicitud que me prohíbes y dame la que me mandas, para que imitando el orden de tu pacífica y cumplida providencia, sea solícito de tu servicio, al modo que Tú lo eres de mi provecho! Sean mis cuidados en este día dolerme de los pecados hechos en el tiempo pasado, buscar medios como agradarte en el presente, y prevenirme para no pecar en el futuro, porque todos estos cuidados tocan al día de hoy, fiándome de tu providencia que me ayudarás a lo mismo el día de mañana.

PUNTO SEGUNDO

Motivos para confiar en la providencia.

Lo segundo, se ha de considerar *la maravillosa razón* con que Cristo nuestro Señor nos exhorta a *confiar en su providencia,* diciendo: «¿Por ventura el alma no es más que el manjar, y el cuerpo no es más que el vestido?».

1. En la cual sentencia apunta *tres verdades admirables* y muy provechosas: *a)* La primera, que *el alma es mejor* y *de mucho mayor valor* y *estima que el manjar,* y el cuerpo es mucho más precioso que el vestido. Y debajo de estas dos cosas comprende todas las riquezas y cosas preciosas del mundo, que se ordenan para sustento de la vida y adorno del cuerpo, y para nuestra habitación y recreación y pompa exterior, *b)* La segunda, *que Dios* nuestro Señor, de su bella gracia, sin nuestros merecimientos y sin nuestra industria, *nos dio el alma* y *cuerpo* que tenemos, *y* por consiguiente, *por traza suya* estamos necesitados de manjar para conservar la vida, y de vestido para cubrir la desnudez, después que Adán perdió la vestidura de la inocencia, *c*) La tercera, que *quien, nos dio lo que es más, podrá* y *querrá darnos lo que es mucho menos.* Y quien creó el alma y cuerpo, *con necesidad* de otra cosa menos que ellos para su conservación, da claro testimonio de que sabe, puede y quiere dar también aquello que es menos con que se remedia su necesidad; y la misma bondad que le movió a lo primero, le moverá a lo segundo.

2. De aquí infiere Cristo nuestro Señor que debemos perder *la demasiada solicitud* de comida y vestido, fiándonos en la divina

providencia, que pues nos dio sin merecerlo cosa tan preciosa como el alma y el cuerpo, también nos dará el manjar y vestido necesario, que es de mucho menor precio.

¡Oh Creador liberalísimo y Maestro sapientísimo!, ¿qué gracias te daré por tan soberana largueza? ¿Y cómo agradeceré tan admirable doctrina? *Yo creo lo que me dices,* y *espero de Ti lo que me ofreces, y* fiado de tu providencia, haré todo lo que me mandas en agradecimiento de lo que rae prometes.

3. De esta doctrina de Cristo nuestro Señor también he de sacar que, pues el alma es más que el manjar, y el cuerpo más que el vestido, *solamente debo tomar de lo uno* y *de lo otro lo que fuere conveniente para cuerpo* y *alma,* dejando todo lo que redundare en daño suyo; porque sería intolerable error *perder lo que es más* por lo que es menos, perdiendo mi alma o la de mi prójimo por adquirir lo que tan poco vale en respecto de ella. Por lo cual dijo San Pablo aquella memorable sentencia: «No quieras por el manjar destruir la obra de Dios», matando el alma de tu hermano, por quien murió Cristo.

¡Oh Redentor dulcísimo, que dijiste: ¿De qué sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?, concédeme que estime en más el bien de mi alma, que el dominio y posesión de todo el mundo, ofreciéndome de buena gana a perder cuanto hay en el mundo, porque no se pierda el alma.

4. También sacaré de esta admirable doctrina *una regla general de confianza, en la providencia de Dios,* asegurándome cuando me da algún bien grande, que me dará lo que es menos siendo necesario o conveniente para conservarlo. Y en esto se funda lo que dice el bienaventurado apóstol San Pablo, que quien nos dio a su propio Hijo, nos dio con El todas las cosas, porque todas son menos que el Hijo, y se ordenan y enderezan para su honra y servicio. Y quien nos ofreció el cielo y su reino, nos dará los medios necesarios para alcanzarle. Y quien nos da el estado de perfección o la dignidad de su Iglesia, dará lo que conviene para cumplir con su obligación. Finalmente, quien me da su propio cuerpo y sangre por manjar para sustentar la vida del alma, providencia tendrá para darme los demás manjares, que son incomparablemente menores que éste, y necesarios para sustentar la vida del cuerpo.

¡Oh Dador liberalísimo, que, dándonos lo que es más te ofreces a darnos lo que es menos para conservarlo; pues me das tan inmensos beneficios, dame luz y perfecto entendimiento para conocerlos y estimarlos como debo, y dame también gracia para servirte y amarte por

ellos, para que con este agradecimiento persevere en mí tu beneficio por todos los siglos! Amén.

2. Ultimamente, ponderaré cómo Dios nuestro Señor, en decir que tiene providencia de nuestra comida y vestido, nos dice también que tiene la *de nuestras tierras, viñas, olivares, dehesas* y *ganados,* de los linos, lanas y sedas, y de los gusanillos que las hacen, y de todas las cosas que son necesarias para este sustento; y, por consiguiente, por su providencia vienen las lluvias, nieves y vientos, y todos los bienes temporales que ayudan a esto; y así, todos son beneficios de Dios nuestro Señor y efectos del cuidado que tiene con nosotros, y si nos fiamos de Él y le servimos, nos los dará, pues nos dio *lo que es más* que todo ello.

Y con esta confianza hemos de perder la solicitud congojosa que nos da la falta de agua, o de viento, o de otra cosa de éstas, arrojando este cuidado en Dios, pues es propio suyo, diciéndole: Dios y Señor nuestro, pues nos diste alma y cuerpo necesitados de manjar y vestido, danos estos bienes temporales para que con más confianza procuremos los eternos. Amén.

PUNTO TERCERO

«Mirad las aves del cielo y a los cuervos, que no siembran, ni cogen, ni tienen graneros, y vuestro Padre celestial las sustenta; ¿por ventura no sois vosotros más estimados que ellas?».

1. Aquí se ha de considerar, primeramente, la maravillosa providencia que tiene Dios nuestro Señor *de las aves,* proveyéndolas a todas de sustento conveniente, no solamente a las grandes, sino a las pequeñuelas, y no solamente a las mansas y provechosas para los hombres, sino a las bravas y desaprovechadas y aborrecibles, como son los cuervos. Y se precia tanto de esta providencia, que dijo a Job: «¿Quién apareja su manjar al cuervo, cuando sus hijuelos claman a Dios, vagueando por faltarles la comida?». Que fue decir: Yo soy el que con mi providencia aparejo manjar bastante para el cuervo, con ser tan tragador y al parecer de poco provecho, y cuando se olvida de sus polluelos, yo como Padre los sustento, oyendo el clamor que su necesidad me representa. Pues si vuestro Padre celestial, dice Cristo, sustenta las aves, con no ser Padre de ellas, sino Señor, porque ellas no son capaces de ser sus hijas, *¿cuánto más sustentará a vosotros,* que sois hijos suyos, y os estima muy mucho más que a ellas? Y si vuestro Padre oye el graznido de los cuervos y se compadece de su necesidad,

¿cuánto más oirá vuestros clamores y se compadecerá de vuestra hambre, y ella sola será oración y clamor que le mueva a daros sustento para remediarla?

¡Oh Padre amorosísimo, te alaben las aves del cielo y los hombres de la tierra por la providencia que tienes de su comida, y las aves con sus cantos, y los hombres con sus palabras de alabanza, publiquen tus misericordias por el cuidado que tienes en remediar sus miserias!

2. Luego ponderaré *el modo maravilloso* como la divina providencia sustenta las aves sin tener ellas solicitud de sembrar ni de coger, y sin tener granero ni botillerías; porque el mismo Dios les apareja el manjar que cada una ha menester, y les da habilidad e industria para haberle, y para llevarle a sus hijuelos. A las águilas, como el mismo Señor dice, sustenta con la caza de animales, y llevándolos a sus nidos, con la sangre que sale de ellos, sustenta a sus polluelos; a los vencejos sustenta con mosquitos que cogen volando por el aire, y con este manjar están gordos, y andan juntamente comiendo y jugando, gozando con alegría de lo que les provee el Autor de la naturaleza.

De aquí infiere Cristo nuestro Señor que *perdamos la demasiada solicitud de las sementeras* y *cosechas,* y de allegar demasiadas provisiones en las trojes y despensas; porque quien provee sin nada de esto a las aves, mucho mejor proveerá a sus hijos, poniendo el cuidado que Él mismo quiere que pongamos.

¡Oh alma mía, cesen de hoy más tus cuidados congojosos, porque agravias con ellos a la providencia de tu Padre celestial, pues quien sustenta a las aves sin esta, solicitud, mejor te sustentará a ti sin ella! ¡Oh Padre amantísimo, tu providencia será mi principal sementera y mi cosecha, ella será mi botillería y mi granero, porque sin ella todos mis cuidados serán vanos, y con ella los moderados serán muy provechosos, supliendo ella la falta que hubiera en ellos!

3. Lo tercero, se ha de ponderar que *esta misma providencia tiene Dios* nuestro Señor de proveer *a los peces del mar* y *a los animales de la tierra* de sustento conveniente, sin que les falte a su tiempo con grande abundancia; por lo cual dijo David: «En Ti esperan, Señor, los ojos de todos, y Tú les das mantenimiento en el tiempo conveniente; abres tu mano, y llenas a todos los animales de bendición. Tú das a los jumentos su propio mantenimiento, y los cachorrillos de los leones salen de noche para buscar y arrebatar el manjar que les da Dios con su providencia.

¡Oh dulcísimo Salvador, que dijiste por tu boca: «No os bueno quitar el pan a los hijos, y darlo a los perros»!, si con tanto cuidado das mantenimiento a los perros, ¿con cuánto mayor le darás a los hijos? Si hartas el hambre de las fieras, ¿cómo no hartarás la de los hombres? Alábente, Señor, tus misericordias y las maravillas que haces con los hijos de los hombres, porque hartas el alma hambrienta y llenas de bienes a la vacía. Tú das manjar a toda carne, porque tu misericordia dura para siempre: ¡Oh alma mía, arroja, como dice David, tus cuidados en Dios, y Él te sustentará, y no permitirá que andes fluctuando y de una parte a otra, porque su providencia será ama que te críe, escudo que te defienda, áncora que te establezca, y corona que te galardone por todos los siglos! Amén.

PUNTO CUARTO

«¿Quién de vosotros con su pensamiento y cuidado podrá añadir un codo a su estatura? Luego si no podéis lo que es tan poco, ¿para qué andáis solícitos de lo demás?».

En esta sentencia se ha de considerar cómo la divina providencia ha trazado la estatura de nuestro cuerpo de tal manera, que no es posible, por ninguna solicitud *y* cuidado grande, añadir algo a lo que Dios tienes ordenado, conforme a la complexión de cada uno.

1. De donde Cristo nuestro Señor *infiere*: Lo primero, que como la divina providencia secretamente de noche y de día va haciendo que nuestros cuerpos crezcan y lleguen a tener *su debida estatura* sin saber nosotros cómo lo hace, *así también nos dará el sustento necesario* para esto, *y el vestido conveniente* conforme a su medida, pues quien da lo más, dará lo menos, siendo esto necesario para conservar lo que es más, Y muchas veces lo da por medios muy secretos sin saber por dónde nos viene, para que más claramente echemos de ver el cuidado que tiene de nosotros, y aprendamos a confiar en su providencia, y a servirle con más diligencia.

2. Lo segundo, infiere que, pues nuestra solicitud no. es poderosa para añadir a nuestro cuerpo *un codo*,, *ni un dedo* de grandeza, y por consiguiente, sería vana por ser cosa imposible, también es justo que quitemos *la demasiada solicitud de la comida* y *vestido,* como si *a solas* pudiésemos haberlo, porque también será *solicitud vana,* pues sin la providencia de Dios no podemos alcanzarlo. «Si no podéis lo que es tan poco,

¿para qué estáis solícitos y congojados por lo demás», pues sin Mí no podéis alcanzarlo, y Yo tomo a mi cargo el proveerlo?

¡Oh Padre celestial, gracias doy a tu soberana providencia, porque no solamente me das el cuerpo, sino su aumento y perfección! Y aunque yo esté durmiendo o velando en otras cosas, Tú tienes cuidado de ésta! Te suplico, Señor, que del mismo modo cuides del aumento y perfección espiritual de mi alma, que vale mucho más que el cuerpo; pues el que planta o riega no es nada, sino Tú, que das el crecimiento.

3. De esta misma verdad puedo sacar también *el contento que debo tener con la estatura* y *proporción de miembros* que me ha cabido en suerte, pues nace de la divina providencia para mi provecho, y gloria del que me la dio, el cual se glorifica con el pequeño y con el grande, con el flaco y con el grueso, y cada uno le debe gracias por la estatura que tiene; ni el que la tiene grande se ha de vanagloriar por ella, ni el que la tiene pequeña se ha de desconsolar, pues es verdad que «Dios nos hizo, y no nos hicimos nosotros»; y pues Dios lo hizo, quién le dirá: ¿Por qué lo hiciste así?.

Básteme, Señor, que Tú lo hayas hecho, para que yo esté contento con ello, y, cuando estuviera en mi mano deshacerlo, yo lo pusiera totalmente en la tuya, porque no hay para mí mayor acierto que fiarme de tu gobierno.

PUNTO QUINTO

«¿Por qué estáis solícitos del vestido? Considerad los lirios del campo, cómo crecen sin hilar ni trabajar. Os digo en verdad que ni Salomón en toda su gloria estuvo vestido como uno de ellos. Pues si Dios viste de esta manera al heno del campo, que hoy es y mañana le echan en el fuego, ¿cuánto más vestirá a vosotros, hombres de poca fe?».

1. Sobre esta maravillosa doctrina se ha de considerar: Lo primero, cómo la divina providencia dio a todos los vivientes *vestido conforme a su naturaleza:* porque a los peces vistió de escamas; a las aves, de plumas; a los demás animales, de lanas o recios cueros, y a los árboles, de duras cortezas. Pero más adelante pasó la divina providencia *con el hombre,* porque careciendo de todo esto por su naturaleza le vistió maravillosamente *con su gracia,* adornándole en el estado de la inocencia con la justicia original, en virtud de la cual podía pasar sin vestido corporal, sin padecer daño ni vergüenza por su desnudez. Mas después que

Adán y Eva, por su pecado, perdieron esta vestidura, haciendo ellos otra de hojas de árboles para cubrir su desnudez, viendo la divina providencia cuán mal vestido era éste, luego los proveyó de otro mejor, vistiéndoles con vestiduras *de pieles de animales,* hechas por su misma mano, o por ministerio de sus ángeles: lo uno, para remediar su necesidad presente, y lo otro, para enseñarles el modo de vestirse en lo por venir; y sobre todo, para que entendiesen ellos y nosotros que la culpa cometida no había sido parte para que totalmente nos excluyese de su divina providencia ni perdiese el cuidado que tenía de darnos vestido conveniente a estado de pecadores, como le había dado conveniente al estado de justos.

¡Oh Padre amantísimo y amorosísimo!, ¿quién no te amará y alabará por tan amorosa providencia como tienes con nosotros? No era mucho que, pues diste de vestir a todos los animales, también lo dieras a los hombres; pero lo que me admira es que, habiéndose los hombres hecho peores que animales por la culpa, no les desampare tu divina providencia. Quien había rasgado la riquísima vestidura de la justicia original, digno era de quedarse desnudo para siempre, con perpetua confusión, de cuerpo *y* alma; pero tu infinita misericordia vistió con pieles de animales muertos al cuerpo, deseando por la penitencia vestir con tu gracia al alma. Alábente, Señor, mi alma y mi cuerpo por el cuidado que tienes de darles el vestido conveniente, y ambos se ocupen totalmente en tu servicio, porque si tanto cuidado tienes de los pecadores que te ofenden, ¿cuánto mayor le tendrás de los justos que te sirven?

2. Lo segundo, se ha de considerar cómo Cristo nuestro Señor, para quitar de nosotros la demasiada solicitud del vestido, nos trae por ejemplo la providencia que tiene de vestir *a los lirios o azucenas,* y no a las que se crían en los jardines con industria de hombres, sino a las que nacen en el campo, las cuales no tienen necesidad de hilar como las mujeres para vestirse, ni de trabajar como los varones para ganar el vestido, sino por sola providencia del Creador nacen vestidas con tal belleza y hermosura, que Salomón en toda la pujanza de su gloria nunca alcanzó vestido tan glorioso. Pues quien tiene cuidado de vestir de esta manera al lirio, que hoy es y mañana se seca y se echa en el fuego, ¿cuánto mayor le tendrá del hombre, cuya vida es más larga, y no fue criado para el fuego, sino para el cielo?

¡Oh alma mía, si los príncipes del mundo, aunque sean mas sabios y poderosos que Salomón, no pueden vestirse tan gloriosamente como Dios viste a un lirio, mejor es confiar en Dios que en los príncipes, pues de Él puedes recibir lo que ellos no te pueden dar!

3. Lo tercero, ponderaré *dos causas* por las cuales Cristo nuestro Señor no trajo por ejemplo de esta providencia el vestido que da a los peces, aves y animales, sino a *los lirios,* que hoy son y mañana se echan en el fuego.

a) La primera, para significar *la liberalidad* de su providencia en darnos, no solamente *el vestido necesario,* que bastara ser grosero, como de pieles de animales, sino también *el precioso* y *vistoso* para adorno de nuestras personas, conforme a nuestro estado; para lo cual nos proveyó de brocados, sedas y telas preciosas, de las cuales no se ha de usar por vanidad, sino para gloria del que las da.

b) La segunda *cansa mística* es para significar la largueza de su providencia en repartir estos *vestidos tan preciosos,* no solamente *a los justos* que tiene escogidos para el cielo, sino *a los mundanos,* que son como heno, que hoy resplandecen y mañana pararán en el fuego del infierno. Para que se vea que si tan liberal es con los reprobados, mucho más lo será con los escogidos, y si viste de tanta gloria a los que han de ser cebo del fuego sempiterno, ¿de cuánta mayor gloria vestirá a los que han de ser ciudadanos de su reino?

¡Oh gloria mía, gracias te doy por las vestiduras tan gloriosas que das a tus creaturas, para mostrar la providencia que tienes de ellas! Con mucho gusto, por tu amor, renuncio la vestidura de gloria temporal, deseando que vistas mi alma con la vestidura preciosa de tu gracia, y después con la de tu eterna gloria. Amén.

PUNTO SEXTO

No queráis ser solícitos, diciendo: ¿Qué comeremos y beberemos, y con qué nos vestiremos? Y no queráis levantaros en alto, porque todas estas cosas buscan las gentes del mundo, y vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas ellas.

1. Lo primero, se ha de considerar *el gran deseo que Cristo* nuestro Señor *tiene* de que sus discípulos pierdan *la demasiada solicitud* de estas cosas temporales, *fiados de que Dios tiene cuidado de ellos,* y este deseo significa con repetir tantas veces que no seamos solícitos de la comida, ni aun de la bebida, que es menos.

Y por San Lucas añade, que no nos levantemos en alto, en lo cual nos prohíbe la demasía de algunas cosas, que están a cargo de su providencia:

Lo primero, que no andemos ansiosos de la gloria, honra y fama, ni de las dignidades, oficios o preeminencias del mundo. *Lo segundo, que no nos engriamos con los bienes que Dios nos diere,* levantándonos a mayores, e hinchándonos con ellos. *Lo tercero, que no busquemos lo que es sobre nuestras fuerzas* o nuestros merecimientos, queriendo lugar más alto o cosas más levantadas de lo que nuestra pequeñez merece en cualquier materia que sea. *Lo cuarto, que no andemos con los ojos levantados curiosamente a. mirar los signos de los planetas* y *cielos,* como quien espera *de ellos* el suceso de las cosas que pretende, pues no ha de venir de ellos, sino de la divina providencia, *a cuyo cargo* están todas estas cosas, y el suceso de cualquier cosa grandiosa que pretendemos, ora se haya de proveer por votos de hombres, ora por suertes, ora por voluntad de reyes, porque nada de esto sucede acaso sino por la providencia de Dios, en cuyas manos están nuestras suertes. Y, como dice el Sabio. Él las endereza, y en su mano está el corazón del rey, por muy voluntarioso que sea y le hace inclinar a la parte que Él quisiere. Y Él, principalmente, provee los imperios y pontificados, las dignidades, cátedras, beneficios y oficios honrosos de ambas repúblicas, eclesiástica y seglar. Y aunque en estas provisiones *se mezclan* ambiciones, sobornos, injusticias y otros pecados, que permite la divina providencia por secretos fines, pero ella *endereza* los sucesos para sus intentos soberanos. De donde se sigue que es grande agravio de la divina providencia *andar solícito* de estas cosas *con demasiadas congojas,* desvelado y derramado en pensar medios como salir de ellas; y muy mayor agravio es tomar *malos medios* contra la divina voluntad, porque, como luego diremos, en el grado que estas cosas me convienen, la divina providencia podrá y querrá dármelas sin tales medios, por otros lícitos que yo tomare, o que ella inventará sin saberlo yo. Y por esta causa dijo también Cristo nuestro Señor: No andéis con solicitud y congoja, *levantando los ojos a lo alto,* suspirando y gimiendo, vagueando por una y otra parte, buscando cómo alcanzar la alteza que pretendéis.

¡Oh Dios altísimo, que moras en lo alto, y desde allá con tu providencia miras y provees las cosas de acá abajo, yo me sujeto a tu divina disposición, y con grande confianza levantaré los ojos a lo alto donde Tú estás, esperando que de allí me ha de venir lo que me conviene, para vivir de tal manera en la tierra, que suba a gozar de Ti en el cielo!

2. Luego consideraré *dos admirables razones* que alega Cristo nuestro Señor para quitar esta demasiada solicitud, *a) La primera es:* Porque todas estas cosas *las gentes del mundo* las buscan, que es decir: buscar estas cosas con tal solicitud y por tales medios es propio de los

gentiles, que niegan como se dice en Job, la divina providencia; y de los mundanos, que la niegan con las obras, o de los imperfectos, que por su corta confianza en ella se congojan como los infieles.

¡Oh Maestro soberano, cuya doctrina tienen los gentiles por locura, y los sabios del mundo por necedad, blasfemando lo que ignoran porque no alcanzan los secretos de tu alta providencia, ilústralos con tu celestial luz para que la conozcan y veneren! Y pues yo, por tu misericordia, la creo, concédeme que la vida concierte con la fe, para que goce los admirables efectos que proceden de ella.

b). La segunda razón, regaladísima, es: *Sabe* vuestro *Padre celestial* que tenéis necesidad de todas estas cosas. En las cuales palabras cifró Cristo nuestro Señor los tres divinos atributos en que se funda la confianza que debemos tener en su providencia; es a saber: su sabiduría, a quien están manifiestas nuestras necesidades; su bondad, para querer remediarlas por ser Padre, y su omnipotencia para ejecutar el remedio, por ser Padre celestial. Señor de todo lo creado; pues siendo esto así, certísimo es que con su providencia paternal proveerá de remedios para todas en el grado que nos conviene. *De donde infiero* una razón eficacísima para tener paz y consuelo en todo lo que pretendiere, diciéndome a mí mismo: o esta cosa que deseo y pretendo me conviene, o no; si *no me conviene* porque me ha de ser ocasión de otros mayores daños de cuerpo y alma, no la quiero, y espero en Dios que con su providencia la impedirá. Pero *si me conviene,* cierto estoy que con esta misma providencia me la dará, porque desea mi bien como Padre, y conoce el medio para dármela como sabio, y puede ponerla por obra como todopoderoso. Con esta consideración quedaré contento con cualquier cosa que me sucediere, cumpliéndose en mí lo que dice Salomón: «Al justo no le entristecerá cualquier cosa que le suceda»; porque sabe que todo viene trazado por la providencia de su Padre celestial.

¡Oh Padre amorosísimo, desde hoy más, deseo servirte con grande paz y alegría, fundada en tu divina providencia, pues bástame creer que Tú recibes mis necesidades para que seguramente espere el remedio de ellas!

PUNTO SÉPTIMO

De la providencia que tiene Dios con los que buscan primero su reino celestial. Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os darán por añadidura.

En esta maravillosa sentencia se declara *el orden que debemos tener en la pretensión de nuestras cosas* para hacernos dignos de que la divina providencia mire por ellas. Y porque cada palabra tiene especial misterio, ponderaremos cada una por sí.

a) La primera es «*primum*», primero *buscad el reino de Dios,* esto es, ante todas cosas y sobre todas las cosas, y en primer lugar, poniendo vuestro primero y principal cuidado en pretenderle, tomando esto por último fin de vuestras intenciones; de modo que ninguna otra cosa habéis de estimar más, ni tanto, como este reino, ni mezclarla con él si es ajena de su grandeza. *b*) Y no dice: Sed solícitos, sino *«quaerite»,* buscad, porque la solicitud congojosa, aunque sea buscando este reino, no agrada a Dios, como está dicho, por estar llena de dudas y desconfianzas de su providencia, c) La tercera palabra es *«regnum Dei»,* EL reino de dios; esto es, el reino celestial y eterno, en el cual veáis a Dios y reinéis con Él para siempre. Y esto sea en primer lugar, no sólo por ser bien vuestro, sino para que el mismo Dios reine en vosotros, y su reino se dilate por el mundo, y su nombre sea santificado de todos. *d)* Pero también habéis de buscar *«iustitiam eius»,* su justicia; esto es, la justicia de Dios o de su reino, que os hace justos, y abraza todas las virtudes y obras que son títulos y medios para alcanzar este reino y ganar la corona de justicia. Y con gran misterio Cristo nuestro Señor no dijo: Buscad en primer lugar el reino de Dios, y en segundo, su justicia, sino juntamente dice que en primer lugar busquemos uno y otro, porque no se puede buscar uno sin otro; y quien dice que busca el reino de Dios, si no busca también la justicia y santidad, se engaña a sí mismo; porque poco aprovecha desear ir al cielo si no se ponen medios para ello, por cuanto la divina providencia, como no quiere que seamos demasiadamente solícitos y congojosos, así no quiere que seamos flojos y descuidados.

¡Oh Rey eterno, pues me mandas buscar tu reino y tu justicia, prevéngame tu misericordia, ayudándome a ejercitar los medios con que se alcanza!

e) La última palabra es: *«Et haec omnia adiicientur vobis»* Y TODAS ESTAS COSAS SE OS AÑADIRÁN. En la cual Cristo nuestro Señor, por modo

de promesa, asegura a los que buscan primero su reino y justicia, que tendrá especial providencia de ellos, y les proveerá de todas las cosas necesarias para la vida con más suavidad que a las gentes del mundo, que las buscan con tanta congoja, conforme a lo que dice David: «Los ricos tuvieron necesidad y hambre, pero los que buscan al Señor no carecerán de todo bien». Como quien dice: aunque los que confían en sus riquezas vengan a tener falta de muchas cosas, pero los que buscan a Dios y en Él ponen su confianza, no les faltará bien alguno, espiritual o corporal, como sea bien para ellos. Y si alguna vez les faltare la comida o vestido del cuerpo, será por otro mayor bien del alma. *f) Pero tiene misterio* que Cristo nuestro Señor no dijo: «Buscad en segundo lugar estas cosas temporales», porque aunque sea lícito buscarlas con cuidado moderado, no quiso decirlo, por alejarnos más de la solicitud que con ello se mezcla; y así, quien las busca ha de ser, como dice San Pablo, como si no las buscase, quitando toda turbación y ocasión de pecado. Y buscarlas de esta manera, es buscar la justicia del reino de Dios, pues Dios *manda* que pongamos los medios convenientes para buscar lo necesario para no morir, *g)* También *no dijo Cristo* nuestro Señor: «todas estas cosas se os darán», sino; *añadirán*; para que entendamos que no da Dios a los justos estas cosas temporales por *premio principal* de sus obras, sino por añadidura y cosa muy accesoria. en cuanto son medio para vivir. Y así, el día de la paga no las toma en cuenta más que si no las hubiera dado, porque no se precia de pagar nuestros servicios con tan bajos premios. Y por la misma razón, he yo de tener por gran bajeza servirle *por ellas,* o pretenderlas por paga principal de mis obras, sino generosamente buscar la gloria de este Señor y de su reino, dejando a su providencia que *añada* lo que quisiere de lo temporal, mucho o poco, con determinación de servirle de cualquier modo que me tratare. Y por este camino, no sólo no perderé lo temporal, pero, si me conviene, lo acrecentaré; porque quien sirve a Dios, tanto mayor interés alcanza, cuanto menos interés propio pretende.

PUNTO OCTAVO

Milagrosa providencia de Dios en sustentar al profeta Elías.

En confirmación de todo lo dicho últimamente, se ha de considerar cómo es *tan amorosa* la providencia de Dios con sus escogidos, que cuando no son posibles medios humanos y ordinarios para proveerles de la comida y vestido y de lo demás necesario para la vida, *inventa medios*

extraordinarios y *milagrosos* para proveerles de todo esto, como lo hizo con los israelitas por espacio de cuarenta años en el desierto, dándoles milagrosamente pan del cielo, sacándoles agua de la piedra, conservándoles el vestido y calzado. Pero en especial ponderaré *tres medios milagrosos* que la divina providencia descubrió en sustentar *a Elías.*

1. *El primero* fue *mandando a los cuervos que le trajesen pan* y *carne,* mañana y tarde, para comer y cenar. Los cuales obedecieron al mandato de Dios, y con ser tan tragadores, se lo quitaban de la boca para darlo al profeta. En lo cual se nos representa que *los grandes pecadores,* figurados por los cuervos, aunque sean muy codiciosos, suelen por inspiración de Dios sustentar con sus haciendas a los justos.

¡Oh Padre amantísimo!, ¿quién no te obedecerá dejando por tu amor lo que le diere gusto, pues los cuervos te obedecen dejando su gusto por darle a tus amigos? El mío pongo en sólo servirte con amor, fiado de tu providencia, que, si es menester, cuando me desamparen los hombres, me servirán los animales.

2. *El segundo* modo fue *por medio de una pobre viuda,* que no tenía más que un poco de harina y aceite, a quien Dios mandó que le sustentase con ello, multiplicándoselo cada día milagrosamente, de modo que bastase para el profeta y para ella y su hijo, en testimonio de la providencia que tiene de sustentar a sus siervos por medio de otros hombres devotos y limosneros, multiplicando sus bienes en premio de la limosna que les hacen. Porque, puesto caso que la divina providencia provee a todos, pero con más cuidado provee a los que toma por instrumentos de su obra, dándoles porque dan, y para que den a sus pobres.

3. *El tercer* modo fue *por medio de un ángel*, poniéndole pan y agua que condese, al tiempo que estaba durmiendo y bien descuidado de esto; porque los ángeles son ministros de la divina providencia para sustentar a los escogidos en tiempo de necesidad, cuando les falta socorro humano, como otro ángel tomó por un cabello al profeta Habacuc, que llevaba de comer a sus segadores, y le llevó por el aire donde estaba Daniel en el lago de los leones para que le diese de comer. Y así le dijo Habacuc: «Daniel, siervo de Dios, toma la comida que te envía el Señor». Y admirado el santo Daniel de esta infinita caridad, dijo: «Acordado te has, Señor, de mí», y no has desamparado a los que te aman.

¡Oh Dios de mi alma, millones de gracias te doy por la memoria que tienes de tus siervos, amparando y sustentando a los que esperan en tu

misericordia! No te contentaste con tapar las bocas a los leones hambrientos para que no comiesen a tu siervo, sino también quitas la comida a los. hambrientos segadores para darle de comer a él. Bendita sea tu amorosa providencia, y te alaben por ella los ángeles y los hombres; aumenta en mi corazón la fe y confianza de ella, para que, haciendo con esta fe lo que me mandas, vea por experiencia lo que me prometes. Amén.

Con esta doctrina han de vivir muy consolados los religiosos, los cuales, como dice Casiano, dejan todas las cosas por librarse de cuidados congojosos, arrojándolos en la divina providencia, por seguir a Cristo con perfección.

MEDITACIÓN 32

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS ACERCA DE LAS COSAS ADVERSAS DE ESTA VIDA, Y DE TODOS LOS MALES, ASÍ DE PENA COMO DE CULPA.

PUNTO PRIMERO

Bienes que la divina providencia saca de los males.

Lo primero, se ha de considerar cómo la divina providencia comprende debajo de su gobierno todas las cosas adversas que suceden en esta vida y todas las miserias que padecen los hombres en el cuerpo y en el alma, *trazando* y *ordenando los males que no son culpa,* y *permitiendo los que lo son,* para fines *muy altos* y *secretos* de su gobierno, en bien de sus creaturas, especialmente de los hombres escogidos para el cielo. Por lo cual dijo San Agustín, que el omnipotente Dios *en ninguna manera consintiera* que hubiera algún mal o defecto en sus obras, si no fuera tan poderoso y bueno que sacara *bien del mal,* y de un solo mal muchos bienes; éstos se pueden reducir a tres géneros:

1. *El primero es la manifestación de su bondad* y *omnipotencia,* de su justicia y misericordia, *y de otros atributos* y *perfecciones,* cuyas obras se ejercitan cerca de estas miserias, y resplandecen mucho en lo que hacen por atajarlas o remediarlas.

2. *El segundo bien es la conservación del universo mundo,* el cual está compuesto de tales cosas, que no se pueden conservar si no es

destruyéndose unas para que se engendren o sustenten otras; de donde nace la enemistad natural de unos animales, peces y aves con otros, porque los unos son manjar y sustento de los otros.

3. *El tercer bien es el provecho de los mismos hombres,* así el natural como el sobrenatural, porque ambos bienes andan mezclados con muchas miserias, y con ellas suelen perfeccionarse, y las virtudes ejercitan sus obras con gran resplandor cerca de las miserias de cuerpo y alma, propias o ajenas. Debajo de estos tres géneros de bienes, se encierran otros innumerables que la divina providencia saca de nuestros males como se verá en los puntos siguientes, discurriendo por todas las suertes de males y trabajos que padecemos, advirtiendo para mi consuelo, que tengo siempre de poner los ojos, no tanto en el mal que padezco, cuanto en el bien que la divina providencia pretende, gozándome de tener un Dios tan bueno y poderoso que de mis males saca bienes, ni permitiera el mal uso si no supiera, quisiera y pudiera sacar de él algún bien.

¡Oh bien infinito, gracias te doy por la bondad que muestras en sacar bienes de nuestros males, permitiendo la miseria para que resplandezca más tu infinita misericordia; muestra, Señor, conmigo tal providencia, que ataje del todo el mal de culpa, y convierta en bien el mal de pena! Amén.

PUNTO SEGUNDO

De las tentaciones del demonio.

Lo segundo, se ha de considerar la maravillosa providencia que tiene Dios cerca de *las aflicciones* y *tentaciones que nos vienen por medio del demonio,* ponderando principalmente *tres cosas*:

1. *La primera,* que Dios nuestro Señor con su providencia *da licencia permisiva* al demonio para afligirnos, sin la cual no puede tocarnos en el hilo de la ropa, ni entrar en los puercos, con ser animales tan viles; pero siempre da esa licencia *con tasa* y limitación, señalándoles las cosas en que nos ha de afligir, y el número de veces, y la gravedad y el tiempo que han de durar, sin que pueda pasar un punto de lo que Dios lo permitiere.

2. *La segunda* cosa es que, aunque la voluntad, del demonio es perversa, y pide licencia de tentarnos para destruirnos, pero la divina providencia no se la da sino por nuestro bien, sirviéndose de su malicia *para nuestro provecho,* pretendiendo con estas tentaciones y aflicciones ejercitarnos en la mortificación, humildad y oración, y en todas las

virtudes contrarias al intento del demonio. Porque si el demonio pretende con la tentación derribarme en lujuria, Dios pretende fundarme en perfecta castidad. Y si con los trabajos quiere moverme a impaciencia y desesperación, Dios, con los mismos, quiere arraigarme en paciencia y confianza.

3. *La tercera* cosa es que la divina providencia siempre mide las aflicciones y tentaciones *conforme a nuestras fuerzas,* así de la naturaleza como de la gracia, que piensa darnos; de modo que, como dijo el Apóstol, nunca seamos tentados ni afligidos sobre lo que podemos, deseando que salgamos con victoria y aprovechamiento, y para esto nos provee de muchos y admirables medios, o por los confesores y buenos consejeros, o por los santos ángeles que resisten a los demonios por secretas inspiraciones, asistiendo el mismo Señor para favorecernos, de modo que podamos alcanzar el fin de su providencia, si por nosotros no queda.

1. De estas tres consideraciones *sacaré dos avisos* importantes para tener consuelo en semejantes aflicciones:

a) *El primero* es no poner los ojos en el demonio que me aflige, sino en Dios, que lo permite, mirando la aflicción *como venida de su mano,* pues pudiéndola estorbar, no la estorba; y así, diré con Job: Si recibí de la mano del Señor tantos bienes, ¿por qué no recibiré estos males? El Señor, con su providencia, me dio salud, hacienda, honra, paz y alegría; El, con la misma providencia, me lo quitó, dando para ello licencia al demonio; bástame que Él lo haya hecho, para que yo lo tenga por bueno; sea su nombre bendito por lo que me dio, y bendito por lo que me quitó, por todos los siglos. Amén.

b) *El segundo* aviso es, poner los ojos, no en los males que el demonio me amenaza, sino *en los bienes que Dios pretende,* confiando en su providencia, que será mas poderosa en salir con sus intentos, que el demonio con los suyos; y así, quitaré los ojos de mi flaqueza para no desmayar, y de la fiereza del demonio para no temerle, y los pondré en la omnipotencia de Dios y en la eficacia de su gracia, suplicándole que con su providencia me aplique tan eficaces medios, que alcance el fin de sus soberanos intentos. Amén.

PUNTO TERCERO

Providencia que Dios tiene de nosotros en las persecuciones que nos vienen de los hombres.

Lo tercero, se ha de considerar la providencia de Cristo nuestro Señor cerca de las persecuciones que nos vienen por manos de hombres, ora sean *tiranos públicos,* ora *enemigos particulares, ora amigos fingidos* o *falsos hermanos.*

1. En lo cual se ha de ponderar: Lo primero, cómo la divina providencia tiene *atadas las manos a todos estos enemigos nuestros,* de tal manera, que sin su licencia no pueden quitarnos un cabello de la cabeza, como Cristo nuestro Señor lo dijo a sus discípulos: «¿Por ventura no se venden cinco pájaros por un real, y ni uno de ellos tiene Dios echado en olvido ni cae en la tierra sin que lo disponga vuestro Padre, y aun los cabellos de vuestra cabeza están contados? No queráis, pues, temer, porque muy mejores y muy más estimados sois vosotros que muchos pájaros». En las cuales palabras apunta Cristo nuestro Señor dos razones muy regaladas de la divina providencia: *a) La primera* es que nuestro Padre celestial *tiene cuidado de la vida de los pájaros,* por viles que sean, y no está olvidado del menor de todos, de tal manera que ninguno cae en el lazo ni cae muerto en la tierra sin su providencia; luego *mucho mayor cuidado tendrá de nosotros,* porque de los pájaros no es Padre, sino Señor, y de nosotros es Señor y Padre, y el Padre que tiene cuidado de la salud y vida de los esclavos, mayor la tendrá de los hijos, y quien no se olvida de un vil pajarillo, no se olvidará de un hombre, y más si es amigo suyo, porque uno vale más que infinitos pájaros, y si el cazador no puede cazar ni matar un pájaro sin la voluntad de Dios que lo consienta, mucho menos podrá el tirano afligir ni matar al justo sin licencia y permisión de su celestial Padre, *b) La segunda razón* es porque Dios *tiene contados los cabellos* de nuestra cabeza, y tiene cuidado de ellos como lo tienen los hombres de la cosa que tienen por cuenta; y así, ninguno sin su licencia nos puede quitar un cabello de este número. Pues quien tanta providencia tiene de mis cabellos, que es la cosa más vil del hombre, y de muy poca importancia que sea uno más o uno menos, *¿cuánta mayor providencia tendrá* de mi salud, vida y honra, y de todas las cosas graves que me tocan? Y si mis enemigos no pueden quitarme un solo cabello sin licencia de mi Padre celestial, mucho menos podrán quitarme la salud, honra o vida. Con esta confianza *tengo de vivir muy contento* y *seguro,* como quien está debajo de

la protección del Señor tan poderoso y tan amoroso, que dice: *Quien os toca a vosotros en el pelo de la cabeza, me toca a mí en la niñeta del ojo*.

¡Oh Amado mío, guárdame como los hombres guardan las niñetas de sus ojos! Ponme debajo de tus alas, como las aves ponen a sus polluelos debajo de las suyas, defendiéndome de mis perseguidores como ellas los defienden de los milanos.

2. De aquí subiré a ponderar, lo segundo, cómo la divina providencia permite que seamos perseguidos de los hombres malos, *por los grandes bienes que de aquí se nos siguen*; de modo que no diera tal licencia a nuestros enemigos, si no pretendiera tomarlos por instrumentos para estos bienes, como permite tirarnos para que haya esclarecidos mártires, en lo cual hace *dos cosas* muy señaladas: *a) La primera* es sacar de las persecuciones *el bien totalmente contrario* al mal que nuestros enemigos pretendían con ellas. Y a veces los mismos medios que toman para hundirnos, toma Dios para ensalzarnos. *b) La segunda* es convertir la persecución *en bien de nuestros enemigos mismos,* haciéndoles bien por los medios que tomaban para hacernos mal. Ambas cosas resplandecieron en la persecución de José, a quien Dios levantó a ser virrey de Egipto por los medios que sus hermanos tomaron para hundirle. Y por los mismos trazó de remediarlos, como lo declaró el mismo José, diciéndoles: «Vosotros tramasteis contra mí un grande mal, pero Dios le ha convertido en un grande bien para ensalzarme»; y vine a Egipto, no tanto por vuestro consejo, cuanto por la voluntad de Dios, para vuestra salud y de otros muchos. *Con esta a consideración me consolaré cuando me viere perseguido,* diciendo con David: «Callé y no abrí mi boca, porque Tú, Señor, lo hiciste», y por tu ordenación y permisión me viene este trabajo, y haciéndolo Tú, no es razón que me queje yo. Y como el mismo Da vid cuando le maldecía Semei, dijo a sus criados: «El; A Señor le ha mandado que me maldiga. ¿Y quién hay que se atreva a decir por qué lo mandó?»; quizá el Señor hoy convertirá esta maldición en bendición para mí; así yo diré a mí mismo: No pienses que es acaso la maldición y trabajo que padeces, porque ninguno podría decir ni hacer mal contra ti, si Dios no le diese licencia para ello; no pienses que la da para tu daño, pues por esto se dice que *lo manda,* porque lo permite para tu provecho. Y si Él lo manda de esta manera, ¿quién le pedirá razón por qué lo manda.

Bástame, Señor, que Tú lo mandes para quesea bien mandado, porque siempre es acertado y justo tu gobierno.

PUNTO CUARTO

Todas las adversidades corporales nos vienen por particular disposición de Dios.

Lo cuarto, se ha de considerar *la paternal providencia de nuestro Señor cerca de las adversidades corporales,* así comunes como particulares, ora nazcan de causas naturales solas, ora también de alguna malicia o descuido de los hombres, como son tempestades, diluvios, guerras, pestes, enfermedades y dolores del cuerpo, con otros innumerables achaques y miserias que padecemos; pero *todas vienen registradas por la divina providencia,* sin la cual ni una sola sucediera. Y por esto dijo un profeta: «No hay mal en la ciudad, que no lo haya hecho el Señor».

1. Pero *en particular* ponderaré cómo la divina providencia muy por menudo tiene tanteadas *las enfermedades que me suceden,* midiéndolas conforme a mis fuerzas cuanto al número, calidad, intensión y duración de ellas, sin que el humor que aflige la cabeza pueda pasarse a otra parte, ni crecer o durar más horas de las que Dios tiene determinadas. Y asimismo la divina providencia dispone *los sucesos de la cura,* y los aciertos o yerros de los médicos, y la aplicación de buenas o malas medicinas en buena o mala coyuntura; de modo que nada de esto es acaso para nuestro Señor, el cual se sirve de todas estas cosas para salir con sus intentos; porque como dice el Sabio: «De Dios nace toda la medicina y el suceso de ella, y en sus manos está la vida y la muerte, la salud y la enfermedad; y con su providencia hiere y sana, mortifica y vivifica, pone en la sepultura y saca de ella». *De donde sacaré* que en semejantes casos, aunque puedo y debo poner medios humanos convenientes para librarme de estos, trabajos, pero *mi principal confianza* no ha de ser en ellos, sino *en Dios,* a quien he de acudir con oraciones, porque su providencia es la que ha de dar buen suceso a los medios que yo tomare, o poner, otros mejores.

2. Lo primero, he de ponderar cómo la divina: providencia traza o permite estas enfermedades y trabajos del cuerpo *para bien del alma,* para que con ellas se purifique de culpas, venza las pasiones, ejercite las virtudes y alcance la perfección de ellas, porque *la virtud se perfecciona en la enfermedad*. Y así, mirándola, no en cuanto aflige mi cuerpo, sino en cuanto procede de Dios para mi provecho, tengo de gozarme, diciendo con el Apóstol: «De muy buena gana me gloriaré y gozaré de mis enfermedades porque habite en mí la virtud de Cristo». Y si la carne

rehusare tales trabajos, le diré con fervor de espíritu: ¿No quieres que beba el cáliz que me da mi Padre? Esta enfermedad y trabajo, y las amarguras que andan con el cáliz, es recetado por la providencia de mi Padre celestial, y por consiguiente, de gran provecho, pues basta que Él le recete para que 3-0 le acepte, y pues Él quiere que le beba, yo quiero beberle por hacer lo que Él quiere y no apartarme de lo que me manda.

PUNTO QUINTO

Providencia de Dios cerca de las miserias involuntarias de nuestra alma.

1. Lo quinto, se ha de considerar la providencia, que tiene Dios nuestro Señor *cerca de las miserias de nuestra alma,* las cuales *son en dos maneras: unas involuntarias,* que nos afligen, mal que nos pese, como son las pasiones de la carne rebelde contra el espíritu, las vagueaciones de la imaginación y otros defectos semejantes, los cuales resultaron del pecado original, y la providencia de Dios los dejó, no para nuestro daño, sino para nuestro ejercicio, por los grandes bienes que resultan de esta guerra a los que valerosamente pelean en ella. Y así nuestro Señor con su providencia paternal modera la furia de estas tentaciones interiores para que no nos ahoguen, y da bastante gracia para pelear con ellas y vencerlas.

2. *Otras miserias son queridas por nuestra libre voluntad desordenada,* como son los pecados, los cuales en ninguna manera son pretendidos por la divina providencia, antes salen fuera de su orden y contradicen al fin principal de su gobierno, que es nuestra salvación, para gloria suya. Pero, con todo eso, *los permite por dejar al hombre en su libertad,* y con su bondad infinita *saca de ellos,* por su altísima providencia, *grandes bienes. Unas veces para el que los hizo,* haciéndole con esta ocasión más humilde y desconfiado de sí, más recatado para adelante, y más fervoroso en el divino servicio. *Otras veces para otros,* porque con la crueldad y malicia de los malos, ejercita, labra y perfecciona a los buenos, y siempre saca de ellos manifestación de su bondad, o esperando y perdonando con misericordia, o castigando severamente con justicia. *Y todo,* como dice San Pablo, *se convierte en bien de los escogidos*, los cuales, por la providencia de nuestro Señor, de los pecados propios sacan humildad, y de los ajenos escarmiento, y del perdón sacan amor y agradecimiento a la divina misericordia, y del castigo sacan temor y reverencia de la divina justicia.

¡Oh Dios eterno, cuya providencia convirtió la culpa de Adán en bien de todo el mundo, tomando de ella ocasión para darnos a tu Hijo por Redentor; convierte con tu misericordia en mi bien lo que yo, miserable, hice para mi mal! ¡Oh Redentor del mundo, que redimes de los pecados, perdonando y perseverando; perdóname los que ya he cometido y presérvame de los que puedo cometer, aplicándome con tu amorosa providencia los efectos de tu copiosa redención! Amén.

3. Últimamente, ponderaré *los innumerables beneficios ocultos* que proceden de la divina providencia *en todas las cosas referidas,* atajando innumerables males de cuerpo y alma, particulares y generales, que sucederían en el mundo, y me tocarían a mí particularmente, si Dios no los impidiera. Por los cuales, como arriba se dijo, he de alabarle; y como le pido perdón de mis pecados ocultos, porque aunque son ocultos para mí, no lo son para Dios, y algún día serán manifiestos, así he de darle gracias por sus beneficios ocultos, pues aunque me sean ocultos, no dejan de ser muy grandes, y algún día me serán manifiestos, y me hallaré corrido si no los hubiere agradecido.

Gracias te doy, soberano Bienhechor, por el bien que me haces librándome secretamente de los males que yo haría, y de las miserias en que caería si Tú no las atajases. Lleva, Señor, adelante este soberano beneficio, para que con tal providencia sea cierta mi perseverancia en tu gracia, y alcance la corona de la gloria Amén.

MEDITACIÓN 33

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS EN OÍR NUESTRAS ORACIONES Y DESPACHARLAS A SU TIEMPO, Y CUÁN SOBERANO SEA ESTE BENEFICIO.

PUNTO PRIMERO

La oración es medio eficacísimo, suavísimo y universalísimo escogido por la Providencia para acudir a nuestras necesidades.

1. Lo primero, se ha de considerar cómo la divina providencia *ha tomado la oración por instrumento y medio principalísimo para ejecutar las trazas de su gobierno con los hombres* cerca de las cosas dichas y de

otras que se dirán; porque, viendo la falta que los hombres tenemos de muchos bienes, así corporales como espirituales, temporales y eternos, y también la muchedumbre de males a que estamos sujetos en el cuerpo y en el alma, sin tener fuerzas para alcanzar los bienes y librarnos de los males, ordenó que nuestra oración fuese medio para lo uno y para lo otro, dándonos palabra de que nos concedería cuanto le pidiésemos, pidiéndoselo con las condiciones con que se debe pedir. Y así, dice Cristo nuestro Señor: «Pedid lo que os falta, y recibirlo heis; porque cualquiera que pide, recibe». En lo cual ponderaré cómo *la oración es medio para todo* esto eficacísimo, suavísimo y universalísimo. Es *eficacísimo,* porque, como arriba se dijo, estriba en la palabra y promesa de Dios, que no puede faltar, porque es sumamente fiel en cumplir lo que dice, y todopoderoso para hacer lo que promete. *Es suavísimo,* porque no hay cosa más suave y fácil que pedir lo que me falta al que me ama, y me manda que se lo pida, y desea darme lo que le pido más que yo recibirlo. *Es universalísimo,* porque vale para negociar todos los bienes que me convienen y para librarme de todos los males que me dañan.

2. Y también es medio de la divina providencia *para ejecución de las obras que proceden de los divinos atributos* y *perfecciones* que arriba se han puesto, porque es medio para que la bondad de Dios se nos comunique, su caridad nos ame, su misericordia nos remedie, su justicia nos galardone, y para que su omnipotencia ejecute lo que su sabiduría ha trazado, y si es menester, para que altere y mude el orden de las cosas naturales, haciendo obras milagrosas, porque la oración alcanza que la divina omnipotencia dé vista a los ciegos, vida a los muertos, haga parar los cielos, y trueque unas cosas en otras.

3. Finalmente, también es medio de la divina providencia *para el adorno* y *perfección de las creaturas* que hizo al principio del mundo en provecho del hombre, porque en medio de la oración fertiliza la tierra, envía agua del cielo, multiplica el ganado y los animales provechosos, destruye los dañosos, amansa los bravos, quita las pestes, purifica los aires y hace otras muchas cosas propias de la omnipotencia de Dios; el cual por este camino comunica del modo que es posible su mismo poder a los que nada pueden sin Él.

¡Oh Dios omnipotente, gracias te doy por la omnipotencia que has comunicado a la oración para alcanzar de tu bondad y misericordia lo que ha dispuesto tu soberana providencia! Aficióname, Señor, a este santo ejercicio, porque cierto estoy que si yo no aparto de mí la fervorosa oración, Tú no apartarás de mí tu copiosa misericordia.

PUNTO SEGUNDO

Providencia de Dios en negarnos lo que le pedimos cuando no nos conviene, y en concedérnoslo cuando nos conviene.

1. Lo segundo, se ha de considerar cómo la divina providencia, *con gran liberalidad nos concede lo que le pedimos si es provechoso,* y *con grande caridad nos lo niega si es dañoso,* queriendo que la oración sea medio de nuestro provecho y no de nuestro daño. Esta verdad declaró Cristo nuestro Señor a sus discípulos por esta parábola: «¿Qué hombre hay que si le pide su hijo pan, le dé una piedra, o si le pide un pez, le dé una serpiente, o si le pide un huevo, le dé un escorpión? Pues si vosotros, siendo malos, dais a vuestros hijos los bienes que habéis recibido, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará sus bienes y el buen espíritu al que se lo pidiere?». En la cual parábola Cristo nuestro Señor nos enseña que, así como el padre, cuando su hijo le pide algo de comer, no le da una piedra, porque es inútil, ni le da una serpiente o escorpión, porque es dañosa, así tanbién cuando yo pido a nuestro Señor salud, hacienda, honra, regalo o alguna otra cosa temporal, si ve su Majestad que esto no ha de ser para mi alma de provecho, sino de daño, no me lo da, porque me ama como padre, y con amor de padre no quiere dar a su hijo lo que ha de ser piedra de escándalo en que tropiece, o serpiente que le emponzoñe con malicia, o escorpión que le muerda la conciencia con pecado. Y *el negarme esto es oír mi oración,* porque de razón, cuando se lo pido, ha de ser debajo de condición que sea para mi provecho, y no para mi daño. Y de la misma manera, como el padre, cuando su hijo le pide de comer, le da lo necesario y lo conveniente, como es pan, huevos y peces, así nuestro Señor nos dará lo que le pidiéremos, no solamente lo necesario, cómo el pan, sino lo decente y conveniente, como pez y huevos. Porque si vosotros, dice, siendo de vuestra cosecha mal inclinados, tenéis esta buena inclinación de dar a vuestros hijos los bienes que habéis recibido de Dios, ¿cuánto más vuestro Padre celestial, que de su naturaleza es bueno y tiene inclinación a hacer bien a todos, dará sus bienes a quien se los pidiere, especialmente su espíritu bueno; esto es, el espíritu con que somos buenos y nos dispone a recibir el Espíritu Santo, de quien toda bondad procede, y con quien vienen todas las cosas que son para nuestro bien?

Gracias te doy, ¡oh Padre amantísimo!, por la providencia que tienes en negarme lo que me daña y concederme lo que me aprovecha; y tantas gracias te doy por lo uno, como por lo otro, pues uno y otro procede de

igual amor; concédeme, Señor, que siempre te pida lo que te agrada, para que siempre me des lo que te pido, para gloria tuya y provecho mío. Amén.

2. También tengo de ponderar *la infinita liberalidad de esta soberana providencia,* la cual se muestra en no dejar vacía la oración de sus hijos cuando por ignorancia le piden lo que les haría daño; porque de tal manera se lo niega, que *en su lugar les da otra cosa que les entre más en provecho*, como cuando San Pablo pidió tres veces a Dios que le quitase el aguijón de su carne, aunque se lo negó, le dio otra cosa muy mejor, que era su gracia, para que el aguijón no le dañase, antes le aprovechase, aguijándole en su salvación. Por lo cual dijo San Bernardo: «Ninguno desprecie su oración, porque Dios no la desprecia, y antes que salga de nuestra boca la tiene escrita en su libro, e indubitablemente podemos esperar una de dos cosas: o que nos dará lo que le pedimos, o lo que nos será más provechoso.»

¡Oh Dios de mi alma, no quiero tener mi oración en poco, pues Tú la tienes en tanto, y aunque vale poco en cuanto sale de mí, vale mucho en cuanto estriba en Ti, en quien confío que nunca saldrá vacía de tu presencia, dándome lo que te pido, o lo que de razón te debería pedir!

PUNTO TERCERO

Dios concede lo que se le pide en el mejor tiempo y sazón.

1. Lo tercero, se ha de considerar la providencia que tiene Dios nuestro Señor en dar lo que se le pide *en buen tiempo* y *sazón,* cuando es más conveniente para su gloria y bien nuestro, sin anticipar ni posponer este tiempo. Y quizá por esto dijo el mismo Señor: «Yo te oí en el tiempo que me fue acepto y agradable». Y los santos, que saben ya algo de estos tiempos, piden a Dios remedio de sus necesidades, como dice David, en su sazón y coyuntura. Y cuando se ven apretados, suplican a Dios que el tiempo en que oran sea el tiempo oportuno para ser oídos, como decía el mismo David: «A Ti, Señor, enderezo mi oración; sea este tiempo aceptable a Ti para que me oigas; óyeme por la muchedumbre de tu misericordia y por la verdad que tienes en cumplir lo que prometes».

De aquí es que cuando es conveniente *dar luego* lo que se pide, *luego lo da Dios* si se pide como conviene, y si no hay estorbo para recibirlo. Y esto principalmente nos sucede cuando le pedimos perdón de los pecados, para lo cual todo tiempo es oportuno. Y en estos casos se cumple lo que

dice Isaías: «Clamarás a Dios, y luego te dirá: aquí estoy». Y aún más adelante dice: «Antes que clamen les oiré; y aun estando hablando haré lo que me piden»; pero otras veces, aunque oye y entiende nuestras peticiones, y se determina de hacer lo que le pedimos, dilata la ejecución para otro tiempo más conveniente porque hay otro que le pide lo contrario por otro justo título, como sucedió a Daniel, que pedía a Dios la libertad de su pueblo, y aunque le oyó luego, dilató veintiún días la respuesta, porque otro ángel pedía lo contrario por el bien de los persas, que le tenían cautivo; o lo dilata por haber de nuestra parte algún impedimento de culpa o ingratitud o tibieza en el pedir, o remisión en el desear; y con esta dilación se quita el estorbo y se aumenta el deseo, y nos hacemos dignos de recibir lo que pedimos, y así, todo va ordenado a nuestro bien.

Alabada sea, Padre mío, tu providencia paternal, así por las veces que me das lo que te pido, como por las que dilatas el concederlo. Cierto estoy, Señor, que si te detuvieres en oírme, no te tardas; porque aunque te tardes conforme a mi deseo, no te tardas conforme a lo que pide mi necesidad.

2. Lo segundo, ponderaré *la liberalidad de este gran Señor cuando con su providencia dilata concedernos lo que le pedimos,* porque si perseveramos pidiendo, *recompensa la dilación* con darnos mucho más de lo que le habíamos pedido. De esto nos avisa Cristo nuestro Señor en la parábola del hombre que a medianoche fue a casa de su amigo a pedirle tres panes prestados, y aunque le despidió la primera vez, perseveró en llamar a su puerta hasta que su amigo le abrió, vencido de su importunidad, y le dio, no solamente tres panes, sino todos los que había menester, y no prestados, sino dados. De esta manera, quien acude a las puertas de Dios, que es verdadero amigo, en cualquier tiempo y hora que acuda, es oída su oración, porque Dios nunca duerme; y aunque algunas veces da respuestas desabridas, como a la Cananea, a fin de probar nuestra fe y perseverancia, si somos fieles en perseverar, después nos da mucho más de lo que le pedimos. Danos los tres panes de la fe, esperanza y caridad, y todas las demás virtudes necesarias y convenientes para nuestra perfección. Danos también los tres panes cotidianos, el corporal que sustenta el cuerpo, y el espiritual de la gracia, y el del Santo Sacramento que sustenta el alma.

¡Oh alma mía, acude confiadamente a las puertas de Dios, que es tu verdadero amigo; llama con instancia y perseverancia, porque no le cansa el importuno, sino el tibio: y si se hace del dormido, es porque gusta de oírte llamar con más fervor, para darte lo que pides con más abundancia!

PUNTO CUARTO

Providencia divina en extender a todos los hombres este medio de la oración.

1. Lo cuarto, se ha de considerar cómo la divina providencia, en este medio de la oración, *se extiende a todos los hombres del mundo, sin excluir a ninguno,* porque con todos habla aquella sentencia general de Cristo nuestro Señor, que dice: «Pedid y recibiréis; buscad y hallaréis; llamad y abriros han. Porque todo hombre que pide, recibe, y el que busca, halla, y a quien llama abren la puerta». En la cual promesa resplandece grandemente la inmensa largueza y omnipotencia de nuestro gran Dios, porque, con haber en el mundo innumerables hombres cargados de innumerables deseos y de innumerables necesidades, acudiendo todos innumerables veces a sus puertas por remedio, a todos atiende, y oye las peticiones de todos como si fuera uno sólo el que le pidiera, sin cansarse ni enfadarse de que le pidan tantos y tantas cosas, y unas contrarias a otras, y con tanta importunidad, antes gusta de que le pidan, y declara su gusto con la repetición de estas tres palabras, que casi significan lo mismo: *Pedid, buscad, llamad*; como quien dice: Mirad que deseo mucho que me pidáis; pedidme, pedidme, pedidme.

¡Oh caridad inmensa! ¡Oh largueza infinita! ¿Qué te va, Dios mío, en que los hombres te pidan algo, para que con tantas ganas nos pidas que te pidamos? Los príncipes del mundo se cansan de que les pidan, ¿y Tú de que no te pidan? Aquéllos no dan entrada en su presencia sino a los privados o nobles de su reino: Tú admites a los más viles y despreciados del mundo; aquéllos muchas veces no quieren o no pueden dar lo que se les pide: Tú siempre quieres lo que conviene, porque eres bueno, y siempre lo puedes dar, porque eres Todopoderoso. Y pues todos gozan de tu copiosa liberalidad, todos te alaben y glorifiquen por ella. Amén.

2. Lo segundo, se ha de considerar *el deseo que tiene nuestro Señor de que le pidamos con gran deseo* y *fervor,* de suerte que nuestro deseo y fervor en el pedir sea semejante al que Él tiene de que le pidamos. Y por esto, con la repetición de estas tres mismas palabras: *Pedid, llamad, buscad,* nos enseña que pidamos con instancia y fervor, como quien dice: Pedid con fe y confianza, buscad con gran diligencia, llamad con grande perseverancia, y no os canséis de pedir hasta que alcancéis lo que pedís, porque os conviene siempre orar y nunca desfallecer.

3. Lo tercero, se ha de considerar cómo, *no solamente los justos, sino los pecadores, gozan de esta providencia,* y son oídos en sus oraciones, con tal que pidan cosas buenas, con buen fin y con buen modo perseverando y quitando los estorbos que ponen para recibir lo que piden, porque, de otra manera, les diría el Apóstol: *Pedís* y *no recibís, porque pedís mal*. Y Cristo nuestro Señor les dirá como a los hijos del Zebedeo: «No sabéis lo que os pedís».

¡Oh Dios misericordiosísimo, que con grande gusto haces la voluntad de los que te temen y oyes la oración que hacen, concédeme que haga, siempre tu voluntad, para que sea digno de que Tú hagas la mía, en cuanto fuere conforme con la tuya! ¡Oh alma mía, procura que tu corazón no te reprenda de culpa, para que crezca la confianza y merezcas ser oída; no cierres tu oído para oír la ley de Dios y el clamor del pobre, porque no cierre Dios el suyo para oír tu oración!

4. Finalmente, ponderaré *la suavidad de la divina providencia en la aplicación de este medio*, porque no contentándose con exhortar generalmente a todos que oren, y enseñarles el modo de orar, como se ha dicho, en particular hace esto con cada uno por sus secretas inspiraciones, inspirándonos lo que hemos de pedir, imprimiendo el deseo y fervor de pedirlo y las razones y títulos que hemos de alegar para alcanzarlo, conforme a lo que dijo San Pablo: «No sabemos lo que hemos de pedir como conviene; y así, el Espíritu Santo pide por nosotros con gemidos que no se pueden explicar». Y cuando oramos de esta manera, es señal que Dios quiere concedernos lo que le pedimos/porque del deseo que tenía de concederlo, procedió inspirar tal modo de pedirlo. Y así, la divina predestinación, como dice San Gregorio, para salir con sus intentos se sirve de la perfecta oración.

¡Oh Espíritu divino, cuya providencia me gobierna, gracias te doy por el cuidado que tienes de mí, para que no falte en la oración; si no sé lo que tengo de pedir, Tú me lo enseñas; si me olvido, Tú me lo acuerdas; si aflojo, Tú me avivas; si desmayo, Tú me alientas, y si quiero cesar, Tú me haces perseverar pidiendo, buscando y llamando hasta que reciba y halle lo que pretendo! ¡Oh Padre amantísimo, muestra conmigo siempre esta soberana providencia, dándome tal espíritu en la oración, que pueda llamarte Padre, y alcanzar de Ti todo lo que me conviene para ser tu perfecto hijo por todos los siglos! Amén.

MEDITACIÓN 34

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS EN DARNOS ÁNGELES QUE NOS GUARDEN, Y CUÁN GRANDES BIENES ENCIERRA ESTE BENEFICIO.

PUNTO PRIMERO

Cómo la divina providencia ordenó que todos tuviésemos ángeles que nos guardasen.

Lo primero, se ha de considerar cómo la divina providencia ordenó que *todos los hombres tuvieren ángeles que les guardasen* y *encaminasen al fin de su eterna salvación,* ponderando los *motivos que Dios* nuestro Señor *tuvo* para ello.

1. El primero fue *para mostrar el grande amor que tiene a los hombres* y *la grande estima* y *deseo que tiene de su salvación,* pues quiso que los espíritus angélicos, como dice San Pablo, fuesen ministros suyos en esta obra, enviándolos del cielo a procurarla. De suerte que no solamente todas las creaturas del cielo y tierra sirviesen al hombre, sino también las que están sobre el cielo, y son mayores que él en la naturaleza, se ocupasen en ayudarle. Y por esta causa dijo Cristo nuestro Señor que no despreciásemos a ninguno de los pequeñuelos, *quia angeli eorum semper vident aciem Patris mei qui in coelis est:* porque Dios los estima tanto, que les ha dado ángeles que están siempre viendo el rostro de mi Padre que está en los cielos.

¡Gracias te doy, Padre Eterno, por este amor y estima que tienes de nosotros, dándonos por gente de guarda a los más privados de tu casa! Ya no me admiro, como David, de que hayas puesto todas las cosas debajo de mis pies, haciéndome poco menor que tus ángeles, pues me das a los mismos ángeles para que me sirvan por tu amor; te sirva yo, Señor, como ellos te sirven y en agradecimiento del bien que por Ti me hacen.

2. El segundo motivo fue *porque vio la divina providencia nuestra grande flaqueza* y *las grandes necesidades* y *peligros en que vivimos,* y aunque por sí sola pudiera favorecernos, quiso también servirse de los ángeles para ello, encomendándoles que tuviesen cuidado de nosotros; y así, dice David: «No te tocará el mal, ni el azote se acercará a tu morada, porque Dios ha mandado a sus ángeles que tengan cuidado de ti y te

guarden en todos tus caminos; llevarte han sobre las palmas de sus manos porque tus pies no tropiecen en las piedras». En las cuales palabras apunta David *tres grandes favores*: *El primero,* que ha dado Dios cuidado de mí, no sólo a un ángel, sino *a sus ángeles-,* dando a entender que *muchos* cuidan de mí, como luego veremos. *El segundo,* que me guardan *en todos mis caminos* y *pasos,* en cualquier parte del mundo que esté, ya ande por mar o por tierra, y en todos los negocios que trato, y en todas las obras que hago. *El tercero, que me traen en las palmas de sus manos* porque no tropiece, preservándome de las ocasiones en que podía tropezar y peligrar, sirviéndome sus manos de litera que me lleva, ampara y levanta del suelo, y me defiende de las injurias del aire y de los tropiezos de la tierra.

¡Oh providencia amorosísima y regaladísima de nuestro Padre celestial!, ¿qué gracias te podré dar por el cuidado que has tenido de remediar por tal camino mi flaqueza? ¡Oh, si yo tuviese tal cuidado de servirte como tienen los ángeles de ampararme! ¡Oh, si en todos mis pasos y caminos les obedeciese para que en todos te agradase! ¡Oh, si me dejase llevar siempre de sus manos, para que nunca me soltases de las tuyas! ¡Oh ángeles benditísimos, tened cuidado siempre de mí para que ni el mal se me acerque, ni el castigo me derribe, ni cese de servir a quien nunca cesa de ampararme!

3. El tercer motivo fue porque, viendo nuestro Señor que los malos ángeles, que habían sido echados del cielo, habían de tentar y perseguir a los hombres con grande rabia y envidia, proveyó, en su amorosa providencia, que los ángeles buenos que quedaron en el cielo, viniesen a defenderlos de los demonios, *para que el hombre tuviese espíritus invisibles que le defendiesen de los enemigos invisibles que le molestaban;* y así, en el mismo estado de la inocencia, como hubo demonio que tentó a los primeros padres, así hubo ángeles que los guardasen y amparasen; y si Eva atendiera a las inspiraciones del ángel bueno, no diera crédito a las palabras del malo. *Y por la misma causa* trazó esto la divina providencia, para que nos defendiesen de otros enemigos, que aunque *visibles,* pero son *ocultos* y *encubiertos-,* y era menester que tuviésemos algún amigo también oculto que los conociese y nos pudiese defender de ellos. De todo esto sacaré grande confianza y ánimo contra los demonios y contra los demás enemigos secretos, por tener de mi parte los ángeles, que son más poderosos que ellos.

¡Oh alma mía, si te abriese Dios los ojos, como al criado de Elíseo, para ver cuántos más y mejores son los que pelean por ti que contra ti, sin duda tendrías grande ánimo en pelear, y grande confianza de vencer, alaba

y glorifica la providencia de tu supremo Capitán, que re ha dado tantos y tan valerosos defensores, contra tantos y tan poderosos enemigos!

PUNTO SEGUNDO,

Que tolos los hombres buenos y malos gozan de esta divina providencia.

Lo segundo, se ha de considerar cómo esta soberana providencia se extiende *a todos los hombres del mundo con un modo "maravilloso*.

1. Ponderando, lo primero, cómo no solamente tienen ángeles de guarda *los predestinados* para el cielo, sino *los reprobados*; y no solamente los justos, sino los pecadores, ni solamente los cristianos, sino ¡los paganos y todo género de infieles, sin excluir j a ninguno, hasta el mismo Anticristo le tendrá; porque como Dios desea que *todos se salven*, así provee a todos de este medio para su salvación; y porque ninguno lo atribuya a sus merecimientos; a todos se señalan ángeles desde que el alma es creada y unida con su cuerpo, o desde el punto de su nacimiento.

2. *Y lo que más admira es* que, siendo un ángel solo suficientísimo para guardar muchos hombres que viven en una ciudad o reino, con todo eso quiso la divina providencia que *un solo ángel se emplease en la guarda de un solo hombre* en cualquier parte y lugar del mundo que fuese, y que este solo le sirviese de perpetuo ayo y compañero todos los días de su vida, sin desampararle del todo, aunque le fuese muy rebelde.

¡Oh Padre amorosísimo!, ¿qué gracias te daré por tan soberano beneficio como haces a los hombres, mandando a los ángeles tus amigos que sean ayos de tus mismos enemigos? Del vientre de mi madre nací hijo de ira, y desde allí diste cargo de mí al que era vaso de misericordia, para que procurase hacerme semejante a sí. Sírvate yo, Señor, como él te sirve, para que llegue a gozar de Ti como él goza. Amén.

3. De aquí sacaré grande amor y estima de cualquier prójimo, por vil que sea, pues con ser tan vil, le dio Dios un ángel totalmente dedicado a su guarda, y por esto dijo Cristo nuestro Señor: No despreciéis a uno de estos pequeñuelos pues por muy pequeñuelo que sea tiene un ángel muy grande y poderoso que le guarda. Y si yo no me atreviera a murmurar de un hombre ausente delante de un grande amigo suyo, ni a injuriarle en su presencia estando con él su ayo o guarda muy poderosa razón es que no me atreva a hacer esto considerando que mi prójimo tiene un ángel por ayo

y guarda, el cual oye mi murmuración y agravio, y es poderoso para pedir a Dios justicia y venganza contra mí, y para ejecutarla sin resistencia.

4. Luego ponderaré cómo la divina providencia, no contenta con dar a cada uno su ángel de guarda *del último coro de la ínfima jerarquía,* también da *arcángeles* y *principados* que gobiernen y defiendan *a los reyes* y *príncipes, a los reinos* y *ciudades. Item a la Iglesia universal* y a las matrices de ellas, a las religiones y provincias o conventos de cada una, y a los prelados y personas constituidas en dignidad, para que por medio de estos soberanos espíritus se ejecuten las trazas del divino gobierno con más suavidad. *De donde se sigue* que, no solamente tengo yo un ángel que me guarda, sino *también me ayuda* el arcángel o principado que guarda el reino y ciudad en que vivo, y el que defiende la Iglesia universal y particular en que resido, y la religión y convento en que moro, *y* el que por razón de mi dignidad u oficio me está señalado. *Y además de esto, los ángeles de la. segunda jerarquía, Virtudes* o *Potestades,* que tienen poder para reprimir a los demonios, *me ayudan* en las tentaciones. Y es tan suave la divina providencia, que por respeto del hombre ha señalado ángeles que miren por la conservación de las especies de las cosas corruptibles, para que nunca falten, ni el hombre carezca del bien que recibe de ellas, ni se frustre el fin para que Dios las crió. Todo esto me ha de ser *motivo de nuevas alabanzas,* gozándome del amor que Dios nos muestra en esta tan amorosa providencia, provocando al ángel de mi guarda y al Arcángel, Principado y Potestad debajo de cuyo gobierno estoy, que le den gracias por mí, y por el bien que hace a los fieles que no le conocen ni se lo agradecen.

PUNTO TERCERO

Cómo los ángeles cumplen con su oficio con grande gusto y contento.

Lo tercero, se ha de considerar *el gusto* y *contento con que acuden los ángeles a cumplir con este oficio* de guardarnos sin reparar en su grandeza y nobleza, ni en nuestra pequeñez y bajeza, *ponderando las causas de este gusto,* y aplicándolas a mí mismo para imitarlos en ellas.

1. *La primera* y *principal causa es mandárselo Dios,* y ésta basta; porque, como le aman, desean entrañablemente cumplir cualquier cosa que les manda, y ninguna cosa tienen por vil ni baja, en siendo mandada de Dios, a quien servir es reinar. Y así, con tanto gusto el ángel Rafael, con ser uno de los siete principales que asisten delante de Dios, servía a Tobías

por los caminos y mesones, como gobernara un reino o moviera el cielo estrellado, porque no miraba tanto la cosa mandada, cuanto al que se la mandaba, y *tanto gusto tiene en su oficio el ángel que guarda al esclavo, como el que guarda al emperador o papa.*

¡Oh ángeles de Dios, poderosos en virtud para hacer lo que os manda y oír su palabra, cumpliendo con prontitud todo lo que quiere; bendecidle por este buen afecto que os ha dado, y suplicadle me ayude para que os imite, preciándome de obedecer a cuanto me quisiere mandar!

2. *La segunda causa es la grande caridad* y *amor que tienen a los hombres, como a prójimos suyos,* porque viendo que Dios los ama, no pueden dejar de amarlos, y viendo que Dios los ama tanto que se hizo hombre por ellos, también ellos gustan de amarnos tanto que se hacen como siervos por nosotros. Y así, queriendo San Juan adorar a uno de ellos por su grande excelencia, el ángel no se lo consintió, diciendo: «No lo hagas, porque yo también soy siervo como tú y como todos tus hermanos, los que tienen en sí mismos el testimonio de Jesús»; que es decir: No me precio tanto de ser ángel, como siervo de Jesús, de quien tú y tus hermanos sois siervos y por quien yo gusto de servir como siervo, y no de ser adorado como señor. Y llega este amor a tanto, que no solamente aman a los siervos de Dios, sino también a sus enemigos, deseando hacerles bien para convertirlos en amigos, *y* por esto con grande gusto les guardan.

3. De estas dos causas procede *la tercera, por el gran deseo que tienen de poblar las sillas del cielo* que dejaron vacías sus compañeros; y así, ponen grande esfuerzo en procurar nuestra salvación para llevarnos consigo. Y de aquí es que, cuando un pecador hace penitencia, se alegran y hacen fiestas en el cielo, y si fueran capaces de tristeza, lloraran los ángeles de la paz por la caída de los justos; porque ninguna cosa pudiera moverles a lágrimas sino ésta; y por la misma razón se entristecen, al modo dicho, de nuestra tibieza, y se alegran de nuestro fervor, y tienen deseo de que crezcamos en toda virtud, aun sobre la que ellos tienen; porque tan lejos están de tener envidia, que se gozan los ángeles de la guarda de que los hombres sean colocados en el cielo en lugar más alto que ellos, entre los querubines y serafines.

Por tanto, alma mía, reconoce la caridad tan encendida de estos espíritus soberanos, y procura imitarla sin envidia, doliéndote de los que pecan, alegrándote de los que se justifican, y gozándote de los que han llegado a mayor alteza que la tuya; y pues tu ángel pone su contento en tu aprovechamiento, no hagas cosa que le ofenda, ni dejes de hacer cosa que

le agrade, dando materia de *gozo* al que con tanto gusto procura tu provecho.

PUNTO CUARTO

Gran providencia y cuidado que tienen de nosotros los ángeles.

Lo cuarto, se ha de considerar *la providencia* y *cuidado que tienen con nosotros los ángeles de la guarda*, y los grandes bienes espirituales que por su medio nos vienen.

1. Ponderando, primero, *la causa de su gran providencia,* la cual tocó Cristo nuestro Señor cuando dijo «que nuestros ángeles custodios *ven el rostro* de nuestro Padre celestial», porque de esta vista les vienen las tres propiedades necesarias para la perfecta providencia, que arriba se tocaron; conviene a saber: sabiduría, bondad y potencia, la que basta para saber lo que deben hacer con nosotros, y para quererlo con grande amor, y ejecutarlo con grande poder. Y cuando no les consta de lo que Dios quiere, cada uno hace lo que juzga más conveniente para el bien del que está a su cargo, aunque sea contrario a lo que el otro pretende, como sucedió a los ángeles que guardaban al pueblo de los judíos y de los persas; pero en revelándoles Dios su voluntad y la traza de su providencia, luego se aúnan para ejecutarla. Y en esta fe tengo de arraigarme, trayendo a la memoria lo que dijo el Eclesiastés: «No digas delante del ángel: no hay providencia, porque no se enoje Dios con tus palabras y deshaga todas tus obras»; que es decir: Mira que estás delante de tu ángel, y en su presencia no digas que ni Dios ni él tienen providencia, porque eso será parte para que no recibas provecho de ella, sino el castigo que merece tu blasfemia.

2. De aquí subiré a ponderar *los efectos maravillosos* de esta providencia de los ángeles, *cuanto a lo espiritual,* reduciéndolos a los tres actos jerárquicos que llama San Dionisio: *purgar, ilustrar* y *perfeccionar,* los cuales ejercita la suprema jerarquía con la media, y la media con la ínfima, y ésta con los hombres; y aun alguna vez extraordinaria lo hacen también los de la suprema jerarquía, *a)* Según esto, los ángeles primeramente *nos purifican* de errores y pecados, ayudándonos a salir de ellos, inspirándonos los ejercicios de la vía purgativa, como el serafín que con una brasa purificó los de Isaías, diciendo: «Yo he tocado tus labios, y con este tocamiento será quitada tu maldad, y quedarás limpio de tu pecado», *b*) Ellos también *nos alumbran,* ilustrando nuestras almas con verdades, y adornándolas con virtudes, porque con sus ilustraciones

interiores nos descubren lo que no sabemos, y nos aficionan a obrar lo que debemos, y por este medio aprovechamos en la vía que llaman iluminativa. *Y* otras veces nos inspiran que vayamos a los maestros, que nos pueden enseñar y ayudar, y a los mismos maestros inspiran que nos enseñen y ayuden, como sucedió a Cornelio, al modo que arriba se dijo, *c)* Lo tercero, los ángeles *nos perfeccionan en toda virtud* y en los ejercicios de la unión con Dios; y así, tienen especial cuidado de nuestros ejercicios de oración, meditación y contemplación, por medio de los cuales se alcanzan los efectos dichos. Y, como dice David, *nos previenen* para que oremos, solicitándonos a la oración, y nos acompañan cuando oramos, quietándonos en ella y avivándola con fervor. Y, como dijo San Juan en su Apocalipsis: En habiendo orado, representan a Dios nuestras oraciones y negocian el despacho de ellas. Y así, cuando sintiere deseos repentinos de orar, puedo presumir que mi ángel me convida a que ore, y es justo obedecerle; y cuando orare, ha de ser como lo hacía David, en presencia de los ángeles, alabando a Dios, adorándole en su santo templo y confesando su santo nombre, teniéndoles a ellos por testigos para no pensar en su presencia cosa que me avergonzara pensar en presencia de los hombres, porque, de otra manera, no presentarán mi oración delante de Dios.

¡Oh príncipe soberano que asistes a mi guarda, purifícame de vicios, ilústrame con virtudes y perfeccióname con la unión de la caridad; solicítame para que ore, acompáñame cuando oro, enciende mi oración con fuego de fervor para que suba por tu mano a la presencia de mi Creador, y de ella salga con el buen despacho que deseo, uniéndome con Él por todos los siglos! Amén.

3. Finalmente, de esta providencia procede que los ángeles, con particular cuidado *asisten a quitar los estorbos de nuestra salvación,* y como se reveló a San Juan en su Apocalipsis, *pelean valerosamente por nosotros contra los demonios*, y asisten en nuestras batallas y tentaciones para defendernos. Y si queremos aprovecharnos de su valor y consejo, será nuestra la victoria y el demonio quedará vencido. Y con el mismo valor nos defienden de los demás enemigos. Por lo cual dijo David que el ángel del Señor cercaba por todas partes a los que le temen, y los libraba de todas sus tribulaciones, trayendo consigo un ejército de soldados celestiales que los cogiesen en medio y defendiesen de sus enemigos, como sucedió a Elíseo.

Gracias os doy, espíritus bienaventurados, por el cuidado con que acudís a mi defensa, pues es cosa cierta que no seréis menos vigilantes en defenderme que los demonios en perseguirme; ni será menos solícita

vuestra caridad para mi bien, que su maldad para mi mal. Y pues ellos como leones andan bramando, cercándome por todas partes para tragarme, venid como leones valerosos, cercándome también para defenderme, pues será vuestra la honra, si con vuestra ayuda saliere yo con la victoria.

PUNTO QUINTO

Cuidado que tienen los ángeles cuanto a nuestros bienes temporales.

1. Lo quinto, se ha de considerar la providencia de los ángeles con nosotros *cuanto a los bienes corporales* en orden a los espirituales de nuestra salvación, por razón de la cual *miran por nuestra vida, salud, honra, hacienda,* comida, vestido y lo demás necesario para nuestra conservación conforme a nuestro estado, y del mismo estado que nos conviene tener, tienen cuidado conforme a la disposición de la divina providencia. Y así, también *nos ayudan en las enfermedades, tristezas,* peligros y miserias que padecemos, o librándonos de ellas, o moderándolas, o consolándonos, o inspirando a los que nos pueden librar y consolar, y abogando delante de Dios por nosotros, sin dejar de hacer todo lo que a su oficio pertenece con grande amor y cuidado, *a la manera que San Rafael lo hizo con Tobías,* a quien libró del pez que quería tragarle, y le animó para que le cogiese, y de sus carnes hizo sustento para todo el camino, de su corazón se aprovechó para ahuyentar al demonio Asmodeo, que pretendía ahogarle, y de su hiel hizo medicina para sanar a su padre, ciego; le cobró el dinero, trató de casarle honrada y ricamente, le llenó de bienes temporales, le dio admirables consejos antes y después de casado, hasta dejarle rico, contento y próspero en casa de su padre. Y lo que hizo este santo ángel visiblemente con Tobías, hace invisiblemente con todos.

Y así, puedo yo decir al mío lo que dijo Tobías: Angel mío benditísimo, aunque me entregue por tu siervo, no será digna paga de tu amorosa providencia; me ves, aquí me entrego por tu esclavo; lleva adelante lo que has comenzado, teniendo cuidado de mi cuerpo y alma hasta que me pongas en casa de mi Padre celestial, rico y bienaventurado por todos los siglos. Amén.

2. De aquí subiré a ponderar *lo que yo debo hacer con mi santo ángel* en agradecimiento del cuidado que conmigo tiene. Porque, *lo primero,* es razón que tenga de él *frecuente memoria, mirándole presente* como testigo de mi vida, procurando no hacer cosa a solas, en lo secreto y escondido de mi casa o aposento, que pueda ofender los ojos de tan buen amigo. Y como

dice San Pablo que las mujeres cubran sus cabezas en la iglesia por los ángeles, así yo procuraré ser casto, modesto, templado y muy compuesto en todas mis acciones públicas y secretas por respeto del que está a mi lado, y *con él he de tener frecuente trato* y *conversación,* porque como él hace conmigo oficio de *ayo, maestro, consejero, gobernador, defensor, amigo* y *compañero,* es razón haya de mi parte correspondencia, hablándole familiarmente, ya *como a maestro,* pidiéndole luz contra mis ignorancias; ya *como a consejero* pidiéndole favor en mis peligros; ya *como a amigo,* pidiéndole consuelo en mis trabajos. *Unas veces le daré gracias* por las mercedes que me hace, *otras me gozaré* de los bienes que tiene, y otras *alabaré a Dios* por los dones que le ha dado. Y porque algunas veces se ausenta y se va al cielo, aunque desde allá me mira y tiene en mí gran cuidado, *yo le llamaré para que venga* y *esté conmigo a mi lado;* y es tan amoroso, que lo hará, y aun me dará testimonios interiores de su presencia con los júbilos que sentirá mi corazón con ella. *Y sobre todo procuraré ganarle por amigo para la hora de la muerte*; porque como Él es ejecutor de los medios de nuestra predestinación, la cual depende de la perseverancia hasta una buena muerte, allí son mayores sus diligencias para que me salve, como son mayores las del demonio para que me condene. Y quien le ha servido y obedecido en la vida, *le tendrá muy más propicio* y *favorable en la muerte,* no le dejando un punto hasta llevarle, como el alma de Lázaro, al seno y descanso de la gloria.

Para todo esto *será bien hacerle cada día algún servicio* o alguna oración especial, diciéndole: «Dios te salve, ángel de Dios, príncipe nobilísimo, guarda mía y ayo amorosísimo, Dios te salve. Me gozo de que Dios te haya criado en tanta grandeza, y te haya santificado con su gracia, perseverando en ella hasta que alcanzaste la gloria. Gracias doy al Todopoderoso Dios por las mercedes que te ha hecho, y a ti por los bienes que me haces, y por el amor y gusto con que me guardas. Yo te encomiendo hoy mi cuerpo y mi alma, mi memoria, entendimiento y voluntad, mis apetitos y sentidos, para que me guardes, rijas, defiendas y gobiernes, y juntamente me purifiques, alumbres y perfecciones, de tal manera, que, lleno por ti de todos los bienes, persevere siempre en gracia hasta que, juntamente contigo, vea y goce de Dios en la gloria.» Amén.

MEDITACIÓN 35

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS EN LA REPARACIÓN DEL MUNDO, POR LA ENCARNACIÓN DE CRISTO NUESTRO SEÑOR, Y DE SU MARAVILLOSO GOBIERNO.

PUNTO PRIMERO

Providencia que Dios tuvo de la salvación de los hombres.

Lo primero, se ha de considerar la excelentísima providencia que Dios nuestro Señor tuvo *de la salvación de los hombres, perdidos por el pecado de Adán*, comparándola con la que tuvo del mismo Adán y de sus descendientes en el estado de la inocencia.

1. Porque, primeramente, creó Dios a Adán *en gracia* y *justicia original* como cabeza de todo el linaje humano, con tal pacto, que si perseverara en su servicio, todos sus descendientes nacieran con la misma gracia, en la cual pudieran fácilmente perseverar toda la vida, porque *les quitó los tres mayores estorbos* que ahora padecernos. Es a saber: *la rebeldía de la carne contra, el espíritu,* y de las pasiones *contra la razón.* Item, *las miserias del cuerpo mortal que apesgan* a la pobre alma. *Y las persecuciones* y *contradicciones de los malos,* que inficionan y turban a los buenos; porque si entonces hubiera algún malo, *luego le apartara* de *ellos.* Y aunque *les dejó un tentador, que* era el demonio, *era fácil de vencer,* porque no podía tentar como ahora, alterando los humores ni despertando las pasiones o imaginaciones, sino solamente proponiendo por de fuera lo que pretendía para engañar, cuyo engaño fuera fácil de conocer, si se aprovecharan de la ciencia y gracia que Dios Jes había dado. Por todo lo cual se ven *las grandes ganas que nuestro Señor tenía de que Adán* y *sus descendientes perseveraran en su gracia y* alcanzaran la corona de la gloria. Y por ello he de darle muchas *gracias, pues* aunque no goce de esta providencia, su voluntad era que todos los hijos de Adán gozasen de ella.

2. *Luego* ponderaré cómo viendo nuestro Señor que por el pecado de Adán se habían deshecho las *trazas* de su providencia para la salvación de los *hombres en* aquel estado, *no por eso los desamparó, como* merecían, sino determinó tomar *otro modo de providencia* para remediarlos, *muy más excelente que el pasado,* porque es tan grande su bondad, que no permitiera que Adán pecara con pérdida de todo el *linaje* humano, si no

pudiera y quisiera sacar de este *pecado otros* mayores bienes, manifestando su infinita caridad *en el amor de sus enemigos,* lo cual hasta entonces no había hecho; porque los bienes que *en el* principio del mundo hizo para ángeles y hombres, aunque no se los habían merecido, tampoco se los habían desmerecido, pues entonces no eran, y por consiguiente, no eran amigos ni enemigos. Mas en pecando Adán, aunque le privó de la justicia original, pero *dejóle el señorío de este mundo visible*, y el *sol que* solía nacer para los buenos, comenzó también a nacer para los malos, y la lluvia que caía para los justos, también comenzó a caer para los pecadores, y Dios comenzó a ser benigno con los ingratos, haciendo bien a quien le había servido tan mal, queriendo perdonar al enemigo y convertirle otra vez en su amigo.

3. Para esto, con su infinita caridad, como se ponderó en el principio de la Segunda parte, de muchos medios que tenía, escogió *el más glorioso que pudo inventar su sabiduría,* y *ejercitar su omnipotencia,* y *querer su bondad,* trazando que de los descendientes de Adán y Eva naciese otro hombre que juntamente fuese Dios, por cuyos merecimientos el pecado de Adán fuese perdonado, y reparados los daños que de él habían procedido.

De suerte que, no solamente quiso tener *providencia* de los hombres perdidos, sino *ser el mismo ejecutor de esta providencia* por un modo inefable, haciéndose hombre por ellos. Y el que era su Gobernador y Cabeza invisible, quiso hacerse su Gobernador y Cabeza visible, uniendo la naturaleza humana con su divina Persona, honrándolos infinitamente más que antes de la culpa, remediándola con infinitos modos de misericordia.

¡Oh venturosa culpa, que mereció tener tal y tan grande Redentor! ¡Oh dichosa quiebra, que se reparó con tan admirable providencia! ¡Oh Padre celestial!, ¿adonde pudo más llegar tu providencia, que dar el Hijo por remediar al esclavo? ¡Oh Hijo de Dios benditísimo!, ¿qué, más pudo hacer tu sabiduría que vestirse de carne mortal por vivificar con tu gracia la carne muerta por la culpa? ¡Oh Espíritu santísimo!, ¿qué mayor señal podías dar de tu infinita caridad, que dar infinitos dones al que infinitamente era indigno de ellos? ¡Oh Trinidad beatísima, pues quisiste repararnos conforme a la imagen de Jesucristo, Dios y hombre verdadero, muestra conmigo tu amorosa providencia, reparando la imagen de mi naturaleza manchada con la culpa, con la semejanza viva de tu gloria! Amén.

PUNTO SEGUNDO

Ventajas de los bienes que nos trajo el segundo Adán.

De aquí subiré a considerar en particular que, como el segundo Adán, Cristo, excede infinitamente al primero, así los bienes que nos vienen por medio del segundo, exceden incomparablemente a los que nos vinieran por el primero, si no pecara.

1. Porque, primeramente, si los hijos de Adán nacieran *en gracia,* los que son engendrados por Cristo en el Bautismo *reciben mayor gracia,* porque aquélla la diera Dios a los niños por sola su liberalidad, y ésta la da también por los infinitos merecimientos del que se la ganó con su Pasión y muerte.

2. Lo segundo, aunque los hijos de Adán en aquel estado no tuvieran *guerra de pasiones, y* ahora la tienen los hijos de Cristo, pero lo trazó así la divina providencia para que fuese *más ilustre su victoria,* cuanto era más terrible la pelea, y para que fuesen sus obras más meritorias por la parte que vencen mayores dificultades, acudiendo nuestro Redentor con más copiosa gracia a los hijos que tenían mayor flaqueza.

3. Lo tercero, aunque los hijos de Adán *carecieran de la muerte* y miserias corporales, que ahora padecen los hijos de Cristo, pero el mismo Señor las honró tanto vistiéndose de ellas, que es *gran dicha tenerlas,* porque todas las convierte en materia y ejercicio de heroicas virtudes, cuyos excelentes actos cesaran en aquel estado, porque no hubiera ocasiones de pobreza y paciencia, ni de martirio y amor de enemigos, ni de resignación en lo que tanto se ama, como es salud y vida.

4. Finalmente, la grandeza de la misericordia sobrepuja infinitamente a la grandeza de la miseria que causó la culpa de Adán; pues, como dijo el Apóstol: *No tuvo tanta eficacia el delito como el don*; ni pudo Adán hacernos tanto daño, que no pueda Cristo hacernos mayor provecho, perdonándonos el pecado que de él heredamos y los demás que por nuestra voluntad añadimos, y haciéndonos tantos favores después de haber sido pródigos de tantos bienes, que *los de aquel estado pudieran en muchas cosas tener envidia* de las grandezas, sacramentos y sacrificios que tenemos en éste por los merecimientos de nuestro Redentor.

¡Oh Redentor dulcísimo, gracias te doy cuantas puedo por la providencia paternal que tienes de nosotros, supliendo la felicidad del estado de la inocencia, con la abundancia que nos das de tu divina gracia; más quiero vivir contigo en estado de guerra, que sin Ti en estado de paz,

porque la paz sin Ti se perdió en un día, y la guerra con tu gracia ganará paz sempiterna!

PUNTO TERCERO

Excelencias del gobierno de Cristo.

Lo tercero, se ha <le considerar la providencia soberana que resplandece *en el gobierno de Cristo* nuestro Señor, con sus propiedades y efectos maravillosos, reduciéndolos a cuatro que apunta San Pablo cuando dice de Cristo nuestro Señor que se hizo para nosotros *sabiduría, justificación, santificación* y *redención*.

1. Lo primero, es para nosotros *sabiduría* porque es Gobernador sapientísimo, en quien están los tesoros de la sabiduría *y* ciencia de Dios, con la cual gobierna sin error, con suma eficacia y suavidad, y conoce las inclinaciones de todos, y a cada uno ofrece gracia y socorro poderoso para vencer las malas, y seguir con perfección las buenas, y su gobierno va enderezado a hacernos sabios, no con sabiduría mundana y terrena, sino celestial y divina comunicándola con abundancia a sus siervos. Por lo cual dijo Isaías, que en tiempo de su gobierno la tierra estaría llena de ciencia, *y* que todos sus hijos serían doctos y enseñados por el Señor< el cual juntamente sería gobernador y maestro, enseñándonos las verdades necesarias para nuestra salvación, y gobernándonos según ellas para alcanzarla.

¡Oh Gobernador sapientísimo, que siendo sabiduría de los ángeles en el cielo, te hiciste sabiduría de los hombres en la tierra, poniéndonos delante tu vida y doctrina, tus ejemplos y palabras; guíame con esta tu sabiduría, para que no pierda el fin que pretende tu providencia!

2. Lo segundo, Cristo nuestro Señor es para nosotros *justicia,* porque es Gobernador justísimo y por excelencia se llama el Justo, en quien no pudo haber injusticia, y siempre ajustó sus obras con la voluntad de su Eterno Padre, y por consiguiente, su gobierno siempre es con justicia y equidad, sin agraviar a nadie, ni aceptar personas, ni torcer por respetos humanos de lo justo, dando a cada uno lo que merece, premiando los buenos y castigando los malos como Juez universal de todos, aunque su deseo más es gobernar de modo que pueda premiar con corona de justicia, que castigar con celo de venganza. Y de aquí es que *su gobierno va ordenado a justificar los hombres* con verdadera justicia, haciéndolos de-

lante de Dios justos y limpios de toda culpa, y llenándolos de la paz que acompaña la justicia. Por lo cual dijo David, que en tiempo de su gobierno nacería la justicia y la abundancia de la paz, y los que se dejaren gobernar por Él alcanzarán, como dice Isaías, un río de paz y mar de justicia.

¡Oh Gobernador justísimo, Tú eres mi justicia, porque me justificas con tu gracia, mereciéndomela de justicia, y me ayudas a merecer de justicia la corona de la gloria! Tus obras son mi justicia, porque son merecimiento del perdón de mis culpas, satisfacción de las penas que debo por ellas, título para que sean oídas mis oraciones, y derecho para alcanzar el reino de los cielos. Por ellas te suplico me ayudes a imitarlas, para que yo también sea justo en mis obras, como Tú lo fuiste en las tuyas.

3. Lo tercero, Cristo nuestro Señor es para nosotros *santificación,* porque es Gobernador santísimo, y Santo de los santos en quien están los tesoros de la santidad, de cuya plenitud reciben los hombres, no solamente la justicia que limpia de la culpa, sino la santidad; esto es, grande aumento de las gracias y virtudes y dones celestiales, con gran firmeza. Y a este fin va encaminado su santísimo gobierno con santas leyes, santos consejos y santos ejemplos; y así dice a todos: Sed santos, como Yo soy santo, y sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto».

¡Oh Gobernador santísimo, sé mi santificación, santificándome en verdad con tus esclarecidas virtudes, pues Tú te santificaste por mí, ofreciéndote a la muerte por llenarme de ellas!

4. Lo cuarto, Cristo nuestro Señor es para nosotros *redención,* porque es Gobernador poderoso para librarnos de la servidumbre del demonio y del pecado de la carne y sus pasiones, del mundo y sus tiranías poniéndonos en la libertad del espíritu propia de los hijos de Dios, y a esto va enderezado su gobierno; porque juntamente es Redentor del mundo, redimiendo a los que gobierna, y gobernando a los que redime, para que alcancen el fin de su redención, que es la perfecta adopción de los hijos de Dios, libres de toda miseria con la herencia de la gloria.

¡Oh Gobernador amabilísimo, gracias te doy porque eres mi redención, librando a mi alma del infierno, a mi espíritu de la esclavonía de su carne, y a la carne de las miserias que padece, y a su tiempo la librarás de la muerte y corrupción. Aplícame, Señor, el fruto de tu copiosa redención, para que, redimido por tu gracia, goce de Ti para siempre en la gloria! Amén.

Estas cuatro excelencias de Cristo nuestro Señor, al modo que se han puesto, *he de traer siempre en la memoria,* diciéndole muchas veces con

gran afecto: *Dulcísimo Jesús. sé para mí sabiduría, justicia, santificación* y *redención*, aplicándome con eficacia lo que eres para todos con tanta suficiencia.

Lo demás que toca a este beneficio se ha puesto largamente en las Meditaciones de la Segunda, Tercera y Cuarta *partes, sin otras muchas cosas que se han tocado en las Meditaciones de la bondad, caridad* y *misericordia, de Dios.*

MEDITACIÓN 36

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS EN LA FUNDACIÓN DE LA IGLESIA CON TODOS LOS MEDIOS NECESARIOS PARA NUESTRA SALVACIÓN; Y CUÁN SOBERANOS SEAN ESTOS BENEFICIOS

Esta Meditación fundaremos en lo que dice el Sabio, que la divina Sabiduría edificó para Sí una casa con siete columnas, y en ella ofreció sus sacrificios; puso mesa con pan y vino, y envió sus esclavas para que llamasen gente que subiese al alcázar y muros de la ciudad, diciéndoles de su parte: Venid y comed mi pan y bebed el vino que os tengo aparejado.

PUNTO PRIMERO

Providencia de Dios en fundar su Iglesia y darle los medios necesarios para el fin.

1. Lo primero, se ha de considerar cómo Dios nuestro Señor con su infinita Sabiduría edificó en medio de este mundo una casa para Sí que es la santa Iglesia, proveyéndola con admirable providencia *de todos los medios necesarios para la salvación de todos los que viviesen en ella*; esto es para que se librasen de las dos mayores miserias que puede haber en esta vida y en la otra, *que son pecado e infierno,* y alcanzasen las dos felicidades contrarias, que son gracia y gloria.

2. La grandeza de esta providencia se puede ponderar *por la grandeza del fin a que se ordena esta casa e Iglesia,* que es la gloria del mismo Dios, y de Jesucristo nuestro Redentor, para que fuese su casa de recreación en la tierra y su especial morada, donde habitase y conversase con los hijos de los hombres, y para que los mismos hombres pudiesen

salvarse y alcanzar la vida eterna; y pues el fin es el más alto que puede ser, también lo serán los medios, y la providencia de Dios en disponerlos para tal fin. Porque si es tan grande y admirable, como se ha dicho, la providencia que tiene del hombre cuanto a lo natural de su cuerpo y vida temporal, ¿cuánto mayor y más admirable será la que tiene del mismo, cuanto a lo sobrenatural de su alma y vida eterna? Y quien de tantos medios le proveyó para conservar la vida del cuerpo, que hoy es y mañana perece, ¿cuánto más le proveerá para granjear y conservar la vida espiritual del alma que nunca ha de perecer? Sin duda, cuanto excede el espíritu a la carne *y* lo eterno a lo perecedero, tanto excede una providencia a otra. Y como dijo San Pablo; «¿Por ventura tiene Dios cuidado de los bueyes, para mandar en su ley que no les tapen la boca cuando aran?». Dando a entender que aunque Dios verdaderamente tiene cuidado de los bueyes, pero todo es en orden a los hombres, de los cuales tiene tanto cuidado que ese otro es como si no fuera; así, todo el cuidado que tiene Dios nuestro Señor del cuerpo y de la vida temporal, *y* los medios que nos ha dado con su providencia para conservarla, es en orden al alma y a la vida eterna; y en comparación de este cuidado, ese otro es muy pequeño. Y por esto dice el Sabio que la divina Sabiduría cuida de los escogidos con toda providencia, porque en ésta se encierra toda su perfección.

Por lo cual he dar muchas gracias a nuestro Señor, reconociendo mi indignidad y la grandeza de este beneficio, diciendo lo que dijo Tobías al ángel: ¡Oh Padre amantísimo, aunque me entregue por tu esclavo, no será paga digna de tu grande providencia; yo me ofrezco de ser tu perpetuo siervo, pues con tu providencia me gobiernas como a hijo!

PUNTO SEGUNDO

Cuáles son estos medios admirables.

Lo segundo, se han de considerar *los admirables medios que la divina providencia ha puesto en su Iglesia para nuestra salvación,* reduciéndolos a siete, como siete columnas fortísimas y hermosas de esta casa.

1. El primero es *verdadera fe* y *conocimiento del verdadero Dios, y* del Medianero Redentor que nos dio, que es su Hijo Jesucristo, cuyo conocimiento es principio y fundamento de la vida eterna, porque sin esta fe es imposible agradar a Dios, y sin el nombre de este Señor, no hay salud debajo del cielo.

2. El segundo medio es *ley purísima* y *santísima,* en la cual están todos los mandamientos de. las cosas necesarias para entrar en la vida eterna, y todos los consejos que nos pueden ayudar para alcanzarla con seguridad y perfección.

3. El tercero es *religión observantísima,* con los sacrificios y ceremonias exteriores ordenados a la honra y culto del verdadero Dios; y aunque la Iglesia antigua tenía un templo con muchos sacrificios, ahora nuestra Iglesia tiene muchos templos con un solo sacrificio, que vale infinitamente más que todos los otros, porque en él se ofrece el mismo cuerpo y sangre del Redentor, en especies de pan y vino.

4. El cuarto medio es, *siete sacramentos excelentísimos* ordenados para remedio y medicina de nuestros pecados, entre los cuales uno es mesa del mejor pan y vino que Dios nos pudo dar para nuestro sustento. Y todos siete son como siete columnas exteriores, en que estriba la grandeza y firmeza de esta casa.

5. El quinto es, *siete virtudes* verdaderas y sólidas: fe, esperanza y caridad, prudencia, justicia, fortaleza y templanza, *y siete dones del Espíritu Santo,* que son como siete columnas interiores en que estriba la santidad y hermosura espiritual de este edificio, con admirables labores de obras virtuosas en orden a Dios, y a los prójimos, y a sí mismos.

6. El sexto es, *promesas ciertas* y *grandiosas de la vida eterna y* de los premios excelentísimos que en esta vida y en la otra se dan a los virtuosos que viven dentro de esta casa. Y juntamente, terribles amenazas de infierno *y* castigos horrendos que en esta vida y en la otra se dan a los que viven fuera de ella, o en ella no viven como deben.

7. El séptimo medio es, *la divina Escritura,* en que están reveladas todas las cosas que se han dicho, y es como una mesa regaladísima de pan y vino para sustento de las almas; las cuales, con la fe y verdades que allí están escritas, por revelación de Dios, se sustentan, consuelan y alientan, hasta alcanzar la vida eterna que en ellas se encierra.

8. *Ponderando estos siete medios* que la divina providencia ha trazado para nuestra salvación en la casa de su Iglesia, y mirándome a mí dentro de ella como morador que puedo gozar de todos para salvarme, *glorificaré a este Señor* por tan soberana merced como me ha hecho, diciéndole:

Siete mil veces, Señor, te alaben los ángeles del cielo por estos siete medios que para mi salvación me has dado en la tierra. Y pues me has hecho por tu gracia morador de esta casa, concédeme que goce de sus

bienes, viviendo de tal manera, que llegue a ser morador de la casa que tienes en el cielo. Amén.

PUNTO TERCERO

La verdadera Iglesia es una sola.

1. Lo tercero se ha de considerar cómo esta Iglesia y casa de Dios vivo *no es más que una en todo el mundo, en la cual pueden salvarse todos* los que aprovecharen de sus medios, *y fuera de ella todos infaliblemente se condenarán.* De suerte que como en tiempo del Diluvio no hubo más que *una arca, y* todos los que se quedaron fuera de ella perecieron, y los que entraron se salvaron, así ahora no hay más que *una Iglesia,* una fe, una religión, una ley, unos sacramentos y sacrificios, una Escritura Sagrada y unos medios de nuestra salvación; así como no hay más que *un Dios,* un Creador y Santificador, un fin último de todos, y *un Medianero* de todos; *y* siendo una la cabeza, no ha de ser más que uno el cuerpo místico, que es la congregación de los fieles que creen y profesan las siete cosas que se han dicho, y todos los infieles, en cualquiera otra ley y secta que vivan, serán condenados para siempre.

2. Y de aquí también es que, *como el arca de Noé no tenía más que una puerta,* así para entrar en la casa de la Iglesia hay *una sola puerta,* que es *Cristo* nuestro Señor, y *su fe* profesada por *el santo Bautismo,* conforme a lo que el mismo Señor dijo: «Yo soy la puerta; si alguno entrare por Mí, se salvará; quien creyere en Mí y fuere bautizado, será salvo; quien no creyere, será condenado». Con esta consideración ponderaré más *la grandeza del beneficio que Dios me ha hecho* entrándome dentro de esta arca, dejando fuera de ella innumerables infieles que perecen en el diluvio de la infidelidad; y aun entre cristianos, muchos niños no alcanzan esta buena dicha, o por morirse en el vientre de sus madres, o porque después de nacidos se mueren sin aplicarles el Bautismo; y con no desmerecerlo éstos más que yo, ni yo merecerlo más que ellos, quiso la divina providencia librarme de estos peligros, y que recibiese el beneficio del Bautismo, sin saber lo que recibía, haciéndome Dios por pura gracia su hijo, antes que supiese llamarle Padre.

¡Oh Padre amantísimo!, ¿qué gracias te daré por este tan soberano beneficio? Antes que yo supiese escoger el bien y reprobar el mal, me quitaste la culpa y me justificaste con tu gracia, para que supiese reprobar lo malo y escoger lo bueno; aún no sabía hablar, cuando tu omnipotencia

destruyó en mí la fortaleza de Damasco, que es el demonio, echándole de la posesión que había tomado desde el día en que yo había sido concebido. Consérvame Señor, en tu Iglesia militante, peleando de tal manera, que llegue a gozar de Ti en la triunfante por todos los siglos. Amén.

MEDITACIÓN 37

DE LA VOCACIÓN DE DIOS PARA ENTRAR EN LA IGLESIA Y RECIBIR LA GRACIA DE LA JUSTIFICACIÓN.

Cerca de este soberano beneficio de *la vocación*, se han de ponderar *seis cosas: en qué consiste, qué bienes trae del cielo, por qué medios se encamina, a qué personas se extiende, cuánto tiempo dura,* y *los títulos que nos obligan a oírla.*

PUNTO PRIMERO

La vocación divina es una gracia del Espíritu Santo independiente de nuestros merecimientos.

1. Lo primero, se ha de considerar cómo *la vocación es una inspiración o ilustración del Espíritu Santo,* con la cual toca el corazón del pecador, *y de pura gracia, sin sus merecimientos,* le previene, despierta y ayuda para convertirse y alcanzar la gracia de la justificación, de tal manera, que sin ella no puede por sus propias fuerzas, ni entrar en la Iglesia, ni salir de pecado; por lo cual dijo Cristo nuestro Señor, que ninguno podía venir a Él si su Padre no le trajese; y como Lázaro cuando estaba muerto en el sepulcro, se quedara muerto hasta convertirse en polvo si la voz de Cristo no le llamara diciéndole: «Sal afuera»; así yo, para siempre, me quedaré muerto en mis pecados, si la voz de la divina inspiración no me llama y ayuda a salir de ellos.

2. De aquí es que la divina vocación e inspiración *es único instrumento* del Espíritu Santo para todos los medios de nuestra santificación. Ella nos trae del cielo el don de la fe, sin la cual no hay agradar a Dios; y la virtud de la esperanza, por la cual entra la salud; y el espíritu de temor, que comienza a echar fuera el pecado; y el dolor de la contrición, que quebranta el corazón por haberle cometido; y el fuego de la

caridad, que consume la escoria de nuestras culpas; y el resplandor de la divina gracia, que nos purifica y limpia de ellas. Ella es la semilla para ser engendrados en el ser de hijos de Dios por el Bautismo, y si le perdemos, es semilla para recobrarle por la penitencia. Y este beneficio se nos da sin merecimientos nuestros, conforme a lo que dice San Pablo: «Dios nos llamó con su santa vocación, no por nuestras obras, sino por el beneplácito de su voluntad y por la gracia que nos hizo por Jesucristo».

¡Oh Dios eterno!, gracias te doy por esta inmensa liberalidad de tu amorosa providencia, con la cual nos envías del cielo lo que nos trae las dádivas buenas, y los dones perfectos que han de venir de allá. Si Tú no me llamaras, nunca resucitara de la muerte, y si tu inspiración no me previniera sin merecerlo, ya yo pagara la pena que merecía. Y pues por tu sola misericordia me llamaste, por ella te suplico me ayudes para que responda dignamente a tu santo llamamiento. Amén.

PUNTO SEGUNDO

Medios de que se sirve Dios para llamar a los hombres.

1. Lo segundo se han de considerar *los medios maravillosos* por donde nuestro Señor *encamina la vocación de los hombres. A unos llama* por medio de los predicadores o confesores, o por pláticas *y* conversaciones con personas devotas; *a otros,* por lección de buenos libros, o viendo algunos buenos ejemplos. *A unos trae* por adversidades y trabajos; *a otros,* por prosperidades y beneficios. *A unos llama* por caminos *ordinarios,* dejando caminar las cosas por su curso natural, y de los sucesos saca ocasiones para convertirlos; *a otros* llama por medios *extraordinarios* y milagrosos, usando de su omnipotencia para reducirlos, porque son increíbles las fuerzas del amor cuando se junta con el poder; y como Dios ama infinitamente a los hombres, el amor mueve a la omnipotencia para que los llame y traiga, como dice San Agustín, con modos maravillosos a su servicio. De todo lo cual hay *ejemplos* muy esclarecidos en la Escritura, especialmente en el Evangelio, como consta por las vocaciones y parábolas que a este propósito se meditaron en la Tercera y quinta partes. Y *aplicando esto a mí mismo,* ponderaré el soberano beneficio que Dios me ha hecho, en que habiendo caído en graves pecados, me ha llamado a penitencia por mil vías. *Unas veces* cercando mis caminos *con, espinas* y abrojos de adversidades, para que me volviese a Él. *Otras veces* trayéndome *con cuerdas de caridad* y con

cadenas de beneficios para que me entregase a su servicio; y otras veces *con inspiraciones repentinas,* trayéndome a la memoria la muerte, juicio, infierno o gloria, y otros innumerables motivos con que me daba batería continua al corazón para que le abriese; y aunque muchas veces le he dado con la puerta en los *ojos* y otras veces, después de admitido, le he echado de mi posada, Él se ha quedado *a la puerta para tornar a llamar*, hasta que le tornase a abrir, para darme su gracia y amistad.

¡Oh Padre amorosísimo!, ¿qué gracias te podré dar por este cuidado que de mí has tenido? Bendita sea tu misericordia, que así ha solicitado a tu providencia, por la cual te suplico lleves adelante lo que has comenzado, para que alcance la vida eterna. Amén.

2. Lo segundo, ponderaré cómo *no hay hombre en el mando a quien nuestro Señor no llame por un camino o por otro*, porque todos los fieles, de cualquier secta que sean *y* en cualquier lugar o rincón del mundo que vivan, están debajo de su soberana providencia, y como el Sol de justicia, Cristo, nació para todos y la lluvia de su doctrina bajó del cielo para todos, y para todos edificó la casa de la Iglesia y puso los sacramentos que hay en ella, así a todos y ella, ya por el dictamen de la luz natural, moviéndoles a dejar lo malo y seguir lo bueno, ya por su especial ilustración, alumbrando a todo hombre que entra en el mundo por el uso de la razón, con deseo de que reciba su divina gracia y después entre en su gloria, como lo mostró a San Pedro en la visión del lienzo que bajó del cielo, según se declaró en la Quinta parte. Y porque muchos no conocen este beneficio he de glorificar por ellos al que se lo hace.

¡Oh sabiduría eterna, que por las calles, plazas y rincones del mundo levantas la voz, llamando a todos los pasajeros para que vengan a tu casa a gozar de tus convites!, gracias te doy por la soberana providencia con que los llamas, alegándoles razones tan claras que las entiendan y tan eficaces que les muevan a entrar. ¡Oh, si todos te obedeciesen, para que, entrando en tu escuela, todos alcanzasen la vida eterna por todos los siglos! Amén.

3. Lo tercero, ponderare cómo esta providencia dura con todos los hombres por todo el tiempo de su *vida,* sin desamparar a ninguno totalmente, ni negarle los medios necesarios para su salvación; antes, como buen padre de familias sale a llamar a cada uno en la mocedad, y si entonces resiste sale otra vez en la juventud y en la vejez. Y cuando está cercano a la muerte, y en cualquier hora y punto que oye su llamamiento, le admite a su amistad. Y aunque a los endurecidos en su pecado suele negar los *especiales* favores que les ablandarían el corazón, y por esto se

dice desampararlos pero no les niega la vocación *suficiente y* los medios necesarios para su justificación.

4. De donde sacaré *aviso para no desconfiar de la salvación* de ningún pecador, por malo que sea, y porque yo y todos estamos siempre debajo de la divina providencia, que nos tiene a su cargo, *y* quien hoy es rebelde, mañana quizá será llamado con tanta fuerza como el buen ladrón, que de la cruz y de la cama vaya al paraíso. *Pero tampoco he de descuidarme, dejándolo todo a la divina providencia,* porque si no procuro quitar los estorbos del divino llamamiento, quizá me hallaré burlado, aunque ella no quedará burlada, porque siempre saldrá con el fin principal de su gloria, o justificándome si consiento, o castigándome si resisto.

¡Oh Padre amoroso, cuya providencia tiene dos brazos de su gobierno, uno de misericordia para hacer bien a los rendidos, y otro de justicia para castigar a los rebeldes! pon debajo de mi cabeza el brazo izquierdo de tu justicia, y abrázame con el derecho de tu misericordia, sustentándome con el temor de tus castigos para que no te resista, y alentándome con la esperanza de tus dones, para que te obedezca y me sujete a tu gobierno por todos los siglos. Amén.

PUNTO TERCERO

Motivos para oír con presteza la divina vocación.

De todo lo dicho concluiré *los varios títulos que me obligan a oír con presteza la divina vocación* cuando me llama Dios para salir del pecado y de tibieza, reduciéndolos a seis.

1. El primero, *por infinita grandeza del Señor que me llama* para que le sirva; no por tener necesidad -de mí, sino porque yo la tengo de Él, y porque gusta de hacerme este bien por ser bueno, y en Él concurren todas las razones que pueden obligarme a oír su voz, pues no hay cosa más puesta en razón que oír la creatura la voz de su Creador, el vasallo la de su rey, el esclavo la de su señor, el hijo la de su padre, el enfermo la de su médico, el discípulo la de su maestro, y el cautivo la de su redentor.

2. El segundo título es, *por la infinita bajeza del que es llamado,* a quien le viene muy ancho que Dios se digne llamarle y servirse de él, mereciendo ser dejado y desamparado en el abismo de sus miserias.

3. El tercero, *por la infinita miseria del pecado, de donde quiere Dios librarme,* sacándome de un estado que es peor que el mismo infierno, cuanto a lo que es pena, como en su lugar se dijo.

4. Él cuarto, *por la infinita grandeza de los bienes pura que Dios me llama,* pues me convida para recibir la vida de la gracia, la hermosura de las virtudes, la paz que sobrepuja todo sentido, los dones y gozos del Espíritu Santo, y el mismo Espíritu Santo, dador de los dones, con prendas de que después me llamará para gozar de los bienes eternos de su gloria.

5. El quinto, *por el modo tan amoroso como me llama,* usando de tantos medios interiores y exteriores con que ablandar mi corazón y aficionarme a que le oiga, como si le importara a Ello que me importa a mí.

6. El sexto, *por los gravísimos daños que se me pueden seguir si resisto a la divina vocación,* pues si me hago siempre sordo a su llamamiento, será cierta mi eterna condenación, como la de los convidados que no quisieron venir a la cena, a quienes dijo que nunca más la gustarían.

7. En estas seis cosas se descubre también *la grandeza de este beneficio, y* los que son títulos para oír la divina vocación, son títulos para glorificar a Dios por la merced que me hizo en llamarme, ayudándome para que le oyese.

¡Oh Dios eterno, gracias te doy por este soberano beneficio que por tantos títulos es como infinito! Bendita sea tu providencia, de donde mana, y bendita tu omnipotencia, que por él tantas grandezas obra. Llama, Señor, con tu santa vocación a todos los hombres que criaste, para que entren todos en la ciudad de tu Iglesia y suban al alcázar de la perfección cristiana, y después al de tu eterna gloria. Amén.

MEDITACIÓN 38

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS EN LA INSTITUCIÓN DE LOS SIETE SACRAMENTOS, PARA LA JUSTIFICACIÓN Y SALVACIÓN DE TODOS LOS HOMBRES.

La excelencia de esta soberana providencia mostró un ángel al profeta Zacarías en figura de un grande candelero de oro que representaba la Iglesia universal, sobre el cual estaba una grande lámpara, que era figura

de *Cristo* nuestro Señor, cabeza de la Iglesia, y en su contorno estaban otras siete menores, que representaban la muchedumbre de todos los fieles, y para cebarlas estaban junto a ellas siete vasijas de oro, a modo de aceiteras, llenas de aceite, figura de los siete sacramentos; los cuales son como vasos en que se encierra el óleo de la divina gracia para dos fines; es a saber: para sanarnos de todo género de culpas y enfermedades espirituales, y para fortalecernos y perfeccionarnos en todo género de gracias y virtudes, de modo que seamos como lámparas que resplandezcan y ardan delante de Dios en medio de su Iglesia por los merecimientos de Jesucristo nuestro Señor de cuyas dos naturalezas, humana y divina unidas en una persona procede el óleo de la gracia que tienen los sacramentos. Y para significar esto, estaban los siete vasos colgados de los picos que tenía la lámpara mayor; todo lo cual se irá ponderando en los puntos siguientes.

PUNTO PRIMERO

Fines particulares de los siete sacramentos.

Lo primero, se han de considerar *los fines particulares para que la divina providencia ordenó estos siete sacramentos* dentro de la casa de su Iglesia, discurriendo brevemente por cada uno.

1. *El Bautismo es como un vaso de óleo celestial para sanar la llaga del pecado original.* Y además de esto, nos engendra en un nuevo ser de gracia para vivir nueva vida en Cristo, en cuyo testimonio los bautizados son ungidos con el óleo para que sean semejantes a Cristo, que quiere decir ungido.

2. *La Confirmación* se ordena *para curar nuestra flaqueza* y fortalecer a los nuevos soldados de Cristo en la fe y gracia que recibieron, ungiéndolos con crisma, compuesto de óleo y bálsamo, en señal de que han de pelear valerosamente contra los enemigos de su rey y de su ley, dando de sí buen olor de santidad.

3. *El sacramento de la Eucaristía* se ordena *contra la perversa inclinación del amor propio,* que va consumiendo la vida del espíritu; y encierra dentro de si al mismo Cristo, que es médico y medicina y nos unge con el óleo de devoción y alegría espiritual, para conservar y perfeccionar la vida del espíritu.

4. *El sacramento de la Penitencia* se ordena *para curar las llagas mortales* de nuestros pecados actuales, y reparar la vida de la gracia que

por ellos perdimos, ungiéndonos, como el piadoso samaritano, con vino y aceite, para que nuestras heridas queden perfectamente sanas.

5. *El sacramento de la Extrema unción todo es vaso de óleo, para ungir al enfermo y* curarle las reliquias de los pecados, y fortalecerle para pelear contra el demonio en la batalla de la muerte, y disponerle para entrar en la vida eterna.

6. *El sacramento del Orden unge con este divino óleo los sacerdotes* y ministros de la Iglesia, dándoles gracia para que ofrezcan el sacrificio del precioso cuerpo y sangre de Cristo nuestro Señor por los pecados de los vivos y difuntos, y administren los demás sacramentos y remedios necesarios para nuestra salvación.

7. *El sacramento del Matrimonio es* medicina de flacos *para curar las concupiscencias carnales,* de modo que los casados, unidos en caridad, sin daño de sus almas engendren hijos que reciban estos sacramentos y pueblen la Iglesia militante, y después la triunfante.

8. *Ponderando esta traza tan soberana, glorificare a Dios* por el cuidado que ha tenido de proveernos de tantos remedios tan fáciles y suaves, y tan proporcionados para el fin a que se ordenan, diciéndole:

¡Oh Sabiduría infinita, pues alcanzas de un fin a otro con fortaleza, y dispones todas las cosas con suavidad!, gracias te doy por estos siete sacramentos que instituiste dentro de tu Iglesia, por los cuales me favoreces desde el principio de mi vida hasta el fin de ella, ordenándola con dulzura y eficacia para que gane la vida eterna. Amén.

PUNTO SEGUNDO

Los sacramentos de la nueva ley causan la gracia y hacen de atrito, contrito.

1. Lo segundo, se ha de considerar la excelencia de estos siete sacramentos *cuanto a su eficacia,* porque no son, como los sacramentos de la ley vieja, vasos vacíos de lo que significaban, sino *llenos del óleo* y *gracia* que significan, *causándola* en el que debidamente los recibe. De modo que, diciendo el que bautiza: «Yo te lavo o te bautizo, en el nombre del Padre»), etc., en virtud de este sacramento, queda el alma lavada del pecado original y de cualquier otro que tuviere. Y en diciendo el sacerdote: Yo te absuelvo de tus pecados, queda el pecador libre de ellos, recibiendo la gracia de la justificación. Y además *de esto, hacen de atrito, contrito;*

porque recibiéndolos el pecador con un dolor imperfecto que llaman atrición, en virtud de ellos recibe la gracia, supliendo el sacramento la falta de la contrición, que es dolor perfecto.

Y aun quien comulga con sola atrición, pensando que va en gracia, la recibe por el sacramento y queda justificado.

2. Finalmente, *todos dan gracia, ex opere operato*, porque además de lo que cada justo puede merecer con sus propios actos, recibe otros grados de gracia en virtud del sacramento. Todo lo cual trazó la di, vina providencia: *Lo uno,* para facilitar más nuestra salvación, supliendo la falta de nuestras cortas disposiciones, porque muchos más se condenaran si fuera necesaria la perfecta contrición. *Y lo otro,* para enriquecernos con más abundancia de gracia y gloria por tales medios, supliendo la falta de nuestros merecimientos, que son muy cortos. Por donde veré la gran dicha de los que vivimos en la ley de gracia, gozando de tan amorosa y eficaz providencia, y la razón que tengo para animarme a recibir a menudo los sacramentos de Confesión y Comunión, que se pueden frecuentar.

¡Oh alma mía, acude con grande gozo a estas fuentes del Salvador para sacar agua de gracias celestiales, con que te laves de tus culpas y hartes tus deseos, hasta que dentro de ti se haga una fuente de agua viva que salte y te lleve tras sí a la vida eterna! Amén.

PUNTO TERCERO

La divina providencia ofrece estos siete sacramentos a todos los hombres.

Lo tercero, se ha de considerar cómo la divina providencia ofrece estos siete sacramentos *a todos los hombres,* en el grado y estado que son necesarios o convenientes para su salvación y perfección.

1. Porque, primeramente, a todos los pecadores *infieles* ofrece el sacramento del *Bautismo,* y a los pecadores *fieles* el de la *Penitencia, sin excluir a ninguno.* Y por esto los llama un profeta fuentes patentes en medio de Jerusalén, que es la Iglesia, para lavar 1 as manchas de los pecados, etc. A todos convida con la *Confirmación y* con la comida de la *Eucaristía, y* a todos *los enfermos en peligro de muerte* ofrece *la Extremaunción.* Y a la divina providencia pertenece *que no falte quien reciba el sacramento del Orden,* para que haya bastantes ministros en su Iglesia. Y así, aunque yo no reciba este sacramento, no por eso deja de ser

para mi provecho, pues le reciben otros, de cuya mano *yo* he de recibir los demás sacramentos.

2. Finalmente, ponderaré cómo *estos sacramentos* son vasos, no de vidrio que se quiebra, sino de oro rico y macizo, que *durarán hasta el fin del mundo,* sin que jamás se agote el óleo y gracia que tienen, aunque se dé a innumerables hombres, porque la fuente de donde reciben su virtud y licor celestial es Jesucristo nuestro Señor, cuyos merecimientos son infinitos y no pueden agotarse. Y como el aceite de la otra pobre viuda por la palabra de Elíseo nunca se agotó, mientras hubo vasos vacíos en que se recibiese, y manó con tanta abundancia, que pagó sus deudas y sobró para conservar su vida, así el óleo de la divina gracia no cesará de manar de estos sacramentos, mientras hubiere hombres que puedan recibirla para pagarlas deudas de sus pecados, y alcanzar y conservar la vida de la gracia. Y en un mismo hombre, como fuere recibiendo los que se pueden iterar, perpetuamente irán manando y aumentando la gracia mientras le durare la vida y el vaso de su alma estuviere capaz y bien dispuesto para recibir este aumento.

Gracias te doy, Redentor misericordiosísimo, por la providencia que has tenido de mi pobre alma cargada de deudas, proveyéndola de tan ricos vasos de óleo, con que pagarlas con tanta abundancia, que sobre para vivir rica con virtudes. Concédeme que los reciba de tal manera, que por ellos alcance la vida eterna. Amén.

Del Bautismo y *Penitencia no haremos especiales meditaciones, porque bastan las que se han hecho en la* Tercera *y* Cuarta *partes.*

MEDITACIONES

DEL SOBERADO BENEFICIO DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DEL ALTAR

Presupuestas las meditaciones del Santísimo Sacramento que se pusieron en la Cuarta parte entre los misterios de la Cena, ponderaré aquí otras del mismo, en cuanto es *principalísimo medio de la divina providencia para nuestra salvación* y *perfección,* y en cuanto es *suma o memorial de las grandezas de Dios* y *de sus beneficios,* para que los sacerdotes y los que comulgan a menudo, puedan sin fastidio, con esta variedad de meditaciones, aparejarse para hacerlo con provecho.

MEDITACIÓN 39

DE LA SINGULAR PROVIDENCIA DE DIOS NUESTRO SEÑOR EN LA INSTITUCIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO, PARA SUSTENTO DE NUESTRAS ALMAS

PUNTO PRIMERO

La Eucaristía aventaja al árbol de la vida.

1. Lo primero, se ha de considerar la excelencia singular de la divina providencia en *sustentar nuestras almas con este soberano Sacramento,* comparándola con *la que tuvo de Adán en el estado de la inocencia,* para cuyo sustento hizo muchos árboles en el paraíso, y entre ellos *el árbol de la vida*, cuya fruta, comida de cuando en cuando, bastase para conservar la vida para siempre.

De esta misma manera, la divina providencia, en el paraíso de la Iglesia, aunque puso muchos manjares para nuestras almas, pero sobre todo ordenó *este divino Sacramento como árbol de la vida,* porque es pan de *vida sempiterna*.

2. *En lo cual excede infinitamente al otro árbol,* porque aquél era terreno, hecho de la tierra, éste es celestial y venido del cielo; aquél daba vida al cuerpo, éste al alma; aquél solamente conservaba la vida de los vivos, éste, al modo que se ha dicho, alguna vez da vida a los muertos. De aquí es que *mucho mejor se puede comparar al árbol de la vida que está en el paraíso celestial,* de quien dice San Juan que lleva doce frutos, cada mes el suyo, o diferentes en especie para deleitar con la variedad, o uno mismo dos veces al año para recrear con la novedad, y sus hojas con salud de las gentes. Así, este soberano Sacramento, en quien está aquel Señor que dijo: «Yo soy camino, verdad y vida», lleva doce frutos, produciendo en nuestras almas *toda variedad de virtudes* y moviéndola al ejercicio de los doce frutos que San Pablo llamó frutos del Espíritu Santo; es a saber: caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia y castidad. Y éstos renueva cada vez que debidamente se recibe, *y* sus hojas, que son las palabras que de él están escritas, son poderosas para dar salud perfecta, porque de ellas dijo el mismo Señor: «Las palabras que os he dicho son espíritu *y* vida».

¡Oh Padre amorosísimo, gracias te doy por esta regalada providencia que has tenido de nosotros plantando tal árbol en medio de tu Iglesia para darnos vida eterna! Concédeme que pueda vencer mis pecados y pasiones para que guste la fruta de este árbol del paraíso que prometiste al victorioso.

PUNTO SEGUNDO

La Eucaristía aventaja al maná.

Lo segundo, se ha de considerar la excelencia de esta providencia, comparándola con la que nuestro Señor tuvo en sustentar al pueblo de Israel con el maná, el cual en cuatro excelentes propiedades que tenía fue figura del divino sacramento, que las tiene con infinitas ventajas.

1. Lo primero, el maná *era pan del cielo* y *de ángeles,* porque por su ministerio se fabricaba *en la región del aire*, y como rocío caía en la tierra y se cuajaba, después se molía y se amasaba y cocía en el fuego, y así se comía. Pero *este divino Pan* vino *del supremo cielo por obra,* no de ángeles, sino *del Espíritu Santo*, a quien se apropia la encarnación del Verbo divino, el cual como rocío bajó a la tierra, y juntándose con la pequeñez de nuestra humanidad fue molido con trabajos corporales, amasado con agua de aflicciones interiores, y cocido con fuego de tormentos y amorosos afectos, y de este modo se hizo nuestro manjar, cubierto con accidentes de pan y vino, trocando la pena que nos puso cuando dijo: «Con el sudor de tu rostro comerás tu pan», porque con sus fatigas y sudor de sangre ganó el pan que nosotros comemos sin tanto trabajo.

¡Oh Padre amantísimo, gracias te doy por haber dado a tus hijos Pan tan soberano! Pan verdaderamente de ángeles, con el cual se sustentan, aunque de otro modo que los hombres; Pan por excelencia verdadero, en cuya comparación el que diste a los hebreos no fue más que figurativo. Y pues tan a costa tuya le aparejaste de modo que pudiese comerle, yo también con tu ayuda me aparejaré para recibirle, moliendo mi corazón con dolor de sus pecados y mi cuerpo con penitencias, amasando y uniendo mis potencias con el agua viva de tu gracia, y sazonándolas con el fuego encendido de tu caridad.

2. Lo segundo, el maná era *pan medicinal, preservando de enfermedades,* y así, todo el tiempo que le comieron los israelitas, no hubo,

como dice David, enfermo alguno en sus tribus, aunque muchos murieron muertes arrebatadas en castigo de sus culpas, y después todos vinieron a morir por lo menos de vejez; pero *este divino Sacramento sana las enfermedades del alma, preserva de la muerte* de muchas culpas, y *de la muerte eterna* que incurriéramos por ellas. *Y a su tiempo* también librará *de la muerte a nuestro cuerpo,* según aquello del Salvador, que dice: «Quien come mi carne, y bebe mi sangre, tiene en sí la vida eterna, y Yo le resucitaré el día postrero».

¡Oh Salvador poderosísimo, médico y medicina nuestra, cuán admirable ha sido tu providencia, destruyendo la muerte que incurrimos por una comida, con la vida que nos das por medio do ésta!, no permitas, Señor, que la coman los hombres con tan poca reverencia que mueran o enfermen, convirtiendo en veneno por su culpa, lo que Tú instituiste para su remedio por tu misericordia.

3. Lo tercero, como el maná tenía *un solo sabor natural,* mas para los justos *tenía todo sabor*, sabiendo a cada uno a lo que quería, *así este divino manjar,* aunque tiene un sabor natural de las especies de pan y vino, mas para los justos *tiene todos los sabores espirituales* que cada uno puede desear conforme a su necesidad, porque encierra dentro de sí a la fuente de todo sabor y dulzura, y para descubrirla a sus hijos, sirve a la voluntad del que le recibe. Al que le recibe con ansias de obediencia o paciencia, da el sabor de estas virtudes, endulzorándoselas para que guste de ellas; y a los que dignamente comulgan, da el sabor y dulzura del espíritu que encierra en sí con eminencia los sabores de las cosas que dan gusto a la carne.

¡Oh providencia dulcísima! [Oh fuente de toda dulzura! ¿De dónde a mí tanto bien, que sirvas a mi voluntad? ¡Oh, quién se ocupase siempre en servir a la tuya, cumpliéndola en la tierra con el gusto que la cumplen los ángeles del cielo!

4. Lo cuarto, *cada uno cogía la medida señalada del maná,* grande o pequeña, y ésta le bastaba para su sustento, quedando tan harto quien cogía poco como quien cogía mucho. Así *cualquier medida que uno coma de este Sacramento basta para su entero sustento espiritual,* porque todo Cristo está en la hostia grande, y en la pequeña, y en cada partecica de ella. Y tanto recibe quien toma grande hostia, como quien toma la mitad de ella; y tanto recibe uno como mil, y mil como uno, porque todos reciben un mismo Cristo, suficientísimo para hartar a todos. Y por la misma razón, tanto recibe con la hostia sola, como con hostia y cáliz, porque todo Cristo con su carne y sangre está en las especies de pan y vino.

¡Oh Pan de vida, por extremo pequeño y por extremo grande! ¿Qué cosa más pequeña que una migajica de este pan? ¿Y qué cosa más grande que Dios y hombre dentro de él? *¡Oh* Pan Soberano, hazme pequeño y grande pequeño en mis ojos, y grande en los tuyos! Y pues Tu sólo bastas para millones de almas, harta los deseos de la mía, para que de hoy más, totalmente sea tuya por todos los siglos. Amén.

PUNTO TERCERO

Tres motivos para madrugar con fervor.

Lo tercero, se ha de considerar cómo la divina providencia ha ordenado que nosotros cooperemos con ella para buscar y gustar este divino Pan, al modo que mandó a los israelitas que madrugasen a coger el maná antes de salir el sol, porque en saliendo lo derretía en castigo de los perezosos, para que entendiesen todos, como dice el Sabio, que convenía *prevenir la luz del sol* para recibir la bendición de Dios y bendecirle por ella. *En lo cual se nos avisa que madruguemos* con gran fervor y diligencia *para tres cosas:*

1. La primera, *para meditar las grandezas de este divino Sacramento* y coger el maná dulcísimo de la devoción que se saca de la consideración de ellas, antes que el sol de las ocupaciones y tentaciones que suceden entre día nos derramen *y* sequen el espíritu.

2. La segunda, *para alabar* y *glorificar a Dios* con ánimo muy agradecido por este beneficio, asistiendo al sacrificio que para este fin se celebra, y teniendo de él perpetua memoria. Porque si nuestro Señor deseó tanto hubiese memoria del maná con que sustentó solos cuarenta años al pueblo hebreo, que para esto mandó guardar un vaso lleno de él en el Arca del Testamento, ¿cuánto más querrá que tengamos perpetua memoria, con grande agradecimiento, de este divino manjar con que ha sustentado al pueblo cristiano más de mil y quinientos años y le sustentará hasta el fin del mundo?

3. Lo tercero, en especial *hemos de madrugar el día de la comunión para disponernos a ella diligentísimamente,* tomando esta ocupación por la primera y principal de aquel día, acordándonos de lo que dice la Escritura, que cada día se cogía el maná, y el viernes doblada medida, porque el sábado no se hallaba, y padecía mucha hambre quien se había descuidado en cogerle; así también, si en los seis días de esta vida no cojo el fruto de

este Sacramento, en el sábado de la otra vida no le hallaré y padeceré perpetua hambre, ni será para mí sábado de descanso, sino día de tormento. Por tanto, alma mía, cuanto más te acercas al fin de la vida, tanto más aparéjate para coger doblada medida con la cual alcances hartura sempiterna. Para la buena ejecución de las tres cosas dichas, ayudarán mucho las meditaciones que se siguen.

MEDITACIÓN 40

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO EN CUANTO ES SUMA Y MEMORIAL DE LAS GRANDEZAS Y OBRAS MARAVILLOSAS DE DIOS EN BENEFICIO DE LOS HOMBRES.

Esta Meditación se fundará en aquel verso del Salmo no: «El Señor misericordioso y hacedor de misericordias hizo un memorial de sus maravillas dándose en manjar a los que le temen». Estas maravillas reduciremos a *siete u ocho* cabezas para que puedan meditarse en los siete días de la semana.

PUNTO PRIMERO

La Eucaristía es un memorial de las grandezas de la Divinidad y Trinidad.

Lo primero, se ha de considerar cómo este Santo Sacramento *es un memorial de las grandezas maravillosas de la Divinidad* y *Trinidad* que en él están encerradas.

1. Porque, lo primero, aquí *está la Persona del Verbo divino* unida con su sacratísima humanidad, en quien, como dice San Pablo, mora la plenitud de la Divinidad corporalmente. Y, por consiguiente, está en su compañía la Santísima Trinidad, porque no es posible apartarse una Persona de otra, por ser todas un mismo Dios, y todas las obras que en este Sacramento hace el Hijo, también las hacen el Padre y el Espíritu Santo, aunque con un modo especial se atribuyen al Hijo, en cuanto sola su Persona sustenta la carne y sangre que se nos dan en manjar.

2. De aquí es que también en este Sacramento *están todas las perfecciones* y *atributos de Dios,* pues como dijo el mismo Apóstol: En

Cristo están todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, y también los de su bondad y caridad, los cuales resplandecen admirablemente en esta obra. La sabiduría, en haber inventado tal medio, que Dios y hombre se haga manjar y bebida de los hombres; la bondad, en comunicarse a Sí mismo de esta manera a sus fieles; la caridad, en unirse y entrañarse con sus amigos y no negarse a sus enemigos; la misericordia, en darse por manjar de los hambrientos y bebida de los sedientos, y venir personalmente a visitar y curar los enfermos; la liberalidad, en darnos de pura gracia cuanto tiene, y la omnipotencia, en hacer tantos milagros para la ejecución de todo esto. En cada una de estas perfecciones se puede hacer grande pausa, trayendo a la memoria lo que de ellas a este propósito se ha dicho en las Meditaciones precedentes y en algunas de la Cuarta parte, sacando de todas grande admiración por la mucha estima que tiene Dios de nosotros, diciéndole con David: ¡Oh, Dios y Señor nuestro, cuán admirable es tu nombre en toda la tierra: *Admirable fue en la creación del hombre, más admirable en su reparación,* y *no menos admirable en su sustento,* haciendo una suma de tus maravillas para sustentar al que es suma de tus obras.

PUNTO SEGUNDO

Milagros que obra Dios en la Eucaristía.

Lo segundo, se ha de considerar cómo este divino Sacramento es *un memorial de las maravillas de la omnipotencia de Dios,* la cual obra aquí muchos y muy grandes *milagros* invisibles a los ojos del cuerpo, pero admirables y estupendos a los ojos del alma que los mira con la luz de la fe.

1. El primero es *deshacer Dios,* con su palabra, *la unión* y *trabazón natural que tenían los accidentes de pan* y *vino con su substancia,* destruyendo la substancia y conservando los accidentes sin aquel arrimo; de modo que aunque percibo con los sentidos color, sabor y olor de pan y vino, pero realmente no está allí la substancia del vino ni del pan, sino la carne y sangre de Jesucristo, en quien milagrosamente se convirtió.

¡Oh Verbo divino, más penetrador que cuchillo de dos filos, pues con sola una palabra divides esta trabazón de los accidentes con su substancia!, divide también mi alma de mi espíritu, para que viviendo yo en esta vida natural y exterior que perciben los sentidos, no viva la vida interior que

solía, sino Tú vivas en mí, de modo que pueda decir con tu Apóstol: «Vivo yo, ya no yo, sino Cristo vive en mí.».

2. El segundo milagro, es convertirse una substancia *tan pequeña* de pan y vino, en un cuerpo *tan grande* y *perfecto* como el de Cristo. De modo que debajo de los accidentes que permanecen, está todo con la entereza y gloria que tiene en el cielo. Allí está su sacratísima cabeza con aquellos divinos ojos que roban el corazón, y con su vista destruyen todo mal. Allí están sus benditísimos pies y manos con las señales de las llagas que hicieron los clavos, y el costado con la Haga que hizo la lanza, y el corazón encendidísimo con el fuego de amor que le movió a recibirlas, y todo el cuerpo con las dotes de la claridad y hermosura que excede a la del sol, luna y estrellas. Pues ¿qué mayor maravilla puede ser, que hacer Dios en un instante una conversión y mudanza tan extraordinaria de una cosa tan pequeña, en otra tan grande; de una tan vil, en otra tan preciosa, sólo para sustentar al hombre?

¡Oh gloria mía, múdame en otro varón, para que pueda servirte por esta mudanza que por mí has hecho! Si Tú me das todo lo que eres para mi sustento, yo te quiero dar todo lo que soy para tu servicio; mi cuerpo con mis sentidos, mi corazón y cuanto tengo emplearé en servirte, pues Tú lo has empleado todo en sustentarme.

3. El tercer milagro, estupendo, es estar todo el cuerpo de Cristo en el Sacramento *a modo de espíritu indivisiblemente.* De suerte que *todo él está en toda la hostia,* y *todo en cada parte de ella.* De donde resulta que, aunque la hostia se divida, Cristo nuestro Señor no se divide, sino todo El entero queda en cada partecica de ella. Y de aquí es también que la vida que vive Cristo en el Sacramento no es vida de carne, sino como vida de espíritu; porque allí, aunque tiene pies no anda, y aunque tiene manos no palpa, y aunque tiene lengua no habla; solamente usa de las potencias espirituales propias del espíritu.

¡Oh Amado mío!, ¿qué gracias te podré dar por haber amasado tu divina carne con modo tan milagroso, que permaneciendo verdadera carne, tenga las propiedades del espíritu? ¡Oh, quién me diese que, viviendo yo en carne, no obrase según la carne, sino según el espíritu, ejercitando solamente las obras del espíritu, y mortificando las que son propias de la carne! ¡Oh, quién pudiese conservar entero y sin división el corazón y lo interior del alma, aunque se dividiese en muchas partes la ocupación exterior del cuerpo! Obra, Dios mío, estas maravillas en mí, pues por mí las obraste en Ti.

2. El cuarto milagro es que, estando Cristo nuestro Señor en el cielo empíreo ocupando el lugar que su soberana grandeza merece, *sin dejar de estar allí, baja al Sacramento,* y *juntamente está en diferentes partes del mundo,* dondequiera que fuere consagrado, sin exceptuar lugar alguno, y con tanta vigilancia atiende a la consagración de cualquier sacerdote, que en diciendo: *Este es mi cuerpo,* en el mismo instante saca verdaderas las palabras, y hace todos los milagros que quedan referidos.

¡Oh omnipotencia soberana de Jesús, que así te empleas en provecho de los hombres, ofreciendo a poner tu cuerpo en cualquier lugar de la tierra donde puede estar el suyo! ¿Qué te daré, Señor, por tan admirable beneficio, sino dedicarme todo, en todo tiempo y lugar, a tu servicio?

PUNTO TERCERO

Este Sacramento es un memorial de los oficios que Cristo ejercitó con los hombres durante su vida.

Lo tercero, se ha de considerar cómo este divino Sacramento *es un memorial de los oficios que Cristo nuestro Señor ejercitó con los hombres viviendo en el mundo,* renovándolos todos en este Santo Sacramento con cada hombre en particular. Para lo cual discurriré por cada uno de estos oficios, ponderando *tres cosas*: *el modo* como Cristo nuestro Señor lo hizo *en la tierra*; *el modo* como le hace *en el Sacramento,* y *la grande necesidad que yo tengo de que haga conmigo este oficio,* allegándome a la comunión con este espíritu y deseo, conforme a mi necesidad.

1. Lo primero, consideraré cómo Cristo nuestro Señor, *viviendo en carne mortal, hizo* con los hombres oficio de *médico,* dando vista a los ciegos, salud a los enfermos y vida a los muertos, y esto no con medicinas corporales, sino con sola su palabra, o tocándolos con la mano o con su vestidura; y de la misma manera sanaba las enfermedades del alma con la infinita virtud que de Él salía para bien de todos. *Luego* ponderaré *cómo se puso en este Sacramento* para ser *médico* y medicina de cada uno de nosotros hasta el fin del mundo, porque con el tocamiento de su cuerpo y sangre mediante las especies sacramentales, sana las enfermedades espirituales del que le recibe, cura sus llagas, enfrena sus codicias y le da entera salud en el espíritu, y a. veces también, si conviniere, se la dará en el cuerpo. *Luego me miraré a mi mismo*, ponderando la extrema necesidad que tengo de este soberano Médico, por estar enfermo con graves y peligrosas enfermedades, exagerándolas todas, contándoselas como lo

hacen los enfermos, suplicándole que las cure con su divina presencia, pues para este fin me visita.

¡Oh Médico celestial que vienes del cielo a visitar los enfermos que viven en la tierra; gloria será tuya sanar a un enfermo tan miserable como yo! Sáname de todas mis enfermedades, para que, sano y salvo, me ocupe en alabarte y servirte por el bien que me hicieres librándome de ellas.

2. De este modo puedo también considerar cómo Cristo nuestro Señor hizo en esta vida mortal oficio de *maestro,* al modo que se ponderó en la *Meditación 12* de la Tercera parte. Y de esta manera le hace en este Sacramento con el que le recibe; porque mientras está en el breve mundo del hombre, es también luz de ese mundo y le alumbra interiormente, enseñándole dentro del corazón las verdades que están escritas en el Evangelio.

Y mirando la necesidad que tengo de este divino Maestro, le diré con grande afecto: ¡Oh Maestro soberano, que vienes del cielo a enseñarme el camino de la perfección; destierra mis ignorancias y alumbra mis tinieblas, para que mi alma con tu presencia quede llena de tus verdades y virtudes!

3. Lo tercero, debo también considerar cómo Cristo nuestro Señor hizo oficio *de Salvador* y *Redentor,* sacando del poder y tiranía del demonio los cuerpos de muchos endemoniados, y las almas de muchos pecadores, dando su vida y sangre, con terribles dolores y desprecios, en precio de esta redención. Y de la misma manera hizo oficio de pastor de su rebaño, cumpliendo todo lo que está a cargo de un buen pastor, hasta dar la vida por sus ovejas. *Y los mistaos oficios hace en este Sacramento,* porque viene principalmente para aplicarnos el fruto de su copiosa redención, librándonos de la tiranía del demonio, de la esclavonía de la carne y de sus pasiones, y de la servidumbre de los vicios.

Y también *hace oficio de pastor* cuidando de cada alma como si fuera ella sola, apacentándola con su propio cuerpo y sangre. *De suerte* que, no solamente la oveja come *de la mesa del Pastor,* como dijo Natán a David, sino come *de la misma carne de su Pastor,* al contrario de los pastores de la tierra, que comen de las carnes de sus ovejas. *Luego, mirándome a mí mismo,* ponderaré la servidumbre y esclavonía en que vivo y los peligros grandes en que ando de perecer de hambre y de flaqueza, y de dar en manos de los lobos infernales, y con este sentimiento clamaré a mi Redentor y Pastor para que me favorezca, diciéndole:

¡Oh Redentor misericordioso y Pastor soberano, líbrame de las bocas de estos lobos y leones del infierno, y pues has puesto delante de mí esta

mesa celestial contra los que me atribulan y persiguen, apaciéntame y fortifícame con ella, de modo que alcance la victoria y goce de la mesa que me tienes aparejada en tu gloria! Amén.

4. A este modo se pueden considerar *otros oficios* que Cristo nuestro Señor hizo en la tierra, de abogado, consolador, protector *y* Padre universal de todos.

PUNTO CUARTO

Cristo, en el Sacramento, es memorial de las virtudes que ejercitó durante su vida mortal.

Lo cuarto, se ha de considerar cómo este divino Sacramento *es memorial de las virtudes* esclarecidas que Jesucristo nuestro Señor *ejercitó en la tierra, ejercitándolas también aquí,* de suerte que como vino al mundo a darnos ejemplo de vida, y ponernos delante el dechado de virtudes que todos debíamos imitar, así también viene ahora en el Sacramento para darnos cada día nuevos ejemplos de estas mismas virtudes, especialmente de las que son más necesarias para nuestra salvación y perfección.

1. La primera es *humildad,* encubriendo su infinita grandeza y resplandor con una figura tan vil como es de pan y vino, de donde resulta que muchos le desprecian y tratan como puro pan y puro vino.

2. La segunda es *obediencia pronta* y *puntual al sacerdote que consagra,* acudiendo luego que dice aquellas palabras, aunque sea malo, y las diga con mala intención y para mal fin, *y* en cualquier lugar *y* hora que las dijere, sin réplica ni dilación alguna.

3. La tercera es *mansedumbre* y *paciencia admirable* en todas las injurias que se le hacen, así por los herejes e infieles, como por los pecadores que le reciben en pecado, o por los descuidos de los flojos sacerdotes, sin que sea parte ninguna de estas cosas para que deje de estar en la hostia todo el tiempo que duren las especies sacramentales.

4. La cuarta es *la caridad* y *misericordia* con que viene al Sacramento para ejercitar todas las obras de misericordia con todos los hombres, grandes y pequeños, sin aceptar personas, no mirando más que al bien de cada una de las almas, dándose todo a cada una, en testimonio de que murió por cada una.

5. La quinta es *perseverancia,* así en permanecer en la hostia y cáliz hasta que se consuman las especies sacramentales, como también en cumplir todo lo dicho hasta el fin del mundo, sin que ningunos pecados sean poderosos para que deje de cumplir lo prometido.

6. *En cada una de estas cinco virtudes* se pueden hacer grandes ponderaciones, como se hicieron en la Cuarta parte y en las Meditaciones precedentes,

Pero cuando fuere a comulgar he de pedírselas a nuestro Señor, poniendo los ojos de la fe en las cinco señales de las llagas que tiene allí su cuerpo glorificado, y diciéndole:

Dulcísimo Jesús, pues vienes a mi pobre morada con tus cinco llagas, por ellas te suplico me des estas cinco virtudes. Por las dos llagas de tus sagrados pies, te pido humildad y mansedumbre; por las dos llagas de las manos, obediencia y perseverancia, y por la llaga del costado, me llena de tu encendida caridad, para que, amándote y obedeciéndote con perseverancia, alcance la corona de la gloria. Amén.

PUNTO QUINTO

La Eucaristía es memorial de los tres mayores beneficios de Dios al hombre.

Lo quinto, se ha de considerar cómo este soberano Sacramento, *en cuanto es señal de cosa sagrada,* tiene una cosa especial sobre los demás sacramentos, que es ser *señal* y *suma* de los tres mayores beneficios que Dios ha hecho ni hará a los hombres: *uno, pasado, que es la redención*; *otro, presente, que es la santificación,* y *otro, futuro, que es la glorificación,* todo lo cual representa con un modo singularísimo, asistiendo el mismo Cristo dentro del Sacramento que lo significa, como consta de aquella antífona que canta la Iglesia: «¡Oh sagrado convite, en el cual se recibe Cristo, se renueva la memoria de su Pasión, el ánima se llena de gracia, y se da en prendas de la futura gloria:» De estas *tres cosas* se irá tratando en las Meditaciones siguientes, reduciendo a ellas todo lo que nos resta por decir de este venerable Sacramento.

MEDITACIÓN 41

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO EN CUANTO ES MEMORIA DE LA PASIÓN DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

Deseando el Redentor que en su Iglesia hubiese perpetua memoria de su Pasión y muerte, y del soberano beneficio que nos hizo en ella, instituyó para esto este sagrado convite, en que cada día nos da a comer y beber su cuerpo *y* sangre debajo de especies de pan y vino.

PUNTO PRIMERO

Cristo nos quiso dejar este memorial de su Pasión bajo las especies de pan y vino.

Sobre esta verdad de nuestra fe se han de considerar, primeramente, *las causas* por que quiso Cristo nuestro Señor que, habiendo sido su Pasión y muerte afrentosa y dolorosa, *la señal* y *memoria de ella fuese un convite lleno de dulzura* y *suavidad,* pues parece que venía mejor que la señal y memoria fuera algún sacramento en que derramáramos nuestra sangre, como en la circuncisión, o comiéramos alguna cosa amarga, como se comían lechugas amargas con el cordero pascual, y bebiéramos algún poco de vinagre, en memoria de la hiel y vinagre que Él bebió. Nada de eso quiso, sino que la memoria fuese *en especies de pan,* y no pan de cebada, cual se comía otras veces, sino pan *de trigo,* y no en vinagre, sino *en vino* incorrupto. *Las causas* principales fueron *cuatro,* todas llenas de suavidad.

1. La primera, para descubrirnos su infinita bondad, *y la caridad* y *amor que nos tiene como Padre,* escogiendo para Sí las cosas penosas, y dando a nosotros las suaves en memoria de sus penas, y para aplicarnos el fruto y provecho que se nos sigue de ellas; porque propio es de padres tomar para sí lo trabajoso y dar a sus hijos lo suave; y este espíritu quiere que tengamos todos sus hijos para con nuestros hermanos y prójimos.

2. La segunda, para que "por aquí viésemos *el gusto con que padeció los trabajos de su Pasión,* en cuanto era en beneficio nuestro y para nuestro bien; y así, quiere que su memoria sea en cosa de gusto y suavidad, y el banquete de grande regocijo, para que con más gusto nos acordemos de ella y se la agradezcamos. De suerte que, como e1 día de su Pasión fue

para Él día de desposorio y bodas con la Iglesia, esposa suya, así la memoria ha de ser convite de regocijo, como en las bodas se acostumbra.

3. La tercera, para que viésemos *la suavidad de su ley,* de la cual había dicho que era carga ligera y yugo suave; y así todos sus sacramentos fueron suaves, y éste sobre todos, con haber salido de su costado herido con cruel lanza.

4. La cuarta, para obligarnos con esto a que nosotros *imitemos las cosas amargas* y *afrentosas de su Pasión,* pues cuanto Él se mostró más liberal en querer que su memoria fuese en convite lleno de tanta suavidad, tanto más nos obliga a que, a ley de agradecidos, nos acordásemos de ella con cosas llenas de amargura, abrazando la penitencia y el ayuno, la mortificación y humillación, y todo lo que es conforme a Cristo crucificado y despreciado, diciendo con Jeremías: «Con grande memoria me acordaré de Ti, y mi ánima se secará dentro de mí», consumiendo con la mortificación todo lo que me apartare de tu servicio, y abrazando las penas que padeciste por mi amor.

¡Oh Amado de mi corazón! ¿Qué haré yo por Ti en recompensa de tan soberano beneficio y del amor tan excelso que en él me muestras? Si te miro como Padre, eres amorosísimo; si como Redentor, eres dulcísimo; si como Legislador, eres suavísimo; por todas partes me coronas con misericordia y con innumerables obras que proceden de ella. Deseo por tu amor coronarme con corona de innumerables espinas, pagando con innumerables trabajos tus innumerables tormentos, llenos de innumerables misericordias.

PUNTO SEGUNDO

Razones porque quiso Cristo quedarse Él mismo en el Sacramento por memorial de su Pasión.

Lo segundo, se ha de considerar, *las causas* por que quiso Cristo nuestro Señor *quedarse Él mismo real* y *verdaderamente* en este Sacramento para ser *memorial de. su Pasión,* pues bastaran para esto sólo el pan *y* el vino, como basta el agua pura en el Bautismo, que también es figura de su muerte y sepultura.

1. La primera causa fue para descubrirnos^ *la estima grande que tiene de su Pasión, queriendo Él mismo ser el memorial de ella,* para obligarnos a tener grandísima estima y continua memoria de este be-

neficio, agradeciéndoselo mucho, pues Cristo se hace despertador de la memoria contra nuestro olvido, y atizador del agradecimiento contra nuestra ingratitud.

2. La segunda causa fue para descubrirnos más su infinita caridad y *el deseo inmenso que tiene de padecer por nuestro bien,* porque cada vez que se dice Misa, como el mismo Cristo hace representación de su Pasión y muerte, así está aparejado por nuestro amor a padecer y morir real y verdaderamente, si fuera menester para nuestro provecho; pero como esto no es necesario ni conveniente, gusta de padecer y morir siquiera con la representación. Y como se llama en el Apocalipsis Cordero *muerto desde el principio del mundo*, porque murió en las figuras de los animales que se mataban en su memoria, así le podemos llamar Cordero *que muere hasta el fin del mundo,* porque de la misma manera muere Él mismo en esta representación de su muerte, que durará hasta el fin del mundo. *Con lo cual* nos obliga a que nosotros mismos real y verdaderamente procuremos *tomar parte en su Pasión* y *muerte,* así por su amor, como por el bien de nuestros hermanos, diciendo con San Pablo; Siempre traemos en nuestro cuerpo la mortificación de Jesucristo, por cuya causa somos mortificados todo el día, y tratados como ovejas del matadero, y cada día, hermanos míos, muero por vuestra gloria.

3. La tercera causa fue *para suplir con su presencia la falta de agradecimiento que tienen los hombres,* no sólo por el beneficio de su redención, sino por los demás beneficios que han recibido de Dios, los cuales, por ser infinitos, no pueden ser agradecidos bastantemente por pura creatura, y así, Él mismo quiere por su Persona en este Sacramento ser el que agradece por nosotros todos estos beneficios. De modo que, como dice San Pablo, que el Espíritu Santo pide mercedes por nosotros con gemidos inenarrables, así podemos decir que Cristo nuestro Señor en este Sacramento agradece estos beneficios con afectos inenarrables, moviéndonos a ejercitarlos con gran virtud. De donde vino a llamarse este Sacramento, Eucaristía, que quiere decir acción de gracias.

¡Oh, Dios de amor!, ¿qué es lo que haces? ¡Oh Bienhechor infinito!, ¿qué es lo que ordenas? Si para agradecerte los beneficios recibidos me haces de nuevo otro tan grande como todos ellos, ¿con qué tengo de agradecer este nuevo beneficio? Alábate, Señor, Tú mismo a Ti mismo por éste y por todos los demás, y este mismo beneficio te alabe por sí y por los otros, pues tu obra es confesión y engrandecimiento, dándote por manjar a los que te temen; y pues yo no puedo darte cosa nueva por las grandes

mercedes que me has hecho, recibiré este cáliz de mi salud, alabando y glorificando tu santo nombre.

PUNTO TERCERO

Por dos causas quiso quedarse Cristo bajo las especies de pan y vino para ser memorial de su Pasión.

Lo tercero, se han de considerar *las causas* porque quiso Cristo nuestro Señor quedarse *en especies de pan* y *vino* para ser *memorial de su Pasión*, pues sin duda tienen con ella alguna semejanza.

1. La primera fue para significar que, así como en este Sacramento se junta Cristo con pan *hecho de granos de trigo despedazados* y *molidos,* y con vino *hecho de granos de uva pisados* y *estrujados*, así en su Pasión fue *su cuerpo sacratísimo atormentado* y *molido* con azotes, espinas y clavos, *y también fue pisado* con graves ignominias, *y estrujado hasta sacarle toda la sangre* y *dejarle exprimido como uva en el lagar*. Y así, con la presencia de estas especies fie pan y vino quiere *que nos acordemos de los dolores* y *afrentas que representan, y* que como comemos el pan y bebemos el vino, así *comamos* y *bebamos e incorporemos con nosotros las penas de su Pasión* y *muerte.* Y en especial hemos de quebrantar y moler nuestro corazón con la contrición de nuestros pecados, *y* castigar nuestra carne con penitencias, *y* gustar de ser despreciados por imitarle.

2. Pero más adelante pasa la caridad de este Señor, porque en el Bautismo *el bautizado representa,* como dice San Pablo, *la muerte* y *sepultura de Cristo,* cuando es sumido debajo de las aguas, como Él fue sumido debajo de las olas de sus trabajos y aflicciones, y colocado en el sepulcro debajo de una grande losa. Pero en este Sacramento *el mismo Cristo representa su muerte* y *sepultura,* cuando es comido y partido con los dientes, y cuando es tragado y puesto dentro del estómago, en memoria de que fue desmenuzado con los dientes de sus perseguidores, y tragado de la muerte, *y* puesto en una sepultura. Y a todo esto asiste el mismo Señor para que se haga con reverencia *y* espíritu, comunicando los frutos de su Pasión y muerte al que le recibe.

Oh alma mía, acuérdate cuando comulgas que eres sepulcro del mismo Jesucristo, recibiéndole dentro de ti, vivo en Sí mismo, pero muerto en la representación Mira que se sepulcro fue glorioso, nuevo y cavado en piedra, para que entiendas que también tú has de ser gloriosa por las

virtudes, nueva por la renovación del espíritu, y fundada en la imitación de la piedra viva que es Cristo. ¡Oh Cristo dulcísimo, santificad este sepulcro en que ahora entráis, para que mientras estáis en él sea digna morada vuestra! Y como en vuestro sepulcro ningún otro fue jamás sepultado, así en éste no entre de aquí adelante cosa que os desagrade, ni creatura que le profane, conservándole siempre nuevo y puro para vuestra gloria por todos los siglos. Amén.

En la *Meditación* 13 de la Cuarta parte están otras consideraciones a este propósito, de lo que significa *consagrar por sí* el cuerpo y sangre de Cristo nuestro Señor en diferentes especies de pan y vino.

MEDITACIÓN 42

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO EN CUANTO ES CAUSA DE LA GRACIA Y SANTIFICACIÓN QUE SE DA DE PRESENTE, Y DE LA MARAVILLOSA UNIÓN CON CRISTO NUESTRO SEÑOR.

PUNTO PRIMERO

En los demás sacramentos el instrumento de nuestra santificación es pura creatura, pero en la Eucaristía el mismo Cristo viene a santificarnos.

1. Lo primero, se ha de ponderar cómo habiendo Cristo nuestro Señor determinado instituir siete sacramentos que fuesen *siete señales sensibles de la gracia,* y *siete instrumentos para aplicarnos el fruto de su Pasión,* que es nuestra santificación, determinó que el uno de ellos *no fuese pura creatura,* como es pura agua o puro aceite o bálsamo, o puro pan. y vino, sino quiso *el mismo Cristo, Dios* y *hombre verdadero, real* y *verdaderamente juntarse con la creatura y* encubrirse milagrosamente debajo de los accidentes del pan y del vino *para darnos Él mismo la gracia* y *aplicarnos el fruto de su Pasión,* mostrando en esto la infinita caridad y amor que nos tiene, y lo mucho que estima nuestra santificación y el aumento y perfección de ella. Lo cual puede ponderarse por algunos ejemplos. Porque nuestro amorosísimo Jesús *no es como el médico* que ordena la medicina y encarga al enfermero que la aplique, sin tocar él al enfermo; antes Él mismo es *el médico* y *la medicina y* el que

invisiblemente la aplica, entrando como manjar en nosotros, dándonos la gracia que sana nuestra dolencia.

2. *No es como el hombre rico* y *poderoso* que da el precio para redimir al cautivo y manda a su criado que le rescate, *sino Él mismo es el Redentor* y *el precio de nuestro rescate,* y el que aplica este precio de su sangre, y por Sí misino nos da la perfecta libertad de la gracia y adopción de hijos de Dios.

3. *No es como la madre* que pare con dolor su hijo, *y* después le da a otra ama para que lo críe con su leche, *sino Él mismo, que nos engendró con dolores en la cruz, quiere crearnos* como amorosa madre con su mismo cuerpo y sangre.

4. *No es como el rey* que convida a sus vasallos y manda a sus criados que les sirvan a la mesa, *antes Él mismo quiere ser el que nos convida* y *el convite,* y el que nos sirve a la mesa, dándonos a Sí mismo en manjar y bebida, Y aunque los sacerdotes son sus instrumentos para esto, pero Él real y verdaderamente asiste a todo, unido con las especies del pan y del vino.

¡Oh Médico misericordiosísimo! ¡Oh Redentor libo ralísimo! ¡Oh Rey piadosísimo! ¡Oh Madre amantísima! ¿Qué haré por tu servicio, en recompensa de lo mucho que haces por mi provecho? ¿Cómo no amaré a quien tanto me ama? ¿Cómo no estimaré la gracia de mi santificación, pues el mismo Santificador viene en persona a comunicármela? ¿Cómo no tendré hambre de tan soberano convite, pues el mismo Dios que me convida es el mismo manjar que tengo de comer para recibir con él la vida? Gracias te doy, Padre amantísimo, por esta merced tan soberana, y no permitas que sea corto en agradecerla ni tibio en aprovecharme de ella. Amén.

PUNTO SEGUNDO

Dones que Cristo comunica al alma en el Sacramento.

1. Lo segundo, se han de considerar *los dones que Cristo nuestro Señor da al alma cuando entra en ella por el Sacramento,* porque con su entrada el ánima se llena de gracia y de caridad y de todas las virtudes sobrenaturales, y de los siete dones del Espíritu Santo, con grande aumento y perfección, mucho mayor que todos los demás sacramentos, por estar aquí la misma fuente de las gracias y el dador de ellas. Como cuando el rey

da la limosna por mano de su limosnero, bien se sufre que la dé pequeña; mas cuando él mismo la da por su propia mano, ha de ser dádiva grande, como dádiva de rey; así, en este Sacramento, como el mismo Cristo por Sí mismo da limosna de la gracia y virtudes, dala muy copiosa, como limosna dada por la mano de Dios, cumpliendo aquí lo que dice David, que nos corona con su misericordia y con grandes obras que nacen de ella, llenando nuestro deseo de grandes bienes, y así, puedo imaginar que cuando entra por mi boca, me dice aquello del Salmo: «Abre bien la boca y Yo la llenaré; dilata y ensancha los senos de tu alma y los deseos de tu corazón, porque vengo con propósito de llenarlos y cumplirlos.

¡Oh alma mía!, oye la voz de tu Amado, y pues quiere ser largo en darte sus dones, no seas corta en aparejarte para recibirlos; ensancha tu corazón con la esperanza, dilátale con la caridad y adórnale con fervientes actos de devoción, para que cuando entre te le hinche con sus dones, y lo llene de su copiosa bendición. Amén.

2. Luego ponderaré *el convite espiritual* que nos hace Cristo dentro del alma, comunicándola en su entrada *la refección espiritual,* que es la gracia *propia de este Sacramento;* lo cual se puede entender al modo que dice San Gregorio, que las virtudes y dones del Espíritu Santo, figurados por las tres hijas y siete hijos de Job, hacen banquete muy solemne al alma con el ejercicio de sus actos, meneándolos Cristo nuestro Señor con su presencia para que los ejerciten con grande júbilo. Nos hace banquete por medio de la caridad, moviéndola a que ejercite actos de amor de Dios, de gozo espiritual, de celo de su gloria y de ansias por unirse con su Amado. Mueve la virtud de la religión, para que ejercite actos de reverencia, alabanza, agradecimiento y mil afectos de oración y devoción. Mueve el don de la sabiduría, para que brote altos sentimientos de Dios con admiración de sus grandezas, con grande fe y luz de sus verdades, con grande sabor *y* dulzura por sus perfecciones, y de esta manera menea la fe y la esperanza, la humildad y la obediencia con las demás virtudes y dones del espíritu Santo, cuyos actos son refección, sustento y hartura espiritual del alma.

3. De donde sacaré *un entrañable deseo de convidarle yo también como Él me convida*, animándome a ejercitar estos actos con mi libre albedrío, ayudado de su gracia, aunque esté seco *y* pesado; porque Cristo nuestro Señor gusta mucho de esta comida, y de cenar con nosotros dentro de nuestro corazón. Y por esto dice el Espíritu Santo, que si nos sentáremos a comer con el Príncipe, miremos lo que nos da de comer, sabiendo que le has de aparejar otro tanto, para que Él coma,

¡Oh Príncipe soberano!, entrad en esta pobre morada a cenar conmigo, y traed con Vos la cena de que gustáis, porque de mi parte me ofrezco de aparejarla, haciendo con todas mis fuerzas lo que os diere gusto en ella.

PUNTO TERCERO

Unión de Cristo con el alma en el Sacramento.

1. Lo tercero, se ha de considerar cómo Cristo nuestro Señor, particularmente instituyó este divino Sacramento *pava unirse con nosotros con unión de caridad todo el tiempo de esta vida,* que es el mayor beneficio que aquí hace a sus escogidos. Esto significó cuando dijo: «Quien come mi carne y bebe mi sangre, en Mí permanece, y Yo en él». Que es decir: Está en Mí por caridad, como el que ama está en la cosa amada, y Yo estoy en él por gracia, comunicándole los bienes que proceden de ella. Y esto, *no solamente mientras dura este manjar sensible en el cuerpo,* sino de asiento y con permanencia, porque consumidas las especies sacramentales, aunque Cristo en cuanto hombre no queda con nosotros, pero queda, en cuanto Dios, unido con nosotros, y nosotros con Él, con amor de amistad mutua, amándonos y amándole, poniendo por obra lo que dijo San Juan: «Dios es caridad, y quien permanece en la caridad permanece en Dios, y Dios en él»; porque Cristo nuestro Señor, en cuanto Dios, es la misma caridad por esencia, y de Él nace por medio de este Sacramento la caridad participada, y el que le come queda unido con la caridad, y así, está en Dios como en su casa de refugio, y Dios está en él como en su templo y casa de recreación.

¡Oh alma mía!, ¿cómo no sales de ti considerando la grandeza de este beneficio y la eficacia de la caridad que te da Cristo en este Sacramento? Si Cristo es caridad, ¿qué cosa hay más buena? Si quien está en caridad, está en Cristo, ¿qué cosa hay más segura? Si Cristo está con él, ¿qué cosa. hay más alegre? Y si todo esto alcanzas en este convite, ¿que cosa hay más amable? ¡Oh convite de infinita caridad, donde la misma Caridad, cubierta con especies de pan y vino, entra dentro de mí para mudarme en Sí! ¡Oh Amado mío, múdame todo en Ti para que siempre te ame, alabe y glorifique por todos los siglos! Amén.

2. En esta consideración tengo de hacer pausa, ponderando *las tres cosas que se han apuntado,* es a saber: que *quien me convida* en este Sacramento *es Dios*, que es la inmensa caridad, y movido de esta caridad

hace este soberano convite. *Item*, *que la comida* que aquí se me da principalmente *es la misma caridad,* que es Dios, y ella entra dentro de mí, y se sienta en medio de mi corazón, como Salomón, el amable del Señor, se sentaba en medio de su litera, aficionando con su presencia las hijas de Jerusalén, que son las almas santas. Y, finalmente, *que el fin* y *fruto* de esta comida *es la unión de caridad,* permaneciendo Dios nuestro Señor en mí como en su litera y lugar de su descanso, y yo en Él como en mi protector y en el lugar de mi refugio.

PUNTO CUARTO

Dos soberanas excelencias de esta unión.

2. Lo cuarto, se han de considerar las excelencias de esta soberana unión por la semejanza en que Cristo nuestro Señor las declaró cuando dijo: «*Como Yo vivo por el Padre, así quien me come vive por Mu*. En las cuales palabras puso Cristo nuestro Señor la mayor semejanza que podía traer para este intento; la cual consiste en que *así como el Hijo de Dios,* mediante la generación eterna, recibe de su Padre el ser y vida de Dios, de suerte que el Hijo por esta generación es un Dios con su Padre, vive en El y por Él, y es sabio, bueno, santo, infinito y todopoderoso como El, y con Él tiene un mismo sentir, querer y obrar en todas las cosas, *así también el que dignamente come a Cristo en el Sacramento,* en virtud de esta comida recibe *por participación* el ser y vida de Cristo, sus perfecciones y virtudes y la conformidad con Cristo en el sentir, querer y obrar lo mismo que Cristo. De suerte que sea un espíritu con Él y pueda decir aquello de San Pablo: «Vivo yo, ya no yo, sino Cristo vive en mí, y mi vivir es Cristo», porque vivo en Él y por Él y para Él.

¡Oh dulcísimo Jesús, pues tantas ganas tienes de que sea una cosa contigo, como Tú lo eres con tu Padre, entra dentro de mi alma por medio de este Sacramento, y obra en ella la unión que por él me has prometido, para que por ella seas glorificado por todos los siglos! Amén.

2. En esta consideración tengo de ponderar aquella palabra: *Quien me come vivirá por Mí,* la cual abraza *todos los géneros que hay de causa,* dando a entender que será, causa perfectísima de todas las obras vivas que hiciere quien le come; porque será *principio* de ellas por su inspiración, moviéndole a que las haga; será *fin último* a cuya gloríalas ordene, *ejemplar* y dechado de quien las saque, y *materia* de las palabras, pensamientos y afectos que tuviere; de modo que siempre viva *propter*

Christum, como quien no sabe otra cosa *sino a Cristo,* y *Ése crucificado*; ni quiere amar ni hablar sino es de Cristo, ni obrar sino por Cristo y para Cristo. De este modo, Cristo será *nuestra vida,* la cual nos comunica en el Santísimo Sacramento, y por esto se llama por excelencia *Pan de vida*, porque por Él vivimos vida de Dios, y vida de Cristo en unión con Él, como Él vive la vida misma de su Padre.

¡Oh Pan de vida, vivifícame con tu vida celestial y divina, para que de hoy más, no viva en mí, sino en Ti, y no viva vida de hombre, sino vida de Dios, unido con Él por todos los siglos! Amén

PUNTO QUINTO

Los efectos de esta unión se explican por varias comparaciones.

Lo quinto, se han de considerar los efectos maravillosos de esta unión por algunas semejanzas.

1. La primera es, *del pan* y *vino* en que se hace este convite. Porque así como el manjar, uniéndose con el cuerpo, *le pega sus mismas cualidades,* de donde procede que manjares gruesos crían humores gruesos, y manjares delicados, humores delicados y saludables, así Cristo nuestro Señor, entrando en nosotros y uniéndose con nuestras almas, *nos comunica sus propiedades* y calidades del cielo, su caridad, humildad, obediencia, paciencia y las demás virtudes; de modo que quedemos renovados a imagen de este hombre nuevo y de este Adán celestial, y se pueda decir de nosotros: cual es el segundo hombre celestial, tales son los celestiales, y cual es Cristo, tales son los que le comen. Y aunque es verdad que comunica todas las virtudes, pero señaladamente *da a cada vino la que más ha menester,* y la que más desea y pretende con aquella comida, a semejanza del maná, que aunque sabía a todo sabor, pero servía a la voluntad de cada uno de los justos, como arriba se ponderó.

2. A este modo puedo considerar también cómo en este Sacramento está aquel Señor que dijo: *Yo soy. la vid,* y *vosotros los sarmientos; quien permanece en Mi* y *Yo en él, llevará mucho fruto*. Y para cumplir esto entra en nosotros, y como cepa se pone en medio de nuestro corazón, y une consigo el sarmiento de nuestra alma con las varas de todas sus potencias, y las da virtud para que broten frutos dulcísimos de bendición, devotos pensamientos, fervorosos afectos, santas palabras y perfectas obras. Pero no solamente es la vid, sino *también es el labrador* y podador <pie poda el

sarmiento para que lleve fruto. Y así, entrando en el hombre, le inspira lo que ha de podar y mortificar, y le ayuda a ello para que se conserve la unión y saque más copioso fruto de ella.

¡Oh alma mía, pues sabes que el sarmiento apartado de la vid no puede llevar fruto, ni vale para otra cosa que para el fuego, júntate con esta vid soberana que es Cristo, recíbele dentro de tus entrañas, y poda cualquier cosa que de Él te aparte, para que, libre del fuego del infierno, ardas siempre en el fuego de su amor! Amén.

3. También puedo considerar cómo en este Sacramento está aquel Señor que llama el glorioso apóstol Santiago, *Verbo ingerido que puede salvar nuestras almas*, porque mediante la encarnación *se ingirió* y *juntó con la humanidad* como un árbol fructuoso se ingiere en un tronco de árbol estéril, y por ella hizo obras más que humanas. Este mismo Señor, mediante la comunión de este Sacramento, viene a entrar dentro de mi alma y *a ingerirse* en ella por gracia. Y siendo yo de mi naturaleza tronco estéril y que no produce sino frutos amargos de pecados, ingiriéndose en mí, me hace llevar frutos dulces y divinos, no como quien soy yo, sino como quien Él es, al modo que un tronco de almendro amargo, por el injerto produce frutos dulces.

¡Oh Amado mío, árbol dulcísimo traído del cielo para salud del mundo!, ya no me contento solamente, como la Esposa, de sentarme a tu sombra y coger de tus dulces frutos, sino también deseo que entres dentro de mí y me hagas una cosa contigo, para que con tu virtud lleve yo frutos dulces, como los tuyos, que permanezcan hasta la vida eterna. Amén.

PUNTO SEXTO

Por qué Cristo instituyó este Sacramento en accidentes de pan y vino, y no de otro manjar más precioso.

Ultimamente, de todo lo dicho subiré a ponderar cómo Cristo nuestro Señor instituyó este Sacramento en accidentes *de pan* y *vino más que de otro manjar más precioso* y *raro,* para significar *la frecuencia* con que se ha de recibir, *de qué personas, con qué disposición,* y *la unión* y *efectos que obra en ellas*.

1. Lo primero, por aquí declaró el entrañable deseo que tiene de hacernos *cada día* este banquete, y de que *cada día* nos aparejemos para tener parte en él; porque los reyes de la tierra tienen por grandeza que sus

convites sean muy preciosos, pero muy raros, dos o tres veces al año. Mas el Rey del cielo tiene por grandeza que su convite sea preciosísimo. Y cada día por toda la vida; y así le instituye en forma de *pan* y *vino,* que es *manjar de cada día,* para que entendamos que como el cuerpo, aunque no hubiera precepto de conservar la vida, sólo por su necesidad y gusto come cada día el pan y vino con que se sustenta, así el alma, aunque no hubiera precepto de comulgar, ha de hacerlo muy a menudo por la necesidad que tiene de conservar la vida espiritual, y por el gusto que hay en esta comida, y por dar gusto al que nos convida con tanto amor, y nos manda que le pidamos cada día este pan cotidiano, por lo mucho que desea dárnosle. Y para más aficionarnos, también nos amenaza, que si no comiéremos su carne, y bebiéremos su sangre, no tendremos vida en nosotros, ni vida de gracia, ni la eterna de la gloria.

¡Oh Padre amantísimo, hazme digno de comer cada día este pan de cada día! Y pues quieres que le coma con tanta frecuencia, ayúdame con tanta gracia que saque provecho de ella.

2. Además de esto, como el pan y vino son sustento ordinario *de toda suerte de personas,* ricos y pobres, grandes y pequeños, así Cristo nuestro Señor quiere que este Sacramento sea sustento de *todos los fieles en cualquier estado* y *suerte que tuvieren,* alta o baja, porque a todos convida, como se ve en la parábola del hombre que hizo una grande cena y convidó hasta los cojos y mancos, y sintió grandemente que muchos se" excusasen, como ponderamos en la Meditación de esta parábola.

3. Lo tercero, se juntó Cristo nuestro Señor con especies de pan y vino, que se hacen *de muchos granos de trigo* y *de uvas, unidas entre sí,* para significar que por este Sacramento no se junta espiritualmente, si no es *con almas unidas en caridad consigo mismas* y *con sus prójimos.* De suerte que, así como no se pueden consagrar los granos de trigo o de uva hasta que se hacen pan y vino con la dicha unión, así también, aunque Cristo nuestro Señor entre por la Comunión sacramental en el hombre, no se unirá espiritualmente con él, si está dividido y desunido con falta de caridad, y si no se dispone debidamente para quitar los impedimentos de ella; lo cual alcanzaremos si como trigo nos molemos con la contrición y penitencia, y como uvas nos dejamos pisar con la verdadera humildad y sujeción a todos por amor de Dios. De aquí resulta grande fortaleza para todas las obras de la vida espiritual, con grande alegría del ánima, porque como el pan, según dice David, conforta el corazón del hombre, y el vino le alegra, y aunque sean manjar ordinario, no enfadan ni causan fastidio, antes suelen ser como salsa que acompaña la otra comida, así también este

pan y vino del cielo conforta y alegra el espíritu, y aunque se coma cada día, no causa fastidio si se come dignamente, antes despierta nuevas ganas de comerle otra vez, porque encierra en sí todo género de suavidad, no terrena como el maná, que enfadó a los hijos de Israel, sino celestial, que recrea a los ángeles del cielo.

¡Oh Amado de mi alma, que por tantas vías y modos me provocas a gozar de este soberano convite, no permitas que me excuse con el amor desordenado de los bienes de la tierra, ni tampoco que venga a él sin la vestidura de bodas, que es la caridad! Desnuda mi corazón de todo amor terreno y vístele del divino, para que asista con amor a convite de amor, y alcance por su medio la perfección del amor, uniéndome contigo con perfecta caridad. Amén.

MEDITACIÓN 43

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO EN CUANTO ES SEÑAL Y PRENDAS DE LA GLORIA QUE ESPERAMOS

Deseando Dios nuestro Señor darnos alguna señal y prenda de la gloria que nos prometió para nuestro consuelo y para seguridad de nuestra confianza, instituyó este Santísimo Sacramento, en quien concurren todas las cosas que se pueden desear para este fin, como se verá en los puntos siguientes.

PUNTO PRIMERO

Este Sacramento es prenda preciosísima de la eterna gloria.

Lo primero, se ha de considerar cómo este Santísimo Sacramento es *señal* y *prenda de la gloria que nos está prometida,* por encerrar en sí la cosa más preciosa y amada que Dios tiene, cuyo valor es infinito, y vale tanto como la misma gloria que nos prometió, así como entre los hombres para asegurar la paga de alguna deuda o el cumplimiento de alguna palabra que han dado, o promesa que han hecho, dan en señal *y* prenda alguna joya o cosa muy estimada y querida, y que sea de tan gran precio, que exceda o iguale a lo que se ha de dar después. Esto se puede considerar

discurriendo por las Personas divinas que dan esta prenda, y por lo que ella es.

1. Lo primero, *no pudo el Padre Eterno darnos prenda más preciosa* y *amada que a su mismo Hijo,* que es tan bueno como El, así como los reyes y príncipes, para asegurar las paces o treguas, o alguna gran deuda, suelen dar en prendas o rehenes a su hijo mayorazgo; y pues en este Sacramento nos da a su Hijo unigénito Jesucristo por prendas de la gloria, nos dio lo sumo que pudo, no sólo en prendas de ella, sino de todas las demás cosas que nos ha prometido, con tanta seguridad, cuanto es de su parte, como si ya nos las hubiera dado, conforme a lo que dice San Pablo: «El que no perdonó a su propio Hijo, sino le entregó por todos nosotros, ¿por ventura nos dio con Él todas las cosas?». Como quien dice: Quien me dio a su Hijo por Redentor, y me lo dio por manjar y comida, ¿por ventura no me dará su gracia y su gloria y todas las cosas que me ha prometido? Tan cierto estoy que me las dará, cuanto es de su parte, como si me las hubiera dado, porque en esta dádiva se encierran las demás que me ha de dar.

Gracias te doy, ¡oh Padre amantísimo!, por tal prenda como me das de mi salvación y perfección. Te suplico, Dios mío, que lo que es tan cierto de tu parte no falte por la mía, favoreciéndome para que me aproveche de la prenda que me das para alcanzar lo que me prometes.

2. Lo segundo, *el mismo Hijo de Dios,* Salvador nuestro, *no pudo darnos mayor prenda que a sí mismo* encubierto en el Sacramento, en el cual se encierran todos los títulos y derechos que tenemos para nuestra salvación, como quien promete un grande mayorazgo, y da en prendas el privilegio y escritura en que se funda. Porque este Señor que aquí está es nuestro hermano mayor, mayorazgo del Eterno Padre y heredero de su cielo, el cual se hizo hombre, como dice San Pablo, para salvar a los que estaban predestinados para la gloria, por cuyo medio han de alcanzar el fin de su predestinación, y con el precio de su sangre nos compró el cielo y abrió sus puertas para que pudiésemos entrar en él por los medios que para ello nos ofrece. Pues si todo esto está aquí encerrado, ¿qué mayor prenda nos pudo dar para seguridad del cielo que nos ganó y prometió?

2. Finalmente, *el Padre* y *el Hijo no pueden darnos mayor prenda invisible de la gloria, que al mismo Espíritu Santo,* de quien dice San Pablo que es prenda de nuestra herencia celestial, la cual prenda, como dice el mismo Apóstol, nos da Cristo en nuestros corazones, para seguridad de todas sus promesas, y para esto vino al mundo, y viene también en este Santísimo Sacramento. De suerte que aquí recibimos dos

prendas de la gloria, las mayores que puede haber: una visible, que es el Sacramento en que está Cristo, Dios y hombre verdadero, y otra invisible, que es el Espíritu Santo que se nos da por el mismo Sacramento.

¡Oh Trinidad beatísima, gracias te doy innumerables por tales prendas como me das de tus promesas soberanas! Bien se ve, Señor, que eres buen pagador, pues no te duelen prendas, dándome tantas y tan buenas. Alégrate, ¡oh alma mía!, con tales prendas; gózate con la esperanza que se funda en ellas; procura glorificar y servir al que te las da, para que llegues a poseer la gloria que te promete. Amén.

PUNTO SEGUNDO

La Eucaristía, medio para alcanzar la vida eterna.

Lo segundo, se ha de considerar cómo este Santísimo Sacramento es prenda de la gloria, que nos está prometida, *en cuanto es medio eficacísimo* y *poderosísimo para alcanzarla,* pues no puede haber prenda más cierta para alcanzar un fin que el medio eficacísimo para alcanzarle.

1. Lo necesario para alcanzar la gloria con efecto, es *perdón de las culpas pasadas, preservación de las futuras, sustento de la gracia recibida,* con perseverancia hasta la muerte, *a) En todo esto* tiene eminencia este Sacramento con la presencia de Cristo nuestro Señor; porque aunque el Sacramento del Bautismo o Penitencia perdonan los pecados, pero éste *confirma mucho el perdón,* admitiéndonos el mismo Rey que nos perdona a su mesa, en señal de habernos perdonado, *b) También nos preserva de culpas,* porque enfrena las pasiones de la carne, da fortaleza contra las tentaciones del demonio y nos previene contra todos los peligros del mundo, *c) Item, sustenta la vida de la gracia,* como el manjar sustenta la vida del cuerpo; pero con tanta eficacia, que puede conservar el aumento que ha dado *hasta la vida eterna.* Todo lo cual se funda en la promesa de Cristo nuestro Señor, que dice: «Este es el Pan que bajó del cielo, para que si alguno comiere de él, nunca muera. Yo soy Pan vivo que bajé del cielo; si alguno comiere de este Pan, vivirá para siempre, y el que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna, y Yo le resucitaré en el día postrero». En las cuales palabras Cristo nuestro Señor nos asegura que este divino Pan, como arriba se apuntó, con su virtud celestial nos libra de todo lo contrario a la vida eterna, porque nos libra de la muerte primera, que es la culpa, y de la muerte segunda del alma, que es la condenación, y a su tiempo nos librará de la muerte del cuerpo en la resurrección. Además de

esto nos concede todo lo que es vida eterna, porque nos da la vida de la gracia, y la conserva hasta el fin, y después nos dará la vida de la gloria de que goza el alma, y a el fin del mundo la vida gloriosa de que ha de gozar el cuerpo.

De todo esto tenemos prendas en este Sacramento, porque para todo tiene virtud, y. da fuerzas al que le come con la frecuencia y reverencia que debe.

¡Oh árbol de la vicia puesto en. medio del paraíso de Dios en señal y prendas de la inmortalidad y vida eterna, dame a comer tu dulce fruto para que preserve mi alma de todo género rio muerte, y la conceda todo género de vida! ¡Oh alma mía, si deseas vida, eterna, come con espíritu este manjar que es prenda y causa de ella! ¡Oh cuerpo mío, si deseas resucitar a vida bienaventurada, come este preciosísimo cuerpo, que es prenda cierta de tu resurrección y de la vida gloriosa que te está prometida!

2. Pero aún más adelante pasa la excelencia de esta prenda, porque con su presencia causa en nosotros *algo, que es parte de la vida eterna, como raíz* y *fuente de ella,* con la cual ha de permanecer para siempre, y es imposible que se niegue la vida eterna al que lo tuviere; es a saber: *la unión con Cristo* nuestro Señor por medio de su gracia y de la virtud del Espíritu Santo, que es fuente de agua viva que salta hasta la vida eterna; y como nota Santo Tomás, no solamente es *prenda* de nuestra herencia, sino *arra;* porque la prenda dase solamente hasta que se hace la paga, y luego cesa; pero las arras danse para siempre; así el Sacramento del altar con el don de la fe y esperanza, no es más que *prenda* de la gloria, que dura por el tiempo de esta vida; pero la unión con Cristo que se hace en el Sacramento, y el Espíritu Santo que nos da con unión de caridad, es *arras* de la gloria, y durará por toda la eternidad, si por nosotros no queda; porque *la caridad nunca perece*, y el Espíritu Santo permanece con nosotros *in aeternun.*

¡Oh Esposo dulcísimo de las almas justas, que por arras las das a Ti mismo, juntándolas contigo en unión de caridad; aunque mi alma no sea digna de tan soberana grandeza, no la excluyas de ella, por tu infinita misericordia!

PUNTO TERCERO

Otras razones porque la Eucaristía es prenda de la vida eterna.

1. Lo tercero, se ha de considerar cómo este Sacramento es prueba de la gloria en cuanto es *un convite excelentísimo* en el cual nos da Dios a comer y a beber *lo mismo que da en la gloria,* pero guisado y acomodado a nuestro estado de caminantes, debajo de velo y oscuridad. En lo cual he de ponderar que Cristo nuestro Señor en el cielo, como lo prometió a sus Apóstoles, tiene consigo a todos los bienaventurados sentados a su mesa, haciéndoles *un solemnísimo convite, cuyo manjar es su misma divinidad* y *humanidad,* viéndola claramente *y* hartando con ella todos sus deseos, embriagándome con el vino del amor beatífico y bebiendo del río caudaloso de-sus deleites celestiales. Y en este convite el mismo Señor, como dice por San Lucas, se ciñe y los sirve, porque Él mismo les da este premio de justicia; pero se ciñe, porque es tan infinito, que ninguno le puede comprender ni verle, si no es ceñido y ajustado a sus merecimientos. De aquí bajaré a ponderar cómo este Dios infinito, que hace este banquete en el cielo, acordándose de los hijos que tiene en la tierra, se ciñe mucho más para convidarlos, poniéndose todo con su divinidad y humanidad debajo de estas especies de pan y vino, tan pequeñas y estrechas, para que allí con los ojos de la fe le veamos presente, y recibiéndole dentro de nosotros, llene también nuestros deseos como acá pueden llenarse, y nos embriague también con el vino de su amor, *y* nos dé a gustar la suavidad de sus deleites, dándonos todo esto como prendas, en esperanza de lo que después nos dará en cumplida posesión. Por lo cual le daré inmensas gracias con deseos entrañables de ceñirme y mortificarme y estrecharme por servirle, pues Él se ciñe tanto por regalarme.

¡Oh Amado mío!, si Tú, estando en el cielo, vienes a ceñirte a la tierra por mi regalo, ¿qué mucho que para subir yo de la tierra al cielo, me ciña por tu servicio? Aviva, Señor, mi fe, para que de tal manera guste del banquete que me haces en esta vida, que llegue a gozar del que me prometes en la otra. Amén.

1. Con este espíritu me alentaré a procurar *una vida celestial, para ser digno de este convite,* en que se me da lo mismo que en el cielo, pues por esto Cristo nuestro Señor en la oración del *Pater noster,* primero nos mandó decir: «Hágase tu voluntad en la tierra como en el *cielo»*; *y* luego dijo que pidiésemos este Pan cotidiano *y* sobresubstancial, significando

que quien le ha de comer dignamente ha de aspirar a la pureza del cielo, cumpliendo acá todo lo que Dios manda, como allá se cumple.

3. Finalmente, sacaré de aquí que este Sacramento, por ser *prenda de la gloria* y *principio del convite* que se hace en el cielo, es *Viático para pasar de esta vida a la otra;* el cual se ha de recibir en aquel peligro con grande fe y confianza. Pues como Elías, en virtud del Pan que le dio el ángel, caminó hasta el monte de Dios, Horeb, así yo, en virtud de este divino Pan haré mi jornada seguramente hasta el monte de la gloria. Y para recibirle entonces con provecho, me importaría acostumbrarme cada vez que comulgo a hacerlo con el mismo espíritu que si fuera Viático, imaginando que quizá aquella comunión será la postrera de la vida, cumpliendo lo que dijo el Sabio, que al tiempo de esta comida entrásemos un cuchillo por la garganta; esto es, comiendo como quien tiene ya el cuchillo a la garganta, y está a punto de morir. Y por esta causa Cristo nuestro Señor instituyó este Sacramento la noche antes de su muerte, para significar, como en su lugar se dijo, que esta comida fortalecía, para padecer y morir y pasar de esta vida a la eterna.

¡Oh Redentor dulcísimo, que a la partida de este mundo dijiste a los Apóstoles: «Yo volveré otra vez, y os llevaré conmigo, para que estéis donde Yo estoy»!; ven a mi alma, visitándome con la gracia y presencia de tu venerable Sacramento, y en virtud de ella, llévame adonde Tú estás, para que allí vea lo que ahora creo, y posea lo que espero, y goce de tu soberana compañía por todos los siglos. Amén.

MEDITACIÓN 44

POR APLICACIÓN DE LOS SENTIDOS DEL ALMA AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Este modo de oración por aplicación de los sentidos, el cual se declaró en la Segunda parte, es muy provechoso cerca del Santísimo Sacramento, negando los cinco sentidos del cuerpo, *y* avivando los del alma. Algo de esto toca San Buenaventura en su Tratado de los siete caminos de la eternidad, al modo que se dijo en el *párrafo once* de la Introducción de este libro. Pero aquí lo pondremos con otro modo más fácil para todos.

PUNTO PRIMERO

Vista interior del alma.

El primer punto será *ver con la, vista interior del alma, ilustrada con la fe, todo lo que es objeto de esta vista* cerca de este Sacramento, sacando varios afectos conforme a lo que hubiere visto.

1. Lo primero, veré *la cantidad* y *el color* y *figura* de pan y vino apartadas de su substancia; porque Dios con su omnipotencia la destruyó para poner en su lugar el cuerpo y sangre de Cristo nuestro Señor; y actuando esta fe, cautivaré mi entendimiento a que crea esto, negando el juicio que procede de los sentidos, y confesando que puede Dios hacer con su omnipotencia más de lo que puede percibir nuestra corta razón. Y así, diré: creo que, aunque veo color de pan, y percibo olor y sabor de pan, no hay substancia de pan; porque la fe lo dice y Dios así lo revela.

2. Luego veré con la misma vista *la majestad de Cristo* tan entero y glorioso como está en el cielo; veré su sagrada cabeza con corona de gloria, su divino rostro con rayos de inmenso resplandor, sus manos, pies y costado, con las hermosísimas señales de las llagas que están en ellos, y todo su cuerpo incomparablemente más resplandeciente que el sol, y hermosísimo sobre todos los hijos de los hombres. *Y luego subiré más alto, viéndole cómo es Dios,* resplandor de la gloria del Padre, figura de su substancia, de tan infinita belleza, que hace bienaventurados a los que le ven con claridad. Y mirándole de esta manera, unas veces sacaré afectos de reverencia y humildad, bajando los ojos y encogiéndome en su presencia. Otras sacaré afectos de gozo y alegría de verle tan hermoso y resplandeciente y tan cerca de mí. Otras veces prorrumpiré en afectos de alabanza y acción de gracias, por haberse puesto allí con toda su gloria y majestad.

3. Lo tercero, veré *la junta de aquel exterior de pan con la majestad de Cristo,* admirándome de ver juntos dos extremos tan distantes, uno tan pequeño y bajo, como es accidentes de pan y vino, y otro tan grande y alto, como es hombre y Dios, encubriendo la grandeza de su resplandor con el velo de tan vil creatura, provocándome a que le imite en tal modo de humildad.

¡Oh Amado mío, que en este Sacramento visible estás con modo invisible: te vea yo con la fe, y reverencie tu grandeza como si te viera con claridad, pues eres el mismo en el Sacramento y en el cielo, y tan digno de ser reverenciado y amado en la bajeza del uno, como en la alteza del otro!

PUNTO SEGUNDO

Oído interior del alma.

El segundo punto es *oír con el oído del alma lo que Cristo nuestro Señor me dice en el Sacramento,* imaginando que desde allí me habla al corazón y me dice varias cosas a mi propósito.

1. Unas veces imaginaré que *me convida a que le coma,* diciéndome aquello de la Sabiduría: «Venid: comed mi Pan y bebed mi vino, que os tengo aparejado: dejad la niñez, vivid y andad por las sendas de la prudencia». Que es decir: «Venid a recibirme en este Sacramento, pero dejad primero las niñerías de esta vida, porque soy manjar de grandes y de gente que vive con recato y prudencia.» Y a este modo puedo también imaginar que *me dice* aquello de los Cantares: *«Comed, amigos,* y *bebed* y *embriagaos los muy amados»*. Y aquello de Isaías: «Los que tenéis sed, venid a las aguas, oídme con atento oído: comed lo bueno, y alegrarse ha vuestra alma con su gusto».

De donde sacaré deseos de recibirle, obedeciendo a su voz, diciéndole: ¿De dónde a mí, Señor, que me convidéis a vuestra mesa? Yo me llego a ella porque me lo mandáis; habladme mientras como, para que mi corazón se derrita en vuestro amor.

3. Otras veces imaginaré que desde allí *me exhorta a que le imite,* diciéndome: «Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón»: aprended de Mí a humillaros, a encubriros y a convidaros con caridad unos a otros.

3. Otras veces miraré cómo está allí rodeado de ángeles, los cuales *me están diciendo: «Mirad que viene el Esposo* de vuestras almas; *salidle a recibir*» con lámparas encedidas, con afectos muy abrasados de uniros con Él en perpetua caridad.

4. Finalmente, *después que le hubiere recibido* le diré aquello de Samuel: «Habla, Señor, que tu siervo oye», y *atenderé a las inspiraciones* que rae comunicare para oírlas y obedecerlas con presteza, diciendo con David: «Oiré lo que habla en mí el Señor que está dentro de mí, porque bien sé que hablará palabras de paz y de vida eterna.

PUNTO TERCERO

Olfato interior.

1. *El tercer* punto es, *con el olfato del alma percibir el olor* y *fragancia de Cristo nuestro Señor* en este. Sacramento; el cual, en la misa, se ofrece a Sí mismo al Padre en hostia y sacrificio en olor de suavidad.

¡Oh cuán bien huele al Padre Eterno este sacrificio, aplacando por el su ira! ¡Oh cuán poderoso es su olor para deshacer y aniquilar el mal olor de todos los pecadores y pecados del mundo! ¡Oh Padre soberano, pues tanto os agrada el olor suavísimo de este sacrificio, perdonadme por él mis graves pecados, y aplacad la ira que contra mí *tenéis por ellos!*

2. *También* percibiré *el olor de las virtudes de este Santo Sacramento*; porque como el ámbar *y* bálsamo *y otras cosas* olorosas confortan con su fragancia, no sólo al que las toca, sino a otros, aunque estén algo apartados, así el olor de este Sacramento, no sólo conforta al que le recibe, sino al que le mira, adora y desea recibirle. Y como dice el mismo Señor, que donde está el cuerpo, allí van las águilas, atraídas de su olor, para comerle y sustentarse de sus carnes, así las almas, que como las águilas vuelan en la oración y contemplación, percibiendo este olor suavísimo del cuerpo de Cristo, se van adonde está para comerle y sustentarse con su preciosísima carne.

¡Oh carne olorosísima de Jesús, confórtame con el olor de tus virtudes, dame a sentir la fragancia de tu caridad, y llévame tras Ti al *olor de* tus ungüentos, para que me junte contigo en unión *de* perfecto amor! Amén.

PUNTO CUARTO

Gusto interior.

1. El cuarto punto es, con el gusto del alma, gustar, lo primero, el grande gusto y sabor con que Cristo *vuestro Señor está en este Santo Sacramento,* y en cualquier hostia, aunque le pongan en lugar vil y despreciado, y el gusto grande que tiene en ser comido. Los otros manjares, como son cosa muerta, dan gusto al que los come; pero *no tienen gusto en ser comidos*; pero este manjar, como es Pan vivo, tiene gusto grandísimo en

que lo coman, y más desea ser comido de los hombres, que ellos desean comerle.

¡Oh Pan de vida!, gracias te doy por este gusto que tienes en ser nuestra comida y sustento; purifica el gusto de mi alma para que perciba tu dulcísimo sabor, de modo que guste de recibirte con el gusto que tienes de ser recibido.

2. Luego percibiré *la suavidad de Cristo en este Sacramento,* mirando cómo comunica a los que dignamente le reciben, *un sabor de divinidad* mucho más vario y dulce que el maná, porque tiene el sabor de todos los manjares espirituales y sabe a todas las virtudes, y con tanta dulzura, que endulzora todas las cosas amargas que hay en esta vida, y en el ejercicio de la mortificación y de todas las obras virtuosas; e imaginaré que me está diciendo aquello del Salmo: «Gustad y ved por experiencia cuán suave es el Señor».

¡Oh dulcísimo Jesús, cuán dulce eres para los que te aman y reciben con amor! ¡Oh fuente de dulzura, que te das a gustar con abundancia por los caños de estas dos especies sacramentales, llena mi alma de tu suavidad soberana, para que deseche toda la terrena!

PUNTO QUINTO

Tacto interior

1. El quinto punto es, *con el tacto tocar espiritualmente,* y *a su tiempo corporalmente, este Sacramento,* de cuyo tocamiento sale virtud para sanar, vivificar, alegrar y perfeccionar a todos los que le tocan debidamente, como antiguamente salía de las vestiduras de Cristo nuestro Señor para sanar los flujos de sangre y las enfermedades de los que las tocaban, como se ponderó en la Tercera parte. *Otras veces* imaginaré, cuando llego con mis labios a la hostia consagrada, que con gran reverencia y temblor *doy ósculo a Cristo* nuestro Señor, y *le recibo* amorosamente de su dulcísima boca, diciéndole aquello de los Cantares: «Béseme con el beso de su boca, porque mejores son sus pechos que el vino, llenos de fragancia de suavísimos ungüentos».

¡Oh Salvador dulcísimo, dadme ósculo de paz, pacificándome con vuestro Padre! ¡Oh especies sacramentales de pan y vino, pues sois como los pechos de mi Amado, llenos de leche de deleites celestiales muy más

preciosos que el vino de los deleites terrenos, tocadme y hartadme con vuestra leche, para que se me haga desabrida toda carne!

2. Otras veces avivaré la fe para creer y ver con ella las *llagas sacratísimas de Cristo* nuestro Señor, *tocando con el espíritu* sus pies, manos y costado, como quien se llega a beber del agua y sangre que de Él salió, y tocándolas con viva fe, como Santo Tomás exclamaré: «Señor mío y Dios mío».

¡Oh Dios de mi alma, llaga con el dardo de la caridad mi corazón, por las llagas que recibiste en tu sagrado cuerpo; harta la sed de mi alma, por la sangre y agua que salió de tu costado; lávame con ella, purifícame, enciéndeme y perfeccióname; dame licencia para que con el espíritu entre dentro de esas llagas glorificadas! Y pues Tú con ellas moras dentro de mí, yo con toda mi alma quiero morar dentro de ellas y de Ti, uniéndome contigo en unión de amor, hasta que sea uno contigo en tu eterna gloria. Amén.

MEDITACIÓN 45

PARA LA FIESTA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO Y PARA ANDAR CON ESPÍRITU LAS PROCESIONES DE ESTE DÍA Y SUS OCTAVAS.

PUNTO PRIMERO

En este Sacramento Cristo renueva cuanto sensiblemente hizo acá en la tierra.

1. Lo primero, se ha de considerar cómo Cristo nuestro Señor en este Sacramento *viene a nuestra tierra a renovar lo que hizo cuando vivió en ella*\ ponderando cómo entonces anduvo por todas las calles y plazas de Judea y Galilea y por las sinagogas y casas particulares y en el mismo templo de Jerusalén, haciendo bien a todos. Y como dice San Pedro: «Pasó y caminó haciendo bien y sanando todos los oprimidos del demonio; porque Dios estaba con Él», no sólo por gracia, sino por unidad de persona, y el bien que hacía era en todo género de cosas, ejercitando los varios oficios que arriba se dijeron; de suerte que por dondequiera que iba dejaba rastros de su divinidad y omnipotencia, y de su inmensa caridad y misericordia.

2. De esta manera imaginaré ahora que anda Cristo nuestro Señor en este Sacramento por los templos, plazas y calles de la cristiandad, haciendo bien a todos los que con viva fe se llegan a Él, confesándole, adorándole y alabándole con todo su corazón, porque también ahora este divino Sacramento pasa haciendo bien y sanando a los oprimidos del demonio; porque Dios, está dentro de él; y así les va comunicando todo género de bienes con resplandores de su celestial luz e inspiraciones de su divino Espíritu, enseñándoles como maestro, curándoles como médico, perdonándoles como salvador y apacentándoles como pastor con su mismo cuerpo y sangre. Y aunque todo esto hace más copiosamente con los que le reciben, pero también da alguna parte a los que con viva fe le miran y glorifican. *Y con este espíritu tengo de acompañarle en las procesiones,* como le acompañara cuando vivía en carne mortal, si tuviera la fe que ahora tengo. y como le acompañaba la gente devota que se iba tras el Salvador por gozar de su dulce compañía.

¡Oh Amado mío!, gracias te doy por haberte quedado con nosotros tan de asiento, que aunque tienes tu morada en los cielos, llenándolos de alegría, quieres también estar en nuestra tierra, llenando sus plazas y calles de tu misericordia! Y pues tan poderoso eres debajo de este velo como lo eres en el cielo, y como antes lo eras en la tierra, ven a esta pobre morada de mi alma, pasea todas las potencias y sentidos de ella, haciendo bien a todas, para que te sirvan y glorifiquen todas por todos los siglos. Amén.

PUNTO SEGUNDO

En las procesiones del Sacramento, Cristo renueva su gloriosa entrada en Jerusalén.

Lo segundo, se ha de considerar cómo Cristo nuestro Señor quiere ahora renovar espiritualmente la entrada que hizo en Jerusalén el día de Ramos, porque entonces entró en Jerusalén manso y humilde, sentado en un jumentillo, saliéndole a recibir grande muchedumbre de hombres, y llevándole todos en procesión con grandes pompa. Unos echaban por tierra sus capas para que pasase por ellas, otros desgajaban árboles para enramar el suelo y oros llevaban palmas en las manos y todos a voces le alababan, diciendo: «Bendito sea el que viene en el nombre del Señor. Rey de Israel, sálvanos en las alturas. Y esta entrada tan solemne hizo Cristo nuestro Señor para entrar de su parte el gusto con que estaba entre ellos, sin embargo, de que le perseguían y maltrataban, y para que sus discípulos y la

gente devota diese también aquella muestra de la fe, amor y devoción que le tenían, y por otras causas que ponderamos en la Cuarta

2. De esta misma manera quiere ahora *ser llevado en el Santísimo Sacramento por las calles* y *plazas de la Iglesia con grande pompa* y *majestad.* Va en la hostia manso, humilde y disfrazado, cubierto con aquel velo y nube ligera de los accidentes de pan: pero todos los fieles y príncipes de la Iglesia se honran de acompañarle, adornando las calles con ramos y con ricos doseles, llevando hachas y luminarias, y con cantores y música de alegría, celebrando su venida al mundo con la mayor pompa y honra exterior que se le puede dar en la tierra.

De todo lo cual me tengo de alegrar y regocijar, porque si me gozo de la honra que el día de Ramos hicieron a este Señor, con haber parado en mayor ignominia, ¿cuánto más me gozaré de la honra que todos ahora le hacen, ordenándose toda a su mayor gloria?

3. Y luego ponderaré cómo Cristo nuestro Señor *traza esta solemne pompa* para darnos a entender *el gusto que tiene de estar con nosotros,* y que no está cansado, ni enfadado, aunque hay mucho porque lo esté a causa del mal tratamiento que algunos pecadores le hacen, comulgando mal o diciendo misa con indecencia; y aunque es razón doler me de este agravio que se le hace, también le alabaré porque, sin embargo, de él, no se cansa de estar con los pecadores, por hacer bien a los justos. *De donde sacaré* un gran deseo de que todos celebremos con espíritu estas devotas procesiones, de modo que guste Cristo nuestro Señor de la honra que le hacemos, porque no se paga de lo exterior, si está vacío de lo interior.

¡Oh Amado mío, si tendiésemos todos por tierra, nuestras vestiduras, poniendo a tus pies todas nuestras cosas para que Tú hicieses lo que quisieses de ellas! ¡Oh, si todos se postrasen en tierra con humildad profunda, dejándose humillar y pisar de todos para que fueses ensalzado y glorificado por todos! ¡Oh, si todos te acompañásemos con palmas en las manos, alcanzando de nuestros enemigos gloriosas victorias, atribuyendo a Ti solo la gloria de ellas! ¡Oh si todos con grande espíritu te alabasen y glorificasen por las victorias que ganas cada día por medio de este soberano Sacramento, deseando que tuviese en ellas parte todo el mundo! ¡Oh alma mía, alaba y glorifica a este Señor cuando le acompañas o asistes en su presencia, juntando el cántico de los serafines con el cántico de los hebreos, diciendo con el espíritu: «Santo, Santo, Santo el Señor Dios de las batallas; llenos están los cielos y la tierra de tu gloria; sálvanos en las alturas. Bendito sea el que viene en el nombre del Señor; sálvanos en las alturas»! Amén.

PUNTO TERCERO

Con estas procesiones el Eterno Padre quiere premiar a su Hijo de las ignominias de su Pasión.

1. Lo tercero, se ha de considerar cómo el Padre Eterno quiere *con estas procesiones tan honrosas* premiar en la tierra las estaciones afrentosas y dolorosas que su Hijo Jesucristo nuestro Señor anduvo *la noche* y *día de su pasión por las calles* y *plazas de Jerusalén.* Ponderando cómo entonces fue desde el huerto de Getsemaní a casa de Anás y Caifás, llevándole atado, con hachas y linternas, con lanzas y espadas y con grande estruendo de soldados, triunfando del preso con escarnio, y otro día le llevaron con la misma ignominia de casa en casa, de tribunal en tribunal, hasta que salió al monte Calvario con la cruz a cuestas y con voz de pregoneros, y fue colocado en el trono horrendo de la cruz, en medio de dos ladrones, adonde era blasfemado y escarnecido con grandísima ignominia y crueldad.

2. *En premio de estas jornadas, quiere el Padre Eterno que su Hijo en la tierra sea honrado en estas procesiones,* llevando todos hachas y luminarias en las manos, en señal de que es luz verdadera que alumbra a lodo el mundo, y acompañándole los fieles soldados de su Iglesia cantándole mil cantares de alabanza, llevándole sobre sus hombros los sacerdotes y colocándole en tronos de grande majestad, donde todos le hincan la rodilla y le adoran como a su Dios y Redentor, mandando a todos que lo hagan así, mucho mejor que el rey Asuero mandó honrar a Mardoqueo, llevándole con grande pompa por todas las calles de la ciudad, clamando sus privados: «Así ha de ser honrado el que quiere el rey que lo sea».

¡Oh Padre Eterno, gracias te doy por la honra que quieres se haga a tu Hijo unigénito en la tierra, en premio de la deshonra que recibió en ella! ¡Oh dulcísimo Redentor, me gozo de la honra que hoy os hacen vuestros fieles, pues la tenéis bien merecida por la deshonra que sufristeis por ellos! Yo hinco mi rodilla ante el trono donde estáis colocado en este Santo Sacramento, y arrojo mi corona y cuanto tengo a vuestros pies, diciendo como los ancianos del Apocalipsis: «Digno eres, Señor Dios nuestro, de recibir la honra y gloria y la virtud, porque Tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad son y fueron creadas». Redime, Señor, y salva con tu preciosa sangre al que creaste por tu graciosa voluntad. Amén.

De aquí sacaré *cuán fiel es Dios en premiar en esta vida a los que le sirven,* ensalzándoles en la misma cosa en qué ellos se humillan. Y si yo honro a Cristo en este Sacramento, Él también me honrará, y si le trato con poco respeto, también quedaré deshonrado; para lo cual *ayudará ponderar la historia del Arca del Testa mentó,* que llevó David en procesión con grande acompañamiento de sacerdotes y levitas y de todo el pueblo, con grande música de varios instrumentos, saltando el mismo David delante del Arca con grande fervor de espíritu; y aunque Michol le despreció, él no se arrepintió de lo hecho, antes propuso de humillarse y envilecerse más delante de Dios; pero, al contrario, Oza, que con temeridad y poco respeto tocó al Arca, quedó muerto de repente por ello, para significar que si trato con poca reverencia este divino Sacramento, seré castigado como Oza, y tanto será más terrible mi castigo, cuanto debía tener mayor reverencia al que la merece mucho más que el Arca. Pero si le honro como David, tañendo y saltando en mi corazón con júbilos y afectos de amor, humillándome y apocándome en su presencia, sin hacer caso de los dichos de los hombres, Él me honrará en la tierra y mucho más en el cielo.

Pero yo, gloria mía, no quiero otra mayor honra que honrarte; tu honra es la mía, y de que Tú seas honrado me honro yo, y si Tú te honras con mis deshonras, esas tendré yo por suma honra para glorificarte a Ti, que eres digno de infinita honra y gloria por todos los siglos. Amén.

PUNTO CUARTO

Estas procesiones son un remedo de las fiestas que a Cristo se hacen en el cielo.

1. Lo cuarto, se ha de considerar cómo Cristo nuestro Señor quiere que se le haga en la tierra *alguna fiesta como la que se le hace en el cielo,* para que por este medio bajen del cielo bendiciones a la tierra, ponderando cómo este Señor está en el cielo cercado de ángeles y santos que continuamente le hacen fiesta. Unos, como los veinticuatro ancianos, arrojan las coronas a sus pies, diciendo que sólo Él es digno de honra y gloria; otros, como los cuatro animales, están diciendo: «Santo, Santo, Santo es el Señor Dios todopoderoso, que es, era *y* ha de venir». Otros le ofrecen vasos de oro llenos de incienso muy oloroso, que son las oraciones de los santos, y cada uno a su modo le glorifica y ofrece cánticos de agradecimiento *y* alabanza. De suerte que por las calles y plazas de aquella

celestial Jerusalén siempre se oye aleluya, voz de alabanza y acción de gracias, gozo y alegría sempiterna.

2. Con ser esto así, gusta Cristo nuestro Honor *de bajar a nuestra aldea en este Santísimo Sacramento*, y quiere que a nuestro modo le pongamos en su trono y le hagamos fiesta, aunque aldeanos, *imitando en lo que pudiéremos a sus cortesanos celestiales,* pretendiendo en esto, no su provecho, sino el nuestro, para que, descubriendo el amor que le tenemos, tenga El ocasión de honrarnos y hacernos grandes bienes. *Y así, a imitación de los bienaventurados, le tengo de honrar con* tres géneros de *afectos* principalmente: *a) El primero, de humildad,* como los ancianos, desnudándome de cuanto tengo y confesando que no es mío sino suyo, dándole la gloria de todo, *b) El segundo afecto ha de ser viva fe* de su grandeza y del oficio a que viene y ha de venir a juzgarnos, alabándole como los santos cuatro animales por su santidad y omnipotencia, por su eternidad e inmutabilidad, y porque viene ahora para salvarme como Padre, y después vendrá para coronarme como juez, *c) El tercer afecto será de ofrecimiento,* presentándole el vaso de mi corazón dorado con el fino oro de la caridad, lleno de incienso de fervorosas oraciones, mezcladas con mortificaciones de mí mismo, deshaciéndome en. el fuego del amor por oler bien a este Señor, a quien he de hacer fiesta con el mejor modo que pudiere, admirándome de que un Señor que tan festejado es en el cielo, se digne y guste de la fiesta que se le hace en la tierra, como el rey que, después de haber visto las fiestas que se le hacen en su corte, gusta también de la que se le hace en una aldea. Persuadiéndome también que como Cristo nuestro Señor por los servicios que se le hacen en el cielo da nuevos gozos accidentales, así premia los servicios que los justos le hacen en estas fiestas de la tierra con nuevas gracias y aumento de virtudes.

¡Oh Rey soberano, quién pudiese hacer de la tierra cielo, santificando tu nombre y haciendo tu voluntad en este valle de lágrimas, como la hacen los espíritus bienaventurados en su paraíso de deleites! Cierto estoy que si así lo luciese, el valle de lágrimas sería para mi valle de consuelos, y el paraíso de deleites vendría al valle de lágrimas, convirtiendo mi llanto en gozo, y llenándome de alegría. Venga, Rey mío, a mí tu reino, y pues Tú estás conmigo en el Sacramento, aviva mi fe y enciéndeme con tu caridad para que te conozca y ame, de morí o que reines en mí y yo goce de Ti, reinando contigo en el reino de tu Padre por todos los siglos. Amén.

MEDITACIÓN 46

DE LA PROVIDENCIA PATERNAL DE DIOS EN REPARTIR LOS ESTADOS Y OFICIOS, DANDO A CADA UNO EL QUE MÁS LE CONVIENE PARA SU SALVACIÓN.

PUNTO PRIMERO

Providencia de Dios en repartir los estados en orden a nuestra eterna salvación.

1. Lo primero, se ha de considerar cómo Dios nuestro Señor por excelencia *es nuestro Padre y* hace este oficio con nosotros infinitamente mejor que todos los padres de la tierra, pues en su comparación ninguno merece este nombre; *de donde se sigue* que, no solamente nos cría y engendra en el ser de la naturaleza y gracia, y después de engendrados nos conserva y sustenta en el uno y otro ser con medios y modos muy admirables, como se ha dicho, sino también su paternal providencia *tiene cuidado de ponernos en estado* y *oficio conveniente para* nuestra salvación, inspirando, moviendo y aficionando a cada uno al que mejor *le* está para este fin. *A unos* mueve a estado *de matrimonio, a otros* a estado *de continencia o religión*, y a otros escoge para estado *de prelacía*; porque como en el cuerpo natural hay muchos miembros con diferentes oficios, así quiere que los haya en el cuerpo místico de la Iglesia *y* de la república civil, y *con su providencia ordena que unos sean como cabeza* que gobiernen a los demás; *otros como ojos* que resplandezcan en virtud *y* doctrina; *otros como manos* que ejerciten obras de vida activa; otros *como pecho* y *corazón* que se escondan en lo secreto de la vida contemplativa y unitiva; *otros como pies* que se ocupen en ministerios serviles y humildes; y como nuestro Señor conoce las complexiones, ingenios y caudales de cada uno, así con su providencia les acomoda en el estado y oficio que dice con su natural, si no es que el hombre quiera salirse de la dirección del divino gobierno, y escoger el estado y oficio por su antojo, para malos fines y por malos medios.

2. *De esta verdad* bien ponderada he de sacar grande agradecimiento a nuestro Señor por esta providencia paternal que tiene de nosotros, *con dos advertencias. a) La primera, que* si no he tomado estado, *he de acudir muy de veras a pedírselo,* poniendo medios lícitos que no desdigan de su

divina providencia, la cual me dará el estado y oficio que me conviene por tales medios, si pongo mi confianza en ella. Y si estos que yo alcanzo no fueran bastantes, sabrá poner otros que salgan con su intento. De lo cual hay innumerables ejemplos en la Escritura, como son el casamiento de Isaac con Rebeca; de Tobías con Sara, por medio de San Rafael; la elección de José para virrey de Egipto, y la de David para rey de Israel. 6) *Pero* si ya he tomado estado por traza de la divina providencia, *he de estay muy contento con él,* confiando de alcanzar la vida eterna por tal medio, pues para este fin me le dio nuestro Señor. Y *si el estado o el oficio fuere bajo,* no tengo de correrme ni tenerme por desfavorecido, como ni, al contrario, si fuere alto, tengo de envanecerme ni engreírme, sino, como dice el Apóstol, contentarme con la suerte que me ha cabido de siervo o de libre, de grande o de pequeño, viviendo en la grande con humildad, y en la pequeña con confianza; porque más vale siendo pies de la Iglesia alcanzar el cielo, que siendo cabeza bajar al infierno.

Por tanto, alma mía, alégrate en tu Dios, en cuyas manos están sus suertes, y cualquiera que te diere recíbela con alegría, porque la suerte del estado y oficio que te diere en esta vida, va por su providencia encaminada para que alcances la suerte bienaventurada de la otra.

PUNTO SEGUNDO

Suavidad de la divina providencia en dar a los hombres diversas inclinaciones a diferentes estados.

1. Lo segundo, se ha de considerar *la suavidad de la divina providencia en el repartimiento de los estados* y *oficios,* la cual resplandece en una cosa *tan propia de Dios,* que no hay príncipe ni monarca que pueda hacerla; poique como es Gobernador universal de todo el mundo, y se precia tanto de gobernar con suavidad y fortaleza, *reparte entre los hombres las inclinaciones a diversos estados* y *oficios,* con tan admirable suavidad, que no hay oficio, por pesado y vil que sea, al cual no tenga algún hombre vehemente inclinación, sin inclinarse a otra cosa; y aunque sean hijos de unos mismos padres y hermanos de un vientre, como Esaú y Jacob, suelen nacer con inclinaciones muy contrarias; porque como el ollero de una misma masa hace vasos con diferentes figuras, aplicados a diferentes ministerios, y de una misma materia se hacen diferentes miembros de un cuerpo para diferentes oficios, así la sabiduría y omnipotencia de Dios, de la masa del género humano saca diversos hombres,

aplicados con diversas inclinaciones a diversos oficios; por lo cual he de glorificarle, *mirando cómo todas estas inclinaciones sartén en mi provecho,* para que haya hombres que con gusto *me defiendan en la guerra,* y *me gobiernen en la paz,* y *labren el campo,* y *hagan el vestido* y *lo demás de que tengo necesidad.* Porque, como dice San Pablo: Si todos los miembros fueran ojos, ¿quién anduviera? Si todos fueran pies, ¿quién mirara? Si todos fueran lengua, ¿quién obrara? Y si todos fueran manos, ¿quien hablara? Luego como los oficios de todos los miembros son para bien de cada uno, así los estados y oficios de todos los hombres, y las inclinaciones que tienen a ellos, son para provecho mío; y, como beneficio mío, me han de ser motivo para glorificar a Dios, que con su providencia los repartió de esta manera; y conforme a esto, *he de mirar bien la inclinación buena que Dios me ha dado*, y aprovecharme de ella, tomando con gusto el estado y oficio que conforme a ella me dio, dándole gracias por la suavidad con que me gobierna, queriendo que no vaya violentado y remando en el estado de mi vida, especialmente en el que ha de ser perpetuo o de mucha dura.

¡Oh Padre amantísimo, gracias te doy por la dulzura con que gobiernas a los hombres, haciendo sabrosa a los unos la carga que es pesada a los otros, para que cada uno lleve la suya con facilidad, y todos se ayuden unos a otros con alegría! Concédeme, Señor, que lleve yo la mía con tal aplicación, que sea provechoso para mis prójimos, como deseo que ellos lo sean para mí.

2. Lo segundo, se ha de ponderar *en esta misma suavidad de la divina providencia,* que cuando falta inclinación *natural* para el estado y oficio que nos quiere encargar, nos da liberalmente *inclinación sobrenatural* por medio de las divinas inspiraciones e ilustraciones, las cuales suelen descubrirnos tantas razones de utilidad en el estado y oficio, que aunque sea arduo y dificultoso, *le hacen sabroso* y *fácil.* Y así, vemos por experiencia que muchos por este toque de Dios *tienen vehemente inclinación a dejar el mundo* y abrazar el estado religioso y el oficio trabajoso y humilde, con mayor gusto que otros abrazan otros estados y oficios de más dulzura y facilidad para la carne, porque la gracia suple abundantemente lo que falta a la naturaleza.

3. Y si alguna vez nuestro Señor *no da esta inclinación* y *gusto sensible en la elección del estado,* por lo menos *da razones tan eficaces, que convencen el entendimiento* y le hacen juzgar que le conviene tomarle, y *la voluntad lo acepta* con grande resolución, venciendo la repugnancia natural con la. luz superior del espíritu.

¡Oh Dios de mi alma, en tus manos me arrojo, fiado de tu divina providencia, que me darás gusto y consuelo en llevar la carga que me pusieres! Y si la carne no sintiere los gustos que apetece, bástame que los sienta el espíritu, tomando por su propio gusto hacer el tuyo. Esta sea mi única inclinación: hacer en todo tu voluntad por todos los siglos. Amén.

PUNTO TERCERO

Providencia divina en proveernos de ayudas suficientes para cumplir las obligaciones del propio estado.

1.Lo tercero, se ha de considerar la eficacia de la divina providencia *en proveer de ayudas suficientes para cumplir con el estado* y *oficio* que por su traza se escoge; porque a ninguno manda lo imposible, ni quiere ponerle mayor carga de la que puede llevar, conforme a las fuerzas que tiene y al caudal de gracia que le da. Y así, *a los casados,* para llevar las cargas de su estado, les da gracia especial por el sacramento del Matrimonio; y *a los sacerdotes,* para las cargas del suyo, les da el Espíritu Santo por el sacramento del Orden; y *a los religiosos* da la gracia conforme a las cargas de la religión que cada uno profesa, y a los prelados y gobernadores da espíritu bastante para su gobierno, y cuanto el gobierno es más pesado, tanto es más copioso el espíritu que les da. Y así, cuando Dios quitó a Moisés parte del gobierno del pueblo, le dijo que también le quitaría de su espíritu, y le daría a los setenta ancianos que habían de ayudarle; come quien dice: Yo te daba caudal para toda esta carga; mas pues das parte de ella a otros, daré a ésos la parte de ayuda que te daba a ti, para que puedan llevar la parte de su carga. De donde precede que tan fácil me será por la providencia de Dios llevar la carga doblada como la sencilla, porque me dará fuerzas dobladas para llevarla.

Y así, con grande fervor, puedo decir a nuestro Señor aquello del Salmo: «Pruébame y tiéntame, abrasa mi corazón y mis renes, cárgame con la carga de oficios y trabajos que quisieres, porque delante de mis ojos está siempre tu misericordia y me agrada tu fidelidad, por la cual estoy cierto que aumentarás las fuerzas si aumentares los trabajos.

2. De todo lo dicho he de sacar que es cosa peligrosísima tomar estado contra la voluntad de Dios y por medios prohibidos; porque con esto corto el hilo de los medios que la divina providencia trazó para mi salvación, y a mi cuenta irán los yerros que sucedieren, y merezco que Dios no me dé ayuda para llevar la carga que yo tomé por mi propia

voluntad contra la suya, y me sucederá lo que dijo Cristo nuestro Señor: «Toda planta que mi Padre no plantó, será arrancada»; pero, sin embargo de esto, si el yerro está hecho, y no tiene remedio por ser el estado perpetuo, o por otra causa, no tengo de desconfiar de la divina misericordia, porque es tan infinita su caridad, que si uno se sale por un camino de la traza de su paternal providencia, sabe y puede por otro camino volverse a ella, sacando de los males bienes, y de los yerros aciertos; con tal condición, que, con arrepentimiento de lo hecho, como el hijo pródigo, vuelva confiadamente a ponerse en sus manos, porque no desampara a los que se arrojan en ellas.

De los avisos para elegir estado se dijo algo en las Meditaciones 7 y 8 *de* la Tercera parte.

MEDITACIÓN 47

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS EN LA INSTITUCIÓN DEL ESTADO RELIGIOSO, CON VARIEDAD DE RELIGIONES, Y EN LLAMAR A ALGUNOS PARA ELLAS.

PUNTO PRIMERO

De los fines que tuvo Dios al ordenar que hubiese, religiones en su Iglesia.

1. Lo primero, se ha de considerar cómo la divina Providencia ordenó que dentro de la Iglesia hubiese *casas* y *familias de religiosos* dedicados a su divino servicio, *por muy altos* y *soberanos fines,* ponderando sumariamente los más principales.

a) El primero es para que la religión sea *escuela de la perfección cristiana,* la cual consiste en la perfecta caridad y unión de Dios y con los prójimos, dando de mano a todas las demás cosas que desvían de esto, de modo que se pueda cumplir el precepto de amor con la mayor perfección que se pudiere. Y, por consiguiente, 1a. religión es casa de la caridad, linaje de los que buscan a Dios, morada de los que viven en unión, y congregación de los hijos de la sabiduría, cuya nación y condición es obediencia y amor. *b) De aquí es* que la religión es también *escuela de la imitación de Dios* y *de Cristo,* en la cual los religiosos estudien por imitar

las virtudes ejemplares de Dios, procurando ser perfectos como su Padre celestial lo es, y también imiten al mismo Cristo, guardando no solamente sus preceptos, sino también sus consejos, al modo que Él los guardó, *c) El tercer fin* fue para que la religión fuese *casa de refugio* donde los fieles se recogiesen, huyendo los peligros del mundo, y asegurasen más su salvación por los medios que para esto tiene, poderosos para huir de las culpas y ocasiones de ellas y para ganar las virtudes, con perseverancia en ellas hasta la muerte. De suerte que por medio de la religión se cumpla lo que deseaba David, cuando dijo a nuestro Señor: «Sé para mí Dios amparador y casa de refugio para que me hagas salvo», *d) El cuarto fin* es para que la religión sea *casa de recreación pava Dios nuestro Señor* en medio de la tierra *y paraíso de deleites*; porque como sus regalos son estar con los hijos de los hombres, trazó su providencia que hubiese casa particular de algunos especiales amigos y privados con quien conversase y se recalase, dedicándose ellos a conversar familiarmente con Él; y así, la religión es casa de oración, bodega de los vinos del cielo, retrete del Rey celestial, adonde entra a sus queridos y les descubre sus secretos, *e) El quinto fin* es que la religión fuese *como candelero* de la Iglesia, y *ciudad puesta sobre un alto monte para dar luz a los demás fieles*, así luz de doctrina como de ejemplar vida, la cual confirmase la verdad y pureza de la religión cristiana, y exhortase a todos a seguirla y glorificar a nuestro Padre que está en los cielos, cumpliéndose en los religiosos lo que dice San Pablo: «Vivid sin queja, como sinceros hijos de Dios, sin reprensión en medio de la nación perversa de los hombres, entre los cuales resplandecéis como lumbreras del mundo». *f) El sexto fin* fue para que la religión fuese *lugar diputado para granjear muchos merecimientos* y *grandes aumentos de virtudes,* de modo que subiesen los hombres a muy altos grados de gloria, en compañía de los más aventajados ángeles que hay en ella, por ser la vida que hacen más angélica que humana.

2. Con la consideración de estos *seis fines,* si soy religioso, he de procurar estos *seis afectos* y *deseos,* que sean como las seis alas de los serafines que vio Isaías; es a saber: *perfecto amor de Dios* y *del prójimo-, deseo de imitar la perfección de Dios* y *de Cristo; huir las ocasiones de culpas e imperfecciones* para asegurar lo más que pudiere mi salvación; *conversar familiarmente con nuestro Señor*; *vivir ejemplarmente* para edificación de los prójimos, *y crecer en las virtudes hasta alcanzar grandes aumentos de gloria.* Con estas alas volaré para cumplir las obligaciones de mi estado, fiándome de la divina providencia, que con su espíritu avivará mi vuelo.

¡Oh Padre de misericordias, pues me has llamado a estado tan alto por fines tan soberanos, te suplico que la vida no sea baja, sino que concuerde la alteza de la vida con la del estado, para que con ambas alcance la alteza de la gloria! Amén.

Estos seis fines han de servir de *reglas pava conocer las vocaciones a estado de religión,* porque las que son de Dios, siempre estriban *en alguno* de los motivos que están dichos.

PUNTO SEGUNDO

Motivos por qué quiso Dios tanta variedad de religiones en su Iglesia.

Lo segundo, se ha de considerar cómo la divina Providencia ordenó que hubiese *mucha variedad de religiones, con diversos institutos* y *reglas,* para alcanzar *con más suavidad* los fines referidos, ponderando tres causas principales de esto:

1. Primeramente, como la perfecta caridad tiene *varios actos* en orden a la gloria y culto de Dios y al provecho del prójimo, ejercitando con él *varias obras de misericordia,* así corporales como espirituales, *y una religión sola* no podía resplandecer con eminencia *en todas juntas,* ordenó la divina Sabiduría que hubiese *varios institutos de religiones,* y *que unos* se señalasen *en la contemplación y* amor unitivo de Dios, *y oíros en las cosas del divino culto; otros en la penitencia* y aflicción rigurosa de la carne; *otros en obras de misericordia espirituales* con los prójimos, enseñándoles, predicándoles y administrándoles los Sacramentos; *oíros en obras de misericordia corporales,* sirviendo a los enfermos., o redimiendo cautivos, o defendiendo la Iglesia de sus enemigos. *Y de esta manera en todas las religiones juntas resplandecen todas las obras de caridad con excelencia,* señalándose unas en lo que no se señalan otras. Por lo cual la religión es como *la casa de la divina Sabiduría,* fundada en *siete* columnas, que son los *siete* institutos referidos, labradas con varias labores de medios muy eficaces para alcanzar sus fines, como son; frecuencia de sacramentos, exámenes de conciencia, dirección de maestros espirituales, silencio y clausura conveniente, y otros tales.

2. Lo segundo, como Cristo nuestro Redentor es *dechado de infinita perfección en todo género de virtudes,* de tal modo que no puede una religión esmerarse con eminencia en imitarle en todas, por ser grande nuestra flaqueza para tan alta empresa, *trazó la divina providencia varias*

religiones, y *que unas* le imitasen con excelencia *en la pobreza, otras en la obediencia, otras en el celo, de las almas, otras en la humildad* y ejercicios humildes, dando *cada una* ejemplo de estas virtudes *a la otra* y *al resto de la Iglesia,* la cual, por esta causa, es como reina y esposa de Jesucristo, vestida, como dice David, con vestidura rica de varios colores, semejantes a los de su Esposo, cuyos pasos sigue. *Y conforme a esto,* si soy religioso, he de mirar *cuál es la cosa principal en que mi religión se señala,* así en la imitación de Cristo nuestro Señor, como en las obras de caridad que ha escogido por su amor, y procurar señalarme en ellas, no descuidándome de las otras, para que se pueda decir de mí, por esta singular diligencia, lo que dice la Iglesia de cada uno de los santos; «No se halló otro semejante que así guardase la ley del Señor».

3. Lo tercero, como Dios nuestro Señor conoce que *son muy diversas las inclinaciones* y *complexiones de los hombres,* y que era muy dificultoso acomodarse todos a un modo de caminar *a* la perfección *trazó con su divina providencia que hubiese varios modos para que todos hallasen alguno a su propósito,* acomodado a su inclinación y fuerzas, y por este camino asegurasen más su salvación y creciesen más en la virtud. *Unos* son *inclinados a la soledad,* y les daña el trato con hombres; *otros,* al contrario, son *inclinados a conversar con hombres,* y les daña la soledad. *Unos* tienen *fuerte complexión,* y se inclinan *a grandes asperezas. Otros* son más flacos, y *no pueden sufrirlas tan grandes.* Pues para que todos puedan ser perfectos, quiere nuestro Señor haya caminos apropiados para todos, y a cada uno con su providencia paternal encamina por el que más le cuadra.

¡Oh Sabiduría infinita, que haces todas las cosas con fortaleza y las dispones con suavidad!; gracias te doy por haber edificado dentro de tu Iglesia la casa de la Religión con mucha variedad de institutos, que como columnas la sustentan, y con mesa llena de varios manjares de reglas y documentos acomodados a! gusto y necesidad de sus moradores. Y pues tu soberana providencia se ha dignado arrimarme a una de estas columnas, átame fuertemente con ella, para que, perseverando siempre en tu servicio conforme a mi estado, llegue a ser columna en el santo templo de tu gloria. Amén.

PUNTO TERCERO

Cuidado que tiene la divina providencia de llamar gente a la religión.

Lo tercero, se ha de considerar el cuidado que tiene la divina providencia *en llamar gente para este estado de religión* y *para cada una de las religiones,* ponderando las cosas más señaladas que hay en esta vocación.

1. Lo primero, que ninguno puede tomar este soberano estado ni entrar en la religión como debe, si no es *llamado de Dios con vocación especial para ello,* porque la castidad, obediencia y pobreza religiosa exceden tanto a nuestra naturaleza, que no *puede* por sí mismo atreverse a prometerlas, ni podía guardarlas. Y así, dijo Cristo nuestro Señor de la castidad, que no todos alcanzaban a entenderla, *sino* solamente aquellos a quien era concedido y ninguno puede venir a Cristo imitando su perfección, si su Padre celestial no le trajere, llamándole con sus inspiraciones y ayudándole para que venga.

2. *Lo* segundo, ponderaré que como el estado de religión *no es necesario para entrar en el cielo,* así Píos nuestro Señor *no llama a todos los hombres para que le tomen,* sino *solamente a los que quiere,* y esto, no por sus merecimientos, sino de pura gracia y misericordia, y así, muchas veces deja a los muy buenos en el siglo, y llama a otros no tales para mejorarlos, porque quiere hacerles este bien, conforme a *lo* que dijo a sus Apóstoles: «No me escogisteis vosotros, sino Yo os escogí; Yo os puse en el estado que tenéis, para que vayáis por el mundo y llevéis fruto *que* permanezca».

Gracias te doy, Maestro soberano, porque me escogiste para ser discípulo tuyo en la escuela de perfección, dejando a otros que merecían mejor entrar en ella. No pudiera yo escoger este estado, si tu misericordia no me previniera para ello, y pues ya me has escogido, te suplico me ayudes para que lleve frutos que permanezcan hasta la vida eterna. Amén.

3. *Lo* tercero, ponderaré que los que son llamados de *Dios* para este estado *han de responder a este llamamiento,* por ser grande la merced y favor que con esto les hace, y resistirle es grande descortesía e ingratitud y ocasión de grandes caídas; porque quizá nuestro Señor con su eterna sabiduría ha visto que este estado es el medio de su salvación, y si le rechazan, decirles ha como a los convidados que no quisieron venir a su convite, que nunca más gustarían de su cena. Y lo que dijo al otro que dilataba seguirle; «Quien echa mano al arado y se vuelve atrás, no es apto

para el reino de Dios». Y así, con gran cuidado he de mirar si soy de los llamados, porque si consiento, será señal que soy de los escogidos, y si resisto, puedo temer que soy de los reprobados.

4. Lo cuarto, ponderaré cómo la divina providencia, *con especial vocación* llama a cada uno para la religión que *más le conviene,* atendiendo juntamente a dos cosas; porque en cuanto Gobernador universal de las religiones, *provee a todas de personas* que las vayan conservando, y en cuanto Gobernador particular de cada hombre, *inspira a cada uno* de los que así llama a la religión que *más* le ayudará para su salvación y entera perfección; *y resistirla es gran yerro,* porque fácilmente podrá alcanzar su fin, con suavidad, en la religión para que es llamado, y quizá en la otra no podrá o no perseverará por faltarle el caudal para ello, al modo que se dijo en la Meditación pasada. Con esta consideración daré gracias a nuestro Señor por el cuidado que tiene de todas las religiones, confiando en su providencia que las conservará para su gloria. Y cada uno puede confiar que le llamó para la religión que más le convenía, animándose a perseverar con aumento de virtudes en el lugar donde le ha puesto, hasta que le vea claramente en la santa Sión. Amén.

MEDITACIÓN 48

DE LOS BIENES QUE ENCIERRA EL ESTADO RELIGIOSO Y CUÁN SOBERANO SEA ESTE BENEFICIO.

Para ponderar la grandeza de este beneficio, se han de poner los ojos en las *miserias del mundo* de donde saca Dios al religioso, y en las *excelencias del estado en que le pone,* y en los *premios que en esta vida* y *en la otra* le promete.

PUNTO PRIMERO

Peligros a que están sujetos los que viven en el mundo,

1. Lo primero, consideraré cómo *dentro de este mundo visible,* que es bueno y hechura de Dios, hay otro *mundo* fundado en maldad, *cuyo príncipe es el demonio,* y cuyo empleo, como dice San Juan, es codicia de carne y de ojos, y soberbia de la vida. De suerte que *este mundo es una*

congregación de hombres rendidos al amor desordenado de los deleites carnales, de las riquezas y *honras vanas,* de donde proceden *las espinas* de las culpas y congojas que *punzan* a los mundanos *y ahogan la semilla* de las divinas inspiraciones *y después son cebo de los fuegos eternos.*

Este mal mundo tiene *dos partes. Una* está *fuera de la Iglesia,* que es la congregación de los infieles, los cuales, como carecen de fe, se deslizan en innumerables vicios y no paran hasta despeñarse en los infiernos. Y de este mundo saca Dios por su misericordia *a todos los fieles,* poniéndoles dentro de su Iglesia, donde pueden salvarse. *Otra parte* está *dentro de la misma Iglesia,* que es la congregación de los pecadores que poseen o pretenden con desorden *los regalos, riquezas* y *dignidades, con pérdida de la caridad* y con riesgo de su salvación; porque llevados de su amor resisten al divino llamamiento, como resistieron los tres que fueron llamados a la cena y fueron para siempre excluidos de ella. *En medio de este mundo viven los justos seglares* que poseen lícitamente estas cosas; los cuales también tienen *grande peligro* por las ocasiones que nacen de los bienes temporales que gozan y del mal ejemplo de los mundanos con quien viven, y por las calumnias y molestias que reciben de los que pretenden lo mismo que ellos poseen, por lo cual Cristo nuestro Señor, hablando de un rico que era justo y resistió a la vocación para ser perfecto, dijo: «Que era más fácil entrar un camello por el ojo de una aguja, que un rico en el reino de los cielos».

2. *De este mundo* tan peligroso saca nuestro Señor por su misericordia *a los religiosos,* poniéndoles en un estado desnudo de estas riquezas, deleites y vanas libertades, para que vivan libres de los pecados y peligros que traen consigo. Y así, tantos beneficios recibo de Dios en la religión, cuantos son los vicios y congojas que veo en los que viven fuera de ella; por lo cual he de darle continuas gracias.

¡Oh dulcísimo Jesús, ¿de dónde a mí tanto bien, que me hayas dicho al corazón como a Abraham: Sal de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, y ven a la tierra que te mostraré? Gracias te doy cuantas puedo porque me sacaste del fuego de los caldeos, para que no pereciese abrasado con el fuego de mis codicias; y pues ya me alejaste de este fuego, no permitas que me acerque a él, antes abrásame con el fuego de la caridad para que del todo muera en mí la codicia.

3. Pero más adelante ponderaré la traza de la divina providencia en este caso, porque cuando algunos están pegados a las cosas que poseen en el mundo con peligro de perderse, si no quieren dejarlas de grado por las inspiraciones amorosas con que los llaman, *suele casi forzarlos a que las*

dejen, permitiéndoles caer en trabajos, enfermedades y tentaciones, y a veces en graves pecados, para que, viendo al ojo su peligro, procuren huir de él. Al modo que los ángeles, viendo que Lot no acababa de salir de Sodoma por estar aficionado a las cosas que allí tenía, le asieron de la mano y le sacaron medio por fuerza, para que no fuese abrasado con el fuego que cayó sobre ella.

¡Oh Padre amorosísimo!, ¿qué gracias te daré por haberme compelido a entrar en tu casa para huir del fuego que abrasa al mundo? Consérvame dentro de ella, aunque sea con fuerza de trabajos, para que, libre de los fuegos que me amenazan, alcance los premios que me esperan. Amén.

PUNTO SEGUNDO

La religión contiene en sí tres suertes de bienes.

1. Lo segundo, se ha de considerar cómo el estado religioso encierra con grande excelencia *los tres géneros que hay de bien. El primero,* es el bien *honesto,* que abraza todas las virtudes, así morales como teologales, con los dones del Espíritu Santo. *El segundo,* es el bien *deleitable,* que abraza la paz de Dios, que sobrepuja a todo sentido, y el gozo del Espíritu Santo, con los deleites que nacen de las obras de las virtudes. *El tercero* es el bien *útil* y *provechoso,* que encierra los medios convenientes para conservar y aumentar la vida del alma y alcanzar la vida eterna, y también los que ayudan para pasar esta vida temporal del cuerpo con provecho del espíritu. Todo esto se halla en la religión excelentísimamente, de modo que podamos decir de ella lo que dice el Sabio de la divina sabiduría: «Todos los bienes me vinieron juntamente con ella, y por su medio alcancé innumerables riquezas, y no sabía que era madre de todos los bienes».

2. *Y así es, que la religión es madre de todas las virtudes en su perfección*; ella las cría y sustenta con la leche de su doctrina y las hace crecer con los medios que pone para que ejerciten sus actos, y las encierra con los cerrojos de los votos dentro de su casa, para que no se vayan fuera de ella, y las levanta a tanta grandeza, que compiten con la angélica; porque, como dice San Basilio, no es otra cosa religión que un traspaso del modo de vivir humano al que tienen los santos en el cielo, y por la semejanza de lo que pasa en el cielo se puede conocer la vida que los religiosos profesan en la tierra. Porque acá toman posesión especial del reino de Dios, que es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo, el cual, con

particular asistencia, es Padre de todos estos géneros de bienes, de los cuales la religión es madre, llenando de ellos a sus hijos.

¡Oh Padre amantísimo, gracias te doy por haberme traído a vivir en la casa de la santidad, haciéndome hijo de la que es madre de las virtudes, para que me críe en ellas! ¡Oh alma mía, oye los consejos de tu madre, que dice: Reciba tu corazón mis palabras, guarda mis preceptos, y vivirás, no la vida que solías, sino otra más que humana, vida santa, alegre, pacífica, celestial y divina! Comienza a ejercitar lo que te manda, y probarás por experiencia lo que te promete.

En cada uno de estos tres géneros de bienes se puede discurrir en *particular,* ponderando cómo la religión es *madre* de la caridad, de la contemplación, de la templanza, etc., y de los deleites y provecho que de ella se siguen, al modo que se verá en los ejemplos del punto siguiente.

PUNTO TERCERO

La religión es un admirable concierto entre Dios y el hombre.

Para penetrar más las riquezas inestimables de este estado, se ha de considerar *el coloquio* entre San Pedro y Cristo nuestro Señor, que cuentan los Evangelistas por estas palabras: «Dijo Pedro a Jesús: Nosotros hemos dejado por Ti todas las cosas, y te hemos seguido; ¿qué premio nos darás? Respondió el Señor: Os digo de verdad, que vosotros que me habéis seguido, en la regeneración del mundo, cuando el Hijo del Hombre se sentare en el trono de su majestad, os sentaréis en doce tronos para juzgar las doce tribus de Israel. Y cualquiera que dejare por mi causa hermanos o hermanas, padre o madre, mujer o hijos, o heredades, recibirá cien doblado en este siglo, y después la vida eterna». En esta pregunta y respuesta se ha de ponderar cómo *la religión es un admirable concierto entre Dios* y *el hombre,* por el cual se ofrece el hombre de hacer lo sumo que puede por Dios, y Dios ofrece excelentísimos favores y premio al hombre.

1. Lo primero, ponderaré *lo que el religioso hace por Dios,* reduciéndolo a las dos cosas que dijo San Pedro: *a)* La primera es *dejar por Él todas las cosas que se pueden dejar,* porque con el *voto de pobreza* renuncia al dominio de los bienes temporales que tiene, y el derecho de haberlos, y aun la voluntad de pretenderlos; de modo que si todo el mundo fuera suyo, le dejara, contentándose con el uso de lo necesario para pasar la vida; y esto con dependencia de la voluntad del prelado. *Con el voto de*

castidad renuncia los deleites de la carne, no solamente los ilícitos, sino los lícitos del matrimonio, renunciando el derecho de tener mujer, hijos y familia. Y para conservar esta pureza de la carne se ofrece a mortificarla con la penitencia, clausura y guarda de los sentidos. Con el *voto de obediencia* renuncia a su propia libertad, ofreciéndose a negar su propio juicio y propia voluntad por hacer la de Dios y la de los prelados que en su nombre le gobiernan. *Y para cumplir bien todo esto, deja su padre* y *madre, hermanos, amigos* y *vecinos,* y *su propia tierra,* negándolos a todos, como si no los conociera, y está aparejado a perder la salud y vida cuando la ley de la caridad y obediencia lo pidiere. De donde se sigue que *el religioso ofrece a Dios de sí mismo* y de *todas sus cosas un perfecto holocausto,* dándole, como dice San Gregorio, *todo lo que tiene, sabe* y *puede.*

Pero ¿qué mucho, dulcísimo Jesús, que ofrezca yo tal holocausto de mí por tu servicio, pues Tú ofreciste otro muy mayor de Ti por mi provecho? Tú renunciaste todas las cosas de esta vida por remediarme; razón es que yo las deje por servirte.

b) La segunda cosa es *seguir a Cristo nuestro Señor*, imitando cada uno conforme a su caudal, *las esclarecidas virtudes que en Él resplandecieron,* y *los consejos de perfección que nos enseñó,* mirándole como a dechado de su vida, conversando con Él familiarmente en la oración, siguiendo a este Cordero dondequiera que va, sin perderle de vista ni alejarse de su compañía. Y para que se vea lo mucho que *estas dos cosas* encierran, puedo aplicar a los religiosos lo que dice San Pablo de los santos antiguos, porque con esclarecida fe salen, como Abraham, de su tierra y de la casa de su padre, y viven como peregrinos, esperando la ciudad eterna, cuyo fundador es Dios. Y, como el mismo Abraham, ofrecen en holocausto a su hijo unigénito Isaac, degollando por el voto de obediencia su propia voluntad por cumplir la divina, confiando que Dios podrá resucitarla con mejor vida que antes tenía. Y, como otro Moisés, niegan la filiación y generosidad del mundo, escogiendo vivir afligidos con los justos, antes que gozar los deleites de los pecadores, teniendo los desprecios de Cristo por riquezas más preciosas que los tesoros de Egipto, no haciendo caso de lo que dirán los hombres, porque miran presente al invisible Dios. Con esta fe salen de la tiranía de Faraón, que es el demonio; pasan el mar Bermejo a pie enjuto, rompiendo el muro de dificultades que tiene la entrada en la tierra de la promisión eterna; tapan las bocas de los leones, que son sus pasiones; apagan el fuego de sus codicias; sacan fuerzas de flaqueza en las enfermedades; están fuertes en las batallas y

tentaciones; se visten de pieles groseras y de cilicios ásperos; sufren hambre y sed; buscan las soledades; moran en las cuevas y hacen vida tan excelente, siguiendo los pasos de su capitán Jesús, que no merece el mundo su compañía^. Cuando hubiere cumplido estas dos cosas como San Pedro, en virtud de la fe y confianza en la gracia y omnipotencia del Salvador, puedo decirle: ¿Qué me darás por todo esto?

¡Oh Salvador dulcísimo, no pretendo servirte principalmente por interés, porque harto premio es servirte por quien Tú eres; mas para alentar mi flaco corazón, dime lo que quieres hacer por mí, en premio de lo que yo hago por Ti!

2. Luego ponderaré *lo que hace Dios por el religioso, reduciéndolo a tres cosas* que prometió a San Pedro, por el orden que las dijo:

a) La primera, es *darle el día del Juicio un lugar* y *trono excelentísimo,* por el lugar que dejó en el mundo y tomó en la religión. De modo que cuando los demás hombres han de aparecer ante el tribunal de Cristo para ser juzgados, estarán ellos con los Apóstoles sentados en tronos de gloria, a modo de jueces, con un gozo y honra especial, por haber imitado al Juez en la pobreza, castidad y obediencia, y en las demás virtudes que nos aconsejó en su Evangelio, porque es amigo de honrar a los que le honran y de ensalzar a los que se humillan por honrarle.

b) La segunda promesa es *darle por lo que dejó ciento tanto en esta vida.* Y esta paga *unas veces es* de contado *en la misma moneda,* porque, como dice Casiano y la experiencia lo enseña, dejando una casa o heredad, un padre, hermano y amigo, o fiel criado, halla todas las casas, rentas y limosnas de la religión, y muchos centenares de personas que hacen con él oficio de padre, hermano y amigo, y le sirven con más fidelidad que los seglares; y por la honra que dejó en el mundo, recibe, sin pretenderla, honra cien doblada. Y la providencia especial de Dios es cien mil veces más que todas las cosas que dejó pues por el mismo caso que las dejó por su amor, toma a su cargo darle las convenientes, al modo que arriba se dijo, como lo experimentaron los Apóstoles, a quien dijo Cristo: «Cuando os envié sin bolsa ni alforja, ¿por ventura os faltó alguna cosa?». Y respondieron todos: «Ninguna cosa.» *Otras veces la paga se hace en otra moneda más preciosa,* dándonos en lugar de las cosas que dejamos, tanto consuelo en haberlas dejado, que excede cien veces al que tuviéramos poseyéndolas; porque los deleites del espíritu exceden incomparablemente a los de la carne, y más gusto halla el perfecto religioso en lo deshonra y pobreza, que el ambicioso y avariento en la honra y riqueza. Y para

asegurarnos de esto, dijo el Salvador por San Marcos, que nos daría el cien doblado, con las persecuciones.

¡Oh Padre amorosísimo!, ¿qué gracias te daré por haberme traído a tu casa?, pues de verdad vale más un día de ella, que mil en otra parte; y más quiero ser en ella despreciado, que vivir muy honrado en los palacios del mundo, porque no hay mayor honra y regalo que vivir debajo de tu amparo. ¿Qué puedo dejar por Ti, que no vuelvas por ello cien doblado? Si dejo mis padres, Tú entras a ser mi padre; si renuncio las herencias, Tú eres mi herencia, y si dejo todas las cosas, Tú eres para mí todas las cosas. ¡Oh cambio celestial! ¡Oh trueco divino! Tómame, Señor, por tuyo, pues con tanta liberalidad te das por mío.

c) La tercera promesa es *de la vida eterna*, añadiendo a lo que se promete a todos los fieles *una especial providencia de encaminarles a esta vida por medios tan seguros, que la alcancen con más facilidad* y *con mayores ventajas*. Por lo cual dicen los santos que la perseverancia en la religión es señal de predestinación; porque en premio de haber renunciado su propio parecer y el gobierno de sí mismos, los gobierna Dios con especial cuidado para que alcancen su dichoso premio,

¡Oh alma mía, alégrate por haberte Dios escogido para esté dichoso estado; sea para ti la celda, cielo, viviendo en la celda con la pureza que viven los ángeles en el cielo! Porque si perseveras en ella fielmente hasta la muerte, de ella serás trasladada al cielo, donde reines con Cristo por todos los siglos. Amén.

MEDITACION 19

DE LA PROVIDENCIA ESPECIALÍSIMA QUE TIENE DIOS CON LOS PREDESTINADOS CERCA DE SU BUENA MUERTE Y PERSEVERANCIA EN LA GRACIA, Y CUÁN SOBERANO SEA EL BENEFICIO DE LA PREDESTINACIÓN.

El supremo beneficio que Dios en esta vida nos hace, es disponer con su providencia de tal manera nuestras cosas, *que tengamos buena muerte en gracia* y *amistad suya;* en lo que consiste totalmente nuestra salvación, y se suman los beneficios propios de los predestinados, de quien dijo San Pablo, «que predestinó Dios a muchos para que fuesen conformes con la imagen de su Hijo; y a los que predestinó, llamó; y a los que llamó,

justificó; y a los que justificó, glorificó». En las cuales palabras pone *tres singulares beneficios de los predestinados: El primero es llamarlos* antes de la muerte, de modo que con efecto se justifiquen. *El segundo, justificarlos* de tal manera que *perseveren* en la justicia hasta la muerte. De donde se sigue el *tercero,* que es *glorificarlos con el premio de la gloria* Y a la providencia que Dios tiene de todo esto llamamos predestinación, de cuyas causas, efectos y señales diremos lo que hace a nuestro propósito para nuestro consuelo y provecho.

PUNTO PRIMERO

Providencia de Dios en llamar y justificar. a algunos pecadores.

1. Lo primero, se ha de considerar la *particularísima* providencia que tiene Dios nuestro Señor de llamar y justificar u *algunos* pecadores ames de la muerte, porque los tiene predestinados para el cielo. Esta vocación tan singular consiste en llamarlos en tal tiempo y coyuntura, con tal frecuencia, y eficacia de inspiraciones y con tales toques interiores y exteriores, que vienen a consentir con el divino llamamiento y alcanzar la gracia de la justificación, como sucedió *al buen ladrón* en la cruz: y a veces usa de medios extraordinarios y casi milagrosos, como la experiencia de cada día nos lo muestra. De esto se dijo en la *Meditación* 37.

2. Luego consideraré la *especial* providencia que tiene nuestro Señor *con la muerte de los justos predestinados* para que perseveren en gracia y mueran en ella; porque, *lo primero,* les previene con especiales favores, para que no sean vencidos de las tentaciones, y les preserva de muchas que pudieran derribarles, *Item,* traza el modo de muerte que les conviene para su salvación, o con muchos dolores, o sin ellos, o poco a poco, o de repente, porque la malicia no mude su corazón, ni el verse morir les cause grande aflicción. *Item, a unos* lleva *por grandes temores,* porque no se envanezcan ni se pierdan por soberbia; *a otros, por grandes regalos,* porque no desmayen ni se pierdan por desconfianza, y *a otros* hace *singulares favores* en premio de singulares servicios. *Finalmente,* por medios maravillosos y secretos les concede *el gran don de la perseverancia,* de quien dijo Cristo nuestro Señor: «El que persevere hasta el fin, será salvo. Y porque este don no cae debajo de nuestros merecimientos, hemos de pedírsele, y suplicar a los santos le pidan por

nosotros con fervientes oraciones, pues ellas también son medio de la predestinación.

¡Oh Dios Eterno, cuyas obras son perfectas; pues has comenzado en mí la obra de mi salvación, acábala perfectamente, dándome el don de la perseverancia, con que alcance la corona! ¡Oh santos del cielo, a quien nuestro Señor concedió este don tan soberano, negociadle para mí, suplicándole tenga tal providencia de mi muerte, que sea principio de mi eterna vida! Amén.

PUNTO SEGUNDO

De las causas de la predestinación.

1. Lo segundo, se han de considerar *las causas* de donde procede este soberano beneficio, para que tengamos confianza de alcanzarle.

a) La primera es *la infinita bondad* y *misericordia de Dios,* el cual, viendo que todos los hombres de su naturaleza eran mudables, y que por su libertad y flaqueza era fácil condenarse, resistiendo a los medios de su general providencia, quiso tener otra especialísima de algunos, en los cuales sin sus merecimientos mostrase, como dice el Apóstol, las riquezas de su gloria. Y por esto los llama vasos de misericordia aparejados para gloria suya, como se ponderó en la *Meditación 12*.

b) La segunda causa es *los infinitos merecimientos de Cristo nuestro Señor,* por los cuales quiso el Padre Eterno asegurarle alguna familia de escogidos conforme a su imagen, para que fuese primogénito entre muchos hermanos, parecidos a Él en el ser de gracia y de la gloria, como lo eran en el ser de la naturaleza. Y de aquí es que, aunque estos predestinados son pocos respecto de los que por su culpa se condenan y desechan la conformidad con Cristo; pero absolutamente, como dice San Juan, son muy muchos y como innumerables, porque así convenía a la grandeza de la misericordia de Dios, y a la dignidad del Salvador, y a la eficacia de sus merecimientos.

2. De estas dos fuentes he de sacar *afectos muy gozosos* por esta elección que hizo Dios de *tantos predestinados,* confiando que yo seré uno de ellos, pues en tales prendas estriba mi salvación, con tal que, pues he sido llamado al Cristianismo, *procure,* como dice San Pedro, *por medio de buenas obras hacer cierta mi vocación* y *elección*, porque *de parle de Dios* nunca me faltará bastante ayuda para alcanzar la perseverancia y

buena muerte, aunque quiere su Majestad que todo esto me sea oculto, para que no afloje en su servicio.

Por tanto, alma mía, no te turbes con demasiadas congojas, sino arrójate confiadamente en las manos de Padre tan amoroso y de Redentor tan misericordioso, esperando acabarán en ti con perfección la obra que comenzaron por su gracia. Y pues su voluntad es que la predestinación y perseverancia sea oculta, alábale por ello y cesa de escudriñarla, porque no es razón querer saber lo que Dios no ha querido revelar. Escudriña, como dice el Sabio, las cosas que Dios te manda para cumplirlas, y así llegarás con los predestinados a gozar el premio de ellas.

PUNTO TERCERO

Señales y conjeturas que se pueden tener de la predestinación.

Ultimamente, consideraré cómo *hay muchas señales* y *conjeturas* para conocer los que son predestinados, las cuales deberíamos procurar, así para nuestro consuelo como para nuestro aliento; pues como dijo el Salvador; «No hay mayor motivo de alegría que estar nuestros nombres escritos en el cielo». *Estas señales son:* oír de buena gana la palabra de Dios; obedecer a sus secretas inspiraciones procurar cumplir sus mandamientos y consejos especialmente el dejar por Él todas las cosas frecuentar los sacramentos y el ejercicio de la oración; ser muy devoto de la Virgen y muy inclinado a obras de misericordia y el mismo temor continuo de Dios y de sus juicios es señal de predestinación, porque imprime Dios este miedo para que guarde la viña. Finalmente, por medio de estas obras el mismo Espíritu Santo, como dice San Pablo y declara San Bernardo, va dando *testimonios interiores* a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios; y si hijos, también seremos herederos con Cristo.

¡Oh Rey eterno y Pastor soberano, cuyas ovejas se conocen por oír tu voz y seguir tu vida; concédeme que oiga lo que me dices y cumpla lo que me mandas, para que tenga prendas de ser oveja de tu escogido rebaño, y el día del Juicio me ponga a tu manó derecha, llevándome contigo al reino de tu gloria! Amén.

Para quitar la congojosa solicitud de nuestra perseverancia y *predestinación, ayudará lo que se dijo en la Meditación* 31. F *para asegurarla del modo que acá se puede, ayudará mucho la Meditación que se sigue.*

MEDITACIÓN 50

DE LA HUMILDAD Y RESIGNACIÓN QUE DISPONEN PARA COGER COPIOSOS FRUTOS DE LA DIVINA PROVIDENCIA.

La humildad que dispone para ser favorecidos de la divina providencia, no solamente es la que pertenece a los que han sido pecadores, y *se funda en el conocimiento de nuestros pecados*, del cual se trató en la Primera parte, sino la que pertenece a los muy santos, y a la misma alma de Cristo nuestro Señor. Y *se funda en el conocimiento de la nada que tenemos de nuestra cosecha,* del cual se ha tratado en las meditaciones de esta Sexta parte, en las cuales *se han ponderado cuatro puntos* principales: *El primero,* que todo el ser de mi cuerpo y alma, con todos mis miembros y potencias y con el adorno que tienen añadido, así natural como sobrenatural, *no es mío, sino de Dios,* que me lo dio, y si Él no me lo diera, yo siempre estuviera en el abismo de la nada, como se ponderó en las *Meditaciones 2* y *17. El segundo,* después de recibido todo este ser, yo *no puedo conservarle,* y si Dios no me lo conservase actualmente, luego se volvería en nada, como se dijo en la *Meditación 28. El tercero, el uso* de todas mis potencias y sentidos y todas mis obras están tan pendientes de Dios, que sin su actual concurso nada puedo hacer ni aun pensar, como allí se ponderó. *El cuarto,* por mucho que tenga recibido, todo es nada en comparación del ser de Dios y de sus perfecciones y virtudes, como se dijo en la *Meditación 6.* Añado, *lo quinto,* que de mi cosecha soy fuente de todo lo que es nada, y menos que nada, que es el pecado, al modo que se ponderó en la *Meditación 4* de la Primera parte. *Todo esto se verá recogido en la Meditación que se sigue,* fundándola en la semejanza de que Cristo nuestro Señor usa muchas veces, diciendo: «Si no os hiciereis como pequeñuelos, no entraréis en el reino de los cielos; *y* el que se humillare como este niño, será mayor en el cielo». «Y dejad a estos infantes llegarse a Mí, porque de éstos es el reino de Dios».

PUNTO PRIMERO

Propiedades del niño, que nos hemos de aplicar a nosotros mismos por fundamento de humildad.

Lo primero, se ha de considerar *la humildad heroica* que en esta comparación se representa, y *los frutos* que en ella se cogen de la divina providencia; para lo cual en la presencia de Dios me imaginaré *como un niño pequeño,* cuyas *propiedades* son:

La primera, que si está sucio, no puede limpiarse si no le limpian. *La segunda, si está caído en tierra,* no puede levantarse si no le levantan. *La tercera, si le ponen en pie,* no puede tenerse si no le tienen, ni andar paso si no le llevan. *La cuarta, si tiene hambre o sed,* no puede comer ni beber si no se lo dan.

La quinta, si tiene frío o cualquier otro trabajo o peligro de enemigos, no se puede librar si no le libran, ni defenderse si no le defienden. *La sexta,* por remate de sus miserias, *no sabe ni puede pedir* lo que le falta, *ni aun lo conoce* para pedirlo.

Estas son *las miserias del* niño para las cuales no tiene otro remedio que *la piedad* y *amor de su madre* y *la providencia maternal* que tiene de su hijo. De este modo me tengo yo de imaginar delante de Dios, aplicándome las seis cosas dichas.

1. *Lo primero, es tan grande mi flaqueza,* que por mí solo albedrío *puedo pecar* y mancharme con muchas culpas pero después que peco *no puedo* yo solo lavarme ni limpiarme de ellas, si Dios no me lava y limpia. Y así tengo de decirle como David: «Lávame, Señor, de mi maldad, y límpiame de mi pecado».

1. *Lo segundo, con el peso de mis ruines inclinaciones* y de este cuerpo corruptible, que apesga al alma, *fácilmente caigo* en tierra y estoy postrado en ella con la afición desordenada a las cosas terrenas, porque soy hijo del Adán terreno; pero una vez caído, *no puedo* levantarme a solas, si Dios no me da la mano y me levanta. Y así, para siempre quedaría caído como la casa de Israel, de quien dice un profeta: «Cayó, y nunca más se levantará».

3. Lo terceto, si Dios por su misericordia *me levanta* y pone en pie dándome alguna virtud o espíritu de devoción, *no puedo por mí sólo tenerme,* ni conservar lo que me ha dado, ni dar paso adelante, si Él mismo

no me ayuda a ello, y así, siempre he de estar con temor de caer, conforme al dicho del Apóstol: «El que está en pie, mire no caiga» (.1).

4. *Lo cuarto, si padezco hambre* y *sed* de los manjares espirituales como son los sacramentos, la palabra de Dios y las obras de justicia, *no puedo por* mí solo buscarlos, ni comerlos de modo que me entren en provecho, si Dios no me ayuda a todo esto: y si tengo algún deseo de mejorarme, *no puedo* cumplir mi deseo, si Dios, que me lo dio, no me da también gracia para cumplirle.

5. *Lo quinto, estoy tan rodeado de tentaciones* y *peligros* del demonio, mundo y carne, *que no es posible* por mis solas fuerzas *librarme de ellos* si Dios no me libra; ni tengo armas para defenderme, si Dios no me las da. Siempre estaría frío con pecados y tibiezas, si Dios no me calienta con el fuego de su amor; y siempre estaría encendido con el fuego del amor propio, si Dios no me refresca con el agua viva de su gracia.

6. *Finalmente,* es tanta mi miseria, que *no sé orar ni pedir lo que he menester como me conviene,* si el mismo Espíritu de Dios no me lo enseña, ni aun sé conocer mis peligros y necesidades, si Dios no me descubre la gravedad de ellas. Esta es la miseria que tengo de mi cosecha; de donde se sigue que hacerme niño no es ser ignorante de estas cosas, ni estar caído actualmente en estas miserias, sino reconocerme por sujeto a caer en ellas; y de aquí como de raíz, nace la perfección. Por lo cual dijo San Pablo; «No seáis niños en el sentir y conocer, sino en la malicia y astucia; pero en el sentir y conocer sed perfectos».

7. *Después de haber ponderado estas miserias que tengo de mi cosecha, he de levantar los ojos a ponderar cómo, la infinita caridad y providencia paternal de Dios acude a remediarlas todas* con mucho mayor cuidado que las madres acuden a remediar las de su hijuelos pequeñitos, porque será posible que las madres se olviden de ellos, pero, como dice el mismo Señor, nunca se olvida de los suyos, y así, con su providencia acude a lavarme, a levantarme de la tierra, a tenerme en pie, a darme el manjar conveniente, a defenderme de mis enemigos y a enseñarme a orar, de tal manera, que nunca faltará por su providencia mi remedio, mucho más a punto si estuviera en mi sola libertad. Y así, con el afecto de humildad y desconfianza de mí mismo por verme tan flaco como un niño, he de juntar el afecto de amor y confianza en Dios, por ver el cuidado con que asiste a mi remedio, para que la consideración de mi niñez no me haga pusilánime, antes me aliente mucho más; porque como la madre tiene mayor providencia y cuidado del niño pequeñito que ni puede cuidar de sí ni de su remedio, que no del hijo grande que puede por sí valerse, así Dios

nuestro Señor tiene providencia más regalada y especial de los humildes que se tienen por niños en sus ojos y no de los que presumen y se tienen por grandes. Y así, dice por Isaías, que como madre los regalará, y dará su pecho, y los pondrá sobre sus rodillas, y se alegrará con ellos de la manera que la madre suele hacerlo con su hijo.

¡Oh dichoso el justo que se hace *niño con la humildad,* pues por ella goza de tan admirable y regalada providencia! ¡Oh humildad bienaventurada, por la cual la divina providencia produce frutos tan copiosos! ¡Oh Padre misericordiosísimo!, cuanto más conozco mis miserias, tanto más te amo por el cuidado que tienes de librarme de ellas. Y pues salí de tu omnipotencia como niño necesitado de tu continua ayuda, dámela con tu paternal providencia para que nunca cese de alabarte, pues de la boca de los niños y de los que maman salen las alabanzas que te agradan y agradarán por todos los siglos. Amén.

PUNTO SEGUNDO

El niño se deja a la providencia y cuidado de su madre.

1. Lo segundo, se ha de considerar la resignación humilde que en esta misma comparación se representa y los frutos que con ella se cogen de la divina providencia; ponderando que el niño naturalmente descuida de todas las cosas que ha menester, dejándolas a la providencia y cuidado de su madre. No tiene cuidado de la leche que le han de dar si es buena o mala, ni repara en que le envuelvan en panales de lino delgado o grueso, y en mantillas de seda o jerga: con cualquiera cosa se contenta. No advierte si mora en palacios suntuosos, y si le echan en una cuna blanda y rica, o si mora en una pobre choza y está echado en un vil pesebre. No se envanece con la honra que le hacen por ser hijo de rey, ni se aflige de que le desprecien por ser hijo de esclavo. Finalmente, descuidando él de sí, tal es su suerte cual es la de su padre y madre, y tal su crianza cual es la providencia de los que de él tienen cuidado.

2. *De esta manera* he de procurar *hacerme niño* delante de Dios nuestro Señor, haciendo con virtud lo que hace el niño por naturaleza, apartando de mí todos mis congojosos cuidados, y arrojándolos en Dios, y Él me creará y cuidará de mí, como de niño hijo suyo, proveyéndome de la comida, vestido, honra y lo demás que arriba se ha dicho. Por lo cual he de gozarme de la buena suerte que me ha cabido en tener tal Padre y Madre como Dios, cuya providencia y cuidado para conmigo excede infini-

tamente al que todos los reyes y príncipes y todos los padres y madres del mundo pueden tener de sus hijos. Porque si es verdad, como dice el Apóstol, que quien no tiene cuidado de los suyos, especialmente de los domésticos, negó la fe y es peor que el infiel, ¿cómo es posible que Dios nuestro Señor, que ha dado palabra de cuidar de nosotros, y es imposible negarse a Sí mismo ni faltar en la fidelidad, deje de tener muy gran cuidado de los suyos, que están a su cargo, y mucho mayor de sus hijos, que están en su casa y no tienen otro amparo sino el suyo, por ser niños? De lo cual es regalado testimonio lo que dijo nuestro Señor al profeta Jonás: «¿No quieres que perdone a la ciudad de Nínive, en la cual hay más de ciento y veinte mil hombres, que no saben cual es su mano derecha, ni cuál es la izquierda?». Como quien dice: Cuando no me movieran a compasión los varones que hay en Nínive, bastara para enternecerme ciento y veinte mil niños inocentes, los cuales no hacen caso de las prosperidades, significadas por la mano derecha, ni de las adversidades, significadas por la mano izquierda, porque de todo esto descuidan como niños; pero no quiero descuidar Yo, que soy su Padre.

¡Oh Padre amorosísimo, gracias te doy cuantas puedo por la providencia especial que tienes de los que con humildad y resignación se arrojan en tus manos! No permitas, Señor, que caiga en la ignorancia de Ephraín, que siendo Tú como su ama, y trayéndole en tus brazos, no supo conocer el bien que le hacías, ni el remedio de sus miserias que le dabas. Conózcame a mí y conózcate a Ti, para que mi propia miseria me fuerce a confiar en tu infinita misericordia. Amén.

PUNTO TERCERO

Cinco privilegios de los humildes.

Lo tercero, se ha de considerar *otros cinco favores* y *privilegios de los pequeñuelos* y humildes, *que se* tocan en la sentencia referida.

1. El primero, que *por su pequeñez hallarán entrada en el reino de los cielos*, de tal manera, que los que no se hicieren como niños no entrarán allá. Y, por consiguiente, perderán los medios y fin de la providencia paternal de Dios, sin gozar de ella.

2. El segundo, que *serán grandes en el mismo reino* a la medida que acá se hicieren pequeños, porque cuanto más humildes, tanto serán más

santos en esta vida y más copiosamente premiados en la otra. Por lo cual dijo San Basilio, que el crecimiento en humildad, es crecimiento en toda virtud, y cuanto la humildad es más profunda, tanto la virtud es más alta.

3. El tercero, que quien recibe a uno de estos pequeñuelos en nombre de Cristo, recibe al mismo Cristo, porque como está unido con ellos por amor, cualquier bien que se les hace le toma como si se hiciese a El mismo. Y si Cristo nuestro Señor tanto gusta de que todos reciban a los pequeñuelos y los traten como a su misma persona, ¿con qué gusto los recibirá Él debajo de su protección, en su casa, en su reino y en su cielo? Porque siempre se preció este Señor de hacer lo que enseñaba, y de que su ejemplo precediese a su doctrina.

4. El cuarto, que *quien escandalizare a uno de estos pequeñuelos* dándole ocasión de tropezar en la virtud, *será terriblemente castigado, y* le valiera más con una gran piedra a la garganta ser echado en el mar, que ser piedra de escándalo para los tales; porque como toma a su cuenta el bien que se les hace, así tiene por injuria propia la que padecen ellos.

5. El quinto es que *tienen ángeles de guarda que ven el rostro del Padre celestial*, porque aunque todos los hombres los tienen, como arriba se dijo, pero los humildes especialmente gozan de esta providencia, así de parte de Dios, como de parte de los mismos ángeles que con más particular cuidado acuden a los pequeñuelos porque conocen más su necesidad, y son más rendidos a su Gobernador y más agradecidos al bien que reciben. *En cuya prueba* dice la Escritura, que estando *Agar con su hijo pequeñito Ismael* a punto de perecer de sed, echó el niño junto a un árbol y ella se apartó por no verle morir. Y llorando el niño, se le apareció un ángel y la dijo, que Dios había oído la voz del niño, proveyéndole de agua y prometiendo hacerle cabeza de grande gente. De suerte que, *padeciendo madre e hijo la misma necesidad,* no dice la Escritura que oyó Dios *la voz de la madre,* sino *la, del niño-,* ni vino el ángel por respeto de la madre, sino por respeto del niño, y por él proveyó de agua a ella, para que en este suceso vea dibujado el cuidado tan amoroso que Dios y sus ángeles tienen de los pequeñuelos, cuyas necesidades y lágrimas son voces que les enternecen, y cuando su padre y madre los dejan y echan de sí] Dios los ampara y envía sus ángeles que miren por ellos.

¡Oh dichosa niñez que tanto privas con Dios y con sus ángeles!; tú eres puerta del cielo, medida de la grandeza y perfección; sobre ti abre Dios sus liberales manos, y te llena de copiosa bendición. Por ti ama al que te recibe, y aborrece al que te desecha; al que te ama, mira desde cerca para remediarle y ensalzarle; y al que te aborrece, mira desde lejos para

humillarle y castigarle, Callando tu boca, clama tu necesidad, y tus gemidos llegan al tribunal de Dios, y de allí despacha ángeles que te remedien. ¡Oh quién me diese que te amase y abrazase de todo mi corazón, por imitar al que se hizo niño por mí! ¡Oh dulcísimo Jesús, que amaste tanto la niñez purísima del espíritu, que por ella tomaste también la del cuerpo haciéndote Niño por nosotros, dándonos ejemplo de hacernos niños por humildad!, concédeme que me haga pequeñuelo a imitación tuya, para que, participando de esta pequeñez que escogiste en esta vida, llegue a participar de la grandeza que tienes en la otra por todos los siglos. Amén.

MEDIITACIONES

DEL ÚLTIMO Y SOBERANO BENEFICIO DE LA GLORIA

Con las meditaciones de la gloria daré fin a este libro, porque ella *es fin último de nuestra vida* y *de los demás beneficios divinos,* que son medios ordenados por la divina providencia para alcanzarla; entre los cuales uno muy eficaz es suplicar a nuestro Señor nos dé ojos de fe muy esclarecidos para verla y contemplarla, al modo que los dio a San Juan, cuando dijo: «Vi la santa ciudad de Jerusalén nueva, que bajaba del cielo adornada por Dios como esposa para su esposo, y luego oí una grande voz que salía del trono y decía: Veis aquí la morada de Dios con los hombres».

¡Oh Dios eterno, que haces *bajar del cielo* la celestial Jerusalén, *dando noticia de ella a los que viven en la tierra;* esclarece los ojos de mi alma para que conozca la soberanía de esta ciudad, su grande santidad, su vista de paz, su novedad nunca oída, su adorno maravilloso y el desposorio inefable que contigo tiene! ¡Oh, si sonase en mis oídos la voz de tu inspiración que me dijese: «Mira la morada de Dios con los hombres», descubriéndome la belleza de esta morada y la unión que tienes con sus dichosos moradores! ¡Ea, Esposo dulcísimo de las almas!, muéstrame tu rostro, porque es bello; háblame con tu voz, porque es dulce y descúbreme los bienes que me prometes, para que me anime a pretenderlos de modo que los alcance para gloria de tu santo nombre, Amén.

MEDITACIÓN 51

DE LA GLORIA CUANTO AL ESTADO, LUGAR Y COMPAÑÍA DE LOS BIENAVENTURADOS.

PUNTO PRIMERO

De la gloria y bienaventuranza del paraíso.

Lo primero, se ha de considerar en común *qué cosa es gloria, paraíso* y *bienaventuranza, la cual,* como dicen los teólogos, es *un estado perfecto en quien se juntan todos los bienes*; o es *un estado eterno, seguro e inmutable, libre de todos los males de culpa* y *pena que se pueden temer,* y *lleno de todos los bienes de naturaleza* y *gracia que se pueden desear, y* así, *aquel es bienaventurado,* como dice San Agustín, *que tiene todas las cosas que quiere,* y *no quiere cosa mala*.

1. Esto se puede fácilmente ponderar discurriendo por los males que tengo o imagino que me pueden suceder, y por los bienes de cuerpo y alma que razonablemente puedo desear, quitadas las imperfecciones de este estado en que vivimos, y en su lugar poniendo estas cuatro excelencias: *a) La primera es eternidad*, porque ha de durar cuanto durare Dios, cuyo reino no tendrá fin. *b*) *La segunda es seguridad* de que será eterno, porque saben los santos que ni puede haber culpa por que Dios se le quite, ni mudará el decreto que ha hecho de no excluirlos jamás de su cielo, *c*) *La tercera es inmutabilidad,* porque la gloria esencial nunca se menoscabará ni el gozo se disminuirá, antes se aumentarán a menudo nuevas glorias accidentales que la harán más amable. *d*) *La cuarta es hartura sin fastidio*; de modo que la inmutabilidad sea sin tedio, y el descanso sin cansancio de gozarle, con una continua novedad en el gusto, como el primer día que comenzó.

2. *Estas propiedades* se irán ponderando en cada punto; ahora, en general, puedo ponderarlas, *comparando este dichoso estado con el estado de esta vida mortal,* en el cual, por muy próspero que sea, hay falta de muchos bienes y mezcla de muchos males, y es estado temporal, mudable, inquieto, lleno de tedios y fastidios. Por lo cual Cristo nuestro Señor dijo a sus discípulos: «No queráis allegar tesoros *en la tierra,* donde la herrumbre y la polilla los destruye, y los ladrones escalan la casa y los roban. Atesorad *en el cielo,* donde no hay peligros». En las cuales palabras pone

la *diferencia* que hay *entre los tesoros de la tierra* y *del cielo*: que aquéllos son perecederos, y con efecto perecen por una *de tres causas*: o porque se gastan con el uso, como los manjares, o porque de su interior nace algo que los destruye, como perece el vestido por la polilla que de él procede, o porque alguna causa exterior nos los quita, como los ladrones y los que por engaño o calumnia se alzan con ellos. De donde resulta que quien tiene puesto su corazón en estos tesoros, está sujeto a mil zozobras y amarguras. Pero los tesoros del cielo son incorruptibles y eternos por todas vías, porque no se menoscaban con el uso, sino con la entereza que comenzaron durarán por toda la eternidad, sin marchitarse ni envejecerse. No puede nacer de ellos polilla de culpa que los consuma, y el vaso en que están, aunque de su cosecha es de barro quebradizo, está fortalecido con la divina Omnipotencia sin que pueda quebrar; no pueden ser robados con violencia ni por engaño, porque en el cielo no pueden entrar ladrones ni tentadores, como dijo San Juan. Y aunque los tesoros de la gracia y virtudes corren estos peligros en esta vida, pero hay esta diferencia entre estos tres tesoros: que los temporales pueden ser destruidos, mal que nos pese; los espirituales de la gracia, solamente consintiendo nosotros por nuestra culpa, mas no contra nuestra voluntad; pero los de la gloria, de ninguna suerte, ni es posible querer carecer de ellos.

¡Oh alma mía, si deseas verdaderos tesoros, desprecia *los* primeros con fe viva, procura los segundos con diligencia para que goces de los terceros con seguridad! ¡Oh dichoso estado, que con tales tesoros está enriquecido! ¡Oh sabiduría divina, que eres para los hombres tesoro infinito, del cual los que usan bien participan la amistad de Dios, dame parte de este tesoro de tu gracia, para que alcance los infinitos tesoros de la gloria! Amén.

PUNTO SEGUNDO

De la excelencia y belleza del cielo empíreo.

Descendiendo a lo particular de la gloria, se ha de considerar ante todas las cosas *la excelencia* y *belleza del cielo empíreo,* y de aquel mundo superior que creó Dios para morada de sus escogidos, *el cual está Ubre de todos los males* y *defectos que hay en este mundo* inferior, que se llama valle de lágrimas por estar lleno de innumerables cosas que nos provocan a llorar continuamente, y de todas está vacío el cielo, donde, como dice San Juan, no habrá ni una sola lágrima, porque no habrá ocasión de ella; pero

juntamente tiene todos los bienes que hay en este mundo visible, quitadas sus imperfecciones, y con grandes ventajas. Y así, cuando dice San Juan que *sus plazas* son de oro claro como vidrio, *sus muros* adornados con piedras preciosas, *sus fundamentos* y *puertas* de margaritas y perlas de inestimable valor, *todo esto es pintura,* por no haber acá *cosa más preciosa* a qué comparar lo que hay en el cielo, en cuya comparación es como pintado lo que hay en la tierra, porque, como dice el Apóstol, ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni en corazón de hombre pudo caber cuán grandes bienes tiene Dios aparejados para los que le aman, los cuales exceden incomparablemente a todas las cosas que perciben los sentidos y los discursos que proceden de ellos. Pero particularizando lo que toca al cielo empíreo, *ponderaré cuatro excelencias* de este lugar.

1. La primera, que es *clarísimo,* sin que jamás haya en él tinieblas ni noche, sino un perpetuo día, con una luz apacible, celestial y divina, porque el mismo Dios es su sol y le alumbra con claridad digna de Dios, y el Cordero, que es Cristo nuestro Señor, con el resplandor de su sacratísima humanidad le esclarece y llena de alegría.

2. Lo segundo, es el lugar *templadísimo,* sin la variedad de tiempos que acá nos molestan, porque no hay inviernos, ni estíos, ni otoños, ni calores, ni sequedades, ni humedades, sino un temple uniforme, y tan divino, que no cansa ni enfada. Y así es lugar quietísimo y sanísimo porque no llegan allí tempestades, ni terremotos, ni truenos, ni rayos; no pestilencia, ni aires corruptos, ni maldiciones de esta miserable tierra, porque es tierra de bendición muy cumplida, y tierra propiamente de vivos, donde no puede llegar ni aun lo que es sombra de muerte.

3. Lo tercero, es lugar *seguro, durable* y *eterno,* sin temor ni recelo de que se acabará o arruinará, ni puede entrar allá cosa que le turbe, inquiete o desmorone su entereza, y así, en todos habrá perpetua quietud, serenidad y suavidad perfecta.

4. Finalmente, es lugar *hermosísimo, amenísimo* y *deleitable,* incomparablemente más que todos los lugares deleitables y apacibles de esta vida, mucho más que el paraíso terrenal, que se llamó paraíso de deleites, porque es lugar diputado, no para buenos y malos, ni para peregrinos y viandantes, sino para solos buenos, *y* para premiar a los escogidos que han trabajado fielmente en servicio de su Rey. Pues si tantos bienes puso Dios en este mundo visible, lugar común a hombres y bestias, a justos y pecadores, ¿qué bienes, qué deleites, qué riquezas habrá puesto en el lugar común a hombres y ángeles, pero propio de solos justos?

¡Oh lugar dichoso y bienaventurado! ¡Oh paraíso de deleites inefables y morada digna de nuestro Dios! *¡Oh, cuán* amables son tus tabernáculos y moradas, Señor Dios de las virtudes! Mi ánima los desea, y por la grandeza del deseo desfallece, pensando en estos palacios de mi Señor. ¡Oh, cuándo tengo de morar en ellos, gozando de su hermosura! Cerraos, ojos míos, y no miréis lo que hay en la tierra, porque todo es vileza respecto de lo que veréis en el cielo.

PUNTO TERCERO

Excelencia de los ciudadanos.

Lo tercero, se ha de considerar *la belleza* y *excelencia de los ciudadanos de aquella soberana ciudad,* en cuya compañía espero vivir.

1. Ponderando, lo primero, cómo *el número de ellos* es sin número, pero de tal manera, que con ser innumerables, todos se conocen, y conversan unos con otros con tanta familiaridad, como si fueran pocos, lo cual es materia de grande gozo. De solos los ángeles, dice Daniel que *millares de millares* asistían delante de Dios, y *diez veces cien millares* le servían. Y de los hombres, dice San Juan que era una multitud tan grande, que *ninguno la podía contar*, porque aunque es verdad que su número es pequeño en comparación del infinito número de los condenados, y por esto dijo Cristo nuestro Señor que era estrecha la puerta del cielo y que pocos entraban por ella, pero absolutamente son muchos, y por eso dijo que en la casa de su Padre había muchas mofadas, moviéndonos con lo primero a temor, y con lo segundo a confianza de alcanzar lugar donde tantos le han de hallar.

2. Lo segundo, *la calidad de estos ciudadanos es gloriosísima*; todos son nobilísimos, santísimos, sapientísimos, prudentísimos, afabilísimos y eminentísimos en todas las partes que se pueden desear de condición, complexión, cortesanía, discreción y de toda virtud, porque no puede entrar allí demonio, ni pecador, ni persona que esté manchada con resabio de culpa ni de otra imperfección. Todos son lirios sin espinas, grano sin paja, trigo sin cizaña; porque las espinas, paja y cizaña se quedan fuera del cielo para cebo del fuego del infierno. Pues si tanto gusto recibo en conversar con un hombre sabio, discreto y santo, ¿qué gusto recibiré en tratar con tantos y tan grandes en sabiduría, discreción y santidad?

3. Lo tercero, *el orden con la variedad que tienen es admirable*, porque no son todos iguales en las partes que se han dicho, sino como las estrellas del cielo son diferentes en la claridad y grandeza, así ellos tienen gran diversidad en su hermosura y claridad celestial, pero con sumo acierto y orden en sus grados. *Hay tres jerarquías* y *nueve coros* de ángeles, arcángeles, principados, virtudes, potestades, dominaciones, tronos, querubines y serafines, diferentes en las naturalezas y en los dones de la sabiduría y gracia, con una belleza indecible. *Y entre ellos están los hombres mezclados con sus coros,* y *algunos sobre todos ellos,* porque les exceden en la santidad. Hay coros de patriarcas y profetas, de apóstoles y evangelistas, de mártires y confesores, de pontífices y doctores, de sacerdotes y religiosos, de vírgenes y viudas, y de otros estados, todos con sumo concierto; de modo que podemos decir de ellos aquello de los Cantares: «¿Qué veréis en la Sulamites, sino coros de guerreros?».

¡Oh ciudad pacífica, esposa del pacífico Salomón!, ¿qué otra cosa hay en ti sino coros de santos, que cantan con alegría, y fueron guerreros con gran fortaleza y ahora gozan de la paz que ganaron con su victoria? ¡Oh quién pudiese pelear como estos valerosos soldados pelearon, para que mereciese vivir siempre en su dulce compañía!

De aquí sacaré un *deseo de servir a Dios* con la mayor excelencia que pudiere; porque si puedo llegar al coro de serafines, no tengo de contentarme con otro menor, sino comprar, como este Señor dice, oro encendido y muy probado, para amar con gran fervor y pureza al que es digno de infinito amor.

4. Lo cuarto, *sobre todo campea la unión de tanta muchedumbre,* con tanta variedad, la cual unión es estrechísima y amabilísima; porque todos se aman con un amor ardentísimo en Dios, con suma conformidad de sus voluntades, sin encuentros, ni pleitos, ni ambiciones o envidias. *Los mayores aman tiernamente a los menores* y les desean dar cuanto pueden. *Los menores aman intensamente a los mayores* y se gozan del bien en que éstos les exceden. *El bien de uno es bien de todos,* y *el bien de todos es bien de cada uno*; porque cada uno toma por suyo el bien del otro, y se goza de él como si fuera suyo, por la eminencia de su caridad; todos comen a una mesa de la Divinidad, beben de una copa celestial, tienen unos mismos ejercicios, sirviendo a un mismo Dios con un mismo espíritu; porque Dios está en todos, y es todas las cosas a todos, uniéndolos entre sí mismos y consigo mismo.

¡Oh compañía bienaventurada, en la cual *ni la multitud confunde, ni la grandeza envanece, ni la variedad turba, ni la desigualdad causa desunión ni entibia el amor!*

¡Oh alma mía, si te agrada tan dulce compañía, procura desde luego imitar las virtudes que ves en ella! Sigue su obediencia, cumpliendo la divina voluntad en la tierra como ellos la cumplen en el cielo; imita su fraterna unión y caridad, amando a todos los prójimos como a hermanos, y teniendo paz con todos ellos. Sujétate a los mayores, honra a los menores, gózate del bien de todos, y con esto imitarás en la vida a los que deseas imitar en la gloria.

Estos son los principales frutos que he de sacar de este punto, pidiendo a nuestro Señor me los conceda por los merecimientos de estos nobilísimos ciudadanos, a los cuales también he de pedir lo mismo, deciéndoles:

¡Oh Santos bienaventurados, que os visteis en los peligros que yo me veo, y gozáis ya de la quietud que deseo!, ayudadme con vuestras oraciones, para que imite vuestras virtudes y llegue a tener parte en vuestras coronas, gozando de vuestra compañía por todos los siglos. Amén.

MEDITACIÓN 52

DE LA GLORIA ESENCIAL DEL ALMA Y DEL CUERPO CON SUS SENTIDOS

PUNTO PRIMERO

Bienaventuranza esencial del alma.

Lo primero, se ha de considerar *la grandeza de la gloria que es propia del alma* y *la hace enteramente bienaventurada,* la cual es tan grande que, como dice Santo Tomás, no pudo darla Dios otra bienaventuranza mayor, por encerrar en sí al mismo Dios, y así consiste en que toda estará como endiosada, llena de Dios y hecha un Dios por participación eterna e inmutable, uniéndose Dios con ella como el luego suele apoderarse del hierro y penetrarle, comunicándole su luz y resplandor, su calor y las demás propiedades que tiene, de modo que parece fuego. De

donde resulta que el alma queda harta y llena de todo el bien que desea, conforme a lo que dice David: «Quedaré harto cuando se me descubriere tu gloria». Esto se puede ponderar, discurriendo por *las tres potencias espirituales del alma.*

1. *La memoria* entrará en las potencias del Señor, y se engolfará en el abismo de su divinidad, acordándose de sola su justicia. *Estará llena de Dios,* teniéndole siempre presenté, sin poderse olvidar de Él ni divertirse a otra cosa. Se acordará continuamente de los bienes que ha recibido y recibe con sumo gozo, sin olvidarse jamás de lo que tanto gusto le causa, ni acordarse de cosa que le dé pena, porque si se acuerda de los trabajos y peligros de esta vida y de los pecados que hizo, de todo saca gozo y alegría y motivo de continuas alabanzas a Dios, dándole continuas gracias por los beneficios que le ha hecho, hace y hará sin fin, cumpliéndose lo que dice David: «Brotarán tus alabanzas con la memoria de la abundancia de tu suavidad, y alegrarse han con tu justicia », acordándose cuán justo y fiel has sido con ellos, cumpliéndoles todo lo que les habías prometido.

2. *El entendimiento estará lleno de Dios, con la vista clara de su divinidad* y *Trinidad.* Allí verá sin figuras ni enigmas, rostro a rostro, a todo Dios, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; y cómo el Padre engendra al Hijo, y los dos producen al Espíritu Santo, y los tres son un Dios infinito, eterno, inmenso e incomprensible; verá todas sus divinas perfecciones, su infinita bondad, sabiduría, caridad, omnipotencia y providencia. Verá los soberanos misterios de la Encarnación del Hijo de Dios, de su sacratísima humanidad, y las obras maravillosas que Dios ha obrado de naturaleza y gracia, de modo que cesen las ignorancias, errores, dudas y opiniones que acá tenía. *Cesará la fe,* porque verá lo que creyó; *y la esperanza,* porque poseerá lo que esperó; y en especial verá claramente los secretos juicios de Dios, que acá le daban pena, en el gobierno de los hombres; y más particularmente verá los secretos inmensos de la providencia paternal con que Dios le gobernó y encaminó su salvación para que tuviese efecto; los peligros de que le libró y los beneficios ocultos que le hizo, dándole con esto motivo de sumo gozo. Finalmente, allí se hartará el deseo insaciable que los hombres tienen de saber, viendo a Dios, en quien están todas las cosas, y alcanzarán por un modo inefable lo que la serpiente dijo en el paraíso, que es ser como dioses que saben de bien y de mal, gozando de lo bueno, sin tener parte en lo malo.

3. *La voluntad estará llena de Dios,* unida con su divinidad, con una unión de amor que sea perpetua, continua, entrañable y amigable, con todos los géneros y títulos que hay de amor santo, porque todos caben en

Dios claramente visto, a quien amará como a padre, amigo, esposo, bienhechor infinito, bien sumo, primer principio y último fin suyo. Y de este amor resultará un río continuo y perpetuo y caudalosísimo de deleites inefables, del cual beberá y se embriagará, y estará toda engolfada dentro de los infinitos gozos de su Señor. De aquí es que *el alma estará llena de todas las virtudes,* ejercitando sus actos con sumo deleite:

La obediencia obedecerá a Dios con gran gozo. La humildad se le rendirá con amoroso reconocimiento. *La religión* le dará su culto y adoración con grande reverencia, *y la gratitud,* continuo agradecimiento con júbilos y cánticos, y aleluyas perpetuas; porque allí no habrá pasiones, ni contradicciones, ni cosa que estorbe c entibie la variedad de estos gustos, los cuales serán tan divinos, que no pueden ser conocidos si no son probados; porque son como el maná escondido, cuyo sabor no conoce quien no le prueba.

4. *Finalmente, para entender de una vez la grandeza y hartura de la gloria, ponderaré otra razón que las abraza todas.* Lo que hace a Dios bienaventurado y le harta y da infinito *gozo,* bastante será para hacer en mí proporcionalmente otro tanto; luego como Dios desde que es Dios y por toda su eternidad sea bienaventurado, y esté harto y gozoso, sin fastidio alguno, con sólo verse y amarse, sin tener necesidad de otra cosa alguna fuera de Sí, también yo seré bienaventurado y estaré harto y gozoso con sólo ver a Dios, amarle y gozarle, sin tener necesidad de otra cosa fuera de Él, y sin que en esta obra haya fastidio ni cansancio, sino una novedad eterna y una eternidad siempre nueva, viendo siempre a Dios y deseando siempre verle y gozándome de verle sin cesar.

¡Oh gloria mía!, ¿cuándo tengo de verte con tanta claridad, que hartes los deseos de mi corazón? ¿Cuándo tendré tal limpieza de alma, que pueda ver tu divino rostro? ¡Oh, quién nunca hubiera hecho cosa que desagradara a tu bondad y me impidiera tan dichosa vista! Toma, Señor, todas mis potencias y ocúpalas desde luego en lo que siempre han de hacer. Siempre se ocupe mi memoria en mirarte, mi entendimiento en conocerte, mi voluntad en amarte, mi lengua en bendecirte, mis sentidos y miembros en obedecerte, gozándose todos en Ti, de Ti y por Ti por todos los siglos. Amén.

De lo dicho he de sacar cómo el ejercicio de la oración mental, que es obra de las tres potencias interiores del alma, como arriba se dijo, *es un retrato de la gloria* en el cual consiste la bienaventuranza de esta vida, que llaman *comenzada,* a semejanza de la que nuestra alma tendrá en la otra. Por lo cual con mucha razón dijo San Bernardo, que *la celda para el*

religioso es el cielo, porque los ejercicios que se hacen en el cielo se hacen en la celda, conociendo y amando a Dios, gozando de Él y alabándole con todo su corazón. Y por esto los mismos ángeles se alegran en las celdas, como en los cielos, porque ven allí la obra de la oración, que es obra de los ángeles. Y de la misma manera, a cualquiera que trata de oración, el oratorio será su cielo, si ora como conviene.

PUNTO SEGUNDO

Dotes del cuerpo glorioso.

Lo segundo, se ha de considerar *la grandeza de la gloria del cuerpo bienaventurado con sus cuatro dotes de gloria,* discurriendo por cada una de ellas.

1. La primera dote es *claridad con admirable hermosura;* porque cada uno resplandecerá como el sol, a semejanza del cuerpo de Cristo nuestro Señor; aunque el más bienaventurado tendrá mayor resplandor, y el de Cristo sobre todos; tendrá *perfecta entereza* en todas sus partes, con grande proporción y con un color y figura maravillosa, sin fealdad, ni mancha, ni ruga, ni cosa que desdore su resplandor. Y si alguna herida o llaga recibió en esta vida por Cristo, y queda su señal en el cuerpo, será como esmalte de perlas preciosísimas que le harán muy más hermoso. Y además de la hermosura exterior, será vistosísima y apacibilísima la interior del mismo cuerpo por *su transparencia,* descubriéndose la armonía de los huesos, venas y arterias, con grandísimo resplandor de todas. Y por esto se compara al oro, que es resplandeciente, y al vidrio o cristal, que es transparente.

2. La segunda dote es *impasibilidad inmortal, o inmortalidad impasible,* porque nunca más tendrá hambre, sed, ni dolor o enfermedad, ni recelo de muerte; aunque esté en medio del fuego no le quemará, y aunque penetre ríos y mares no le humedecerán. Siempre tendrá un vigor que no se puede marchitar, y una salud que no se puede menoscabar, y una impasibilidad eterna con sumo gozo de la carne, la cual con el corazón se alegrará en Dios vivo, de quien recibe tan alegre y dichosa vida.

3. La tercera dote es *agilidad o ligereza,* por la cual tendrá el ánima tanto dominio de su cuerpo, que le podrá mover de una parte a otra, sin cansancio ni fatiga, o tardanza penosa, sino con suma presteza y velocidad,

como centella o rayo, discurriendo por el cielo empíreo a su gusto, ya al trono de Jesucristo nuestro Señor, ya al de su Madre o de otros santos.

4. La cuarta dote es *sutilidad o espiritualidad,* porque no estará sujeto a las obras de la vida vegetativa más que si fuera espíritu, y así, pasará sin comidas ni bebidas, sin sueño y sin las demás obras que son comunes a las bestias, 3^ por esto dijo el Salvador: Que en la resurrección no habrá casamientos ni bodas; y que todos serán como ángeles, pareciéndose en esto a los puros espíritus. *Tendrá también sutileza para poder,* en virtud de Dios, *penetrar los cielos* y *otro cualquier cuerpo,* sin que le sea impedimento, como entró Cristo nuestro Señor en el cenáculo cerradas las puertas, 3 salió del sepulcro penetrando la losa con que estaba cerrado, dando con esto muestras de la delicadeza de su cuerpo glorificado.

5. *Estas son las cuatro dotes del cuerpo glorioso,* por cuya consideración me alentaré a *padecer de buena gana las miserias de esta vida,* teniendo por dicha padecerlas, pues han de ser tan bien premiadas.

¡Oh dichosas ignominias, cuyo fin es tanto resplandor! ¡Dichosas penalidades, que causan ser tan impasible! y ¡dichosos trabajos, que son premiados con tantos alivios! ¡Oh, cuán bien dijo el apóstol San Pablo, que no igualan las pasiones de esta vida con la gloria que esperamos en la otra! Anímate, ¡oh alma mía!, a traer en tu cuerpo la mortificación de Jesucristo, pues tu cuerpo humillado será conforme con el suyo glorificado. Abraza en tu carne sus dolores y tormentos, pues tan inmensa es la gloria que has de recibir por ellos,

PUNTO TERCERO

Deleites que gozarán en el cielo los cinco sentidos.

Lo tercero, se ha de considerar *la gloria* y *deleite de los cinco sentidos corporales,* discurriendo por cada uno.

1. *La vista* tendrá sumo deleite *viendo la hermosura de tan innumerables cuerpos gloriosos, con la variedad que habrá en ellos de rostros* y *figuras apacibles.* Y sobre todo, se deleitará en ver *la humanidad sacratísima de Cristo nuestro Señor* y sus resplandecientes llagas, cuya vista será tan gloriosa, que el santo Job, en medio de sus llagas y dolores, se consolaba con la esperanza de ella, diciendo: «Sé que mi Redentor vive, y el día último tengo de resucitar y en mi carne tengo de ver a Dios, al cual tengo de ver yo mismo, y mis ojos le han de mirar, y no otro por mí».

2. *El oído* se deleitará *con oír las dulces palabras que se dirán unos a otros,* llenas de sabiduría, discreción y santidad, y las alabanzas que con sus lenguas darán a Dios, al modo que se dice en el Apocalipsis, que los santos cuatro animales no cesaban de decir: «Santo, Santo, Santo, es el Señor Dios todopoderoso». Y David dice que los santos se alegrarán en la gloria, y las alabanzas de Dios sonarán en sus gargantas; *también se recrearán oyendo músicas celestiales* y *sonidos nuevos,* inventados por la sabiduría de Dios para recrear los oídos que gustaron en esta vida de oír sus palabras para creerlas, y sus preceptos para cumplirlos.

3. *El olfato* se recreará *con el olor suavísimo que tendrán los cuerpos glorificados, especialmente el de Cristo nuestro Señor,* de quien Él dice, que adonde está el cuerpo, van las águilas llevadas de su olor. ¡Oh, qué fragancia y variedad de olores inventará la divina piedad para recrear la carne que dio de sí olor de santa vida!

4. *El gusto* tendrá una hartura y satisfacción celestial sin fastidio alguno, comuicándolo nuestro Señor sin majares *la suavidad que puediera recibir de ellos* con otro modo más sabroso y soberano; porque si el maná siendo uno contenía el sabor de todo manjar con grande excelencia, para regalar a los justos, también sabrá Dios hacer tal modo do sabor, «¡no abrace con eminencia todos los sabores, para regalar a los bienaventurados.

3. Finalmente, *el sentido del tocto,* que está derramado por todo el cuerpo, *estará lleno de deleites santos* y *puros;* de modo que todo el bienaventurado estará como empapado en el río de los deleites de *Dio*s.

¡Oh, cuán bien premiados quedarán allí los sentidos por las mortificaciones que en esta vida padecieron, pues conforme a la muchedumbre de los dolores será la muchedumbre de los consuelos en el alma y en el cuerpo! ¡Oh cuerpo mío, anímate a padecer por Cristo para que gocen tus sentidos del *gozo* que tienen los suyos! Alégrate con las nuevas que te han dado de que has de ir a la casa del Señor.

Y aunque tus pies anden sobre la tierra, *tenlos* con el deseo *fijos en los palacios del cielo* y *en los patios de la celestial Jerusalén.*

¡Oh Jerusalén, madre nuestra, que a modo de ciudad eres edificada de las piedras vivas de tus ciudadanos, unidos con grande paz entre sí mismos, recibe desde luego mí corazón, admíteme dentro de ti con el espíritu, para que a su tiempo me admitas con alma y cuerpo! ¡Oh Dios infinito, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que por tu grande misericordia nos engendraste en el ser de gracia, y nos diste esperanza viva de alcanzar

la herencia que no puede perecer ni mancharse o marchitarse, la cual tienes guardada en los cielos, y la guardas por viva fe en tas escogidos, para manifestársela en los días postreros; engéndrame por tu bondad en el ser de hijo tuyo, conservando siempre en mí la gracia, para que alcance esta soberana herencia de tu gloria! Amén.

MEDITACIÓN 53

DE LA GLORIA EN CUANTO ABRAZA LOS PREMIOS DE LAS OCHO BIENAVENTURANZAS

La grandeza de la gloria declaró Cristo nuestro Señor en el sermón del monte, por los siete premios que prometió a los actos de virtud heroica que llamó bienaventuranzas, de las cuales se trató en la *Meditación n* de la Tercera parte; presupuesto lo que allí se dijo, meditaremos estos *siete premios* como se hallan en la gloria.

PUNTO PRIMERO

El paraíso es el reino de los cielos prometido a los pobres de espíritu, y a los que padecen persecución.

Lo primero, se ha de considerar cómo *la gloria* es *el reino de los cielos* que Cristo nuestro Señor promete *a los pobres de espíritu,* y *a los que sufren persecuciones por la justicia el cual* no es otra cosa que *la vista clara de Dios* y *la posesión de sus infinitas riquezas,* con la santidad, justicia, paz y gozo que tienen los santos en el cielo empíreo; y cada cosa de éstas está allí con grande excelencia, porque la vista es sin mezcla de oscuridades; las riquezas, sin mengua ni pobreza; la santidad, sin género de malicia; la justicia, sin desigualdad ni agravio; la paz, sin cosa que cause discordia; y el gozo, sin rastro de dolor ni de tristeza. *Este reino está dentro de cada uno*, y le posee enteramente sin dependencia del otro; porque aunque no hubiera más que un bienaventurado sólo, éste tuviera su reino entero; aunque también se le recrece no pequeño gozo de la dulce compañía de los otros bienaventurados. De aquí es que todos los moradores del cielo reciben este reino por suyo de tal manera, que son verdaderos reyes y se gozan grandemente de su dignidad real, y reinan

juntamente con el supremo Rey de todos, que es Dios; y así, la Iglesia triunfante se llama reina, la cual está a la diestra de su esposo Cristo, con vestido de oro, adornada con mucha variedad de dones y virtudes, cuales conviene a esposa de Rey tan soberano. Pues ¿qué cosa puede haber más gloriosa que poseer tal reino, y ser rey en compañía de tan esclarecidos reyes, el menor de los cuales es incomparablemente mayor que todos los reyes de la tierra?

¡Oh Rey de los reyes, Señor de los señores, gracias te doy porque das a tus siervos, en galardón de cualquier pequeño servicio, un tan excelente reino! ¡Oh reino infinito y cielo inmenso, estrechado en el corazón del justo, y comprado con las obras de su justicia! Si todos los bienes de esta vida se dan por añadidura al que busca este reino, ¿cuán infinitos serán los bienes que se dan por paga principal al que es digno de alcanzarle? ¡Oh dichosos los que se humillan y empobrecen por su voluntad, o son humillados y perseguidos por la justicia, pues con tal reino serán premiados! Venga, Señor, a mí tu reino, entre dentro de mí, para que yo entre dentro de el y goce para siempre de Ti. Amén.

PUNTO SEGUNDO

El paraíso es aquella tierra prometida a los mansos.

Lo segundo, se ha de ponderar cómo *la gloria* es la dichosa *posesión de la tierra* que se promete *a los mansos*; y excede tanto a ésta que pisamos, cuanto la excede el cielo estrellado en grandeza, hermosura y resplandor. Porque *esta tierra de acá* es tierra de los que han de morir y sepultura de los que mueren en ella, convirtiéndolos en tierra. Es valle de lágrimas, destierro de nuestra patria, y lugar lleno de toda miseria, porque es tierra de maldición, seca y estéril por la culpa de su primer morador. Pero *la tierra que aquí se promete,* es región de vivos, donde ninguno puede morir, y todos truecan la vida terrena en celestial. Es valle de deleites que mana leche y miel de divinas consolaciones, sin suspiros ni lágrimas, ni ocasiones de ellas. Es tierra de bendición y de regadío, con milagrosa fertilidad porque, como dice San Juan, continuamente se riega con un río de agua viva y cristalina que procede del trono de Dios y del Cordero, y en su ribera por ambas partes tiene muchedumbre de árboles de vida que llevan doce frutos al año, y sus hojas son salud de todas las gentes.

¡Oh tierra dichosísima, donde perpetuamente mana el agua viva y clara de la vista de la divinidad de Dios y de la humanidad del Cordero, Cristo Jesús, cuyos moradores son como árboles de vida, que siempre viven bañados con el agua de este divino río, en cuya virtud producen innumerables frutos de nuevos gozos y deleites! ¡Oh dichosos árboles, cuyas hojas dan salud a las gentes que vivimos en la tierra, porque con las sentencias que de ellos oímos y con la protección que en ellos tenemos, esperamos vivir con ellos en el cielo! ¡Oh, quien me diese la posesión de esta dichosa tierra! ¡Oh alma mía, ama la mansedumbre del Cordero Jesús, para que te dé en posesión esta soberana tierra, donde no pueden entrar los cabritos, que estarán el día del Juicio a su mano izquierda, sino solamente los corderos, que han de estar a su mano derecha!

PUNTO TERCERO

El paraíso es aquel consuelo prometido a los que lloran.

Lo tercero, se ha de considerar cómo *la gloria* es el consuelo que se promete *a los que lloran*; en lo cual se ha de ponderar quién es el que consuela., con qué cosas, con qué modo y por cuánto tiempo, *a) Quien consuela* es el que por excelencia se llama *Consolador, Dios de todo consuelo*, y de quien procede todo lo que nos puede consolar, y en el cielo lo hace con eminencia, porque allí hay innumerables cosas que consuelan con suma grandeza, *b) Consuela* la vista clara *de Dios* y *de la humanidad de Cristo,* la presencia de su gloriosa Madre, la compañía de las jerarquías de los ángeles, la suave conversación con los coros de los patriarcas y profetas, apóstoles, mártires y los demás santos de aquella dichosa corte. Cada uno es consolador del otro, en cuanto los bienes de todos consuelan a cada uno. Consuela la seguridad del lugar, la eternidad del estado, la paz de la conciencia, que sobrepuja a todo sentido. *c)* Pero ¿quién dirá *el modo de consolar?* No consuela Dios allí perdonando culpas y moderando tristezas, sino desterrando para siempre las unas y las otras, con una perpetua música de alabanza y acción de gracias, y un continuo aleluya que recrea el corazón. *d) Y todo este consuelo será eterno,* sin interrupción, porque todos están dentro del gozo de su Señor, y ninguno habrá que pueda quitarles el gozo que les ha dado.

¡Oh vida bienaventurada, donde el consuelo es tan eterno como la vida, y la vida tan eterna como el Consolador! ¡Oh dichoso el que llora en esta vida mortal, pues tal consuelo ha de recibir en la inmortal! ¡Oh Dios

de la esperanza, lléname de gozo y de consuelo en creer las grandezas de tu gloria, para que sufra los dolores y tormentos de esta vida, con la firme esperanza de los eternos consuelos que me darás en la otra!

PUNTO CUARTO

La gloria es la hartura prometida a los que tienen hambre y sed de la justicia

Lo cuarto, se ha de considerar cómo *la gloria* es *la hartura* que se promete *a los que tienen hambre* y *sed de la justicia*; la cual hartura es una abundancia de todos los bienes que los hombres podemos razonablemente desear. En lo cual se ha de ponderar que *la tierra es lugar de perpetua hambre* y *sed;* porque unos tienen hambre de manjares y deleites de la carne; otros de riquezas, honras y dignidades del mundo; otros de ciencias y curiosidades de los sentidos, y otros de las virtudes y gracias celestiales. Y ninguno se puede ver harto en esta vida, porque los bienes temporales no pueden llenar nuestro deseo, y los espirituales danse con tasa, y siempre hay gana de crecer en ellos; pues por todo esto dice la divina Sabiduría que quien la come, siempre queda con más hambre. *Pero el cielo es lugar de hartura muy cumplida,* porque, como dice David, todos quedaremos hartos con la vista sola de Dios, la cual enriquece y engrandece tanto, que quita las ganas de todas las riquezas y grandezas de este siglo, porque todas, en su comparación, son miserias y bajezas. Ella harta el deseo de saber, porque con ver a Dios se ven todas las cosas que se pueden desear. Ella también llena el deseo de las virtudes, porque da cumplimiento y última perfección en todas; y con durar esto por toda la eternidad, nunca causa fastidio, antes cada día se gusta con la misma novedad que al principio. Finalmente, allí se cumplirá lo que está escrito, que los escogidos, no r tendrán hambre, ni les afligirá el sol, ni el estío, porque el Cordero los regirá y los llevará a las fuentes de agua viva, y enjugará las lágrimas de sus ojos.

¡Oh alma mía, ten hambre y sed de esta gloria, pues ésta sola basta para darte cumplida hartura! Ten también hambre y sed de la justicia, porque sin ella no podrás alcanzar la grandeza.

PUNTO QUINTO

La gloria es la plenitud de misericordia que se promete a los MISERICORDIOSOS

Lo quinto, se ha de considerar cómo *la gloría* es *la plenitud de misericordia* que promete *a los misericordiosos*, ponderando *tres lugares* que ha} para diversas suertes de hombres, conviene a saber; infierno, cielo y tierra *en medio* de ellos, la cual, como dice San Pablo, es como una grande casa en que hay *vasos* de oro y plata, y también de madera y barró: unos para servir en cosas de honra, y otros en cosas de menosprecio. Unos son *vasos de ira*, diputados para la muerte en pena de sus pecados, y otros son *vasos de misericordia*, diputados para la vida, en premio de sus buenas obras fundadas en la divina gracia.

De este lugar *medio* se proveen moradores para los otros dos extremos. El infierno es lugar diputado para los vasos de desprecio y de ira, en los cuales muestra Dios la suprema ira y venganza de sus enemigos, castigándoles con el supremo castigo que su rigurosa justicia señaló contra ellos. Pero el cielo es diputado para los vasos de honra y misericordia, en los cuales muestra Dios la suprema misericordia que desea hacer con los justos por su infinita bondad y caridad, premiando en ellos las obras de su gracia con el soberano premio de la gloria; de suerte que el cielo es como una casa o aparador lleno de hermosísimos vasos, todos de oro y plata, sin que entre ellos haya vaso de madera o barro que pueda quebrarse con. golpe, o corromperse con carcoma, o abrasarse con fuego. Todos son vasos de honra y gloria, y ninguno hay de desprecio o infamia. Todos son vasos de misericordia, porque desde la eternidad los escogió Dios por su misericordia, y los coronará con infinitas misericordias, como dice David llenando de bienes su deseo y renovando como águilas su juventud, sin temor de volverse a envejecer. De donde inferiré que la gloria, aunque es *corona de justicia*, pero como ésta se funda en *gracia,* mucho más es *corona de misericordia infinita,* la cual alcanzaron los *vasos de misericordia* por haber sido misericordiosos.

Por tanto, alma mía, pues vives entre cielo e infierno, procura ser vaso de oro por la caridad, y de plata por la pureza; purifícate de las culpas y pasiones, y serás vaso de santificación, en quien deposite Dios los tesoros de su gracia, y después los de su gloria. Amén.

Cerca de este punto se puede ver lo que se dijo en las Meditaciones de la caridad y misericordia de Dios.

PUNTO SEXTO

La gloria es la vista clara de Dios prometida a los LIMPIOS DE CORAZÓN

Lo sexto, se ha de considerar cómo *la gloria* es *la vista clara de Dios,* que se promete a *los limpios de corazón*, y en ella consiste nuestra bienaventuranza *esencial.*

En lo cual se ha de ponderar que, así como en la tierra los padres dotan a sus hijas cuando las casan, y las dan ricos dones con que se adornan, y el mismo esposo, el día que lleva su esposa a su casa, la da ricas joyas, así también el Padre Eterno a cada una de las almas que es esposa de su Hijo, en el día que entra en la casa del cielo, donde se perfecciona este matrimonio celestial, da *tres riquísimas dotes de gloria* que responden a las virtudes teologales que tuvo en esta vida, con las cuales se adorna y hermosea, y queda cumplida su bienaventuranza, *a) En premio de la fe,* le da *una luz de gloria excelentísima,* con la cual ve claramente a Dios y todos los misterios que en esta vida creyó, sin que se le encubra ninguno, cumpliéndose lo que dice David: «Con tu luz veremos la lumbre, y con la luz de tu rostro andarán, y en tu nombre se alegrarán, porque Tú eres la gloria de su virtud».

¡Oh, cuán dulce es esta lumbre, y cuán deleitable a los ojos ver el sol! ¡Oh sol de justicia, lléname de esta divina lumbre, para que te vea en tu gloria y resplandor!

b) En premio de la esperanza, le da otra segunda dote que llaman *comprehensión,* que es tener *presente* siempre, *y como en propiedad* y *posesión,* todo lo que en esta vida esperaba y deseaba; allí tiene presentísimo a su Dios, a su Padre y Esposo, a su último fin y todo su bien, y goza de Él como de cosa que tiene en su poder, y con quien está abrazada con seguridad de nunca perderle ni ausentarse de Él, porque ya corrió de modo que *comprehendiese.* Y en aquella primera entrada del cielo, dijo: «He hallado al que buscaba mi alma, tenerle he, y no le soltaré».

c) En premio de la caridad, se le da otra tercera dote de gloria que llaman *fruición o amor,* que es amar sumamente el bien que está viendo, y gozarse de la conveniencia y bondad que tiene con un gozo y deleite inefable, que nace de verse unida con quien tanto ama, amando como es amada y gozándose de este mutuo amor; y así, dice: «Mi Amado todo para mí, y yo todo para Él».

¡Oh alma mía, ama la limpieza de corazón, avivando estas tres virtudes para que Dios te dé sus tres gloriosas dotes! ¡Oh Padre de las lumbres, dame la luz de tu gloria, para que vea lo que creo con la luz de la fe! ¡Oh Verbo divino, Esposo de las almas, dáteme a Ti mismo, para que posea con seguridad lo que deseo con la esperanza! ¡Oh Espíritu santísimo, muéstrame tu bondad, para que goce con hartura lo que amo con caridad!

PUNTO SÉPTIMO

La gloria es aquella divina adopción prometida a LOS PACÍFICOS.

Lo último, se ha de considerar cómo *la gloria* es *la perfecta adopción de hijos de Dios,* que se promete a *los pacíficos*, ponderando que, así como Cristo nuestro Señor fue declarado por Hijo de Dios *dos veces,* una en el Bautismo, y otra en la transfiguración, viniendo sobre Él el Espíritu Santo en figura de paloma o de nube, y sonando la voz del Padre, que decía: «Este es mi Hijo muy amado», así el justo es declarado y publicado de Dios por su hijo adoptivo otras *dos veces. La primera es en esta vida mortal,* cuando le llama y justifica por los sacramentos, y le engrandece con tales gracias y dones, que descubren la dignidad de hijo de Dios, como se declaró en la meditación del Bautismo. Pero *esta adopción* de hijos *es imperfecta,* por cuanto corre peligro de perderse por nuestra culpa, y así, aun los muy santos, como los Apóstoles, que recibieron las primicias del Espíritu, gimen dentro de sí, *esperando la adopción de hijos de Dios*; esto es, *el cumplimiento* y *perfección de la primera adopción* con otra *más perfecta,* figurada por la *transfiguración de Cristo;* la cual se comunica al alma el día que entra en la gloria y *toma posesión de la herencia debida a los hijos,* con derecho para recibir a la fin del mundo *un cuerpo glorificado con las cuatro dotes de gloria* que arriba se dijeron; y entonces descubre Dios la dignidad de los que son hijos, porque, como dice San Juan, ahora somos hijos de Dios, pero no se ha descubierto lo que seremos; cuando se descubriere, seremos semejantes a *Él,* porque le veremos como es.

¡Oh Padre amantísimo, gracias te doy por la herencia soberana que das a tus queridos hijos, aunque ahora los tienes humillados y maltratados, porque castigas al que recibes por hijo, para honrarle y ensalzarle haciéndole tu heredero! ¡Oh, si me gloriase con la esperanza de esta perfecta filiación, viviendo como hijo de tal Padre en la tierra, para que me glorifique y corone de su gloria en el cielo! Amén.

MEDITACIÓN 54

DE LA GLORIA EN CUANTO ABRAZA LOS SIETE PREMIOS QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR PROMETE EN EL APOCALIPSIS A LOS QUE VENCEN

La grandeza de la gloria declaró también Cristo nuestro Señor en el Apocalipsis por *otros siete géneros de premios que* promete *a los que vencen*, esto es, a los que vencen al demonio y a sus tentaciones, a la carne y sus pasiones, al mundo y a sus honras vanas, a los tiranos *y* a sus persecuciones, y a los que se vencen a sí mismos y a su propia voluntad con todos los quereres, mortificándose con perseverancia hasta la muerte. *Y en la promesa* siempre se van proporcionando *el premio* y *corona con el modo de la batalla en que se ganó la victoria,* como se verá en los puntos siguientes.

PUNTO PRIMERO

La gloria es el *árbol de vida* del cual comerá el que vence.

Lo primero, se ha de considerar cómo *la gloria* es el premio que Cristo nuestro Señor promete a *los que perseveran* en, el primer fervor, o con la penitencia, *se reducen a Él,* diciéndoles: «Al que venciere, daré a comer del árbol de la vida que está en el paraíso de mi Dios». En las cuales palabras se ha de ponderar *qué árbol de vida sea éste, en qué paraíso está, qué es comerle,* y *a quién se da por comida.*

a) Lo primero, *este árbol de vida es el mismo Dios,* con todas las grandezas y perfecciones que tiene. *B) Los frutos son las obras que de Él proceden,* o dentro de Sí mismo, como la generación del Verbo eterno por el conocimiento, y la producción del Espíritu

Santo por el amor, o fuera de Sí como es la creación y gobierno del mundo, la santificación y glorificación de los escogidos; y llámase *árbol de vida* porque siempre vive en Sí mismo, y es la misma vida infinita, y es fuente de la vida, así de la vida de naturaleza y gracia, como de la gloria y vida eterna.

¡Oh Trinidad beatísima, me gozo de que seas árbol de la vida, de quien proceden vidas tan preciosas! Consérvame, si conviene, la vida

natural, aumenta en mí la vida de la gracia, y dame después la vida de la gloria. Amén.

c) El paraíso donde está este árbol, *es el cielo empíreo,* en donde brotan con grandísima abundancia los deleites que son propios de Dios, de los cuales goza quien come de él, y *la comida es* mediante la vista clara de la Divinidad, y también de la humanidad de Cristo nuestro Señor, en cuyo conocimiento está la vida eterna; y es tanta la eficacia de esta comida, que convierte *en árboles de vida* a los que la comen, por la semejanza grande que tienen con su Dios; y así, el mismo San Juan, al fin del Apocalipsis, llama a los bienaventurados *árboles de vida,* que están a las riberas del río que riega la ciudad de Dios, y llevan cada uno doce frutos, porque perpetuamente viven y brotan nuevos y muy sabrosos afectos y gustos con que conservan y van continuando sin fastidio su dichosa vida. *Esta es la gloria* disfrazada por nombre de comida tan gloriosa que Cristo nuestro Señor promete *a los que vencen,* y si no venzo, no podré recibirla.

Por tanto, toma el consejo de tu Redentor; y si has perdido la primera caridad, procura recobrarla y vencer la tibieza; vive como árbol plantado a las corrientes de las aguas de la gracia, para que comas los frutos de este árbol de vida por todos los siglos. Amén.

PUNTO SEGUNDO

La gloria es aquella *corona* prometida a los vencedores de todas las tentaciones.

Lo segundo, se ha de considerar cómo *la gloria* es el segundo premio que promete Cristo nuestro Señor *a los que son fieles en todas las tentaciones* y *persecuciones hasta la muerte,* diciendo que les dará *la corona de vida,* y el que venciere no recibirá daño de *la muerte segunda*.

1. *En lo cual se ha de ponderar:* lo primero, que *los que en esta vida son vencidos* del demonio y de sus ministros, y por temor o flojedad se rinden al pecado aunque se escapen por un poco de tiempo de *la muerte primera,* que es la muerte natural, pero caen en *la muerte segunda* del pecado, y después en *la muerte eterna* del infierno. De suerte que, no solamente no gustarán del árbol de la vida, que está en el paraíso de los deleites, sino serán echados en el abismo de las penas, donde les darán a comer del árbol, si así se puede decir, de la muerte, cuyos frutos son fuego,

piedra azufre, gusanos, serpientes, llantos y crujir de dientes, y beberán el cáliz amarguísimo de la ira de Dios hasta la hez.

2. *Pero,* al contrario, *los vencedores,* aunque padecen algún daño *de la muerte primera,* porque suelen quedar muertos, cuanto el cuerpo, en la batalla, como quedaron los mártires, pero ningún daño reciben de *la muerte segunda del pecado,* ni *del infierno,* porque Dios les libra de ello, coronándoles *con corona inmortal,* que siempre viva, y con una vida tan dichosa que sea corona de su victoria; y de aquí es que la muerte primera del cuerpo no les daña, antes les aprovecha, y se alegran con ella, y les sirve de paso para la vida; porque, como dice la Sabiduría, están sus almas en las manos de Dios, y así, no puede tocarles lo que es tormento y malicia de la muerte.

3. Y finalmente, el día del Juicio les librará también de *la muerte primera del cuerpo;* porque *los vencidos* resucitarán a una vida que será segunda muerte, siendo echados en los estanques eternos de fuego y piedra de azufre; pero *los vencedores* resucitarán a nueva vida gloriosa, y no tendrá en ellos poder alguno esta segunda muerte, porque su cuerpo, no solamente será inmortal, sino impasable, resplandeciente, y gozoso con su nueva vida.

¡Oh Salvador mío, abre los oídos de mi alma para que oiga lo que tu divino Espíritu dice a las Iglesias, y ayúdame a pelear contra mis enemigos y-tuyos con tal fervor, que aunque muera el cuerpo, no muera el alma, ni me toque la muerte eterna! Concédeme que persevere fielmente en tu servicio hasta la muerte, para que reciba de Ti la corona de la vida. Amén.

PUNTO TERCERO

La gloria es el *maná escondido,* la *piedra blanca* y el *nombre nuevo* prometido al que vence.

Lo tercero, se ha de considerar, cómo *la gloria* es el tercer premio que Cristo nuestro Señor promete a *los que resisten a sus enemigos* y *huyen de su perversa compañía,* diciéndoles: «Al que venciere, daré un maná escondido, y una piedra blanca, y en ella escrito un nombre nuevo, el cual ninguno le conoce, sino quien le recibe.

En las cuales palabras se ha de ponderar *qué maná sea éste,* y *qué piedra blanca, qué nombre nuevo, y quién es el que le recibe* y *conoce.*

1. Lo primero, este maná es *la dulzura de la Divinidad* que se gusta en la gloria, la cual, como el maná, con un modo eminentísimo abraza todos los géneros de deleites que pueden dar las riquezas, dignidades, amigos y todas Las cosas creadas, y cuantos pueden percibir los sentidos, con lo cual descubre Dios la dulzura con que regala a sus hijos; pero llámala maná escondido, porque es secreta y desconocida de los hombres de la tierra, aunque es manifiesta y muy experimentada de los justos en el cielo, y aun acá tienen algunos barruntos de ella. Por lo cual dijo David: «¡Oh, cuán grande es la muchedumbre de tu dulzura, que tienes escondida para los que te temen!». Es *mucha* por la variedad de favores celestiales que encierra, y es *grande* por la grandeza que tiene cada uno de ellos.

¡Oh, cuán dulce es la sabiduría de Dios al que la ve y cuán dulce su bondad al que la ama! Cuanta dulzura puede apetecer nuestra, voluntad, tanta y mucho mayor nos dará en la gloria su divinidad.

2. Lo segundo, *la piedra blanca* que se da en la gloria es *un preciosísimo testimonio interior* que da Dios al bienaventurado, por el cual *conoce* que está aprobado y *escogido para gozar siempre de Él* con grandísima seguridad de que nunca será reprobado ni excluido de la gloria ni le darán *la piedra negra* que se da a los malaventurados en señal de su eterna reprobación y condenación y llámase *piedra blanca,* porque la da el Espíritu Santo a los que lavaron y blanquearon sus almas con la sangre del Cordero, y es piedra preciosa que se da con esta regalada comida del maná para enriquecer a los convidados y asegurarles de la perpetuidad de su convite. Y si en esta vida tanto alegran al justo los testimonios que da el Espíritu Santo de que su nombre está escrito en el libro de la vida, ¿qué alegría será verse ya, no con testimonios inciertos o dudosos, sino ciertos y evidentes de que para siempre ha de gozar la dulzura que ha gustado? Y el día del Juicio a los escogidos que vencieron dará Cristo nuestro Señor *esta piedra blanca* que es la sentencia de aprobación pública con que dirá: «Venid benditos de mi Padre, a poseer el reino que os tengo aparejado desde el principio del mundo»; y a los reprobados que fueron vencidos dará *la piedra negra* de la sentencia de su condenación.

Por tanto, alma mía, mira cómo vives, porque en la hora de la muerte se ha de ver y votar tu pleito, y el voto no es más que uno, porque uno sólo es el juez; y si has vivido mal, declarará su voto con piedra negra de tu condenación; pero si has vivido bien, declarará su voto en tu favor, dándote la piedra blanca de tu aprobación y salvación.

3. Lo tercero, *el nombre* que está escrito en esta piedra es el nombre de *hijo de Dios* y *heredero de su reino,* el cual se declara con esta

aprobación, porque entonces el Espíritu Santo dará testimonio interior a los escogidos que son hijos de Dios; y sus hijos, herederos, y herederos de Dios, en compañía de Cristo. Y llámase este *nombre nuevo,* porque la perfecta adopción de hijos y la herencia de la gloria se les da de nuevo, y se conservará perpetuamente con esta novedad, cuya excelencia es tan grande, que no es posible conocerla ni estimarla como merece, si no es recibiéndola en la gloria.

¡Oh, dichosos los que vencen los pecados, pues tal premio han de recibir por su victoria! ¡Oh, qué alegres estarán con la comida del maná! ¡Qué ricos y contentos con la piedra blanca de su perpetua aprobación!, y ¡qué honrados y gloriosos con el nuevo nombre de hijos de Dios!

Hasta los mismos condenados, con una vislumbre que tendrán de todo esto el día del Juicio, dirán a voces; «Nosotros, locos, teníamos su vida por locura, y su muerte por infame: Mirad cómo han sido contados entre los hijos de Dios, y su suerte les ha cabido entre los santos».

¡Oh santos gloriosos, cuya suerte fue tan dichosa que os cupo la piedra blanca de la eterna aprobación!, alcanzadme del Padre celestial, que os ha tomado por hijos y herederos, que viva yo de tal manera en la tierra, que alcance con vosotros la misma suerte en el cielo. Amén.

PUNTO CUARTO

La gloria es aquella *potestad* y *estrella* prometidas al que vence.

Lo cuarto, se ha de considerar, cómo *la gloria* es el cuarto premio que Cristo nuestro Señor promete *al que vence* y *guarda hasta el fin sus obras*, esto es, sus preceptos, haciendo las obras que Él hizo, al cual dice: «Yo le daré potestad sobre las gentes, y las regirá con vara de hierro, quebrantándolas como vaso de barro, al modo que Yo recibí esta potestad de mi Padre. Y juntamente le daré la estrella de la mañana».

1. En lo cual se ha de ponderar, lo primero, *la grande honra que Cristo nuestro Señor hace a los santos* que en esta vida fueron *oprimidos* y *afligidos por los pecadores,* trocando las suertes de unos y otros; porque a los justos dará señorío y potestad sobre las gentes que les afligieron, aunque sean reyes y príncipes, a los cuales tendrán debajo de sus pies, y se alegrarán de la justicia y severidad con que Dios los castigará con vara de hierro rigurosa, quebrantándolos como vasos de barro que no son de

provecho. Por lo cual dijo David en un salmo; «Alegrarse han los santos en la gloria, y regocijarse han en sus moradas; las alabanzas de Dios sonarán en sus bocas, y tendrán cuchillos de dos filos en sus manos para vengarse de las naciones, y castigar a los pueblos, y aprisionar a los reyes con grillos, y a los nobles con esposas de hierro, para hacer de todos el juicio determinado. Esta gloria tendrán todos los santos».

¡Oh gloria verdadera, gloria maciza e inefable, ordenada por Dios para honrar a sus santos! ¡Oh, cuán honrados son, Señor, tus amigos, y cuán ennoblecido es su principado, pues les das la potestad que Tú recibiste de tu Padre, porque vivieron sujetos a tu gobierno! Gracias te doy por la honra que les haces, y concédeme que los imite en la vida, para que tenga parte en su gloria. Amén.

2. *La estrella de la mañana* que se aquí se promete *es Cristo, Dios* y *hombre,* el cual se llama a Sí mismo con este nombre, porque, en cuanto Dios, fue engendrado de su Padre *como resplandor eterno*, antes del lucero. Y en cuanto hombre, nació en el mundo, y después resucitó *como príncipe de la luz* y primicias de la resurrección. *Esta estrella* da Cristo *a los que vencen* y *le imitan en sus obras,* para que le vean y gocen, y vengan a ser, a su imitación, estrellas del firmamento, y tengan parte en su gloriosa resurrección, resucitando con un cuerpo glorificado semejante al suyo.

¡Oh amantísimo Jesús, que naciste como estrella de la mañana para desterrar del mundo las tinieblas de la ignorancia y las tristezas y amarguras de la culpa; hazme estrella en tu Iglesia militante, para que, resplandeciendo con la luz de la vida y doctrina, sea después estrella resplandeciente en la Iglesia triunfante por todos los siglos! Amén.

PUNTO QUINTO

La gloria es el triple premio prometido a los que no mancharon las vestiduras de su alma, y tuvieron obras llenas delante de Dios.

Lo quinto, se ha de consideran cómo *la gloria* es el quinto premio que Cristo nuestro Señor promete *a los que no mancharon las vestiduras de su alma,* y *tuvieron obras llenas de la presencia de Dios*, a los cuales dice: «El que venciere, será vestido con vestiduras blancas, y no borraré su nombre del libro de la vida, antes le confesaré delante de mi Padre y de sus

ángeles». En las cuales palabras se incluyen *tres excelencias de la gloria* con que premia Dios *a los que vencen.*

1. La primera es vestirlos de vestiduras blancas, adornando *sus almas* con la riquísima vestidura de la gracia y de la luz de la gloria, con una pureza divina, llenándolos de perpetua alegría, y vistiendo también sus cuerpos con la rica vestidura de la inmortalidad impasible, y de la impasibilidad resplandeciente, y del resplandor hermosísimo, mucho más que el sol, cumpliéndoles lo que está escrito: «En su tierra serán vestidos con doblada vestidura.).

¡Oh dulce Redentor!, gracias te doy por estas vestiduras de gloria que tienes aparejadas en el cielo para los que se vistieron la^ vestidura de tu gracia en la tierra: vísteme, Señor, con ésta, para que sea digno de que me vistas con esotras.

2. La segunda excelencia es *no borrar su nombre del libro de la vida;* esto es, *asegurarles de que para siempre estarán con Él en su gloria,* y que como desde su eternidad los escribió en su entendimiento y voluntad, escogiéndolos para ser bienaventurados, así permanecerán por toda la eternidad. Y, por consiguiente, les asegura que nunca serán echados en el estanque de fuego, donde han de estar los que no estuvieron escritos en este libro.

3. La tercera excelencia es *confesarlos* y *alabarlos delante de su Padre* y *de sus ángeles,* preciándose de tenerlos en su compañía, y publicando los servicios que le han hecho, para que sean honrados de todos. Lo cual hará más extendidamente el día del Juicio delante de todos los hombres, y aun de los mismos malos, así para confundirlos, como para que vean cuán bien cumple la palabra que dio de honrar a los que le sirven con fidelidad.

¡Oh, Dios eterno, que no te desdeñas de llamarte Dios de Abraham y de los demás justos que peregrinan en la tierra, porque les tienes aparejada una riquísima y nobilísima ciudad en el cielo!, gracias te doy por esta honra que les haces, y humildemente te suplico no te desdeñes de tomarme por tu esclavo, para que no me deseches para siempre de tu reino. Amén.

PUNTO SEXTO

Los que en esta vida fueron columnas de la fe serán *columnas* hermosísimas e inmóviles del templo de la gloria.

Lo sexto, se ha de considerar cómo *la gloria* es el sexto premio que Cristo nuestro Señor promete *a los que perseveran en retener el bien que han recibido,* diciéndoles: «Al que venciere, haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá fuera, y sobre él escribiré el nombre de mi Dios, y de su nueva ciudad de Jerusalén, que viene del cielo, y mi nombre nuevo».

Aquí se ha de ponderar, lo primero, cómo *los que vencen a los enemigos de Cristo* y *son como columnas que sustentan la fe* y *la Iglesia* con su vida y doctrina, *serán en el cielo honrados como columnas,* alabándoles todos por la santidad y fortaleza que tuvieron en la tierra, y allá les hará Dios columnas de su templo celestial para adorno y atavío suyo, labrándolas mucho mejor que Salomón labró las columnas de su templo, con mil labores de gracias y virtudes. Y serán columnas fuertes e inmutables, porque nunca dejarán el lugar que Dios les diere, ni saldrán jamás del cielo, al estado que antes tenían. En lo cual se diferencian de los justos que son columnas de la Iglesia, los cuales, por ser de su cosecha mudables, algunas veces vienen a caer de su estado. Y por esto dijo Cristo nuestro Señor: «Ten lo que tienes, porque no lleve otro tu corona, y si vences, Yo te haré columna en mi templo, y nunca saldrás fuera de él».

¡Oh dulce Redentor, columna de la Iglesia militante y triunfante, que edificaste tu casa en la tierra sobre siete columnas de grande fortaleza; concédeme que viva con tal firmeza en tu servicio, que llegue a ser columna en tu santo templo!

2. Lo segundo, se ha de ponderar cómo Cristo nuestro Señor, *para honrar más a estas columnas celestiales,* promete que ha de escribir en ellas *tres nombres,* conviene a saber: *el nombre de Dios, el de la ciudad nueva de Jerusalén,* y *su nombre nuevo, que es Jesús* y *Salvador*, para significar que Dios los toma por cosa suya, y ellos son obra de sus manos, de la cual se precia, y que son ciudadanos perpetuos de la celestial Jerusalén, gozando para siempre la dichosa vista de paz que su nombre significa. Y, finalmente, el mismo Jesús imprime en ellos los frutos de su nombre, manifestando en ellos la riqueza de la salud que ganó para todos.

¡Oh, qué hermosas estarán estas celestiales columnas con la escultura de estos tres gloriosos nombres! ¡Oh Dios de mi alma, imprime tu nombre

en mi corazón, de modo que no se borre por mi culpa! ¡Oh dulce Jesús, estampa tu dulce nombre en mis entrañas, imprimiendo en mí los afectos de tu salud! ¡Oh ciudad de Jerusalén, que bajas del cielo, dándote a conocer en la tierra; tómame por tu ciudadano, mediante la amorosa confianza, y después con la eterna posesión! Amén.

PUNTO SÉPTIMO

La gloria es el *trono* prometido al que venciere.

Lo séptimo, se ha de considerar cómo *la gloria* es el séptimo premio que Cristo nuestro Señor promete *a los que vencieren la tibieza de vida* que le provoca a vómito, diciéndoles: «Al que venciere, Yo le concederé que se siente conmigo en mi trono, así como Yo vencí y me senté con mi Padre en su trono».

1. En las cuales palabras se ha de ponderar la suprema grandeza que tendrán los santos en la gloria, por *la grande Conformidad con Cristo nuestro Señor en ella;* la cual, aunque no llega a igualdad, pero para manifestar su grandeza, se declara por palabras que significan *igualdad.* Y por esto dice: Al que venciere, Yo le concederé que esté en mi reino, no en pie como criado que sirve, sino sentado con grande quietud y majestad, como príncipe y grande de mi corte. Y estará sentado, no apartado de Mí, sino junto conmigo, en mi compañía y en mi presencia conversando conmigo familiarísimamente, y participando de mis bienes. Y estará sentado conmigo, no como quiera, sino *en mi mismo trono,* sin que baya entre nosotros cosa partida; de modo que también tenga parte en la honra que se me hace; que es decir: Le daré la dignidad de Dios del modo que es capaz de ella, para que goce de la excelencia que "Lucifer pretendió por malos medios y no la alcanzó, cuando dijo: «Subiré al cielo, pondré mi trono sobre las estrellas, me sentaré en el monte del Testamento, subiré sobre la altura de las nubes y seré semejante al Altísimo.

¡Oh, Dios altísimo, gracias te doy cuantas puedo, porque concedes a los hombres que vencen la soberbia, lo que negaste a Lucifer y a los ángeles que fueron vencidos de ella! T ú levantas del polvo al pobre, y del estiércol al mendigo, para sentarle con los príncipes, para que tenga silla y trono de grande gloria. En esta vida, estuvo en pie velando y traba]ando; en la otra, estará sentado, reposando y descansando. Acá estuvo en el más bajo lugar, postrado en el polvo y hez de la tierra; allá estará en el más alto lugar, levantado en el trono y grandeza del cielo. Acá fue semejante al

Altísimo en las virtudes, y allá lo será en los premios que mereció por ellas. ¡Oh Rey eterno, si en esta vida mortal honras tanto a los que te sirven, que dices de ellos: «Yo dije dioses sois vosotros, e hijos del muy Alto», ¿cuánto más los honrarás en la vida inmortal, dándoles la dignidad de dioses, del modo que son capaces? Dichosos los que te sirven, pues tanta grandeza alcanzan.

2. Luego ponderaré *la comparación* que Cristo nuestro Señor pone para declarar más la grandeza de este premio, diciendo: «Se sentará conmigo en mi trono, *así como* Yo vencí y me senté con mi Padre en su trono»; que es decir: Yo padecí grandes trabajos y persecuciones del demonio y de sus ministros, y de todos salí victorioso, y por esta victoria mi Padre me levantó sobre los cielos, y me sentó a su mano derecha en su trono. Pues *de esta manera,* a los que padecieren por mi causa y pelearan hasta vencer, Yo les haré la honra que mi Padre me hizo, conforme a los merecimientos de cada uno, poniéndoles a mi mano derecha y en mi trono, dándoles la preeminencia de gloria que sus servicios hubieren merecido.

¡Oh dichosos trabajos, con los cuales se alcanzan tan soberanos premios! ¡Oh dulce victoria, aunque penosa a la carne, a la cual responde trono tan glorioso para el espíritu! Anímate, alma mía, a pelear por Cristo hasta alcanzar la victoria, pues te promete que reinarás con Él en el trono de su gloria.

CONCLUSIÓN DE TODO LO DICHO

De lo dicho en estos puntos *concluyo con una sentencia admirable, que abraza cinco cosas* que se han meditado *en todo este libro,* poderosas para aficionarnos al divino servicio; es a saber: *que no igualan todos los trabajos de esta vida, ni con el infierno* que he merecido por mis pecados, *ni con el cielo* que me está prometido, *ni con lo mucho que mi Redentor hizo* y *padeció* por mi remedio, *ni con la infinita bondad* y *majestad de Dios,* a quien sirvo, *ni con los innumerables beneficios que me ha hecho* y *espero que me hará,* concediéndome los premios de la gloria. Y esta *confianza* de alcanzarlos, ha de estribar principalmente en *la bondad* y *caridad* de Dios que los promete, y en *los merecimientos* de Jesucristo nuestro Señor, que los ganó, y en *el deseo* que muestra de hacerme participante de ellos, y en *los muchos medios* que me ha dado para que los negocie, y en *la posesión* que el mismo Salvador *ha tomado,* no solamente para sí, sino también para todos los que quisieren unirse con Él, como miembros vivos con su cabeza; acordándome para todo esto de lo que dice

San Pablo, haciendo una suma, de todos estos *títulos de confianza* por estas palabras: «Dios; que es rico en misericordia por la grande caridad con que nos amó, estando muertos por nuestros pecados, nos vivificó a Cristo por cuya gracia habéis sido salvos, y nos resucitó juntamente con Él, y nos hi/o sentar en las sillas celestiales, juntamente con Cristo Jesús, para descubrir en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia, por su bondad para con nosotros, por los merecimientos de Jesucristo».

¡Oh Dios riquísimo en misericordias!, ¿con qué te podemos pagar los innumerables beneficios que nos has hecho, y las inestimables riquezas de misericordia que nos has comunicado? Tú nos amaste con inmensa caridad, y por ella nos diste a tu amado Hijo por nuestro Redentor; estando muertos por la culpa, nos diste graciosamente la vida de la gracia; muriendo tu Hijo por nosotros, nos vivificaste con su muerte; resucitando después de muerto a vida gloriosa, nos aseguras que resucitaremos con Él a tener parte en su gloria; y subiendo a los cielos para sentarse a tu mano derecha, nos das prendas que estaremos sentados con Él, en su trono. Y todo esto haces, no por nuestra bondad, sino por la tuya; no por nuestros merecimientos, sino por los de tu Hijo, para descubrir en tus escogidos la grandeza de tu infinita misericordia, y las riquezas inestimables de tu gracia, y la inmensa dignidad del Salvador que la mereció. Y pues estas cosas te movieron a comenzar la obra de nuestra salvación, estas mismas te muevan a perfeccionarla en nosotros, para que haya muchos que llenen las sillas del cielo, y se ocupen en cantar tus alabanzas, y las de tu Hijo unigénito Jesucristo, y del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén.